



4

LA VOLUNTAD

**Una historia de la militancia
revolucionaria en la Argentina**

Tomo 4 / 1974 - 1976

EDUARDO ANGUITA
MARTÍN CAPARRÓS



Lectulandia

La Voluntad IV, va desde la muerte de Juan D. Perón en julio de 1974 hasta el 23 de marzo de 1976, en las horas finales del gobierno de Isabel. Para entonces, las organizaciones armadas están en su apogeo y luego, mientras creen que se consolidaban sus posiciones, ingresan en un camino sin retorno que las lleva al ocaso; José López Rega pasa de las sombras al poder de fuego, funda las bases del terrorismo de Estado y termina acorralado huyendo antes del golpe; intelectuales, militantes y artistas marchan al exilio; las fuerzas armadas lentamente vuelven a ocupar el centro de la política; la violencia es una espiral incontrolable que se apresta a desembocar en una tragedia que modificará para siempre el curso de la Nación. *La Voluntad* saca a la luz la trama profunda y descarnada de un período que, por temor u omisión, todavía no ha sido pensado en toda su magnitud.

Lectulandia

Eduardo Anguita & Martín Caparrós

**La voluntad 4. La patria
peronista**

La Voluntad 4

ePub r1.0

Colophonius 04.06.2019

Título original: *La voluntad 4. La patria peronista*
Eduardo Anguita & Martín Caparrós, 1998

Editor digital: Colophonius
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Biografía

Eduardo Anguita nació en Buenos Aires en 1953. Por su militancia en el ERP, estuvo preso entre 1973 y 1984. Licenciado en Comunicación Social, es docente universitario y periodista en medios gráficos, radiales y televisivos. *La Voluntad* es su primer libro.

Martín Caparrós nació en Buenos Aires en 1957. Empezó a trabajar en el diario *Noticias* en 1973. Entre 1976 y 1983 se exilió en París (donde se licenció en Historia) y Madrid. Ha hecho periodismo deportivo, cultural, taurino, gastronómico, político y policial en prensa gráfica, radio y televisión. Fue docente universitario, dirigió varias revistas, y sus artículos aparecen en diversos medios de América y Europa. Publicó novelas, libros de viajes y ensayos.

Eduardo Anguita
Martín Caparrós

La Voluntad

*Una historia de la militancia
revolucionaria en la Argentina*

Tomo 4 / 1974-1976
La patria peronista

A MATILDE VARA,
DESAPARECIDA EL 24 DE JULIO DE 1978:
EN SU MEMORIA

A TODOS LOS QUE QUISIERON ESCRIBIR OTRA HISTORIA

Sumario

Uno

Julio/agosto de 1974. Casullo: amenazas de las Tres A. De Santis: dudas y tareas. Serrat acabado. Vitali: la política de las armas. Casullo: una carrera de periodismo. El Kadri: disolución de la FAP-17. El humor argentino. Sanz: acto con Arrostito. Muerte de Rodolfo Ortega Peña. Renuncia de Nixon. Nievas: algo grande. Gaggero: derrota del ERP. Casullo: renuncia el ministro Taiana. Boom del cine argentino. Nievas: la caída.

Dos

Agosto/septiembre de 1974. Depino: preparar una acción. Elizalde: plan de fuga en Resistencia. Ferreyra: traslado a Rawson. Los nombres de la cosa. Vitali: detenido. Urien: milicianada. Muerte de dos montoneros. Bonasso: cierre de *Noticias*. Daleo: alfabetizar. De Santis: una victoria ambigua. Cuba y el triángulo de las Bermudas. Pase a la clandestinidad de Montoneros.

Tres

Septiembre de 1974. Casullo: más dudas. Karakachoff: ruptura en las Juventudes Políticas. Joan Báez en Buenos Aires. Venencio: internas y operaciones. El Kadri: muerte de José Luis Nell. García Márquez critica por izquierda. Depino: el secuestro de los hermanos Born. Gaggero: fusilamientos en Catamarca. Muerte de Silvio Frondizi. Tosco: más enfrentamientos. El Kadri: muerte de Julio Troxler. *La Pepski generation*. Daleo: reunión con Firmenich. Vitali: allanado y detenido.

Cuatro

Octubre/noviembre de 1974. Depino: la UES. Centimil. Comité Central del PRT. Karakachoff: sale el diario *La Calle*. Vitali: a Italia. Inseguridad en el Gran Buenos Aires. Sigal: protegerse. Casullo: expulsado. Tosco: la policía ocupa Luz y Fuerza. Renuncia Gelbard. Depino: muerte del comisario Villar. El Kadri: la decisión de irse.

Cinco

Noviembre/diciembre de 1974. Costa: reconciliación y embarazo. Gaggero: un nombre falso. El Altar de la Patria. Casullo: la decisión de irse. Sigal: una

gira latinoamericana. Victoria obrera en Villa Constitución. Venencio: tiros, muertes. Costa: el sindicalismo clandestino. Grondona y López Rega. Vitali: Recanatti. Karakachoff: cierre de *La Calle*. Depino: sin vuelo. La radio. El Kadri: la partida.

Seis

Enero/marzo de 1975. Costa: la boda. Nievas: la cárcel. Los libros de 1974. Casullo: el exilio cubano. De Santis: responsable sindical, padre. Mujeres al ataque. González: entre dos aguas. Urien: carpintero. Costa: un presentimiento. Menem y las Fuerzas Armadas. Gaggero: la familia clandestina. Depino: rescate de los Born. Villa Constitución ocupada. Karakachoff: seminario y campaña. Sanz: partido Auténtico. Vitali: la vuelta.

Siete

Abril/mayo 1975. Costa: la caída. Amenazas de la Triple A. Nievas: la boda. El Kadri: Beirut. Caída de Saigón. Tosco: una solicitada. Mundial y paros. Urien: el *Manual* y la caída. Muerte de Troilo. Gaggero: *Nuevo Hombre*. Casullo: el exilio venezolano. La censura.

Ocho

Junio/agosto de 1975. Sigal: muerte de un camarada. Economía; la crisis. De Santis: movilización contra Rodrigo. Liberación de Jorge Born. De Santis: marcha a La Plata. Daleo: la empresa. Depino: más marchas. El Rodrigazo. T. E. Martínez: la caída de López Rega. Vitali: juicio al porro. Costa: Sierra Chica. *Gente*: «Para ganar esta guerra». De Santis: Comité Central del PRT. El fin de Rodrigo.

Nueve

Agosto/octubre de 1975. Tosco: con Gaggero. Venencio: partidas. Cifras de la violencia. Gaggero: con Tosco y Alende, con Alfonsín. Depino: ataque al cuartel de Formosa. *Adiós Sui Generis*. El Kadri: a Madrid. ERP: combates en Tucumán. Montoneros: juicio a un delator. De Santis: 17 de octubre. Daleo: el Reglamento.

Diez

Noviembre/diciembre de 1975. Tosco: su muerte. Sigal: prepararse. Muerte de Pasolini. Depino: el acoso. Sanz: el Auténtico en Córdoba. Muerte de Franco. Casullo: muerte de Rudni. Depino: una autocrítica. La economía.

Venencio: despedido. Depino: despromovida. De Santis: militar. River campeón. El ERP ataca el Depósito de Arsenales de Monte Chingolo.

Once

Diciembre de 1975/febrero de 1976. De Santis: las bajas. Daleo, Depino: caída de Quieto. *Tiburón*. Gaggero: el rechazo. Sanz: a Buenos Aires. ERP: el traidor. Horangel pronostica. Sanz: en Buenos Aires. De Santis: muerte de Delaturi. Depino: juicio a Quieto, separación. No entregarse vivo. Karakachoff: viene el golpe.

Doce

ERP: derrotas tucumanas. La desocupación. Gaggero: una huida. Depino: unas vacaciones. Jardines de infantes. Se viene el golpe.

Índice onomástico

Uno

Los panfletos no terminaban con sentencias de muerte, pero igual suponían una amenaza grave. Habían aparecido pegados en los pasillos del ministerio, y acusaban a Nicolás Casullo, a Andrés Zabala, a Carlos Oves, a Carlos Ulanovsky y a varios más de ser «infiltrados en el Movimiento, comunistas camuflados a las órdenes del Kremlin para difundir su venenosa doctrina...».

—Bueno, no es grave. Se ve que sólo están tratando de amedrentarnos, no hay que darles bola.

—No, claro, no les vamos a hacer el juego...

—Sí, y además no somos los primeros, ni los únicos.

Por el momento era más fácil mirar para otro lado. Semanas antes, *El Caudillo*, la revista de la Juventud Peronista de la República Argentina, había publicado un par de artículos contra las actividades del ministerio, contra el «judío bolchevique Ulanovsky y otros semitas infiltrados» en el peronismo. En la última página de *El Caudillo* solía aparecer una consigna: «El mejor enemigo es el enemigo muerto».

—Pero igual habría que cuidarse un poco, tomar mínimas medidas de seguridad.

—Sí, tenemos que cuidarnos cuando entramos y salimos del ministerio, hay que hacer contraseguimiento, a ver si nos están siguiendo... En realidad sería bueno tratar de salir juntos siempre que podamos.

—Y habría que tener algún fierro en los despachos. Armas cortas, nada, pero que no nos agarren del todo desprevenidos, ¿no?

—Pará, un momentito. Yo la verdad que no entiendo esta idea de venir a trabajar al ministerio de Educación con un fierro, como si estuviéramos en la sierra. Esto habría que discutirlo más: o estamos haciendo un trabajo público, dentro de un marco de legalidad institucional, o estamos en la guerra. Tenemos que darnos una definición clara sobre esto, no podemos seguir confundiendo la velocidad con el tocino.

—Bueno, tampoco es tan así. Las cosas nunca son blancas o negras, y menos en este lugar y este momento.

—No, pero en este lugar y en este momento parece que hay una inflación de fierros que para que te cuento.

—Compañera, es lógico. Nos están agrediendo, nos están cagando a tiros. ¿Qué querés que hagamos, que les llevemos flores?

—No, pero a veces da la sensación de que nuestra única respuesta a esas agresiones estuviera en el terreno de lo militar, y ahí ya sabemos que vamos a perder como en la guerra.

—¿Ah, sí?

Las discusiones se hacían arduas. Nicolás aceptaba la necesidad de las armas en ciertas situaciones y, de hecho, tenía una pistola en el cajón de su despacho. Pero estaba preocupado por el rumbo que estaban tomando las cosas. Otros militantes del ministerio se quejaban:

—Yo tengo que ir a los diarios a hacer prensa, a repartir gacetillas y conseguir espacios. Y quieren que vaya enfierrado. ¿Cómo voy a ir a *Clarín* o a *La Nación* con un fierro, Nicolás, me querés explicar?

—A mí mi secretaria me vio el fierro en el escritorio. ¿Qué hacemos?

—¿Qué hacemos con quién, con el fierro o con la secretaria?

Lo que más le preocupaba era la sensación, cada vez más difundida entre los Montoneros, de que nada era más importante que un militante con un arma. Lo peor era que, muchas veces, se sorprendía pensándolo él también. Pero había frases que escuchaba a menudo y que le ponían los pelos de punta: «la política hoy es cuestión de huevos bien puestos», «ése hace sólo gremialismo», «ese anda bien en la unidad básica, pero dale un arma larga y se derrite», «ese jetón es un cuadrado pero le falta mucho cuerpo a tierra para empezar a opinar». A veces Nicolás pensaba —y lo discutió con Lía Levit, con Carlos Oves— que una de las raíces del problema residía en que la organización estaba en manos de personas para quienes la militancia combatiente, sus límites y fronteras clandestinas, era casi lo único importante que les había pasado en la vida. Y que, poco a poco, la perspectiva de morir por su proyecto se les hacía más importante, más apetecible, pensaba, que la de vivir para él. Y que esa discusión sobre la vida o la muerte iba a empezar a ser el eje de cualquier discusión política de ahí en más, pensaba, el centro oculto de todas las cosas.

Don Manolo tenía una verdulería sobre la costanera de Punta Lara: con eso sacaba para comer y pagarse unos tragos. Ahora el tinto no le caía tan mal como cuando era secretario del Sindicato de Pintores y militante sindical del PC. Además era un refugio. Don Manolo había dejado el partido de Codovilla

en 1965, cuando la crisis de la URSS con China, en la que decidió seguir a Mao. Pero sin abandonar a Stalin, a quien calificaba de decidido y valiente. Y les recordaba a todos que Mao era stalinista. Daniel De Santis lo conoció porque era el suegro de Rubén, un obrero de Propulsora que se había incorporado al PRT. El viejo se había metido de colado en la reunión de célula y olfateó de qué palo eran. Lo primero que le preguntó a Daniel fue si lo conocía a Santucho. Daniel sabía que esas cosas no se contaban, pero pensó que no se lo podía ocultar a un viejo militante obrero y le dijo que sí, que lo había visto en alguna reunión. Don Manolo bajó la voz:

—Cuando lo vi por televisión en esa conferencia de prensa, ese muchacho me devolvió la vida, pibe.

No le preocupaba el origen trotskista de Santucho: le dijo que iba a trabajar para ellos y le presentó varios obreros. El nudo de su pensamiento era simple: si los marxistas argentinos querían superar en los hechos al peronismo necesitaban un partido obrero con obreros. Don Manolo era parsimonioso y no le gustaba que lo interrumpieran mientras discurría y armaba sus cigarrillos:

—Vea, compañero, yo creo que ustedes están creciendo, pero tienen que elegir: o son un partido de clase o son un grupo romántico de estudiantes que van a las fábricas. ¿Y sabe cuál es la diferencia? Vea, yo se lo voy a decir: que un cuadro estudiantil se forma en seis meses, pero un cuadro obrero lleva años. Eso sí, una vez que se forma es de una sola pieza. Mire m'hijo, el obrero nace obrero y muere obrero; en cambio, el estudiante busca su lugar en el mundo, siempre mira para un lado y para el otro... Piensa en ayudar a los pobres pero al tiempo piensa en hacer gaita. Y se lo dice Don Manolo, que vio a muchos que se decían comunistas cuando andaban en la universidad con la camisa descosida y con los años empezaron a empilchar que ni le cuento...

Daniel asentía y quería ir a lo suyo. Para él, don Manolo era una especie de confesor, como el cura de parroquia de Chivilcoy en sus años de la Acción Católica.

—Don Manolo, le quiero contar una cosa: en el partido me sacaron del secretariado de la zona. Plantearon que como no tengo tiempo de ocuparme de las tareas, que estoy sumergido en mi propio ámbito de trabajo...

—No, compañero, ésas son las desviaciones de las que le hablo. La dirección tiene que ser política, no organizativa. En la dirección de un partido obrero tienen que estar los que tienen inserción política. Usted tiene que dar la pelea interna, tiene que apelar al centralismo democrático, tiene que hacer mover a las bases de su partido.

Daniel pensaba que era así, pero también se decía que el viejo era de otra época, que no iba a entender que con tanta clandestinidad, con un partido tan conspirativo era imposible dar una discusión horizontal. En el PRT los responsables cambiaban todo el tiempo del frente militar al legal, de propaganda a sindical, de Córdoba a Buenos Aires, de Rosario a Tucumán. Todo era vertiginoso. Las medidas de seguridad alteraban los planes a cada rato. Don Manolo seguía con su discurso:

—En un partido leninista, el cuadro obrero tiene que mostrarle a los miembros del Comité Central cuál es su representatividad, cómo lo respetan sus compañeros de fábrica. Compañero, usted se ganó un lugar en la clase obrera y eso tiene que hacerlo valer.

El viejo fumaba lentamente.

—¿Sabe cuál es el problema de la izquierda argentina? Yo se lo voy a decir: a veces se ganan los conflictos, pero antes o después las patronales, con ayuda de los falsos dirigentes obreros, despiden a los mejores activistas. Así descabezaron a todas las camadas de militantes que fueron surgiendo. Vea, compañero, esos primero tratan de comprar al dirigente honesto, y si no lo logran, se las ingenian para sacarlo del medio.

—¡Eso es lo que pasa en Propulsora! ¿Cómo puede ser que el Pampa Delaturi acepte un acuerdo con la burocracia? ¿Cómo puede negociar el PC un acuerdo con Diéguez al margen de la dirección del conflicto?

Don Manolo le decía a Daniel que el PC era así, que no tenía principios, que él lo había sufrido en carne propia. Pero también le advirtió que no era bueno llevar las huelgas al todo o nada.

—Ustedes tienen que mirar lo que pase el día después y no desgastar las luchas. Vea, compañero, la lucha obrera tiene décadas, se avanza y se retrocede, se gana y se pierde... La mayoría de las veces se pierde...

Daniel sabía que si perdían se iba a consumir una camada de militantes obreros muy nuevos. Miraba a don Manolo, que seguía hablando con los ojos perdidos en el río. Le impresionaba pensar que para muchos era sólo el verdulero de Punta Lara, un buen viejo, un poco borrachín. No podía entender por qué estaba ahí, con todo lo que sabía sobre las luchas sindicales. Daniel quería creer que no era tan difícil hacer una revolución obrera pero, por momentos, se descorazonaba pensando que las organizaciones revolucionarias eran demasiado jóvenes, que no tenían suficiente experiencia y a veces se querían comer la cancha antes de entrar.

En esos días dos cuadros respetados del PRT habían llegado a la dirección de la regional La Plata. El Piqui Puyol había estado preso en la época de

Lanusse: era un santafesino fogueado, curtido en la tortura y en el combate, de aspecto sencillo. El Flaco Panizza era un porteño de clase media que pocos meses antes había dirigido los conflictos de Eaton, una fábrica de autopartes de Pacheco. Pero había tenido que abandonar la fábrica porque estaba muy quemado y, para preservarlo, su partido lo mandó a fortalecer el trabajo fabril a La Plata. A Daniel le cayó bien que, en vez de citarlo en una casa y pedirle un informe, Piqui y el Flaco le dijeran que querían acompañarlo a la plaza Belgrano, en Ensenada, un día en que se reunían los obreros de Propulsora. A esas reuniones iban militantes de todas las tendencias, pero los del PRT nunca habían mandado a nadie. Los dos cuadros del PRT se movían bien: charlaban con todos, daban opiniones medidas, preguntaban mucho y, sobre todo, no bajaban línea sobre lo que tenían que hacer los otros. Piqui miraba cómo lo solicitaban a Daniel, y Daniel trataba de que el nuevo responsable notara la influencia que tenía entre sus compañeros. Daniel se dio cuenta de que había pasado el examen, así que cuando tuvieron la primera reunión a solas, se despachó:

—Mirá, Piqui, yo no tuve apoyo del partido. Incluso cuando las compañeras de los obreros llevaban comida en medio de la toma, a mi compañera no la dejaban ir, ¿me entendés? Mirá, el PC tiene gente en la fábrica y puso el aparato, los montos bajaron un compañero de la conducción para apoyar el conflicto y el partido no puso nada, yo estoy solo, hermano, yo pongo la cara por el partido. Estoy llevando adelante la línea que baja la dirección nacional, de asentar el partido en las fábricas, pero acá la realidad es que todavía el fuerte del partido está en el trabajo estudiantil y el frente militar.

Piqui Puyol estaba ahí precisamente por eso. Venía de ser responsable de la regional Córdoba, donde el PRT había logrado cierta inserción obrera, y enseguida se hizo eco del reclamo. A las pocas semanas Daniel estaba en la dirección zonal y en la mesa regional sindical, junto a militantes de fábricas como Rigolleau y Siat. Piqui iba a esas reuniones y les bajaba una línea que los atraía:

—Vean, acá los comités fabriles hay que hacerlos con obreros de las fábricas, no como están haciendo los compañeros de Capital, que arman comités con militantes de afuera y después pasan los informes de que construyeron seis comités en tiempo récord. Vamos a trabajar con mentalidad de largo plazo, vamos a formar las células con obreros fabriles...

Por esos días, Daniel fue convocado para otra tarea. El estatuto del PRT era claro: «todo militante del partido es además un combatiente del ejército».

Guillermo Pérez, el responsable militar de la regional Sur y jefe de la acción, se lo explicó en la casa donde estaban concentrados desde el viernes a la noche:

—Es una acción de propaganda armada, pero con un fuerte despliegue, una demostración de fuerzas.

Ese sábado Daniel se subió a uno de los ocho autos que salieron de La Plata hacia Bartolomé Bavió. Pensaban tomar el pueblo: como habían hecho los Tupamaros en Pando, como las FAR en Garín.

—Lo que están haciendo los compañeros de la Compañía de Monte, aparecer, dominar el terreno por un momento y volver a las bases.

Todo les salió de acuerdo al plan que llevaban: desde el izamiento de la bandera del ERP y las pintadas con aerosoles hasta la captura de armas y dinero. Daniel se sintió orgulloso de ser un combatiente.

Julio de 1974. Joan Manuel Serrat seguía siendo uno de los cantores preferidos por el público argentino. Pero los críticos no siempre estaban de acuerdo. Cuando salió su disco *Joan Manuel Serrat*, la reseña de Iván Cosentino en *Clarín* se tituló «Joan Manuel Serrat: el ocaso de un ídolo», y empezaba con una ficha:

«Lado 1. Canción infantil. Soneto a mamá. De parto. Campesina. Arena y Limo.

»Lado 2. Romance de Curro “El palmo”. Hermano que te vas a California. Decir amigo. Para vivir. RCA Víctor. AVSI. 1192. Estéreo.

»La vida artística de un ídolo canoro es tremenda. Punto final de críticas, prototipo social ideal para confundir a la masa, meta de los desamparados, son el producto de una máquina implacable que los erige, deglute y destroza, sin el menor síntoma de cariño o reconocimiento. Esta sociedad antropófaga, titulada coquetamente “consumidora”, es la responsable de la vida, pasión y muerte de muchos artistas, sean éstos merecedores o no de ese breve tránsito por el éxito. Es que los mercaderes del arte contabilizan entradas y salidas sin contemplar la índole y el valor de la mercancía. Los artistas necesitados de llegar al público, y pocas veces al pueblo, sucumben ante el llamado sirenaico de la maquinaria pues encuentran que no hay otro camino. Una vez atrapados son digeridos y consumidos adecuadamente y en función estrictamente de su valor pecuniario.

»Joan Manuel Serrat, un artista talentoso, serio e ideológicamente capacitado como para comprender la dimensión del juego empresa-artista, no ha podido evadirse del aparato y las exigencias del mismo que lo están

conduciendo al final de su trayectoria artística. Se ha dejado seducir por el negocio sin percibir que era menester detenerse, analizar, profundizar e incrementar —en el mismo nivel cualitativo— su obra realizada. De ninguna manera las urgencias empresarias deberían haberlo confundido: nadie tiene más premura que el pueblo, pero éste es sabio y sabe detectar a un talento apurado. Serrat ha dado un paso en falso con este nuevo disco. Mediocre, reiterativo, carente de ideas nuevas, aburre del comienzo al fin. Y esto es imperdonable en un artista del nivel del cantor catalán. Su trayectoria anterior avala nuestro criterio y nadie desciende su arte si no lo vende o lo apura.

»La audición de esta placa sorprende a quien sabe de Serrat. Y la culpa es de él. Nadie más que el cantautor es el responsable de que pretendamos mucho más que esta serie híbrida de temas (ni siquiera tienen nivel de canciones). Cuando uno escucha sonsonetes, giros, recursos transitados y escasa imaginación, piensa en las malas imitaciones que ha debido soportar. Difícilmente uno cree que se trata del mismo Serrat de “Señora”, “Si la muerte pisa mi huerto” o “Fiesta”, por sólo citar algunas de sus canciones. Es indudable que todo creador tiene momentos más felices que otros, pero nadie puede negar que este LP deja de ser un accidente para erigirse en un síntoma equívoco de decadencia o entrega.

»Ricardo Miralles, el orquestador de las primeras épocas, retoma la línea inicial y lo hace sin éxito. Su trabajo es pobrísimo, un pálido reflejo de lo que todos conocemos. Más aún: en ciertos temas es barato, y esto es trágico.

»No vale la pena insistir más sobre el LP. Inclusive Serrat no lo merece. Pero dejamos constancia de que por primera vez, en su importante contribución artística, se enciende una luz roja en su camino (recordemos que la amarilla fue con “Mediterráneo”) y esto es un alerta definitivo para su futuro como artista.

»En resumen: nada mejor que no escucharlo y olvidarlo prontamente».

—Pero che, están todos locos...

—Tranquilo, Tano, vamos a ver bien qué pasó y a discutir todo lo que sea necesario.

—No, pero ¿vos viste quién es el compañero que cae cuando la cana libera a Kraiselburd? Starita. El secretario general del centro de estudiantes de Derecho de La Plata. El Tano de La Plata, como quien diría...

Elvio Vitali estaba indignado: unos días antes, el 17 de julio, la policía había encontrado el escondite donde un grupo montonero retenía al director del diario *El Día* de La Plata, David Kraiselburd. Los Montoneros lo

acusaban de haberse quedado, tras la Revolución Libertadora, con un diario que Perón había entregado a los sindicatos, y lo habían secuestrado casi tres semanas antes, por la calle. Lo tenían en una casa alquilada en Gonnet y estaban negociando un rescate: cuando la policía rodeó el lugar hubo un tiroteo y Kraiselburd cayó muerto: nunca quedó claro quién lo había matado. Uno de sus guardianes, Carlos Starita, cayó herido: la policía lo agarró y se lo llevó a un hospital donde murió cuatro días después.

—Loco, un tipo que está haciendo política pública, en un frente, que tiene un buen laburo de masas, no puede aparecer secuestrando a un fulano, eso es un delirio. Así lo único que se consigue es reventar esa política de masas, que a la larga es mucho más beneficiosa, nos va a dar mucho más resultados.

—¿Y entonces qué decís, que habría que abandonar cualquier tipo de actividad armada para no contaminar los trabajos de masas?

Estaban reunidos en el local de la JUP de la facultad: todavía quedaban, en un rincón, los escombros de la bomba que algún grupo de derecha, o parapolicial, quién sabría, les había puesto un par de semanas antes.

—No, yo no estoy diciendo eso. El tema de la utilidad y la oportunidad de este tipo de acciones armadas habría que verlo, ésa es otra discusión. Pero lo que sí me queda muy claro es que, si hay que hacerlas, no puede ser que las haga el secretario general de un centro de estudiantes, ni mamados. Ésta es Jeekyll y Mister Hyde, hermano, es una locura: el tipo de día es un dirigente público preocupado por las reivindicaciones estudiantiles y el progreso de la Nación y de noche está custodiando a un secuestrado. Imaginate el kilombo que deben tener ahora los compañeros del frente en La Plata...

—Bueno, esto es una discusión mucho más amplia. Acá entra toda la cuestión de los cuadros integrales. Nosotros siempre dijimos que tenemos que construirnos como cuadros político-militares, ¿no? La cosa es ver cómo se compatibilizan esos diversos aspectos en una etapa como ésta, si no se opondrán. Y también está, como vos dijiste antes, Tano, la cuestión de la oportunidad de estas acciones. Es una discusión muy compleja, y creo que sería interesante ir dándola, en la medida de lo posible...

La reunión de ámbito siguió, y la discusión, pero no se quedaron satisfechos. Días después, se enteraron de que había un oficial montonero que estaba haciendo una tarea en la facultad, y le pidieron al responsable del ámbito que lo llamara para discutir. Era un militante bastante conocido en la organización y se decía que era muy «fierrero»: que tendía a pensar todos los conflictos en términos de fierros. El fierrero se presentó preguntando qué

pasaba. Elvio trató de ser respetuoso. En realidad, lo impresionaba un poco su historia:

—Bueno, lo que pasa es que al mismo tipo que ocupa el mismo cargo que yo en La Plata lo matan cuando está custodiando a un secuestrado. Esto hace por lo menos incompatible que yo mañana llame a una asamblea y les diga a los estudiantes «vamos a defender los cursos por materia», o cualquier otra cosa. Cualquier reivindicación de tipo estudiantil o cualquier llamado contra la represión en la Universidad. Eso compromete seriamente nuestro trabajo en el frente de masas...

El fierrero fue claro y seco:

—Lo que pasa, compañero, es que no en todas las etapas de una revolución intervienen las masas.

Dijo, como quien dice acá hay una estrategia que no necesariamente ustedes conocen, unas órdenes que seguir, una disciplina que respetar. Elvio pensó andate a la reconcha de tu madre y se calló la boca, pero le pareció que era como un hito: la primera vez, desde que estaba con los Montoneros, que tenía ganas de mandarlos a todos al carajo. El jefe ése le había hecho valer las jinetas, le había puesto los ravioles en la cara para que se callara y se subordinara, y Elvio estaba más que cabreado, pero no dijo nada. Sus compañeros tampoco: el jefe se fue poco después. Entonces los otros retomaron la discusión. Les parecía que el hecho era muy revelador, y que la idea que tenía la conducción de su organización sobre la política de masas era muy distinta de la de ellos, que estaban todo el día en un frente público, y que eso podría traer problemas, porque la política general de los Montoneros se estaba centrando en la acumulación de dinero, armas y aparato y la previsión de un curso de acción más militar que político. Y que, en principio, no tenían nada contra esa acumulación, pero que si eso iba en contra del trabajo en los barrios y las universidades, del trabajo con la gente, sería un error muy grave. Que todavía, por suerte, se podía evitar.

—No, muchacho, yo no puedo ir, imaginesé, con lo que acaban de hacer...

Julio Broner, el dirigente de la Confederación Económica Argentina, lo miro con una mezcla de bronca y desconfianza. Elvio había ido a verlo, como miembro de la JUP, para invitarlo a una misa universitaria por el primer mes de la muerte de Perón, celebrada por el cura Justino O'Farrell, decano de Filosofía. La idea de la JUP era hacer, en el aula magna de Medicina, un acto amplio, para tratar de reunir a los ministros que consideraban «potables», como Jorge Taiana, y una serie de políticos democráticos: la idea era

oponerse al poder creciente del lopezreguismo. Habían arreglado citas con varios de ellos, pero justo antes de que los fueran a ver, un comando montonero había matado, en un restorán de San Justo, a Arturo Mor Roig, un radical que había sido ministro del Interior del gobierno de Lanusse. Al otro día casi todos los políticos invitados declinaron participar. Broner no fue demasiado duro. Pero Miguel Talento, que fue a ver a Balbín se llevó una peor:

—¿Pero ustedes me están cargando? ¿Por quién me tomaron? ¿Cómo voy a ir a una misa con ustedes? ¡Miren lo que acaban de hacer!

La JUP decidió mantener la misa y, de hecho, la llenó con sus propios militantes. Pero el sentido del acto, la idea de juntar a todos esos dirigentes, se había perdido. Elvio estaba entre confuso y cabreado:

—Así no se puede hacer política. Vos estás tratando de armar alianzas, de sumar, y viene un conchudo y le pega cuatro cuetazos al turro ése. Así no hay quién la haga...

Elvio protestaba pero, por otro lado, no terminaba de saber si tenía razón. Lo creía, pero más de una vez le había pasado que, después, cuando le llegaba la explicación «orgánica» de lo que había pasado, la entendía o la aceptaba. La conducción tenía más información y planes a más largo plazo: el peso de su palabra era importante. Esa tarde el Tala Ventura, el jetón de la JUP Regional 1, le decía que se calmara, que quizás tenía razón pero que se calmara.

—Che, Tano, tenemos que armar un cantito para Mor Roig.

—¿Qué, diciendo que lo sentimos mucho?

—No seas boludo. Dale, a ver qué le metemos.

—¿Pero éstos nos reventaron el acto y encima hay que hacerles una consigna? ¿Vos estás de acuerdo?

—Eso ya lo charlamos, Tano, en principio yo tampoco estoy de acuerdo con esa acción. Pero se hizo y se firmó, y entonces hay que levantarla. En todo caso ya la discutiremos adentro, pero para afuera hay que reivindicarla totalmente.

—Tala, la rima con oig es una desgracia.

Al rato, en el anfiteatro, cientos de estudiantes cantaban, saltando sobre los bancos, una consigna nueva:

—¡Oy oy oy oy, qué contento que estoy./ Oy oy oy oy, qué contento que estoy./ Vivan los Montoneros/ que mataron a Mor Roig!

En la habitación había sólo una mesa, cinco sillas, una cafetera eléctrica y una docena de vasos duralex: un típico departamento operativo. En la habitación también había grandes nubes de humo, ceniceros repletos y cuatro hombres discutiendo: Luis Guagnini, Jarito Walker, Nicolás Casullo escuchaban, ahora, a Paco Urondo:

—La idea es gestar la carrera desde el ámbito de Letras, estructurar una carrera autónoma de Comunicación. Un poco a partir de esa materia que vos, Nicolás, dictaste el año pasado en Letras con el Toto Schmucler, Literatura y Medios Masivos de Comunicación. El otro antecedente sería el Instituto de Investigación de Medios de Comunicación que dirige Schmucler con la ayuda de Margarita Graziano. Habría que organizaría en Filosofía y Letras. Pensarla como un arma crítica, que geste un profesional concientizado para una batalla cultural estratégica como es el terreno de los medios de masas. Es necesario trabajar sobre esté nuevo campo de las comunicaciones, es un retraso evidente de la Universidad de Buenos Aires no tener esta disciplina, cuando el fenómeno de los medios y la confrontación económica, política y cultural en este plano se está dando cada día de manera más decisiva...

—Sí, el problema es si vamos a tener el tiempo y el espacio como para desarrollar el proyecto. Esperemos que no, pero la ofensiva de la derecha en la Universidad viene como en los demás campos, con mucha fuerza. Quién sabe cuánto tiempo más vamos a tener el control de la UBA...

Dijo Nicolás. La situación se estaba degradando muy rápido. Las primeras provocaciones de la Triple A ahora se habían transformado en amenazas muy directas: tanto él como Andrés Zabala habían recibido en el ministerio telegramas con condenas a muerte, y los carteles en los pasillos se multiplicaron: Nicolás, Andrés y Carlos Oves aparecían como «integrantes de la sinarquía internacional, marxistas solapados, traidores infiltrados en el seno del Movimiento». Una tarde, Andrés le dijo a Nicolás que el ministro Taiana le había confirmado que las amenazas eran auténticas y que venían de un grupo donde estaba Felipe Romeo, director de *El Caudillo*, Carlos Villone, mano derecha de López Rega, y Jorge Conti, su consejero de prensa. Y que había empezado a circular una lista de condenados con 50 nombres del campo del periodismo, de la cultura y el arte. Y, en esos días, la Triple A ya había demostrado que sus amenazas iban en serio. Nicolás, Andrés y los demás extremaron sus medidas de seguridad: trataban de variar los itinerarios de sus desplazamientos por la ciudad, viajaban siempre en taxi, llamaban dos o tres veces por día a un teléfono de control. Pero, al mismo tiempo, seguían entusiasmados con algunos proyectos en el ministerio: sobre todo, la

preparación de un largometraje sobre Felipe Varela, dirigido por Rodolfo Kuhn, y el proyecto de crear la carrera de Comunicación en la UBA. En el primer encuentro quedaron en formar un grupo de trabajo, y volver a verse una vez por semana, ya sin Paco Urondo. El poeta era un alto oficial montonero y tenía muchas otras tareas:

—El Paco quiere que haya tres niveles de Filosofía y Crítica, materia uno, dos y tres, creo que ya le pidió los contenidos básicos o se los está por pedir a León Rozitchner. Además tres materias sobre comunicación, arte y cultura en su más amplio sentido. Y por otra parte todo lo que tenga que ver con teorías y tecnologías de comunicación, con el enfrentamiento entre gran industria y lógica popular, con información y modelos de Estado político y social, está siendo pensado por Toto Schmucler y Margarita Graziano.

Dijo Nicolás.

—Yo diseñé una serie sucesiva de talleres de comunicación para la formación de un periodista profesional en gráfica, radio y televisión. La idea es empezar por enseñarle a escribir, y a pensar cuando escribe. La cuestión primordial es una formación intelectual fuerte que sirva de base para la capacidad técnica. Después, que a partir de tercer año vayan trabajando en opciones y por especialización periodística concreta: política, internacionales, ciencias, cultura, deportes, economía. Tendría que haber una práctica directa con especialidades, que...

Decía Jarito, y Guagnini sintetizó su parte:

—Yo estuve ordenando un cuerpo de materias claramente político-ideológicas que acompañen el mundo de las teorías, cosmovisiones y enfoques en comunicación: una que enfoque la política internacional y el papel de las naciones del tercer mundo, otra sobre historia política argentina desde la fundación del Estado hasta el presente, otra sobre las experiencias políticas antiimperialistas en América Latina en este siglo, y finalmente una anual sobre teoría política marxista y pensamiento nacional. El propósito es que la carrera geste además de egresados, cuadros intelectuales de primera.

Tras dos reuniones más, volvieron a encontrarse con Paco Urondo, y le entregaron un proyecto. Paco les agradeció, les dijo que ya los llamaría para discutirlo y que, mientras tanto, lo iba a hacer pasar en limpio para presentárselo «a los compañeros, para que lo vean y lo aprueben» y, después, al cura Justino O'Farrell, decano de Filosofía y Letras. En esos días, Andrés Zabala dejó de ir al ministerio, por seguridad. Un mediodía, Nicolás y Carlos Oves se encontraron con él en un bar frente al Luna Park. Andrés les dijo que tenían que cuidarse más:

—Hay que ir parando la mano de las cosas que se hacen: estamos demasiado fichados. Aparezcamos tres o cuatro horas por día, nada más, yo aguanto una semana afuera y después vuelvo. ¿Ustedes qué piensan?

—¿De lo del ministerio? Que perdimos como los polacos en la guerra.

Dijo Carlos.

—¿Qué está por hacerse en lo inmediato?

—Un festival de teatro en dos salas.

—Hay que postergarlo para mejores tiempos. Seamos polacos. Todo esto no lo teníamos calculado. ¿Qué te parece, Nicolás?

—Estaba todo calculado. Mostrale la carpeta, Carlos.

—¿Qué carpeta?

—El festival de la derrota, tres días seguidos en el Cervantes.

Los chistes también empeoraban. Nicolás se dedicaba cada vez más al sindicato de Prensa, donde se preparaban unas elecciones que el Bloque podía llegar a ganar, con una lista donde estaban, entre otros, Jorge Bernetti, Lilia Ferreyra y Silvia Rudni. Ahí, además, le resultaba más fácil encontrarse con compañeros con quienes podía discutir con mayor libertad. Las reuniones del ámbito no permitían grandes debates: era un espacio donde circulaban las versiones oficiales y la discusión se hacía difícil. Las críticas y disidencias se canalizaban en encuentros informales.

—Pero tiene que haber alguna manera de torcer el rumbo de todo esto, de evitar el desastre.

Le dijo Carlos Abalo en un bar de Lavalle y San Martín, después de una larga exposición de la situación económico-política del mundo y sus alrededores. Abalo solía ser muy agudo y muy prolijo.

—Decímela, yo anoto.

—Creemos una fracción.

Nicolás lo miró fijo. No, no había bebido.

—¿Con qué, con cuántos?

—Por los que conocés vos y conozco yo, unos treinta.

—Treinta. En un partido de la Cuarta Internacional es la mitad. Aquí si fraccionamos treinta ni se dan cuenta, van a pensar que nunca estuvimos, que ni entramos.

—Entonces hay que hablar con el Pepe y con Quieto. Personalmente. Y sí, sí, no me mirés así.

—¿Para decirles qué, Carlos?

—Esto que pensamos.

—Les caemos ya esposados, menos laburo para todos.

—Bueno, si no nos dan bola, vemos la forma de empezar a reunirnos nosotros.

—Ya vamos a estar reunidos, en una cárcel de reeducación del pueblo.

—Con ese pesimismo no vamos a ninguna parte.

—No es pesimismo. Es una realidad evidente. Aceptá que somos minoría, o por lo menos somos una conciencia crítica demasiado dispersa en un estado deplorable de las cosas. Por supuesto que hay compañeros que tenemos conciencia de esto, pero bueno, acá estamos, tomando un café.

—Esto no puede seguir así. Estamos dispersos, perdidos. Agotados, estamos. La verdad que en medio de este kilombo nos estamos quedando sin espacio político. Ya no representamos a nadie, Guido, estamos perdidos.

Las FAP y el PB-17 de Octubre habían quedado reducidos a su mínima expresión: eran un grupo de unos cien militantes que controlaban algunos locales, unas cuantas armas y un par de mimeógrafos, pero no encontraban su lugar en el Movimiento.

Seguían sin saber qué hacer con las armas: no querían entrar en el juego de la clandestinidad y el militarismo, pero para trabajar en las bases tenían que ir armados, porque si no la Triple A los tendría servidos. Y ahí siempre estaba el riesgo de que los parara un policía: era obvio que no le podían decir que no, este fierro lo llevo por si me atacan los fachos pero la cosa no es con vos. Y tampoco querían enfrentarse con el gobierno peronista: no les quedaban muchas opciones. La muerte de Perón los había dejado con una sensación de absoluta orfandad, de tragedia: como si se les hubiera parado de pronto el reloj de la historia, pensaba Cacho El Kadri.

Además, ante esa situación, el grupo se estaba dispersando: un par de ellos plantearon que el culpable de todo era Perón y se fueron al ERP-22 de agosto; otros proponían una alianza con la JP-Lealtad; unos pocos insistían en que no tenían que abandonar la sigla, que ya tenía mucha historia y mucha sangre detrás. Pero la mayoría no encontraba razones para seguir funcionando como organización. Cacho escribió un documento proponiendo la disolución, y lo discutieron en la misma sociedad de fomento de Flores donde Caride les había comunicado, meses antes, que se integraba a los Montoneros. El documento decía que el único heredero de Perón era el pueblo:

—Este pueblo que supo luchar 18 años por su retorno y que va encontrando en su práctica concreta el camino para liberarse de la explotación capitalista y de la dominación imperialista. Este pueblo que no tiene nada que ver con sus seudorepresentantes que desde posiciones vanguardistas

pretenden adjudicarse su representación, ni con los dueños de las estructuras del Movimiento, que sólo poseen los sellos y las siglas pero que no son capaces de cumplir el rol que Perón les confió de organizar y movilizar al pueblo en defensa de sus propios intereses.

Los demás escuchaban callados. Había un silencio triste:

—El respaldo masivo del pueblo a la convocatoria de nuestro Líder el 12 de junio se correspondió el 1.º de julio con la demostración multitudinaria del dolor popular por su muerte. Fueron lecciones para todos: para los que pretendieron enfrentarlo y aparatarlo, imponiéndole políticas propias surgidas del ombliguismo y del oportunismo, tanto como para los que pretendemos organizar a las bases y nos pasamos hablando de ello todo el tiempo, mientras las bases se movilizan solas, sin esperar nuestros «esclarecedores» aportes ni nuestros «brillantes» análisis de coyunturas.

La muerte de Perón no se llora con lágrimas de cocodrilo, ni con actitudes oportunistas de vestir un luto que no se siente, como no se sintió el cariño ni la lealtad por el Líder mientras él vivía. La muerte de Perón es un compromiso que debe llevarnos a hacer lo que nos enseñó: cada peronista, en todo momento y en cada lugar, debe hacer más de lo preciso por la liberación de la Patria y de su Pueblo.

Así trataremos de proceder nosotros, actuando como peronistas para, desde las bases, desarrollar la lucha por la Liberación Nacional y Social al ritmo que las masas determinen, colaborando sin vanguardismos ni ideologismos, en la construcción de su propia organización. Sólo el pueblo salvará al pueblo. ¡Caiga quien caiga y cueste lo que cueste, venceremos!

Terminó de leer Cacho. Era, para todos ellos, el fin de una época. Se acababa una historia que había sido parte importante de sus vidas. No sabían qué más decir, pero tampoco querían levantarse e irse, decretar la muerte del difunto. Uno de ellos trató de resumirlo:

—Bueno, parece que éste no es el tiempo nuestro. Primero vino una ola y golpeó la piedra: esa ola éramos nosotros. Ahora la ola se retiró y viene un momento de quietud. Ya vendrán otras olas. Quizás nosotros también volvamos a golpear, y un día la piedra de la explotación, de la injusticia, se va a romper. De eso no hay dudas, aunque no lo vemos, y el mérito va a ser de todas las olas, no sólo de la última...

Decidieron que se «reintegrarían al seno del Movimiento Peronista», cada cual en el lugar que pudiera, y que se repartían la infraestructura que quedaba: las armas, el aparato de impresión, los contactos. El reparto se hizo sin conflictos y la mayoría quedó decidida a mantenerse en contacto. Habían sido

muchos años y muchas situaciones fuertes. Cacho estaba entre aliviado y muy deprimido: estaba convencido de que habían hecho lo correcto, pero ahora estaba otra vez solo, sin organización, sin un proyecto claro, en medio de una coyuntura muy adversa. Era desesperante.

Julio de 1974. Hacía mucho tiempo que el humor gráfico no estaba tan presente en la vida de los argentinos. *Hortensia*, una revista de humor cordobés, era leída y copiada en todo el país; *Satiricón* vendía más de 200.000 ejemplares por mes; los diarios basaban buena parte de su impacto en sus dibujantes. Y las editoriales también detectaron el auge: Siglo XXI, Nueva Senda, Planeta y De la Flor preparaban nuevos libros de humoristas argentinos. En esos días, la revista *Panorama* se interesaba por la cuestión:

«¿Qué tiene el humor que no tenga la vida? Una pregunta imposible, porque el humor está en todas partes, en los bares, en las fiestas, en la calle. Pero hay algo de misterioso en todo esto: los humoristas. Son serios, quejosos, malhumorados, caprichosos, ensimismados; en fin, salvo alguna excepción, carecen de humor.

»Pero es de suponer que ahora están contentos o que al menos no responden con un gruñido: su oficio está en auge. Parece ser que la gente tiene ganas de reírse. Y se ríe, porque no sólo hay avidez por esta forma de expresión: también hay excelentes humoristas. (...)

»El rosarino Napoleón es un representante de ese humor corrosivo, tan típico ahora en la Argentina. “Mi humor refleja violencia, simplemente. No la simpática violencia de los revólveres y de los matones de Crist, o de las crueldades de que es capaz el Negro Fontanarrosa. Mi humor refleja, hipertrofiado, otro tipo de violencia: la de la soledad, la de los tabúes, la de los complejos, la de los miedos”.

»El uruguayo Tabaré, que ahora reside en Buenos Aires, también cultiva un humor corrosivo, despiadado, hasta el punto de afirmar que sus chistes no hacen reír. Asimismo, y lo que es más importante, Tabaré es un ejemplo del auge del humor en la Argentina: a los 25 años, apenas, su talento es reconocido, y su “mal humor” se encuentra en diversas publicaciones. (...)

»“Pienso que cada tanto se da un auge del humor, como cuando salió *Rico Tipo* y después *Tía Vicenta*”, observa Quino. “Ahora creo que está en auge un humor social-político. Con respecto a mi humor, no lo tengo muy estudiado”.

»Quino, una de las personas más serias que se puedan conocer, está siempre atento a críticas que le puedan hacer. “Una de las que más me hacen es no personificar. Pero creo que actualmente es la caricatura política la que

personifica. En realidad, uno critica el sistema o los sistemas. Me han observado, también, lo que es cierto, una cierta insistencia en el tema de una persona débil que enfrenta a una grande. Me gusta hacer chistes con ese tema. Me lo hizo notar la persona que hizo la diagramación de *A mí no me grite*: a él, justamente, se le ocurrió el título”.

»Con respecto a *Mafalda*, su decisión por abandonar la tira —al menos por un tiempo— partió en gran medida de una autocrítica: pensó que se estaba repitiendo. Actualmente está inmerso en lo que llama la lógica del absurdo.

»“Ahora que me libré de *Mafalda* —nunca sabía si iba a poder ir al cine una noche, no podía anticipar ningún encuentro con amigos—, estoy tratando de soltar un poco la mano. Trabajar más el dibujo. Por ahí estoy pretendiendo algo para lo que no me da el cuero. Pero la única manera de enterarme es probando”.

»Oski, en cambio, a sus sesenta años, ya dejó hace rato el chiste, esos que aparecían en *Rico Tipo*, y que están reunidos ahora en su último libro, *Oski en su tinta*, de editorial Planeta. “Hace mucho que no hago chistes; ahora necesito un texto previo para hacer mis dibujos, como la serie *Créase o no del sudor (ajeno)*, que aparece en *Noticias*. Me siento más cómodo y puedo concentrarme más en el dibujo”.

»“Yo me considero más un dibujante que un humorista”, dice, y opina que no hay tal auge del humor en este momento. “No nos engañemos —acota—, si existe un auge de libros de humor es porque hay un auge editorial”». Parco en su manera de hablar, desopilante cuando dibuja, Oski hace suyo el humor cada vez que toma el plumín. Es un humorista como lo fueron Cervantes o Quevedo, y como en ellos también su capacidad de juego e invención es la que provoca la inevitable, ansiada risa. (...)

»Hace 19 meses apareció una revista forjada en la osadía y la irreverencia: *Satiricón*, la revista mensual dirigida por Oscar Blotta. Con ella, el hielo terminó de deshacerse. Este mensuario no dedica la mayoría de sus páginas al humor gráfico pero varios dibujantes jóvenes encontraron en esta publicación su rampa de lanzamiento. Como acertadamente observa Landrú —recordando también las épocas de *Rico Tipo* y *Tía Vicenta*—, es necesaria una revista especializada en el humor para que surjan nuevos humoristas y se hagan conocer. Sin un órgano de humor especializado, de difusión, no aparecen nuevos especialistas. No alcanzan, para este fin, las páginas de humor de los diarios. Aunque hay que señalar que algunos de los mejores humoristas gráficos de *Satiricón* comenzaron antes en *Hortensia*: Fontanarrosa, Crist, Napoleón.

»El fenómeno *Satiricón*, sin embargo, sobrepasa incluso el humor. Oskar Blotta, responsable también como dibujante, del animalito que aparece en todos los números de *Satiricón*, opina de la revista:

»“Creo que es más una manera de decir las cosas que de humor. Pero es cierto que usamos los códigos del humor, por ser tan eficaces y accesibles. Pero nuestro humor no tiene nada que ver con los chistes de islas desiertas, de Adán y Eva, etc. Cuando salió la revista no podíamos prever su éxito, pero sí teníamos claro que comenzábamos un nuevo tono humorístico argentino. La revista tiene coherencia e incoherencia, grandeza, bajeza, risas, lágrimas; un estilo de vida como el argentino. Nosotros pensamos que es una revista que comienza donde las otras terminan. A partir de un grupo ya seleccionado — un círculo hermético— cada uno hace lo que quiere, de acuerdo a cómo se siente: la única estrella es la revista. Como nación estamos empezando a reírnos de nosotros mismos. Y en este proceso, la revista no pertenece a ninguna tendencia política. Estamos contra todos para estar con todos”.

»Alberto Cognigni, responsable de *Hortensia*, se aviene a definir el humor cordobés, que ha sido la punta de lanza del auge del humor argentino ahora: “Con el humor de Córdoba se puede intentar explicar, como hecho para mí más diferenciable, la vocación de un pueblo por testimoniar, indagar, cuestionar a nivel de crítica, el acontecer social y político. De ahí que haya agresividad en el humor que el cordobés practica. Pero una agresividad que conforma las reglas del juego y que está aceptada, y que es antisolemne; en mi opinión, es la respuesta del barrio a la condición doctoral con que siempre fue investida Córdoba”».

En esos días, alguien dijo que los chistes de *Hortensia* jugaban con el «humor de la extrañeza»: las dificultades de comprensión y adaptación frente a una realidad en cambio permanente:

—¡Arriba las manos, guaso!

—¿Qué es, un asalto?

—No, si vuá ser un control de desodorante...

—Bueno, entonces vos empezás hablando de Evita y el tema de la Agrupación y después retomás la cosa del gobierno provincial, nuestro pedido de intervención, y todo eso. A mí dejame la cuestión nacional, los temas más generales. La consigna de la conducción es que tienen que ser discursos duros, bien combativos.

Norma Arrostito, la Gaby, era una de las figuras más respetadas de la organización Montoneros, y Susana Sanz estaba emocionada de tenerla ahí,

sentada a su lado en su departamentito de Mendoza, preparando el acto del día siguiente. Conocía su historia, las persecuciones que había sufrido, la muerte de su compañero, Fernando Abal Medina, su condición de mujer fundadora en una organización de hombres. Otros militantes le habían hablado mucho de ella, de su aparente dureza, su sobriedad, su ascetismo. Los Montoneros habían previsto dos discursos importantes para el día siguiente, viernes 26 de julio: el de Roberto Quieto en La Plata y el de Norma, que no solía hablar en público, en Mendoza.

La situación estaba muy complicada: un mes antes, el gobernador Alberto Martínez Baca, arrinconado, había sido suspendido por su legislatura y, pocos días después, pidió la intervención federal de su propio gobierno. Múltiples conflictos habían llevado a ese desenlace: sobre todo, el trabajo de zapa del sindicalismo ortodoxo que, desde el principio, se había opuesto a todas sus medidas y lo había combatido de todas las maneras: meses antes, por ejemplo, había explotado una bomba en su despacho de gobernador. Pero, además, los grupos que debían apoyarlo se pelearon entre sí y con él. Los Montoneros se habían distanciado de los únicos sindicalistas que lo defendían —las seccionales CGT de San Rafael y General Alvear— y se quejaban mucho de que el gobernador no les hacía suficiente caso ni tomaba todas las medidas que ellos hubiesen querido.

Susana pensaba que buena parte de la culpa la tenía Jorge Vázquez, Caballo Loco, el responsable montonero de Mendoza: le parecía un tipo autoritario, que no admitía ninguna crítica, sostenía que los problemas de la Regional Cuyo tenían que ver con su falta de práctica militar y trataba de solucionar sus diferencias con el gobernador por medio de aprietes y prepeadas. Ya en marzo de 1974 la mayoría de los cuadros de gobierno que respondían a Montoneros habían perdido sus puestos: en algunos casos, como muestra de desacuerdos con la política de Martínez Baca; en otros, echados por el gobernador como prenda de negociación con los sindicalistas o con el gobierno central, que lo apretaban todo el tiempo. Algunos de ellos emigraron a La Rioja, donde el gobernador, Carlos Menem, les dio trabajo.

Martínez Baca había asumido su cargo con mucho apoyo, y formuló un Plan Trienal de Gobierno, que incluía una serie de propuestas económicas y técnicas innovadoras. Pero se estrelló contra el conservadurismo de su provincia cuando propuso una ley de Educación —elaborada, entre otros, por Isuani, Garcetti, Ander Egg— que incluía nuevas formas pedagógicas menos autoritarias y, por ejemplo, la educación sexual en todas las escuelas públicas. La Iglesia y las comunidades católicas se opusieron con todas sus armas, y su

situación quedó todavía más débil. La excusa para echarlo llegó en mayo, cuando descubrieron que Albertito, su hijo y secretario privado, había comprado una partida de vino en las bodegas Giol, estatales. La operación era legal pero no muy clara: la legislatura, dominada por el peronismo ortodoxo, le inició el juicio político y lo suspendió en sus funciones. El vicegobernador, Carlos Mendoza, sindicalista, se hizo cargo de la gobernación y Martínez Baca pidió la intervención federal de su provincia.

—¡Se siente,/ se siente,/ Perón está presente!

Dos o tres mil manifestantes avanzaban por el centro de Mendoza: al frente, Norma Arrostito, Susana Sanz y varios más dirigieron la marcha hacia la Catedral, donde la Rama Femenina del Movimiento Peronista hacía una misa para conmemorar los 22 años de la muerte de Eva Perón.

—¡Si Evita/ viviera,/ sería montonera!

Gritaron cuando pasaron delante del templo, y unos militantes de la derecha peronista amagaron con atacarlos. Hubo insultos y amenazas pero la seguridad de la columna montonera alcanzó a disuadir a sus agresores. Los enfrentamientos dentro del peronismo arreciaban. Esa semana el director de *El Caudillo*, Felipe Romeo, había escrito que «en el Movimiento Peronista no hay lugar para oligarcas, arrepentidos, gorilas ni marxistas: quien quiera desnaturalizarlo será blanco de nuestras armas. Nosotros estamos aquí para hacer la Revolución y para cumplir con sangre y fuego el mandato de Perón, para apoyar a muerte a Isabelita y para convertir en realidad efectiva los postulados del Justicialismo».

Después la columna se paró en la plaza Independencia, donde había habido un busto de Evita que los Comandos Civiles destruyeron en 1955. Después del himno y la marcha peronista, Susana empezó su discurso:

—¡Compañeras, compañeros! La compañera Evita odiaba a los enemigos del pueblo. Ella nos recordó siempre que debíamos combatir sin tregua a la oligarquía, y que tampoco debíamos descuidar a la oligarquía metida en el peronismo. Evita despreciaba a los tibios y a los mediocres...

Susana tenía unos pantalones muy anchos, un pañuelo en el cuello, por el frío, y no estaba nerviosa: ya tenía experiencia en esto de hablar en público. Aunque la presencia de Norma Arrostito la cohibiera un poco.

—¡... y los traidores, compañeras, compañeros, le temen a Evita, porque los traidores le temen al pueblo!

Dijo, para terminar, y cedió su micrófono a Norma. Que tenía una campera de plástico y su cara de no haber roto nunca un plato. Los manifestantes la aplaudieron y saludaron:

—¡La sangre montonera/ es patria y es bandera!

—¡Compañeras, compañeros! Hablar de Evita es hablar de una de las mejores militantes del peronismo. Y eso, en un momento particularmente doloroso para los peronistas. Nuestro líder ha muerto. Y ha dejado un vacío de conducción que solamente podrá llenar el pueblo organizado. No debemos olvidar que el General dijo que su único heredero es el pueblo. Y el pueblo necesita estar organizado. Pero todavía no lo está...

Dos días después, en Buenos Aires, el ministro del Interior, Benito Llambí, dijo que «el gobierno argentino está estudiando la eventual proscripción del movimiento de la tendencia revolucionaria peronista, Montoneros». Y la agencia Telam, controlada por José López Rega, proponía un análisis de la situación: «Los dirigentes de la agrupación Montoneros afirmaron que “muerto Perón, se acabó la verticalidad” y exigieron la liberación de extremistas detenidos, indicando que de no accederse a esa demanda, no habrá paz.

»Los portavoces del partido Montoneros, Roberto Quieto y Norma Arrostito, hablaron en actos efectuados en La Plata y Mendoza, donde adeptos de la “Tendencia Revolucionaria” corearon su nuevo grito de batalla: “Qué contento estoy... Vivan los montoneros que mataron a Mor Roig” y también rindieron homenaje a Carlos Starita.

»Dirigentes del FREJULI comentaron que los Montoneros, por su escasa representatividad —evidenciada en la limitada concurrencia a sus últimos actos— así como su no reconocimiento como expresión política, motivan su aislamiento ya que sus postulados los acercan cada vez más a la organización terrorista declarada fuera de la ley.

»Según Quieto y Arrostito, “el Movimiento Peronista es nuestro” pero simultáneamente fustigaron el Pacto Social, cuya vigencia el propio general Perón agradeció a los trabajadores reunidos en Plaza de Mayo el 12 de junio, por considerarlo salvador de la Patria. Los Montoneros, en cambio, insistieron en que el acuerdo social “responde a intereses enquistados del imperialismo”.

»Esto se produce dentro de un panorama en el cual todas las expresiones políticas de la Nación confluyen en el respaldo del proceso constitucional, aunque preservando su identidad. Los Montoneros serían los únicos que, desde un aparato político, ligan sus destinos al terrorismo, cuyos métodos visiblemente utilizan».

Norma Arrostito, en Mendoza, había dicho que «muerto Perón, acá se acabó la verticalidad. Al Movimiento lo peharemos porque es nuestro y es del pueblo y lucharemos para que los dirigentes sean elegidos por las bases y

no digitados». Y que «si el gobierno no cambia los términos del Pacto Social, libera a los presos políticos, termina con la represión y echa a los agentes del imperialismo enquistados, no habrá paz».

Y, en La Plata, Roberto Quieto había descartado, por el momento, la posibilidad de un golpe: «Las Fuerzas Armadas no están para hacer un golpe a corto plazo porque tienen infiltrados sus representantes dentro del gobierno y consiguen los mismos fines que si tuvieran en sus manos el poder total. Hasta que no se desgasten López Rega y el vandomismo no vendrá el golpe. Recién después que eso ocurra, se concretará».

Pocos días después, Roberto Quieto visitaba la unidad básica de un barrio obrero de San Rafael. Los jefes montoneros solían hacer giras por el interior para tratar de ver cómo estaba la militancia, pero Quieto dijo que hacía varios meses que no lo hacía, y que estaba encantado:

—Susana, estas compañeras parece que se hubieran leído todas a Marta Harnecker. ¡Qué claridad que tienen, qué decisión!

Eran mujeres poco menos que analfabetas pero hacía media hora que le estaban hablando de la explotación, la plusvalía, el socialismo. Susana estaba muy orgullosa de ellas.

Había conocido a Roberto Quieto unos meses antes, en una de las reuniones nacionales de la Agrupación Evita. Era en La Plata y él la había llevado de vuelta a Buenos Aires en su coche: la charla fue interesante, atractiva. Hasta que el custodio del jefe montonero se tuvo que bajar y le dejó a Susana su pistola 45 para que se hiciera cargo de la seguridad: Susana casi se ahoga ante la responsabilidad y su poca habilidad para manejar ese bicho negro y grandote.

—Compañero, yo quería hacerle una pregunta.

Dijo Tahuil, el dueño de la pieza donde funcionaba la UB.

—Diga nomás, diga, compañero.

—No, yo quería saber por qué fue que ajusticiamos a Mor Roig.

Hubo un silencio. Algunos militantes miraron a Tahuil como si quisieran fulminarlo por su atrevimiento. Quieto se restregó las manos y trató de mantener el mismo tono de voz:

—Bueno, es muy simple. La organización considera que hay traiciones que no pueden olvidarse, y ha dictado una serie de sentencias a determinada gente que ha participado en situaciones clave. En este caso, la de Mor Roig era por haber participado, como ministro del Interior, en la masacre de Trelew, con la muerte de 16 de nuestros mejores compañeros, compañero. Entonces estas sentencias están firmes, y se deben ejecutar en el lugar y en el

momento en que se pueda, con independencia de la situación política, de la oportunidad. ¿Está claro?

Los demás se quedaron mirándolo en silencio, y Quieto pensó que tenía que agregar algo más:

—Lo que pasa es que si somos revolucionarios tenemos que tener claro que las cuestiones éticas van por encima de las oportunidades políticas. Hay cosas que están más allá de cualquier cuestión de coyuntura, compañeros.

—Yo no sé si vos fuiste un infiltrado en el peronismo o ahora sos un infiltrado en el marxismo, Manuel.

—¿Y vos? En la lista de candidatos a diputados entró el Ortega Peña peronista y en enero asumió el Ortega marxista.

—Por eso tengo mi propio bloque y soy mi propio jefe...

Manuel Gaggero y Rodolfo Ortega Peña tomaban el tazón de caldo antes del puchero de gallina, el plato tradicional de El Globo, en Hipólito Yrigoyen y Salta, y se reían un poco de ellos mismos. Elena Villagra, la mujer de Ortega Peña, Alicia Eguren y el Negro Mauro, del buró político del PRT, completaban la mesa de cinco. El cordobés Mauro se sumaba a la chicana con su antiperonismo visceral y un tono muy amable:

—Dejensé de joder con esas contradicciones perimidadas. Esto es Saigón... Córdoba es Hanoi. Allá ya superamos la polémica. Los porteños van a dejar de discutir sobre Perón cuando ya estemos en pleno socialismo.

Hacía un mes que Isabel gobernaba el país y Mauro comentaba que el PRT había cumplido con sus dos semanas de tregua tras la muerte de Perón pero que el clima de enfrentamiento crecía de manera alarmante. Estaba muy interesado en acercarse a Ortega Peña al PRT. A medida que el PB y las FAP se habían ido dividiendo y disgregando, Ortega fue quedando como un figurón solitario y se apoyó cada vez más en el PRT: integraba la mesa directiva del FAS, había estado en el consejo editorial de *El Mundo* y, pese a las críticas que le hacía al PRT desde sus páginas, no hubiera podido seguir sacando *Militancia* sin su apoyo económico.

—Para nosotros es muy importante el trabajo de denuncia desde la banca, y sería bueno que trabajemos más en conjunto con el Negro Amaya, con Sandler...

La mezcla no era ortodoxa: Mario Amaya era radical y Héctor Sandler venía de UDELPA, un grupo que había apoyado al general Aramburu, pero habían ido convergiendo. Manuel Gaggero y Alicia Eguren tenían buena relación con todos ellos y eran uno de los equipos más activos del frente legal

del PRT, que cada vez se movía en la superficie con más dificultades. Mauro le contó a Ortega Peña que se iban a largar con todo, tanto en pequeñas acciones de hostigamiento como en otras más grandes.

—Ellos quieren sembrar el terror, así que la vanguardia revolucionaria tiene que demostrar que no se atemoriza, que puede redoblar sus esfuerzos.

—Bueno, Mauro, ahora es otro momento, pero tenés que reconocer que lo de Azul fue un acto de miopía política: justo cuando se discutía la legislación represiva, sirvió para darle argumentos al enemigo. Y para peor fue como subestimar al pueblo, no ver que la lucha se estaba librando en otros campos.

—Mirá, eso lo podemos discutir, pero la derecha fascista se sacó la careta con lo de Ezeiza, apenas un mes después de la asunción de Cámpora...

Del puchero pasaron a los panqueques. Todo fue tan conversado que, cuando terminaron, Manuel pudo agarrar el primer subte que salía para Palermo. El miércoles, Ortega Peña no tuvo sesión en Diputados, así que aprovechó para invitar a cenar a Elena, solos, sin tanta charla política, y volver a acostarse temprano. Tan temprano que, apenas pasadas las diez, subieron a un taxi en Riobamba y Santa Fe y le dijeron que siguiera derecho por la avenida. Cuando cruzaron Uruguay vieron a Cacho El Kadri caminando por la vereda.

—Miralo a Cacho, ahí, solo. Si no se cuida, lo van a boletear en cualquier momento.

Susurró Rodolfo, tratando de que el chofer no lo escuchara, y Elena le apretó la mano. Cuando el di tella paró en doble fila en Carlos Pellegrini casi Arenales, Rodolfo no vio un fairlane verde que se les cruzaba. Todo fue muy rápido: bajaron tres hombres y uno empezó a tirar. Reconocer a Ortega Peña era trabajo fácil para los parapoliciales: alto, pelado, barba candado y anteojos de marco grueso, parecía mayor que sus 36 años. El primer balazo le atravesó un labio a Elena, que soltó un grito. Recién entonces, Rodolfo se dio cuenta de que algo sucedía:

—¿Qué pasa, Flaca?

Las siguientes ráfagas fueron para él: Rodolfo Ortega Peña murió antes de caer al suelo. La ambulancia tardó pocos minutos: el médico trató de atender a Elena, que tenía una herida superficial. Se la llevaron al hospital entré gritos desgarradores. El comisario Villar, no bien se enteró del hecho, bajó al trote las escalinatas del Departamento Central de Policía, se subió a un falcon y en minutos se presentó a ver el cadáver fresco de su enemigo. El oficial a cargo del patrullero se acercó obediente:

—Jefe, las cápsulas servidas son 24.

Dos horas después, Miguel Bonasso volvía de *Noticias* hacia su casa. Acababan de cerrar una edición del diario, triste, donde la noticia principal era la muerte de Ortega. Miguel manejaba su coche por Figueroa Alcorta cuando vio, a su lado, un fairlane con tres tipos adentro: uno de ellos era el Chanco Speratti. Miguel lo conocía porque había sido portero de la sede justicialista de avenida La Plata: todos decían que era un servicio de Coordinación Federal. Speratti también lo vio, codeó al chofer, le dijo algo. Ésta es la noche de los cuchillos largos, pensó Miguel: ya lo mataron al Pelado, ahora me vienen siguiendo a mí. Aceleró de golpe, con luz roja, dobló por Dorrego hacia Libertador y el coche lo siguió. En Libertador se metió a contramano: los coches que venían en dirección contraria le pasaban a los costados como misiles. Pero consiguió perderlos. Esa noche no fue a dormir a su casa.

A esa hora, en la sede de la Federación Gráfica, empezaba el velatorio de Ortega Peña. Como diputado podrían haberlo hecho en el Congreso, pero Elena Villagra dijo que no podían velarlo en el mismo lugar donde había estado la capilla ardiente de Mor Roig, y prefirió el edificio sindical, donde el muerto había sido abogado muchos años.

—Es imposible la conciliación entre explotadores y explotados. El avance de la conciencia del pueblo llena de furor a quienes temen perder sus privilegios. Este sistema no garantiza más la libertad ni la vida de los argentinos.

Dijo Raimundo Ongaro, el secretario general de los gráficos. Y Rafael Marino, diputado intransigente, dijo que «él sabía que estaba condenado, que tenía fecha más o menos precisa y todos nosotros somos testigos de su valor, de su actitud de luchar en la búsqueda de un mundo nuevo, sin explotados ni oprimidos»:

»—A fuerza de haber hablado con él, puedo entender este misterio de cómo un hombre que, como él, amaba la vida, sabía despremiar la muerte».

Hacía unos minutos que los diarios habían recibido comunicados de la Alianza Anticomunista Argentina, que se adjudicaba el atentado. Elena Villagra, con una venda sobre el labio superior y anteojos negros, se pasó la noche junto al ataúd cerrado y atravesado por una bandera argentina. Detrás, una sábana pintada con aerosol decía «La sangre derramada no será negociada». No estaba firmada.

—No quiero más. No quiero vivir más.

Dijo Nicolás Casullo y Ana Amado lo miró entre sorprendida y comprensiva. Acababa de llegar a la casa de ella y estaba desesperado. La

muerte de Ortega Peña le había pegado muy duro. Había pasado por el velatorio, charlado con algunos amigos y compañeros suyos, tomado un café con Pepe Eliashev, recordado los tiempos de la revista *Nuevo Hombre*: parecían tan lejanos y no habían pasado ni tres años. Después, destruido, fue a ver a Ana.

—No quiero. Esto es un desastre.

Lloraba despacio, de a ratos. Imaginaba operaciones comando para exterminar a toda la Triple A en su guarida, y después volvía a llorar. Más tarde, cuando se calmó un poco, Ana le contó que su situación en el noticiero de canal 7 se había vuelto insostenible. Los nuevos directivos que había puesto López Rega la tildaban abiertamente de montonera y la habían relegado a tareas internas: ya no salía a hacer entrevistas en la calle, ni al aire. Sus propios compañeros de trabajo le recomendaban que pidiera licencia, que se buscara otro trabajo, que hiciera algo pronto.

—Acá nos van a matar a todos.

Dijo Nicolás, y se quedó escuchando el sonido de su propia frase: era siniestro.

A la mañana siguiente, un cortejo de varios miles salió del sindicato gráfico rodeado de policías. Mercedes Depino y Sergio Berlín habían ido, aunque su organización les había dado instrucciones de no hacerlo: se preveían kilombos, y no querían que sus cuadros se arriesgaran a caer presos en esas circunstancias. Fueron igual: entre otras cosas, porque Ortega Peña había sido uno de los abogados que defendió a Sergio cuando estuvo preso.

El Poder Ejecutivo había decretado que la bandera se izara a media asta, pero el comisario Alberto Villar, al mando de la Policía Federal, dio la orden de cargar cuando el cortejo llegó a Medrano y Corrientes. El diputado radical Mario Amaya fue a parlamentar con un oficial:

—Vea, acá hay unos cientos de personas que lo único que queremos es enterrar pacíficamente al diputado... En media hora se termina. Denos paso y le aseguro que no se va a alterar el orden.

—No, si yo lo entiendo, pero la orden que tengo es reprimir.

Entre gases y palos, un grupo se aferró al cajón y llegó hasta las puertas de la Chacarita. El cementerio estaba cerrado herméticamente, y muchos fueron detenidos o apaleados contra el paredón.

Esa tarde, en *Noticias*, decidieron poner en la tapa la foto de la represión policial junto al cementerio: el título era «El entierro de Villar». Adentro, un artículo recordaba su historial represivo. Los responsables montoneros del diario habían dado la orden de endurecer su línea todo lo posible: parecía que

estaban buscando que lo clausuraran. Miguel Bonasso acató, pero no estaba de acuerdo: pensaba que no tenían que perder ese espacio, que no tenían que caer en maniobras provocadoras, que lo mejor sería abrirse cuanto pudieran a los aliados que todavía tenían. Aunque en lo personal no le convenía que *Noticias* siguiera saliendo: sabía que, si tenía que seguir dirigiéndolo, las posibilidades de que lo mataran eran altísimas.

«Pero igual nos divertimos, Pelado —escribía, días después, el diputado JP Leonardo Bettanín en *La Causa Peronista*, cuyo título de tapa se preguntaba “¿Sigue siendo peronista este gobierno?”—, porque la revolución tiene eso de lindo. Que la hace gente de carne y hueso, que se ríe y llora. Que se construye con las debilidades y los aciertos de los hombres. Por eso vamos a guardarnos para siempre ese pedazo tuyo que quisimos. Y con el otro seguiremos discutiendo, pero sin olvidarnos que ahí, en un lugarcito del corazón, hay un tipo formidable que nos obligó a pensar la Revolución desde otro lado. Por eso no lloramos tu muerte. Nos reímos como lo hubieras hecho vos, haciendo un chiste para ocultar la bronca, buscando lo ridículo del asunto para olvidarnos la tristeza. Aguantarnos como sea. Porque ésta es una guerra, Pelado. Y vos lo sabías mejor que nosotros. Y hay que darle para adelante, aunque te extrañemos. Y en ese dolor, en ese desgarró que es un hermano que no está, te vamos a encontrar siempre, aunque los diarios digan que perdiste contra una ametralladora una noche de julio, en Arenales y Carlos Pellegrini. Chau».

Agosto de 1974. *Associated Press* dio la primera noticia a través de un cable urgente fechado en Washington el jueves 8 a las 21.03: «El presidente de los Estados Unidos, Richard Nixon, anunció esta noche que renuncia al cargo». Poco más tarde Nixon hablaba 17 minutos por la cadena nacional de televisión para confirmarlo: «Mañana, a las 12, voy a dimitir». El vicepresidente Gerald Ford tenía que completar el mandato que el republicano Nixon había ganado en noviembre de 1972 con el 61 por ciento de los votos.

El escándalo de las grabaciones clandestinas en el cuartel general de los demócratas en el edificio Watergate de Washington había empezado el 17 de junio de 1972, cuando siete «merodeadores» fueron detenidos y sus instrumentos de escucha requisados. Pero, pese a la campaña que empezaron dos periodistas jóvenes, Bob Woodward y Carl Bernstein en el *Washington Post*, el hecho pareció menor y no le impidió a Nixon arrasarse en las elecciones de noviembre.

Pasados los meses, la campaña de prensa y las confesiones de los detenidos, que acusaban a miembros importantes del gobierno republicano, empezaron a crear sospechas sobre el propio presidente. Una comisión investigadora del Senado se hizo cargo del caso. Nixon iba capeando, mal que mal, la tormenta, pero la causa dio un vuelco en julio de 1973, cuando un funcionario de la Casa Blanca reveló que el presidente tenía en su despacho un sistema que le permitía grabar todas sus conversaciones. Esas cintas serían una prueba concluyente, pero Nixon no quería entregarlas. La batalla por las cintas duró varios meses. Nixon se escudaba en sus privilegios como presidente para no «romper secretos de Estado», pero su posición ya era muy débil. El 48 por ciento de los americanos pedía su dimisión, y sólo el 9 por ciento seguía confiando en él. En abril, una investigación determinó que había evadido casi medio millón de dólares de impuestos. En todo el mundo se hablaba de *impeachment* (interpelación) y el Parlamento formó una comisión para estudiarlo: «Con la profusión de posibles acusaciones y dimisiones en perspectiva, el ciudadano no sabe a quién creer y puede, legítimamente, haber llegado a la conclusión de que la mecánica de gobierno esté tan implicada en todo el proceso que sea imposible, en adelante, el ejercicio responsable de la autoridad», dijo el presidente de la comisión, el senador demócrata Sam Irvin.

Nixon sabía que en cuanto lo citaran para interrogarlo sus días estarían contados. En toda la historia de los Estados Unidos, un solo presidente había sido interpelado: Andrew Jackson, el sucesor de Lincoln, enfrentó airoso el *impeachment*. Pero eso había sucedido cien años antes.

El 24 de julio de 1974, finalmente, el Tribunal Supremo determinó que Nixon tenía que entregar sus cintas: en ellas había material suficiente para acusarlo de varios delitos. Cinco días después, el comité de legisladores votó a favor del *impeachment* por las acusaciones de obstrucción a la justicia, abuso de poder y procedimiento inconstitucional. Nixon ya no tenía ninguna posibilidad de evitar el proceso y, diez días más tarde, presentó su renuncia. Era la primera vez en la historia de los Estados Unidos que un presidente dimitía de su cargo.

En esos días, muchos analistas sostenían que el ocaso de Nixon se debía, en buena medida, a que durante años había prometido acabar con los comunistas en Vietnam y estaba perdiendo la guerra. Pero más allá de opiniones, el viernes 9, a los 61 años, después de haber ejercido ocho años la vicepresidencia con Eisenhower, disputado las presidenciales con John Kennedy y vivido casi seis años en la Casa Blanca, Richard Nixon salió de la residencia ante una nube de periodistas y camarógrafos. Con él iban su esposa

Pat y sus dos hijas: un avión privado los llevó hasta Yerba Linda, California, su pueblo de origen, donde su padre se había ganado la vida manejando tranvías. Antes de irse firmó su retiro, por el cual el Estado norteamericano le pagaría 60 mil dólares anuales para él y su familia y otros 100 mil para pagar los sueldos de asistentes y secretarias.

La sucesión constitucional se cumplió de inmediato: el vicepresidente Gerald Ford cubrió la vacante y nombró algunos nuevos ministros, pero conservó a Henry Kissinger como secretario de Estado. Como las acusaciones contra Nixon no habían terminado, y seguramente sería citado por los tribunales ordinarios para seguir la causa, Ford recurrió a una figura constitucional: su indulto acabó con los temores del ex presidente de terminar, quizás, sus días en la cárcel.

Antonia Nieves y Luis, su compañero, se habían mudado a una casa en El Colmenar, un barrio al sur de la ciudad de Tucumán, casi en el campo, donde vivían apicultores y quinteros mezclados con obreros. Hacia el oeste de la casa se veían animales pastando y más allá la ladera de la montaña. Estaban cerca del ingenio San José y eso era una ventaja: los de la Compañía de Monte Ramón Rosa Giménez podían bajar de noche, bordeando el cerro, y entrar con mucho cuidado. Ahí podían bañarse y cambiarse la ropa verde oliva y las adidas negras por jeans y alpargatas. La casa era bastante grande y ya la habían usado otros militantes. Eso preocupaba a Antonia, pero igual estaban embalados haciendo algunos arreglos: contrataron a dos albañiles para tapiar el fondo y en algún momento pensaban llevar un lavarropas grande. La idea era disimular porque no podían colgar diez camisas o pantalones verde oliva. Pero lo más delicado era el arsenal que habían metido en una de las habitaciones: Antonia estaba impresionada por una ametralladora con trípode de pie; le dijeron que servía para tirarle a los aviones y le explicaron que se manejaba entre dos. El primer tirador le disparaba al avión cuando venía de frente; si no lo derribaba, le pasaba la empuñadura al otro y el segundo tirador le tiraba de atrás.

Cuando tres militantes fueron a buscar la ametralladora pesada, Antonia no necesitó explicaciones: tenía que tratarse de algo importante. Después pasó uno de la dirección regional, un porteño con voz finita y poco pelo rubio:

—Va a haber una acción grande, hay que limpiar todo.

Pero casi al mismo tiempo, Luis le propuso otra cosa:

—Vayamos a Chilecito, así la tía lo conoce al Julito.

Habían notado movimientos sospechosos alrededor de la casa: había un falcon rojo que pasaba casi todas las mañanas y el vecino de la casa de enfrente tenía un falcon naranja. Dos días después, Antonia, Luis y su hijo menor salieron para La Rioja. La mayor se había quedado en Colonia Chazal, con los padres de ella. Cuando se subieron al micro para Chilecito, a Antonia le pareció que uno de los pasajeros los estaba siguiendo.

—Luis, esto no me gusta nada.

El tipo se bajó al rato. Pero otro que estaba en un asiento más atrás también les pareció sospechoso. Llegaron sin problemas: una semana en lo de la tía de Luis los ayudó a restablecer la tranquilidad. Era agradable dormir en una casa sin armas ni explosivos. Pero el sobresalto llegó el domingo 12 de agosto, cuando las radios empezaron a decir que ahí cerca, en Catamarca, la guerrilla había sufrido un duro revés. Cuando se enteraron del desastre decidieron que debían volver a Tucumán.

—Si hay vuelo traten de ir hoy mismo.

—Primero tengo que engancharlos a Silvio y a Alfredo...

—Manuel, es urgente, parece que los reventaron a todos.

Mauro estaba desencajado y Manuel Gaggero tendría que hacer malabarismos para encontrar de inmediato a otros dos abogados, Silvio Frondizi y Alfredo Curuchet. No tenía tiempo de pensar en lo que significaba viajar a Catamarca dos días después de que el ERP atacara dos cuarteles: la fábrica de explosivos de Villa María y el Regimiento 17 de infantería de Catamarca. Era el plan que el ERP tenía preparado para principios de julio y que, postergado por la muerte de Perón, ejecutó el sábado 11 de agosto a la noche. La compañía Decididos de Córdoba llegó a la fábrica de explosivos, la copó, sacó armas y bagajes y se llevó al mayor Julio Larrabure como rehén. El jefe de la acción era Juan Ledesma, el capitán Pedro, un obrero de la Fiat surgido de los conflictos de Sitrac y Sitram unos años antes. Para el ERP era un éxito completo.

En Catamarca, en cambio, les fue muy mal: los combatientes de la Compañía de Monte Ramón Rosa Giménez, que operaba en el sur de Tucumán, fueron escondidos en camiones hasta Catamarca pero antes de que llegaran unos policías provinciales sospecharon de un grupo que se acercaba en un colectivo y se armó un tiroteo que frustró la operación.

Era la primera acción ofensiva de la Compañía de Monte y estaba muy lejos de sus bases en la precordillera tucumana. Se dispersaron con distinta suerte: trece guerrilleros fueron tomados prisioneros en las cercanías. Una

columna de dieciséis, comandados por Antonio del Carmen Fernández, el Negrito, se internó en el campo. Antonio se movía con destreza en el Aconquija, pero Catamarca era árida, achaparrada y esa noche, a pie, no había dónde esconderse. El domingo 12 salieron a buscarlos rastreadores y helicópteros del Ejército. Los dieciséis guerrilleros huían entre espinillos, cactus y tierra cuarteada por la seca. Al mediodía los militares los vieron: los guerrilleros tenían muy pocas municiones, y casi ninguna posibilidad de escapar. Cuando estuvieron completamente rodeados y sin chance, el Negrito Fernández parlamentó con el comandante militar y negociaron la entrega. Una hora después, los militares los fusilaron a todos. Salvo algún poblador y algún baqueano, no hubo testigos civiles. El comando táctico de las fuerzas militares desplegadas en Catamarca estaba a pocos kilómetros, en Famaillá, a cargo del general Luciano Benjamín Menéndez, jefe de la Quinta Brigada de Infantería del Ejército.

El lunes 13 de agosto todos los diarios —salvo *Noticias*, que denunció los fusilamientos— reproducían los partes del Ejército sobre feroces combates entre regulares e irregulares.

El tercer grupo de la Compañía de Monte, encabezado por Hugo Irurzún, el jefe de la unidad, había logrado subir a los vehículos y volver al sur de Tucumán. Unos pocos, los militantes urbanos, se fueron a San Miguel; el resto se internó en el Aconquija. Era una docena de hombres. Apenas dos meses y medio antes, la Compañía de Monte tenía una base de 40 combatientes: en dos días habían caído 29.

El martes 14 a la mañana, Gaggero, Frondizi y Curuchet llegaron a un viejo hotel de la plaza central de Catamarca. Madres, esposas y hermanos de muertos y detenidos deambulaban, esperándolos. Había tropas por todos lados. El ejército había copado la ciudad y el comisario Villar había llegado el día anterior con dos compañías de tropas antiguerrilla, dispuesto a emprender camino hacia los montes tucumanos. Los diarios reproducían las condenas de casi todos. El *Pravda* de Moscú decía que los «ataques contra instalaciones militares en la Argentina fueron provocados por los círculos reaccionarios de derecha, que están tratando de aumentar la tensión». Y los Montoneros, en un comunicado, sostenían que «la resistencia contra la ofensiva de los enemigos de la Nación debe darse principalmente en el terreno político todavía, hasta tanto se cierren las posibilidades de hacerlo en ese campo y sea necesario volver a emplear las formas político-militares».

Los abogados se presentaron en el juzgado federal para asumir la defensa de los catorce detenidos y pedir la inhumación de los diecinueve cadáveres. El

oficial de justicia tenía cara de aquí no ha pasado nada.

—Buenas tardes. ¿El juez?

—El juez no los puede atender.

—¿Dónde están los presos?

—Incomunicados.

—¿Y los cuerpos?

—Los están examinando los forenses...

Silvio Frondizi conocía el estilo de la siesta norteña desde los años en que había armado el Instituto de Filosofía en la Universidad de Tucumán.

—Vamos a esperar que su señoría se desocupe.

El día pasó sin que pudieran hacer nada. A la noche hablaron con los periodistas de todos los medios denunciando la presunción de fusilamiento. Antes de dormirse prendieron la radio y se enteraron que Isabel había nombrado a Oscar Ivanissevich como ministro de Educación. Manuel se agarraba la cabeza:

—¡Ese Ivanissevich es un facho! Fue asesor del intendente de Buenos Aires en la época de Onganía. Es médico, ¿usted se acuerda qué proponía para las obras sociales? Que se privaticen y que cada uno pague lo que tenga que pagar. ¡Así lo decía el muy turro!

Silvio Frondizi era un eterno optimista pero ese día parecía muy cansado:

—La verdad que me parece que ésta no termina bien, don Manolo...

El miércoles 15 de agosto, la presión de los familiares amenazaba con incendiar la ciudad. Finalmente, les dejaron ver los cadáveres y los exámenes de los forenses. Gaggero, Curuchet, Frondizi y algunos familiares improvisaron una rueda de prensa en el hotel:

—Vean, estamos en presencia de una ejecución masiva, están todos baleados y con tiros de remate...

—Estamos ante otro crimen horroroso, semejante a la matanza de Trelew.

Los enviados especiales transmitieron inmediatamente la denuncia a sus redacciones. Poco después fueron a la gobernación: allí, el gobernador Hugo Mott acababa de recibir a su colega riojano y lo había invitado a participar en un encuentro con los jefes militares presentes en la zona. Con poncho, pelo largo y patillas, Carlos Menem salió de la audiencia y se enfrentó a los periodistas.

—¿De qué hablaron, gobernador Menem?

—Hemos venido a manifestarle nuestro reconocimiento al gobierno del pueblo y a las fuerzas del orden de Catamarca por el servicio brindado a la Nación al abatir a los elementos que están en contra del pueblo.

La renuncia de Jorge Taiana se veía venir; lo que nadie había imaginado era que, ese 13 de agosto, lo iba a reemplazar un fascista confeso: Oscar Ivanissevich era un cirujano de 79 años que ya había sido ministro de Educación peronista en 1949 y, en 1967, asesor en salud pública del gobierno de Onganía, a quien recomendó que privatizara la atención médica para que «cada uno pagara lo que debía pagar, de acuerdo a sus entradas».

Junto con Taiana también habían renunciado los ministros de Interior, Benito Llambí, y Defensa, Ángel Robledo, reemplazados por Alberto Rocamora y Adolfo Savino. Emilio Abras dejó la secretaría de Prensa al lopezreguista José María Villone, y Antonio Cafiero fue nombrado interventor en Mendoza. Sólo dos semanas antes había sido designado en la secretaría de Comercio, y mantuvo los dos puestos: *La Nación* se congratulaba y *El Caudillo* había saludado «el nombramiento del doctor Cafiero, uno de los economistas más lúcidos del peronismo». *La Causa Peronista*, en cambio, había dicho que «Cafiero siempre estuvo vinculado como asesor a la UOM y a la CGT. En 1967, en representación de la CGT, afirmó que el plan económico de Krieger Vasena era “un programa serio”. Nunca dejó su relación de asesor impositivo de grandes empresas». Y que era «un hombre de la entera confianza de los monopolios y el imperialismo».

—Bueno, hasta acá llegamos, compañeros. Parece que este proyecto no era para este país, y que ahora sí que volvemos a la Argentina profunda. Espero que nos sea leve a todos... De más está decir que yo, personalmente, y todos nosotros les agradecemos muchísimo todos los esfuerzos, y de ahora en más los dejamos en libertad de acción para...

Las caras eran serias y algunos estaban casi conmovidos: después de quince meses de trabajo, Nicolás Casullo estaba despidiendo al equipo de gente que había colaborado en el Departamento de Cultura y Comunicación del ministerio. Y ninguno de ellos tenía demasiado claro qué sería de su vida de ahí en más.

Esa tarde, Nicolás se encontró con Andrés Zabala en el bar de Canning y Santa Fe:

—Taiana me contó que este Ivanissevich está muy conectado con el Brujo y las Tres A. Va a haber que andar con mucho cuidado, Nicolás. Ni vuelvas al ministerio. Que Carlos siga yendo por unos días, que está menos amenazado, para dejar las cosas en orden.

—Bueno, por lo menos voy a ir a cobrar a fin de mes, no tengo un sope.

—Arreglá con tu secretaria, que ella lo cobre.

—Mi ex secretaria. ¿No sabés quiénes nos reemplazan?

—Por ahora no hay, van a poner un secretario de Prensa y van a tirar a la mierda tu Departamento. Gente de Taiana dice que tienen fichados a todos, piso por piso.

Esa noche, Nicolás fue a dormir con Ana en el departamento de ella, en Gascón y Córdoba. Se sentía más que nada aliviado, y la noche fue muy agradable. A la mañana siguiente salió a comprarse *La Opinión*, *La Nación* y *Clarín* y se sentó con una jarra de café a leerlos despacio, tipo jubilado: no tenía nada que hacer, salvo pensar en que, lo antes posible, tendría que conseguirse un trabajo. Era un momento raro: Nicolás disfrutaba de esa pausa, de tener, por primera vez en años, unas horas tranquilas por delante y, a la vez, lo asaltaba la angustia de no saber qué sería de él, de todos ellos de ahí en más. Era una fiaca agradable pero no dejaba de ser el resultado de una derrota. Aunque, por momentos, se le ocurriera que esa derrota quizás lo estaba liberando de una militancia que le resultaba cada vez más ajena. Sin embargo, en esa militancia, en esa organización, estaban muchos de sus afectos y el proyecto por el que venía trabajando desde hacía mucho tiempo. Era difícil.

—¿Me pudiste cobrar el sueldo?

—No, todavía no. Pero acá hay una citación de las nuevas autoridades, que quieren tener una charla con vos.

Nicolás no le hizo caso, pero pocos días después su ex secretaria volvió a llamarlo para decirle que había recibido, en su despacho, un telegrama colacionado que lo intimaba a presentarse.

—¿Casullo, no?

—Sí.

—¿Y usted acá qué hacía?

—No tengo por qué decírselo.

Dos compañeros suyos lo habían acompañado hasta el ministerio, por si acaso, y lo estaban esperando en el pasillo. El tipo que lo interrogaba tenía un traje oscuro, corbata finita, piel cetrina y la cara sin gestos: no era fácil mantener una cara tan quieta. Sobre su escritorio, junto a su mano derecha, había un revólver 38.

—Dículpeme, ¿eso para qué es?

—Ah, está bien, ¿le molesta?

Dijo el tipo, y guardó el 38 en el cajón del escritorio. Después se quedó mirando unos papeles:

—Aquí hay una orden de compra de un libro.

—¿Qué tiene?

—*Los Montoneros*, se llama el libro.

—Sí, un libro de historia de editorial Hachette, sobre los montoneros del siglo pasado.

—¿Para qué?

—Disculpe, ¿usted para qué me llamó?

—Encontramos este título, y los propios compañeros suyos me trajeron esta orden de compra y me dijeron que fue un pedido suyo, que usted lo había mandado comprar, que lo llamase para aclarar.

—¿Qué compañeros, de qué me está hablando?

—Acá quedaron varios compañeros, los de la Lealtad, y están colaborando fraternalmente con nosotros en esta nueva etapa.

—Los Montoneros Lealtad.

—¿Cómo montoneros, de qué me habla?

—Todos sus documentos públicos los firman así, Montoneros Lealtad. En realidad se sienten más montoneros que los montoneros.

—Montoneros Lealtad... ¿Está seguro?

—¿Para qué fui citado?

—¿Montoneros Lealtad?

Era un dato tonto, conocido, pero lo había hecho vacilar. Nicolás quería salir de ahí lo antes posible.

—Bueno, ¿para que me citó?

—Quería conocerlo. Usted trabajó para el judío Timerman, ¿no es cierto?

—Si es por lo del libro ya está aclarado.

—Me acuerdo de sus artículos. ¿Y Andrés Zabala, cómo está Andresito?

—Buenos días.

A la salida, la ex secretaria de Nicolás le pasó un sobre que le había llegado dos días antes. En el ascensor, junto con los dos compañeros que lo acompañaban, Nicolás lo abrió: era un mensaje de la Triple A con el dibujo de dos manos ensangrentadas y el anuncio de que su ejecución ya estaba programada.

Agosto de 1974. Todos los medios hablaban del «nuevo boom del cine argentino», y explicaban que era la explosión del potencial acumulado después de tantos años de censura y represión. Y publicaban cifras: a mediados de agosto, *La Patagonia rebelde* de Héctor Olivera, con Federico Luppi, Pepe Soriano y Héctor Alterio, llevaba 1.500.000 espectadores; *La madre María* de Lucas Demare, guión de Augusto Roa Bastos y Tomás Eloy Martínez, con Tita Merello, 1.000.000; *Boquitas pintadas* de Leopoldo Torre

Nilsson, con Luisina Brando, Leonor Manso, Raúl Lavié y Alfredo Alcón, 900.000; *La Mary* de Daniel Tinayre, con Susana Giménez y Carlos Monzón, 800.000; *La Tregua* de Sergio Renán, a partir de la novela de Mario Benedetti, con Héctor Alterio, Luis Brandoni, Marilina Ross y Ana María Picchio, 700.000; *Quebracho* de Ricardo Wullicher, con Héctor Alterio, Juan Carlos Gené, Lautaro Murúa, Cipe Lincovsky y Luis Medina Castro, 600.000, y casi todas seguían en pantalla. Hacía mucho que no se veía algo así.

«Entre mayo y agosto de 1974, una decena de películas argentinas recibió su bautismo en las salas de Buenos Aires. Varias de ellas —*Boquitas Pintadas*, *La Patagonia rebelde*, *La tregua* y *La Mary*, por lo menos— llegarán al millón y medio de espectadores. Y *La madre María* también tiene por delante amplios circuitos del interior que permiten pronosticarle más de dos millones de espectadores al final de su trayectoria», escribía en *La Opinión* Enrique Raab. «No es la primera vez en la historia del cine argentino que un film alcanza tales repercusiones. Sí es la primera, en cambio, que seis películas llenan al mismo tiempo las salas céntricas y decenas de salas de barrio, relegando al cine extranjero a un increíble segundo plano. En 1973, *Juan Moreira*, de Leonardo Favio, había sumado dos millones y medio de espectadores en todo el país; ése es quizás el record absoluto de recaudaciones para el cine nacional».

Pero a partir del martes 20 a las 11 de la mañana las cosas empezaron a cambiar. Asumía sus funciones el nuevo interventor en el Ente Nacional de Calificaciones Cinematográficas, Miguel Paulino Tato. Un hombre de 70 años, que había debutado con sus críticas de cine en el viejo diario *El Mundo* de los años treinta, cuando firmaba «Néstor». Después, en el primer gobierno peronista, Tato se hizo amigo del secretario de Prensa, Raúl Apold: sus contactos le permitieron filmar, en 1952, *Facundo*, una película poco vista sobre la vida del riojano. Tras la caída de Perón tuvo trabajos menores: por ejemplo, profesor de caligrafía del general Juan Pistarini, el que encabezó el golpe del 28 de junio de 1966. Eso le abrió otras puertas y, en 1969, el coronel Luis Prémoli —entonces secretario de Prensa del general Juan Carlos Onganía— lo designó director general del Canal 7, cargo que mantuvo hasta 1974. Eso no le impidió ser asesor cinematográfico del Teatro General San Martín y escribir en *Mayoría*.

Al día siguiente de su asunción, *La Opinión* reprodujo algunas frases que el nuevo interventor había publicado en *Mayoría* cuando Octavio Getino estaba a cargo del Ente de Calificaciones y se dedicaba a autorizar las películas prohibidas por la dictadura anterior:

«La censura bien ejercida es higiénica. Y altamente saludable, como la cirugía. Cura y desinfecta las películas insalubres, extirpándoles tumores dañinos, que enferman al cine y contaminan al espectador».

Cuando Tato asumió, dispuesto a reimponer una censura férrea, algunos viejos periodistas decían que era hombre de doble discurso y recordaban esa tarde cuando, aburrido en la redacción de *El Mundo*, se bajó la bragueta, depositó su miembro entre los cachos de un pan cortado al medio y empezó a gritar:

—¡Choripán, choripán! ¡Al rico choripán!

En cuanto llegó de Chilecito, Antonia Nievas se fue derecho a Colonia Chazal. Quería ver a su hija. Se tomó el colectivo: la ruta 38 rebosaba de tropas, unimogs, tanquetas. En su pueblo le contaron que, más al sur, el panorama era sombrío: que por Famaillá y Monteros estaban los regimientos de montaña de Salta y Jujuy, con mulas y caballos, que los de la Federal llevaban unos perros olfateadores y que antes de meterlos al monte les ponían en el hocico ropas o mochilas de los que habían matado en Catamarca. En la radio, los partes militares anunciaban que los guerrilleros estaban cercados.

—Dicen que los muchachos andan por el cerro Las Luces, pero se me hace que eso es pura bulla.

Zoilo, el padre de Antonia, decía que no era fácil subir la ladera de ese cerro, tan alto y enmarañado que hasta de día era preciso andar con linterna entre los bosques de arrayanes. Antonia pensaba que todo sonaba a pura propaganda y que no debía ser cierto, pero no podía estar segura.

Esa noche, Luis y Antonia volvieron a su casa de El Colmenar. Luis se metió en la cama temprano; Antonia había dejado un momento de leer el *Estrella Roja* para cambiarle los pañales a Julito en la cocina. Los golpes en la puerta retumbaron en toda la casa. Por la forma de golpear, y por la hora, tenían que ser policías.

—Vestite, Luis.

No sabía bien por qué le parecía mejor que se lo llevaran vestido. Antonia fue hasta el cuarto donde estaban las armas para dejar el *Estrella Roja*. Los golpes se repitieron, cada vez más fuertes. A Antonia le temblaron las piernas. Dejó a Julito sobre la cama y fue a abrir. Los tipos iban de civil y de uniforme y entraron como una tromba.

—¡No se mueva nadie, carajo, o los reventamos!

Dos agentes la pusieron contra la pared, con un tipo apuntándola. Luis alcanzó a saltar de la cama y empezó a ponerse el vaquero que tenía al lado de

la cama. Se le tiraron encima y el pantalón se le trabó en las rodillas. Una vez en el suelo alcanzó a cubrirse la cabeza pero le entraban patadas de todos lados.

—¡Paren! ¡Por favor, paren!

Al escuchar los gritos de su padre, Julito se puso a llorar y Antonia sacó la cara de la pared y encaró al policía que tenía atrás:

—¡Deme a mi hijo! ¡No hagan sufrir a la criatura!

—¡Date vuelta o vas o cobrar vos también!

Los llantos de Julito seguían pero Antonia se dijo que no podía hacer nada. Puso la frente nuevamente contra la pared y empezó a contestar las preguntas que le hacía un oficial: nombre, domicilio, edad.

—¿Ocupación?

—Doméstica.

—¿Militancia política?

—No tengo.

—¿Y entonces para qué tenés fusiles y bombas en esa pieza?

—Yo no sé nada, señor.

—¡Ya va a cantar tu marido! ¡Ya vas a ver!

Desde el living, Antonia escuchaba un cuchicheo de los que se habían metido en la habitación que hacía de depósito:

—... de todo, armas cortas, largas, gelamón, alpargatas, camisas verdes, tienen de todo, jefe...

Mientras algunos policías festejaban, otro se le acercó al oído a Antonia.

—¡Decime dónde está la plata o la vas a pasar fiero!

—Acá no hay plata, señor.

Dijo bien fuerte y otro policía se acercó para sacar al primero del medio. Los policías estuvieron tres horas haciendo el inventario. Antonia estuvo todo el tiempo contra la pared y, cada rato, escuchaba ruidos de golpes, gritos de dolor. Julito tenía un llanto cada vez más débil.

—Quedate tranquilo, hijo, ya se van a ir los policías y vas a quedarte conmigo. No tengas miedo, Julito.

En un momento, uno que tenía voz de mando empezó a apurar a todos para que terminaran.

—Che, meté la mamadera del changuito entre los fal, así se las mandás a los diarios.

Le dijo al que sacaba las fotos de las armas secuestradas. Eran las tres de la madrugada: empezaba el domingo 18 de agosto. Al final los cargaron en dos patrulleros y se los llevaron a la jefatura. Luis y Antonia tenían que

vérseles con el Tuerto Albornoz: había llegado la hora del interrogatorio. Albornoz era el sucesor del comisario Tamagnini, que el ERP había matado tiempo antes.

Esa tarde, los enviados especiales del diario *Noticias* mandaban desde Famaillá el despacho con las novedades del día:

«Desde el sábado a la noche, en que al parecer el Ejército se habría incautado de documentación o testimonios válidos para el desarrollo de la acción militar que aquí se despliega, comenzaron los allanamientos y detenciones. En su gran mayoría se trata —hasta el momento— de humildes trabajadores de los ingenios, activistas gremiales y políticos, o sospechosos que son a su vez señalados por la propia policía en base a datos que obtienen de los detenidos. Por lo menos unas cinco personas jóvenes, afincadas en la zona, fueron detenidas ayer poco antes de las 16, al pie de los cerros Famaillá. En la comisaría central que funciona en esa ciudad —donde montó su centro de operaciones el general de brigada Luciano Benjamín Menéndez— fueron conducidos estos jóvenes arrestados. Tres de ellos exhibían ropas destrozadas, dos estaban esposados y presentaban golpes en el rostro. Ese procedimiento lo habría cumplido la policía de Tucumán.

»Poco después de las 16.30, salieron nuevas comisiones policiales a distintos puntos cercanos a Famaillá. Retornaron poco después de las 17.30 con más de 11 personas detenidas —casi todas de edad madura— demoradas en averiguación de antecedentes.

»Los parroquianos fueron detenidos mientras jugaban a las cartas en un bar. Al ingresar a la comisaría, *Noticias* pudo escuchar el siguiente diálogo entre un policía y uno de los detenidos.

»—¿Así que vos sos el albañil que has hecho mal el piso o un doble piso?

»—Yo no he hecho nada, están todos locos. ¿De qué diablos me acusan?

»—Bueno, pasá que ahora le vas a tener que explicar todo este asunto a los militares».

El domingo 18 de agosto el general Menéndez durmió la siesta en la comisaría de Famaillá. Al levantarse habló por radio al Comando en Jefe del Ejército, salió a la vereda y convocó a los periodistas que seguían el operativo:

—Por disposición superior, a partir de este momento, no se suministrará más información. Esa tarea quedará en manos exclusivas de la superioridad, allá en Buenos Aires.

Después Menéndez reunió a la oficialidad y las tropas volvieron a sus cuarteles. Ese mismo día el jefe del Ejército, general Anaya, que estaba en

visita oficial en Ecuador, la interrumpió y volvió a Buenos Aires. La última cita de Anaya en Quito fue una entrevista con el dictador chileno Augusto Pinochet. Anaya se subió al avión presidencial Patagonia y llegó el lunes 19 al aeropuerto de Buenos Aires, donde lo recibieron el jefe del Estado Mayor del Ejército, general Videla, y el secretario del Comando en Jefe, general Viola.

Días después, el buró del PRT decidió enviar un nuevo responsable político a la regional Tucumán para reemplazar a Jorge Molina, el capitán Pablo, que pasaba a tareas militares. Humberto Tumini llegó el 2 de septiembre, justo cuando la FOTIA largaba una huelga en todos los ingenios de la provincia. Atilio Santillán, su secretario general, había estado negociando en Buenos Aires sin ningún resultado. Tumini se quedó bastante impresionado cuando Santillán, un peronista más bien ortodoxo, dijo en una asamblea que si la patronal azucarera no quería arreglar por las buenas iban a subir al monte.

—Y ahí les vamos a seguir la lucha con los que ya están arriba.

La alusión era obvia. Tumini sabía que era una amenaza, una presión, pero le hacía pensar que la guerrilla tucumana no era un foco aislado, sino que se unía a las luchas populares. Pero no tuvo tiempo de comprobarlo: el 23 de septiembre lo detuvieron en una casa donde estaba reunido con Osvaldo Debenedetti y otros tres miembros de la dirección regional del PRT.

Antonia Nievas se había pasado una semana incomunicada en la jefatura policial: en los interrogatorios la amenazaron y la maltrataron pero no la torturaron. A Luis, su marido, lo picanearon varias veces. A Julito, el hijo de ambos, se lo entregaron a la familia de ella. En el juzgado federal de Tucumán les radicarón una causa por asociación ilícita y tenencia de armas de guerra y explosivos. Cuando les levantaron la incomunicación, pasaron a Antonia a una celda grande en la misma jefatura y se llevaron a Luis al penal de Villa Urquiza. El abogado Ángel Pissarello, un caudillo radical de izquierda, antialfonsinista, les salió de abogado defensor. En esos días, otras presas políticas empezaron a llegar a la jefatura. A la tarde hacían tortas fritas en un calentador, leían, discutían. Una presa, que era estudiante universitaria y se mostraba muy decidida, le propuso ayudarla en los estudios:

—Compañera, la cárcel tenemos que aprovecharla para formarnos. Si vos no pudiste terminar la primaria, seguramente fue porque al capitalismo no le conviene que la clase obrera esté instruida. Así que vamos a pedir los libros y vamos a empezar, ¿te parece?

Antonia le cebó otro mate dulce.

—Bueno, meta, compañera.

Dos

—Tomá, Lila, éstas son las llaves del falcon. Está donde lo dejaste anoche. Tendrías que moverlo de nuevo. Y acá tenés las de la F-100. Andá y movela también, por favor.

Ahora Mercedes Depino se llamaba Lila, y hacía días que no paraba de mover coches de acá para allá. En su departamento de Vicente López había una reunión tras otra, y el clima era agitado. Era obvio que se estaba preparando algo grande.

—Y andá con cuidado.

Hacía un mes que Mercedes y Sergio se habían mudado a ese departamento: dos ambientes grandes, luminosos en un séptimo piso en Maipú y San Martín que les habían comprado los padres de Sergio, Hilda y León Berlín, siempre dispuestos a ayudarlos en todo lo que pudieran. Así vivirían en su zona de militancia, y se evitarían largos viajes desde el centro. Carlos Goldenberg, en cambio, se había ido a vivir a Moreno; su compañera, Adelaida Viñas, Mini, militaba allá y no negociaba: para ser buenos militantes, decía, tenían que vivir en un barrio de laburantes y en las mismas condiciones que ellos. Carlos no terminaba de estar de acuerdo:

—Si queremos hacer la revolución no es para vivir todos peor, sino para que todos vivamos lo mejor posible. Nivelar por arriba, che, no por abajo. Hacer la revolución no tiene que ser una forma de sacrificio, una manera de sufrir... Ésas son ideas cristianuchis. Si uno está en esto es por una ética y también por una estética, para disfrutar en serio de la vida.

Pero el planteo de Mini seguía la ortodoxia montonera: Carlos terminó por aceptarlo y se instalaron por La Reja. Era incómodo: cada mañana tenía que salir bien temprano, como si fuera a trabajar, porque en ese barrio de casitas y calles de tierra todos salían a trabajar bien temprano y uno que no lo hiciera habría resultado sospechoso. Tenía que caminar muchas cuadras de barro hasta el colectivo, y de ahí a la estación de tren y de ahí un par de combinaciones para llegar a la zona Norte, donde militaba. A menudo se aparecía en el departamento de Sergio y Mercedes con facturas para el desayuno, para hacer tiempo hasta su primera cita.

—Y encima mis vecinos que siempre están diciendo mirá cuando llegue el pavimento cómo se va a valorizar nuestro terreno, y la puta que lo parió. Como si eso les fuera a cambiar algo...

El departamento estaba bien arreglado. En el living había un par de sillones con tapizado lila y un diván-cama para los que se quedaban a dormir: Carlos era el más asiduo. Había una mesa con sus sillas a juego, una biblioteca, varias plantas y tres dibujos de Alonso y uno de Castagnino, regalo de los padres de Sergio. Y una especie de colgante que les había regalado el padre de Mercedes: un mediodía que se habían encontrado para comer, Mercedes se paró frente a la vidriera de una casa de decoración y comentó que el colgante le gustaba. Su padre le dijo que se lo compraba:

—Ya que no puedo conocer tu casa, por lo menos tené algo mío ahí adentro.

En la cocina había buenas cacerolas, especias y condimentos, porque a Sergio le gustaba cocinar y los dos estaban de acuerdo en que una vida militante no tenía por qué ser sufrida, mientras pudieran evitarlo. De vez en cuando, los padres de Sergio se aparecían con grandes bolsas de provisiones y, además, solían darle una buena propina a la portera para que no hiciera demasiadas preguntas. En general, Mercedes se levantaba temprano para ir al hospital, y Sergio hacía la cama; ella volvía al mediodía y ahí empezaba su ronda de actividades.

Mercedes era la responsable de la UES de zona Norte, y eso le suponía muchas reuniones: cada semana tenía que encontrarse con los responsables de la UES de las demás zonas de la Regional 1 —Capital, Sur y Oeste— para discutir las políticas del frente, coordinar acciones y recibir directivas: el responsable de la Regional era Claudio Slemenson, el Barbeta. Después se reunía con los responsables de la UES de los partidos de su zona —San Martín, General Sarmiento, Vicente López, San Isidro, San Fernando, Tigre— para enterarse de cómo estaban las cosas, discutir las políticas, transmitir esas directivas y armar planes de trabajo. A menudo se veía con cada uno de ellos por separado, o con grupos de militantes secundarios que lo necesitaran y, sobre todo, tenía las reuniones de su ámbito. La habían «promocionado»: como responsable de la UES de toda la zona formaba parte de una Unidad Básica de Combate —UBC— al mando de Rodolfo Galimberti, el Loco, que estaba dividida en dos subunidades: sus jefes eran Carlos y Sergio —Tomás y Dante. El jefe directo de Mercedes era su primo, pero muchas veces las dos subunidades se reunían: ahí estaban los responsables de la JP, la JTP y las

demás agrupaciones de la zona. Eran todos muy amigos, y disfrutaban de esos encuentros.

Su departamento era, también, uno de los lugares de funcionamiento de la conducción de la columna Norte de los Montoneros. Varios de sus cuadros tenían la llave, y solían usarlo para encuentros y reuniones: la gorda Amalia, la jefa de la columna; Román, el responsable de General Sarmiento; el Loco Galimberti, responsable de San Martín, y algunos más. Y, en esos días de agosto, estaban reunidos todo el tiempo. Mercedes no sabía qué pasaba, porque no pertenecía a la conducción y, teóricamente, no podía saber, pero era evidente que la operación que estaban preparando salía de lo común.

—Bueno, después volvé y si no hay novedad vas a tener que bajar de nuevo para mover el 404 azul.

Así que la tenían de un lado para otro moviendo media docena de coches que habían robado para esa operación. Había que cambiarlos de lugar a menudo, porque un coche que se quedaba mucho tiempo en el mismo lugar llamaba la atención de la policía, y como los demás estaban ocupados con los preparativos, le tocaba a ella.

No le gustaba mucho esa tarea: sabía que no se la encomendaban porque fuera de menor nivel que los otros, como a veces pasaba en otras columnas, sino porque todos los demás estaban ocupados, pero igual se preocupaba. Nunca le había gustado andar armada, no se sentía segura con las armas; si iba con otros compañeros en los que confiaba no era tan grave, pero sola y enfierrada se ponía nerviosa. No estaba segura de que, si pasaba algo, sería capaz de una buena respuesta.

Mercedes caminó un par de cuadras, hasta donde estaba el falcon cremita, y no notó nada raro. Siguió de largo y dio una vuelta manzana, mirando para todos lados: todo estaba tranquilo, así que se subió al coche, le dio arranque, anduvo un par de cuadras y volvió a estacionarlo. Entonces se bajó y empezó a caminar hacia el lugar donde había dejado la pickup. Sabía que no tenía que saber qué era la operación que se estaba preparando, pero igual tenía sus sospechas. Por dos o tres frases sueltas que había oído, le parecía que podía ser la muerte del comisario mayor Alberto Villar, el jefe de policía. Eso sí que sería un golpe fuerte. Con todo lo que había venido pasando en las últimas semanas, con la escalada de violencia de la derecha y los asesinatos de la Triple A, le parecía que ya era hora de que la organización empezara a generar hechos político-militares importantes. Y lo de Villar sería, además, casi un gusto. Para los Montoneros, el comisario era un compendio de todo lo peor: suponían que sería un objetivo que todo el pueblo podría entender y, de

alguna forma, compartir. El comisario Villar era el represor del Viborazo y del velatorio de los muertos de Trelew y, sobre todo, el jefe de la represión en esos días: un verdadero especialista, uno de sus enemigos más temibles.

Cuando se enteró de la muerte del Negrito Antonio del Carmen Fernández, Alberto Elizalde no lo podía creer. Apenas dos años antes, en esa misma cárcel, el Negrito había hablado en homenaje a los héroes de Trelew. Alberto había estado ahí. Ahora estaban organizando un homenaje era para el Negrito Fernández y los otros quince muertos en Catamarca. Era el jueves 15 de agosto y cuando llegaron los diarios de Buenos Aires, con los nombres de los trece guerrilleros capturados en Catamarca, los presos se precipitaron. Alberto conocía a algunos de nombre; cuando llegó a Miguel Orellana, que decía «profesión: obrero metalúrgico», se impresionó: era el Cabito, el muchacho de la fábrica Eaton que un año antes era sólo un contacto del PRT.

—¡Qué lo tiró!

—¿Qué pasa? ¿A quién sacaste?

Otros presos, que leían otras notas, preguntaban inquietos. La enfermedad profesional del preso era la información, la ansiedad por saber todo lo que pasaba allá afuera.

—Este Orellana era contacto mío, y ahora me puede enseñar él a mí. Mirá que decidido era el Cabito: se fue al monte enseguida.

—Cuando un obrero de vanguardia toma conciencia, no anda con vueltas, hermano.

Los presos, además, tenían explicación para todo. Uno de los temas que más los preocupaban era la eficacia de la tortura en la represión, los límites del aguante. Alberto recordó algo que le habían contado en una visita de abogados: Petete Gertel ya había estado preso en la época de Lanusse, y volvió a caer justo cuando Perón designó a Villar para la jefatura de la Federal.

—Y como Petete tiene cartel, Villar lo hizo llevar a su despacho, sin esposas ni nada. Estaba en mangas de camisa, tomando cerveza, y lo invitó a un vaso. Entonces el tipo le dijo de frente march que Perón lo había designado para hacernos mierda y que él la tenía clara: que sin información no se podía combatir a la guerrilla...

—¡Ya le vamos a dar información a ese botón!

—No, pero esperá porque el tipo se lo explicó como si fuese un teorema, le dijo: Gertel, es elemental, el interrogatorio de tercer grado es a la guerrilla lo que la artillería antiaérea es a la aviación de guerra. ¿Te das cuenta?

—No. ¿Qué es eso de tercer grado?

—Primer grado es conversado, segundo es presión moral y tercer grado es tortura. Entonces Petete se pensó que iba a empezar ahí mismo, pero el tipo le dijo que recién estaba designado y no en funciones...

Los 25 presos del ERP detenidos en Sanidad y Azul estaban en la cárcel de Resistencia. Durante el día podían circular, tenían varias horas de recreo, la comida alcanzaba y podían tallar madera, reunirse, leer libros, pero siempre bajo el ojo vigilante de Wanish, el jefe de seguridad.

A veces, Wanish se paraba al lado de Rubén Suárez, Aníbal, el jefe de la acción de Sanidad, que había pasado a ser el Zurdo porque le pegaba muy bien con la izquierda. El Zurdo era el delegado y Wanish se quedaba mirando cómo usaba las gubias para tallar un pedacito de algarrobo y hablaban del calor que hacía en el Chaco. Wanish era misionero, un oficial penitenciario atípico: tocaba el violín, era campeón de tiro y le gustaba conversar. Wanish había sido jefe de la seguridad interna de Rawson y todavía no se perdonaba el hecho de no haber notado que Santucho, Osatinsky y los demás estaban armando la fuga de agosto de 1972. Suárez lo había empezado a respetar tras la fuga, cuando la cárcel quedó en manos de los presos con docenas de fusiles fal y los rodearon las tropas del Quinto Cuerpo de Ejército. Los presos estaban convencidos de que si entraban los soldados todo terminaría en masacre. Entonces Wanish se presentó a parlamentar, desarmado, y consiguió que le entregaran las armas a cambio de la garantía de que las tropas no entrarían a los pabellones.

A Suárez le costaba tallar el caballito de algarrobo y la mirada del guardia lo incomodaba.

—Wanish, esta tarde vamos a hacer una formación en homenaje a nuestros compañeros fusilados en Catamarca, le pido que no entre ningún celador en ese momento...

—No hay problema.

La ceremonia fue breve: a medida que Ramón Gómez, el Chaqueño, decía los nombres de los dieciséis, el resto gritaba presente. Había una bandera del ERP colgada en una celda y al final cantaron el himno nacional y el del ERP:

—Por las sendas argentinas,/ va creciendo el errepé/ incorporando a sus filas/ al pueblo que tiene fe...

Todo muy discreto. A los guardias les parecía normal que los presos pesados no hicieran demostraciones histéricas, ruidosas. Para los guardias eso era conducta de preso. Para los presos era la mejor manera de no traer complicaciones justo antes de la fuga.

Eso no se discutía: la primera tarea de un revolucionario preso era volver a la lucha activa. Hasta donde los presos sabían, sólo faltaba fijar la fecha, pero el plan y los recursos para escaparse estaban a punto. Los venían armando desde enero. Cuando estaban en Devoto habían pensado en una posibilidad muy tradicional y difícil de concretar: saltar el muro. Cuando los llevaron a Caseros pensaron en hacer volar una ventana. Al día siguiente de la muerte de Perón, los subieron a un avión y terminaron en Resistencia, porque López Rega pensaba que era mejor tenerlos lejos. Y en ese mes y medio habían imaginado otro plan.

Alberto tenía la experiencia de la cárcel de Lanusse y sabía bastante de planes que no se concretaban, pero Alejandro Ferreyra vivía como si tuviera la soga al cuello. Estaba obsesionado. Para calmar la ansiedad comía bastante y le decían Pancuca.

—¡Sos panza, culo y cabeza, hermano!

Ninguno de los dos estaba en el comité de dirección de los presos, pero solían consultarlos para temas militares. El resto se iba enterando de a poco, o intuía algo. Por ejemplo cuando Suárez le decía a Pestaña, que dirigía la actividad física y deportiva, que aumentaran un poco las vueltas de trote y otras cositas más. Wanish no les perdía pisada:

—Pestaña, ¿por qué dejaron de jugar al voley?

—Se terminó el campeonato.

—Y digamé, ¿están corriendo más para hacer una maratón?

—No, si no estamos corriendo más.

Pestaña no sabía que el voley se había suspendido porque alguno se podía lesionar una mano y eso le impediría empuñar un arma, pero tenía muy buena cintura para tranquilizar al jefe de seguridad.

El plan era bastante espectacular. Desde afuera, con un tractor que habrían blindado con una chapa de acero, toparían la puerta de acceso; detrás entraría un grupo que se apostaría cerca de la guardia armada y los mantendría a raya. Desde adentro, con unos explosivos que habían podido entrar, volarían los cuatro o cinco candados y cerraduras. Gracias a la contención externa, los 25 estarían afuera en pocos minutos. Por las dudas, otros dos grupos tendrían que demorar la salida de efectivos policiales y del cuartel local. Esconder 25 guerrilleros recién fugados en Resistencia era imposible, así que el broche de oro era un camión tanque con doble fondo, manejado por un camionero que los llevaría hasta algún punto lejano, que podía ser Rosario.

Cada noche, cuando los encerraban en las celdas, el cajeteo no podía ser mejor. Los presos siempre cajeteaban con la libertad. Esos días el calor y los

mosquitos y los chamamés que escuchaban a todo volumen los celadores tenían olor a fuga. Sólo faltaba que los de afuera dijeran día y hora. Aunque lo de Catamarca había complicado las cosas. No sabían detalles, pero uno de los trece que habían caído presos era el camionero, y eso quizás demoraría la acción. Además, el despliegue represivo de esos días en todo el país inmovilizaba cualquier traslado de hombres, equipos, armas.

El sábado 17 los encerraron como todas las noches. Alejandro se mentalizaba para la fuga. Por la radio pasaban *Kilómetro 16* de Tránsito Cocomarola y a él le sonaba como un tableteo de ametralladora. Todavía tenía muchas esperanzas. Confiaba en el plan. En realidad quería volver a San Justo, a hacer trabajo con los obreros de Santa Rosa, de Mercedes Benz. Sabía que el PRT había crecido mucho ahí, y él había tirado las primeras semillas. Pero a esa altura sabía que el partido lo podía destinar a cualquier lado, sobre todo a tareas militares. En ese año el ERP había cambiado su estructura: tenía grados militares y un organigrama que decían que era parecido a los orígenes del ejército vietnamita: la unidad mínima de combate era el trío, una escuadra eran tres tríos, un pelotón tres escuadras y tres escuadras una compañía. A esa altura, el sueño le hacía cruzar imágenes de guerrilleros con uniforme y las ganas de coger de un año sin ver a su compañera: pensaba que si salía se iba a dar el gusto de coger por todo lo que había imaginado en ese año. Se durmió y se sobresaltó cuando oyó el grito. No era el grito de «recuento...» de las siete, y no lo entendió. Además era más temprano.

—Señores, van a ser trasladados. Les garantizo que se trata de un traslado. El Servicio Penitenciario Federal les da garantías de que es un traslado a otra unidad penitenciaria...

La voz de Wanish era inconfundible y advertía que iba a cumplir la orden a cualquier precio.

—... antes de que pongan en riesgo sus propias vidas, se los va a remitir a otra unidad penitenciaria.

Era obvio que habían detectado la fuga. Los que tenían los componentes de los explosivos sabían que tenían que tirarlos por el inodoro y echarles encima unos buenos baldazos de agua. No iban a quedar evidencias, pero con la ofensiva de las Tres A en todo el país y del Ejército en Tucumán, Alejandro sabía que podía pasar cualquier cosa. El patio del penal estaba oscuro y hacía mucho calor. Los guardias los fueron esposando de a dos y metiéndolos en un camión de celditas estrechas, asfixiantes: cuando terminaron de enlatarlos los llevaron hasta el aeropuerto y los metieron en un Foker 28 de la Aeronáutica,

esposados a los asientos. Al cabo de unas horas sin golpes ni explicaciones, Alejandro reconoció el aeropuerto de Bahía Blanca. Era una escala técnica. Dos años antes había participado en esa ciudad de la planificación final de la fuga de Rawson. Estaba casi seguro de que los llevaban ahí. Los pocos penitenciarios que iban armados en el avión parecían muy aburridos. Alejandro miró la salida de emergencia y le pareció que no debía ser difícil de abrir. Durante el vuelo había venido tanteando la esposa de su muñeca derecha, hasta que consiguió sacársela. Pensó que el mejor momento para saltar sería cuando el avión empezase a carretear. Se tenía fe corriendo. Creía que si llegaba al camino podría reducir un auto y luego cambiar a otro y llegar a alguna de las casas que había conocido en aquella oportunidad. Quería ser libre: quería irse a la mierda y, si no, que lo mataran, que se acabara ese calvario. Pero van a matar al resto, se dijo. Es el individualismo que tanto me han criticado. Es audacia pequeñoburguesa, pensaba, mientras miraba la puerta de emergencia como un desafío. Miró a cada uno de sus compañeros y cuando los motores empezaron a roncar tomó la decisión: se puso la esposa y decidió seguir con ellos, aunque los tiraran a todos al mar diez minutos después.

Al llegar a Río Gallegos el viento que cruzaba la pista hacía flamear las banderas. Los que rodearon de inmediato el Foker eran del Ejército, pero más allá se veían uniformes de gendarmes, prefectos y penitenciarios: se agarraban de los fusiles como esperando la orden de asalto.

—¿Dónde mierda estaremos?

—Río Gallegos, ésta me faltaba. Acá hay una cárcel federal, la que estuvieron Cooke, Cámpora.

Al rato, un petiso muy petiso y muy gordo, con uniforme de gala de penitenciario y un fal en la mano, subió al avión, se plantó como una azafata en el medio del pasillo y levantó los brazos:

—Señores, los invito a pararse. Soy el prefecto Ormaechea y sé que ustedes tienen mucha hambre, así que antes de trasladarlos al penal, les voy a dar comida caliente.

Les sacaron las esposas y después de comer dos platos de succulento guiso de capón los llevaron hasta una cárcel muy chica: el trato era de lo más amable. Unos suboficiales les cortaron el pelo y les entregaron dos mudas de uniformes muy gruesos, calzoncillos largos y camisetas marrones. En el recreo sólo podían jugar con bombas de nieve, así que los primeros días lo único que hacían era comer.

—Elizalde, prepárese para visita.

Delia Avilés, la madre de Alberto, había llegado con las esposas de otros dos presos. Ya estaban duchas: se registraron en el hotel Provincial y en la cárcel, fueron hasta la legislatura, al diario y a la radio. Recién después les llevaron a los presos las noticias y algún pulóver de cuello alto.

Esa noche, los presos oyeron disparos. Al día siguiente, el diario publicaba una foto de Delia y las otras dos mujeres denunciando las amenazas y el confinamiento. Enseguida llegaron a Río Gallegos unos doscientos policías federales y los familiares de los presos dijeron que la presencia de la policía de Villar era la prueba de que algo querían hacer con los presos. El revuelo fue mucho mayor cuando metieron presas a Delia y a las otras dos: mientras estaban de visita, allanaron la habitación del hotel y cuando volvieron las detuvieron.

—¿Qué hacían esos planos y las dos pistolas en la mesa de luz?

Al juez le habían dado el informe de la Policía Federal y recitaba el libreto como si lo creyera. Delia estaba indignada.

—Vea, tengo 55 años y casi no puedo caminar con las vérices que tengo. ¿Usted se cree que yo voy a organizar una fuga a 2500 kilómetros de Buenos Aires? ¡Usted es un sinvergüenza!

—¡No le permito señora, le voy a abrir un proceso por desacato!

Las tres mujeres fueron a parar a la sede de la Prefectura. Esa noche la legislatura hervía con los rumores de una posible intervención federal a la provincia. Jorge Cepernic era el último de los gobernadores que simpatizaba con los Montoneros, y todo parecía planeado desde el momento en que trasladaron a los presos: era la excusa perfecta para mandar las tropas de la Federal que apoyarían la intervención.

Empezaba setiembre y la legislatura santacruceña estaba dividida entre los peronistas que pedían la intervención, los que defendían a Cepernic y los radicales, el clima de presión crecía al ritmo de la cantidad de efectivos de la Policía Federal. En esos días, llegó Alfredo Curuchet a Río Gallegos para hacerse cargo de las defensas. Primero fue a ver a Delia, detenida en la prefectura, y después a Alberto, a la cárcel, para decirle que su madre seguía presa pero estaba bien.

—Mirá, con el clima de terror que hay, todo puede ser; pero es evidente que tanta policía de Villar es para sacarlo de un voleo a Cepernic.

El lunes 7 de octubre, Isabel Martínez de Perón firmó el decreto de intervención al Poder Ejecutivo santacruceño. Entre los fundamentos explicaba que la medida no podía pasar por el Congreso porque estaba en receso hasta marzo. Además, decía que relevaba a Jorge Cepernic, gobernador

electo el 11 de marzo de 1973, «por ineficacia en la gestión administrativa y falta de flexibilidad ejecutivo provincial con los demás poderes, que han provocado un entorpecimiento de las tareas de gobierno». Al día siguiente, Augusto Saffores dejó su puesto de jefe de asesores del ministerio de Defensa —en Buenos Aires— para asumir como interventor en Santa Cruz. Apenas una semana después, partieron de Río Gallegos los efectivos de la Policía Federal. Alberto Elizalde y los otros 24 presos del ERP fueron trasladados al penal de Rawson.

Agosto de 1974. El Frente de Liberación Homosexual no se rindió después de ser maltratado por la columna montonera en julio de 1973 y, entre otras cosas, siguió publicando su órgano, *Somos*, que circulaba sobre todo entre sus miembros, y trataba de ser provocativa. Ese mes, en su sección «Opresiones cotidianas (La pequeña guía del no-iniciado)», *Somos* planteaba la necesidad de liberar las palabras usadas para hablar de sexo:

«El conflicto entre los impulsos sexuales placenteros y la represión socialmente impuesta provoca, en el nivel del lenguaje, un sinfín de expresiones que sirven para nombrar a lo prohibido: la relación sexual...

»El contenido machista con que habitualmente se lo carga puede muy bien pasar desapercibido; la fatigosa —aunque no exhaustiva— enumeración siguiente pretende echar luz sobre ese aspecto de la opresión. En efecto, muy pocas de las expresiones vigentes se refieren al coito como una relación placentera e igualitaria; la mayoría de ellas, por el contrario, son grotescas, brutales y desvalorizadoras de la sexualidad. Queda en manos de los lectores, pues, completar la siguiente lista:

»COITO: hacer el amor. Coger. Hacer gozar. Fifar. Reventar. Encamarse. Culear. Rempujar los raviolos. Tragársela doblada y con un moño en la punta. Ganar. Romper el culo. Acostarse. Potear. Voltear. Hinchar las pelotas. Mover el guiso. Romper las bolas. Poner de espaldas. Conocer la verdad. Montar. Joder. Meterla. Hacer la vida. Clavar. Hacer la porquería. Entenderse. Hacer algo. Enterrar la batata. Pinchar. Llenar. Ensartar. Dar. Bombear. Hacérsela. Lancear. Hacer el favor. Echarse un polvo. Hacer morder la almohada. Garchar. Hacer feliz. Bajar la caña. Hacer el gusto. Bajar la banderita. Sacarse al queso. Hacer pisar el palito. Penetrar. Patear para adelante. Hacer el frufrú. Ir a marcar. Achacar. Hacerle la cacerola. Echarse unos buenos fierros. Pirovar. Mojar la chaucha. Poner. Darle con la de mear. Hacer de activo. Hacer de pasivo. Mandarla a guardar. Vaciar. Hacer cantar el pájaro. Ir para adelante. Llenar la chata. Embocar. Enchufar. Darle al mueble.

Perder como en la guerra. Plantar el nabo. Hacer uso. Verle la cara a dios. Hacer humear los flecos. Hacer cagar para adentro. Hacer saltar el carozo. Buscar el sorete. Hacer humear el ocote. Sacársela por la boca. Mover el guano. Estaquear. Dividir el ukelele. Sacudir. Ensanchar el ocote. Romper el ojete. Hacer tiritar el upite. Tirar la tioca. Multiplicar el siete. Remover. Sacudir la cachila. Hacer el trabajito. Hacérsela sentir. Mojar el tero. Introducir. Fornicar. Mover. Sancochar la mandropa. Empujar la mierda. Hacerlo cagar. Volcar. Romper el candado. Dar goma. Hacer la enema. Pijear. Hacerlo sonar. Entrar de atrás. Violar.

»FELLATIO: chupar la pija. Rezar. Sonar. Tomar el biberón. Pelar la chaucha. Tragar. Tragarla doblada. Comer. Tocar la flauta. Tirar de la piola. Mamar. Silbar. Sorber. Sobar el sebo. Tirar el fideo. Chupetear. Recibir el alimento. Tragar la bala. Limpiar el sable. Darle un besito. Sobar el ganso, la goma, el pingo, el nabo, el nene».

—Momentito, momentito. Yo soy el secretario político del centro de estudiantes de Derecho, y acá estamos defendiendo a nuestras legítimas autoridades.

—Y a mí qué me contás, pibe. Caminá para adentro.

Esas caídas formaban, casi, parte de la rutina militante. Elvio Vitali había sido detenido junto con otros veinte compañeros suyos en la puerta del rectorado de la Universidad de Buenos Aires, Viamonte y 25 de Mayo, mientras manifestaban para apoyar la continuidad del rector normalizador, Raúl Laguzzi, decano de Farmacia, que respondía a los Montoneros. Era evidente que el nuevo ministro de Educación, Oscar Ivanissevich, iba a sacarlo en cuanto pudiera, y la JUP lo defendía: hacía más de un mes que varias facultades estaban tomadas por los militantes estudiantiles de la izquierda y el peronismo, que querían impedir que Ivanissevich interviniera la Universidad. Las tomas los estaban desgastando: las facultades seguían funcionando durante el día; a la noche, para prevenir que las copara la derecha, los militantes hacían guardias armadas.

El calabozo de la comisaría primera estaba lleno. Esa mañana, el diputado Juan Carlos Comínguez, comunista de la APR, había ido a pedir su libertad: le habían dicho que los largarían pronto. Pero ya eran las cinco de la tarde y seguían en cana.

—Che, Tano, dame un faso.

—Cómo no.

—¡Putá, LM! ¿Cuándo vas a empezar a fumar cigarrillos para hombres?

La cargada era habitual y tenía sus historias: para algunos, un verdadero militante fumaba cigarrillos negros, parisiennes o particulares, como se suponía que lo hacían los obreros y como, teóricamente, lo hacían los cuadros montoneros. Elvio no le daba bola a ese tipo de cosas: era como un corolario de cierta idea, que circulaba mucho, que despreciaba ligeramente la militancia de los frentes «pequeñoburgueses» —sobre todo, el estudiantil— y planteaba que no había mejor lugar que el frente sindical. Allí, en medio de los obreros, un militante sí podía «crecer ideológicamente» en un ambiente que no tenía las «debilidades ideológicas» del sector estudiantil. Elvio no estaba de acuerdo: quizás, pensaba, porque él venía de un barrio y no tenía ese complejo de «pequebú». Pero, sobre todo, porque creía en la militancia estudiantil, un frente de masas donde las movidas políticas eran lo más importante: las discusiones, las alianzas, las propuestas capaces de movilizar a la gente.

—López, salga.

El padre de Diego López era un tipo conocido, tenía un programa de radio y había ido a la primera a buscar a su hijo, el Pollo. Que empezó a despedirse de sus compañeros.

—Che, no dejes de poner apelo, acordate.

Era una regla: cuando los soltaban les hacían firmar un papel donde constaba la contravención que los había llevado al calabozo: alteración del orden público. Si ponían «apelo» bajo la firma, el caso tenía que ir a un juez que terminaba sobreseyéndolos y el asunto no quedaba en el prontuario. En cambio, si no apelaban, les quedaba el antecedente. Pero a los policías les molestaba que pusieran «apelo» y solían demorar la salida de los que lo intentaban.

—Sí, no se preocupen.

—Bueno, chau, hermano. Hablá con todo el mundo para que vengan pronto a sacarnos.

Al otro día, cuando salieron, Elvio y sus compañeros se enteraron de que Diego no había agregado el «apelo». En la siguiente reunión, Elvio se lo criticó:

—Pollo, me parece que es un error despreciar ciertas normas de funcionamiento. Ahora te va a quedar el antecedente de esta caída: para hacer política es un problema, te puede llegar a joder.

—Pero hermano, ¿vos te creés que esto se va a decidir por un antecedente más o menos? Esto es la guerra, loco, la popular y prolongada. Acá el juego es otro.

—Sí, también hay otros juegos, estamos de acuerdo, y son básicos. Sin el respaldo de la movilización y, de repente, de los fierros, no vamos a poder hacer nada. Pero no por eso tenemos que despreciar el juego político. La diferencia entre nosotros y la zurda es que nosotros tenemos un verdadero trabajo político, de masas: si perdemos eso nos vamos al carajo.

Decía Elvio, ya liberado. La tarde anterior, en la comisaría, lo habían impresionado los nervios de los policías. Era el jueves 22 de agosto y la ciudad estaba sacudida por la «milicianada» montonera que recordaba el renunciamiento de Eva Perón y la masacre de Trelew. Los «milicianos» eran militantes de las agrupaciones, que no pertenecían a la organización Montoneros pero querían «asumir un mayor nivel de violencia y enfrentamiento». Esa tarde, en todos los barrios porteños, los milicianos hacían actos relámpago, armaban barricadas, quemaban bancos extranjeros y concesionarias de coches, se enfrentaban con la policía que, por momentos, quedaba desbordada. Desde su calabozo, Elvio los vio correr y putearse, excedidos, y tenía la sensación de que quizás fuera cierto que estaban construyendo una fuerza militar que podría llegar a acortar todos los plazos y terminar por resolver la relación de fuerzas a su favor. Y pensaba si no se habría equivocado, y que quizás ese triunfo militar, que él veía lejano y otros anunciaban, estaba mucho más cerca que lo que él pensaba.

—Si llegás a correr sos boleta.

Julio César Urien había participado en la organización de la «milicianada» y pasó por la esquina de San Juan y Boedo, para ver cómo estaba saliendo. Cuando oyó la voz a sus espaldas se dio cuenta de que no podía hacer nada:

—Te dije que no te movás, hijo de puta.

Apenas dio vuelta la cara vio que el tipo estaba cerca y tenía la pistola amartillada. Enseguida llegaron dos más y se lo llevaron a la comisaría. No lo maltrataron, pero pasó una noche de zozobra. Al otro día tanto su familia como los abogados montoneros, cada cual por su lado, presionaron por su libertad. Su causa estaba a cargo del juez federal Eugenio Zaffaroni, que esa misma tarde mandó un radiograma a la Policía Federal para que lo soltaran.

La conducción de la columna Capital decidió que Julio tenía que cuidarse más: lo sacaron de su ámbito con los inquilinos peronistas de Monserrat y pasó a una unidad básica en la Paternal, cerca de la facultad de Agronomía. Por las dudas, dejó la pensión de la calle Saavedra, y le hicieron un documento falso. Esa simulación le resultaba extraña, pero se decía que eran las contingencias de la lucha. En esos días fue a una reunión de la secretaría

militar con Carlos Lebrón y Mario Galli. Cuando entró, Mario lo atajó con la noticia:

—¿Te enteraste del decreto de la Chabela?

—No, ¿qué decreto?

—Nos firmó la baja de la Armada. ¿Y sabés lo que hizo, la guacha? Hizo el decreto retroactivo al 1.º de julio, al primer día de su mandato.

Además de ellos tres, la baja incluía a Acosta, Mendoza, Hirsh y Actis. Julio se quedó unos segundos en silencio. Estaba muy jugado en su proyecto militante, pero la Armada seguía siendo algo importante para él: la institución donde había elegido pasar su vida. Y, ahora, era probable que nunca más pudiera volver. Julio respiró hondo.

—El Viejo no tuvo huevos para jugarse por nosotros, pero ésta nos sacó de una patada en el culo...

Hicieron la reunión, Lebrón les leyó parte del manual que estaban elaborando. Julio se acordaba de cuando, tres años antes, todavía cadete, había leído el manual del guerrillero urbano de Carlos Marighela. Entonces Marighela le resultaba una figura mítica, un militar patriota que había enfrentado a la dictadura brasileña. Y ahora él colaboraba en la confección de un manual mucho más completo, que superaba las ideas foquistas de esos años sesenta y que se planteaba orientaciones para un futuro ejército popular, con bases urbanas y rurales, capaz de pasar a la ofensiva estratégica y derrotar al ejército enemigo.

Agosto de 1974. El número 8 de *La Causa Peronista* tenía un título enorme, «¿Quién votó a Isabel-López Rega?» y, en su página 4, el relato de la muerte de dos militantes montoneros. El artículo se titulaba «Volvieron a fusilar al pueblo»; el copete decía que esto sucedía «a 18 años del basural de José León Suárez; a dos años exactos de la dictadura militar en Trelew; a un año del antiperonismo en Ezeiza; a quince días de los asesinatos en La Plata».

«Fue a la una de la mañana del jueves 22. En una mesa de la pizzería “El Chiche”, en Belgrano y 9 de Julio, en Bernal, tres compañeros planificaban los actos de Sur Gran Buenos Aires para la noche siguiente. Uno era el compañero Pablo Van Lierde, el “Gringo”, 22 años. Y montonero.

»Estaba Eduardo Beckerman. Sus compañeros lo conocían como el “Roña”. Había cumplido 19 años. Era delegado de Zona Sur de la Unión de Estudiantes Secundarios.

»El tercero era Carlitos Baglietto, de 29 años, militante de la Juventud Trabajadora Peronista y delegado de la empresa química Darex.

»Ya era el 22 de agosto. Exactamente dos años antes dieciséis combatientes del pueblo eran fusilados por los gorilas de la Marina en la Base Almirante Zar. Fusilados por obra de la dictadura militar. Por esa que terminó de entregar al país. Esa que secuestró, torturó y reprimió tratando de detener al pueblo. A ese pueblo que le fue dando batalla en todos los frentes. Desde 1955.

»El Gringo, el Roña y Carlitos estaban organizando un homenaje a aquellos caídos. Una vez más los compañeros se preparaban para ganar la calle con el pueblo.

»Con o contra las prohibiciones, las amenazas y el despliegue insolente de una policía equipada, no ya sólo para reprimir sino para fusilar peronistas.

»En ese clima de guerra al pueblo, en esas horas previas al 22 en que los patrulleros desfilaban de a seis en fondo sin chapas y con los datos identificatorios tapados con pintura negra, un grupo armado secuestró a los tres compañeros y los golpeó pidiendo información sobre organizaciones populares y sus militantes.

»Después los fusilaron. El Gringo y el Roña cayeron.

»Como en José León Suárez, como en Trelew, como en Ezeiza, acá también quedaron testigos. Acá también quedó un compañero vivo, un sobreviviente de la masacre: Carlitos Baglietto.

»La noche del 22 los peronistas volvieron a la calle. Volvieron a cortar el tránsito de calles y avenidas con molotovs, con actos relámpago. Volvieron a decirle al imperialismo y a sus aliados que el pueblo resistirá su avance. Fue un nuevo homenaje a Evita y un nuevo homenaje a los caídos de Trelew.

»Mientras los grupos se adueñaban de las calles al grito de “Juventud Presente. ¡Perón, Perón, Perón o Muerte!” la noticia recorría todos los barrios. “Mataron compañeros”.

»Mientras los grupos se desconcentraban en las sombras, volvían a sus barrios, a las villas, tras recordar a los caídos golpeando al enemigo, el pueblo también rendía su homenaje al Gringo y a Roña. El primero.

»Carlitos Baglietto, que fue fusilado junto a ellos pero no murió, que sobrevive a catorce disparos de escopeta y ametralladora, contó a los peronistas lo que ocurrió en Bernal.

»Fue poco después del entierro del gringo y del Roña. Éste es su relato:

»“Eran las 12 y media de la noche, salíamos de un boliche que se llama El Chiche, de Belgrano y 9 de Julio, en Bernal. Estábamos el Roña, el Gringo y yo, caminamos un par de cuadras. De pronto, cerca nuestro se paró un fiat 125. Nos encandilaron desde adentro del coche con un reflector potente que

iluminó toda la vereda. Bajaron tres tipos que avanzaron hacia nosotros mientras nos apuntaban con Itakas y metralletas. Ahí nomás se identificaron como policías.

”Eran jóvenes, dos usaban camperas de campaña color verde oliva; el tercero, un sacón de cuero marrón.

”Empezaron a palparnos mientras uno de ellos hacía circular a los automóviles que se paraban a observar. Al final nos pusieron contra una citroneta que estaba ahí estacionada. Ante las preguntas que nos hacían nos identificamos como de JP, y que veníamos del local de la calle Chile donde funciona la regional, que habíamos llegado a morfar algo hasta ese boliche, que ya nos íbamos. Uno de los tipos empezó a interrogarnos. Preguntó si íbamos a pegar carteles por el 22 de agosto. Después que le hicieron abrir el portafolios al Roña nos obligaron a subir a la citroneta, a ponernos boca abajo. El del sacón de cuero se sentó al volante, los otros nos apuntaban con metralletas. Entre ellos se trataban de oficiales. Anduvimos como media hora siempre con la boca contra el piso. Durante el viaje siguieron haciéndonos preguntas, primero sobre los domicilios, después nos preguntaban: ¿a qué peronistas conocen aquí en Quilmes? Yo dije: Coco Andreoli. Me pegaron. ‘Ése está en el CdeO’. Luego fueron al grano: ‘¿quién es el responsable de Quilmes?’. Insistieron un par de veces. ‘Ramón’ respondí. Ahí me dieron otro golpe. ‘Nosotros sabemos que se llama Lucho’, gritó uno. ‘¿Dónde vive Lucho? ¿Dónde están los fierros?’, insistían. Después nos interrogaban sobre Firmenich y Gullo. ‘¿Dónde andan? ¿Cómo se los puede encontrar?’. De pronto al Roña le dan un culatazo en la cabeza. Iban y volvían sobre las mismas preguntas. Siempre las mismas preguntas. A uno se le ocurre decir: ‘¿Qué opinan del CNU?’. Al final alguien propone: ‘Comisario, vamos a llevarlos a la parrilla’.

”Cuando paró la citroneta, alcanzamos a escuchar, en medio de un silencio total, el ruido que hacen los sapos o las ranas en los charcos.

”‘Estamos en un descampado’ me dijo el Gringo.

”Nos hacen bajar, después nos obligan a poner las manos sobre el capot del 125 que había venido adelante o atrás de la citroneta, no sé con precisión, durante todo el viaje. Nos exigen que abramos bien las piernas y vuelven sobre las mismas preguntas.

”‘Señor, esto no es una comisaría’, dice el Gringo.

”‘En estos procedimientos nunca los llevamos a la comisaría’, contesta uno de los tipos.

”Ahí nos sacan los abrigos y los documentos personales y sigue el interrogatorio: ‘¿Dónde está Firmenich? ¿Y Gullo? ¿Los fierros, dónde están los fierros? ¿Cuál es la casa de Lucho?’.

”Así siempre.

”‘Suban a la citroneta’, ordenó uno de ellos.

”Yo subo primero, me acuesto junto a la goma de auxilio. Después sube el Gringo. Más tarde el Roña, que debe poner medio cuerpo sobre el mío porque no entrábamos todos.

”‘Chau Negro, aquí se termina’, dijo el Gringo.

”Se produjo un silencio que habrá durado cinco segundos más o menos. Sólo se escuchaba el motor en marcha del Fiat 125.

”Y de golpe, la primera descarga de Itaka y metralleta que va dirigida al Gringo. Después le dan al Roña, y enseguida me toca a mí.

”‘Hijo de puta’, grito cuando siento los balazos. Lo único que se escuchaba era el motor del fiat y el ruido que hacían las armas al cargarse.

”En ningún momento perdí el conocimiento; me salía sangre por la boca y no podía creer que estuviera vivo. Me había enganchado los pelos de la cabeza contra alguna parte de la carrocería de la citroneta, quería levantarme pero el pelo me tiraba. Al final me desenganché. Tenía al Roña sobre mi cuerpo. Tardé un rato en sacármelo de encima.

”El Gringo respiraba fuerte cuando bajé de la citroneta, después no lo escuché respirar más. No sé como hice pero llegué hasta la cabina de la citroneta. El capot estaba levantado, seguramente le habían desconectado algún cable porque resultó difícil hacerla arrancar. Con la citroneta anduve unos doscientos metros, al final se me quedó.

”Empecé a caminar por el basural.

”De pronto veo que se acercan dos camiones de basura, les hago señas pero siguen de largo. Sigo andando hasta que llego a un rancho. Empiezo a gritar para que me ayuden. Primero salen unos perros que ladran como desesperados alrededor mío. Después escucho la voz de un viejo que me dice: ‘No puedo levantarme, estoy muy enfermo, me estoy muriendo. No puedo ayudarlo, amigo’. Después el viejo parece decirle a alguien que está en el rancho con él: ‘Levantate vos, andá a ayudar a ese hombre’. Como el otro no respondía, me fui.

”Cuando empecé a caminar de nuevo escuché que el viejo insistía: ‘No seas hijo de puta, levantate si sos criollo y ayudá a ese hombre’.

”Cuando me alejaba del rancho, vi que se acercaba un coche que venía del lado del río. Le hice señas; al acercarse, el auto frenó. Bajaron varios hombres

con armas en la mano. Pensé que volvían a rematarme.

”“¡No me maten!’ les grité un par de veces.

”“‘Quedate tranquilo’, me dijeron, ‘somos policías. Un camionero nos avisó que andabas por acá muy malherido’. Eran de la comisaría 1.^a de Quilmes. Al rato, llegó una camioneta dodge, de esas nuevas que tiene la policía provincial y me cargaron. Al rato me dejaron en la guardia del hospital de Quilmes. Ahí comenzaron a atenderme.

”“Y aquí estoy. Aquí, vivo. Me parece mentira”».

Unos días antes, el jueves 7, otro grupo que se identificó como de la Triple A había torturado y matado en La Plata a cuatro militantes del peronismo revolucionario: el estudiante de periodismo Luis Macor, de 21 años, el dirigente petrolero Emilio Pierini, 48, el ex suboficial del Ejército Horacio Irineo Chávez, 66, y su hijo Rolando, 36, que sufría deficiencias mentales.

Horacio Chávez había participado de la asonada de junio de 1956 planeada por el coronel Cogorno para que Perón volviera al poder. Esa noche participó, con una ametralladora de plástico, de la toma del Regimiento 7 de La Plata. Como el movimiento fracasó terminó preso y condenado a muerte, igual que Valle y otros tantos. El 9 de junio, mientras esperaba que un pelotón lo fusilara, lo llevaron a enfermería por una crisis hepática y le postergaron la condena hasta que estuviera repuesto. Antes que la nueva fecha, llegó un radiograma de Aramburu: le conmutaron la pena de muerte por la prisión perpetua.

Y el editorial de *La Causa Peronista*, firmado por su director Rodolfo Galimberti, volvía a preguntarse: «¿Quién votó a Isabel-López Rega?».

«Compañeros, no le podemos dar más vueltas. No podemos seguir llamando simplemente represión a lo que es una guerra. Una guerra sucia contra el pueblo. Contra el peronismo. Hace apenas dos semanas la masacre de la Plata, ahora la de Quilmes; seguramente habrá otras.

»Y esta guerra la ha desatado este gobierno y sus fuerzas represivas: el gobierno del brujovandorismo presidido por Isabel Martínez.

»Y esta guerra tiene muchas facetas, pero todas apuntan a lo mismo: terminar con el proceso de liberación. Así se reprime y pretende destruir la organización de los trabajadores, como en Smata o Gráficos o Propulsora, Bagley y tantos otros intentos obreros sobre los que cayó el peso de un acuerdo que cada vez se ve más claro: el del imperialismo con las patronales y los vandoristas y todo el aparato del Estado. Todos juntos para aniquilar al peronismo y evitar su organización.

»Pero hoy ya debemos dejar de sorprendernos o de lamentarnos: ahora, sin perder más tiempo, y para salvar la organización y la vida de los peronistas, debemos, como nos dijo el General en el 55 combatir al enemigo por todos los medios, desde todos lados, como menos lo espere y donde más le duela. (...)

»Dicho de otra manera, la hora nos pide nuevamente al peronismo entregarnos a la resistencia. Y ya, debemos profundizar y extender la organización popular, armar lo que le dicen la retaguardia, que para un peronista significa ni más ni menos que volver a dominar la calle, organizar el barrio, entregar su casa a la causa, tener ubicados a los compañeros en las distintas secciones de las fábricas, empezar a pensar que así ya no nos podemos reunir, que hay que tener formas de comunicación propias. En fin, el peronismo debe sumergirse en el pueblo —como siempre lo hizo— y de allí salir cuando las circunstancias lo pidan, salir para hacer sentir su fuerza y volver a desaparecer, como vimos que se podía hacer en Matarazzo, y ahora con el triunfo de los trabajadores de Pasa, también este 22 de agosto. Y ahí, somos invencibles. 18 años nos están dando la razón».

Casi todas las tardes lo llamaban para amenazarlo. Eran amables: le pedían a su secretaria que los comunicara con él:

—Habla la Alianza Anticomunista Argentina. ¿Está el hijo de puta de tu jefe?

—Miguel, ahí están otra vez los de las Tres A. ¿Les contestás?

A veces, Miguel Bonasso levantaba el teléfono.

—Hijo de puta, te vamos a reventar. Te vamos a cortar los huevos y te los vamos a dar de comer, puto de mierda, zurdo reventado.

Las amenazas eran hiperbólicas pero resultaban cada vez más creíbles: las sostenían con hechos. Miguel se movía con todo tipo de precauciones y tenía un policía de custodia en la puerta de su casa de la calle Moldes, sentado en un banquito. No era muy eficaz. Una tarde Silvia, la mujer de Miguel, le sacó la pistola mientras el cabo dormía y después lo zamarreó para despertarlo:

—Oiga, dejese de joder. Acá adentro están mis hijos y usted tiene que ayudar a cuidarlos. Si les llega a pasar algo, yo a usted lo destruyo, me entiende: lo destruyo.

Después les cambiaron el portero del edificio y pusieron a un policía: no estaba claro si era para protegerlos o para controlarlos. Pero el tipo era cooperativo y se preocupaba por Miguel:

—Jefe, usted debería andar armado. Con las cosas que están pasando...

—Sí, tiene razón, lo voy a pensar. Pero yo no sé manejar armas. Me dan mucho miedo.

El ámbito de conducción de *Noticias* hacía, cada tanto, alguna jornada de instrucción militar: armas cortas y largas, algún explosivo, orden cerrado. Y Miguel andaba todo el tiempo con la pistola montada. Una mañana, llegando al diario, estacionó en la calle Piedras y un coche le frenó brusco atrás, chirriando gomas, casi pegándole. Miguel se bajó del suyo de un salto, manoteando la pistola y dispuesto a defenderse. Hasta que vio que del auto salía un diagramador a los gritos:

—¡No, no tires, cuidado, no tires!

Cada tarde, Silvina Walger le hacía el mismo chiste:

—¡Qué cosa, che! Otro día más y seguís vivo...

—Negra, andate a la puta que te parió.

Solía contestarle el señor director. El clima estaba cada día más tenso. Una de esas tardes Miguel convocó a una asamblea para explicar el plan de evacuación que habían preparado por si había una bomba o un ataque o un intento de ocupación armada del diario:

—Hemos descubierto una salida extraordinaria por atrás, por el Museo del Traje. Hay que dar un par de saltos por la terraza pero nada grave, nada que unos periodistas intrépidos como ustedes no puedan hacer... Mientras, los compañeros de seguridad y los demás que corresponda van a hacer la contención, como se pueda, con fierros si es necesario, para dar tiempo a que la mayor cantidad de compañeros se pueda rajar, y para que llegue la prensa, los diputados, los que podamos convocar para parar la mano. Pero bueno, lo más importante si se produce esa situación es mantener la calma, que no panda el cúnico...

En la noche del 22 de agosto explotó una bomba en la puerta del edificio de Miguel. El departamento de adelante, donde vivía un taxista con su familia, saltó por los aires y la señora quedó herida. Miguel estaba cada vez más nervioso: por momentos se sentía acorralado. Unos días antes, Norberto Habegger, el Cabezón, había repartido un aparatito a los miembros de la dirección, para poder ubicarlos en cualquier momento. Era una especie de radio portátil que sonaba cuando tenía un mensaje y, entonces, el receptor llamaba a un teléfono donde le decían de qué se trataba. El aparato se llamaba radiomensaje y era muy nuevo: apenas lo tenían los médicos de urgencias, ciertos ejecutivos y algunos montoneros. Miguel no quiso el suyo:

—No. Disculpame, yo vengo a sufrir acá doce horas diarias. Sufro en el trayecto de venida, sufro en el de vuelta a mi casa, dejame de hinchar las

bolas. Todo lo que pase a partir del momento en que yo me voy a morfar y apoliar es otra historieta. Yo no pertenezco al diario. Vuelvo a pertenecer al día siguiente.

—Cogote, no seas insurrecto.

—Insurrecto las pelotas.

—Vos siempre el mismo liberal, Cogote.

El miércoles 28 de agosto a las diez de la noche en el diario no quedaba mucha gente. La guardia periodística le tocaba a Habegger, y él fue quien los vio llegar: había media docena de patrulleros que hacían más ruido que un ejército. Los encabezaba el comisario Alberto Villar en persona. Se decía que siempre llevaba, bajo la chaqueta, un cinturón con granadas: si alguien quería matarlo, reventaría con él:

—Tengo el gusto de comunicarles que traigo la orden de clausura de este nido de subversivos.

Dijo, en cuanto Habegger salió a recibirlo, y después le preguntó cuál era el escritorio de Rodolfo Walsh. Abrió un par de cajones, revolvió sin mucho interés algunos papeles y volvió a encarar a Habegger. Villar era un tipo grandote, 51 años, mandíbula cuadrada:

—Yo sé que ustedes tienen preparado un cajón para mí, pero yo tengo cajones para cada uno de ustedes.

Los policías requisaron media docena de armas largas y cortas que usaba la custodia y algunas más, que periodistas guardaban en sus cajones. Después pusieron fajas de clausura por todos lados y se retiraron con la satisfacción del deber cumplido.

Hubo denuncias, declaraciones, conferencias de prensa, pero la medida se mantuvo. Algunos partidos políticos protestaron sin mayor entusiasmo. Pocos días más tarde, Miguel consiguió que Antonio Tróccoli, su contacto radical, le armara una entrevista con Ricardo Balbín para pedirle una condena más formal de «esta flagrante violación a la libertad de prensa». Balbín lo escuchó en silencio, con cara de poker. Después le contestó, casi en voz baja:

—Sin duda, sin duda. Pero hay publicaciones que no han condenado en lo más mínimo hechos muy graves sucedidos en nuestro país en estos últimos tiempos. Yo podía tener diferencias con el doctor Mor Roig, pero su asesinato no deja de ser un hecho incalificable, gravísimo...

La habían mandado a hacer el curso de Dinea porque tenía el título de maestra y, además, había hecho aquel curso de alfabetización de adultos con Paulo Freire en Santiago de Chile, en 1968. Graciela Daleo se lo tomó muy en

serio: Dinea (Dirección Nacional de Educación para Adultos) dependía del ministerio de Educación y había armado un plan de alfabetización que llevaban adelante, en buena parte del país, militantes de la Juventud Peronista.

El curso se planteaba una forma diferente de alfabetizar: no empezaban con mi mamá me mimá ni «suponían que la educación fuese algo que algunos poseían y se lo pudieran dar a otros». Decían que tenía que ser un proceso compartido entre alumnos y maestros, donde los temas usados para el aprendizaje remitieran a las realidades inmediatas de los que aprendían. Además, para los militantes, los cursos de Dinea eran una forma «de insertarse en distintos espacios y de trabajar en el desarrollo de la conciencia popular».

Las clases debían empezar por la palabra «leche» —y una discusión sobre las cuestiones sociales que el término suscitara— y terminarían, varios meses después, con la palabra «liberación». Graciela, Chacho, el Gurí y varios más asistieron durante un mes, casi todas las noches, a un curso donde les enseñaban cómo enseñar. Y, cuando lo terminaron, entusiasmados, salieron por parejas a buscar alumnos.

Habían detectado en el padrón electoral quiénes eran los analfabetos del barrio: fueron a sus casas, les propusieron el curso, y nadie les hizo caso.

—Esto así no funciona. Nadie quiere aceptar que no sabe leer. Les da mucha vergüenza.

—Sí, ¿pero entonces, cómo van a cambiar?

Consiguieron un local en un club del barrio, La Canchita, y pegaron carteles en los negocios invitando a anotarse. Tuvieron ocho inscriptos, pero la noche de la primera clase sólo se presentaron dos alumnos: un matrimonio que vivía en un inquilinato ahí a la vuelta. Dos no alcanzaban, y decidieron empezar a recorrer las fábricas de la zona. Solía atenderlos algún gerente y les mostraban credenciales:

—Sí, mire, nosotros venimos del Ministerio de Educación, de DINEA, y estamos proponiendo un curso de alfabetización para adultos y pensamos que quizás entre los trabajadores de su empresa...

—Bueno, pero no me van a armar kilombo con los muchachos, ¿no?

—No, por supuesto.

—Bueno, hablen con ellos. Lo que acá no dice son sus nombres. ¿Me los pueden decir, así los anoto?

—Sí, yo soy Chacho.

—¿Chacho qué?

Chacho trató de decirlo bajito, para que Graciela no lo oyera, pero no hubo caso. Era el problema de esos trabajos legales: muchas veces les arruinaban la compartimentación, la seguridad. Los obligaban a blanquear datos que preferían mantener en secreto.

—¿Lo escuchaste, no?

—Y, sí, cómo no lo iba a escuchar.

—Bueno, tratá de olvidártelo.

En la fábrica Parker consiguieron armar un grupo de diez obreros que querían tomar el curso. Empezarían la semana siguiente, la primera de septiembre.

Daniel De Santis y el Turco Cherry estaban, como todos los días, en la puerta de la fábrica con otros despedidos. Hablaban con los que entraban, les decían que no bajaran los brazos. Los obreros de Propulsora mantenían el quite de colaboración: la medida no era espectacular, pero la fábrica producía mucho menos que lo que necesitaba, y los dueños estaban preocupados.

A las seis en punto sonó la sirena y entraron los últimos. La vereda quedó vacía: en medio del frío y la oscuridad, Cherry y De Santis se fueron caminando. Tenían todo el día por delante y preferían no hablar del embole de no trabajar, de sentirse marginados, del miedo que les daba no poder retomar la dirección gremial, de quedarse en la calle. De repente, se les cruzaron dos chevrolet 400 de una empresa de seguridad contratada por Propulsora: varios fulanos se bajaron de los coches. El que los mandaba se golpeó la palma izquierda con el puño derecho.

—¡Huelguistas hijos de puta! ¡Ya les dijimos que a menos de una cuadra de la empresa son boleta!

—¡Rajemos, Turco!

Antes de que pudieran arrancar ya les estaban pegando culatazos y patadas. Los tipos no querían nada definitivo: era sólo un apriete. Daniel y el Turco quedaron tirados en la vereda: les dolían todos los rincones del cuerpo. Se levantaron, se palparon, se miraron sin decirse nada todavía. Unos días antes otra patota había tiroteado la entrada de la fábrica y herido a dos obreros.

—Bueno, Turquito, de ésta nos salvamos.

Después pararon un 202 y le pidieron al chofer que los llevara a la comisaría de Ensenada, a hacer la denuncia. Más tarde fueron a radio Universidad —que todavía manejaba la JP— y se despacharon. Ese mismo

día, doce de los suspendidos recibieron el telegrama de despido de la empresa. Esa misma tarde, la UOM La Plata decidió desafiliar a los doce.

Daniel vivía las idas y venidas del conflicto y, cesanteado, tenía más tiempo para dedicar a sus otras tareas. Había enganchado a varios obreros de Propulsora para integrar una célula, que era la meta que se había planteado unos meses antes. Además participaba de la mesa sindical partidaria de la regional y de la dirección política de la zona. Le estaban saliendo las primeras canas, su compañera esperaba un hijo. Aunque no hablara de eso, se sentía todo un cuadro. Un día, llegó el Piqui:

—Che, tenemos un problema de seguridad.

Uno de los que había caído preso en Catamarca había sido captado por Daniel. Rubén era un obrero joven, de voz finita y aspecto frágil. Pero cuando le propusieron sumarse a la Compañía de Monte del ERP, aceptó sin hacer preguntas. Lo agarraron en su primera acción: en el interrogatorio, Rubén dijo que Daniel había sido su primer responsable. Ahora Daniel sabía que su nombre estaba en manos de todos los servicios.

—No importa, yo me quedo acá.

Su criterio era que la mejor defensa sería el respaldo de sus compañeros de Propulsora. Se mudó a otra casa operativa y dejó en la empresa la dirección de un ex compañero de facultad. Daniel andaba a mil y prefería no pararse a pensar que el conflicto estaba perdiendo fuerza y que él mismo estaba en la calle. Lo confortaba una idea que le parecía mucho más trascendente: la lucha revolucionaria avanzaba. Y casi lo torturaba el hecho de que otros compañeros caían mientras él seguía vivo y disfrutando de la libertad. Lo miró a Piqui, que ya había estado en cana en tiempos de Lanusse.

—Si tengo que pagar el precio de la cárcel, será un nuevo puesto de lucha.

Los días siguientes, Daniel anduvo paranoico: se despertaba sobresaltado, miraba todo el tiempo por el espejo retrovisor de la moto sospechando de cualquier auto y no llevaba encima nada comprometedor. El lunes 2 de septiembre, como casi todos esos días, se encontró en la puerta de Propulsora con el Turco Cherry. El Turco no podía mantener el secreto.

—Daniel, me contó una paloma mensajera que el ingeniero Mascardi está en una cárcel del pueblo...

—¿Mascardi? ¿Fueron ustedes?

—¿Vos sabés guardar un secreto?

—Sí, claro, dale.

—Bueno, yo también. Me lo dijo una palomita.

El ingeniero Mascardi era un directivo de Propulsora. A las pocas horas, el rumor era una noticia a gritos, festejada en la planta: Montoneros había secuestrado al ingeniero. Todo fue rapidísimo y ese domingo Mascardi volvió a su casa: hubo una breve negociación y la empresa aflojó. El Turco Cherry juraba que él no sabía nada, que el secuestro era algo que dependía de la conducción y que esas cosas no las consultaban con ellos. Para los que estaban en la fábrica y conocían a los directivos era una situación complicada: muchos de ellos habían tenido negociaciones cara a cara con los dueños de Techint. Varios recordaban cuando Agostino Rocca los había llevado a comer a un restorán del Bajo porteño, cerca del edificio de Techint en la avenida Belgrano. Festejaban el cuento de que, como Rocca había pedido bianchi borgoña, el Pato Rave también lo pidió: en su vida lo había oído nombrar, pero suponía que si lo pedía el gran patrón, por algo sería. Esta vez, Propulsora había aceptado cuatro de los cinco puntos exigidos para el rescate: pago de los jornales caídos desde el 23 de mayo, fecha de iniciación del conflicto, reincorporación de los 12 despedidos, ninguna sanción ni represalia, aumento de salarios entre 700 y 1000 pesos.

—¡Asamblea, compañeros! ¡Todos a la asamblea!

—¡¡Huiiiijaaaaa...!!

Pararon las máquinas, y los que manejaban los puentes grúas empezaron a tocar las sirenas como si fuera Navidad. El Turco Cherry, previa consulta con Daniel y otros delegados combativos, aprovechó el buen ánimo general:

—Y ahora compañeros, después de esta conquista, tenemos que pasar a un nivel superior: los trabajadores de Propulsora tenemos que sumarnos a la Coordinadora de Gremios, Comisiones Internas y Delegados en Lucha, compañeros...

El silencio fue generalizado y la propuesta quedó flotando. Cuando terminaron la asamblea, se dieron cuenta que habían quedado descolgados, que la propuesta no había prendido.

Al otro día, Daniel se reunió con Piqui para hacer un balance: habían logrado mucho, pero lo del secuestro del empresario no le cerraba. No tanto por la presión que le generaba a la empresa, sino porque sospechaba que el secuestro pudo ser una simulación, un acuerdo entre Montoneros y Propulsora. Se lo dijo a Piqui con mucha cautela:

—Qué querés, después de tanto tiempo que los tipos no pudieron quebrar el conflicto, tenían que negociar y ellos tenían claro que los únicos interlocutores somos nosotros. Además, con la caída de la producción, a la

empresa se les vencían compromisos de exportación. Para mí, pudo ser una manera elegante de zafar...

—Mirá, yo no sé si se trató de una acción acertada, si la acción reemplaza el protagonismo de las masas o le muestra el camino de la lucha armada, pero no creo que los montos se hayan puesto de acuerdo con la patronal de esa manera. No lo creo...

La actividad de la fábrica se normalizó rápidamente: los despedidos volvieron y la comisión interna sintió el respaldo de las bases. Aunque no estuviera claro si la patronal había cedido ante la presión obrera o ante el secuestro. Fueron unos pocos días de paz, hasta que, en vez de los telegramas firmados por Propulsora, dos miembros de la comisión interna, Lopresti y Cherry, de la JTP, recibieron en su casa cartas firmadas por las Tres A. Las cartas decían que si no renunciaban al trabajo y se iban de La Plata iban a terminar como el Ñato Pierini y los Chávez: muertos. Estaban pensando qué hacer, pero en esos días hubo más muertes, y Cherry y Lopresti decidieron dejar la fábrica. Daniel llegaba a Propulsora y en la puerta se cruzó con el Turco.

—Chau, hermano, me voy. Esto se puso demasiado pesado, éstos de las Tres A te boletean sin chistar.

—¿Qué vas a hacer?

—¡Qué sé yo! Volveré a vender fruta, trataré de reconstruir las unidades básicas que sembré en Berisso para la campaña del «Luche y vuelve», todavía no sé...

Daniel sentía que la ida del Turco dejaba un vacío importante. Los dos puestos vacantes fueron cubiertos por otros militantes de la JTP: el Viejo Carrete y el Muerto Suárez. Hubo otra baja: aunque el Pampa Delaturi no fue amenazado por las Tres A, por precaución, el PC decidió que dejara la comisión interna para pasar a un segundo plano, sin abandonar la fábrica ni el cuerpo de delegados. Su lugar fue cubierto por el Rifle Passini, uno de los obreros que Daniel había incorporado al PRT. En esos días, los de la lista Azul aprovecharon el retroceso de los combativos. Como Daniel no renunciaba, sacaron un volante sembrando dudas:

«Compañeros, no hay que llamarse a engaño, en Propulsora existe un acuerdo zurdo-patronal, capitaneado por Agostino Rocca —dueño de Techint — y Daniel De Santis, un marxista vendepatria pseudo dirigente obrero».

Cuando los de la Azul creyeron que la comisión interna que los había desalojado se caía por su propio peso, llamaron a asamblea.

—¡A la una en los vestuarios, muchachos! ¡Vamos a elegir una nueva interna!

Querían definición rápida: poca gente, moción única y a la lona: nueva conducción. Pero recién pudieron empezar a las dos, cuando se sumaba la gente del turno tarde y las simpatías eran más parejas. Murmullo Gómez parecía tener mejor voz:

—Vamos a terminar con los zurdos que dicen que se ponen al frente, pero que cuando hay que ponerse al frente, lo único que hacen es rajarse de la fábrica, compañeros...

Daniel hizo dos zancadas, pegó dos codazos y después del segundo intento logró subir al trailer que usaban como estrado. Mientras denunciaba los acuerdos entre la patronal, el oficialismo de la UOM y los parapoliciales, lo empujaron dos de la Azul. Daniel se desestabilizó muy aparatosamente. El Pato Rave también pegó unos gritos, los de la interna se subieron todos al trailer y coparon la parada. Cuando Murmullo mocionó para cambiar la interna, Daniel levantó la mano:

—Contramoción, compañeros: acá no hay nada que votar, acá estamos los de la interna y nos van a tener que sacar de Propulsora con los pies para adelante...

Hubo aplausos, todo quedó en la nada y los obreros se fueron a trabajar. Cuando bajaban, Murmullo se le acercó a Daniel como aceptando que había perdido la apuesta:

—¡Cuánto teatro, hermano! Si acá nadie te empujó...

Agosto de 1974. *El Triángulo de las Bermudas* de Charles Berlitz ofrecía hipótesis curiosas pero, en unas pocas semanas, había vendido casi dos millones de ejemplares en todo el mundo. Trataba de explicar por qué el sector del océano Atlántico que se desplegaba entre las islas Bermudas, las costas de la Florida y Puerto Rico era una especie de agujero negro donde, en los últimos treinta años, habían desaparecido unos mil marinos y pilotos, con sus barcos y aviones. Los más osados solían hablar de una civilización extraterrestre superinteligente escondida bajo las aguas del mar, que tomaba de tanto en tanto alguna muestra de hombres o naves para sus estudios, pero Berlitz, más realista, pensaba en el antiguo cristal solar gigante que daba su fuerza a los habitantes de la Atlántida: según su teoría, los barcos y aviones que entraban en la zona ponían en funcionamiento el cristal, que desordenaba sus instrumentos y provocaba su hundimiento. Nunca fue fácil explicar

desapariciones: en cualquier caso, la idea de un «triángulo de las Bermudas» empezó a formar parte de muchas charlas.

En uno de los vértices del triángulo, una isla se resistía a desaparecer: «Es inminente el fin del aislamiento cubano», decía *Reuters* en un cable fechado en Washington. «El senador William Fullbright, presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado norteamericano, reveló su intención de poner en marcha el proceso de normalización de relaciones con Cuba antes de finalizar su mandato, a principios del año próximo. Las declaraciones del senador coincidieron con la entrega de un informe de Pat Holt, jefe de asesores de la Comisión, en el que llega a la conclusión de que “la política norteamericana de aislamiento a Cuba ha sido un fracaso”, y necesita un replanteo».

—Mami, esta mañana en la escuela un niño anduvo diciendo que su papá iba a hacerle algo a la doctora Sanz.

—¿Cómo?

—Eso, dijo eso.

—¿Y quién era el niño?

—Galván, Beto Galván.

Era el hijo de un sindicalista local. Bernarda Llorente, la hija menor de Susana Sanz, tenía 10 años y lo que había oído la preocupaba. Por eso corrió a contárselo a su madre, que trató de tranquilizarla:

—Pero no, nena, no te preocupes. Si lo fueran a hacer no lo andarían diciendo por ahí.

Bernarda siguió preocupada. Una de sus maestras, que vivía cerca, le había comentado a Susana que sus hijas se portaban raro:

—Es extraño: en la escuela casi no hablan; acá en el barrio son distintas.

Bernarda y Mariana se lo explicaron a su madre:

—Claro, nosotras no hablamos porque con lo que hablan los niños la gente se da cuenta de qué hacen sus padres y qué piensan.

Bernarda y Mariana solían ir con su madre a recorrer los barrios: repartían volantes, escuchaban reuniones aburridas, eran capaces de redactar un volante de la JP mejor que varios de sus militantes. Y, de hecho, a veces les pedían que los ayudaran.

—¡Mami! ¡Mami! ¿Qué fue eso?

Esa noche, las dos nenas se despertaron sobresaltadas por las explosiones. Su madre corrió a mirar y se encontró con las marcas de los escopetazos en la

puerta de su estudio. Su marido, el ingeniero Alberto Llorente, la miraba con mezcla de tristeza y hartazgo:

—No puede ser que pongas en peligro a todo el mundo, Susana, a las chicas. Por favor...

Su matrimonio estaba muy deteriorado: Susana apreciaba mucho a su marido pero, en esos últimos años, sus vidas se habían separado demasiado. Él no militaba y, aunque soportaba y trataba de ayudar a su mujer en su militancia, les era muy difícil coordinar proyectos tan distintos.

—Vamos a tener que hacer algo, ¿no?

No era el primer atentado. Y dos meses antes, Susana se había enterado de que un comando había secuestrado, en la misma San Rafael, a otra Susana casada con otro ingeniero Llorente. La soltaron a los dos días: era obvio que la buscaban a ella, y se habían equivocado. Ningún sanrafaelino se habría confundido así: evidentemente, también había grupos de afuera que venían a operar a la ciudad.

Una semana después, el jueves 5 de septiembre, Susana volvía a Mendoza tras una reunión en Buenos Aires. En el micro leyó el último número de *La Causa Peronista*, donde Mario Firmenich y Norma Arrostito contaban «Cómo murió Aramburu». Parecía una provocación muy fuerte, una manera de recordarle a todo el mundo que los Montoneros habían empezado su historia matando a un general y ex presidente. Y el final del editorial, firmado por Rodolfo Galimberti, apuntaba en la misma dirección: «... nuestro trabajo, ahora, debe girar alrededor de las concentraciones fabriles. Y habrá que volver a hacerlo sin los locales públicos. Como durante tantos años. Porque la engañosa legalidad que los recubre ya no es garantía para el pueblo y sí punto de referencia para el enemigo. Habrá que replegarse en los propios barrios y villas, en sus organismos de masas, sociedades de fomento, clubes, cooperadoras, juntas vecinales.

»Lo mismo que con la prensa. El volante, la pintada, la oblea, la cinta grabada, deberán reemplazar una prensa que este gobierno no puede soportar. Ayer fue *Noticias*, probablemente mañana se intente lo mismo con *La Causa Peronista*. Lo importante es que el peronismo nunca necesitó ni revistas ni diarios para enfrentar las múltiples maniobras de la antipatria. Y no se pudo confundirlo. No se pudo frenar su avance. Y no se podrá impedir su victoria final».

Algo fuerte se estaba preparando. El viernes 6, en Mendoza, antes de seguir viaje hacia San Rafael, Susana se encontró con Polo Martínez Agüero, uno de los responsables montoneros de la zona:

—Tenés que quedarte hasta última hora. Hoy a las siete hacemos una conferencia de prensa en el local de la JP y necesitamos que vos estés.

Susana calculó que todavía podría tomarse el último ómnibus, el de las nueve y media. En el local se encontró con el delegado de la JP mendocina, Jorge Capella, y el de la JUP, Pacoto Merino.

—Bueno, compañeros, el objeto de la reunión es anunciar que volvemos a la resistencia.

—¿Cómo?

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que no podemos seguir mostrándonos para que los burócratas jueguen al tiro al blanco con nosotros. Así lo único que vamos a conseguir es llenarnos de mártires. Hay que volver a las formas organizativas de antes del 25 de mayo, a la clandestinidad, a las grandes operaciones militares...

Diez minutos después, los tres estaban, junto con el delegado de la JTP y de la UES, anunciando la noticia a la prensa local. Que se puso nerviosa:

—Muchachos, en vez de hacerlo así, a cara descubierta, ¿por qué no nos dan un comunicado, y así no ponemos sus nombres? Van a quedar totalmente escrachados.

—No. No, ésta es una decisión tomada por la organización en su conjunto, y no tenemos problemas en hacernos cargo.

Dijo Martínez Agüero, y casi todos los presentes se pusieron pálidos. Cuando terminó la conferencia, Susana lo encaró, con bastante bronca:

—Bueno, supongo que ahora me vas a dar documentos falsos, y me vas a decir adónde me voy a vivir, ¿no?

—¿Qué decís?

—Polo, yo vivo en mi casa, con mi nombre, todo el mundo me conoce, y ya tuve bastantes kilombos. Y ahora, después de esto, me van a venir a buscar con un tanque. No me digas que no pensaron en eso.

—No, sí, ya vamos a solucionarlo. Por ahora es una decisión que se ha tomado hace poco, que tomó la conducción, y había que implementarla todos al mismo tiempo, simultáneo. Ahora vamos a solucionar los detalles.

A esa misma hora, en todo el país, dirigentes de las agrupaciones montoneras anunciaban su pase a la clandestinidad. En Buenos Aires, flanqueado por Adriana Lesgart por la Agrupación Evita, Juan Carlos Dante Gullo por la JP, Enrique Juárez por la JTP y Juan Pablo Ventura por la JUP, Mario Firmenich hacía el anuncio central:

Los Montoneros habían convocado a la prensa una hora antes, en el local de la JP de Chile 1481. En el último mes el caserón había recibido dos

bombas y un ametrallamiento de grupos parapoliciales. Cuando llegaron, los periodistas se encontraron con un camión que cargaba muebles y documentos, una fogata que quemaba papeles y cuatro coches preparados para llevarlos a una casa de un barrio. Les pidieron que no dijeran dónde era y Firmenich empezó a leer un comunicado que prometía «volcar todas las fuerzas para encabezar la resistencia popular contra la ofensiva imperialista y oligárquica que ha copado posiciones en el Gobierno; reasumir las formas armadas de lucha para la guerra popular integral, que impulsaremos hasta que se eliminen las formas de represión, haya vigencia de la democracia sindical, se anule el actual Pacto Social, se libere a los presos políticos y haya libertad de expresión para las fuerzas populares; organizar las milicias peronistas que imaginara Evita, para que todo el pueblo participe en la lucha de la resistencia; llamar a todas las fuerzas sociales que deben ser aliadas de los trabajadores para que se sumen a la resistencia popular contra la ofensiva imperialista». Después, Firmenich leyó un parte de guerra montonero que hablaba del incendio de varias cosechadoras de caña en Tucumán, concesionarias de la Ika en Córdoba y Buenos Aires, la «detención» del ingeniero Mascardi, de Propulsora Siderúrgica, y la «ejecución» de un oficial y un suboficial de la comisaría 1 de Quilmes.

Sobre la mesa, un calentador, una pava y el mate: Enrique Juárez era el encargado de cebar. Los periodistas estuvieron a punto de quejarse porque no los convidaban, pero les llegó el turno de preguntar:

—¿Cuántas bajas han sufrido desde el retorno del peronismo al poder?

—No tengo cifras muy exactas... Deben ser unos 80 muertos y 50 detenidos. Más que durante la dictadura.

Dijo Firmenich, y sonrió como quien demuestra algo.

—Para decidir este retorno a la guerrilla, ¿mantuvieron consultas o contactos con la organización extremista que el Gobierno declaró ilegal?

—Nosotros hablamos con todos, hasta con nuestros enemigos... Pero para esta determinación no establecimos contactos especiales con nadie, porque nos es suficiente nuestra propia evaluación.

—¿Es ésta una forma de autoproscrición?

—No se puede ser inocente... Si no nos proscibieron por decreto habrá sido por la propia debilidad del Gobierno. Pero en sí nos han declarado una guerra que no necesita la formalidad de un decreto. Mejor así... ahora no hay medias tintas y cada uno ocupa el lugar que debe.

—Al pasar nuevamente a la acción directa, ¿convendrán una acción conjunta con la organización ilegal?

—No hay que confundir ideologías con políticas. Tendremos que fijar en qué política están ellos. Si es la misma podremos actuar conjuntamente, si no lo es, no...

—¿Previeron el efecto negativo que provocaría en la opinión pública que no milita en sus ideas la publicación de la acción montonera contra Aramburu?

—El 7 de setiembre se cumple un aniversario de la muerte de los compañeros Fernando Abal Medina y Gustavo Ramus. Como preveíamos el cierre de la revista *La Causa Peronista*, nos pareció mejor apresurar esa publicación, porque estábamos en deuda con el pueblo peronista sobre un hecho tan importante. No comparto su tesis sobre el efecto negativo, al menos para los auténticos peronistas. Y si el relato, cuatro años después, produce ese efecto político, eso no hace más que confirmarnos que nuestra política es acertada.

—¿Cuáles fueron los contactos de Montoneros con otras fuerzas políticas?

—Después de la muerte del general Perón yo hablé con Balbín, y llegamos a un acuerdo sobre quién era el enemigo común. Después esa fuerza no accionó como hubiésemos esperado o pretendido. Nosotros decíamos que estaba bien fortalecer a Isabel en el Gobierno, pero que se debía ir López Rega. Pero los partidos liberales no hicieron nada para que ello fuese así.

—¡Pero cómo! ¿Ustedes pretendían que Balbín consiguiera el alejamiento de un ministro?

—Por lo menos que lo pidiese públicamente...

—En el documento se advierte una crítica cerrada al Pacto Social. Pero pareciera contradictorio que golpeen a un sector del gobierno que también está cuestionado por la ortodoxia peronista que los combate. Al derrotar al equipo económico, ¿no fortalecen a sus enemigos internos en el plano peronista?

—Siempre dicen lo mismo... Es la tesis reformista del mal menor. A nosotros nos importa poco la reyerta interna en el Gobierno, quién gana o quién pierde. Hay que golpear a todos por igual hasta que gane el pueblo. Y si se agudizan las contradicciones en el Gobierno mejor...

—Usted dice que hablan con todos... ¿Inclusive con las Fuerzas Armadas?

—Bueno... Me reservo el derecho de contárselo en mejor oportunidad.

A esa hora, Emiliano Costa y otros dos militantes estaban llevándose todo lo que había en el local de la JTP de la avenida San Juan. Unas horas antes su responsable les había dicho que lo levantarán urgente. Entre los tres cargaron

en un taxiflet las mesas y sillas, las pilas de *Noticias* y *Descamisados*, los papeles y documentos. En el piso todavía había vidrios rotos y pedazos de manipostería, del atentado de la semana anterior.

—¿Adónde lo llevamos?

—Al sindicato de Publicidad.

—¿Y qué hacemos con todo lo que está en la cocina?

—No, dejalo, no hay tiempo.

—Pero está lleno de platos, cubiertos, queda la heladera, montones de cosas buenas... ¿No las podemos venir a buscar después y las llevamos a la UB del barrio?

—Sí, Botija, llevalas para el barrio. Si es que la UB existe todavía.

Esa noche, Susana llegó muy tarde a su casa de San Rafael. Alberto, su marido, todavía estaba despierto.

—Che, ¿qué pasó? Tenés una cara...

—Me voy a tener que ir de casa, porque si no me van a reventar. Nos van a reventar a todos.

—¿Pero por qué, qué pasó?

Susana le contó el pase a la clandestinidad.

—¿Cómo hicieron este disparate?

—Tenés razón, es un disparate, pero ya está hecho.

Decidieron que Susana le haría a su marido un poder general y se iría a pasar unos días a casa de una amiga hasta que se le aclarara un poco el panorama. Allí se pasó un par de días: todas las discusiones que tuvo con sus compañeros de San Rafael llegaban a la misma conclusión: que tenía que dejar su ciudad. Incluso sus hijas se lo pedían:

—Mamá, andate, te tenés que ir. No queremos que te pase nada.

Susana reunió a los militantes de más confianza de San Rafael y les explicó que tenía que irse, que si no la mataban seguro: le pareció que algunos la miraban con pena, como si los hubiera decepcionado, y le dio más bronca la decisión de su conducción. Pero no había vuelta atrás, y se instaló en un departamentito de Mendoza: su idea era que volvería todo lo posible a ver a sus hijas, o que el padre se las llevaría de vez en cuando a la capital. Aunque no lo habían dicho, parecía claro que la separación de su marido no sería sólo temporal.

Ese viernes 6, en la facultad de Derecho de Buenos Aires, los militantes de la JUP que participaban de la toma improvisaron un acto de apoyo a la conferencia de prensa montonera; después se encerraron en un aula a discutir el asunto. La mayoría estaba en desacuerdo:

—Esto no se ha visto nunca, nunca en la historia de las revoluciones en el mundo: es la primera vez que un grupo político se autoilegaliza, que regala por su propia decisión los espacios políticos que había ganado.

—Ahora Isabel nos va a mandar a toda la caballería para sacarnos de las facultades, ¿y quién mierda le va a poder decir algo, si nosotros mismos nos pusimos afuera? Ahora ella tiene toda la legalidad, y nosotros ninguna. Es un desastre, un desastre.

La discusión siguió un rato largo. Algunos lamentaron que, de todas formas, no servía para nada hablar sobre el hecho consumado. Otros decían que no estaba tan consumado y trataron de imaginar alguna salida. A esa misma hora, una bomba de la Triple A explotó en el palier de la casa del rector, Raúl Laguzzi, y mató a Pablo, su hijo de cuatro meses. Aun en medio de tantas muertes, el atentado causó conmoción: era la víctima más joven, más inocente de la violencia política de esos días.

Lo velaron el sábado en el Rectorado de la calle Viamonte. Cuando Miguel Talento, jetón de la JUP de Derecho y presidente de la FULNBA, fue a dar su pésame, un periodista lo paró:

—¿Vos qué hacés acá?

—¿Cómo qué hago?

—Sí, acá, en un lugar público, donde todos te conocen. ¿Ustedes no son clandestinos, ahora?

—No, los Montoneros son clandestinos. Nosotros no.

—Eso deberías aclararlo.

Esa tarde, en la facultad de Medicina, Miguel dio una conferencia de prensa para decir que la JUP reconocía el liderazgo de la organización Montoneros pero no había pasado a la clandestinidad y se mantenía firme en su actividad pública en la Universidad. Esa noche, la sexta de *Crónica* tituló: «La JUP con los Montoneros: no en la lucha armada».

Algunos cuadros montoneros lo criticaron y le pidieron sanciones; otros estuvieron de acuerdo. La toma de las facultades seguía, y se desgastaba cada vez más: el ministro Ivanissevich apostaba a que ese desgaste terminaría por entregarle la Universidad en bandeja. Entonces la JUP decidió cambiar de política, y convocó a un plebiscito: los alumnos de la UBA deberían votar si querían o no la continuidad del proyecto universitario iniciado el 25 de mayo de 1973. La maniobra era astuta, y el ministro decidió cortarla por lo sano: el 16 de septiembre nombró a Alberto Ottalagano interventor de la Universidad, e hizo desalojar las facultades ocupadas. Ottalagano, en su asunción, dijo que «los católicos y los argentinos estamos llevados a una prueba de fuego: o

justicialistas o marxistas. Serán superados los partidos políticos, se llamen radicales, conservadores, etcétera, porque todos esos partidos liberales tendrán que escoger entre el justicialismo y el marxismo. (...) Aquí y ahora hay que estar con Cristo o contra Cristo. Se ha pretendido una sociedad llamada pluralista y a la vista están las consecuencias. Nosotros tenemos la verdad y la razón: los otros no la tienen y los trataremos como tales». En Filosofía y Letras el nuevo decano, el jesuita Sánchez Abelenda, asumió su cargo paseando por los claustros con un incensario «para exorcizar el demonio marxista».

Poco después, en Córdoba, Susana Sanz se encontró con Adriana Lesgart, Diana Alac y el resto de sus compañeras para una última reunión nacional de la Agrupación Evita.

—No, yo también me enteré del pase a la clandestinidad cuando fui a la conferencia de prensa, en Buenos Aires. Fue una decisión muy compartimentada, muy secreta.

Les contó Adriana. Y les dijo que no se había definido del todo qué harían con los frentes de masas y las agrupaciones de superficie, que estaban pensando si era posible despegarlos un poco de todo eso, y si convenía, pero que, por el momento, era preferible que redujeran mucho las actividades de la Agrupación.

—No, preferible no es. Es lo único que podemos hacer. Y me parece una cagada.

Dijo Susana. En las demás agrupaciones de masas empezó a pasar más o menos lo mismo. Los últimos diputados de la JP, Leonardo Bettanín y Miguel Zavala Rodríguez, renunciaron poco después. Y los Montoneros aumentaron sus operaciones militares con una campaña de «ajusticiamientos de miembros de las Fuerzas Armadas y de seguridad y de los traidores a la causa de los trabajadores, para continuar construyendo el poder militar del pueblo».

Tres

El pase a la clandestinidad había terminado de afianzar las dudas que, desde mucho antes, arrastraba Nicolás Casullo sobre la política montonera. Nicolás había vuelto a trabajar en periodismo: colaboraba en la sección cultural de *El Cronista Comercial*, que dirigía Norberto Soares. *El Cronista* se estaba convirtiendo en un último refugio para muchos periodistas progresistas que habían ido perdiendo su trabajo en otros medios: Roberto Cossa, Carlos Somigliana, Osvaldo Soriano, Mario Stilman, Eduardo van der Kooy, Osvaldo Pepe, Susana Viau, Amílcar Fidanza, Sergio Caletti, Pepe Eliashev. Nicolás iba una o dos veces por semana, a llevar sus artículos, con muchas precauciones, siempre a horas distintas para no fijar itinerarios que los de la Triple A pudieran detectar. Después se volvía al departamento de Ana, y sólo salía para las reuniones de su ámbito o, alguna vez, a comer algo con ella, cerca, rápido. Dos días después del pase a la clandestinidad, el Bloque de Prensa Peronista hizo una asamblea tempestuosa en el sindicato de Publicidad, donde más de 100 personas discutieron la decisión de la conducción montonera.

El Bloque había crecido mucho en ese último año y había tenido claras posibilidades de ganar la conducción del gremio pero, a último momento Otero, el ministro de Trabajo, lo intervino y suspendió las elecciones. Y muchos de sus militantes creían que la clandestinidad iba a dificultar —o imposibilitar— el trabajo gremial. Nicolás y muchos de sus compañeros del Bloque podían entender «la necesidad de replegarse hacia espacios reparados para capear el temporal de las AAA y la posible intervención de las Fuerzas Armadas en la represión», pero estaba seguro de que abandonar los espacios públicos y potenciar las tendencias más guerrilleristas podía ser suicida. Le parecía que su organización empezaba a actuar, ahora sí, claramente al costado de la vida del pueblo, de la gente, que no se clandestinizaba ni quería hacerlo. Y, en un punto, sospechaba que no tenía una política clara y que la apelación a la violencia organizada era la forma de disimularlo.

La discusión en la asamblea fue violenta. Quique Juárez, uno de los jefes de la JTP, defendía la posición oficial: Montoneros nunca había dicho que había que abandonar los «frentes de masas»: había que mantenerlos, sólo que

con más recaudos, con más seguridad. De todas formas, decía, «el pueblo nos va a cobijar a partir de una memoria histórica, de su grado de conciencia, de su oposición al mamarracho pro imperialista del gobierno isabelista, y entonces el pase a la resistencia va a ser una manera de reunificar fuerzas y crecer».

La discusión se hizo más y más tensa. A las tres de la mañana, después de cinco horas de debate, las posiciones seguían irreconciliables. Quique Juárez apeló a su autoridad militante para intentar un cierre:

—Compañeros, esto está muy claro. Hay una etapa que acaba de terminar, y ahora entramos en una etapa superior del enfrentamiento con las fuerzas antipopulares e imperialistas. No es hora de privilegiar las tareas gremiales de por sí, sino otras tareas a las que estamos llamados, que requerirán esfuerzos y sacrificios pero nos permitirán avanzar en el camino de la construcción del socialismo nacional. ¡Compañeros, no hay más remedio que patear el tablero!

La asamblea se terminó con gritos y murmullos. Algunos salieron con caras azoradas, pensando que acababan de refrendar una decisión absurda; otros, con la euforia de sentir que había llegado el tiempo de la confrontación decisiva. Nicolás se fue a comer a un bodegón del bajo con Ana Amado, Silvia Rudni, Lilia Ferreyra, Jorge Bernetti y Sergio Caletti. Comieron poco y se tomaron un par de botellas de vino. Estaban cansados y desalentados: tenían la vaga sensación de que una etapa de sus vidas estaba terminando. En un momento se quedaron callados y se miraron como quien ve una escena por última vez. Nicolás pensaba que, de ahí en más, ya no sólo no sabía qué iba a pasar con el país; tampoco entendía bien en qué se estaba transformando él mismo.

A eso de las cinco, con las solapas levantadas para combatir el frío, Nicolás y Sergio intercambiaban últimas impresiones:

—Todo se va atando leninistamente: es como si nos hubiésemos vaciado de aquello que nos iba a salvar de ser blanquismo, vanguardia desacoplada, foco.

—Ésa es la sensación, que uno está vacío, o que lo que tendría que decir se le va a ocurrir de aquí a dos años. ¿Leninismo? Tal vez sea lo que en secreto fuimos siempre. No deja de ser un título nobiliario que remonta a los apóstoles.

Dijo Nicolás, y prendió el cigarrillo número 68.

—Pero aquí hay mucha historia política peronista, democrática, popular, que también nos armó para sortear los ideologismos, el clasismo, los delirios.

—¿Pero con qué objetivos? ¿Para un gobierno democrático institucional que se alterne cada seis años? No, eso nunca tuvo ni tendrá sentido para nosotros.

—Por supuesto. También el peronismo para nosotros es la revolución del pueblo, lo que siempre estuvo condenado a vivir al margen del régimen, casi del sistema de partidos. Probablemente sea una entelequia imposible de desenredar, y en ese sentido todo está mucho más pobre pero más claro en los manuales leninistas.

—¿Qué pensás, Rubén?

—Esto que hablamos: nos va ganando el marxismo ilustrado, pero ahora sin ni siquiera ilustrados. Un drama viejo de las izquierdas argentinas. No somos herederos del peronismo, sino de la otra historia. ¿Te tomarías un café?

—Son las cinco y veinte de la mañana, Rubén.

—Dale, ahí el de la esquina está abierto.

Sergio Karakachoff había sido uno de los enemigos acérrimos de Arturo Mor Roig dentro del radicalismo, pero seguía sin entender que los Montoneros lo hubieran matado:

—Colorado, vos te acordás cuando Alfonsín lo desafilió y Balbín se la tuvo que morfar... Ahora los que nos la vamos a morfar somos nosotros: vamos a sacar una declaración pública de repudio. Estos tipos están locos, ¿qué justificación pueden tener para matar a Mor Roig? Si el tipo ya era un muerto político...

Luis Menucci estaba de acuerdo. Salían de las oficinas de Raúl Kraiselburd, el nuevo director del diario *El Día*. Habían empezado por darle sus condolencias por la muerte de su padre, y después pasaron a los negocios: Menucci iba a dirigir *Militancia Radical* y Sergio tenía una vieja relación con Kraiselburd, así que le pidieron que la imprimiera en sus talleres. Era un arreglo comercial, pero necesitaban cierto apoyo porque no querían que trascendiera: trataban de despistar a la Triple A y al CNU, que los estaban amenazando.

—Colorado, estamos en un país de locos: desde que se murió Perón, a varios les agarró el delirio de la hegemonía. Nosotros lo sufrimos a Balbín, que se quiere plantar en el medio de la escena y, encima, estos locos de los Montoneros que se creen que pueden matar a cualquiera, que pasan a la clandestinidad y se piensan que van a poder enfrentar al aparato represivo con la acción directa...

Pocos días después, Luis Menucci fue a una reunión de dirigentes de la Junta Coordinadora, donde el tema central era la actitud de los jóvenes radicales frente al pase a la clandestinidad de Montoneros. Todos coincidieron en que tenían que romper las alianzas que todavía tenían. Changui Cáceres, que seguía siendo el número uno, fue tajante:

—El problema lo crearon ellos. Son ellos los que se autoexcluyen, y nosotros no tenemos por qué seguirlos o hacerles el juego en ese camino. Es hora de tomar distancia.

Al día siguiente, antes de pasar a los hechos, Cáceres fue con Marcelo Stubrin a consultar con Alfonsín.

—Me parece bien lo que ustedes plantean. Los Montoneros eligieron un rumbo suicida y la furia represiva se va a descargar sobre todos los sectores honestos y democráticos. Nosotros tenemos que prevenir a la juventud y a toda la ciudadanía que ése no es el camino.

Stubrin sostuvo la postura radical en la reunión de las Juventudes Políticas. La JP había cerrado su local de la calle Chile, donde solían encontrarse: la reunión se hizo en la sede de la Juventud de la Democracia Cristiana, en Combate de los Pozos y Carlos Calvo. Añón y Gullo —que pocos días atrás habían acompañado a Firmenich anunciando el pase de sus estructuras a la clandestinidad— propusieron sacar una declaración conjunta contra el accionar de la Triple A y contra la amenaza del golpe de Estado. Gullo, que ya estaba al tanto de la postura radical, trató de persuadir:

—Hagamos una comisión redactora, que traiga un borrador y lo sometemos a la discusión.

Stubrin, como siempre, argumentó contra la soberbia:

—Las juventudes políticas se desnaturalizaron por el hegemonismo de una única fuerza. Y ustedes quieren que firmemos un documento contra el golpismo. Bueno, entonces repudiamos también la violencia y el terrorismo que le hacen el juego a la derecha...

—Mirá, hay que frenar a la derecha, y para eso hay que valerse de todos los métodos posibles. Nos están matando compañeros en todos lados. Nosotros no les pedimos que suscriban nuestra estrategia...

Contestó Gullo, y la discusión siguió un rato largo. El documento nunca salió, y las Juventudes Políticas empezaron a convertirse en un sello de goma.

Septiembre de 1974. La «canción de protesta» estaba perdiendo potencia: la política, a esa altura, solía prescindir de rodeos y metáforas. Víctor Jara había muerto bajo la tortura en el Estadio Nacional de Chile, Quilapayún y

Viglietti se habían exiliado de sus países y, en la Argentina, las organizaciones políticas más convocantes no habían conseguido sus cantores propios. Pero el género seguía vivo. En esos días, Joan Báez visitó Buenos Aires, y *La Opinión* lo contó en detalle:

«No hace mucho tiempo que Joan Báez entona canciones en español, el idioma de su padre. Sin embargo, es una vieja conocida del público latinoamericano: a fines de la década del 50, su música comenzó a seducir a todo el continente, extendiéndose más tarde por Asia y Europa. Es que además de ser una excelente intérprete, de haber revitalizado el folk de su país, Joan Báez se puso a la cabeza de la lucha por los derechos civiles, por la paz mundial y contra el racismo. En los últimos 15 años, participó de todas las cruzadas. La guerra de Vietnam fue la última y la más difícil: desde la censura a muchos de sus recitales hasta la amenaza de mandarla a prisión. El lunes 9 arribó a Buenos Aires. Al día siguiente convocó a una conferencia de prensa que resultó un chasco para los periodistas. Los interrogados resultaron ellos y no la “estelar visitante”. Antes que nada, Joan Báez quería saber qué está sucediendo en este rincón del mundo. Por la noche salió a recorrer Buenos Aires en compañía de Víctor Pereira, un periodista norteamericano del *New York Times*, el escritor uruguayo Eduardo Galeano, y el corresponsal del *Jornal da Tarde* de San Pablo en Buenos Aires, Eric Nepomuceno. Este último recogió para *La Opinión* todo lo que sucedió durante esa vigilia porteña:

»“¿Dónde se puede comer buenas pastas?”. En el ceremonioso hall del Alvear Palace Hotel, esta pregunta de Joan Báez suena como una travesura. O una protesta, según algunos de sus admiradores que han logrado acercársele y que, en cada uno de sus gestos creen vislumbrar la misma rebeldía que trasuntan sus opiniones.

»“Miss Báez”, la reclama un crítico. Ella tirona del saco del uruguayo Eduardo Galeano que acaba de sentenciar que “Buenos Aires es poco menos que la capital de las pastas”. Joan Báez tiene hambre pero además, no le gusta eso de “miss Báez”. Simplemente es Joan, sin aditamentos. Alcanza a intentar una especie de autodefinition: “¿Con cuál de mis imágenes me quedo? No soy una estrella sino una cantante preocupada cuando estoy sobre el escenario. Fuera de él soy un persona preocupada y, en casa, una madre preocupada por superarme, por ser mejor”. El periodista que anota esta frase se siente satisfecho. Joan Báez, en cambio, vuelve a recordar que es la primera vez que ha venido a cantar para los sudamericanos y que añora la

calle, la gente común, este Buenos Aires aún desconocido. Ir a comer pastas es un buen pretexto.

»Caminamos por Las Heras, que no es la mejor calle para conocer este país pero que se abre delante nuestro, casi llevándonos. La charla sigue un curso propio, amojonado fundamentalmente por las preguntas de Joan: “¿Cuántos murieron en Chile? ¿Y Uruguay? Está del otro lado del río ¿no es cierto? ¿Cómo están los estudiantes acá? ¿Cómo está la Argentina? ¿Están contentos?”.

»Esta última pregunta nos desconcierta. Es tan simple que conviene eludirla. Quizás para salir del paso, alguien le señala que para denunciar una realidad es necesario conocerla a fondo. Joan se turba y reconoce que sabe mucho menos de lo que juzga necesario pero que éste es un mal de los norteamericanos: ignorar mucho más de lo que debería serles permitido. Sin embargo, cuando el periodista norteamericano Víctor Pereira, Galeano, ella y yo rodeamos la mesa de la primera cantina que encontramos, Joan Báez se muestra no sólo conocedora sino consciente. “Un uruguayo, un brasileño y dos norteamericanos —sonríe—; ésta parece una mesa de la opresión y la tortura”.

»Para Joan Báez la palabra “tortura” es una especie de fantasma. “Su mención reiterada fue nuestra mejor herramienta para tocar la conciencia o la inconsciencia del pueblo norteamericano”, confiesa. Pero hay más fantasmas: presos políticos, asesinados, escuadrones de la muerte, coroneles griegos, generales chilenos, una pesadilla casi infinita. En medio de esa vorágine, su defensa de Gandhi y de la no violencia trastabilla de a ratos. La navidad de 1972 la pasó en Hanoi y “poco pude hacer por ellos”, reconoce. “Ellos” eran los niños, los vietcongs, las mujeres, pero también los prisioneros de guerra norteamericanos. Se empeña en un humanismo que para la mayor parte de la humanidad resulta incomprensible. Sus canciones, sin embargo, son entonadas por multitudes.

»Cuenta que oportunamente se negó a pagar los impuestos para que “ellos” —este pronombre sugiere ahora un contenido menos vago— “para que ellos no financien las inmoralidades de la guerra”. Las solicitadas, declaraciones y marchas de protesta en que Joan Báez participó son incontables. Ahora, pertenece al consejo directivo de la International Amnesty en Estados Unidos. Según ella, “una institución fundamental y exclusivamente humanitaria”. Además en Palo Alto, cerca de San Francisco, fundó y financia un Instituto de la No Violencia, donde se dictan seminarios y cursos sobre Gandhi, Luther King y otros “campeones de la libertad y del

pacifismo”. El Instituto tiene como principal asesor a Ira Sandperl, un estudioso y discípulo de Gandhi. Joan Báez sonríe al hablar de Ira y con un dejo de cierta referencia lo llama “gurú”.

»El mozo, totalmente ajeno a una palabra tan enigmática, deja en la mesa una fuente de ravioles con champignons, roquefort y pollo. También nuestro apetito parece ajeno a todo y, con entusiasmo, ponemos a prueba las pastas de Buenos Aires. Al rato, el vino vuelve a inspirar la charla. Viejas historias. Joan recuerda que no es casual que se apellide Báez. Su padre era mexicano y su último long play está dedicado a ese territorio que está al otro lado del río Grande. Le encanta entonar en español. “¿Chicana? —Joan Báez mueve la cabeza—. Nada de eso. Al menos no me siento chicana. No admito divisiones raciales”. Pero aclara: “A no ser en la hora de luchar para que esas divisiones terminen”.

»Al rato estamos de vuelta en la calle. Joan busca las estrellas más allá de los altos edificios, pero más puede el neón de un café, una especie de cuartel general de los “pitucos” porteños. Cuando le contamos que ahí nomás, casi enfrente, está la Recoleta, el cementerio más elegante de esta ciudad, Joan sonríe. Una grabación suya de *Gracias a la vida* sale del café y la ironía es casi perfecta. Joan Báez señala los panteones que se asoman por encima del muro y ríe sin empacho. Alguien la reconoce y duda en acercarse o no. Pero no le damos tiempo, ya estamos subiendo por la escalera del café rumbo a una mesa tranquila del entrepiso.

»Ayer, Joan cenó con Mercedes Sosa. Nos cuenta que le mostró una canción árabe y recibió en cambio *Canción con todos*. Comenta con entusiasmo el improvisado dúo que hizo con Mercedes y alaba el tema de César Isella y Armando Tejada Gómez. No cabe duda que en Buenos Aires su repertorio se ha incrementado. Desde abajo viene el eco de *Llegó con tres heridas*, también en una versión suya. Miguel Hernández, entonces, se instala en el centro de nuestra charla y con él viene su muerte de combatiente, el horror de la Guerra Civil, los fusilados, los presos, el futuro incierto. Pero en el café ya saben todos que ahí arriba está Joan Báez y hay que irse.

»De Buenos Aires, Joan volará a Caracas. Alguien le dijo que esa ciudad con sus contrastes de miseria y opulencia, es Latinoamérica en serio, sin tapujos. Aunque ninguno de nosotros es porteño, Galeano y yo nos incomodamos. “¿Y Buenos Aires? —protestamos—. ¿Y del otro lado de la General Paz?”. Joan Báez vuelve a convertirse en una interrogadora infatigable. Quiere saber, conocer, vivir la ciudad, el país, al menos esta calle

por la que vamos y que quizá también la conduzca al corazón de Latinoamérica u otra rebeldía».

Un par de meses antes, en la revista *Satiricón*, Alejandro Dolina protestaba contra la otra gran figura femenina de la «canción de protesta», Mercedes Sosa:

«Hay dos clases de mala música. La que es mala sin complejos, de tal modo que cualquiera puede advertir su vulgaridad, y la que esconde su carácter mediocre entre los pliegues de acordes absurdos y textos verborrágicos.

»Mercedes Sosa, tal vez nuestra mejor cantante popular, nutre su repertorio con esta segunda clase de basura.

»“¡Otra emancipación! ¡Otra emancipación!”, pregona como si fuera un manisero ácrata en la insoportable *Cantata Sudamericana*.

»“Salgo a caminar por la cintura cósmica del sur”, asegura muy suelta de cuerpo al comienzo de *Canción con Todos*.

»Estos arrebatos macarrónicos son, para Mercedes Sosa, música popular. Peor: verdadera música popular.

»Hace poco, las autoridades del festival de Cosquín prohibieron cantar temas políticos. Mercedes, junto con sus correligionarios Isella y Guarany, se avino muy sonriente a la disposición. El único que se retiró indignado fue Jorge Cafrune, el cantor paisajista.

»Nadie le pide a Mercedes Sosa que se vaya de Cosquín dando un portazo. Tampoco se le pide que deje de pensar en su éxito comercial. Lo que sí es lícito exigirle es que se acuerde que la calidad de una canción no pasa solamente por la elección de una temática social. Es necesario hacerla con un cacho de talento.

»Ese talento que se deja de lado cuando la industria de la canción reclama más y más canciones de protesta, que es el nuevo ritmo que de moda está».

El Chango Sosa era el líder de la Agrupación JTP de Astarsa; el Tano Mastinú, que también estaba en la Agrupación, era el jetón indiscutido de la comisión interna y tenía muchas posibilidades de ser elegido secretario general del gremio en las elecciones de noviembre: era el que «manejaba el frente de masas». Pero siempre se habían entendido bien, se habían complementado sin problemas. Por eso a Luis le extrañó cuando el Tano empezó a tirarse contra el Chango. El Chango y el Tano estaban en el mismo ámbito montonero de conducción del frente, una UBR con un responsable que venía de afuera:

—Vos sabés que yo al Chango lo quiero como a un hermano, después de todas las que pasamos juntos, pero últimamente se me hace que se está abriendo un poco, el Chango, que está aflojando un cacho la presión...

Era sábado y Luis, el Tano y sus novias habían salido a pasear por el centro. Terminaron comiendo milanesas en el Palacio de la Papa Frita, de Corrientes, y el Tano, con un par de vinos, se fue poniendo enfático:

—No, en serio, no puede ser que un revolucionario se meta en los kilombos que se mete él. Ahora es con esta mina pero si no es ella es con otra, siempre anda con historias, y lo peor es que con tanto kilombo ya no le queda ni tiempo ni cabeza para la militancia, escuchame... Pero además, ¿sabés qué es lo peor? Ya no estoy seguro de que siga entendiendo y asumiendo el proyecto de la organización, a esta altura.

Luis intentó contestarle que no le parecía, que había que considerar la cosa con más calma, pero el Tano esa noche no estaba para medias tintas. Luis sabía que el problema era más complicado: el nuevo jefe de la UBR de conducción del frente era un viejo militante montonero al que llamaron la Fabiana, porque era gordo como Fabiana, la mujer de Ramón Mercedes Negrete, el paraguayo que se había ganado el prode. La Fabiana era un tipo cálido y laburador, pero desde el principio había chocado con el Chango: no era sólo un problema de celos por el poder; también tenían ideas distintas sobre cómo debía conducirse una agrupación sindical.

La Fabiana insistía en que sus militantes tenían que cumplir con todo tipo de tareas fuera de su espacio específico, incluidas ciertas operaciones armadas. El Chango le contestaba que lo básico de su actividad debía ser el trabajo sindical, que era público, a cara descubierta, y que si un tipo andaba jetoneando en las fábricas después no podía salir a operar ahí mismo, en la zona donde lo conocían. Que era un suicidio personal pero también político y que, si acaso, para tener alguna actividad militar tenían que irse a otra zona, bien lejos, donde no los conociera nadie.

Sin llegar a planteos tan extremos, la oposición entre las dos posturas aparecía casi todos los días. El Chango insistía en que los militantes de la agrupación tenían todo el tiempo ocupado por las tareas internas, en Astarsa y en los otros astilleros de los alrededores, y cada vez que la Fabiana les ordenaba que pusieran ocho personas para ir a volantear al centro de Tigre, o cuatro para pintar un paredón en San Fernando, o lo que fuera, se armaba kilombo. Luis solía estar de acuerdo con el Chango; era siempre lo mismo, igual que en sus épocas con los trotskistas: los intelectuales, los militantes de afuera, no entendían cómo es la militancia de los obreros. No entendían que

un obrero labura ocho, diez, doce horas como un zángano y que además activa adentro del laburo y que cuando termina en una de éstas no tiene ganas de meterse tres horas más en una reunión para hablar de cosas que no siempre están claras. Que necesita ver a su familia, a sus amigos. Que necesita descansar.

—Tano, hay cosas que el Chango tiene razón. Imaginate vos: pensá si vos tenés que ir a custodiar una pintada y vienen los de las Tres A y te cagan de un cuetazo. No tiene sentido, Tano, a vos te necesitamos en el gremio, no te podemos reemplazar así nomás, ¿entendés? No tendría sentido que vos te hicieras matar por una boludez, hay que diferenciar un poco los niveles.

Poco después, Luis se enteró de que la Fabiana, el responsable de la UBR, había decidido relevar al Chango de la conducción de la agrupación. El propio Fabiana se haría cargo directamente. Luis no quiso abrir juicio pero se apenó mucho: apreciaba al Chango, lo respetaba, y además le parecía que era un buen contrapeso para el avance de la organización sobre sus vidas. Y que ahora, sin él, quién sabe lo que podría pasar.

—Compañeros, ustedes saben que desde ahora yo me voy a hacer cargo de la conducción de la agrupación de la Juventud Trabajadora Peronista en Astarsa. Muchos de ustedes ya me conocen: quiero decirles, antes que nada, que yo admiro mucho todo lo que han construido hasta ahora. Pero también quiero decirles que últimamente hemos visto algunos problemitas, y que estoy seguro que todos juntos vamos a poder señalarlos correctamente y revertirlos.

Les decía, el día que se presentó en sus nuevas funciones, la Fabiana.

—Es importante mantener el nivel de conciencia, compañeros. Los compañeros que no mantengan un buen nivel de conciencia revolucionaria, de sacrificio por la causa, nunca van a poder crecer políticamente...

Luis lo escuchaba con cierta alarma. Pensaba que él no quería «crecer políticamente», no quería escalar puestos en su organización. Que él estaba bien de aspirante, que hasta ahí le daba el cuero, que así ya podía hacer mucho por la causa y que prefería que no le exigieran más. Que quién decidía hasta dónde tenía que dar cada uno, cuál era la medida apropiada.

—Jaime, para mañana tenemos una operación.

Le dijo, un par de semanas después, la Fabiana. Ya había hecho otra, meses antes: junto con otro militante había ametrallado el frente de la casa del dueño de un taller naval cercano que se había puesto muy duro en un conflicto gremial y quisieron ablandarlo. Esta vez era algo parecido. Cuando la Fabiana se lo dijo, Luis pensó en contestarle que no, que él no estaba preparado para eso. Pero le pareció que no podía: él estaba de acuerdo, en

general, con los planteos de la organización, y si la organización le pedía que hiciera eso, trataría. Lo contrario sería ponerse afuera, enfrente. Además, seguramente sus compañeros no lo entenderían, habiendo tantos militantes que se jugaban la vida por la revolución.

Esa noche, Luis se encontró con dos de sus compañeros: tenían un fiat 1600 que uno de ellos había robado para la operación, una ametralladora liviana y una pistola 45. Tenían que apretar a otro patrón reacio: tirotearle la puerta de la casa. Luis iba más o menos tranquilo. Cuando llegaron al lugar, Luis y otro se bajaron y empezaron a tirar; desde la casa de atrás, los vecinos empezaron a gritar y Luis oyó las voces de una mujer desesperada que pedía socorro. Estaba a sus espaldas, no corría riesgos, pero no podía parar de gritar. Luis y el otro volvieron a subirse al coche y arrancaron sin problemas. De vuelta en la casa donde tenían que dejar los fierros, Luis trató de bajarse y se dio cuenta de que se venía abajo: sus piernas no lo sostenían.

La voz de esa mujer le resonaba en la cabeza: no podía dejar de oírla. Y también debía ser su propio miedo: Luis se sentó para tranquilizarse y empezó a pensar que todo eso no era para él. Estaba callado en una sala chiquita, modesta, mirando fijo sus manos colgando entre sus piernas y tuvo muchas gañas de decirles a sus compañeros que él no servía para la revolución, que no tenía coraje, no tenía resistencia, pero pensó que seguramente ellos no lo entenderían. Se quedó callado, acordándose de un año antes, cuando estaba tan embalado que todo le quedaba chico y quería meterse en el ERP porque iban a avanzar más rápido, y se dijo menos mal, pibe, te creías otra cosa y mirá lo que sos. Esto es lo que sos, Luis, asumilo, para qué te vas a seguir engrupiendo. Luis se fue a dormir; a la mañana siguiente estaba más tranquilo, y pensó que igual iba a seguir.

—En serio, hermano, yo no puedo seguir viviendo así como estoy No, no te pongas así, no es una calentura ni una depresión. Lo pensé mucho y no lo voy a soportar. Yo no quiero seguir así.

—Pero José, no jodas, vos tenés que vivir. Es importante que sigas, vos tenés tantas cosas para enseñarnos a todos...

—No, Cacho, no. Te agradezco el aliento pero no. Ahora va a nacer mi pibe, y yo no quiero que tenga un padre paralítico, un pelele que no puede hacer nada sin ayuda, que me vea toda la vida en una silla de ruedas.

José Luis Nell le hablaba con una serenidad aterradora y Cacho El Kadri no sabía cómo contestarle. Era difícil. En realidad suponía que, en la situación de su amigo José Luis, habría pensado lo mismo. Cada vez estaba más claro

que su cuadriplejía no tenía cura: su situación era desesperante. Y su situación política también lo era: estaba distanciado de su organización, los Montoneros, y funcionaba como una especie de consejero de los que se habían ido a la Lealtad.

José Luis no podía levantarse de la silla de ruedas. Había hecho un tratamiento de rehabilitación en ALPI: conseguía levantar un vaso o un tenedor con la mano derecha, y poco más. Tenían que bañarlo, vestirlo, acostarlo: era muy triste. Los Montoneros le pasaban una mensualidad a su compañera, que apenas le alcanzaba: solía llevársela Dardo Cabo y a veces se atrasaban días o semanas.

Meses antes, la segunda vez que quiso visitar a su amigo, Cacho tuvo que hacer una cita con Dardo Cabo en un bar de la avenida Las Heras: Cabo lo llevaría compartimentado. Antes se tomaron un café. Hacía meses que *El Descamisado* le había hecho una entrevista a Cacho, y no se publicaba. Cabo era el director de la revista y le dijo que había problemas, que ya se publicaría pero había problemas. Cacho le preguntó cómo venía la mano con Nell:

—Viene mal.

—Por qué, no puede ser.

—Él está cada vez más crítico, sabés que tiró a la basura el documento verde... Viste como es él. Hay gente que dice cómo siguen manteniendo a alguien que está en contra de la política de la orga.

—Pero dejate de joder. Lo peor que puede pasar es que le corten los víveres ahora.

—No, quedate tranquilo, yo me voy a ocupar.

Poco después, Cacho lo buscó para volver a hablar del asunto:

—Está jodido, yendo de un lado para otro. Marcela me dice que lo mejor sería comprar el departamento que alquilan.

—Claro.

—Nosotros podemos poner un poco de plata.

—¿Cuánto vale el departamento?

—Qué se yo. Nueve, diez millones.

—Mirá, yo puedo conseguir unos siete.

—Y yo puedo juntar tres.

Cacho consiguió esos tres millones de un fondo que le quedaba a las FAP. El departamento, chiquito pero agradable, estaba detrás de la cancha de polo de Palermo.

—Ahora se viene una etapa de repliegue, Cacho, no podemos hacer nada, no hay alternativa. Hay que desensillar hasta que aclare. La derecha nos

rompió el culo, nos ganó el Movimiento, pero para el pueblo el que gobierna es el peronismo, así que no se puede salir a hacer acciones en este momento. Eso es una locura total.

A principios de 1974, José Luis Nell y Lucía Cullen se casaron en la capilla del padre Carlos Mugica en Retiro y, poco después, en el registro civil de la calle Uruguay: Cacho fue uno de los testigos. Los visitaba a menudo. Muchas veces le tocó bañar a su amigo: tenía que sacarle la ropa, llevarlo hasta la bañera y depositarlo como un bebé, manteniéndole la cabeza levantada, fuera del agua, mientras lo enjabonaba, y después volver a llevarlo hasta la cama donde Lucía lo secaba y lo untaba con pomadas para que no se le escarara la piel. Era triste, y no era fácil: Cacho tenía que dejar de lado sus inhibiciones y su vergüenza ante un cuerpo de hombre desnudo y desmadejado, y José Luis sufría por su incapacidad.

En mayo los recién casados le dieron la noticia: Lucía estaba embarazada, y pariría en enero. Cacho fue a ver al doctor Raúl Matera para pedirle que se interesara por el caso de José Luis. Matera lo vio y le dijo a Cacho que no había ninguna posibilidad de mejora:

—No, ahí el único que puede hacer algo es el Señor... Está muy afectada la médula espinal, no hay nada que hacer. Lo peor es que él es tan inteligente, se da cuenta de todo.

Cacho siguió buscando. Antonio Sofía y Manuel Campos, viejos conocidos del PCR, le habían dicho que en Alemania Oriental había una clínica especializada en heridos de guerra que podía llegar a tratarlo. Cacho les llevó informes y radiografías y, dos meses después volvió la respuesta de Berlín: no había nada que hacer. José Luis estaba cada vez más abatido, e insistía en que prefería matarse antes que seguir viviendo así. Un par de veces por semana iba a verlo un psicólogo que, una tarde, se reunió con Cacho para pedirle que lo ayudara:

—Estoy muy preocupado. Tengo la sensación de que en cualquier momento José Luis podría tomar una decisión irreparable.

—No, no es que la vaya a tomar: yo creo que ya la tiene tomada.

—Bueno, por eso te digo: tenemos que hacer algo para impedirlo. Él no está en condiciones de decidir...

—¿Y entonces quién va a decidir por él? Mirá, te aclaro: José Luis es mi amigo del alma, es mi hermano, y yo voy a hacer todo lo posible para que viva, pero también lo respeto y porque lo respeto entiendo que él no quiera seguir viviendo así. A mí me resulta muy difícil responderle cuando me habla

de eso, porque más bien estoy de acuerdo. Es un tipo grande, uno de los tipos más lúcidos que conozco, y creo que tiene derecho a decidir su vida, ¿no?

De todas formas, Cacho lo intentó. Trató de entusiasmar a José Luis con la propuesta de que escribieran juntos una historia de la Juventud Peronista desde los tiempos de la resistencia:

—Vamos, José Luis, me tenés que ayudar con eso. Hay cosas de esos tiempos que vos conocés mejor que nadie. Si vos no laburás en esto se van a perder para siempre, ¿me entendés? Todavía somos necesarios, José, aunque sea para esto...

José Luis le dijo que sí y tuvieron dos o tres reuniones para hablar del proyecto, pero seguía decidido a matarse. La situación general no ayudaba nada. Había muerto Perón, la derrota se les hacía cada vez más visible, la Triple A no paraba de operar, y el propio Cacho andaba también medio perdido: solía dormir en casas de distintos militantes que lo alojaban por una noche o dos y andaba siempre armado, esperando el ataque. Le quedaba un grupo de compañeros suyos que, más por afecto que por compromiso político, solían acompañarlo —de a uno, de a dos— para protegerlo, y lo llevaban y traían en un coche. Pero sin muchas esperanzas:

—Por lo menos esperá que nazca el chico, hermano, esperá a conocerlo y después decidís.

—¿Y qué voy a hacer? ¿Qué me queda? Toda la vida un parásito no voy a ser, Cacho, no lo soporto...

El lunes 9 de septiembre de 1974, tres años después de su fuga del penal de Punta Carretas, junto a 106 tupamaros, manos amigas lo llevaron hasta una vieja estación abandonada en San Isidro, donde José Luis Nell se mató de un tiro en la boca.

Cacho El Kadri y Julio Troxler fueron a la morgue a reconocer el cuerpo. No tenían dónde enterrarlo: se fueron a ver a Sebastián Borro, el viejo líder de las huelgas del frigorífico Lisandro de la Torre en el 1959, para pedirle ayuda. Borro había sido director de Cementerios y conocía gente:

—No me digas que se mató ese muchacho, ¡no puede ser!

—Y sí, estaba muy jodido...

—¡Cómo no va a haber un lugar en la tierra para un compañero!

Durante el entierro lloviznó todo el tiempo. Cacho tenía la sensación de que estaban enterrando algo más que un amigo y compañero: era un mundo de esperanzas que se le caía hecho pedazos. Al mediodía, cuando llegó a la facultad, el decano Mario Kestelboim le dijo que acababa de presentar su renuncia:

—No tengo más remedio, Cacho. La Triple A me sigue amenazando, me dijeron que me van a matar a mí y a toda mi familia, y yo no voy a dar la vida por estos hijos de puta.

Kestelboim no los nombró, pero era obvio para los dos que se refería a los Montoneros. El decano había seguido siendo independiente, con simpatías por el PB, y su situación era de lo más inestable: había quedado en medio de los ataques cruzados —muy diferentes— de la Triple A y la Juventud Universitaria Peronista. Cacho le dijo que lo entendía perfectamente y le dio las gracias por todo y un abrazo fuerte. Después se fue a su oficina y se sentó a escribir su propia renuncia. Él era asesor de Kestelboim y, si el decano se iba, él también tenía que irse. Al rato vino Mario Hernández, el secretario académico, a pedirle que la retirara:

—Así le estás haciendo el juego a la derecha, Cacho. Tenemos que tratar de preservar los espacios que nos quedan, para mantenernos en condiciones de...

—Mario, venimos de enterrar a José Luis y me venís con estas internas, estos problemas...

Era el martes 10, y seguía lloviznando. En menos de una hora, Cacho había vaciado todos sus cajones y salía, por última vez, del gran edificio de Derecho.

Septiembre de 1974. La entrevista había sido publicada primero en *Il Manifesto* italiano, y después en *Le Nouvel Observateur* francés y muchos otros medios: «El último combate de Macondo» era una «crítica a la guerrilla de América Latina desde la izquierda» hecha por Gabriel García Márquez:

«—Usted está ubicado en el campo de los que quieren la revolución. ¿Cómo se llevan con esa definición el político, el periodista y el escritor que conviven en su interior? ¿No le sucede a veces que el político pone entre paréntesis ciertas cosas en las que cree el escritor o viceversa?

»—Digamos que la política y la literatura son dos maneras de aproximarse a la realidad. Muy pocas veces me pasó que ambas impliquen una contradicción para mí pero, cada vez que ello sucedió, comprendí con el tiempo que era porque había cometido algún error político.

»En general mis problemas de conciencia más difíciles no provienen de mi tarea de escritor sino de mi voluntad, un tanto ilusoria, por mantenerme en una postura de izquierda consecuente y clara. Mi conciencia política monta en cólera y se rebela, por ejemplo, cuando veo al régimen soviético hacer oídos sordos a los reclamos democráticos que nacen en su mismo seno, o cuando

veo con qué facilidad Fidel Castro acusa a un escritor de ser agente de la CIA aunque sabe perfectamente que eso no es así, o cuando verifico la imbecilidad de los dirigentes chinos que rompen relaciones con Beethoven y las mantienen con Pinochet. Por el contrario, mi hígado de escritor soporta bastante bien esos tragos amargos pues la literatura admite con mayor facilidad que esas grandes contradicciones sólo signifiquen simples tropiezos históricos. (...)

»—¿No ve usted una contradicción entre la ideología de la revolución latinoamericana, por un lado, que enfrenta al imperialismo yanqui y europeo con el “hombre nuevo” del “Che” y los valores “positivos” de la cultura autóctona, y la literatura latinoamericana, por el otro, que no es optimista ni “realista-socialista”?

»—Hoy ya podemos decir —es un deber decirlo— que el mito del “hombre nuevo” nació de la imaginación del “Che” Guevara para hacerle frente al bloqueo económico, al sabotaje y a las bravuconadas bélicas de los Estados Unidos, al mismo tiempo que a la indecisión de la Unión Soviética asustada por el huracán de originalidad, independencia y fantasía de la Revolución Cubana en esa época. Se buscaba entonces la fórmula para llenar el vacío de estómago con una “mística” del socialismo, cosa de poder ser felices en un mundo de trabajo forzado sin estímulos materiales, hecho que bien podía parecer contradictorio en el seno de una sociedad materialista.

»Tan alejado de la realidad como el mito del “hombre nuevo” es el intento de descubrir contradicciones ideológicas allí donde ni siquiera hay una ideología muy clara. Nosotros, escritores latinoamericanos, revolucionarios o no, sólo somos producto de una sociedad capitalista de segunda mano que comienza a negarse ella misma en su literatura.

»—En América Latina, los partidos comunistas no han hecho ninguna revolución. ¿Encuentra usted justas las objeciones y críticas dirigidas a mediados del 60 por los cubanos contra los partidos comunistas: inexistencia de un proletariado, necesidad de una vanguardia militar, etc.? Por otra parte, la guerrilla tampoco ha triunfado. ¿Por qué hasta ahora no se hizo un balance serio de este fracaso? ¿Es posible hacerlo?

»—Es exacto, entre nosotros, ningún partido comunista hizo la revolución. Pero, para ser sincero, tampoco la hicieron las otras fuerzas que explícitamente se fijaron ese objetivo. En resumidas cuentas, fracasaron tanto la ortodoxia como el vanguardismo. Y la lista de sus fracasos resulta tan larga e impresionante que endilgarles a los partidos comunistas la mayor tajada de responsabilidad sólo significa ocultar el verdadero problema. Todo consiste

en saber cuáles son las posibilidades reales de la revolución en América Latina.

»Para mí, tenemos que hacernos a la idea de que, en nuestros días, el camino revolucionario está bloqueado. Es urgente admitirlo. Cuanto más tarden las fuerzas de izquierda en reconocerlo, ese bloqueo durará más tiempo. Y este hecho no se debe tan sólo a la habilidad actual de la derecha frente a una izquierda que sigue atacándola en los mismos términos y con los mismos términos y con los mismos planes de lucha que tradicionalmente la llevaron a la derrota. Tampoco se debe el bloqueo de la revolución a la terrible disparidad de medios con que cuentan la derecha y la izquierda. La causa más decisiva radica en que hay toda una manera de ser revolucionario que ha sido forjada según algunos modelos teóricos que no siempre pueden aplicarse a la realidad de nuestros países.

»El MAS venezolano (Movimiento al Socialismo, fundado por Teodoro Petkoff, ex guerrillero y dirigente del Partido Comunista Venezolano, que dejó dicha agrupación en 1968 a raíz de la invasión soviética a Checoslovaquia), al cual pertenezco aunque soy colombiano, ha iniciado una discusión política sobre ese problema y, a esta altura del debate, parece convencido de que es imposible despejar el camino de la revolución latinoamericana si se sigue con los criterios de la izquierda de siempre.

»Quién le dice, quizás sería bueno comenzar por el examen crítico de los presupuestos y concepciones que alentaron el embate insurreccional. La guerrilla fue el hecho más espectacular, el más heroico y generoso de nuestra historia reciente. Además, no cabe duda que es el que mejor se lleva con la subcultura de la izquierda latinoamericana. Sin embargo, de poco vale limitarse a analizar el fenómeno guerrillero si no se abordan otros fenómenos cruciales, como el surgimiento de los militares antiimperialistas, la rebelión del clero, los cambios de la situación colonial y la original experiencia chilena, que estuvo a un paso de iniciar una nueva fase de la historia mundial del socialismo.

»Cuando podamos reunir algo de todos esos elementos de análisis en una misma instancia reflexiva, tal vez entonces comprendamos que las posibilidades de la revolución en América Latina se han vuelto más grandes. Por supuesto, en ese momento también tomaremos conciencia de que, según el recetario tradicional, la revolución es infinitamente más difícil. (...)

»—¿Qué podemos hacer nosotros en Europa por América Latina? ¿Basta con protestar por los presos políticos, las torturas y los regímenes de fuerza? ¿Debemos hacer otra cosa?

»—Lo mejor que ustedes podrían hacer por nosotros es tratar de que en Europa desaparezca la “moda” de la revolución latinoamericana. Siento náuseas al recordar esos maniqués de la Via Veneto luciendo uniformes verde oliva, las barbas perfumadas de los “castristas” en Lamborghini, nuestros mitos transformados en objetos de consumo, los libros sobre Allende agotados en una noche, los posters del Che Guevara transformados en símbolos eróticos, los discos con canciones guerrilleras compuestas en los cafés de la Riviera.

»Una de las imágenes más repugnantes y que más me irritan es aquella de Françoise Sagan jugando al bridge en un vagón con aire acondicionado que rueda a través de un infierno de polvo, calor y penurias en una provincia cubana. Los análisis apologéticos, sin base, pontificantes, de ciertos ensayistas europeos han sembrado más confusión en nuestras filas que muchas tentativas del imperialismo. Por añadidura, les debemos también un cierto número de muertos inútiles. Todo eso es cierto; está al menos compensado por la acogida humana y generosa que les brindaron a los refugiados chilenos. No se molesten por nosotros: basta con que nos quieran».

Sergio le dio un beso muy largo y le dijo que en cuanto pudiera pasaría por el hospital a contarle cómo había salido todo. Se estaba poniendo un pantalón y una camisa grafa azules; en el living del departamento de Vicente López lo esperaba otro militante vestido igual, que había pasado la noche ahí. Mercedes Depino sabía que no tenía que preguntar nada: estaba muy nerviosa. Sergio Berlín trató de tranquilizarla:

—No te preocupes, amor, va a salir todo bien. Lo tenemos todo muy bien armado, y además esto ni se lo esperan. En serio, no te preocupes. Antes del mediodía paso a verte con Carlitos y te contamos todo y nos vamos a festejar.

Se abrazaron muy fuerte y Sergio salió de la pieza, sonriéndole. Mercedes se repetía que no iba a haber problemas, que el efecto sorpresa los favorecía y que seguro que la operación estaba bien planificada. Ésa era la gran ventaja de las acciones de guerrilla: operar donde su enemigo no la esperaba y en las condiciones que ellos habían elegido. Mercedes lo sabía y se lo repetía, pero igual estaba muy nerviosa:

—Cuidate, amor. Te quiero.

Era el martes 17 de septiembre, y ya empezaba la primavera. A eso de las once, Mercedes vio entrar en su oficina del hospital Italiano a Sergio, solo. No tenía buena cara. Mercedes se sobresaltó:

—¿Qué pasó? ¿Dónde está Carlos?

—Eso es lo que nos gustaría saber, la puta que lo parió. Tuvimos que levantar todo porque él no llegó a la cita que tenía, no sabemos qué carajo pasó.

Lo habían esperado los diez minutos reglamentarios y, después Roberto Quieto, el jefe de la operación, tuvo que suspenderla: no podían operar si faltaba uno de los participantes, que conocía todo el plan. Todos confiaban en Carlos, nadie creía que si lo agarraban fuera a cantar nada, pero las reglas más elementales ordenaban levantar la acción. Sergio y Mercedes se fueron para Vicente López, muy preocupados. En el departamento los esperaban Rodolfo Galimberti y la Gorda Amalia. Carlos conocía ese lugar: ante la sospecha de su caída, las normas indicaban que tenían que evacuarlo enseguida, pero le tenían demasiada confianza y se quedaron. Mercedes se decía que había algunos compañeros que nunca la iban a cantar, por fortaleza ideológica y, sobre todo, por amor. Sergio estaba muy nervioso y caminaba, fumaba, se metía la mano en el bolsillo del pantalón y se rascaba las bolas. Siempre le tomaban el pelo por eso: cuando se ponía tenso se mordisqueaba los bigotes y se rascaba las bolas. Al cabo de un rato escucharon el ruido de una llave en la puerta: era Carlos.

—Tomás, hijo de puta, así que no estás ni muerto ni preso. Tuvimos que levantar todo por vos. ¿Qué te pasó?

Carlos puso su mejor cara de chico travieso, ojitos seductores y la voz muy suave:

—Nada... Me quedé dormido.

A veces, tener 21 años y ser el niño mimado de su organización era un arma eficaz. Otras veces no. Después, Sergio y Mercedes supieron que Carlos no había dormido en su casa de Moreno: se había peleado con Adelaida, se había ido a la casa de una vieja amiga, había pasado la noche con ella y cuando se quiso despertar ya era demasiado tarde. Los demás no lo supieron nunca. Igual, Carlos tuvo su castigo: Galimberti, su jefe, lo mandó a escribir su autocrítica y a diseñar un accesorio que se agregaba a las escopetas para disparar «energás», las granadas que estaban empezando a fabricar los Montoneros. Pero primero tenía que participar de la tan esperada «operación Mellizas».

Dos días después, el jueves 19 de septiembre, a las 7 y 25 de la mañana, Sergio volvió a ponerse el uniforme grafa azul, controló la hora en la radio-despertador y pegó, en la parte de atrás de su reloj pulsera, un papelito con su grupo sanguíneo. Después se despidió de Mercedes con un beso largo y ansioso.

Media hora después estaba en el punto de concentración que le correspondía: esta vez no faltaba nadie y el jefe dio la orden de salir hacia el lugar de la acción. Todo había sido discutido y revisado cientos de veces. Alguien había pasado la información de que los hermanos Juan y Jorge Born vivían en Beccar, en una gran propiedad que comprendía tres mansiones, y que cada mañana iban al centro en un auto, que podía ser ford falcon o peugeot 504: lo cambiaban para eludir la veda de coches, según el número de chapa, que regía en la capital. Viajaban los dos juntos en el mismo auto; detrás, el resto de la custodia los seguía en un falcon.

Durante semanas, los militantes encargados de seguirlos y registrar cada detalle de su desplazamiento no encontraron el lugar apropiado para una emboscada. A esa hora de la mañana, la avenida Libertador estaba muy transitada y, además, toda la zona rebosaba de policías y soldados. Hasta el día en que vieron que un tramo de Libertador estaba cortado porque una cuadrilla municipal talaba los árboles de la avenida, y los coches tenían que desviarse y tomar una callecita lateral. Entonces Roberto Quieto decidió que la única forma de hacerlo sería conseguir que los coches de los Born salieran de Libertador.

Eligieron la calle San Lorenzo, que cruzaba Libertador a pocas cuadras de la quinta presidencial, porque era tranquila y tenía una barrera que les permitiría salir hacia Maipú: sabían que si se quedaban encerrados entre las vías y el río no tenían muchas posibilidades de escapar. Obligarían a los coches de los Born a doblar a la derecha por San Lorenzo y enseguida a la izquierda por Ada Effling, una calle muy tranquila que bordeaba la vía, donde los atacarían. El problema era que todo tenía que estar perfectamente sincronizado para desencadenar la acción y huir en el menor tiempo posible: los 19 militantes que participaban no podían esperar mucho tiempo en esa calle tan vacía. Los 19 habían sido cuidadosamente elegidos entre los combatientes más experimentados que tenían los Montoneros.

Los 19 estarían divididos en cinco equipos: el primero lo formarían tres militantes disfrazados de operarios, con overoles grises y cascos amarillos, que cerrarían la avenida con un semáforo portátil un minuto antes de que llegaran los coches de los Born.

El segundo eran dos militantes con pistola ametralladora y fusil fal que servirían de protección a los falsos obreros y que, una vez cerrada la avenida, tenían que ir rápido hasta la calle Ada Effling para proteger a los equipos de ataque.

El tercero eran cinco, encargados de reducir a la custodia: uno vestido de policía y otros tres, con armas cortas y largas, que esperarían en la esquina; el quinto era el chofer de la camioneta que chocaría contra el falcon de la custodia para inmovilizarlo.

El cuarto eran otros cuatro más el responsable general de la operación: uno manejaba la camioneta que iba a chocar al coche de los Born y los otros tres tenían que reducir a los ocupantes del coche y llevarse a los hermanos.

El quinto eran dos militantes vestidos de ferroviarios que tenían que reducir al guardabarreras y mantener abierto el paso a nivel. Otros dos irían en un coche que vendría siguiendo a los Born, los pasaría y llegaría a Libertador y Roma un minuto antes, para dar la señal de empezar la acción.

El coche, un peugeot, llegó a la esquina a las 8 y 24: los operarios pusieron rápido el semáforo y los carteles de desvío. Sergio y su compañero no tuvieron problemas para reducir al guardabarreras, y medio minuto después los coches de los Born estaban en la esquina de Ada Effling y Acassuso. Cerraron la barrera, para que no pasaran más coches. Un poco más allá, Carlos miró a Galimberti, que le hizo la señal convenida: Carlos soltó el pie del embrague de la camioneta, apuntó bien al medio del falcon de los custodios y no pensó en nada. Siempre, en esas situaciones, conseguía no pensar en nada: nada que no fuera lo que tenía que hacer en ese momento, y era una suerte. Carlos era conocido por su valor, por su serenidad en esas situaciones. Todo sucedió en un minuto. Los custodios se rindieron sin resistencia. Un poco más adelante, el coche de los Born también había sido detenido por la otra camioneta, pero el chofer y un custodio trataron de resistir, y los militantes del cuarto grupo los balearon. Juan Born salió corriendo pero lo agarraron a los pocos metros. En menos de un minuto, todos los secuestradores se habían metido en sus autos, estacionados en esa misma calle, y huían con los hermanos Born en uno de ellos.

Ese mediodía, en el hospital Italiano, Mercedes vio llegar a su primo y a su novio con un suspiro de alivio. Había pasado una mañana espantosa, esperando, peleando con fantasmas. Carlos y Sergio traían sonrisas incontenibles y Mercedes se relajó y pensó que por fin iba a poder confirmar sus sospechas. Trataron de que los abrazos no fueran demasiado escandalosos. Carlos fue el primero que habló:

—¡Lo hicimos, Petisa, lo hicimos! Ahora te podemos contar qué era: secuestramos a los Born.

—¿Los Born? ¿Pero no era Villar?

Mercedes estaba absolutamente desilusionada. Sergio casi gritó:

—¡Petisa, no entendés nada! ¡Los Born, los hermanos Born! ¡Son cien palos verdes!

El secuestro de los hermanos Juan y Jorge Born sigue siendo, hasta ahora, la operación más rentable de la historia de la guerrilla en el mundo. Cuando sucedió, un periodista mexicano escribió que «los Montoneros ironizan acerca de la fortuna de Bunge y Born. Como algunos datos me parecieron excesivos investigué por mi cuenta. En general la mayor parte de los periodistas argentinos especializados en economía (tanto los de derecha como los de izquierda) coincidieron en tres aspectos: a) es la mayor empresa de la Argentina; b) sus prácticas comerciales pueden ser definidas como monopólicas; c) ha intervenido muchas veces en la política del país y ayudó a derribar el segundo gobierno de Perón.

»Bunge y Born, fundada en 1817 sobre la base de capital belga, ha llegado a ser conocida en el propio Wall Street como “the octopus” (el pulpo). Sólo en Argentina es dueña de cinco de las 120 más grandes empresas del país: Molinos Río de la Plata, Compañía Química, Grafa, Alba y Centenera. Además controla Química Hoechst (en asociación con Farbwerke Hoechst, WG), Sulfacid, Compañía Industrial de Bolsas, Compañía Inmobiliaria del Río de la Plata, Anilsud, fábrica de anilinas y productos químicos (en asociación con Badische Anilin und Sodafabrik WG), Sulfisud, Fábrica Argentina de Hidrosulfito y Afines (en asociación también con Badische Anilin und Sodafabrik), y varias más.

»El 90 por ciento de las inversiones argentinas en Brasil corresponden a B y B que tiene allí la subsidiaria Moinha Santista, ubicada entre las 20 mayores corporaciones de ese país. Promediando el último gobierno de Perón se advirtió —y algunos funcionarios así lo denunciaron— que Bunge y Born estaba provocando artificialmente desabastecimiento. Este tipo de maniobras como se sabe fueron llevadas a cabo por grandes “trusts” internacionales para desestabilizar al gobierno de Salvador Allende. Empero no se tomaron medidas contra Bunge y Born, salvo una módica multa a su subsidiaria Molinos Río de la Plata», escribía, entonces, Fernando Navarro.

»Y, en esos días, los Montoneros publicaron un documento para justificar su acción:

»“Si usted alguna vez se imaginó que podría tener toda la plata de Bunge y Born, seguro que se quedó corto. Algunos ejemplos bastan para demostrarlo: Bunge y Born es dueña de 900.000 hectáreas de campo. Lo que es mucho. Pero es más claro así: 900.000 hectáreas equivalen a un campo que

tenga de largo la distancia que hay entre la Capital Federal y Rosario (350 km) y de ancho el recorrido que hay entre Buenos Aires y el puerto de Tigre (30 km).

”Y ahí no se acaba la cosa. Otro ejemplo es lo que vendieron las empresas industriales de Bunge y Born durante 1972. Vendieron productos por valor de 181.000 millones de pesos, es decir lo que un obrero con mujer y dos hijos hubiera cobrado trabajando 280.000 años sin enfermarse un solo día (para no perder el premio a la asistencia).

”Esto sirve además para ver de dónde extrae su riqueza Bunge y Born. En las empresas industriales que Bunge y Born tiene en la Argentina trabajan alrededor de 20.000 obreros y empleados. Para juntar los pesos que recibió Bunge y Born vendiendo productos en un solo año esos 20.000 hombres deberían trabajar 140 años. El total de sueldos y jornales de esos 20.000 obreros y empleados a lo largo de 140 años es lo que Bunge y Born recibió en sólo un año.

”Pero los ejemplos sobran. Las cinco empresas industriales más grandes de Bunge y Born en el país (Grafa, Alba, Molinos, Centenera y Compañía Química) producen diariamente productos por valor de un millón de dólares, es decir, alrededor de 4000 millones de pesos viejos. Los artículos (toallas, pinturas, latas, margarina, aceite, etc.) son producidos con el trabajo de alrededor de 15.000 obreros, que se sacrifican diariamente entre 8 y 12 horas al lado de las máquinas. Estos 15.000 hombres cobran por un día de trabajo alrededor de 135 millones de pesos viejos por producir artículos que a Bunge y Born le reportarán 4000 millones de pesos viejos. Esto es, los obreros de Bunge y Born reciben menos del 4 por ciento de lo que recibe Bunge y Born vendiendo lo que ellos producen.

”Es la explotación de los trabajadores, entonces, la fuente principal de la riqueza de Bunge y Born. Por eso, además, eligen los países donde instalarán sus industrias de acuerdo a los salarios que se les pagan a los trabajadores. Como se verá más adelante, es en Brasil donde mayor desarrollo industrial tiene Bunge y Born. Y no es casual. La dictadura pro norteamericana que gobierna Brasil mantiene con sueldos de hambre a la población.

”Y estos datos son sólo de las empresas industriales, porque además tienen firmas comerciales, financieras, inmobiliarias, agropecuarias, forestales, y de seguros, en la Argentina. (...)”».

El de los hermanos Born fue sólo el más resonante de muchos secuestros de dueños y gerentes de empresas nacionales y multinacionales. En esos días, un informe del *Time* decía que, en 1973, el 60 por ciento de los ejecutivos

extranjeros había dejado el país, movido por los 170 secuestros de empresarios que hubo ese año.

Recién una semana después de llegar a Catamarca, Manuel Gaggero, Alfredo Curuchet y Silvio Frondizi pudieron ver a los 13 presos del ERP y constataron que habían sido torturados. Hicieron las denuncias en el juzgado, pidieron las pericias, firmaron la defensa y volvieron a Buenos Aires a esperar novedades. Terminaba el mes de agosto cuando Manuel llegó a su departamento de la calle Uriarte dispuesto a pasar una velada tranquila con su mujer y los tres chicos. Los dos menores jugaban con figuritas en la mesa, pero Manolo, que tenía nueve, había leído los diarios.

—¿Qué va a pasar, papá?

—No sé hijo, así son las revoluciones...

—¿Es cierto que los militares quieren matar a todos los revolucionarios?

—Aunque quieran, no van a poder, Manolo.

Alba Sager se inquietaba:

—Manolo, comé los fideos que sos el único que falta, dale...

Pocos días después, recién llegado de Río Gallegos, Curuchet fue al estudio de Aldo Comotto. A las siete de la tarde Manuel lo llamó por teléfono:

—Cuqui, acá estoy con Luis. ¿Querés cenar con nosotros?

—No sé si llego, a lo mejor la voy a ver a la Negra...

—Bueno, vamos a Don David. Si no llegás te veo en El Olmo mañana a las nueve.

Manuel Gaggero y Luis Cerruti Costa cenaron esa noche en la cantina de Dorrego y Córdoba y no le dieron mucha importancia a la ausencia de Curuchet: había una abogada porteña que lo fascinaba y supusieron que estaría enamorándola. A la mañana siguiente, Manuel desayunó en El Olmo y Curuchet no llegó. Pidió el teléfono de la confitería: la Negra no sabía nada de él. Comotto le confirmó que a eso de las ocho se había ido de su estudio. Manuel empalideció y salió corriendo a buscar datos a cualquier parte. El kiosquero de Cangallo y Uruguay, la esquina del estudio de Comotto, no había visto nada. A media mañana, las radios informaron que había aparecido un cuerpo acribillado a balazos en las piletas de Ezeiza. Poco después, tres representantes de la Asociación Gremial de Abogados identificaron el cuerpo del abogado cordobés Alfredo Curuchet.

Cuando le avisaron, Manuel primero se dijo que había sido una casualidad que él no estuviera esa tarde en el estudio de Comotto; enseguida se

avergonzó de pensar en su propia vida. Era una estupidez pensar en uno mismo cuando estaba en juego la vida de tantos, se dijo. Se acordó de cuando se conocieron en la cárcel de Caseros en 1971: Curuchet había caído preso en Córdoba con los dirigentes del Sitrac-Sitram y a Gaggero lo habían agarrado en Paraná. A las cinco de la tarde de ese martes 11 de septiembre, la Triple A, a través de un comunicado, se hizo cargo de su muerte. Manuel fue a buscar a Frondizi a su oficina:

—Silvio, va a tener que mudarse, cambiar de estudio...

—Don Manolo, yo soy un hombre grande, tengo mis libros, acá está mi vida... Además tengo una pistola, así que les va a costar, y varios se van a ir conmigo.

Manuel y Silvio fueron a dar una conferencia de prensa a la facultad de Derecho. Con ellos había otros dos abogados que patrocinaban a los presos de Catamarca, el santafecino Rafael Pérez y el cordobés Felipe Martín. Mario Kestelboim acababa de renunciar. Mientras bajaban por la larga escalinata romana de la facultad, Silvio agarró del brazo a Manuel:

—Manolo, esas balas eran para mí.

Pocos días después, una tarde, varios coches de civil llegaron al edificio de la calle Cangallo casi Río de Janeiro y entraron derecho al departamento del fondo de la planta baja. Silvio se resistió. Su esposa salió al palier y empezó a los gritos. Su yerno intentó pararlos y le metieron un tiro en la cabeza. Mientras cargaban a Silvio en un auto, la hija salió con el revólver del padre y empezó a tirar. Ya se estaban yendo: apenas pudo meter un balazo en la goma trasera de uno de los coches. El operativo duró más de diez minutos, pero no apareció ningún patrullero. El comisario Villar se jactaba de que su comando radioeléctrico podía poner un móvil en cualquier lugar de la capital en menos de tres minutos. Al otro día, jueves 27 de septiembre, Silvio Frondizi apareció muerto en las piletas de Ezeiza. Tenía 74 años.

Habían empezado los mecánicos, liderados por René Salamanca, que desde julio reclamaban aumentos salariales; las empresas no lo concedían, y argumentaban que los sueldos estaban congelados por el Pacto Social. El viernes 2 de agosto el SMATA nacional de José Rodríguez —de acuerdo con el ministro Otero y la Renault— declaró en rebeldía a la seccional Córdoba, mandó un interventor y expulsó del gremio a Salamanca. El sábado la planta de Renault estaba cerrada: pero esta vez no por huelga obrera sino por decisión patronal. La policía estaba en la puerta, mandando de vuelta a sus casas a los obreros que llegaban a trabajar.

El martes 6 de agosto seis mil mecánicos cordobeses colmaron el Córdoba Sport Club. Salamanca recibía el apoyo de Tapia y Tosco, secretarios general y adjunto de la también intervenida CGT cordobesa. Estaban las tres vertientes rebeldes: los clasistas de Salamanca, los combativos de Tosco, y los peronistas —que todavía se llamaban legalistas— de Tapia. Tosco y Salamanca recibían el apoyo de diversos grupos de izquierda marxista — todos peleados entre ellos—, y Tapia y Atilio López de buena parte del peronismo combativo enfrentado a las 62 Organizaciones de Lorenzo Miguel. El jueves 8 hicieron otra asamblea masiva: ante semejante polo de atracción, Mario Firmenich fue a dar el apoyo de Montoneros al conflicto mecánico. Era la primera vez desde las elecciones de marzo de 1973 que Montoneros apoyaba una lucha liderada por un dirigente no peronista. Los mecánicos cordobeses mantuvieron a Córdoba en vilo hasta fines de agosto, resistiendo el lock-out y la intervención gremial. Parecía que le iban a torcer el brazo a la acción concertada entre patrones y sindicalismo oficialista.

Pero septiembre empezó negro: primero, el gobierno nacional cesó al interventor federal Duilio Brunello y lo reemplazó con el brigadier retirado Raúl Lacabanne, acompañado del comisario retirado de la Policía Federal Héctor Luis García Rey. Los dos eran cuadros de la Triple A. García Rey, hombre de confianza del comisario general Alberto Villar, se hizo cargo de la policía cordobesa. Tardaron cuatro días en poner en marcha su plan operativo.

Empezaron con la muerte de Alfredo Curuchet. Seis días después, el domingo 16, dos autos llegaron al hotel del barrio de Once, en la Capital, donde se alojaban el ex vicegobernador Atilio López y el ex ministro de Economía provincial, Juan José Varas. Sus cuerpos aparecieron al día siguiente en Capilla del Monte, cerca de la ciudad de Córdoba. Los forenses informaron que tenían más de 50 balazos cada uno. Las Tres A se adjudicaron esas dos muertes. Esa semana, en Córdoba, hubo atentados con ametralladoras o explotaron bombas en docenas de sindicatos, unidades básicas o casas de militantes de izquierda o peronistas combativos.

El martes 18 de septiembre, tres días antes de la llegada de la primavera, Córdoba amaneció nublada. El Flaco Murúa se despertó transpirado y sobresaltado: había tenido un sueño horrible. Se veía a sí mismo como un chico de diez años en el socavón de una mina: se asfixiaba, no tenía salida. Se despertó y prendió un cigarrillo antes de lavarse los dientes. Estaba en la habitación chiquita del último piso del sindicato de Luz y Fuerza. Claro, se dijo, es por lo del Cuqui Curuchet, por lo de Afilio. Es lógico, Flaco, se repetía. Murúa se acordaba de eso que le decía un psicólogo amigo: en los

sueños se elaboran los miedos. Prendió la radio y fue hasta la planta baja a buscar los diarios y un café fuerte. El que atendía el bar del sindicato estaba de buen humor:

—¿Está cara la cebolla, eh? ¡Qué cara, Flaco!

El Flaco se molestó y abandonó su soliloquio:

—¡Pará, hermano! Están matando a los compañeros... ¿Qué querés, que ponga cara de felicidad?

—Eh, tranquilo, macho. Ya sé.

El Flaco Murúa leyó los diarios y cuando juntó ánimo agarró el portafolios. Salir del sindicato lo dejaba desamparado. Sentía que los tiros podían llegar de cualquier lado, o que podrían agarrarlo entre cuatro tipos y subirlo a un auto. Caminó un rato y, finalmente, llegó al estudio de Lucio Garzón Maceda.

—¡Soy yo, Tuerto! ¡El Flaco!

Garzón Maceda abrió las dos trabas y enseguida las volvió a cerrar. Le contó que había mudado su escritorio de lugar.

—Ahí me daba el solcito, pero estaba justo en plena ventana, así que me persigno ante el primer movimiento. No me puedo concentrar.

Murúa se sentó y sacó unos papeles:

—Escuchá, Tuerto, fijate esta nota de *La Opinión*: «El 9 de agosto publicamos una nota en la que informábamos que la violencia política cobra una víctima cada 48 horas. Hoy, sólo 39 días después, la escalada de violencia arroja cifras más escalofriantes, un muerto cada 19 horas...».

—¡La reputa que los parió...!

Gritó Lucio Garzón y Murúa, suspirando, dejó el diario.

—Pero no es todo, Tuerto. Ahora le llegó al Gringo la segunda amenaza de muerte de las Tres A. Aunque tiene tres guasos con él que le hacen de guardaespaldas, decidimos llevarlo a un ranchito a la sierra.

Con el sindicato casi blindado y Tosco medio escondido, los grupos parapoliciales buscaron blancos más fáciles: por ejemplo, dos militantes de Luz y Fuerza mientras pegaban carteles. Ametrallados, el Negro Bazán y Taco Benavidez murieron en el acto. Bazán era el único miembro del PRT que integraba el consejo directivo del sindicato. La dirección gremial decidió seguir con su plan de lucha. Tosco lucía sereno, pero las ojeras delataban su agotamiento:

—Compañeros, una vez más les vamos a demostrar que no nos van a intimidar ni nos van a detener.

Dos días después, mientras se cumplía un paro activo de los trabajadores de Luz y Fuerza, un militante llegó corriendo a la sede sindical. Subió los escalones de a tres hasta el segundo piso. Debía ser algo serio:

—¡Quiero hablar con el Gringo! ¡Urgente!

Tosco estaba con Felipe Alberti y varios otros dirigentes. Taurino Atencio entreabrió la puerta y escuchó al recién llegado que insistía que sólo quería hablar con Tosco:

—... Mirá, Taurino, a mí me vinieron a decir enseguida, yo no lo vi...

—¿Pero qué pasó, hermano? Contame a mí que yo se lo trasmito al Gringo que ahora está reunido.

—Los muchachos salían de los talleres y enfrente había un torino con dos canas; de repente aparecieron dos en un 404, uno corrió el techito y los baleó, les tiró varias ráfagas, dicen que era un fal... Pero lo peor es que todos dicen que el que tiró era el Caña Murúa.

Tosco ya se les había acercado, y oyó el relato. Se agarró la cabeza y salió al pasillo enfurecido:

—¿Seguro?

—Sí, Gringo, seguro, lo reconocieron varios compañeros.

El Caña Murúa no era pariente del Flaco Arnaldo Murúa, pero también era flaco: por eso le decían Caña. Era obrero de Luz y Fuerza, integraba la seguridad del sindicato y, además, era un cuadro militar del ERP. Tosco sentía que así, las cosas se le iban de las manos:

—¿El Caña Murúa? ¡Ese pendejo está loco! ¡Estos del ERP están locos! ¿Cómo nos van a hacer esto a nosotros?

Al día siguiente, la foto del Caña Murúa estaba en los diarios y los policías de civil en la casa donde vivía con su madre. El Caña no estaba. Los policías revolvieron la casa y al rato volvieron a tirar ráfagas contra las ventanas y la puerta; los vecinos se morían de miedo. El Caña pasó a la clandestinidad: el ERP lo mandó a la guerrilla rural a Tucumán. Esa tarde, el consejo directivo de Luz y Fuerza sacó un comunicado que decía que el sindicato no estaba de acuerdo con balear policías.

Hacia fines de julio, Cacho se había enterado de que Julio Troxler andaba sin trabajo. En agosto de 1973, tras una breve carrera de 90 días, lo echaron de la sub Jefatura de la policía de la provincia de Buenos Aires y, meses más tarde, entró como jefe de personal en el diario *Noticias*. Pero no estaba encuadrado en la organización Montoneros, y tuvo problemas con la dirección del diario. Muchos empleados faltaban o llegaban tarde porque

tenían tareas que cumplir para su organización: Troxler protestaba, y le decían que esas ausencias estaban justificadas, pero no le podían explicar por qué: como él no estaba en «la orga», no le iban a decir quiénes sí estaban. Entonces él preguntaba para qué ocupaban esos puestos, si no podían cumplir con sus trabajos, y la discusión volvía a empezar.

Cuando *Noticias* terminó por despedir a Troxler, Cacho habló con Kestelboim y le ofrecieron un puesto en la facultad: sería el encargado del gabinete de Criminología. Julio Troxler aceptó, con la condición de que antes se levantara un inventario de todo lo que había.

—Sí, pero mirá que eso está cerrado desde hace años, está hecho un kilombo.

—No, primero hacemos el inventario. Si no, no acepto.

El jueves 19 de septiembre Julio le propuso a Cacho que se encontraran al día siguiente en el acto que los sindicalistas peronistas habían organizado para apoyar la nueva ley de Contratos de Trabajo del gobierno de Isabel.

—¿Vos vas a ir?

Le preguntó Cacho.

—Mientras yo sea peronista nunca voy a dejar de ir a la Plaza de Mayo.

—Bueno, yo también voy.

—Nos encontramos en la Catedral.

El acto fue bullicioso, y todos comentaban el secuestro de los hermanos Born. Troxler no apareció. Cacho lo esperó un rato y al final pensó que habría cambiado de idea. Estaba con Liliana Andreone y decidieron irse a pasar la noche al Tigre, a una casa que tenían los padres de él sobre el Paraná de las Palmas, a casi dos horas de lancha colectiva. Era una casita de madera, sobre pilotes, y toda la noche hubo extraños ruidos: crujidos de los tablones, quejidos sorprendentes. Parecía como si hubiera gente caminando alrededor de la casa, subiendo la escalera. Cacho se despertaba a cada rato, sobresaltado, manoteaba el revólver, gritaba salgan hijos de puta, y no había nadie. Pensaba que los atacantes estaban tratando de quebrarle los nervios para hacerlo salir desesperado y matarlo más fácil. Liliana trataba de calmarlo, pero también estaba asustada. Cacho tenía mucho miedo por ella. Puta, estamos siempre juntos, nos van a matar a los dos, pensaba, y se acordaba de un compañero suyo, Tito Deleroni, a quien habían matado en esos días, en Polvorines, con su compañera, Chiche Aranda. Pero también se decía que, en medio de tanta muerte, el amor era casi la única tabla de salvación que les quedaba.

Hacia la madrugada consiguieron dormirse un rato, hasta que los despertó el motor de la lancha colectiva. La lancha se acercó al muelle y bajaron la madre de Cacho, José Luis y la Bestia. Hacía frío, el pasto estaba húmedo por el rocío. Cacho tiritó y se preguntó qué harían ahí esos dos, con su madre, tan temprano; preocupado, salió corriendo a recibirlos. Ya de lejos vio sus caras largas y se asustó. De lejos pegó el grito:

—¿Pasó algo?

Los recién llegados se acercaron y José lo miró a los ojos:

—No vamos a andar con vueltas. Lo mataron a Troxler.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—No se sabe, ayer...

—No puede ser...

El día anterior al mediodía, un peugeot 504 se paró en una calle apartada de Barracas. Del coche se bajaron tres hombres de civil y sacaron a Julio Troxler con las manos atadas a la espalda. Uno de los hombres le dijo que corriera: Troxler dio vuelta la cara, los miró con desprecio y empezó a caminar despacio. Le dispararon una ráfaga de ametralladora por la espalda. Horas después, la Triple A se atribuyó la muerte. Después, José le explicó, la visita:

—No sabíamos cómo hacer para venir, así que la llamamos a tu mamá, que era la única que podía llegar a esta casa.

La señora El Kadri saludó a Liliana con curiosidad: nunca antes la había visto. No era la mejor oportunidad para que se conocieran, pero trataron de charlar un rato. Al cabo de media hora se subieron a la lancha de vuelta: Cacho iba callado, mirando el río y pensaba en los ruidos que había estado oyendo toda la noche. Solía ser muy racional, no creía en aparecidos, pero esos ruidos no habían sido un azar: seguro que su amigo Julio había querido decirle algo sobre el peligro que corrían.

Lo velaron toda la noche en una cochería de la avenida Maipú, en Florida, muy cerca de su casa. Estaban todos los viejos amigos: muchos militantes de la resistencia peronista y de los grupos que habían formado las FAP. Y corría el pesimismo:

—Hermano, acá nos van a ir matando a todos, de a uno en fondo...

—Pensar que hace unos días estuvimos con Julito en el entierro del viejo Chávez y Pierini...

—Esto no tiene arreglo...

—Y es un gobierno peronista, la puta madre que lo parió. ¡Quién hubiera dicho que a Julito lo iban a matar en un gobierno peronista! ¡Después de todas

las que se salvó con los milicos...!

—Macho, este gobierno no es peronista. Y tienen armado todo un plan para reventarnos. A mí me contó un compañero que en la última reunión de la comunidad informativa, el consejo ese que se armaron con Isabel, el Brujo, el jefe de policía, la Side y todos los servicios, el otro día los capitanes Valladares y Sarmiento sacaron una foto de Julio diciendo que era uno de los cabecillas de los grupos que se oponen a Isabel, y que ella dijo mátenlo...

—Che, ¿quién te dijo eso? Eso no se puede creer.

—Y andá a saber. Con todo lo que está pasando...

Cacho oscilaba entre el frenesí y la depresión. Tratava de mantener la calma, pero tenía la sensación de que todo se derrumbaba demasiado rápido, y que los culpables eran muy visibles:

—... no podemos dejar de señalar la responsabilidad de Isabel Martínez y José López Rega en este crimen, que demuestra dónde están los verdaderos luchadores peronistas y dónde los agentes de la reacción...

Les dijo a unos periodistas de *Crónica*, *Clarín* y *La Razón* que estaban cubriendo el velorio. La viuda de Troxler, Leonor, había pedido que no hubiera discursos en el entierro, en el cementerio de Olivos. Pero Miguel Lizaso, que también se había salvado de los fusilamientos de José León Suárez, dijo unas palabras, y después Carlos Caride. Lloviznaba, y el mundo estaba gris:

—... ante estos golpes brutales del enemigo, el pueblo organizado responde con sus propias armas. Ahora, por ejemplo, hay un par de hermanitos que van a pagar por atentados como éste...

Dijo Caride, y a algunos les cayó mal que se jactara, en ese momento, del secuestro de los hermanos Born. A las 11, el cuerpo de Julio Troxler ya estaba enterrado y los vivos se iban chapoteando en el barro.

—El próximo sos vos, tendrías que rajarte, esconderte.

Le dijo a Cacho, por lo bajo, Luis Roca, un viejo compañero suyo.

—No, yo no voy a esconderme, que se escondan ellos. Yo no me escondo ni me voy del país, voy a seguir trabajando.

A la salida del cementerio, Cacho se compró todos los diarios, buscando sus declaraciones de la víspera. No salía una palabra. Cacho pensó que era un mal signo: seis meses antes, cuando la detención de Caride, las habían reproducido, y ahora nada.

Septiembre de 1974. «No es exactamente el tipo de bebida que podría causar estragos en un país de bebedores como la Unión Soviética. De hecho,

es cara, de sabor extraño y, lo que es más, no es alcohólica. Quizá debiera ser servida en un balde de hielo, reza un folleto ruso de propaganda. Como si se tratara de una botella de champán. A pesar de ello, los veraneantes que eligieron este año reductos tales como Yalta, Sochi y Pitsunda —a orillas del mar Negro— pudieron constatar que el producto escaseaba», decía en esos días la revista *Panorama* comentando el desembarco de la pepsicola en Rusia.

«Pepsi, primer ítem de consumo de fabricación norteamericana introducido en Rusia, es sorbida a una velocidad vertiginosa, superando ampliamente las previsiones de los soviéticos y de Pepsi Co. Inc. El año pasado, cuando el mundo se sorprendió ante este acuerdo comercial entre USA y URSS, se estimó que la producción diaria inicial oscilaría alrededor de las 100 mil botellas. No obstante, la nueva planta embotelladora del puerto de Novorossisk ya alcanzó una elaboración de 200 mil botellas por día. Lo que es más, la fábrica, dirigida por expertos soviéticos, tiene el proyecto de extender su distribución mucho más allá de los márgenes del mar Negro y alguno que otro comercio moscovita. Los objetivos apuntan, en efecto, a Ucrania y Siberia. La promoción tampoco fue postergada. A este respecto, grandes cartelones muestran a jóvenes rusos que claman a voz en cuello: “*Glotok kholodnoi Pepsi-Koli sozdast khoroshoe nastroenie i osvezhit vas*”, versito que asegura al consumidor un estado de ánimo excelente y refrescante.

»A decir verdad, los rusos no se muestran demasiado reacios. Pepsi es la primera bebida a base de cafeína jamás vendida en su país, y, evidentemente, la novedad resulta siempre atractiva. “Pero lo que realmente los incita a beber —señala el periodista Ilarion Maximov— es el origen norteamericano del producto. Es algo así como un convite exótico para nosotros”. A su vez, Dmitri Varlamov, estudiante de ingeniería que pasaba sus vacaciones en Sochi, afirmó que se unió a la generación de Pepsi “porque, cuando hace calor, uno necesita tomar algo fresco y esta bebida es guardada en heladeras”.

»CUESTIÓN DE PRESTIGIO. Sin embargo, no todos los rusos pueden darse el gusto de saborear la famosa bebida cola, puesto que el producto fue presentado como un objeto de prestigio (de ahí las fantasías de servirla como una botella de champán). El precio, además, dista de ser accesible. A 45 centavos de dólar la unidad, resulta improbable que Pepsi-Cola se convierta en la bebida del trabajador medio. Durante un cierto tiempo, él obrero deberá conformarse y seguir saciando su sed en las enormes cisternas que distribuyen agua con esencia a siete centavos el vaso.

»Aún así, los directivos de Pepsi y sus socios soviéticos se muestran optimistas respecto al futuro, ya que son raros aquellos que no encuentren

alguna excusa para probar el gusto de la prestigiosa bebida. Un ejemplo lo brinda el caso del editor Maximov, para quien “al viajar en tren, no hay nada mejor que tomar Pepsi”.

»¿Y SI VUELVEN LOS ROJOS? En los corrillos de opositores a la actual conducción soviética circula un cuento: un buen día la madre de Leonid Brezhnev —una astuta campesina ucraniana— llegó a visitar a su hijo, quien, orgulloso, le mostró su comfortable departamento, luego la casa de fin de semana, la colección de coches extranjeros y, por último, su casa de veraneo sobre las playas del mar Negro. La señora felicitó al hijo por lo bien que se había organizado, pero no pudo dejar de preguntarle: hijo, ¿no tenés miedo de que vuelvan los rojos?

»De todos modos, la directora del Instituto de Moda, Irina Andreieva, informa satisfecha que el último invierno se pusieron en venta cibelinas y otras pieles de calidad, a precio promedio de 10 mil rublos —unos 12 millones de pesos argentinos—, todos los cuales abrigan ya a elegantes señoras de la nueva clase alta soviética, integrada por funcionarios del Partido Comunista y del gobierno, tecnócratas, intelectuales, artistas, profesionales y deportistas. Sobre todo estos últimos y los tecnócratas son los responsables y beneficiarios del mercado negro de objetos de consumo de origen occidental, dado que con relativa asiduidad pueden viajar al extranjero, de donde regresan con las valijas llenas de ropas “exóticas”, como pantalones y casacas jeans, por ejemplo, que se cotizan a 120 mil pesos. La *Pepski generation* quiere consumir cosas concretas, aunque no tengan nada de revolucionarias.

»Ya también hay clases sociales, a las que el amor suele conciliar. Al menos tal cosa sugiere la comedia *Valentín y Valentina* de Mikhail Roshin. Los muchachos se quieren, pero él es obrero y ella pertenece a una capa acomodada. Las familias se oponen a la relación, incluida la madre del galán, que le dice a su hijo: “¿Qué le darás de comer? No es una muchacha de pueblo y no se conformará con papas y fideos”. El premier Alexei Kosyguin fue a ver la pieza, pero no se enojó por ese parlamento, sino porque en una de las escenas la pareja está desnuda. Desde entonces él se deja puestos los calzoncillos y ella la bombacha».

Graciela Daleo se sorprendió cuando le pasaron la información de que Mario Firmenich quería volver a encontrarse con sus viejos compañeros, y que ella tendría que organizar el encuentro. Graciela se puso en marcha: convocó a los invitados y arregló con el Flaco Jorge para hacerlo en la casa de sus padres, que estaban de viaje. Graciela quedó en confirmarle la cita, pero

no pudo encontrarlo y le dejó un mensaje. Ese domingo al mediodía se presentó con una bandeja llena de empanadas de queso en la puerta del edificio y tocó el timbre: no le contestaron. Un vecino abrió la puerta; Graciela subió y siguió tocando: arriba tampoco apareció nadie.

Graciela empezó a inquietarse: no sabía qué podía haberle pasado al Flaco. Eran tiempos peligrosos para todos. La muerte de Julio Troxler, entre otras, había terminado de enrarecer el ambiente. No había olor a gas; tampoco parecía que hubiera entrado la cana. Graciela tocó un rato más, y nada. Ya asustada, se fue al garaje donde Jorge solía guardar el auto, en la otra cuadra. El encargado la conocía y le dijo que no lo había visto esa mañana.

Graciela no sabía qué hacer. Estaba parada en la vereda con su gran paquete de empanadas, y le parecía que todos podían darse cuenta de que estaba en algo complicado. En cualquier momento llegaría Firmenich y no podría entrar. Sería un desastre.

Entonces vio que enfrente se paraba el auto del Flaco: estaba con una mujer. Hacía más de un año que Graciela y el Flaco habían dejado de ser novios oficiales pero mantenían una relación salteada y las dos veces que ella había intentado empezar algo con otro tipo, él o su fantasma se habían interpuesto. El Flaco, en cambio, reivindicaba su derecho de salir con quien quisiera. Y Graciela lo aceptaba, pero no quería verlo. Y, además, ese día tenían una cita que iba más allá de sus cuestiones personales. Graciela se dijo que sus deberes de militante pasaban antes que su orgullo: se arregló el pelo, tomó aire y cruzó hacia el coche. El Flaco la saludó tranquilo:

—Hola, ¿cómo te va?

—Los compañeros van a llegar dentro de un rato.

—¡Ah! Ahora vengo...

Diez minutos después volvió, y subieron con los primeros invitados. Graciela estaba furiosa, pero trató de controlarse. Calentó las empanadas, las sirvió. Firmenich llegó más tarde, con su esposa, y todos comieron y charlaron. Firmenich justificaba el pase a la clandestinidad por el cambio de etapa, los ataques de la derecha, la necesidad de replegarse y cuidar las fuerzas propias. En esos días, los diarios habían reproducido los datos de un artículo de *Times* que decía que los Montoneros tenían unos 3000 combatientes y 100.000 seguidores. Después uno de los invitados, que ya no militaba, le dijo que no entendía lo de Rucci y le preguntó qué pensaba.

—Bueno, evaluándolo ahora yo considero que fue un error.

—¿Cómo?!

—Sí, fue un error. Nosotros creímos que tirándole al viejo un fiambre sobre la mesa íbamos a poder negociar en mejores condiciones, y la historia nos demostró que no era así. Fue una decisión política equivocada.

La charla duró hasta las cinco y media. Graciela estaba indignada con el Flaco, pero mantuvo la compostura. En algún momento de esa tarde decidió que era el final. A la mañana siguiente llamó a su compañero de trabajo en la oficina de los padres del Flaco y le dijo que no iría más.

—Si necesitás preguntarme cualquier cosa sobre el laburo, llamame.

—¿Qué pasa? ¿Se pudrió todo con el Flaco?

—Sí. Después te cuento.

En su siguiente reunión de ámbito Graciela estaba excitada pensando qué dirían sus compañeros si supieran con quién había pasado la tarde del domingo, pero no podía contarles nada: habría roto la necesaria compartimentación, y se calló la boca. Tres días después, el Flaco Jorge la llamó para que se vieran. Graciela le dijo que bueno, pero primero habló con su terapeuta y le pidió una sesión especial. Ya más armada, se encontró con él y le dijo que no le perdonaba que, al llegar tarde, los hubiera puesto en peligro a todos y sobre todo a Mario, que si hubiese llegado un rato antes, puntual, no habría tenido dónde meterlo.

Jorge escuchaba en silencio. Y además, le dijo Graciela, ella sabía que él salía con otras mujeres, pero no tenía ninguna necesidad de citarla en su casa y mostrarle otra mina en la puerta. Que ella sabía que no era un hijo de puta pero pensaba que estaba loco, le dijo y, en ese momento, cortó por fin, después de seis años, su primera gran historia de amor.

—¡Pará, Quique, pará!

—¡Qué pará ni pará! ¡Yo a éstos los reviento!

Quique corría desesperado y Elvio Vitali trataba de alcanzarlo. Acababan de salir, con dos chicas, de la cancha de Independiente, de ver un partidazo contra Peñarol, y una patota de pibes había manoteado la carterita de Quique. Los pibes salieron corriendo, Quique detrás, y Elvio que pensó que tenía que ayudar a su amigo y compañero de la JUP. Los pibes eran como veinte: cuando los alcanzaron consiguieron pegar un par de piñas antes de pasar a recibirlas: los pibes les dieron como en bolsa y siguieron su marcha.

—Sos un boludo, Quique, cómo te vas a tirar contra todos esos...

—Pero me habían afanado, Tano, me afanaron.

Las chicas trataban de evaluar los daños: Quique y Elvio tenían dos o tres cortes en la cara, moretones, camisas desgarradas.

—Vamos a casa de mi vieja, que es acá cerca, y nos curamos.

Dijo Elvio, resoplando. Las chicas se volvieron para la Capital y Elvio y Quique encararon hacia Dominico. Cuando llegaron, doña Beba tuvo que contenerse para no pegar un grito.

—Chicos...

Se lavaron, comieron algo y decidieron que era mejor quedarse a dormir ahí. Era tarde y no valía la pena volver al centro. La televisión informaba sobre la muerte por atentado del general chileno Carlos Prats y su esposa: Prats había sido el último jefe legalista de las Fuerzas Armadas chilenas, reemplazado por Pinochet poco antes del golpe. Exiliado en Argentina, trabajaba como contador en varias empresas y estaba alejado de la política. Esa noche, el matrimonio llegaba a su casa en Malabia al 3300 cuando los atacaron a tiros. Prats y su mujer consiguieron refugiarse detrás de su coche, pero les tiraron una granada que los mató en el acto. En Santiago, el general Pinochet «lamentó profundamente y condenó con el máximo de energía este asesinato», y su vocero decía que «este hecho justifica plenamente el mantenimiento de las medidas de seguridad y orden implantadas por el gobierno».

Quique trabajaba en Tribunales: tuvo que levantarse y salir muy temprano. Elvio durmió hasta las nueve; estaba en la ducha cuando escuchó unos gritos en el jardín:

—¿Ésta es la casa de Vitali?

Su madre contestó que sí.

—¡Que nadie se mueva!

Medio minuto después, un par de policías con las pistolas en la mano entraron al baño y lo sacaron de la ducha, en bolas, atónito, sin saber qué pasaba.

—¡Quedate piola, hijo de puta!

Elvio levantó las manos: tenía el jabón en la derecha y, por un momento, se le cruzó la idea de que podían confundirlo con un arma. Uno de los policías le tiró una toalla a la cara. Era muy gordo y llevaba tres granadas colgando del cinturón:

—Tomá, boludo, ponete algo.

Elvio se la ató a la cintura y salió del baño escoltado por los dos policías que le pegaban, lo pateaban. Otros tres estaban dando vuelta los muebles de la casa, buscando algo. Gritaban, rompían, prepotaban. En el living, Elvio vio a su padre y su madre con caras de terror, azorados, y alcanzó a decirles que trataran de seguir a los coches de la cana: así se suponía que tendrían que

llevarlo a un lugar legal. Lo sacaron a empujones; afuera había más policías con ametralladoras, tres patrulleros y una camioneta, y alguien comentaba que toda la manzana estaba rodeada. Elvio iba asustado, un poco confuso y se preguntaba si todo ese despliegue sería sólo para él.

—Caminá, hijo de puta, metete en la camioneta.

El día anterior, 30 de septiembre, el Parlamento había aprobado una nueva ley Antisubversiva, que permitía procedimientos sumarios: esa mañana la policía estaba allanando y deteniendo sin parar. La figura delictiva principal que intentaba castigar la ley 20.840 era «intentar o preconizar la alteración de la paz social o del orden institucional». Para eso penaba a cualquiera que propusiera la realización de un paro declarado ilegal, que tuviera o usara emblemas, insignias o distintivos de las organizaciones subversivas, que realizara actos de divulgación, propaganda o adoctrinamiento de lo que se prohibía, y también establecía prisión de hasta cinco años para los periodistas o directores de periódicos que publicaran informaciones «tendientes a alterar o eliminar el orden institucional», y una de sus disposiciones prohibía mencionar a las organizaciones guerrilleras: a partir de ese momento, en el lenguaje de la prensa, el ERP pasó a ser «la organización declarada ilegal» y los Montoneros, «la organización autoproscripita».

La camioneta empezó a ir por calles secundarias; en la parte de atrás, Elvio, que veía la ruta que tomaban, empezó a tener miedo en serio. Pensó que lo estaban llevando a un descampado y trataba de convencerse de que no podía ser, que no lo iban a hacer con tanto circo, tan a la vista, pero no lo conseguía. Muchas veces se había preguntado cómo sería la muerte y qué haría ante ella pero ahora, que era una amenaza muy real, sólo podía tratar de seguir, aterrado, el recorrido de esa camioneta.

Se alivió mucho cuando vio que estaban parando en la puerta del edificio de Coordinación Federal en Avellaneda, cerca del puente. Lo bajaron y, a los golpes, lo llevaron a través de puertas y pasillos hasta un calabozo chiquito, oscuro, con mucho olor a meo, y lo tiraron ahí adentro sin decirle nada.

—Ahora pasala bien un rato, pibe. Aprovechá mientras podás, que después con la máquina no te van a quedar ganas.

Estaba asustado. No podía parar de pensar que él no tendría que haber estado ahí, que por qué puta mala suerte justo se había tenido que trompear con esos tipos y lastimarse y decidir que iría a la casa de sus viejos justo cuando la cana tenía preparado el allanamiento, que qué reputísima mala leche y que si no fuera por eso en ese momento no estaría ahí, esperando que lo torturaran. La imagen de la picana lo desesperaba. Varias veces le dieron

ataques de temblor: todo el cuerpo se le agitaba sin parar. Pasaron muchas horas. Elvio habría querido que algún amigo le pegara un bife para sacarlo de esa crisis, pero estaba solo: empezó a golpearse solo contra la pared, para tratar de serenarse. Fue una noche espantosa.

—A ver, pibe, levantate. Dale, que ya es de día. ¿Estabas impaciente, pibe? No te preocupes que ahora ya terminamos de armar la picanita...

El policía lo sacó del calabozo y lo llevó a los golpes por un par de pasillos: Elvio creyó que le había llegado el momento. Pero, al cabo de unos metros larguísimos, llegaron a un calabozo grande, donde había siete u ocho detenidos más.

—Andá, y tené cuidado, pibe, que esto está lleno de judíos de mierda.

La celda común fue un alivio, pero Elvio seguía asustado, jodido. Algunos de sus compañeros de calabozo eran militantes muy pesados, y eso le hizo pensar que no los iban a dejar ir así nomás. Esa noche, a eso de las cuatro, varios policías abrieron a los gritos las puertas de la celda:

—¡Ahora sí van a ver, hijos de mil putas, comunistas de mierda! ¡Se acabó, los vamos a reventar a todos!

Un rubio estaba muy exaltado y les pegaba con una especie de cadena con una cruz esvástica. Elvio se cubría la cabeza con las manos y trataba de aguantar el chubasco. Entonces los policías se callaron, agarraron a uno de los detenidos y le dijeron que iba a ser el primero:

—Pero enseguida vienen los demás, así que vayan preparándose.

Se lo llevaron y, al minuto, se escucharon gritos y cuatro o cinco tiros. Elvio pensó que le había llegado el momento, y ni siquiera consiguió desesperarse.

Cuatro

—Antes que nada tenemos que evaluar cómo andan los trabajos en los distintos colegios, ver qué pasó desde el pase a la clandestinidad, cómo afectó eso a las situaciones... Cabezón, ¿por qué no empezás vos con tu zona?

—No, en Vicente López seguimos bien. En la mayoría de los colegios no hubo problemas, más bien al revés. Se siguen incorporando compañeros nuevos, sigue habiendo pibes que se nos acercan buscando un contacto con la UES. Lo que sí que cada vez tenemos más amenazas...

—¿Qué amenazas?

—Lo de siempre, nos mandan anónimos firmados Triple A, esas cosas. Andá a saber si son de verdad de ellos, capaz que son los fachos del colegio que tratan de aprovechar la situación, el sogaca que anda dando vueltas. Pero igual habría que cuidarse.

Los responsables de los colegios y de las distintas subzonas de la UES de Norte estaban reunidos con su responsable, Mercedes Depino, en la casa de los padres de uno de ellos, que no iban a aparecer en todo el día. Y, si llegaban, les dirían que estaban preparando una materia.

—Che, lo único que les pido es que fumen un poco menos. Si no cuando mis viejos vengán va a saltar la bronca.

En general se veían de a cuatro o cinco pero esa tarde se trataba de una reunión extraordinaria —«ampliada»—. Eran diecisiete, todos menores de 18 años: la UES de zona Norte seguía funcionando bien y, en esos días, tenía unos 300 militantes, además de los simpatizantes y demás «periferia».

—Y el tema es que con este clima medio represivo hay varias directoras de colegios que están prohibiendo las actividades de los centros de estudiantes...

—Sí, la de mi colegio también está tratando de prohibirlas. Pero le está saliendo el tiro por la culata, porque lo único que está consiguiendo es que haya más pibes que quieran participar. Ustedes saben cómo es: cuanto más te lo prohíben, más querés hacerlo, ¿vieron?

—Sí, a eso hay que prestarle mucha atención, insertarse bien: no hay que perder la conducción de esos conflictos. Tenemos que mantener la

reivindicación de la libertad para las actividades de los centros, es algo que no podemos abandonar.

Dijo Mercedes, y alguien le preguntó cómo harían para mantener un buen funcionamiento si la situación, después del pase a la clandestinidad, seguía empeorando.

—No, por un lado, como decía el compañero, vemos que nuestra política es correcta en la medida en que seguimos creciendo, que hay más compañeros que se acercan a nosotros. O sea que de ninguna manera tenemos que dejar el trabajo de superficie, en el frente, con los compañeros. Eso es fundamental: si nos descolgamos del frente nos quedamos pedaleando en el aire, sin base de sustentación, perdidos. Lo que sí, vamos a tener que extremar las medidas de seguridad: hay que hacer un buen antiseguimiento cada vez que vamos a una tarea o una reunión, o cuando vamos a la casa de cada uno. Y tenemos que armarnos un buen sistema de controles telefónicos, diarios. En todo caso ahora dentro de un rato podemos definir cómo lo implementamos.

—Sí, eso tenemos que hacerlo. Pero yo estoy totalmente de acuerdo que de ninguna manera tenemos que abandonar el frente. Además, sería al pedo. ¿Para qué vamos a dejar de hacer política, para qué vamos a clandestinizarnos si de todas formas seguimos viviendo en nuestras casas? Si los fachos nos quieren venir a buscar, nos encuentran muy fácil, o sea que...

Dijo el Cabezón. Después, Mercedes siguió contándoles algunas decisiones que habían tomado en esos días: para mejorar el funcionamiento y minimizar los riesgos, los Montoneros habían decidido descentralizar parte de su infraestructura y repartirla en los diversos frentes:

—Así que ahora vamos a tener nuestra propia imprenta, para atender todo nuestro laburo. La máquina está. Lo único que falta es conseguir un local donde instalarlo. Tendría que ser una oficina o un local a la calle; nos armamos la cobertura de que es un negocio de fotocopias y ahí ponemos a un par de compañeros a laburar y así tenemos toda la infraestructura siempre funcionando, para cuando la necesitemos. Estela, ¿vos te podrías encargar de la implementación de este asunto?

—Sí, claro, después me das los detalles.

—Bueno. Y otra cuestión es que hay que darles toda la bola posible a las escuelas técnicas. Hay que priorizarlas, porque los compañeros que salen de ahí se van a la producción y se insertan en los sindicatos. Como ustedes saben, la política de la orga es prestar atención especial al frente sindical, así que todo lo que tenga que ver con eso...

Cuando la reunión se terminó, Mercedes tuvo que ocuparse de un problema particular: Estela, una chica de 17 que militaba desde los 14, responsable de su colegio en San Martín, quería saber por qué algunos de sus compañeros estaban incorporados a la organización Montoneros como aspirantes y ella en cambio sólo formaba parte de la agrupación.

—Yo no creo que yo tenga menos nivel de compromiso ni de comprensión del proyecto, Lila, no me parece. Y no quiero pensar que sea porque ellos son hombres y yo soy mujer...

—Pero no, boluda, ¿y yo qué soy?

—No, por eso te digo. Pero igual me parece que hay algo que está fallando, acá. Yo creo que tengo el mismo derecho que ellos, que ya me lo vengo mereciendo, ¿no?

Mercedes le pidió unos días para discutirlo y pensarlo mejor. Era una complicación pero, al mismo tiempo, la emocionaba ver cómo esos chicos seguían viendo a los Montoneros como los mejores de ellos mismos: cómo pertenecer a esa organización era, para ellos, lo mejor que les podía pasar, su aspiración más entusiasta. Después se preguntó de qué se sorprendía: ¿acaso ella no pensaba lo mismo? Y la diferencia entre ellos no era tanta: ella, la veterana, la responsable experimentada, todavía no había cumplido 23 años.

Septiembre de 1974. El nombre era nuevo, pero la idea no: el «centimil» servía para medir la popularidad de los más populares contando los centímetros de columna que cada uno de ellos merecía en la prensa. El censo incluía los diarios *La Nación*, *La Prensa*, *La Opinión*, *Clarín*, *Crónica*, *La Razón* y *Mayoría* y las revistas *Siete Días*, *Gente*, *Extra*, *Panorama*, *Antena*, *Radiolandia*, *TVGuía*, *Goles* y *El Gráfico*, y ese mes estaba encabezada por María Estela Martínez de Perón con 2466 centímetros. Después venían Carlos Monzón, por su trabajo en *La Mary* y su vuelta al gimnasio, con 2148, y Guillermo Vilas, por sus éxitos tenísticos, con 1908, y Susana Giménez, también por *La Mary*, con 1733. Miguel Ángel Santoro, el arquero de Independiente, que anunciaba su retiro del fútbol, sumaba 1639, y después aparecía el segundo político: José Ber Gelbard, con 1557. Héctor Alterio, por su actuación en *La Tregua*, los seguía con 1533, y enseguida estaba Sergio Renán, su director, con 1014. Federico Luppi, por nada en especial, tenía 1195, y Cacho Fontana, por las mismas razones, 819; en ese nivel de difusión aparecían también Thelma Biral, Juan José Camero y Olga Zubarry. Último entre los primeros, Ernesto Sabato había aparecido en 666 centímetros que decían que acababa de publicar un libro, *Abbadón, el exterminador*.

El PRT había dado la directiva de que sus abogados no se expusieran más. Manuel Gaggero se fue de inmediato a Santa Fe a encontrarse con su colega Rafael Pérez para darle una cita y ofrecerle una casa segura. Pérez estaba defendiendo a algunos presos de Catamarca: apenas llegó le contaron que su compañero había recibido una carta de la Triple A donde lo conminaban a salir del país. Pérez consiguió meterse en la embajada de México. Allí estaban, entre otros, los actores Luis Brandoni y Marta Bianchi, el académico Julio Villar y el ex ministro del Interior de Cámpora, Esteban Righi.

En esos días se reunió el Comité Central del PRT. La reunión se llamó Antonio del Carmen Fernández, en memoria. Pese a las caídas recientes, los militantes estaban entusiasmados por la cantidad de obreros que se incorporaban al partido. Tenían la convicción de que la guerra revolucionaria pasaba a una nueva etapa, que la Argentina dejaba de estar en una situación prerrevolucionaria y pasaba a la etapa revolucionaria. Los miembros del Comité Central preguntaron mucho por qué habían fallado las comunicaciones, por qué había fracasado una acción tan importante como la de Catamarca: Santucho reconoció errores, pero sus respuestas no fueron muy precisas.

Entre las resoluciones de la reunión hubo una que causó conmoción, y que fue comunicada a través de *El Combatiente* y de una conferencia de prensa dada por Santucho el jueves 18 de septiembre: «El CC del PRT, dirección político-militar del ERP, interpretando el sentimiento unánime del pueblo trabajador argentino, tomó una grave determinación: mientras el ejército opresor no tome guerrilleros prisioneros, el ERP no tomará oficiales prisioneros y a cada asesinato responderá con una ejecución de oficiales indiscriminada. Es la única forma de obligar a una oficialidad cebada en el asesinato y la tortura a respetar las leyes de la guerra».

Terminaba el invierno, y el Negro Mauro le dijo a Manuel que era hora de que pasara a la clandestinidad.

—Te sacan una foto, te hacen una cédula y chau.

Manuel sentía que su identidad de militante público, de abogado y periodista, su posibilidad de dar la cara todos los días era, junto con sus hijos, lo mejor que tenía. Y que debía resignarla.

—Bueno, si no hay más remedio.

A los pocos días el ERP empezó a poner en práctica la muerte indiscriminada de oficiales del Ejército: el 26 de septiembre mataron al

coronel Jorge Grassi en Córdoba y al teniente coronel Luis Brzic en Rosario, el 2 de octubre al capitán Miguel Paiva, el 7 de octubre al mayor farmacéutico Jaime Gimeno en Banfield: durante el atentado, el hijo de Gimeno mató a los tres atacantes del ERP, Jacinto Saborido, Arístides Suárez y Eduardo Ernihold. El 11 de octubre, en Santa Fe, mataron al teniente Juan Carlos Gambande. El 23 de octubre, en San Miguel, mataron al teniente coronel médico José Gardón. El 7 de noviembre, en Santa Fe, mataron al mayor Néstor López. El primero de diciembre, en Tucumán, mataron al capitán Antonio Viola, que estaba acompañado por su hija María Cristina, de tres años. La nena también fue muerta por los guerrilleros. El caso tuvo gran difusión periodística y produjo estupor, indignación y desconcierto en mucha gente: después de dos meses de contestar la muerte de los guerrilleros caídos en Catamarca con otras muertes, la dirección del PRT-ERP decidió suspender esa campaña.

Durante esos dos meses y medio, en la Argentina se registraron alrededor de 200 «muertes políticas»: militantes populares muertos por las Tres A, combatientes que cayeron en enfrentamientos con fuerzas policiales y militares, oficiales y otros miembros de las fuerzas de seguridad, políticos y sindicalistas.

—Che, Ruso, nos están amenazando compañeros en todos lados...

La nómina incluía, entre otros, a Fredi Storani, Mario Amaya, Aníbal Reinaldo y Luis Romero. Además la policía les había allanado el local de la calle San José donde funcionaba la sede de la Juventud Radical. Luis Menucci le mostraba los originales del primer número de *Militancia Radical* y Sergio Karakachoff le decía que, por seguridad, no pusiera su nombre en la tapa de la revista.

—Ruso, ¿qué te parece si firmo como Jorge Pelayo?

—De primera.

Sergio corría todo el día. Acababa de nacer su segunda hija, seguía viajando a Chascomús una vez por semana y, con la salida de *La Calle*, por lo menos dos veces a la Capital. La salida del diario se había atrasado demasiado. Varias veces, Luis lo había visto volver bastante cabreado, quejándose de que ese diario tenía demasiados caciques y pocos indios.

—¿Y, Ruso, para cuándo?

—Qué sé yo, es el diario de los números cero... En agosto en vez de salir, sacamos un cero, a mediados de septiembre otro cero y el tercer cero sale el

jueves. Así que, si Dios y la Chabela lo permiten, el primer número del diario financiado por los moscovitas sale el próximo sábado.

Era el sábado 5 de octubre: una semana antes el Poder Ejecutivo había clausurado *Satiricón*. Era el tercer medio en treinta días: una revista de humor. El viernes la redacción de *La Calle* hervía. Ya era tarde a la noche y Sergio seguía mirando páginas terminadas. Martha Mercader atendía teléfonos, pedía notas y, al final, tendría que decidir el título de tapa. Gilbert y Sicilia le habían llevado algunas alternativas. Antes de dar el visto bueno le mostró a Sergio una foto de Carlos Monzón, que acababa de retener su título dándole una paliza a Tony Mundine. Arriba, con letras gordas, decía «Monzonazo».

—¿Te gusta éste? A mí me parece una pavada, muy simplote, pero ellos dicen que es un título vendedor.

—Sí, está bien, dejalo así, tenemos que hacer un diario popular, y ése es el lenguaje que entiende la gente.

Sergio recordó en ese momento que Norberto Vilar había escrito unas cuantas páginas llamadas «normas de estilo», y que, en el párrafo titulado lenguaje a emplear, decía: «Será siempre de fácil acceso, sencillo, claro, preciso y directo. Los usos vulgares a que es afecto el periodismo populista (ejemplos: “Perón y Balbín, cabeza a cabeza” o “le bajaron la caña a los precios”) sólo serán permitidos con expresa autorización del jefe de redacción».

—Es la última. Ésta te salvás, pibe, pero la próxima perdiste.

Elvio Vitali se había pasado cuatro días en el calabozo hasta que, esa tarde, lo llevaron hasta la oficina del comisario.

—No me tomes por boludo. Esta salís porque no te encontramos nada, pero si seguís haciendo pelotudeces ya nos vamos a ver otra vez, y ahí va a ser la última.

—Pero señor, yo soy un dirigente estudiantil legal, yo fui a elecciones y gané las elecciones en el centro...

—Callate, no digas boludeces.

—En serio, yo con los fierros no tengo nada que ver. Nosotros hacemos política estudiantil, es otra cosa...

—¡Ramírez, lleveseló!

Cuando salió a la calle no podía creer que todo fuera tan parecido a lo que había ahí cuatro días antes, cuando cayó: él se sentía tan diferente. Esos cuatro días habían sido terribles, y lo peor era que no estaba seguro de que

tanto sufrimiento se justificara, valiera la pena. Su madre lo esperaba con unos fideos y un buen tuco, lleno de salchichitas. Después de comer, su padre le dijo que quería pedirle un favor.

—¿Sabés qué? Estuve pensando que capaz que te podrías ir un tiempo a Italia.

—¿Cómo por un tiempo, viejo? Yo soy de acá, tengo que estar acá.

—Elvio, Italia es mi país, el lugar de donde yo vengo. Conocelo, velo, fijate cómo es. Si después querés volver y que te maten, volvé. Pero andá, primero, conocelo. Después elegís.

Elvio lo miró a los ojos, y don Antonio le sostuvo la mirada. Estaba muy serio. Padre e hijo no conversaban mucho, y Elvio pensó que era la primera vez que le hablaba así: no desde arriba, con la autoridad del padre, sino como a un amigo, a un par. Que su padre le estaba reconociendo un lugar. Y que, además, tomaba en cuenta la posibilidad de que lo mataran, pero no como un padre aterrado sino como alguien que también ha hecho una guerra, contra los nazis, y que sabe cómo es eso. Era un momento fuerte.

Al otro día, Elvio llamó a una compañera suya con quien había salido varias veces. A Elvio le gustaba en serio, y la historia prometía, pero no terminaba de armarse. Adriana tenía los ojos más lindos del barrio, estudiaba sociología, militaba en una unidad básica de la JP de Parque Patricios y también venía de familia italiana. Se encontraron esa tarde en un bar del centro:

—¿Nos vamos a Italia?

—¡¿Qué decís?!

Cinco minutos después, Adriana le decía que sí y Elvio llamaba a su padre para aceptar su propuesta. Don Antonio le dio un pasaje de ida en avión y poca plata. Adriana llevaba algo más. Elvio saldría a principio de noviembre; Adriana unos días después.

—Necesito tomar un poco de distancia, compañeros, y sobre todo necesito un descanso. La experiencia de esta cana me hizo mierda, en serio, fue muy traumática, y me parece que un par de meses afuera me van a ayudar a reponerme. Por supuesto que no es nada definitivo. Lo que quiero es pasarme un par de meses afuera pero no para rajarme, eso lo tengo claro, sino para volver. Eso es así, seguro. Supongo que la organización tiene que entenderlo, por eso les estoy pidiendo su autorización...

Pancho Talento, el Tala Ventura y los demás aceptaron su pedido. Y el responsable montonero del trabajo universitario, Marcelo Kurlat, el Monra, lo autorizó:

—Está bien, creo que estamos de acuerdo. Está claro que en las condiciones actuales tu aporte al proyecto va a ser mucho menos rico, así que está bien que te tomes ese tiempo para recuperar fuerzas. Es mejor para todos: para vos, porque te permite recomponerte, y para el proyecto, porque en vez de un militante jodido, recupera a un compañero con todo el entusiasmo. Está bien. Si alguien tiene algún desacuerdo...

Diez días después, Elvio se tomaba el avión para Italia.

Octubre de 1974. Los diarios populares rivalizaban en títulos catástrofe: «Linchamiento en Villa Fiorito», «Incendian la casa de una encubridora», «Un pistolero muerto por un pasajero», y así de seguido. Todos tenían la sensación de que el gran Buenos Aires era el far west, y nadie podía estar tranquilo. La inseguridad ciudadana era uno de los temas del momento.

—Esto es tierra de nadie. Yo ya no voy ni al cine en Lomas o Quilmes. Ni dejo ir a mis padres. Los llevo al centro y los voy a buscar a la salida. Si uno va al cine le fichan el abrigo y lo aprietan después, a las dos o tres cuadas.

Decía un médico de Quilmes. Y todos se quejaban de que la policía no estaba equipada para mantener a raya a los delincuentes.

—Mire, ni la comisaría ni las subcomisaría tienen más de cinco hombres para andar por la calle. El trabajo de patrullaje, de prevención, se divide en tercios: cada uno debería formarse con seis u ocho hombres. Para cubrir todo el día necesitaríamos unos veintipico, y ni de cerca.

Decía un subcomisario de Banfield, pero los vecinos murmuraban que el problema era que había demasiados policías afectados a la custodia de «gente importante»: políticos, empresarios, gremialistas. Y la mayoría le echaba la culpa al crecimiento de las villas miserias:

—Acá vaya a meterse en la villa de noche, a hacer un procedimiento. No sale. Si hasta los chicos están enseñados: usted camina y escucha silbidos cortos, ruidos con los dedos: son las señales. Todos andan armados, con una 22, o lo que sea. Una vez fuimos a intervenir en una pelea, éste y yo. No sé cómo salimos. En un minuto había mil tipos rodeándonos y queriendo sacar al detenido. Nos querían matar. Yo tiré un tiro, dije que tenía trece balas y que iban a caer trece de ellos. Salimos. Lo que pasa es que los negros, cuando se maman, quieren dos cosas: pelearse o tirarse a una piba.

Decía un inspector de la policía de Villa Fiorito, donde Maradona ya debía tener 14 años. Las estadísticas del delito en el gran Buenos Aires habían llegado a un pico en los últimos meses del gobierno de Lanusse y cayeron mucho en los primeros meses de gobierno peronista, pero ya habían

empezado a crecer de nuevo, firmes. Y los comerciantes no paraban de quejarse: un farmacéutico de Morón decía que lo habían asaltado 32 veces en siete años, y que por eso había puesto rejas por todas partes.

—Pero la siguen. Y eso que ya salieron dos asaltantes muertos y uno herido, de acá adentro.

Otro, un panadero de Tigre, decía que a él sólo le habían tocado ocho asaltos en los últimos años, pero que eso iba a seguir así «mientras no se tomaran medidas serias»:

—Acá la solución es habilitar un paredón. Si los chorros salen de la comisaría igual que entraron, al día siguiente. Acá hay que meterles bala. Si no, esto no se acaba.

Eduardo Sigal intentaba que los vecinos de su nueva casa lo tomaran por un prolijo oficinista. Eduardo y Mabel habían conseguido un crédito hipotecario y pudieron comprarse un departamento en un monoblock frente a la estación de Villa Elisa: así pudieron salir del centro de La Plata, donde estaban más expuestos. Eduardo trataba de parecerse a sus vecinos, aunque a veces disimulaba bajo el saco un revólver que le habían dado los del aparato militar de su partido. Era sólo para ir a ciertas reuniones o tareas peligrosas: el partido les recomendaba no tirar a menos que su vida corriera peligro. Eduardo ya no recorría tanto las asambleas y reuniones de agrupaciones reformistas: el partido había decidido que había que fortalecer la organización interna, y por eso la prioridad era participar de las reuniones de los círculos de la Fede y las células del partido. El partido había publicado una cartilla de seguridad: los militantes debían ser cuidadosos con las incorporaciones de nuevos militantes para evitar las infiltraciones, usar casas seguras para guardar documentos y materiales partidarios, hacer contraseguimientos cuando iban a una reunión.

—Camaradas, esto no significa dejar de lado la concepción del partido de masas, se trata de criterios leninistas de organización para enfrentar la represión fascista. No pasamos a la clandestinidad sino que simplemente nos protegemos de los zarpazos ante la derechización del gobierno de Isabel y López Rega.

Dijo Eduardo por enésima vez ante jóvenes militantes que, a partir de entonces, tendrían que chequear las paredes que iban a pintar o llevar apoyo armado cuando fueran a repartir volantes. La pregunta del militante barrial, curtido en la calle, no lo sorprendió. Se la habían hecho varias veces en los últimos días:

—¿Y si cae la cana, tiramos?

—No, en ningún caso. Sólo se justifica un enfrentamiento armado si se trata de elementos parapoliciales. Si están de uniforme, hay que retirarse y evitar el choque...

—Pero, compañero, ¿entonces nos van a llevar presos?

—En ese caso, los abogados del partido se van a ocupar de sacarnos. Nosotros tenemos que evitar cualquier enfrentamiento que nos confunda con la provocación de la ultra, no tenemos que caer en el aventurerismo armado alimentado por concepciones pequeñoburguesas. Camaradas, nosotros tenemos que construir una vanguardia para la clase, no caer en un vanguardismo despegado de las masas. El accionar armado ajeno a la lucha de masas siempre marcha a la derrota, y objetivamente le hace el juego a la derecha. La concepción leninista es que la lucha armada sólo se justifica cuando acompaña la lucha insurreccional de las masas y no como focos aislados. Tenemos que cuidarnos mucho de caer en el terrorismo de los grupúsculos de la izquierda peronista y no peronista.

El discurso era claro pero, a veces, la cercanía de la muerte se le hacía difícil de tolerar. Solía recuperarse pronto: se decía que él podría evitarla, que no había seguimiento que funcionara frente a un militante bien preparado, que las caídas eran producto de los errores que él no tenía por qué cometer, que a él no le pasarían esas cosas. Y que su causa era justa porque era la causa de los trabajadores, que iba a triunfar y que si no era él, otros la llevarían adelante, se decía. Y otras veces pensaba que necesitaba esos ánimos para seguir adelante, para no meterse debajo de la cama por unos cuantos meses.

Eduardo terminaba la mayoría de sus jornadas en el local del comité provincial de la Fede, en la avenida Pavón al 800, en el centro de Avellaneda. El criterio del PC era «mantener visible la punta del iceberg»: defender su legalidad y ocultar un poco la actividad de la estructura.

Y aspiraban a retomar el liderazgo perdido en los centros universitarios a través de una convocatoria a un congreso unificador de la FUA para diciembre. El Movimiento de Orientación Reformista, la agrupación universitaria del PC, era la tercera fuerza, después de la JUP y la Franja Morada. En esa situación los sorprendió la asunción de Ivanissevich y la intervención a las universidades nacionales. Un volante del MOR de La Plata fijaba su postura:

«... El nuevo ministro ha dicho que existe desorden en las facultades. Es evidente que un clima de tensión prevalece en las casas de estudios. Pero nosotros preguntamos: si no se conspirase contra la universidad y sus

autoridades, intentando voltearlas, si se otorgase el presupuesto, si se aprobasen los reglamentos, si se terminasen las provocaciones de grupos armados de ultraderecha y la represión policial, ¿no sería otro el clima? El “orden” sin resolver estos problemas no puede ser otro que el orden represivo de la época de la dictadura. Entonces ¿a qué orden se refiere el señor ministro?

»Los universitarios se preguntan cuáles son las causas de estos ataques. Si no tendrán vinculación con las maniobras del desabastecimiento, los atentados y la represión de los Villar y Margaride. Afirmamos que son las mismas fuerzas sociales, expresión de los intereses de la oligarquía y el imperialismo, las que instrumentan el desabastecimiento, desatan una ola de atentados y asesinatos y atacan a la universidad. Su objetivo es neutralizar a las masas populares, copar el gobierno, debilitarlo y voltearlo. Esto lo llevan a cabo incluso con el auspicio de algunos funcionarios enquistados en el gabinete nacional. Se busca, en última instancia, producir un golpe de Estado que corte de raíz y definitivamente los aspectos positivos de la política desarrollada desde la asunción del nuevo gobierno, en particular la política exterior independiente, los convenios con los países socialistas, el proyecto de ley agraria y la nacionalización del comercio exterior. (...) Un gran papel le toca jugar al movimiento estudiantil. Es necesario fortalecer la unidad de acción de los centros de estudiantes, fortalecer los cuerpos de delegados, para apuntalar así la futura Central Nacional de Estudiantes que surja del congreso del 30 de noviembre en Buenos Aires. El MOR hace un llamado a todas las fuerzas a abandonar las actitudes sectarias, ya que de esta forma no se conquistarán los objetivos planteados. No es momento de imposiciones y decisiones inconsultas. Es el momento de fortalecer y ampliar la unidad que se construye con un programa y, democráticamente, sin perder de vista el enemigo principal, que tiene como objetivo, justamente, dividir a las fuerzas populares. (...) Hacemos una convocatoria fervorosa a estudiantes, docentes, no docentes y pueblo todo, a participar activamente en esta lucha que se inscribe, sin duda, en la lucha definitiva por la liberación nacional y social de nuestra patria».

—Compañeros, hubo una reunión y se decidió que sus críticas ya sobrepasan cualquier parámetro y que empiezan a constituir un peligro para la unidad política e ideológica de nuestra organización. Tengo el encargo de convocarlos a una cita para el jueves próximo a las seis: vamos a ir a una casa

operativa y van a bajar dos compañeros de un ámbito de conducción que van a iniciarles un juicio revolucionario.

Después del pase a la clandestinidad, todo había sido muy rápido: Nicolás Casullo y sus compañeros de ámbito, Silvia Rudni, Lilia Ferreyra y Carlos Abalo, plantearon que tenían muchas dudas sobre la política de su organización y el responsable, Jorge Bernetti, pidió que lo reemplazaran porque estaba de acuerdo con las críticas. En la reunión siguiente apareció otro militante para hacerse cargo del ámbito. En un par de horas de charla le hicieron una síntesis: criticaban «el avance de una mentalidad foquista a ultranza, el pasaje casi inconsulto a la resistencia clandestina, la ausencia de una estrategia de resguardo de las fuerzas propias que no fuera negociaciones trucas de superestructura con el sindicalismo, la suplantación de políticas de masas con el proyecto de milicias populares casi en operativos de guerrilla urbana, el arma reemplazando el razonamiento político en tiempos de retroceso, la concepción de guerra como idea rectora». Y se preguntaban, le preguntaban: «¿Qué política? ¿Qué quedaba de nuestro peronismo revolucionario? ¿Dónde discutir una herencia revolucionaria dentro del movimiento? ¿Hacia dónde apuntaba nuestro lugar a medida que se profundizase el deterioro del gobierno? ¿Qué alianza, con quiénes? ¿Con la izquierda de los radicales, con la izquierda reformista, o con el ERP? ¿Cuáles enemigos y por qué? ¿Qué se pensaba del posible colapso de las instituciones democráticas? ¿Cómo se percibía la llegada de otro posible gobierno militar?». Después de oírlos, el nuevo responsable les prometió que les traería una respuesta para la siguiente reunión. Y su respuesta fue ésa: les harían un juicio.

—¿En serio, estás hablando en serio? Esto parece más bien un chiste macabro.

Nicolás y sus compañeros se sentían terriblemente defraudados: habían pedido esa discusión para allanar sus dudas, para volver a tener una base sólida para su participación en el proyecto, y les parecía que se encontraban con una respuesta del aparato que quería reafirmar sus convicciones, sus órdenes. Mientras esperaba esa reunión, Nicolás tuvo largas charlas con Ana: trataba de hablarle de su depresión, del vacío que le producía esa posible ruptura. Dudaba sobre la justeza de lo que estaba haciendo, se preguntaba si no tenía que darle a la organización otra cuota de esperanza, de confianza: al fin y al cabo, los Montoneros representaban el proyecto en el que había invertido con gusto seis años de su vida. Y se preguntaba si no sería cuestión

de aguantar, de no aflojar, si finalmente la militancia en una «guerra de liberación» no sería eso.

Para no enloquecerse, para pensar que estaba haciendo algo, Nicolás empezó a trabajar en un proyecto que lo rondaba desde hacía tiempo: escribiría una historia de la resistencia peronista. Si los Montoneros se estaban alejando de lo mejor de la tradición peronista, pensaba, recuperar la historia de la resistencia podía ayudar en algo. Les pidió materiales a Carlos Aznárez y a Pepe Eliashev, recorrió librerías, imaginó estructuras. Pero su cabeza volvía todo el tiempo a esa reunión definitiva.

—Nosotros creemos que el problema fundamental en esta etapa es el de la preservación de las propias fuerzas. Estamos frente al riesgo cada vez más fuerte de tener en los próximos meses una cantidad inédita de bajas, que podrían comprometer todo el proceso revolucionario. En una larga charla con compañeros cubanos, en La Habana, hace cuatro meses, me advirtieron muy especialmente contra esta posibilidad, decían que había demasiados intentos revolucionarios latinoamericanos donde habían muerto demasiados compañeros, y que esas muertes...

La exposición de Nicolás fue larga. Después Jorge agregó algo sobre la situación de los militantes en los frentes sindicales, que quedaban muy expuestos, casi indefensos. Los dos montoneros a cargo del juicio, el Moncho y el Pelado, escuchaban con cierta impaciencia. Cuando Jorge terminó, el Moncho fue casi tajante:

—Compañeros, acá hay un problema objetivo. No tenemos dudas de que el pase a la resistencia es la mejor respuesta a esta situación. Pero no una respuesta solamente crítica, como la que ustedes plantean, sino una propuesta superadora, que va en el sentido de la historia. La guerra es inevitable, no por nosotros: nosotros hemos hecho todo lo posible por evitarla. Pero ahora eso es imposible, y por eso nos preparamos, y la organización considera que nuestra preparación es la mejor posible, porque la hacemos volcándonos en el seno del pueblo peronista.

La discusión se dirigió hacia la cuestión del peronismo. Silvia Rudni dijo que la política montonera estaba violentando, desde una perspectiva vanguardista y militarista, la capacidad histórica del movimiento nacional y del pueblo, y que en ese sentido se podía hablar de una política aventurerista que comprometía a miles de cuadros en un callejón sin salida bajo una falsa interpretación: «que nosotros somos los herederos legítimos de la conducción de un movimiento que ya lleva 30 años de historia»:

—Si es una apuesta está peligrosamente equivocada. Si es una creencia auténtica, es una incomprensión mayúscula del peronismo en las presentes circunstancias: el pueblo no está preparado para participar de ninguna forma de la estrategia de guerra.

Terminó Silvia, y Jorge retomó el argumento:

—Si se trata de levantar las banderas socialistas en el punto máximo de la confrontación de clases, de una guerra que pasa por alto la democracia burguesa, aclaremos los tantos: nosotros somos un partido de vanguardia leninista con el 5 por ciento de la clase obrera. Pero un partido leninista suicida. No somos el peronismo revolucionario que se gestó en el Movimiento, nada que ver con eso. No nos creamos nuestro propio verso de que somos más peronistas que ninguno. El pueblo peleó 18 años por Perón otra vez en la Argentina y en el gobierno. Bueno, ¿es tan difícil entender eso? Perón esta muerto, Isabel es la destrucción de las banderas históricas, el movimiento peronista está en crisis total como protagonista de la liberación. ¿Cómo pedirle ahora al pueblo, además, que nos ampare para una estrategia de guerra, si lo que va a tener que procesar por varios años es el quiebre definitivo de su sueño histórico? Así como vamos, esto termina ejército contra ejército.

La respuesta del Pelado fue dura:

—La lectura que hacen ustedes es totalmente incorrecta. El pueblo está prácticamente alzado en rebeldía, y en parte también en armas desde 1970. El deber de una opción revolucionaria es señalar el camino, no ponerse en el nivel de conciencia más bajo de ciertos sectores del pueblo. Nosotros llevamos adelante las banderas del peronismo revolucionario. Montoneros es el pueblo peronista en armas desde sus sectores más concientizados. La confrontación con el imperialismo se da en el campo ideológico, político y finalmente militar con sus fuerzas armadas. Conducir la revolución es anticiparse a la etapa que vendrá, y desde ahí tratar de que todos nuestros cuadros político-militares, combatientes y de frentes, queden resguardados y tengan una mayor capacidad de acción en el enfrentamiento con las fuerzas represivas. Hoy todavía la confusión es evidente, pero es temporaria: es el producto de este gobierno seudoperonista que en un año ya ni siquiera le va a servir como modelo de penetración al imperialismo.

—¿Y entonces? Porque el fracaso de Isabel no va a ser sólo el fracaso de esa discapacitada, sino el fracaso histórico de un peronismo sobre el que se asentó toda nuestra lectura estratégica. Lo de Aramburu que ahora cuenta el Pepe pudo tener un sentido porque estaba el movimiento histórico atrás que se

lo dio. No por el acto guerrillero en sí. Eso pensamos siempre. Como también pensábamos en una lenta tarea con las fuerzas armadas para ir captando los sectores nacionalistas, antiimperialistas, patriotas. ¿Y si cae Isabel, qué se piensa? ¿Dónde quedó la responsabilidad política de una conducción, dónde quedó el deber de escuchar el barómetro de las masas? El paso a la clandestinidad parece mostrar que se apuesta al endurecimiento y a que el único cuadro político que importe sea el combatiente. Eso puede llegar a ser más o menos una carnicería.

Dijo Nicolás, y le contestó el Moncho:

—Posiblemente si cae Isabel sobrevendrá un régimen de dictadura militar que mostrará el derrumbe de los partidos políticos y la última gran ficha que le queda al imperialismo y sus aliados: las Fuerzas Armadas. Lo vemos claro, ya lo estamos viviendo, y nos estamos preparando para eso, porque ahí la única opción peronista organizada, con hombres y políticas de resistencia visible para el pueblo somos nosotros, son los Montoneros. Y el pueblo se nos va a ir uniendo progresivamente. Somos el punto organizativo y político más alto alcanzado por el peronismo revolucionario en su historia. Nosotros prevemos una guerra popular de una década, ofrendando de nuestra parte los mayores recursos humanos de sangre y lucha. Estamos dispuestos a eso y mucho más por una patria liberada y socialista. Y estamos convencidos de que entonces, dentro de diez años, una Argentina peronista y montonera va a festejar la victoria en las calles. Eso es lo que hace que todo esto valga la pena, compañeros.

La charla se estaba haciendo imposible: no aparecían puntos de encuentro y sólo servía para que cada parte radicalizara sus posturas. El Pelado pidió que se sintetizaran los acuerdos y desacuerdos para ver si «los juzgados» estaban en condiciones de seguir militando en la organización.

—Bueno, nosotros creemos que sería importante tener otra reunión para terminar de definir todo esto.

Dijo Jorge, y Nicolás estaba de acuerdo, aunque no veía cómo podrían saldarse las diferencias, y se calló la boca. No sabía qué decir: veía cómo todo lo que había sido su vida hasta ese momento se alejaba a una velocidad vertiginosa. El Pelado dijo que no le parecía necesario hacer otra reunión, que ya estaba todo dicho, pero el Moncho no lo siguió:

—No, yo no estoy de acuerdo, compañero, dada la historia y los procesos de los compañeros quizás valga la pena hacer un último intento.

Con esa idea levantaron la reunión. Al día siguiente, los diarios informaban sobre un curioso operativo montonero: un grupo de veinte

militantes había entrado, el martes 16 de octubre, en el cementerio de la Recoleta, encerrado a los dos cuidadores en un panteón y escapado con el cajón que guardaba el cadáver del general Pedro Eugenio Aramburu.

—Será que le tomaron cariño, aquella vez.

Dijo Nicolás. El comunicado montonero, que apareció después, explicaba que «en el día de la fecha, las Unidades de Combate Juan José Valle y Fernando Abal Medina, de nuestra organización, procedieron a recuperar el cadáver del vendepatria Aramburu, cumplimentando de esta manera el dictamen del Tribunal Revolucionario con fecha 1.º de junio de 1970, que establecía “...que dicho féretro sería entregado a sus deudos cuando el cuerpo de nuestra compañera Evita descansara en nuestra Patria”.

»Las condiciones para su devolución son:

»1.º) Que el gobierno proceda a entregar a su legítimo y único heredero, el pueblo, el cadáver de nuestra compañera Evita.

»2.º) Garantía absoluta de que los compañeros de todo el país puedan rendir homenaje a la abanderada de los humildes, proporcionándoles viaje y estadía gratuita por el tiempo que sea necesario.

»3.º) El gobierno deberá comprometerse en forma pública ante el pueblo que los restos del Gral. Perón y de Evita no serán sepultados en el denominado altar de la Patria, junto a los fusiladores y vendepatrias».

—Ah, no, era para hacer un negocio justo: fiambre por fiambre.

Cuatro días más tarde, Silvia, Jorge, Nicolás y Carlos Abalo recibieron la notificación de que la organización Montoneros había decidido separarlos de sus filas. Una semana más tarde supieron que la organización los había condenado a muerte por desertión. Suponían que era una declaración casi formal, que sus ex compañeros no intentarían cumplir, pero de todas formas los impresionó.

Agustín Tosco trataba de no ir al edificio del sindicato de Luz y Fuerza y, cuando no tenía más remedio, los de seguridad armaban todo un operativo: unos se apostaban disimuladamente en las esquinas y si no veían nada raro hacían una seña; entonces otros iban a buscarlo a alguna cita cercana. Tosco llegaba siempre en un auto distinto, con barba postiza o peluca y lo acompañaban dos o tres custodios armados. La seguridad les demandaba mucho esfuerzo, porque, además, no tenían autorización para llevar pistolas 9 milímetros o metralletas; con calibres menores no tenían muchas garantías de poder sobrellevar un enfrentamiento. La dirección de Luz y Fuerza se reunía casi siempre clandestina y Tosco solía quedarse en una casa en la sierra. Pero

no querían dar la sensación de que abandonaban la legalidad y mucho menos las tareas gremiales cotidianas. Trataban de que siempre hubiera tres o cuatro miembros del consejo directivo en la sede sindical.

Taurino Atencio formaba parte del consejo. Era sanjuanino, experto soldador y había pasado de las fábricas automotrices al sector mantenimiento de las redes eléctricas. Taurino era un morocho tranquilo de voz potente: iba al taller todos los días y sólo usaba la licencia gremial para casos excepcionales, como cuando tenía que atender a sus compañeros en el sindicato. Ese domingo había ido a Argüello, a comer un asadito a lo de su suegro. El suegro de Taurino era taxista y siempre escuchaba cosas. Esperó a que comieran todos:

—Taurino, me han dicho que se las van a agarrar con ustedes, con los de Luz y Fuerza.

—Sí, ya está medio cantado, ¿no?

—Bueno, pero que los van a meter presos.

La esposa de Taurino estaba pálida. Cuando volvieron a su casa, Taurino le prometió que iba a pedir una licencia y que si no se la daban igual se irían a ayudar a los padres de él en la cosecha de la uva, en San Juan.

—Esta semana, Negra. Esta semana lo arreglo todo y nos vamos.

El miércoles 9 de octubre Taurino tuvo que ir al local del sindicato. Llegó temprano. Al rato tenía una pila de papeles sobre el escritorio y varios temas pendientes del día anterior. Ya ni se acordaba de que iba a ser su última semana. Quería hablarlo personalmente con el Gringo Tosco, que no se creyera que se estaba borrando. Le quería explicar que se iba por un par de semanas, quizás por un mes. Pero la mañana se le complicaba. Uno de los empleados le trajo un café.

—Che, Taurino, acá vino la compañera que te vio el otro día por la pensión.

—Pase, compañera. ¿Me trajo el informe médico del sindicato?

—Sí, dice que tiene el 80 por ciento de incapacidad.

La señora tramitaba la pensión por invalidez de su marido, y en la empresa le ponían peros. El hombre se había electrocutado cuando trabajaba en una caja de luz subterránea después de un temporal, y un brazo le había quedado casi inútil.

—Bueno, compañera, creo que con eso ya está. Deje el expediente acá, que lo vamos a llevar nosotros mismos mañana.

—Ay, señor Taurino, cuánto le agradezco.

—¿Cómo señor? Compañero Taurino...

La puerta se abrió repentinamente.

—¡Taurino! ¡Taurino! ¡Estamos rodeados!

Enseguida empezaron los tiros. Sonaban por todos lados. La señora se echó en brazos de Taurino. Una voz de mando, cerca de la oficina donde estaban, ordenaba cuerpo a tierra:

—¡Compañeros, todos cuerpo a tierra!

Taurino trató de mirar por la ventana, pero no vio nada: los balazos no lo dejaban asomarse. Al cabo de un par de minutos entró otro de seguridad:

—Mirá, hermano, no hemos respondido el fuego, porque los que tiran están todos de uniforme.

—¡¿Qué?!

—Sí, son todos milicos. Está lleno. En los techos, en la vereda, en las ventanas de enfrente. Todos los guasos con casco y uniforme. Los hijos de puta apuntan bien.

Pasaron unos minutos: sólo se oían insultos cruzados y, sobre todo, tiros. Taurino salió de la oficina y en el pasillo se encontró con los otros miembros del consejo directivo y con los militantes a cargo de la seguridad.

—¿Cuál es el cuadro de situación, compañeros?

—¿Vos querés saber el cuadro de situación, Taurino? Bueno, ahí enfrente, detrás de un patrullero, está el facho de García Rey. En las esquinas hay patrulleros, carros de asalto, nos han mandado a todos estos culeaos.

Taurino se dijo que si el operativo lo comandaba García Rey, el jefe de policía, no tenían opción.

—Bueno, que nadie conteste el fuego, que nadie se asome ni para putearlos.

—Seguro, si llegamos a tirarles un tiro nos hacen recagar a todos.

La frecuencia de los balazos fue cediendo y un oficial con casco, apostado frente a la escalinata de la entrada del sindicato, asomó la cabeza y gritó en un altoparlante:

—¡Vamos a entrar pacíficamente! ¡Que nadie se mueva! ¡Esto es un procedimiento policial!

Los de adentro no tuvieron que deliberar mucho. Taurino Atencio puso voz firme:

—¡Estamos desarmados! ¡Nadie se va resistir!

Un grupo de policías entró pateando puertas, muebles, personas. Detrás iba el comisario García Rey:

—¡Todo el mundo cuerpo a tierra! ¡El primero que se mueve es hombre muerto!

Empleados y sindicalistas se tiraron al piso. Seis policías de civil fueron rápido al despacho de Tosco y revisaron su habitación, preguntando a todos dónde estaba. Nadie les dijo nada. Al rato llegaron los camiones celulares y el auto del juzgado federal. Les iban pidiendo documentos a todos. Taurino estaba con la cabeza contra el piso y entregó su cédula:

—¿Así que Taurino Atencio? Che, acá hay otro del consejo directivo, llévenlo aparte.

Al rato, cuando iban subiendo a todos a los camiones celulares, Taurino pegó un grito lleno de bronca:

—¡Oficial! ¡Oficial!

Un rubio de pelo muy corto se acercó a Taurino.

—¿Qué te pasa a vos?

—La señora es la esposa de un afiliado que quedó inválido. Por favor, déjenla ir.

—Callate, que a vos se te acabó el cuento de sindicalista. Ahora vas a dejar de meterte en la vida de los demás, bastante vas a tener con la tuya.

Mientras la policía se los llevaba, los empleados del juez Zamboni Ledesma instruían el sumario. Un rato después hicieron entrar a los periodistas. Sobre una mesa habían puesto unos revólveres. El policía rubio se apresuró a mostrar parte del botín:

—Estas granadas estaban en el escritorio de Tosco.

Uno de los cronistas hizo la pregunta:

—¿De qué origen son las granadas?

—No lo sabemos, eso lo analizará nuestro departamento de balística.

Poco después se supo que el origen era policial: los hombres de García Rey se habían ocupado de ponerlas adentro de un cajón del escritorio de Tosco.

El juzgado de Zamboni Ledesma trabajó a toda velocidad y por la noche comunicó que, de acuerdo a la información obtenida durante el allanamiento al local de Luz y Fuerza, se dictaba un auto de procesamiento por asociación ilícita calificada y tenencia de armas y explosivos contra los cuatro integrantes del consejo directivo del sindicato detenidos en esa jornada y contra las 18 personas restantes. Pocos días antes Zamboni Ledesma había lanzado pedidos de captura contra 30 dirigentes del SMATA cordobés.

El jueves 10, en un llamamiento firmado «desde algún lugar de Córdoba», Tosco y el Movimiento Sindical Combativo llamaron al paro activo. La policía metió presos a más de 200 cordobeses.

Pocos días después el ministro de Trabajo, Ricardo Otero, dispuso la intervención de Luz y Fuerza. El interventor se llamaba Molina. Tosco recibió la noticia por radio en su casa clandestina de la sierra. Estaba con Di Toffino, Alberti, Murúa:

—Miren, che, llegó el Intruso.

A nadie le importó el nombre de pila de Molina, todos empezaron a nombrarlo el Intruso. Igual que habían apodado a Palacios, el interventor de 1971. Murúa sabía que Tosco les iba a pedir que redactaran un comunicado de repudio.

—Firmen como Luz y Fuerza en la Resistencia. Y a ver si hablan con los compañeros de Gráficos, ahí se pueden hacer las reuniones.

El sindicato gráfico quedaba a tres cuadras de Luz y Fuerza. También decidieron que *Electrum* saliera a mimeógrafo: el periódico nunca se había interrumpido o en los veinte años que llevaban en el gremio. Saldría más desprolijo, con menos información, con la tinta un poco borroneada.

—... pero tiene que mantener el espíritu de la lucha lucifuercista.

El 17 de octubre había sol y la casita de la sierra tenía parrilla. Con Tosco estaban los de siempre: Alberti, Di Toffino y otros dos muchachos que acompañaban al Gringo a todos lados. Murúa llegó en el fiat 1500 y lo recibieron con unos chorizos de campo. Mientras se metía el sándwich en la boca les contó la última novedad. Tenía el recorte del diario:

—¡Escuchen, che! Por el decreto 1132, el Poder Ejecutivo Nacional resuelve otorgar el indulto al teniente coronel retirado Domingo Navarro. En consecuencia, cesan automáticamente los procesos y/o condenas en las causas antes mencionadas... ¿Se dan cuenta? Le perdonan hasta el choreo.

A esa altura, Navarro estaba en las islas Canarias, lejos de todo: a los de Luz y Fuerza les parecía que había pasado un siglo y no apenas siete meses desde el golpe policial que había encabezado el teniente coronel.

Tres semanas después, el juez Zamboni Ledesma desafecto de la causa de asociación ilícita y tenencia de armas a los cuatro dirigentes de Luz y Fuerza detenidos en el allanamiento, porque no había pruebas que respaldaran la acusación. No las necesitaba: el 6 de noviembre, Isabel Perón decretó el estado de sitio, así que bastó con un decreto para dejarlos encarcelados «a disposición del Poder Ejecutivo». Según el ministro del Interior, Alberto Rocamora, el estado de sitio respondía a «la generalización de los ataques terroristas, agravados por las amenazas que se han dirigido últimamente contra niños en edad escolar», y serviría para «erradicar expresiones de una barbarie patológica que se ha desatado como forma de un plan terrorista

alevoso y criminal contra la Nación toda» y para «garantizar a todas las familias su derecho natural y sagrado a vivir de acuerdo con nuestras tradicionales y arraigadas costumbres». Por eso el gobierno decidía «ordenar todas las formas de defensa y de represión contra nuevas y reiteradas manifestaciones de violencia que se han consuma o para impedir la realización de una Argentina Potencia y de una Revolución en Paz». La medida se tomaba «por tiempo indeterminado».

Octubre de 1974. El domingo 21, después de 17 meses de gestión, José Ber Gelbard le hizo llegar una nota a Isabel Perón a la quinta de Olivos: «Hemos entrado en una etapa en la cual las circunstancias y las definiciones políticas han adquirido una relevante significación. Estas definiciones deben ser siempre facilitadas por quienes abrazamos la causa de la unidad nacional por la reconstrucción y la liberación. Es por ello que he llegado a la íntima convicción de que sirvo mejor al proceso nacional poniendo a su disposición mi renuncia indeclinable al cargo de ministro de Economía de la Nación». Las presiones del lopezreguismo y las 62 Organizaciones, que ya habían conseguido cambiar medio gabinete nacional, se combinaron con la incipiente recesión, con el descontento popular por los constantes aumentos de precios y con las maniobras especulativas de desabastecimiento, mercado negro y presiones de las grandes empresas.

Pese a la extensión de la crisis internacional desatada a fines de 1973 por el aumento del petróleo, que produjo una gran retracción de los mercados externos de la Argentina, los primeros diez meses de 1974, con Gelbard al frente de la economía, dejaron un balance positivo de los principales indicadores. El PBI aumentó a un ritmo anual del 7 por ciento, la industria de la construcción tuvo un crecimiento récord del 23 por ciento, que influyó decisivamente para que el desempleo bajara a alrededor del 5 por ciento. Al mismo tiempo los índices de consumo masivo mostraron niveles altos: por ejemplo, el promedio anual de consumo de carnes se proyectaba a 100 kilos por habitante, el azúcar creció sus ventas en un 16 por ciento, el vino un 8 por ciento, la cerveza un 63 por ciento, los medicamentos un 27 por ciento. Las cuentas externas del país también eran favorables: si bien habían aumentado los niveles de importación, las exportaciones seguían creciendo —sobre todo las no tradicionales— y la balanza comercial mostraba un saldo favorable (3850 millones de dólares de exportaciones contra 3200 de importaciones). El Banco Central tenía reservas de 1500 millones de dólares, igual que el año anterior. La deuda externa rondaba los 7500 millones, y se había

incrementado ese año por las fuertes inversiones en empresas estatales, principalmente YPF y ELMA. Pero el ministro no pudo contener la inflación.

Durante su primer año de gestión, Gelbard había establecido un rígido control para evitar lo que calificaba como «precios monopólicos»: las 420 empresas líderes, privadas y públicas, debían presentar una solicitud con información detallada cada vez que querían subir sus precios. Si la evolución de sus costos lo justificaba, Gelbard los autorizaba. Pero las empresas querían ampliar sus márgenes y contraatacaban a través del desabastecimiento y el mercado negro. Ante la presión, el jueves 31 de agosto, el ministerio de Economía cedió y flexibilizó los controles: autorizó aumentos de precios en 109 artículos básicos de consumo y 91 insumos críticos. El plan Gelbard, que había empezado con la consigna «inflación cero», mostraba una proyección de la inflación del orden del 40 por ciento para ese año 1974. Y el dólar paralelo, el que la mayoría usaba, había llegado a 20 pesos, mientras que el oficial seguía inmutable en 10. Por eso, después de que Gelbard abandonara el rígido control de precios, sus enemigos aprovecharon para darle la estocada final. En su lugar asumió Alfredo Gómez Morales, un peronista ortodoxo que estaba al frente del Banco Central.

Gelbard, aparentemente, había fracasado, pero las variables económicas que miden el bienestar de la población —básicamente, salario real, índice de desempleo y distribución del ingreso— nunca volverían a ser tan favorables para los sectores asalariados como en ese año.

—Escuchame, si ya no salimos nunca en los diarios, para qué vamos a preparar todo este operativo de prensa...

—Petisa, no seas rebelde al pedo. Ésta es pesada en serio. Vas a ver cómo esta vez salimos.

Le dijo Carlos Goldenberg, y Mercedes Depino quiso saber más.

—¿Tan así? A ver, contame qué es.

Con su primo Carlos el desafío siempre le había dado resultado: desde chicos. Pero esta vez le falló.

—¿Cuántas veces me lo vas a preguntar?

Carlos sabía que no tenía que decírselo y, por esta vez, pensaba cumplir con las reglas: lo hacía, cuando la ocasión lo merecía. Así que Mercedes Depino dejó de hacerle cuestionamientos y preguntas y pudieron terminar de arreglar: el sábado 26 de octubre a las 11 de la mañana ella tendría que esperarlo en la plaza de Barrancas de Belgrano con varios sobres cerrados que contendrían el parte de guerra de esa operación militar que ella no podía

conocer. Entonces él le daría luz verde y ella tendría que poner en marcha la distribución de los comunicados de prensa: reunirse con tres militantes previamente convocados y darles los sobres cerrados para que los pusieran en baños de bares y llamaran a las redacciones de diarios y radios avisando dónde estaban. Ese sábado, Carlos llegó puntualísimo, con cara de mal humor:

—Tuvimos que levantarlo, Petisa. Hubo problemas.

—¿Pasó algo grave?

—No, nada. Nos falló el objetivo.

Mercedes sabía que no tenía que preguntar más y, por esta vez, cumplió con las reglas. El sábado siguiente, 2 de noviembre, día de Difuntos, Mercedes esperaba a su primo en la plaza de Barrancas. Por la avenida pasaba poca gente y muchos patrulleros. Algo había pasado, pensó, y se preocupó. Pero Carlos llegó a la hora señalada, en una moto, con una gran sonrisa:

—Petisa, mandá los sobres. Ya está hecho. Ahora sí te lo puedo decir: era Villar.

—¡¿Qué?!

—Villar, Flaca, Vi-llar. El remil hijo de puta de Villar, que en paz descanse.

Dos horas después, media docena de periodistas buscaban sus comunicados detrás de los espejos de una serie de bares de la Avenida de Mayo:

«En la fecha los pelotones de combate Chávez-Pierini, 17 de Octubre y Julio Troxler, de la Organización Montoneros, han ejecutado al Comisario General Alberto Villar, volando el crucero *Marina* de su propiedad.

»La larga actuación de Villar en la represión es de sobra conocida. Pieza fundamental en los intentos de destruir al Movimiento Peronista durante la dictadura de Lanusse, desempeñó a las órdenes del ministro Mor Roig un papel clave en las torturas, secuestros y asesinatos de militantes del pueblo. Su ensañamiento llegó al extremo de robar los cadáveres de los mártires de Trelew cuando eran velados en la sede del Partido Justicialista.

»Últimamente, siguiendo instrucciones de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de los Estados Unidos, y con la complacencia de Isabel Martínez, López Rega y el vandomismo, Villar había creado y dirigía un Escuadrón de la Muerte, que en pocos meses y con el nombre de Triple A, mató más peronistas que todos los que cayeron en la heroica Resistencia. Así fueron asesinados hasta los sobrevivientes de esa época heroica, como Julio Troxler, Chávez y Pierini; queridos dirigentes obreros como Atilio López;

luchadores villeros como Chejolán, estudiantes como Van Lierde y Beckerman; y hasta una criatura de meses, el hijo del rector Laguzzi.

»Al ejecutar la sentencia dictada por el pueblo, los Montoneros reafirmamos nuestra decisión de llevar al triunfo las banderas históricas de nuestro Movimiento Peronista.

»Queda demostrado, con el ajusticiamiento de uno de los hombres más custodiados del país, que de nada valen las espectaculares medidas de seguridad, las decenas de guardaespaldas, los helicópteros y las redes de comunicaciones para proteger a quienes traicionan al pueblo. Aquí nadie se jubila de asesino o de traidor, porque tarde o temprano lo alcanza la Justicia Popular.

»Esa Justicia también ha de alcanzar a sus jefes y sus cómplices. Fervorosamente esperamos que el ministro López Rega cumpla su palabra de ponerse el uniforme de policía y combatir como Villar; que no huya al extranjero a disfrutar lo que ha robado en la Argentina.

»Los que siguen el camino de Villar, los que como Otero reprimen, trampean o desgastan los conflictos de los trabajadores, los que como Rocamora hablan de diálogo mientras arman a los asesinos, ya saben adónde conduce ese camino.

»El General Perón nos enseñó que nada ni nadie puede torcer el destino de un pueblo que elige la Liberación. Cuando cae un Montonero, el pueblo peronista sabe que ha caído uno de los suyos, fiel a esa enseñanza.

»A quien nos combata con la política, le contestaremos con medidas políticas; a quien nos combata con la violencia, le contestaremos con la violencia.

»¡Perón o Muerte! ¡Viva la Patria!

»Hasta la Victoria mi General».

Hacía calor y la ciudad estaba casi desierta, como abandonada: cada vez menos gente y más sirenas. La tensión era palpable, espesa. Mercedes armó la distribución de los comunicados; tenía que estar de vuelta en la zona Norte a las tres de la tarde y se tomó un colectivo. Mientras veía pasar patrulleros, pensaba que ojalá nadie se fijara en la sonrisa que no conseguía borrar de su cara. El lunes al mediodía se encontró con su primo Carlos en San Isidro. Se fueron a comer unas tortas a La Caleta: era un festejo. La policía casi no iba a esos bares elegantes de la avenida Libertador y, además, ellos solían pensar que, con sus pintas, estaban mucho más seguros ahí que en un café obrero de Villa Martelli. Carlos estaba exultante:

—No, cuando nos pasaron la información empezamos a ver cómo lo podríamos hacer. Y no era fácil, eh.

—¿La información de dónde salió?

—La pasaron unos compañeros de la JTP de Tigre, de los Navales. Los tipos de Astarsa, el astillero. Villar tenía su lancha estacionada en un riacho justo ahí atrás. Mirá por dónde se fue a joder. Ellos lo veían salir con la lancha y pensaron que podía ser una punta... La pasaron y después los compañeros me encargaron que pensara cómo se podía hacer.

—¿O sea que la planificación fue tuya?

Carlos la miró en silencio, con la sonrisa satisfecha, feliz como un chico con juguete nuevo y empezó a contarle a su prima que, desde el principio, descartaron la posibilidad de atacar la lancha con granadas y bazukas porque la retirada sería muy difícil por la cantidad de custodios que solían acompañar al jefe de policía, y que la opción que les quedaba era poner una bomba con un detonador accionado a distancia. Y que se pasaron varios días chequeando a la custodia permanente de la lancha y llegaron a la conclusión de que la única forma de acercarse sería por el agua. Sólo había dos militantes preparados para una acción semejante: él mismo, que había recibido instrucción en Cuba en 1972, y otro que había aprendido con los marinos argentinos en la base de Mar del Plata.

—No era fácil, Petisa, imagínate. Había que acercarse por debajo del agua, sin tubos, para que no se vieran demasiado las burbujas, de noche, casi sin linterna. Si la custodia nos veía o nos oía estábamos perdidos: en el agua y vestido de buzo la verdad que no tenés mucha defensa, ¿no?

El sábado 26, muy tarde a la noche, se metieron en el arroyo La Rosqueda y lo cruzaron hasta la lancha *Marina*: un crucero de ocho metros de largo con dos motores volvo de 135 caballos cada uno. En unos minutos fijaron la bomba a la carcasa y se fueron sin inconvenientes. A la mañana siguiente esperaron, ocultos tras unos árboles de la otra orilla, que llegara Villar, pero el comisario decidió no salir a pasear ese día, y se ganó una semana de vida.

—El problema fue que el otro fin de semana, anteayer, no podíamos estar seguros de que los explosivos no se hubieran jodido por la humedad, por estar toda la semana en el agua. Así que tuvimos que ir a poner todo de nuevo, Petisa, no sabés qué laburo.

El sábado 2, poco antes de las 11, Villar sí se subió a su lancha, junto con su esposa. Dos minutos después, cuando estuvo seguro de que el comisario estaba bien instalado a bordo, Carlos apretó el detonador a distancia y vio la

lancha volando por los aires. Después arrancó la moto y, antes de que se apagarán los ecos de la explosión, ya estaba fuera de la zona.

Eran las dos y media de la tarde. La ciudad estaba desierta: sólo se oían sirenas, y el calor era bruto. Hacía varios días que Cacho El Kadri no salía de ese departamento en un cuarto piso de Cangallo y Uriburu: estaba harto. No terminaba de entender lo que estaba pasando: era tan extraño que un gobierno peronista, elegido por el pueblo, persiguiese, detuviese, matara a sus viejos militantes. Cacho se indignaba y, a veces, creía que todavía podía usar sus viejos contactos para algo: hablaba con alguien, escribía cartas pidiendo la libertad de algún compañero suyo; poco a poco se iba dando cuenta de que ya no tenía espacio.

En esos días había decidido que lo mejor era dejar pasar un poco de tiempo: sus compañeros seguían cayendo uno tras otro, sus posibilidades de defensa eran escasas, y no le quedaba más recurso que el encierro. La calle era un lugar muy enemigo, donde acechaban todos los peligros. La otra opción era irse del país, pero no quería. A veces se imaginaba en algún lugar lejano, sin saber qué hacer, lejos de esa política que había sido su vida, y espantaba la imagen como un mal fantasma.

Cacho todavía no se había enterado del atentado contra el comisario Villar y estaba tratando de dormir una siesta: las horas del encierro se le hacían muy largas. Abajo, en el patio de la planta baja, un tipo martillaba sin parar. Al cabo de un rato, Cacho dio la siesta por perdida y abrió la ventana para asomarse a mirar quién hacía todo ese ruido. Desde la planta baja, el tipo dejó de martillar, levantó la cabeza y le pegó un grito:

—¡Ah, son ustedes! ¡Ahora mismo voy a llamar a la policía!

Cacho le preguntó qué le pasaba y se enteró de que, un minuto antes, le habían tirado un balde de agua para que se callara. Cuando vio a Cacho en la ventana, el tipo pensó que había sido él, y decidió hacer la denuncia. Cacho se dijo que había cometido un error grave: él sabía que cuando uno estaba clandestino no tenía que asomarse a ninguna ventana. El dueño del departamento, un compañero de Cacho que se llamaba Guillermo, le preguntó qué pasaba:

—La puta que lo parió. Un viejo hinchapelotas que dice que nos va a mandar la cana.

—¿Y ahora qué hacemos?

Diez minutos después sonó el timbre. Cacho espió por la mirilla de la puerta y amartilló su pistola 9 milímetros:

—Yo no me voy a entregar. Apretamos a los dos canas. Vos los hacés pasar y yo...

—No, no, pará. Yo hice la colimba en la cana; todavía tengo el carnet y les voy a decir que...

Guillermo entreabrió la puerta. En el pasillo había un agente y un suboficial:

—¿Usted le tiró agua al vecino de la planta baja?

—No, momentito. Antes que nada, yo soy compañero de ustedes.

Dijo, les mostró el carnet y salió al pasillo, sin dejarlos entrar. Cacho escuchaba desde atrás de la puerta y transpiraba a chorros:

—Este viejo pelotudo se puso a martillar a las dos de la tarde, hoy, feriado. Yo no se la tiré, el agua, pero la verdad que se la hubiera tirado con mucho gusto.

—Sí, la verdad, qué boludo, qué rompebolas. Siempre llama a la comisaría. Parece que conoce a uno que es diputado, entonces nos rompe las pelotas... Le voy a decir que no vi a nadie, y vos ni te asomés.

Guillermo volvió a entrar y cerró la puerta. Cacho lo miró y los dos respiraron aliviados. Se quedaron un minuto en silencio: Cacho tenía los ojos demasiado abiertos:

—No, esto no puede seguir así. Mirá si por una boludez como ésta nos tenemos que cagar a tiros y tenés que pasar a la clandestinidad vos también. Esto no puede ser. Yo voy a terminar cagándoles la vida a todos. Yo me voy del país. Yo me voy.

—¡No, dejate de joder! ¿Cómo te vas a ir?

—Yo me voy.

De pronto, le pareció que ya no tenía más nada que hacer en la Argentina. Quizás dentro de unos meses la cosa se arreglara pero por ahora no había manera. Había una vieja frase de Perón que sintetizaba su idea en ese momento: desensillar hasta que aclare. La partida no era tan fácil: tenían que prepararla. Al día siguiente, Cacho decidió que sería mejor esperar en la casa de un familiar, en Caseros. Dos compañeros suyos, José Luis Martínez y Luis Roca, que tenían un coche, lo pasaron a buscar, al atardecer, para llevarlo. Estaban bajando por Cangallo cuando escucharon la sirena de un falcon verde que se acercaba a mil.

—Putá madre, nos vienen a buscar.

El que manejaba se corrió a la derecha, para ver si pasaban, pero los policías de civil se les pusieron a la par y empezaron a pegarle en el techo del coche con sus cachiporras:

—¡Abrite, boludo, abrite!

Era por joder, nomás. La cosa no era con ellos y siguieron viaje a todo pedo. En el asiento de atrás, Cacho se guardó la pistola y respiró de nuevo. Tres días después uno de sus tíos, un hombre mayor que tenía buenos contactos con el mundo árabe y con ciertos sectores de la derecha peronista, lo llamó para decirle que tenía algo para él.

—Sé que estás en una situación difícil y me permití hacer gestiones con algunos amigos que te pueden ayudar.

Le dijo, y le entregó una carta tipeada a máquina, llena de errores de ortografía. Cacho no podía creer lo que estaba leyendo:

«Se recepcionó el pedido, es factible llegar a un acuerdo.

»Se tiene buena voluntad en ese sentido y se comprende la situación.

»Sin embargo debe comprender que trabajó posiblemente sin saberlo para el Cionismo (*sic*) Internacional que es la fuerza que dirige el accionar de los grupos gerrilleros.

»Ha llegado el momento que trabaje para la patria y para la bandera azul y blanca que es la causa peronista; por ello se estima, que antes de su salida del país tendrá que proporcionar todos los datos que conosca acerca de estas organizaciones».

—Tío, esto es una canallada.

—No, tenés razón. A mí me la dieron cerrada. Si la hubiera visto, la habría roto delante del que me la dio.

—¿Pero quién se la dio, tío?

—El embajador de un país árabe, no te puedo decir más.

—¿Cómo?

Cacho nunca supo realmente de dónde venía esa carta, pero sospechó de José López Rega e incluso del teniente Seineldín, de quien se decía que estaba cerca del ministro de Bienestar Social. Lleno de bronca, contestó una larga carta que le dio a su tío para que la hiciera llegar a quien correspondiera: «Para nadie es un secreto que no comparto algunas de las medidas de gobierno ni creo que su actual política sea la que mejor responde a lo que considero una necesidad impostergable: hacer la Revolución Justicialista por la que tantos compañeros y el propio General dieron su vida. Pero tampoco es un secreto para nadie que no creo que ello pueda solucionarse peleando contra un gobierno elegido por el Pueblo, como lo hacen algunos grupos.

»Trato de mantenerme en esta posición porque ella obedece a mi profunda convicción de que, cualquiera sean los errores cometidos, éste es un gobierno elegido por el Pueblo y no una dictadura militar y que, desde una perspectiva

global, representa un avance hacia el logro de nuestra Liberación, aunque a algunos personalmente los perjudique. Pero la Historia registra los avances sociales, colectivos, no los perjuicios personales.

»Lamentablemente, los atentados que a diario se cometen contra honestos y leales militantes peronistas, sumado ahora a la detención a disposición del Poder Ejecutivo de compañeros que participaron de la lucha contra la dictadura, demuestra que ni siquiera se permite a quienes así pensamos estar dentro del Movimiento Peronista sin que nuestras vidas corran peligro. Peligro que enfrentaría gustoso, como lo hiciera tantas veces, mientras los hoy “fiscales del peronismo” se escondían debajo de la cama. Pero en la actualidad me parece un acto gratuito, que no serviría para nada más que para afianzar a los enemigos del Pueblo en su afán por atemorizarlo o ahondar un enfrentamiento estéril.

»Con respecto a la nota que me ha hecho llegar, debo decirle que no sé de dónde puede haber surgido algo así. Quiero aclararle que no he pedido, ni personalmente ni por nadie, ningún “acuerdo” con nadie. Que me importa un pito se tenga o no “buena voluntad” para conmigo: no soy un delincuente ni un temeroso que debe pedir benevolencia. Que paso por alto el agravio de que se me atribuya (¡justamente a mí!) haber trabajado para el “cionismo”, con el piadoso atenuante de que “posiblemente no lo sabía”, como si hubiera sido un ingenuo o un ignorante. Pero créame que me hierve la sangre pensando que alguien pueda decir que “ha llegado el momento de que trabaje para la patria”, como si los 20 años de servicios continuados que le vengo dedicando—incluyendo los siete de cárcel que soporté con una dignidad que a muchos les faltó— no hubieran servido para nada...».

Cinco

Sin el local de la avenida San Juan, sin los diputados de la JP ni el diario *Noticias*, todo era distinto. Desde que habían perdido los lugares de funcionamiento, Emiliano Costa andaba con un radiomensaje que le habían dado para poder llamarlo en cualquier momento. Le servía para que le avisaran cuando había algún conflicto donde participaban las agrupaciones de la JTP de Capital: así podía presentarse enseguida, pero ahora sólo tenía para ofrecer el respaldo político-militar de Montoneros y algún abogado laboralista. Ya no estaba ese juego de poder interno del sindicalismo, ni los espacios de gobierno de unos meses antes. Emiliano recuperó la mística que lo había alimentado al principio: la clandestinidad, el fortalecimiento de la ideología, la entrega de los compañeros.

La situación se endurecía por momentos. Emiliano se preguntó más de una vez si era por eso que extrañaba tanto a Vicki: se contestaba que la respuesta no importaba. Ella era el tesón, la fuerza y, además, últimamente, también se pintaba los ojos y se ponía pantalones más ajustados. Vicki se había ido de *La Opinión* después de una huelga conflictiva y vivía, como él, de la asignación mensual de la organización.

—Mirá, flaca, vos sabés que yo siempre te quise, ahora te puedo decir que estoy enamorado, que mi sueño es estar con vos, que me encantaría que tengamos un hijo... No llores, tonta, que te lo digo en serio.

—Ay, amor, yo también estoy enamorada... Yo siento una inminencia, no sé cómo expresarla para no ponerme en negativa, pero ahora que la muerte se la ve más cerca, tengo tantas ganas de que tengamos un hijo. Sospecho que cuando ves rondando la muerte es cuando más apreciás el valor de la vida.

Se abrazaron, lloraron, se rieron y decidieron no perder más tiempo: Vicki le hizo un lugar en su cuarto del departamento de San Cristóbal. Ahí, además, vivían su padre y su hermana con sus parejas. Todos militantes: demasiados para el momento que atravesaban los Montoneros, así que a menudo Emiliano y Vicki se iban en el auto de ella, un fiat 1500 que le había regalado Elvira, su madre. Algunas noches terminaban en un departamento que les prestaba Carlos Aznárez, otras en lo de Silvia Rudni, la amiga del alma de Vicki.

Esa noche, Emiliano y Vicki tenían una cena de despedida. Quito Burgos, que había sido jefe de redacción de *El Cronista* hasta poco antes, había sacado pasaje a Madrid para empalmar de allí hacia Cuba. Quito, que era un par de años mayor que Emiliano, había sido militante de la resistencia peronista y había pasado dos años preso por sus vinculaciones con la guerrilla de Ricardo Massetti. Hacía calor, y se encontraron en el Hermann de Santa Fe, frente al Botánico. Quito estaba triste y acompañaba las salchichas con chucrut con naranja crush.

—Mirá, Emiliano, para mí el pase a la clandestinidad de Montoneros para lo único que sirve es para agudizar las contradicciones, para forzar el enfrentamiento...

—Pero Quito, nosotros no lo buscamos. Hay que dar una respuesta firme, y si no pasábamos a la clandestinidad quedábamos completamente expuestos...

—No, eso es aislarse, es repetir ideas foquistas.

—Quito, estamos disputando el poder: si aceptamos el desafío de armar un proyecto propio no nos podemos quedar en los vaivenes del poder formal. Y si no construimos la organización, ¿cómo vamos a acumular poder?

—¿Y los que no estamos en el aparato? Se está cayendo en una confrontación de aparatos. Mirá a los del ERP, que están matando oficiales del Ejército a troche y moche; ustedes se lo cargaron a Villar, y las Tres A enganchan a los tipos que no estamos en ninguna organización. ¡Eso es enfrentamiento de aparatos, nada más!

A Emiliano la comparación con los del ERP no le gustó ni un poco:

—Eh, pará, cómo vas a comparar la boleta de Villar, que era el jefe militar de la contrarrevolución, con la estupidez que están haciendo los del ERP... ¡Pará, Quito, no compares!

Vicki compartía los argumentos de Emiliano pero no había hablado y, a esa altura, trató de apaciguar los ánimos.

—Che, paren, quién sabe por cuánto tiempo no nos vamos a ver...

—Miren, lo último que quiero es discutir, y menos hoy. Lo que quiero es que nos despedamos tranquilos... Ustedes se van a quedar a enfrentar la situación más incierta que vivió la Argentina.

Quito se había puesto nostálgico y las diferencias políticas empezaron a empañarse. Había dejado la crush y se sumó a la cerveza. A los postres les contó que tenía ganas de estudiar periodismo en la universidad de La Habana, que todo lo que sabía de la profesión lo había aprendido de oficio, pero que los cubanos tenían una carrera sólida.

Se despidieron con abrazos muy serios. Al rato, ya en la cama, Emiliano le decía a Vicki que la etapa que se abría era para los que estaban más templados, para los más fuertes. Pero que, a veces, él mismo no se sentía demasiado fuerte, que unos días atrás había sentido miedo, en la concentración previa a una acción. No quería darle detalles, pero había ido con un grupo a una clínica privada para llevarse el instrumental quirúrgico.

—Mirá, una cosa es la mística y otra son algunos rituales que me parecen francamente estúpidos. Antes de salir de la casa, el jefe nos hizo formar y nos hizo una arenga, apelando a la valentía. La verdad que me pareció una boludez.

—Bueno, pero la disciplina militar es así, y a veces para vencer el temor esas cosas sirven...

—La mejor manera de alimentar la decisión, en estos tiempos, es no equivocarse en la línea política. Yo con lo de Quito no estoy de acuerdo, pero me parece que algunos de sus argumentos son válidos. Yo creo que vamos a perder un espacio importante...

Vicki se agarró la frente y dijo que le faltaba el aire.

—¿Estás bien, amor?

Dijo Emiliano, y le apoyó muy suave la mano en la barriga.

—Sí, todos te dicen que un poco de náuseas es normal.

Como estaban desvelados, se calentaron el café que habían dejado Rodolfo y Lilia y se lo llevaron a la pieza.

—¡Ay no sabés, es rarísimo, sentís que crece todo el tiempo...!

Él apoyó la oreja y le dio un beso en el ombligo.

—Más abajo, tonto... ¿Sabés una cosa? Según mis cálculos va a nacer alrededor del 26 de junio. Si es mujer, a lo mejor le podríamos poner María Eva.

Jugaban pocos chicos: la tarde estaba gris y oscurecida cuando Manuel Gaggero se sentó en un banco de la plaza de Canning y Las Heras y trató de ordenar sus ideas. A partir de las muertes de Curuchet, Ortega Peña, Frondizi y otros militantes a manos de las Tres A había tenido que tomar algunas decisiones, pero tenía la sensación de que estaba haciendo las cosas a medias y que ésa no era la manera. Hacía unos días que había pasado a la clandestinidad con una cédula y un DNI a nombre de Esteban Utrillo. Los de documentación del PRT le habían dado la lección: sabía que era taurino, que de chico había vivido en Lanús y hasta se había estudiado un par de calles en la guía Peuser por si alguna vez la policía se ponía pesada. Pero también

conservaba los documentos de Manuel Gaggero. Esa tarde, como de costumbre, tenía los dos juegos de documentos en la carterita que le colgaba del hombro. Sabía que era una manera de no definirse y una trampa para osos: a la primera requisita que le hiciera un policía de esquina iba preso.

Manuel abrió la carterita y empezó a mirar sus papeles: en la foto del registro tenía 18, en la del carnet de abogado 24, en la cédula unos 30. Se dijo que no los iba a cortar con gillette ni a quemar para que saliera ese humo espeso del plastificado; unos pasos más allá había un tacho de basura, justo detrás de la mucama que cuidaba a los dos rubiecos en el subibaja. La mujer lo miró sin darle importancia: un tipo tirando unos papeles viejos. Manuel tuvo la tentación de explicarle que lo hacía por el socialismo, pero se sonrió y se fue. Anochecía.

Noviembre de 1974. El sábado 23, temprano a la mañana, María Estela Martínez de Perón y José López Rega salieron de la quinta de Olivos hacia Tagle y Figueroa Alcorta para inaugurar las obras del Altar de la Patria. Finalmente empezaría la construcción de ese monumento faraónico que habían conseguido convertir en ley del Congreso el jueves 27 de junio, cuatro días antes de la muerte de Perón, con toda la oposición en contra. Al principio querían levantar un panteón para los restos de Eva Duarte de Perón, que todavía estaban en la quinta de Puerta de Hierro, en Madrid. Pero después le fueron agregando más cadáveres: Juan Manuel de Rosas, José de San Martín, Juan Lavalle, Manuel Dorrego, Pedro Eugenio Aramburu. El Altar de la Patria sería un escenario apropiado para venerar a los muertos ilustres y enemigos. Y, además, habría una tumba para el soldado desconocido. Por el momento la única civil —la única mujer— sería Evita.

Las obras deberían haber empezado en agosto, pero se demoraron y, aquella mañana de noviembre, el cadáver de Evita ya estaba en la Argentina y el de Aramburu, su contraparte, ya había sido devuelto. Y el general Perón también esperaba turno. Los porteños, primero, tomaron la iniciativa con moderada sorna: empezaron a enojarse después, cuando vieron que, para iniciar la construcción, la avenida Figueroa Alcorta fue desviada a la altura de la facultad de Derecho en un extraño rulo que complicaba la circulación.

—El azul y blanco de nuestro cielo conformará la enorme bandera que recubriendo la grandeza de quienes todo lo brindaron a la Patria, mereciendo el respeto de sus semejantes, forjarán desde sus cristianos reposos el maravilloso e invencible muro de contención espiritual que impedirá el paso de la esclavitud y el deshonor para el pueblo argentino...

Leía, con su voz aguda, la señora presidenta y, en el palco, la escuchaban diputados y senadores justicialistas, ministros de la Corte Suprema y del Poder Ejecutivo, dirigentes de la CGT y las 62 Organizaciones, los comandantes de las tres armas y la fanfarria de los Granaderos a Caballo. Cuando terminó, todos aplaudieron y cantaron el himno, y enseguida el arzobispo Juan Carlos Aramburu bendijo una placa de bronce que decía: «Se inició la construcción de este monumento erigido por los argentinos para venerar la memoria de sus muertos más ilustres, que hoy transitan hermanados en la gloria, libres de toda pasión terrena. Apadrinaron la ceremonia la excelentísima señora presidente de la Nación, doña María Estela Martínez de Perón, y su excelencia, el señor ministro de Bienestar Social, don José López Rega. 23-XI-74».

Tras lo cual un granadero hizo un largo toque de retreta en el clarín, y los muchachos que esperaban para empezar el picado de todos los sábados se dieron cuenta de que la ceremonia estaba terminando. Entonces, algunos empezaron a calentar haciendo jueguito, y la presidenta se metió en un coche negro, con su ministro al lado.

—Sí, anoche estuvieron tres tipos tocando el timbre de su departamento. Después por el portero eléctrico me preguntaron por usted, se quedaron un rato esperándolo...

El portero le hablaba bajito, confidencial, y Nicolás Casullo miraba a los costados. El portero era un tipo de cincuenta y pico, peronista, con quien Nicolás había charlado varias veces, y ahora se la estaba jugando: muchos preferían dedicarse al no te metas, cosa de ellos, por algo será.

Nicolás se lo agradeció con una sonrisa que trató de ser muy significativa y salió caminando rápido: anduvo dos cuadras mirando mucho para atrás y, cuando se convenció de que no lo seguían, se tomó un taxi hasta la casa de Ana.

—Me vinieron a buscar, amor, me lo contó el portero.

—¿Cómo que te vinieron a buscar? Contame, tranquilizate.

Hacía un mes que Ana Amado había renunciado al noticiero del canal 7: el hostigamiento de las nuevas autoridades, las amenazas, las discriminaciones se le habían vuelto insoportables.

—¿Y si dejamos tu departamento y el mío y nos alquilamos uno para los dos, limpio, que nadie lo conozca?

—¿Y vivimos los dos ahí?

Hacía unos meses que estaban juntos, pero seguramente sin el acoso no habrían hablado de mudarse a un departamento común: en medio del caos, las historias se aceleraban extrañamente. Nicolás seguía escribiendo sus notas para la sección cultura de *El Cronista*, preparando su libro sobre la resistencia peronista y, sobre todo, tratando de adaptarse a su nueva vida, tan ocupada por el vacío de la política. No era fácil. Pocos días después de la visita de los muchachos a su departamento recibió una carta de la Triple A con una sarta de informaciones sobre su vida, un resumen de lo que había hecho en el ministerio y, de nuevo, la condena a muerte.

—Che, tenemos una noticia importante para darles: nos vamos a Cuba.

—¿Cómo, Silvia, qué quiere decir que se van? ¿Por cuánto tiempo?

—Bueno, un tiempo más o menos largo, todavía no sabemos.

—¿Pero cuánto?

Silvia Rudni casi se reía: estaba disfrutando del efecto de sus palabras. Jorge Bernetti, al lado, asentía con la cabeza, y Nicolás y Ana seguían mirándolos con toda la sorpresa. Nicolás no sabía qué decir: tenía un bruto nudo en el estómago y, al mismo tiempo, la sensación de que era una de las noticias más lógicas que había recibido en muchos meses. Igual intentó un contraataque: le jodía la idea de perder a dos de sus mejores amigos:

—¿Y no les parece un poco prematura la decisión? ¿No creen que la patria renacerá de sus cenizas de acá a cuatro semanas, y ustedes estarán llorando su apresuramiento junto al Malecón?

—Nicolás, acá por ahora no hay nada que hacer. No así, sin orga, sin espacio para funcionar, con los tiros volándonos por encima de la cabeza. Vos también tendrías que irte, tendrían que irse, los dos. ¿Cómo se imaginan la vida de aquí en más?

Preguntó Silvia, sorbiendo su café ya frío. Los cafés de la London eran de los mejores: una pena desperdiciarlo así.

—Qué sé yo, vivir, como siempre. Para mí es inconcebible pensar en vivir en otro país.

Dijo Nicolás, y Jorge se puso enfático:

—Qué pelotudo... ¿Vos te creés que te vas a ir de la orga, te vas a librar de la Triple A y vas a trabajar en *El Cronista* como si fuese 1969? Estás loco, si nos quedamos, nos quedamos papando moscas entre dos fuegos. Fuimos montos, pero para la pesada que se viene somos montos para siempre. Y quedarse en el medio no tiene sentido ahora para nosotros. Ya no te ampara una, y te persigue la otra como siempre.

—No, no me parece que sea tan así.

—Estás equivocado, Nicolás. Va a ser así, te lo digo hoy, finales de 1974.

Nicolás y Ana se fueron caminando por Florida, despacio, tratando de reconstruir algún refugio: la noticia los había dejado nocaute. Después de cuatro cuadras, Ana habló:

—Nicolás, ellos tienen razón, nosotros deliramos. Vos no sabés dónde meterte, yo ya no tengo trabajo y soy la montonera de canal 7. Esto es quedarse a esperar que te maten.

—¿Lo pensás recién desde la London?

—Sí, desde hace dos cuadras. ¿Pero sabés lo que creo? Creo que hoy es un día importante en tu vida, y en mi vida también. Vos sabés que yo soy santiagueña, turca, cabulera. Creo en esas cosas, en los vuelos de pájaros que pasan y te avisan.

—Están todos locos hoy. No saben cómo cagarme la vida. Vos también.

—El loco sos vos, amor.

—¿Yo, loco? Nunca la tuve tan clara.

Seis horas después, Nicolás seguía tirado en la cama de Ana, panza arriba, mirando el techo, fumando sin parar. Trataba de pensar qué iba a hacer con su vida y no le salía nada. Se acordaba de la formación de Racing del 55, de una novela que no había entendido cuando tenía 14, de la cara tan prolija de su abuelo. Vivir en otro país le parecía imposible, pero no podía negar que Jorge y Silvia tenían mucha razón: quedarse era caminar entre dos fuegos sin paraguas. ¿Qué podía hacer? ¿Desaparecer de los lugares que solía frecuentar, encerrarse en una casa de un barrio lejano, escribir todo lo posible y esperar que pasara el chubasco? Era una posibilidad. Y siempre era mejor que irse.

—Nicolás, me las tomo. Esto no hay quien lo soporte.

—¿Qué?

—Que nos vamos. A Venezuela.

—¿A Venezuela?

Pepe Eliashev le dijo que sí, que Venezuela estaba bien, que había guita y laburo y que necesitaba absolutamente un cambio de aire. Que Victoria, su mujer, estaba embarazada y que, en cuanto pariera, se iban.

—Allá hay posibilidades, Nicolás, yo tengo algunos contactos. Deberías pensar en venirte vos también. Pensalo, en una de éstas nos podemos ir los cuatro juntos...

Ana y Nicolás lo discutieron durante días. Por momentos, Nicolás suponía que todas esas charlas y dudas sólo servían para diferir lo inevitable; otras veces pensaba que la sola idea de irse era absurda. Hasta esa noche, igual a todas las demás, en que supieron que se irían en cuanto pudieran.

—Entonces, ¿sabés qué? Antes de irnos podríamos casarnos...

Ana lo miró: Nicolás lo había dicho casi al pasar, como si no le diera mayor importancia. Ana pensó que ésas son las cosas que cada cual dice como puede: se besaron, se abrazaron, decidieron pedir una fecha en el registro civil. Casarse no implicaba nada, pero significaba tantas cosas.

—Mamá, la Unesco me ofreció un contrato de seis meses en Caracas: un trabajo de lo más interesante, muy bien pagado. Nos vamos...

Nicolás no pudo saber si su madre le creía o no, pero vio muy claro el alivio que le producía la noticia de su partida. Mientras, Ana se fue unos días a Santiago a decirle a su familia que se casaba y se iba. El 14 de noviembre, ya de vuelta, se puso un vestido liviano y clarito, un maquillaje suave pero muy cuidado, convenció a Nicolás de que usara su traje oscuro y los dos se fueron a la calle Uruguay a firmar unos papeles que los convertían en marido y mujer. Era una mañana calurosa y había una docena de parientes y algunos amigos, mayoría de militantes que trataban de no aparecer en la película que los ex compañeros de Ana del noticiero estaban filmando para regalársela.

—Así que te vas, Nicolás.

Tres días después del casamiento, Nicolás se encontró de casualidad, cerca de la casa de sus padres con el Yaya Azcone, Jarito Walker y Vicki Walsh, sus ex compañeros del Bloque. Ya sabían que se iba y lo trataron con una distancia cósmica:

—Supongo que te darás cuenta de que esto es una deserción.

—Y que acá el que se va está eligiendo abandonar todas sus convicciones, sus compañeros, su vida...

Se despidieron como si nunca hubiesen tenido nada en común: Nicolás estaba convencido de su decisión, pero escenas como ésa le dolían en serio. Ese día, el país estaba parado porque Isabel Perón había repatriado el cadáver de Eva Perón. Lo había traído de España José López Rega en un avión militar. Cuando llegaron, el ministro del Interior, Alberto Rocamora, los recibió en el Aeroparque:

—Hoy siento una gran emoción porque se cumple la ambición total de tantos años de lucha.

Dijo. La CGT había decretado paro general y «Día del Recogimiento Nacional», en homenaje a su abanderada, pero la llegada no convocó a mucha gente. En el Aeroparque, unos cientos cantaban gracias Isabel.

—El general Perón y Eva Perón, cual rutilantes estrellas en el cielo de la Patria, guiarán desde su inmortalidad el camino de nuestra recuperación nacional.

Dijo la presidenta. Después, a lo largo del camino a Olivos, señoras y señores con banderitas saludaban el paso del cadáver. Lo depositaron en Olivos, al lado de su marido, sin demasiada ceremonia. Los Montoneros, cumplida su condición, devolvieron esa tarde el cadáver de Aramburu: la policía declaró que estaba en buen estado. Esa noche, Nicolás caminaba con Ana y Sergio Caletti por la avenida Córdoba, frente al hospital de Clínicas, cuando vieron un falcon oscuro sin chapas, con cuatro fulanos adentro, que frenó con chirrido cinco metros más adelante.

—Seguí caminando, seguí que no pasa nada.

Murmuró Sergio, y Nicolás pensó que hasta ahí había llegado. El falcon siguió despacio, casi a paso de hombre, junto a ellos. Cruzaron Azcuénaga hacia Pueyrredón; Ana le agarró la mano y la apretó muy fuerte. El falcon paró y el tipo de adelante se bajó de un salto, cerró la puerta con un golpe y caminó hacia el kiosco a comprar cigarrillos.

A veces, la alarma resultaba falsa: producto de la amenaza general, de un clima. Otras, era muy precisa:

—Casullo, disculpemé que lo moleste pero tendría que hablar con usted. Urgente.

Le dijo, por teléfono, el portero de su departamento, donde ya no iba, y quedaron en verse el día siguiente en el Young Men de Córdoba y Esmeralda.

—Va a tener que hacer algo, Casullo. Anoche vinieron tres tipos en un auto, me llamaron por el portero eléctrico y me hicieron bajar y me preguntaron dónde estaba usted. Pesados, los tipos, y preguntaban en serio, no sé si me entiende.

—¿Y usted qué les dijo?

—Nada, la verdad: que no sabía.

—Gracias, Héctor.

El portero hablaba bajito:

—No es nada. Pero yo que usted hago algo, me rajo bien lejos y mañana mismo.

El portero lo acompañó hasta el departamento: pegado a la puerta de entrada había otro sobre con amenazas de la Triple A. Nicolás metió lo más necesario en una valija y le pidió a Héctor que le hiciera una gran gauchada:

—Mire, si pudiera empaquetar mis libros y mandarlos en un flete a la casa de mis padres... Con tiempo, cuando pueda. Y meta también ese silloncito. El resto, si quiere, se lo puede quedar usted.

A la mañana siguiente, Nicolás se encontró con un conocido suyo de la embajada cubana en el City Bar de Mansilla y Coronel Díaz y le contó lo que

le pasaba.

—... y yo pensaba salir dentro de dos o tres semanas para Venezuela, en cuanto me dieran la visa, pero me parece que en esta situación no me conviene esperar ni una hora más. ¿Ustedes pueden ayudarme?

—Pero chico, Nicolás, si quieres irte mañana, te vas mañana mismo, ningún problema. Te llevamos a La Habana y allí ya verás cómo sigues...

Ana se iba a encargar de terminar los trámites: en veinte días más saldría para Caracas, donde Nicolás, tras su paso por La Habana, iría a encontrarla. El 27 de noviembre, sus padres y Ana lo acompañaron a Ezeiza. Tenía que tomarse un avión de Ecuatoriana hasta Lima para hacer conexión con el vuelo de Aeroflot a Cuba.

—Hijo, quiero que guardes este reloj, el reloj del abuelo.

Ricardo Casullo parecía cansado, muy avejentado. Nicolás tuvo, por un momento, la impresión de que no volvería a verlo. Después se dijo que no, que eran tonterías, si total en unos meses iba a estar de vuelta.

Al fondo estaban las fotos de Marx, Engels, Lenin. Al costado, la de Vittorio Codovilla. Eduardo Sigal entró en el local del Comité Central del partido Comunista, en la avenida Entre Ríos para reunirse con uno de los responsables de las relaciones internacionales: iba excitado, sabía que tenía que ser algo importante. El miembro de la dirección tenía, como todos, modales pausados y la ropa de rigor: traje oscuro, camisa oscura y una corbata intrascendente.

—Bueno, camarada, el camarada Pereyra te ha recomendado para cumplir con esta misión que para nosotros es muy importante: queremos que vayas a varios países hermanos a denunciar la derechización del gobierno y la amenaza cada vez más visible de golpe de Estado en nuestro país...

Jorge Pereyra ya no era tan joven pero conservaba su puesto de secretario general de la Federación Juvenil Comunista. Y el viaje era una invitación que el PC había gestionado a través de la Federación Mundial de Juventudes Democráticas, un organismo sostenido por Moscú al que no sólo adherían las juventudes comunistas sino también aliados socialistas, cristianos o nacionalistas. Eduardo trató de disimular su alegría mientras su camarada le contaba el itinerario: México, Panamá, Guatemala, Colombia, Perú y Ecuador. Sería la primera vez en su vida que saldría del país. Y, en la lógica interna del partido, esos viajes eran un premio y un reconocimiento: le estaban diciendo, una vez más, que era un militante confiable, un cuadro comunista.

—La documentación para la denuncia te la van a dar los de la Liga. Yo te voy a pasar unos dólares. No son muchos, porque en cada país los camaradas te van dar toda la cobertura que necesites, además de vivienda y otras necesidades básicas... ¿De acuerdo?

—Sí, camarada. Estoy muy agradecido por la confianza que me da el partido para esta misión.

—Lo fundamental es que puedas transmitir esta situación en la que se debate la Argentina: el ciclo de golpes militares no ha terminado, la derechización de las Fuerzas Armadas, el accionar de las Tres A y de otras bandas armadas son la prueba de que la CIA está trabajando para el golpe; del mismo modo que están alentando el accionar irracional de los grupos ultraizquierdistas que objetivamente contribuyen al desgaste de la democracia...

Eduardo pasó por el local de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre en Corrientes y Callao y se llevó unas cuantas carpetas con denuncias bien documentadas. Al día siguiente fue a la oficina de Avianca a retirar su pasaje y se despidió de su familia sin dar muchas explicaciones. La única que sabía era Mabel, su esposa. Era la primera vez que se separaban por un tiempo largo: ella y Paola, su hija, fueron a despedirlo a Ezeiza. Era un jueves caluroso de fin de noviembre y Eduardo le dijo a Mabel que, si todo salía bien, volvería para las fiestas.

—Chau, amor, cuidá a la nena, te voy a extrañar mucho...

—Yo también te voy a extrañar.

Eduardo despachó la valija con la ropa y otros materiales pero se llevó las carpetas en un bolso de mano, para ir leyendo en el avión. Cuando bajó en la ciudad de México descubrió que hacía mucho más frío que el que le habían dicho. Y yo con un solo pulóver, pensó. Diez minutos después descubrió que no tenía ninguno:

—¿Cómo que no está la valija?

—Pues que no aparece, señor... No sabemos qué puede haber pasado.

Eduardo gastó los primeros cien dólares en ropa de abrigo: era la tercera parte de lo que llevaba para todo el viaje. Ese fin de semana se dio cuenta de que tanto la juventud como el partido Comunista de México tenían un peso muy pequeño y que no eran un buen vehículo para las denuncias. Dos días después consiguió un contacto con el Partido Popular Socialista, que estaba enfrentado con el PC y aliado con el Partido Revolucionario Institucional.

—Mira, papacito, aquí lo importante no es qué colores tenemos sino que tú puedas denunciar lo que pasa en tu país...

Enrique, el militante del PPS que lo acompañó por esos días, le consiguió entrevistas con los diarios y la central de trabajadores y lo llevó a hablar a un congreso nacional de la Juventud Socialista. Al cabo de cuatro o cinco días de maratón, Eduardo se dio cuenta que su relación con los del PC estaba congelada. Estaba comiendo unos tacos con Enrique en el zócalo de Coyoacán: miraban pasar gente tan distinta y Eduardo se dijo que tenía que tratar de aprovechar más su viaje para ver los lugares que recorría. Que en esos días en México no se había enterado de nada. Pero más le preocupaba su desencuentro con sus camaradas locales. Enrique no le dio gran importancia:

—Pero manito, si tú has venido a denunciar lo que pasa en tu país, sin diferenciar de qué partido son las víctimas...

—Sí, pero lo mismo, este viaje fue organizado por la Federación Mundial de Juventudes Democráticas, y los camaradas de la juventud Comunista mexicana están adheridos a ese organismo. Entonces, el hecho de que todas las actividades que hice sean organizadas por ustedes, crea celos y...

En Guatemala, su segunda escala, hacía más calor. Desde el aeropuerto se fue solo al hotel que le habían recomendado: nadie lo fue a buscar y los llamados que hizo no dieron resultado. Ya le habían advertido que la represión en Guatemala estaba muy dura y se consoló cuando leyó los diarios.

—Con el quilombo que hay acá, en plena dictadura, yo me pongo a denunciar los crímenes de López Rega y me agarran de las pestañas.

Se dijo, y al otro día salió hacia Panamá. Allí la situación se le presentaba más favorable: los comunistas panameños apoyaban al Partido Revolucionario Democrático, del presidente Omar Torrijos, o sea que no le pasaría lo mismo que en México. Un par de dirigentes de la juventud del PRD lo esperaban en el aeropuerto y lo llevaron hasta su hotel en un chevrolet '54 negro. Nunca había estado en un hotel así: tenía hasta vodka en la heladerita de la habitación. Sus anfitriones le dijeron que se instalara, que tenía todo pago, y que ya lo vendrían a buscar para empezar las actividades. Eduardo se pasó dos o tres días esperando: paseaba por el centro de Panamá City, puteaba y no entendía por qué lo dejaban de seña. Finalmente, el que fue a buscarlo al hotel era comunista y no PRD:

—El problema es que ahora mismo los camaradas de la juventud del PRD están en un proceso de división que les consume todo el tiempo. Por eso te han dejado sin atención, hermano...

El PC tenía cierta influencia en la Federación Universitaria de Panamá y sus camaradas lo llevaron a hablar a comedores universitarios, claustros y asambleas: en cada charla se acordaba de mostrarse solidario con el reclamo

del Canal. Los medios de prensa panameños resultaron muy sensibles a la situación argentina y lo atendieron bien. En todos lados recordaban el viaje de Juan Carlos Dante Gullo y otros dirigentes de la JP, unos meses antes, y la historia del caballo que Perón le había regalado a Torrijos. Eduardo explicaba que él mismo había sido un impulsor de las Juventudes Políticas y que su partido había votado a Perón en las últimas elecciones. Antes de salir para Colombia le escribió una carta a su esposa: estaba preocupado porque había invertido casi veinte días en los tres primeros tramos de su viaje, el doble de lo que tenía pensado, y la idea de no llegar para las fiestas lo apenaba.

En Bogotá lo recibieron dos militantes de la JUCO, Juventud Comunista, que lo acompañaron a todos lados. Eduardo vio que el PC colombiano tenía un buen aparato, similar al de Argentina, pero algunas cosas le resultaban totalmente diferentes. Antes de salir le habían insistido en que no entrara en polémicas, que era una especie de embajador y los diplomáticos no discuten. Pero sí tenía que escuchar todo lo posible:

—Nosotros tenemos la lucha legal, participamos de un frente electoral y construimos el partido en las ciudades, pero tú sabes que la historia política colombiana es muy compleja, vivimos en una democracia restringida y, sabes, sobre todo nuestros campesinos nunca fueron respetados, siempre les pisaron sus derechos y por eso también tenemos la guerra en la montaña...

Eduardo sabía que las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia tenían diez años de existencia y habían sido creadas por el PC, pero nunca había escuchado la historia de boca de un comunista colombiano:

—Tú sabes que el comandante, Manuel Marulanda Vélez, era un líder campesino del sur de Tolima. Tirofijo, le decimos nosotros. Primero organizaron unos grupos de autodefensa móviles hasta que formaron su primera columna guerrillera. Y al poco tiempo, en Marquetalia, el comandante Tirofijo convocó a la asamblea general de guerrilleros. Eran sólo 45, y estaban cercados por más de diez mil militares, sabes. Y desde allí lanzaron el programa de reforma agraria que desde entonces es bandera del movimiento campesino...

Los militantes de la JUCO le contaron entonces que el militarismo y el foquismo colombiano siempre habían estado conectados a la lucha popular y le preguntaron por qué los comunistas argentinos no apoyaban las guerrillas.

—No, ustedes saben que el movimiento revolucionario en cada país tiene sus particularidades, y lo que pasa en Tucumán no es una lucha histórica del campesinado sino un grupo trotskista, de origen eminentemente

pequeñoburgués, que se ha lanzado a una estrategia apresurada, un tanto aventurera, que nosotros consideramos desfasada de la lucha de las masas...

Los comunistas colombianos lo trataban con respeto pero él se sentía un poco incómodo: no era la primera vez en la gira que tenía que referirse a los grupos guerrilleros argentinos como terroristas o ultraizquierdistas, mientras que sus interlocutores hablaban de la Argentina como un ejemplo de lucha, con un pueblo que se levantaba ante la opresión, con grupos armados eficaces y muy populares.

La estadía en Perú fue breve: ahí Eduardo decidió que era más importante pasar las fiestas en familia que hacer las denuncias en Ecuador. Poco después de volver tuvo en sus manos un artículo de Mario Gravibker, uno de los dirigentes universitarios del PC, que analizaba la situación general:

«... Todo permite predecir que 1975 ha de ser un año de grandes combates en la universidad, así como en el país. La agravación de los problemas económicos está estrechamente relacionada con la ofensiva de la ultraderecha para copar plenamente el gobierno y posteriormente voltearlo. La lucha por la normalización democrática de la universidad, por la aplicación de la ley, es parte de toda la lucha popular por defender y ampliar la vigencia de las libertades democráticas y la Constitución, y en particular por la libertad de los estudiantes y docentes presos. (...) Por eso es imposible separar la lucha por las reivindicaciones inmediatas de la lucha por la democracia y normalización en la universidad y el país, de la brega por la transformación de la enseñanza superior de acuerdo con las exigencias de la lucha por la liberación nacional. Estas luchas deberán significar un nuevo fortalecimiento de las organizaciones estudiantiles y docentes, en particular en el logro de la unidad de acción y orgánica nacional del movimiento estudiantil.

»Como vuelve a confirmarlo la experiencia de 1974, el crecimiento del partido y la FJC es condición y única garantía de este proceso, para asegurar no sólo su correcta orientación, sino también su efectiva ejecución, de acuerdo con las más urgentes necesidades del proletariado y el pueblo argentino: llegar a estructurar un poderoso frente nacional que posibilite avanzar hacia la revolución democrática, agraria y antiimperialista con vistas al socialismo».

Noviembre de 1974. Finalmente, las elecciones para normalizar la UOM de Villa Constitución se llevaron a cabo entre el 24 y el 29 de noviembre, seis meses después de lo acordado entre el Ministerio de Trabajo y los dirigentes

de la Lista Marrón liderada por Alberto Piccinini. Pese a las denuncias de fraude y matonaje, la Marrón obtuvo 2623 votos (64 por ciento del total) y el 1.º de diciembre la nueva comisión directiva ocupó el edificio de la UOM local. Era algo inédito: por primera vez un opositor al vandorismo iba a participar en las reuniones nacionales del gremio metalúrgico, en la mesa presidida por Lorenzo Miguel. Piccinini se convirtió en el único miembro de la conducción nacional de la UOM que no estaba afiliado a las 62 Organizaciones. Esa noche, festejando la victoria, estrenaron una canción que era puro optimismo: «Ya llegó la hora de cantar victoria/ tiemblan los traidores, se arruga el patrón/ las urnas cantaron, no hay vuelta que darle/ cantemos hermanos ¡ganó la Marrón!/ Después de la lucha, después de las trampas/ como el sol radiante, surgió la verdad/ porque el sindicato ha vuelto a ser nuestro/ y la burocracia perdió su sitio».

La UOM de Villa Constitución empezó a ser visitada por metalúrgicos de todas las seccionales del país: allí elaboraron un proyecto para modificar el convenio metalúrgico y una propuesta para las paritarias del gremio, previstas para abril de 1975. Se ocupaban de ciertos temas clave, que los vandoristas nunca habían querido tocar: ritmos de producción, categorías, accidentes laborales, insalubridad de ciertas tareas, servicios médicos de planta. Lanzaron una campaña de afiliación masiva al gremio y el padrón creció de cuatro mil a casi siete mil afiliados. La CGT Villa Constitución quedó bajo el liderazgo de Piccinini y, para fin de año, puso en marcha un programa de lucha contra el desabastecimiento y ofrecía comestibles a precio de costo. Impulsada por la CGT local, se formó una federación de los 34 barrios de Villa Constitución, para ocuparse de los problemas de pavimento, redes cloacales, iluminación, teléfono.

Todas las organizaciones políticas revolucionarias se atribuían protagonismo en Villa Constitución: PC, PRT, Montoneros, OCPO (Organización Comunista Poder Obrero), PB, PST, PCR, VC, vendían sus periódicos y organizaban sus tendencias y núcleos políticos. Piccinini, que nunca había tenido una formación política y teórica sistemática, fue un referente para todos los grupos de vanguardia y sus máximos líderes pedían reuniones con él: desde el comunista Rubens Íscarro hasta Firmenich y Santucho. Y, ese verano de 1975, también fueron a visitarlo líderes políticos como Oscar Alende y Raúl Alfonsín. Alfonsín paseó por el pueblo, disertó ante una asamblea informal y se reunió en privado con Piccinini. El radical usó, por momentos, un tono confidencial. Sobre todo cuando le dijo que se cuidara porque, según le habían dicho, la ultraizquierda quería montarse sobre

la conducción gremial y que, en consecuencia, debía ser cauteloso. Piccinini lo escuchó con su mejor cara de póker.

La asamblea era en el local de los Bomberos Voluntarios de Tigre y se trataba de elegir la junta electoral para las elecciones en el gremio naval. La agrupación de JTP tenía todas las posibilidades de ganarlas: para eso, primero tenía que conseguir el control de la junta. Ya en 1972 se habían dejado birlar las elecciones por no asegurarse la junta, y no estaban dispuestos a que les pasara otra vez lo mismo.

Unos días antes, el Tano Martín Mastinú les había dicho a Luis Venencio y a los demás militantes de la agrupación que había que ir preparados, porque en una de éstas los burócratas intentaban algo. Pero esa tarde, cuando llegaron al local, Luis se tranquilizó: el lugar estaba repleto de gente. Había unos trescientos obreros y casi todos, salvo quince o veinte, votarían por ellos. No podían perder. Poco después de las seis, El Tano se subió al estrado para abrir la asamblea:

—Compañeros, sabemos que la situación no es fácil. Los burócratas y los fachos están avanzando en todos los sectores pero acá, en el gremio naval, les vamos a hacer frente. Todo lo que necesitamos es que haya elecciones limpias...

No había terminado de decir limpias cuando sonó el primer tiro. Había sido un tal López, uno de los pesados de la conducción del sindicato: tiró un par de balazos al techo y salió corriendo. La mayoría de los asistentes se tiró al suelo; cuando tres o cuatro salieron a perseguir a López los recibió un fuego nutrido. Había diez o doce que disparaban desde un terreno baldío que había enfrente.

—¡Tranquilos, compañeros, tranquilos! ¡No respondan, esto es una provocación!

Gritaba El Tano, y casi todos seguían cuerpo a tierra, esperando que terminaran los tiros. Pero desde los techos del cuartel de bomberos alguien les contestaba y el tiroteo seguía.

—¿Quién carajo les está tirando, Tano?

—No sé, hermano, nuestros no son, no sé qué mierda está pasando.

El tiroteo duró unos minutos más: tardaron en entender que era todo un montaje. Los matones de los burócratas se habían tiroteado entre ellos: unos desde el baldío, otros desde la azotea del cuartel. Terminaron de entenderlo cuando se presentaron dos tipos del sindicato con un escribano y les pidieron que labrara un acta:

—Doctor, acá está claro que en estas condiciones de perturbación no se puede llevar adelante la asamblea con la normalidad que se merece, anote, anote.

El escribano anotaba y después anunció que daba por oficialmente cerrada el acta hasta que se reunieran las condiciones mínimas. La asamblea ya no tenía bases legales. Los obreros salieron a la calle y ahí el Tano intentó retomarla:

—¡Compañeros, no caigamos en la trampa de los burócratas! Todo esto es una maniobra para mantener el control del sindicato, que ven que se les va de las manos y están dispuestos a cualquier cosa. ¡Pero no tenemos que caer en la trampa, compañeros!

Insistía el Tano, pero no se le ocurría cómo hacer para no caer. Alguien habló para denunciar que los grupos armados habían venido en un par de camiones desde Lomas de Zamora, otro le contestó que podía ser pero que también había gente de acá, que él había visto a Bonavena, el tipo ese del CdeO que laburaba en Astarsa, ese que decían que era custodio de López Rega, con un fierro en la mano y dando órdenes. Otro dijo que había visto cómo el policía de custodia se había ido justo dos minutos antes de que empezara el tiroteo, pero no pudieron hacer mucho más. Dos días después llegó la noticia de que el ministerio de Trabajo, ante las irregularidades cometidas, había decidido intervenir el sindicato y postergar las elecciones hasta que «estuvieran dadas las condiciones de normalidad requeridas para semejante acto».

—Jaime, estos tipos están dispuestos a cualquier cosa con tal de no perder el poder. Va a haber que empezar a cuidarse.

Luis tuvo un ligero escalofrío: todo había cambiado tanto en tan poco tiempo. Se dijo que bueno, que él no iba a aflojar: que le costaba, pero que iba a seguir adelante.

Poco después, el viernes 13 de diciembre, Hugo Rivas lo abarajó en la puerta del astillero, cuando se estaban por ir. Parecía muy nervioso:

—Che, ¿escuchaste el noticiero?

—No, qué querés que escuche mientras estoy acá, con todo el laburo que hay.

—Lo mataron a Valverde, Jaime.

—¿A quién?

—A Valverde.

Raúl Valverde tenía 30 años y se había casado unos meses antes pero seguía viviendo en la casa de sus padres: la noche anterior había ido al cine

con su mujer. Cuando volvió, cuatro tipos que decían que eran policías lo estaban esperando. Valverde trató de salir corriendo, pero uno de los tipos le puso una pistola 9 milímetros en la cabeza y le dijo que si se movía lo mataba ahí mismo. Se lo llevaron; sus padres y su mujer fueron hasta la comisaría de Tigre para hacer la denuncia. A la mañana siguiente el cuerpo de Valverde apareció en un descampado de Boulogne, con un cartelito que decía «ejecutado por el Comando Cristina Viola». Raúl Valverde simpatizaba con el Partido Socialista de los Trabajadores y solía participar en asambleas y reivindicaciones.

—¿Y por qué justo él, por qué él?

—Andá a saber. Él siempre tuvo kilombos con Carola, pero capaz que eso no tiene nada que ver. Andá a saber.

Carola era la cabeza de los sindicalistas burocráticos en Astarsa.

—Pero la reputa madre que los parió. ¿A vos te parece que los del sindicato son capaces de una cosa así?

—¿Y a vos qué te parece? Hugo, acá se viene la noche. Si no hacemos algo pronto vamos a terminar todos como el pobre Valverde.

Los militantes de la agrupación armaron una asamblea ahí mismo, en la puerta del astillero, y decretaron el paro. Esa noche lo velaron en una iglesia de Don Torcuato. El padre del muerto estaba desconsolado. Lloraba y lloraba y repetía todo el tiempo que él no sabía:

—Yo no sabía... Yo no sabía cómo era todo esto, no tenía ni idea... Si no yo hubiera podido hacer algo, pero yo no sabía...

Luis trató de acercársele y decirle algo, pero no sabía qué.

—Esperen un minutito que tengo un mensaje...

Emiliano Costa apagó el aparato que llevaba enganchado del cinturón, llamó a la central y le dieron una cita en Montes de Oca y Patricios. La telefonista le agregó:

—Me dijeron que le diga que es por las galletitas.

Eran los de Terrabusi, pensó, y les dijo a los que estaban con él, del gremio de telefónicos, que lo disculparan. Los obreros de Terrabusi habían entrado en una fase decisiva; en el bar había militantes de las distintas corrientes que alimentaban el conflicto. El Flaco Fideo, el dirigente de JTP en la planta, se alegró de verlo.

—Che, por suerte viniste, necesitamos un poco de claridad y vos tenés más elementos que nosotros... Mirá, el asunto es que estamos en un punto del que no podemos retroceder: la patronal no afloja y no reincorporan a los

delegados despedidos. Bueno, y la gente está caliente, así que vamos a largar la toma de la planta...

Mientras escuchaba, Emiliano evaluaba dónde estaba parado: antes tenía a *Noticias*, a Bettanín y Zavala Rodríguez para que hicieran de caja de resonancia; ahora estaban en la clandestinidad, el diario cerrado, los diputados renunciados. Un año antes él hubiera impulsado el conflicto; ahora se tomó un tiempo para contestar:

—Vean, yo creo que no hay que ponerse en contra de las bases, o sea que si el ánimo mayoritario de la asamblea es tomar la planta, no vamos a ponernos en bomberos, pero seamos muy cautelosos, como para no entrar en una espiral de enfrentamientos. Tratemos de ir llevando las cosas de a poco...

El Flaco Fideo no entendía. Cuando terminó la reunión, Emiliano sintió que no lo saludaban con el fervor de otras veces. Al rato llegó a su casa y le dijo a Vicki lo que no les decía a los de Terrabusi:

—La sensación que tengo es que andamos un poco a la deriva. Lo único que les puedo aportar en concreto es algún abogado; o sea, una medida defensiva solamente... ¿Sabés lo que sentí en el momento que hablaba con ellos?: «lo importante es seguir vivos, muchachos. No se hagan matar».

—Ay, che, me parece un poco exagerado...

—Bueno, a vos te puedo decir la verdad: yo creo que las cosas cambiaron. Lo que pasa es que a ellos no se los puedo decir; son laburantes, tipos que no tienen una estructura para esconderse, tienen que cargar con una familia atrás y si los echan o tienen que pasar a la clandestinidad, a lo sumo les puedo conseguir algo de plata. Mirá, un año atrás, yo hubiera planteado otra cosa...

—Pero un trabajador despedido siempre sabe a lo que se enfrenta; no entiendo por qué cargás tanto las tintas...

—Lo que pasa es que hasta hace poco teníamos más recursos, compañeros en el gobierno, una estructura amplia. Ahora estamos mucho más expuestos. Nosotros mismos decidimos aceptar el enfrentamiento total, pero a veces nos quedan ciertos reflejos de la época anterior, como si pudiéramos disponer de recursos que ya no tenemos. Hace unos meses, si los despedían, yo mismo organizaba la conferencia de prensa, y si los llevaban en cana yo mismo iba a patear la puerta de la comisaría. Ahora estamos en la clandestinidad, ya no tenemos ni los locales...

—Emiliano, si vos tenés confianza en la conducción, se los tenés que plantear con más énfasis. ¿O no tenés confianza?

—Políticamente confío en algunos, en los que tienen claridad. Para mí el Pelado es un tipo de una gran capacidad de pensamiento, el Negro tiene

salidas brillantes, y me da la sensación de que Pepe es un tipo ordenado para el análisis...

El Pelado era Marcos Osatinsky, el Negro era Roberto Quieto y Pepe era Mario Firmenich, el número uno de Montoneros. Emiliano respiró profundo y miró a Vicki:

—Esto te lo digo a vos: la confianza también es relativa, porque por momentos siento que te dicen cualquier cosa y te la tenés que bancar, que uno está metido en un mecanismo donde si te detenés a plantear las dudas, quedás automáticamente afuera. Yo me doy cuenta porque cuando llevo posiciones a compañeros de menos nivel también tengo que poner cierta autoridad, tirarles con los raviolos...

—Mirá, si yo tuviera el nivel de llegada a la conducción que tenés vos, también plantearía los puntos oscuros.

—Sí, Vicki, pero en el momento que estás con ellos, que sabés las presiones que sufrimos de todos lados, sentís que no te podés permitir expresar las dudas. Es más, yo creo que la mayoría tiene dudas, pero que no se anima a plantearlas. ¿Y sabés por qué? Porque uno siente que nadie puede darte una respuesta segura. Entonces, lo mejor es seguir para adelante y pensar que las cosas se van a ir aclarando... Y capaz que es cierto.

Diciembre de 1974. La foto lo mostraba joven y enérgico. En un artículo del semanario de derecha *Carta Política*, Mariano Grondona escribía una «Meditación del favorito», sobre José López Rega, donde planteaba que quienes se beneficiaban con sus medidas dejaran de disimular su satisfacción:

«A la presión racional contra el favorito se une muchas veces una animadversión emotiva, irracional. Se le tiene en ocasiones, simplemente, celos. En otras, lo que se resiste es la opción discrecional del gobernante en su favor. Se ve esta opción, que no se apoya en fundamento institucional alguno, como un capricho del poderoso. Es el capricho y no su resultante, en este caso lo que se censura. Hay veces en que el favorito suscita resistencia porque aparece como la cara visible del poder. Como el hombre que precipita las decisiones no siempre agradables del poder. No faltan gobernantes astutos que, en esta coyuntura, utilizan a sus favoritos como chivos emisarios. El disgusto ante el favorito proviene, en otras oportunidades, del hecho de que con su presencia el poder se cierra por segunda y definitiva vez. Que alguien ejerza un poder muy amplio es un hecho que cierra el poder. Pero si ese alguien está expuesto, además, a una influencia dominante, la esperanza de contar, de acercarse, de persuadir, se torna remota. Como el gobernante en

situación monárquica o presidencial es, por definición, poderoso, el ataque se lanza entonces contra el eslabón más débil. No faltan quienes se encarnizan con López Rega porque no pueden o no quieren encarnizarse con Isabel Perón.

»La exaltación es improbable porque difícilmente alcanzará el ministro de Bienestar Social a adquirir las bases de poder que sostienen a la presidente. La caída, que muchos desean, entrañaría peligros. López Rega ha promovido o facilitado una serie de desenvolvimientos que se aprueban en voz baja y se critican en voz alta. La firmeza ante la guerrilla, la desideologización del peronismo, la recuperación de la Universidad, pasan por el discutido secretario-ministro. De la estirpe de los Ottalagano y los Lacabanne, José López Rega es uno de esos luchadores que recogen, por lo general, la ingratitud del sistema al que protegen. De este material está hecha la política. Existen líderes peronistas y no peronistas que “dejan hacer” a López Rega con la secreta esperanza de librarse de él. Hay hombres cuyo destino es hacer la tarea. Otros tienen la vocación de coronarla. La caída eventual de López Rega le es aconsejada desde diversos ángulos a la Presidente.

»Pero no es fácil saber hacia dónde apuntan estos consejos. ¿A emanciparla del favorito? ¿A exaltar otras influencias? Difícil decirlo. La desgracia de un favorito es positiva o negativa para el gobernante según las circunstancias concretas en que ocurra. López Rega cumple al lado de la Presidente el papel de meter la mano en las tareas antipáticas, haciendo de pararrayos de la crítica. Sería por lo menos arriesgado prescindir, hoy, de este servicio.

»Quizás el destino final del secretario de Perón sea, después de todo, la legitimación. Robert Kennedy dejó de ser el favorito de John cuando buscó una banca en el Senado. López Rega podría encaminarse a la plena ocupación de un ministerio —caso Kissinger— para ser juzgado desde esa perspectiva o, en su defecto, a la búsqueda de posiciones partidarias y electorales. En alguna de estas situaciones intermedias podría dejar de pagar el precio de los favoritos, sin perder toda influencia en la Casa Rosada. Pero la mudanza tendría que hacerse una vez que el poder de la presidente obtenga su plena consolidación. El secretario-ministro ha contribuido, como actor y como blanco alternativo de reacciones, a apuntalarlo. Deberá seguir haciéndolo probablemente, por un tiempo más. Los tutores, que no son árboles, ayudan a los árboles a crecer».

Recanatti era un pueblo medieval no muy lejos de Roma. Recanatti era lento, tranquilo, muy bonito: para Elvio, el placer de caminar por esas calles angostas, empinadas, entre casas e iglesias cargadas de siglos fue un descubrimiento insospechado. Un placer que no tenía nada que ver con los que conocía. Una estética de la calma. Él sabía, era obvio, que mucha gente en muchos países vivía cosas tan distintas a las que los argentinos habían aceptado como realidad cotidiana, pero verlo y disfrutarlo era algo muy distinto.

—Y entonces tu viejo la invitaba a ir a pasear al olivar y ella nunca le aceptaba. Hasta el día en que...

En ese pueblo había gente que le contaba historias de su vida: Elvio estaba sorprendido por la naturalidad con que lo había recibido su familia. El pueblo estaba lleno de primos y tíos: para ellos, él no era un extranjero sino el hijo de Antonio, una especie de paisano más que, por esos azares de la vida, había nacido en otra parte y hablaba en otro idioma. Elvio estaba encantado con el descubrimiento de que había otro lugar en el mundo al que podía pertenecer. A veces, la comida en casa de algún primo duraba horas y horas de cafés y grapas.

—Acá no es como en tu país, Elvio, que parece que toda la política pasa por las armas.

—Bueno, ustedes también tuvieron que salir a tirar tiros cuando estaba Mussolini. Y bien que los tiraron. O, por lo menos, eso contaban.

—Cierto, cierto. Pero era una situación particular que necesitaba una respuesta particular. Cuando tuvimos que hacerlo lo hicimos; lo que no tendría sentido es seguir con esa política ahora. Ahora los que siguen con las armas son las Brigadas Rojas y es un desastre: terrorismo puro.

—Sí, pero no van a comparar. Una cosa son las Brigadas, que efectivamente hacen terrorismo; lo nuestro es totalmente distinto. Los Montoneros son una organización político-militar que usa la violencia pero que tiene sobre todo una política de masas, con frentes abiertos en todos los sectores...

—No, claro, es otra cosa. Por eso te digo. Acá el partido Comunista ya hizo su proceso, se adaptó a la situación y a los tiempos: Berlinguer lo vio antes que nadie. Ahora el compromiso histórico nos pone cada vez más cerca de llegar al gobierno.

—Bueno, pero no vamos a comparar la situación italiana con la argentina. Ustedes los europeos se creen que todo el mundo es igual a ustedes. Y sobre

todo el PC, no vamos a comparar. Si te pones a analizar lo que ha significado el PC en la historia argentina...

Los primos Pino y Marco tenían treinta y pico: eran albañiles, trabajaban en una cooperativa y militaban en el partido Comunista, que estaba en plena renovación. Elvio tenía largas discusiones con ellos acerca de las posibilidades de construir el socialismo por una vía pacífica, parlamentaria. Cuando hablaban, para compensar, se ponía duro, militarista, pero por momentos le parecía que lo iban convenciendo. Esas discusiones también le servían de coartada: eran como una forma de recuperar la política y perder la culpa de estar ahí, tan lejos, tan afuera de todo. Igual, muchas veces se sentía ligeramente al pedo. Sobre todo cuando le llegaba carta de algún compañero desde Buenos Aires.

—Che, tenemos que volvernos. No podemos seguir acá haciéndonos los exquisitos mientras allá la cosa está cada vez más difícil.

Adriana le insistía para que se quedaran unas semanas más, que hicieran algún viaje; Elvio se dejó convencer un par de veces.

—¿Sabés qué? A veces me da envidia de no ser de acá, de poder quedarme acá, tranquilo, militar con ellos, armarme una vida acá. Pero bueno, no podemos, ¿no? Como dice el otro, no se puede suponer la historia. Nosotros somos de allá, allá está nuestro lugar.

Pero no fijaban fecha para la vuelta. Hasta el día en que apareció ese artículo en *La Stampa*:

—¡Pero la reputa madre que me parió! Cayeron Pancho y el Tala, los metieron presos...

Juan Pablo Ventura, el delegado de la regional 1 de la JUP, y Miguel Talento, el presidente de la FULNBA, fueron detenidos el 18 de noviembre en la casa de Ventura por un grupo de Coordinación Federal. Al día siguiente, la policía reconoció que los tenía.

—¡Me cago en dios, el Tala y Pancho presos y nosotros acá!

Faltaba poco para las fiestas y Elvio las pasó en Recanatti, ya muy impaciente. A principios de enero se tomó el barco de vuelta para la Argentina. Adriana lo siguió unos días después, en avión. Habían decidido que, ya en Buenos Aires, se irían a vivir juntos.

—Que cacareen todo lo que quieran, no hay que dar el brazo a torcer, Martha.

—Se viene, la clausura, Sergio.

—Que se venga, nomás...

—Yo voy a escribir una carta en tapa, dirigida directamente a Isabel.

Sergio Karakachoff y Martha Mercader se lamentaban de que todo hubiera durado tan poco, pero estaban convencidos de que no podían hacer otra cosa. *La Calle* del lunes 16 de diciembre tituló grande y en tapa «Aparecen otros tres ejecutados». Eran Jorge Fisher y Miguel Bufano — militantes de Política Obrera y delegados de la fábrica Miluz— y Juan Campos, un ex militante que había estado preso durante la dictadura de Lanusse: los habían acribillado comandos parapoliciales. Otra de las noticias de tapa de ese día era el secuestro de dos militantes de la Federación Juvenil Comunista. El martes 17 el título principal fue «Inquietud por la situación de los presos políticos», con denuncias de golpes y poca comida en las cárceles. Aclaraba que, por suerte, los dos militantes comunistas habían aparecido; abajo a la derecha estaba la carta de la directora. El lenguaje, tal como recomendaba el manual de estilo de *La Calle*, era directo. El primer párrafo decía: «Señora Presidenta: dicen que las mujeres tenemos capacidad innata para el amor. De mujer a mujer: haga todo lo que esté en sus manos para investigar y detener el macabro plan entreguista que utiliza como método esta matanza de argentinos».

El viernes 20 de diciembre los policías llegaron con orden del gobierno y sacaron a todo el mundo a la vereda. Mientras ponían fajas en las oficinas de *La Calle*, otro grupo fue a los talleres de *Crónica* con otro decreto de clausura: en momentos en que el gobierno argentino negociaba con la corona británica sobre las islas Malvinas, el diario de Héctor Ricardo García instaba a sus lectores a recuperarlas del modo que fuera.

En sus decretos, el gobierno hablaba de «la dirección superior de la defensa nacional» y del derecho que le correspondía por «la suspensión de las garantías constitucionales existentes en razón del estado de sitio». En el caso de *La Calle*, la orden señalaba que «el tenor con que presenta las noticias vinculadas con el terrorismo y la subversión implica su encubierta apología, así como la persistente denigración de las fuerzas de seguridad y del accionar de los órganos del gobierno, a los que pone en igual plano que la actividad de los grupos ilícitos». Según Isabel, el diario *Crónica* «desarrolla una activa campaña en la que se arroga facultades de convocatoria a los ciudadanos para la defensa del territorio nacional, que implica claramente la conducta prohibida en el artículo 22 de nuestra Constitución. (...) Esta sediciosa conducta implica el intento de suplantar a los órganos naturales de representación del pueblo argentino con la excusa de una noble causa,

encubriendo evidentemente una actitud que tiende a desbaratar todo intento legal de reivindicación que el gobierno persigue con patriótico empeño».

Los abogados de *La Calle* hicieron presentaciones judiciales, sin éxito: los jueces decían que el estado de sitio habilitaba, entre tantas otras cosas, al Poder Ejecutivo a cerrar diarios por decreto. Los legisladores de varios bloques trataron de hacer algo en el Congreso, pero empezaba el período de sesiones extraordinarias durante el cual sólo se trataban iniciativas del Poder Ejecutivo. *La Calle*, después de dos meses y medio tirando unos 20.000 ejemplares diarios, dejó de salir. *Crónica* tuvo más suerte: Isabel permitió su reaparición a condición de que Héctor Ricardo García dejara el sillón de director y apareciera, en cambio, el nombre del periodista Jorge Lozano al frente de sus tres ediciones.

En esos días, la columna Norte no paraba de operar, o de pensar operaciones. A veces, se llamaban a sí mismos las 3M, los Montoneros Más Malos. Habían hecho algunas de las acciones más resonantes de esos días pero, otras veces, la pifiaban fiero. La idea del avión volantero fue de Rodolfo Galimberti, el Loco, siempre dispuesto a hacer honor a su apodo e inventar las acciones más sorprendentes. En principio la propuesta parecía interesante: secuestrarían un avión en el aeródromo de Don Torcuato y volarían, desde el aire, toda la zona fabril del Norte: San Martín, Villa Martelli, Villa Adelina, Tigre. Sergio Berlín, Carlos Goldenberg y Mercedes Depino serían los encargados, y a Mercedes le tocó ir a relevar el aeródromo para ver cómo se podía hacer. Tenía todo el aspecto de una chica buena y burguesita: era ideal para meterse en esos lugares.

Mercedes se pasó un par de meses estudiando el lugar: se sentaba a leer en la confitería, charlaba con alguna gente, trataba de registrar todos los movimientos. Una de esas tardes, Mercedes volvía, tranquila, en el peugeot, cuando se encontró con una pinza de la policía en la Panamericana. Sabía que el coche estaba limpio, y pasó sin problemas. Al rato se encontró con Galimberti en Barrancas de Belgrano:

—Che, me parece que ayer me dejé algo acá, en tu coche.

—No, yo no vi nada.

Galimberti miró debajo del asiento izquierdo y encontró lo que buscaba: una carterita llena de cartuchos de escopeta. Mercedes lo quería matar. Aunque, entonces, esos descuidos todavía no resultaban fatales.

Poco después completaron el plan: alquilarían una avioneta con un documento falso y, una vez en el aire, encañonarían al piloto y lo llevarían a

volantear. Para que valiera la pena tenían que llevar muchos volantes: pensaban llenar la zona de propaganda. Pero le encontraron una vuelta: dirían que alquilaban el avión para transportar unas cajas de mercadería, y ahí meterían los volantes. Ya estaba todo listo cuando a alguien se le ocurrió pensar en el peso del papel:

—Loco, ¿te parece que el avioncito puede llevar todo esto?

La operación se postergó hasta que Mercedes pudiera averiguarlo: descubrieron que, con ese peso, la avioneta no podría despegar. Entonces empezaron a pensar en imprimir volantes en papel biblia, para que fueran más livianos, pero al cabo de unos días decidieron abandonar la operación. Se habían pasado casi dos meses preparándola.

En esos días, poco antes de la Nochebuena, la conducción montonera decidió que todas sus columnas harían operaciones *robin hood*: tendrían que expropiar alimentos y repartirlos en los barrios más pobres, para que todos pudieran tener una buena cena de Navidad... Los de General Sarmiento decidieron asaltar una fábrica de pollos cerca de Panamericana y 202.

Sergio y Mercedes no operarían, pero tenían que hacerle el control a Carlos en una estación de servicio de la ruta 8 y 202. Sergio estaba nervioso: cuando no participaba de algo le agarraban todos los miedos que no tenía si estaba ahí. Iba con Mercedes en el peugeot a la cita de control y se le ocurrió pasar por la Panamericana a ver cómo estaban las cosas. El panorama era más que tranquilo. No se veía nada, ni un auto fuera de lugar, y Sergio pensó que sus compañeros estaban adentro, que los habían agarrado. El clima general estaba muy pesado: en esos días, el comisario Luis Margaride, nuevo jefe de la Policía Federal, se había salvado por segundos de un coche-bomba montonero que explotó al paso de su comitiva, a pocas cuadras del Departamento Central, y mató a uno de los motociclistas que lo precedían.

—Vamos, Negra, entremos. Hay que sacarlos de ahí.

Dijo Sergio, mientras preparaba su pistola.

—No, Flaco, no pasa nada, no seas ansioso, pará.

La discusión duró un minuto. Al final, Sergio se convenció de seguir viaje. Cuando llegaron a la cita de control, Carlos los esperaba sonriente, y les contó que la operación se había postergado por un problema técnico.

Diciembre de 1974. La radio no había cambiado mucho en esos años. Cuando la revista *Panorama* intentó una recorrida por lo mejor del dial, los resultados no fueron sorprendentes:

«—*El clan del aire* (Mitre, de lunes a sábados, entre 9.30 y 12.30). Enrolado en la línea de programas periodístico-musicales que predominan en el horario matutino, es el mejor que puede escucharse. Ágil, dinámico, el éxito de su estructura descansa en el ritmo que le imponen la conducción de Rubén H. Bayón, el humor del siempre imprevisible Mario Sánchez y los comentarios deportivos de Ricardo Arias. Completan el elenco Juan Carlos Altavista, Marcos Zucker, Nelson Prenat y Coco Fernández.

»—*La danza de la fortuna* (Del Plata, de lunes a viernes, entre las 11 y las 14). Según su creador y conductor, Roberto González Rivero, es una “radio servicio”. Su esquema no deja lugar a dudas al respecto. El programa se encarga de encontrar personas que no se sabe cómo ubicar, coches robados, documentos perdidos y, además, se hace eco de problemas comunitarios. También incluye notas de deportes, espectáculos y actualidad, todo matizado con algo de música.

»—*Las doce horas de la radio* (Continental, domingos de 8 a 20). El único “ómnibus” de la radiofonía actual y seguramente el programa más completo del momento. A través de 12 horas, un equipo de periodistas entre los que se destacan Horacio de Dios, Félix Luna, Magdalena Ruiz Guiñazú y Jorge Sábato, desgana temas de actualidad. Sara Gallardo lee cuentos y Julio Lagos “charla las revistas”.

»—*Oral deportiva* (Rivadavia todos los días de 19 a 21). Sin duda lo más completo en materia de deportes. Conducido por José María Muñoz, hombre combatido, criticado, pero dueño de un indiscutible magnetismo, es el único programa capaz de establecer, por ejemplo, un diálogo entre Guillermo Vilas en Australia con su padre en Mar del Plata y con un admirador en La Quiaca.

»—*Radio Nacional*. Una encuesta realizada recientemente permitió descubrir que uno de cada diez taxistas lleva su receptor sintonizado en Radio Nacional. “La música que pasan me calma los nervios”, fue la reflexión mayoritaria. Y es cierto; a cualquier hora, cualquier día, la mejor música clásica es patrimonio de esta emisora.

»—*Música verdad* (Rivadavia de lunes a viernes, de 22 a 1). Es el más joven de los programas musicales nocturnos, pero desde su salida al aire se notó que sería distinto. Es que su conductor, Juan Alberto Badía, se propuso hacer algo más que un simple pasadiscos. El resultado es excelente.

»—*Belgrano y la noche* (Belgrano, de lunes a viernes, de 0 a 5). Para noctámbulos con ganas de sentirse acompañados. No son muchos los programas que, a esa hora, disponen de un equipo numeroso. Belgrano y la noche lo tiene y, con una programación musical en la que predominan el

tango y el folklore, ofrece notas de todo tipo e informaciones sobre, por ejemplo, el estado de las rutas.

»—*Plin, caja* (Argentina, de lunes a viernes, de 8 a 11.30). También está en la línea de programas ómnibus que han copado las mañanas radiofónicas. Producción cuidada, homogénea, en ella sobresalen netamente el humor ácido de Carlos Ulanovsky y Alejandro Dolina y las notas de Mario Mactas. Además, se suceden los columnistas de deportes y espectáculos, y hay una buena selección musical de Wilmar Caballero.

»—*La vida y el canto* (Rivadavia, de lunes a viernes de 12 a 14). La única estrella es su conductor, el versátil Antonio Carrizo. Entrelaza comentarios supuestamente cultos con ocurrencias nítidamente camperas.

»—*La gallina verde* (Continental, de lunes a viernes entre las 9 y las 12.30). Uno de los decanos de las mañanas radiofónicas, mantiene su ritmo y nivel a pesar de los años que lleva en el aire. En su equipo de periodistas y animadores se destacan con méritos propios Manuel Ray Millares, Horacio de Dios, Fioravanti, Canela, Maisabe y Miguel Angel Merellano. Interesantes misceláneas, buena música y una pizca de humor, son sus ingredientes básicos».

Para la familia El Kadri, la fiesta del 31 fue una mezcla rara de tristeza y alivio. En la casa de la hermana de Cacho, en Caseros, se habían juntado sus padres, Liliana y un par de amigos, para despedirse: Cacho partía para Colonia a la mañana siguiente, en el ferry de las 8. Se había pasado más de un mes encerrado en esa casa: no tenía pedido de captura ni ningún impedimento legal, pero sabía que si lo llegaban a encontrar, lo limpiaban. Sólo había salido una vez, para ir a visitar a Lucía Cullen, la viuda de su amigo José Luis Nell. Ese día, Lucía, embarazada de siete meses, había tenido pérdidas y corrido al hospital Rivadavia:

—Y no me dieron bola, Cacho, no me dieron ni bola. Me tuvieron como una hora y media esperando antes de atenderme; cuando se quisieron acordar ya había perdido el bebé. No sabés el dolor, Cacho, el odio...

Ese chico era lo único que habría quedado de José Luis, y Lucía lloraba. Cacho, que siempre tenía alguna, esa tarde no encontraba palabras. Era como si todo se hubiese conjurado contra ellos. En medio de los preparativos y las despedidas el dolor le duraba, pero esa noche su madre había preparado sus especialidades árabes más requeridas:

—Bueno, allá sí que vas a poder comer la comida de la tierra, Envar. Ahora sí. La verdad, casi te envidio...

Le dijo su padre. Su hermano mayor, Munir El Kadri, vivía en Beirut, y Cacho pensaba ir a pasar esos cinco o seis meses de exilio a su casa. En esos días, Beirut era una ciudad estilo occidental, coqueta y próspera, llena de grandes hoteles, casinos y oficinas: la Montecarlo del Mediterráneo Oriental. Esa noche, los brindis significaban mucho más que de costumbre. A la mañana siguiente, Cacho y su compañero José Luis Martínez se presentaron en Puerto Nuevo: iban en el coche de José, y había otro, Rubillo, que los cubría aparentando que no los conocía. El revisor de aduana se asombró de que tuvieran una valija tan grande:

—¿Qué lleva ahí? ¿Por qué está tan pesada?

—No, nada, unos libros.

—¡Abralá!

Cacho empezó a hacer como que la iba a abrir.

—Son para regalo.

—Dele, que se nos va el barco...

—Bueno, vayan...

Cacho llevaba su ropa, el pasaje a Beirut, 100 dólares y su revólver 38. Desde Colonia siguieron en el coche hasta Montevideo: la ciudad parecía tomada, no tenía relación con la que Cacho había conocido siete u ocho años antes. Liliana fue a verlo y se pasaron tres días juntos, antes de la separación: justo ahora, que había encontrado por fin una mujer que le importaba en serio, tenía que dejarla. Cacho volaría a San Pablo, donde unos amigos árabes de su padre lo hospedarían hasta que consiguiera una combinación para Beirut.

Antes de dejar Montevideo, Cacho le dio su 38 a un amigo uruguayo. Cuando fue a tomar el avión se dio cuenta de que era la primera vez en mucho tiempo que no estaba armado, y se sintió medio desnudo.

Seis

—Vicki, al mediodía no te comprometas con nadie que tenemos que ir a buscar a un compañero.

—Sí, amor, como digas. ¿Quién es?

—No lo conocés... Se llama Ring.

Emiliano Costa no solía dar muchas explicaciones, pero Vicki Walsh estaba muy sedosa últimamente. Le parecía que el embarazo, además, la hacía más linda. Le preparó el café con leche con tostadas y la despidió con un beso.

—Acordate que te vengo a buscar al mediodía.

Cuando se fue, Emiliano se dijo que él también había cambiado bastante: no quería más líos de polleras y estaba construyendo una relación madura con Vicki. Por eso habían decidido casarse, presentar a las familias y darle un marco formal al hijo que esperaban. Todavía no habían sacado fecha en el registro civil: Emiliano pensó que lo mejor era empezar con un golpe más o menos impresionante. Al mediodía volvió a buscarla en el Citroën. A las pocas cuadras, le pidió algo casi rutinario:

—Vicki, tabicate que tenemos que pasar a buscar a Ring por una casa operativa.

Ella clavó los ojos en el *Clarín* para no saber dónde iban, y siguió hablando como si tal cosa. Pocos minutos después, Emiliano estacionó.

—Llegamos. Esperá que enseguida vuelvo...

Vicki estaba entrenada y ni siquiera sospechó que estaba en la calle Libertad, a pocos metros de Corrientes. Emiliano entró a un local y volvió a salir con un estuche chiquito. Se subió al Citroen, lo puso en marcha y antes de arrancar, le dijo a Vicki:

—¡Sorpresa!

Ella recibió la cajita abierta de manos de Emiliano y quedó impactada al ver las dos alianzas.

—¡Sos un loco!

—Mirá que son de oro puro, le traje al joyero la malla de oro del reloj que me regaló mi viejo...

Se dieron un beso largo, y se pusieron los anillos. Detrás, un colectivo los quería deshacer con la bocina. Al día siguiente consiguieron fecha para el jueves 3 de enero en el registro civil de la calle Uruguay.

Esa mañana, Emiliano se puso el saco claro de solapa ancha con olor a armario; ella tenía un vestido suelto que le daba aspecto de colegiala. Hacía calor y antes de que el juez los hiciera pasar, Emiliano hizo las presentaciones de rigor:

—Papá, el señor es el padre de Vicki...

—Encantado, Miguel Costa.

—Mucho gusto, Rodolfo Walsh.

—Bueno, seremos consuegros, ¿no?

Para sorpresa de Emiliano, su padre le arrancó una sonrisa a Walsh. Eso lo distendió un poco: por más que su padre estaba retirado, era un comodoro de la Fuerza Aérea, que se había levantado en armas contra Perón, y Walsh, además de autor de *Operación Masacre*, era uno de los cuadros de la inteligencia montonera.

Una amiga del comodoro les consiguió un departamento prestado en la calle Soldado de la Independencia, cerca del Hospital Militar. Sabían que el barrio estaba lleno de oficiales del Ejército, pero lo primero que notaron fue que el calefón no tenía fuerza, la heladera no enfriaba y no tenían cocina.

—En invierno, esto va a ser tremendo.

Vaticinó él, que consiguió un anafe para calentar la comida y un ventilador de pie para pasar el verano. Eran tiempos de cambios para Emiliano: lo estaban por transferir a la columna Oeste del gran Buenos Aires de Montoneros. A los pocos días tuvo una cita con José. Era una despedida:

—Che, Fernando, me enteré que vas a integrar la conducción de la columna Oeste. Te felicito, che...

—Sí, yo no conozco mucho la zona, pero de a poco me iré integrando.

Emiliano se despidió de José y también del nombre Fernando: había decidido que en su nuevo destino lo llamaran Simón, por Bolívar.

Antonia Nievas había quedado presa en la jefatura policial de Tucumán y Luis en la cárcel provincial de Villa Urquiza. Tenían causa en el juzgado federal de Rafael Santos por asociación ilícita, tenencia de armas y explosivos. Hasta agosto de 1974, los que pasaron por el juzgado de Santos acusados de subversión salieron en libertad. Los policías se quejaban de que Santos era demasiado legalista y que, en cuanto había cualquier vicio de procedimiento, largaba a los subversivos. Incluso, decían que Santos estaba

en connivencia con la guerrilla. Pero el procedimiento policial con Luis y Antonia había sido correcto y había muchas pruebas. Y en cualquier caso, a esa altura, las denuncias de torturas a Luis resultarían una cuestión menor.

A principios de 1975 había menos de medio centenar de presos políticos en Tucumán y los militares le reclamaban al gobierno que para combatir a la guerrilla rural necesitaban trámite sumario, manos libres, que con el código procesal no iban a ninguna parte. La inteligencia militar sostenía que en las poblaciones del sur de la provincia la guerrilla recibía cierto apoyo y que para neutralizarlo debían ejercer un control absoluto. El 5 de febrero, la presidenta y todo su gabinete firmaron un decreto que ordenaba que «el comando general del Ejército procederá a ejecutar todas las operaciones militares que sean necesarias a efectos de neutralizar y/o aniquilar el accionar de los elementos subversivos que actúan en la provincia».

El general Acdel Vilas, jefe de la Quinta Brigada del Ejército, ocupó Famaillá y lanzó el Operativo Independencia. En Famaillá vivían unas 200 familias de cañeros. Los militares requisaron casa por casa: como en Famaillá no había cárcel, se llevaron a los detenidos a la escuela del pueblo, vacía por vacaciones.

Antonia se enteraba de estos movimientos a través de sus padres, que la visitaban en la jefatura: las patrullas militares iban a Colonia Chazal y a otras colonias, revisaban todo y se llevaban por unos días a algunos pobladores que volvían aterrorizados. Zoilo, el padre de Antonia, le contó que los amenazaban, que les decían que si llegaban a colaborar con la guerrilla comunista los iban a matar, que estaba en juego la patria. Zoilo le contó que ya habían ido varias veces a su casa y que días antes se habían llevado a un vecino.

—Lo tuvieron una semana, le hicieron cocinar, limpiar los pisos, le dieron una flor de biaba porque decían que es correo, que es guía y no sé cuántas macanas...

Alguna vez, Antonia vio pasar por los pasillos de la jefatura a algún preso encapuchado, muy golpeado. Las celadoras decían que los que llegaban del sur venían todos así.

Enero de 1975. «Dueños de una de las tradiciones culturales más sólidas del mundo hispano, provistos de una infraestructura y de una tecnología preparadas para la expansión inmediata, los argentinos pasaron en la década del 40 al primer puesto de la producción editorial en lengua española, mientras la industria peninsular agonizaba bajo los efectos del franquismo.

Ahora, treinta años más tarde, la situación no sólo se ha revertido sino que la industria editorial argentina puede llegar a convertirse en una de las más maltratadas de Latinoamérica», decía, en *La Opinión Cultural*, Andrés Avellaneda.

En *Redacción*, Luis Gregorich reseñaba el año literario que acababa de terminar: «Los escritores argentinos de la generación madura no han dado motivos, este año, para el asombro o la indignación de sus lectores. Cortázar, Sabato, Mujica Láinez se han limitado a testimoniar su decadencia, en algún caso con cierto regodeo y en otro con inevitable resignación. La aparición de las obras completas de Jorge Luis Borges en un solo tomo no es sino una nueva variante de una especie de ediciones prematuramente póstumas que se vienen haciendo de este escritor desde hace unos años. A esta altura no es necesario alardear de nacionalismo cultural: por consiguiente, podemos considerar a *Yo, el Supremo* de Augusto Roa Bastos como uno de los puntos más altos del año literario argentino.

»Más prometedor resulta el panorama de lo que podría llamarse la “generación intermedia” y también el de los escritores jóvenes. Daniel Moyano, por ejemplo, ha publicado dos libros —una novela corta, un libro de cuentos— que reafirman la solidez y la originalidad de su talento. Isidoro Blaisten, Haroldo Conti, sea en forma de libro o en publicaciones fragmentarias, han demostrado también que su capacidad creadora no se ha agotado. (...) Entre los jóvenes, la facilidad y la fecundidad pueden ejemplificarse con dos figuras: Enrique Medina y Jorge Asís». En esos días, la lista de los best-sellers de ficción mostraba a *Juan Salvador Gaviota* de Richard Bach, firme a la cabeza; detrás, *El exorcista* de William Blatty, *Abbadón, el exterminador* de Ernesto Sabato, *Odessa* de Frederick Forsyth, *El recurso del método* de Alejo Carpentier, *La tregua* de Mario Benedetti. En no ficción aparecían *El varón domado* de Ester Vilar, *Las venas abiertas de América Latina* de Eduardo Galeano, *Confieso que he vivido* de Pablo Neruda, *Psicoterapia del oprimido* de Alfredo Moffat, *El archipiélago Gulag* de Alexander Soljenitzin, *El Antiedipo* de Deleuze y Guattari y varios libros de Perón, todavía.

El año que empezaba no prometía grandes cosas. Las mayores expectativas estaban centradas en el nuevo libro de Gabriel García Márquez, *El otoño del patriarca*, su primera novela después de *Cien años de soledad*, tan anunciada. «No es un libro grueso —decía García—. Es apenas un poco más grande que *Cien años*, pero muy distinto. Lo que más me convence del libro es su confusa unidad, la impresión vaga que se tiene después de haberlo

leído, como en ciertos libros de Virginia Woolf». La novela trataba de un dictador latinoamericano y fue, por supuesto, el best-seller excluyente del año.

—No, chico, tú no te preocupes por nada. Tú por ahora diviértete, pásala bien, y ya iremos viendo qué trabajo te podemos dar. Pero no te preocupes, chico, tú ahora tienes que descansar, que las has pasado muy duras...

Mendoza, el cubano que estaba a cargo de su caso, siempre le decía lo mismo. Ya hacía casi dos meses que Nicolás Casullo estaba en La Habana, y todo era como unas largas, involuntarias vacaciones. Nicolás pedía que le dieran un trabajo, algo que hacer, y siempre le decían lo mismo:

—Ya va a llegar, chico, ya vamos a ver en qué te ponemos. Pero por ahora tú tienes que descansar, tranquilo, no te preocupes de nada.

Los días eran largos y aburridos. Nicolás solía encontrarse a comer con Silvia Rudni, Jorge Bernetti, Quito Burgos y Marta Fernández, que estaban en su misma situación. Los cubanos los alojaban, les daban algún dinero, los invitaban a actos, salidas, cines y comidas y hasta les mandaban los cables de Prensa Latina sobre la Argentina: eran de una amabilidad exquisita, pero no se decidían a ocuparlos en nada. Aunque de vez en cuando los convocaban para una charla sobre la situación argentina con funcionarios de Relaciones Exteriores, que trataban de conseguir toda la información posible. Así, Nicolás empezó, ya desde afuera, a repensar la historia de esos últimos años. Era muy raro: lo vivido en esos dos últimos años se le aparecía como ramalazos de una extraña locura. Como si se viese en una escena donde nunca se había visto, y los hechos recordados cobrasen de pronto una silueta alucinada. Tenía la sensación de una ráfaga, de algo repleto de caras, palabras, crispaciones y sueños que se le habían escapado como agua entre las manos.

Nicolás ya había paseado docenas de veces por las calles de La Habana Vieja, ya había ido a ver incontables películas, ya había caminado tardes y tardes melancólicas por el Malecón, mirando los colores del Caribe. Ya había nadado en todas las piscinas, comido en todos los hoteles, ya se había emborrachado muchas veces en el salón del suyo, el Savoy, mientras la orquesta Aragón tocaba sones, mambos y boleros. No dejaba de esperar que le ofrecieran un trabajo en *Prensa Latina*, *Casa de las Américas* o la revista de la *Tricontinental* y, mientras tanto, extrañaba horriblemente a Ana Amado.

Que ya estaba en Caracas, con Victoria y Pepe Eliashev: se hablaban por teléfono una vez por semana y ella le insistía para que fuera lo antes posible. Nicolás le decía que en cuanto pudiera, pero le daba pudor decirle a los cubanos, que lo trataban tan amables, que quería dejar su veraneo caribeño. Y, al mismo tiempo, lo avergonzaba seguir viviendo de la beneficencia revolucionaria. Mientras, Ana le iba mandando a la madre de Nicolás unas cartas que él le había preparado antes de salir de Buenos Aires, donde le contaba lo bien que le iba, lo bueno que era su trabajo en la Unesco: para tranquilizarla.

Para ver si aceleraba el tiempo, Nicolás empezó a escribir un artículo sobre la situación en la Argentina para *Tricontinental* y un cuento sobre su abuelo joven, recién llegado a Buenos Aires, escribiendo cartas a sus parientes allá en el Ligure sobre la nostalgia de haber caído en esa tierra extraña. En el cuarto del Savoy sonaba, sin parar, radio Reloj:

—Avanza la lucha de clases. Santo Domingo: una huelga de los maestros paralizó las escuelas del país. Son las 18 y 45. Avanza la lucha de clases. Angola: las fuerzas revolucionarias del Movimiento para la Liberación de Angola tomaron hoy la ciudad de...

Y alguna canción de Pablo Milanés o de Silvio Rodríguez, que estaban empezando. En la casa de una amiga argentina, Nicolás había conseguido una docena de números viejos de *Pensamiento Crítico*, la revista cubana que había sido uno de los espacios más importantes de la teoría marxista latinoamericana, y los leía con cierto desconuelo: hacía tiempo que había dejado de salir, y ese tipo y nivel de reflexión ya no circulaban en la isla. Las librerías eran desoladoras: muchos novelistas rumanos y búlgaros, mucho manual de odontología soviética y casi nada más.

—Me parece que nosotros necesitamos de las contradicciones del capitalismo: de lugares donde podamos movernos por nosotros mismos y golpear puertas, meternos, abrirnos camino como se pueda, escribir en cualquier parte pero escribir lo que pensamos que tiene que decirse.

Le dijo, una noche, a Jorge, mientras esperaban el cerdo y los frijoles.

—México sería el mejor lugar en ése sentido, ya hay gente exiliada allá que empezó la tarea política de dar a conocer la represión que se está desatando en el país.

—Pienso que Caracas también. El gobierno de Carlos Andrés Pérez permitiría esas cosas. No sé, son ocurrencias, acá no entiendo qué somos. ¿Volveremos en unos meses? ¿Y si no volvemos en unos meses en qué nos vamos a convertir?

Nicolás ya no aguantaba seguir como un peso muerto para el presupuesto cubano. Finalmente se armó de coraje y le explicó a Mendoza que necesitaba reunirse con su mujer en Venezuela y que allá tenía la posibilidad de trabajar en un diario del Movimiento al Socialismo.

—Como tú quieras, chico. Pero no te olvides de que acá siempre tendremos un lugar para ti.

Hubo agradecimientos, algún chiste, abrazos verdaderos. Pocos días después, Nicolás se tomó el avión para Caracas.

—Bueno, ahora vamos a escuchar el informe del responsable sindical.

El Petiso Esteban había reemplazado al Piqui Puyol como responsable de la regional Sur del PRT. Era muy medido, hablaba seco y, a diferencia de muchos otros militantes, se vestía prolijo y siempre estaba afeitado y limpito.

Empezaba 1975, y hacía bruto calor. Todos miraron a Daniel De Santis, que sacó un papelito con algunos garabatos, números, iniciales: un ayudamemoria. Poco antes lo habían promocionado: estaba en la dirección de la regional Sur, que abarcaba La Plata, Berisso, Ensenada y el sur del gran Buenos Aires. A fines de 1974, el buró del PRT había impulsado la edición de boletines fabriles: en las empresas grandes donde tenían trabajo debían hacer una revista de dos o tres pliegos para repartir entre los que consideraban obreros de vanguardia. Por eso estaban haciendo un recuento de las fábricas de Berisso y Ensenada donde tendrían que imprimir boletines:

—Bueno, en Propulsora dirigimos un conflicto junto con compañeros de otras agrupaciones, tenemos varios simpatizantes, una célula de aspirantes y muy buena influencia política; en la destilería YPF ya hemos conformado el comité fabril con tres células de obreros de fábrica y ya se está armando una escuadra del ERP y una célula de aspirantes en Astilleros Río Santiago; una célula en el Swift; otra de la Juventud Guevarista en Petroquímica General Mosconi...

En La Plata los más fuertes eran los Montoneros, pero Daniel subrayó que en los últimos meses había cambiado la composición de clase del PRT en la zona y que el trabajo estaba orientado a la vanguardia, que el crecimiento era más en calidad que en cantidad. Daniel prefería el estilo del Piqui Puyol, más político, más de sacar el PRT para afuera, pero se conformaba con la prolijidad de Esteban.

Pocos días después, la policía detuvo a una célula del ERP que estaba concentrada para salir a robar un banco en Claypole. Uno de los presos fue Esteban. Otro fue Roberto Sánchez, el Gordo, el jefe del operativo. El Petiso

y el Gordo conocían la casa donde vivían Daniel y Silvia, su compañera, que estaba embarazada de ocho meses. Daniel salió de Propulsora a las dos de la tarde y fue a una cita con el militante que le hacía de enlace con la dirección del PRT. El tipo lo tranquilizó:

—Dicen que si la casa la conocen sólo el Gordo y el Petiso no hace falta levantarla, que ellos no se van a quebrar.

Daniel no estaba seguro si algún otro detenido conocía la casa y no tenía dudas de que los estarían torturando con todo. Le parecía arriesgado quedarse, y más con la panza que tenía Silvia. Esa noche durmieron en la casa de un simpatizante del ERP y al otro día volvieron a su casa: armaron cajas, lavaron la ropa sucia, embalaron todo y lo dejaron ahí para llevárselo al otro día, si conseguían una camioneta. Silvia estaba por cerrar con llave.

—Esperame un minuto.

Daniel volvió a entrar y agarró la radio tonomac de onda corta con la que captaba radio La Habana y el noticiero en castellano de radio Moscú. Esa noche no pensaba moverse de la casa donde se estaban guardando. Silvia se durmió enseguida, y Daniel se quedó hasta tarde escuchando los informes sobre la inminente caída de Saigón. Según radio Moscú, varias divisiones vietcongs se estaban alistando en Cu Chi, una zona cauchera arrasada por el napalm. La radio contaba que antes de la segunda guerra, cuando empezaron a pelear contra los colonos franceses, los comunistas instalaron sus primeras bases en Cu Chi en cuevas subterráneas. Ahí los militantes dormían y salían a hacer propaganda entre las cuadrillas de obreros que extraían la resina para fabricar las cubiertas Michelin. Con los años, las cuevas tuvieron larguísima túneles, depósitos, enfermería. Ya medio dormido, escuchó que hasta tenían salas de parto. Le tocó la panza a Silvia y la tonomac siguió hablando sola, entre ronquidos. A las cinco y media de la mañana Daniel se levantó para ir a la fábrica. Le dio un beso a Silvia:

—Yo llegaré a la casa a eso de las dos y media con la camioneta. Tratá de ir un par de horas antes, así vas embalando lo último...

Esa tarde, Daniel dejó la camioneta a unas cuadras, por si acaso, y caminó hacia la casa bajo el sol picante de la siesta. Iba mirando para todos lados: no había policías a la vista. Pero cuando llegó tuvo un momento de pánico: la puerta había sido destrozada a patadas y barretazos. Pensó en Silvia y se le cruzó la imagen aterradora de su mujer en una sala de tortura. Se dijo que tenía que mantener la calma. Pensó volver a la esquina: quería llegar al almacén y pedir una cocacola, a ver qué le decían. Pero desde una ventana de

la casa de al lado, una chica joven con el pelo y las cejas teñidos de rubio le chistó y le sonrió:

—Eh, venga, venga, no se escape...

La vecina lo hizo pasar y le habló en voz baja. Le dijo que habían llegado soldados, que se habían metido en la casa y que habían roto todo: que al principio nadie entendía nada, pero que otro vecino les dijo que era por el del rastrojero.

—Ese que sabe venir seguido, uno muy feo, no como usted; que dicen que salió en los diarios... Me tiene que agradecer, porque cuando la vi llegar a su señora la paré, le avisé y se volvió sin que la vieran.

Daniel le aceptó dos vasos de agua fría y se fue corriendo a buscar a Silvia. No la encontró en la casa donde estaban parando. Agarró la moto y al cabo de un rato la localizó en la casa de otros compañeros suyos. Sólo cuando vio que ella estaba bien se puso a pensar que estaba metido en un problema grave: la casa allanada estaba alquilada a su nombre. Aunque no habían caído documentos ni armas, pensó que la policía podía saber que él era el responsable sindical de la regional Sur. Daniel apostó una vez más al respaldo que le daba su militancia gremial:

—No, mi amor, yo mañana voy a ir a trabajar igual...

—Daniel, te pueden agarrar, te pueden matar.

—Me pueden matar, pero no creo que quieran pagar ese costo político.

El 28 de febrero, en el Instituto Médico Platense, nació Ernesto De Santis. Ese día Daniel tenía que reunirse con la mesa nacional sindical del PRT en Córdoba: había pedido franco por paternidad en Propulsora y estaba por viajar, pero cuando Silvia empezó con las contracciones Daniel decidió quedarse. Total, si todo iba bien podría hacer las dos cosas: a las dos menos cuarto de la tarde salía el tren de La Plata que empalmaba con subte hasta Retiro, y de ahí a Córdoba. El parto empezó a mediodía. Daniel se quedó afuera, pero el médico salió a buscarlo:

—Ella quiere que esté adentro, pase.

Le pusieron un gorro y un barbijo. El médico le explicaba todo. Pero Ernesto se demoraba. A la una y media, Daniel se dio cuenta que perdía el tren. Ernesto apareció recién una hora después. Silvia estaba feliz. Daniel se emocionó. Se olvidó del tren y en ese momento entró otro médico:

—¿De Santis?

—Sí.

El médico se puso rojo de vergüenza.

—Vea, a mí me mandó la empresa; por la licencia que usted pidió. Yo no sé a qué me mandan, yo soy médico, no sé que tengo que hacer acá. Le juro que me da calor hacer de vigilante.

Daniel pensó decirle que nadie lo obligaba a hacer lo que no quería, pero no era el momento: le firmó una planilla y se quedó mirando cómo su hijo chupaba la teta de su madre. E hizo un cálculo rápido: si Ernesto hubiera nacido a las once o doce, él habría salido para Córdoba, y la empresa habría tenido la excusa que buscaba para despedirlo.

Enero de 1975. Ese año se celebraba en todo el mundo, por primera vez, el Año Internacional de la Mujer, y la revista *Panorama* intentaba un cuadro de situación. El artículo se titulaba «Mujeres al ataque»:

«Las mujeres están hoy en todas partes y son, según la sospechosa definición del psicólogo argentino Andrés Regner, “la última plaga laboriosa de la especie”. Telegrafistas, conductoras de automóviles —aun de camiones—, obreras, empleadas en altos cargos ejecutivos, políticas, ya no se disimulan tanto tras la sombra del marido, o del padre. Hace treinta años, por lo menos en Buenos Aires, se decía: “Fulana fuma” y la designación implicaba excepcionalidad, rareza o pecado.

»Hoy, decir que la mujer es libre resulta francamente redundante, cuando no anticuado. Pero entonces, bien puede uno preguntarse: ¿a qué viene tanto ruido a propósito de la llamada liberación femenina, de los proclamados derechos de la mujer o de las luchas reivindicativas en lo que al sexo débil respecta? Es de esperar que algo ocurra, que algo esté cambiando vertiginosamente en la complicada sociedad humana.

»Hace apenas unos días, el presidente de Francia, Valéry Giscard d’Estaing, inauguró el Año Internacional de la Mujer —inspiración de las Naciones Unidas— en compañía de treinta y dos mujeres ministros de todo el mundo. El acto puede parecer obstinado y acaso peyorativo; es como si dijéramos: y bien, a pesar de ser ustedes mujeres han llegado a ser tan importantes como los hombres, lo cual no es poco.

»Sin duda, no bastan las declaraciones oficiales para que la condición femenina evolucione. Una transformación lenta y sostenida fue modificando a la mujer que un día vivía atada a las cacerolas y hoy vende nafta en los surtidores o preside, como es el caso de María Estela Martínez de Perón, el destino de todo el país.

»Lo importante, sin embargo, no consiste en observar exclusivamente los casos excepcionales. En Buenos Aires, María Inés Di Ghiam, secretaria del

sindicato de Empleados de Comercio, opinó que sería apresurado hablar de una revolución en las costumbres cuando sólo se tienen ante los ojos mujeres como Margaret Thatcher, líder del partido Conservador británico, o como Indira Gandhi: “Son personas de talento que han alcanzado posiciones relevantes no porque sean mujeres. Y luego, hay que ver hasta donde las dejarán llegar”.

»DOS CARRERAS A LA VEZ. Quizá convenga mirar al resto, al conjunto más bien anónimo de mujeres que trabajan y siguen, sin embargo, desempeñándose como madres, esposas, cocineras y planchadoras en sus propios hogares. ¿Es fácil para ellas equiparar al hombre en las tareas ajenas a la casa y seguir, no obstante, al mando de la misma? Ana María Suárez de Giglio, de 32 años, casada, dos hijos y empleada en un estudio jurídico, no cree que lo sea en absoluto: “Es casi un martirio —dijo—, porque la cuestión de los chicos aparece siempre como el mayor escollo: no se los puede dejar en cualquier parte, sencillamente porque, al menos en los dos primeros años de la vida, exigen la presencia de la madre. Por otra parte, hay que tener la casa en forma y además preparar la comida, ya que no todo el mundo puede pagarse mucamas y cocineras permanentes”.

»La libertad es dura. Pero tiene sus matices. Es el caso, por ejemplo, de la taxista Griselda Roldán, una morocha de rostro alegre que no representa sus 48 años: “Yo llevo a la nena conmigo en el auto —dijo la semana pasada—, así la controlo y le doy de comer a sus horas. Además, ella se distrae y aprende a conocer a la gente”.

»El hecho es que, hasta ahora, ninguna sociedad resolvió totalmente el problema de los hijos. En los países del Este de Europa se llegó a calcular que más valdría pagar un salario completo por tres años a las mujeres que acaban de dar a luz que sostener el funcionamiento de guarderías colectivas. En la Argentina la discutida Ley de Contrato de Trabajo incluye, para la mujer, la opción a un año de licencia sin goce de sueldo, con la posibilidad de reingreso, cumplido ese plazo, luego del parto. “Esta medida —explicó sonriente la gremialista Di Ghiam— hizo que los empresarios pusieran el grito en el cielo, pero ésa es una reacción normal, con el tiempo irán acostumbrándose. Lo cierto es que la licencia por parto constituye un avance”.

»En términos generales, la cuestión no es tan sencilla, ya que, en el mejor de los casos, las mujeres suelen verse obligadas a sostener dos carreras sucesivas: hasta los 30 años —la estimación es global—, la de dar hijos al mundo, y después la suya propia, sea cual fuere, en el cotidiano terreno

laboral. Esta inevitable dualidad las retrasa con respecto al hombre. Por eso se sigue hablando de desventajas, y las feministas, esas intolerantes cuestionadoras de la naturaleza, muestran los dientes.

»¿IGUALDAD, FRATERNIDAD, COMPLICIDAD? Cuando se piensa que en la Argentina, según el censo nacional de 1970, hay alrededor de tres millones de mujeres económicamente activas y cerca de un millón 500 mil dedicadas a los estudios universitarios, parece obsoleto plantearse aún problemas de privilegio “machista”, o anacronismos tales como la mentada diferencia de nivel intelectual entre mujeres y hombres. Durante mucho tiempo se creyó que el menor peso del cerebro femenino era un rasgo decisivo a favor del hombre. Se trataba de una ilusión, que aun las mismas mujeres alentaban de forma pasiva: “A lo sumo —explicó el neurólogo Alfredo Gómez Pizzuti—, podría hablarse de diferencias en los grados de sensibilidad... Lo más probable es que las mujeres, en poco tiempo más, se dediquen a la filosofía o a las matemáticas con la misma suerte peregrina de los hombres, ni más ni menos”.

»Por lo pronto el mundo está lleno de escritoras e investigadoras de todo orden, para escándalo, si viviera, del agrio y punzante Schopenhauer, quien dijo que la mujer era un animal de cabellos muy largos y de ideas muy cortas. Las feministas —volvemos a ellas— no olvidaron esos dardos y hoy responden con despropósitos equivalentes, aunque de sentido inverso. Según la SCUM (Sociedad para eliminar al hombre), “los machos” son innecesarios, enfermizos, posesivos... Afortunadamente, las extremistas del SCUM viven en Norteamérica soñando permanentemente con la lucha armada pero sin abordarla.

»Más lúcidas, las mujeres que hoy ocupan posiciones encumbradas, ya sea en el plano político como en el intelectual, desechan radicalizaciones y extremismos: “No acepto los llamados movimientos de liberación femeninos —afirmó Di Ghiam—, no comprendo siquiera la razón de su surgimiento y el objetivo de sus luchas. Un enfrentamiento entre el hombre y la mujer presenta un planteo falso, ya que quien los enfrenta es la sociedad misma, y para cambiarla tendrán que ir juntos”.

»Compartir responsabilidades es, de algún modo, fraternizar, complicarse en el logro de un mismo objetivo. ¿Es esto lo que busca la mujer moderna?

»A LA CONQUISTA DEL OFICIO. La diputada por el Movimiento Popular Jujeño, María Cristina Guzmán, de 27 años, casada, con tres hijos, admitió que la mujer se interna cada vez más en el difícil camino de la autoafirmación: “No es un camino de rosas —dijo—; todavía es escasa, por

ejemplo, la participación femenina en las estructuras de los partidos políticos. Debemos ser realistas: buena parte del cambio que se está experimentando en el seno familiar se debe al hecho de que ahora hacen falta dos sueldos para vivir, y entonces conviene que la mujer salga a trabajar. Por otro lado, esta necesidad objetiva despierta necesidades psicológicas: la mujer se prueba a sí misma y crece como individuo”.

»Elsa Usandizaga, socióloga de 32 años, también madre de tres hijos y directora de varios proyectos de análisis de mercado, sostiene que el factor relevante de los nuevos tiempos es el ingreso de la mujer en el mercado de trabajo: “Somos ahora una clase en ascenso, esforzada y laboriosa. ¿No ha notado usted que las mujeres son por lo general excelentes trabajadoras? Eso se debe a que tienen que demostrar permanentemente que, a pesar de ser mujeres, pueden desempeñarse tan bien como los hombres. Además, esto lo sabe todo el mundo, la mujer como alternativa de mano de obra es bastante más barata que el hombre”.

»Usandizaga agregó después que, hasta hace treinta años, por lo menos en la Argentina, las mujeres no pasaban de ser maestras, parteras, artesanas, enfermeras, modistas... Actualmente, sólo en Buenos Aires, hay más de quince mil mujeres egresadas de la Universidad; el encasillamiento que las hacía parecer “hombrunas” pertenece, pues, al pasado.

»LO QUE VENDRÁ. Cuando algún escándalo conmovía a los franceses de la *Belle Epoque* la consigna susurrada con un guiño picado era *cherchez la femme* (busquen a la mujer). Incuestionablemente, era ella la intrigante, la tejedora de enredos en la tibieza de las alcobas. Se hablaba del eterno femenino, del caprichoso carácter frágil y quebradizo de las bellas. ¿Quedarán vestigios de ese mundo? Hace poco, Amín Dada, el desopilante presidente de Uganda, destituyó de su alto cargo a la hermosa Elizabeth Bagaya, una venus negra de 33 años, ministra de Relaciones Exteriores, por añadidura. Según Dada, Bagaya cedió a los reclamos amorosos de un blanco en Orly. He ahí el eterno femenino, tan falible, en todo caso, como el eterno masculino. Cabe aún una pregunta más: ¿se sienten las mujeres verdaderamente libres? ¿Intentan llegar a ser —como lo pretende cierta literatura fantástica— excitantes fagocitadoras del hombre en un reino que sólo sería de ellas?

»Una reciente encuesta europea detectó que las francesas e italianas, principalmente, no desean para sí una “libertad a la sueca”, donde el papel asignado a cada sexo es intercambiable hasta grados exasperantes. Por ahora, precisaron, sólo pretenden ser equivalentes al hombre en la lucha por la vida, lo cual no siempre es dulce.

»Ni Barbarellas ni vamps... Tampoco muñecas domésticas ni atletas musculosas. En julio del año pasado, la socialista francesa Gisele Halimi instigó a sus correligionarias a entrar en la vida activa aunque eso significara una doble jornada de trabajo: “Si no lo hacen —manifestó— puede ser que un día se encuentren siendo socialistas, pero seguramente seguirán siendo oprimidas”. Con seguridad, el ejemplo no sólo vale para las socialistas».

La JP Lealtad los decepcionó pronto. En cuanto vieron que Framini tenía razón: que ese espacio intermedio entre el peronismo montonero y el ortodoxo no existía, que no tenía posibilidades de funcionar en un momento de radicalización y que, fatalmente, los que lo intentaron se fueron acercando cada vez más a la ortodoxia del Movimiento. Y, además, Horacio González vio con desazón que en la Lealtad se reproducían las conductas que menos le gustaban de los Montoneros.

Primero lo pensó cuando, poco después de la ruptura, hubo una discusión encarnizada para ver si los militantes del nuevo grupo iban a mantener los mismos «grados militares» que tenían antes. Y, más todavía, cuando se dio cuenta de que, en general, los leales seguían con el mismo estilo militarista que habían criticado en los Montoneros, y se lanzaban a algunas acciones armadas muy mal planeadas, peor ejecutadas y sin explicación política clara.

Y, además, su UB también sufrió la violencia del momento: una bomba no muy potente, que les avisó que estaban en el medio del fuego cruzado: los militantes de Floresta sospecharon que la habían puesto los Montoneros, pero no podían estar seguros de que no hubiera sido la Triple A.

Horacio estaba decepcionado, y su grupo de la UB de Floresta también. Hacia fines de año decidieron desconectarse de la Lealtad y mantener el funcionamiento en el barrio sin depender de ningún grupo.

Era una reducción: apenas sí podían seguir con las tareas más inmediatamente reivindicativas o reunirse para discutir, desde afuera, sin posibilidades de intervenir, la coyuntura política. Era una militancia casi testimonial, sin peso: como quien no quiere decir que no está, pensaba Horacio, pero no está realmente. Ellos, mientras tanto, se veían como militantes revolucionarios replegados en la base a la espera de tiempos mejores. Uno de esos días, un muchacho de la JP que había quedado con los Montoneros le hizo llegar el dato de que se cuidara, porque sus ex compañeros «lo tenían en la mira». Horacio no sabía si era cierto, pero igual puteó y se asustó. Y, al mismo tiempo, en el barrio lo conocían como

montonero: no podía estar seguro de que las Tres A no intentaran algo contra él.

Eran tiempos tristes, difíciles. Horacio había perdido, con la intervención de Ottalagano, su cátedra universitaria, y sólo conservaba su trabajo como sociólogo en el Pami, donde colaboraba con la organización de un nuevo sistema de salud para los jubilados: no tenía que ir demasiado a menudo y le garantizaba un sueldo a fin de mes. Y, entre tanto, estaba intentando, por enésima vez, recomponer su vida familiar. Era como si la historia se le estuviera escapando más y más.

Julio Urien ya no estaba en la unidad básica de Paternal. Cuando se quedó sin su sueldo de la Armada, la organización Montoneros le pasó una asignación mensual, poco menos que un sueldo mínimo. Pero el pase a la clandestinidad modificó algunas cosas. Fito, el nuevo responsable de su ámbito en la columna Capital, le dijo que iba a tener que trabajar:

—Mirá, Boina, hay una resolución de la conducción por la cual todos los cuadros tienen que insertarse en la producción.

Julio estaba medio clandestino y no tenía ningún oficio fabril, pero a los pocos días un compañero suyo le consiguió trabajo en una carpintería en Villa Adelina: era en el partido de San Isidro pero del lado pobre. El encargado se alegró de ver un tipo fortachón:

—Fenómeno, pibe, tenés buenos brazos para lijar madera... ¿Vos ya trabajaste en el gremio?

—No, pero me las rebusco.

Lo dejaron frente a una gran pila de tablones y un caballete. Julio pensó que no le iba a resultar difícil, que era una cuestión de aprender el oficio: los años de entrenamiento y gimnasia lo ayudarían. Sin embargo, al cabo de unas horas el calor le resultaba pesado, el aserrín se le metía en la nariz y los ojos y le dolían las manos y la espalda.

De a poco, Julio aprendió a usar el tupí, el cepillo, la sierra sinfín. Dormía muy a menudo con Mariana: ellos no lo decían, pero prácticamente vivían juntos. Esa noche, como siempre, el agotamiento le agrandaba el hambre. Ella le cocinó milanesas con puré y él le habló de lo positivo de esa experiencia:

—Yo lo tomo como parte de la causa que abrazamos. Y para mí hay que ser coherente: si estamos luchando por la causa nacional y decimos que los trabajadores son la vanguardia de la revolución, me parece perfecto que los militantes nos formemos en un oficio o en un trabajo común...

—Bueno, Julio, pero seguramente cuando vos estabas en la Armada ni se te hubiera cruzado por la cabeza que podrías terminar trabajando de carpintero...

Julio recordó el viaje por el interior que hizo con su hermano Facundo y otros oficiales recién recibidos, en el verano de 1972.

—Mirá, una de las cosas que más nos impresionaban cuando vimos a los curas que vivían con los indios tobas o cuando nos encontramos con militantes populares era que no nos parecían unos charlatanes como muchos políticos, sino que trabajaban con la gente y para la gente. Así qué ahora me alegro de ser como ellos, ¿me entendés?

A fines de febrero, Emiliano Costa tuvo un presentimiento. Estaba con Vicki en la isla del Tigre donde Rodolfo Walsh tenía una casita, su refugio. Emiliano y Vicki iban, cuando podían, a pasar el día: comían un asado, paseaban en bote, leían un rato. Pero esa vez se trataba de unas vacaciones casi obligadas. En una práctica de tiro, Vicki desenfundó una pistola 22, la amartilló y el balazo se le escapó antes de apuntar. El plomo le atravesó el pie derecho y se lo tuvieron que vendar. Necesitaba unos días de reposo y aprovecharon para tomarse las vacaciones de rigor. Estaba cayendo la tarde: los mosquitos no tardarían en llegar pero por el momento el mundo era una armonía casi perfecta.

Leían en el muelle sobre el río tranquilo. Desde la boda, Emiliano había adquirido un tic que molestaba a Vicki: se sacaba y ponía la alianza mientras hablaba o leía. Emiliano no notó que los tablones que formaban el piso estaban un poco separados. Fue un segundo: el anillo se le escabulló entre los dedos, rebotó en la madera y se perdió en las aguas marrones. Los dos siguieron, sin poder hacer nada, el recorrido de la alianza, el plop final. Vicki se indignó un poco. Le dijo que era un distraído, que no había que jugar al límite de las cosas, que para qué buscar el peligro. Alguien le había dicho a Emiliano que las mujeres embarazadas cambian mucho, que buscan más seguridad o se ponen más sensibles. Además, el balazo, se dijo. Pero lo que realmente le impresionó fue no poder volver atrás, no haberse dado cuenta un segundo antes que, abajo, encubierto, había una especie de abismo. Miró el agua quieta de la orilla del río: parecía tan inofensiva y, sin embargo, le había tragado el anillo, el oro fundido del reloj que le había regalado su padre, y que había servido para sellar su relación con Vicki apenas dos meses atrás. Esa noche durmió mal: se despertaba a cada rato y se tocaba el dedo anular. Pero el anillo no estaba y Emiliano se dormía liviano y soñaba que salía desnudo a

la calle. Se sentía frágil y se levantó, prendió un cigarrillo y miró la noche cerrada. El silencio le resultó ensordecedor y sintió un dolor en el pecho.

—Quizás el final esté cerca.

Se dijo, antes de volver a la cama.

Febrero de 1975. El gobernador de la Rioja, Carlos Saúl Menem, aparecía en una nota de la revista *El Caudillo*, fotografiado junto al dictador paraguayo Alfredo Stroessner durante una visita que le hizo en Asunción. En la misma nota, Menem contestaba preguntas:

«—¿Qué opina del desabastecimiento?

»—Es otra clase de guerrilla, tan nefasta como el marxismo, pero guerrilla al fin, porque van contra lo más sagrado que tenemos: el pueblo y la Patria.

»—¿Qué opina de la participación del Ejército en la lucha antiguerrillera?

»—En particular, estoy profundamente de acuerdo. La participación de las Fuerzas Armadas es un hecho que no podía demorarse, además los compañeros de las fuerzas conjuntas y de seguridad están haciendo Patria con mayúsculas».

—¿Y entonces qué, les tengo que decir a los chicos que ahora se llaman Utrillo?

Cuando se transformó en Esteban Utrillo, Manuel Gaggero le dejó su departamento de Palermo a su madre, Emilia, que había tenido que irse de Paraná, y alquiló uno en Colegiales, un poco más grande, con espacio para hacer reuniones. El cambio de nombre le costaba: se iba habituando pero siempre surgía alguna dificultad nueva. Ahora ya era marzo y sus chicos tenían que ir a la escuela. Ese domingo estaba de nuevo en familia, con su madre, su hermana Susana y Enrique —el hijo de Susana y Luis Pujals— que había cumplido los seis. Enrique tenía que ir a primer grado, pero como su padre había sido secuestrado tres años antes su apellido iba a llamar la atención en cualquier pesquisa de los servicios. Clínicas, maternidades, escuelas, fechas de cumpleaños, aniversarios: todo eran pistas. Susana había decidido que su hijo Enrique, al menos por ese año, no empezara la escuela. Se había propuesto enseñarle ella misma a leer y escribir. Sin embargo, en el caso de los hijos de Manuel que eran más grandes, Susana pensaba que no era bueno que dejaran de ir a clase, que podrían acostumbrarse a usar un nombre falso.

—Manuel, los pibes se dan cuenta de todo. ¿Qué te creés?

—No es lo mismo. Con lo que me costó a mí pasar a la clandestinidad, querés que les diga bueno ahora ustedes se llaman Utrillo y nacieron en Lanús... ¡Los voy a traumar, se van a volver locos!

Manolo, Mauricio y Mariano tenían once, nueve y ocho años y estaban creciendo de golpe. Soportaban los nervios, las mudanzas, convivían con las historias que les contaban sus padres, pero en la escuela seguían siendo Gaggero. Una cosa era que el padre les hablara del hombre nuevo y de cuando conoció al Che Guevara, o que les pidiera que no llevaran más amigos a la casa o que no hablaran del trabajo de su padre, y otra muy distinta era hacerlos clandestinos, obligarlos a usar una identidad falsa.

—No, eso ni loco. Es meterlos en un baile demasiado pesado.

Manuel encontró una fórmula aceptable para que los chicos no perdieran el año. Que fueran a un colegio de curas no le molestaba, porque era el mismo camino que él había hecho. Pero lo importante era que el cura Juan, además de director de la escuela era simpatizante del PRT:

—Vea, compañero, a los chicos los anotamos con el nombre de la madre, no hay problema. Lo que sí, en los registros no van a figurar.

—Está bien, padre, lo importante es que estudien, que vengan a la escuela.

A Manuel le daba un poco de pena que el boletín fuera una fantochada y que sus hijos no pasaran de grado. Pero en definitiva éstos eran mecanismos del sistema y en medio de una revolución no podía detenerse en esas cosas.

Pocos días después Manuel terminó de darse cuenta de que sus hijos entendían muy bien lo que estaba pasando. Un compañero del colegio había invitado a Mauricio, el de nueve, al Itaipark. El padre del otro los llevó en su auto y les compró entradas para muchos juegos. La pasaron bien, y se les hicieron como las diez de la noche; el padre de su amigo no quiso que se fuera solo e insistió en dejarlo en la puerta de su casa.

—¿Dónde vivís, querido?

—En Monroe y Triunvirato, señor.

Veinte minutos después, Mauricio le señaló el edificio.

—Ahí.

—¿Tenés llave?

—No, bajan a abrirme.

Mauricio simuló que apretaba un botón del portero eléctrico y le gritó al padre de su amigo que se fuera, que ya bajaban. El fiat 1600 se alejó roncando: cuando ya no lo veían, Mauricio dio media vuelta y caminó las tres cuadras que le faltaban para llegar a su casa.

El que sí llevaba gente a la casa era el propio Manuel. Manuel era el vínculo entre el PRT y ciertos políticos. Por su departamento pasaron el demócrata cristiano Horacio Sueldo, el diputado radical Mario Amaya o su correligionario Raúl Borrás. A Oscar Alende o a Raúl Alfonsín, por una cuestión de jerarquía, los visitaba en sus despachos. A las reuniones empezó a ir Eduardo Merbilhaá, un platense rubio de familia muy tradicional que había reemplazado al Negro Mauro como responsable de las relaciones del PRT con los partidos políticos. El PRT proponía la creación de un frente antifascista como el que armaron los partidos comunistas europeos en los años treinta, con un programa muy amplio y democrático. La única diferencia era que, además el PRT dirigía al ERP, que seguía aumentando su nivel de enfrentamiento armado.

—El tipo está totalmente chiflado. No te puedo explicar lo insoportable que se pone...

—¿Pero qué hace?

—No sé, de todo. Empieza a los gritos, se tira de los pelos, tiene alucinaciones, dice cosas espantosas... La semana pasada los compañeros tuvieron que llevarle un psiquiatra que le recetó alopídol y ahora está medio dopado, pero tampoco podemos darle tanto. Y cuando se le pasa la falopa vuelta a gritar... Así no se puede seguir. En cuanto paguen la primera cuota lo largamos.

Sergio Berlín tenía cara de cansado y se tiró en la cama. Mercedes Depino le preguntó si no quería que le hiciera unos masajes y él le sonrió. Hacía una semana que no se veían. Hacía meses que las actividades de los cuadros de la columna Norte estaban complicadas por las guardias a Juan y Jorge Born, secuestrados en una casa de la zona que habían preparado largamente. La casa tenía un local a la calle, una pinturería, que justificaba algunas entradas y salidas, y en el sótano habían construido dos pequeñas celdas para los hermanos, con baño y aire acondicionado. Los seis militantes que los custodiaban hacían turnos de una semana: les resultaba duro pasarse siete días encerrados en ese sótano, encapuchados para que sus reclusos no los reconocieran, pero era la única forma de no provocar demasiados movimientos en la casa. Los días no pasaban nunca: a veces charlaban un rato con Jorge Born, o lo interrogaban sobre los entretelones del poder político y económico, o jugaban al ajedrez, o los hacían hacer gimnasia, pero ya llevaban meses y estaban todos hartos.

Mercedes seguía ocupándose de la UES de zona Norte. Habían instalado la imprenta en Villa Ballester y estaban en plena campaña de agitación política con volanteadas, pintadas y algún acto relámpago por el 11 de marzo, para recordar el triunfo electoral camporista de dos años antes y subrayar cómo habían ido desapareciendo muchas de las conquistas de aquellos días.

Mientras tanto, los Montoneros seguían las negociaciones con Bunge & Born por el cobro del rescate. No eran fáciles: las dos partes tenían que esmerarse para que el gobierno no se entrometiera. A esa altura, los Montoneros estaban apurados por recibir algo y poder largar a Juan Born, pero trataban de que no se les notara para que la empresa no supiera que tenía esa ventaja.

Entre tanto, los Montoneros difundieron un documento donde definían sus propósitos: «Al ejecutar esta operación de enjuiciar y sancionar a la empresa monopólica Bunge y Born, la organización Montoneros establece claramente un enfrentamiento entre dos poderes: el de los monopolios, personificado en este caso por la empresa, y el popular, representado por nuestra organización; enmarcando este enfrentamiento parcial en el conjunto de las luchas que libra el pueblo por su liberación definitiva...». El comunicado decía que los Montoneros habían declarado a Juan y Jorge Born «culpables de prácticas monopólicas, explotación de trabajadores y pequeños productores rurales, y conspiración contra los intereses nacionales», y los condenaban a pagar 60 millones de dólares en efectivo, 3 millones en mercaderías entregadas en barrios populares, a resolver ciertos conflictos gremiales en su empresa, a colocar en sus plantas bustos de Juan y Eva Perón con la leyenda «la violencia en manos del pueblo es justicia» y a publicar en diarios argentinos y extranjeros una solicitada que incluiría un comunicado montonero.

«La incorporación del accionar directo contra la persona física de los integrantes de la estructura empresarial —decía el comunicado—, particularmente sus dueños, es una vía de enfrentamiento escasamente explotada aún por la organización Montoneros en su conjunto, pero que ha demostrado que aumenta notablemente la eficacia de su accionar. Permite además diversificar tanto los métodos de lucha como los niveles de participación de la clase trabajadora al poder golpear sobre una amplia gama de personajes de diferente nivel de responsabilidad, facilitando el uso de todo tipo de lucha».

En febrero, comandos montoneros ametrallaron las casas de tres directivos de Molinos —propiedad de Bunge & Born—, en conflicto con sus trabajadores. La empresa aceptó varias de las reivindicaciones de sus

empleados; los atentados también sirvieron para acelerar las negociaciones por el rescate.

Una tarde, Mercedes tuvo que hacer de chofer en una de ellas. El negociador era un gerente de Bunge & Born, un ejecutivo medio, elegido para que no lo tuvieran muy controlado. Lo habían citado en el Toba's de Córdoba y Pueyrredón y le dejaron un mensaje en el baño, diciéndole adonde tenía que ir. Entonces el gerente se subió a su coche; los montoneros lo siguieron en otros dos autos. Cuando vieron que no había problemas, uno de los autos se adelantó y dejó otro mensaje en otro baño, y así durante un par de horas, hasta que por fin llegaron al parque Chacabuco. El gerente se sentó en un banco a discutir con la Gorda Amalia y un cordobés al que llamaban Juan sin Tierra. Esa tarde arreglaron que soltarían a Juan Born contra un primer pago de 15 millones de dólares.

El cobro del rescate tampoco sería fácil. Sergio y Mercedes se habían instalado provisoriamente en un departamento preparado para la ocasión. Habían corrido todos los muebles del living e instalado una estructura de tubos y tejido metálico, una especie de jaula para que interfirieran un eventual transmisor en miniatura que pudiera estar escondido entre los billetes.

El problema era la cantidad de billetes: 15 millones de dólares en papeles de 10 y 20 eran más de un millón de billetes. Habían arreglado que los de Bunge & Born los pondrían en cajas de cartón en una camioneta; para evitar que algún control policial los descubriera, tendrían que ser cajas de vino y estar rodeadas por cajas con botellas verdaderas. Sergio, que se las daba de *connaisseur*, sugirió que les pidieran Comte Valmont.

Mercedes, Sergio, Carlos, la gorda Amalia, su compañero Román y Juan el cordobés, bajo las órdenes de un miembro de la conducción nacional, siguieron a la camioneta en dos autos y le fueron dando citas sucesivas. Finalmente, cerca de una vía en Villa Ballester, uno de los coches se le cruzó delante; el chofer de la camioneta y su acompañante se bajaron, y Juan y Amalia se la llevaron, custodiados por los otros dos autos. Pocos minutos después llegaron al departamento y se pusieron a bajar las cajas. Sergio empezó a hablar de la panzada que se iban a dar con ese vino.

Según iban entrando tiraban los billetes en la jaula. Era una inmensidad de billetes y todos estaban más que excitados, hacían chistes, se reían, gritaban. Tenían las ventanas cerradas y las persianas bajas: hacía un calor terrible. Sergio tuvo que irse a la cita de control; Román, Carlos y Juan se habían sacado las camisas. Cuando terminaron, Román abrió la puertita de la jaula: tenía que mirar si encontraba el famoso transmisor, pero lo primero que hizo

fue tirarse de cabeza sobre los billetes. Cuando se levantó tenía el cuerpo lleno de dólares, pegados por el sudor, y se reía a carcajadas. Estaban felices: el esfuerzo de muchos meses y muchos militantes estaba dando los frutos esperados.

—Che, un brindis. Tenemos que hacer un brindis.

—No, esperemos que vuelva Dante.

—Ah, pero entonces le podemos hacer una joda.

Dante era Sergio y llegó media hora después. Para entonces, sus compañeros habían vaciado una de las botellas de Valmont y la habían llenado con Peñaflor.

—Dante, Tomás, Lila, Amalia, Román, propongo un brindis por el éxito de la operación.

Dijo Juan, y todos levantaron sus copas de Peñaflor, brindaron y bebieron. Sergio se relamió, puso los ojos en blanco y soltó un suspiro de placer:

—Ah, qué buen vino. Se nota la diferencia...

Sergio no entendió por qué todos largaron la carcajada. Hasta que le explicaron que estaba extasiándose con un vulgar Peñaflor: la historia se difundió, y las cargadas duraron meses.

Después, los cinco se pasaron casi cuatro días contando billetes. A medida que los contaban los iban metiendo en unas cajas que guardaban debajo de la cama del dormitorio. La vida era dormir y contar, contar, contar. Estaban hartos de los quince palos y, al mismo tiempo, no paraban de hablar sobre la cantidad de cosas que la organización podría hacer con toda esa plata:

—Ahora sí que no va a haber más problemas de infraestructura. Con esto se pueden comprar todas las casas que sean necesarias para funcionar, y activar los proyectos de fabricación de armas, y sacar toda la prensa que queramos, y mantener a todos los militantes... La verdad que es increíble, ¿no? Ahora vamos a tener la autonomía operativa que siempre quisimos.

Les resultaba raro dormir con quince millones debajo de la cama. Uno de esos días, Sergio y Mercedes llegaron al departamento después de un fin de semana en la quinta de los padres de él: lo primero que notaron fue que la hamster de la casa no estaba en su pecera. Los hamsters son famosos comedores de papel, y les agarró el pánico. Mercedes gritaba mientras corría hacia el dormitorio:

—Pero la reputa que la parió. ¡Si esta conchuda se llegó a comer los billetes nos revientan a todos...!

En ese minuto larguísimo que tardó en llegar hasta la cama, Mercedes se imaginó dando la explicación imposible de cómo una hamster se había

deglutido un par de millones de dólares: no se la iba a creer nadie, y sería una catástrofe. Mercedes se tiró al suelo y miró debajo de la cama: las cajas estaban ahí, intactas, sin el menor mordisco. Al cabo de un rato, encontraron a la hamster encerrada en el armario donde guardaban las cosas para la limpieza, perdida, con cara compungida. Juan Born fue liberado el 23 de marzo; según el acuerdo, su hermano tendría que esperar tres meses más.

Marzo de 1975. De acuerdo al calendario establecido en junio de 1973, cuando se firmó el Pacto Social, faltaban pocas semanas para las paritarias. Los metalúrgicos de Villa Constitución estaban inquietos. Se preparaban para una gran batalla, pero el gobierno actuó con el mayor sigilo: reuniones reservadas entre emisarios de Isabel y el presidente de Acindar, José Alfredo Martínez de Hoz, les sirvieron de base para preparar los detalles de último momento. Las tropas entrarían en acción durante la madrugada y después la Presidente de la Nación y los ministros de Trabajo, Interior, Defensa y Justicia firmarían el comunicado.

El jueves 20 de marzo, a las cuatro de la mañana, una caravana de Ford falcon de civil seguida por efectivos de las policías federal y santafecina, del cuerpo especial Los Pumas y de Gendarmería entró a Villa Constitución por la ruta 9. Los de Prefectura desembarcaron de sus lanchas a orillas del Paraná. Como los helicópteros eran los más ruidosos entraron en escena a último momento. Simultáneamente, otros grupos actuaban en Rosario y San Nicolás. En total, el gobierno movilizó a unos 4000 efectivos. Cada grupo tenía objetivos precisos: su prioridad eran las comisiones directivas de la UOM y de la CGT local, las comisiones internas de Acindar, Marathon y Metcon, y después los delegados y los abogados. El cálculo oficial era que si metían presos a esos 300 militantes descabezaban el movimiento.

Todo sucedió de acuerdo a lo previsto, sin resistencia: los policías tiraban las puertas abajo, esposaban y vendaban a los detenidos y, en minutos, casi todos estaban embarcados en camiones celulares con destino a Rosario. Antes del mediodía, con mucho calor y humedad, los distribuyeron en las celdas de la Jefatura policial. Los más custodiados eran los seis detenidos de la comisión directiva: Piccinini, Manzano, Curti, Aragón, Bernachea y Acuña. El séptimo, Segovia, había conseguido eludir el cerco.

A las dos de la tarde, en la Casa Rosada, un funcionario del ministerio del Interior distribuyó el comunicado oficial en la sala de prensa: el gobierno denunciaba «un complot de características inusuales». Era, decían, «el comienzo de una operación subversiva y terrorista puesta en marcha por una

deleznable minoría antinacional. El escenario elegido abarcaba toda la zona industrial del río Paraná, entre Rosario y San Nicolás». A esa misma hora las plantas de Acindar, Marathon y Metcon paralizaron sus tareas, y sus obreros, reunidos en asambleas, formaron un comité de huelga para reemplazar a las direcciones presas. A las ocho de la noche el comité de huelga firmó su primer comunicado: «Se rompió la paz. El verdadero objetivo de la represión era descabezar a nuestro movimiento por el delito de ir consiguiendo conquistas para los trabajadores». Todos se preparaban para cumplir con la consigna votada en las asambleas de fábrica: huelga general por tiempo indeterminado hasta la libertad de todos los detenidos.

Villa Constitución quedó ocupada militarmente. A los pocos días, la UOM nacional mandó un interventor afín a Lorenzo Miguel. Las empresas dirigieron telegramas de despido a los trabajadores en huelga.

Con el correr de los días, algunos de los presos fueron dejados en libertad. Más de un centenar fue trasladado a la cárcel de Coronda. Como la resistencia seguía, el gobierno mandó confinar en la cárcel de Rawson a unos quince, incluidos los cinco de la comisión directiva de la UOM.

La represión policial de esos días cobró seis muertos: el primero fue Miguel Lobotti, obrero de Acindar. Luego el canillita Juan Carlos Ponce de León y el portuario Adelaido Viribay. El miércoles 30 de abril, a 40 días de iniciada la huelga, comandos con ropas de civil secuestraron a Rodolfo Mancini, obrero de Metcon. Su cadáver apareció el 1.º de mayo en el baúl de su propio coche. A los pocos días mataron a Jorge Chaparro y Julio Palacios, de Acindar. Las detenciones continuaban, entre ellos cuatro miembros del Comité de Lucha. Las empresas amenazaron al personal con una cláusula de la ley de Contrato de Trabajo: tras 60 días de paro, las patronales podían recurrir al despido sin reincorporación de los huelguistas. El plazo se cumplía el lunes 19 de mayo. Ese mismo día salió una solicitada firmada por el Comité de huelga en la que anunciaba que «ante el compromiso de las patronales de no tomar represalias y pagar los salarios caídos», los obreros volvían al trabajo.

Las paritarias metalúrgicas no se harían hasta julio de ese año. Pero, a esa altura, la representación de la UOM de la seccional Villa Constitución estaría a cargo de los interventores vandoristas. Para Lorenzo Miguel era un alivio que no hubiera ninguna seccional metalúrgica disidente. Piccinini y decenas de militantes de la Lista Marrón se enteraron parcialmente de la marcha de las paritarias en sus calabozos de Rawson y Coronda, donde seguían, sin proceso, a disposición del Poder Ejecutivo.

En el verano de 1975 la Junta Coordinadora Nacional hizo un seminario en Baradero: cerca de cien militantes, la mayoría de Franja Morada y unos pocos que hacían trabajo barrial o gremial. Los dirigentes de la Coordinadora tenían claro que eso era un problema, y lo escribieron en un documento: «Nosotros, una organización surgida del radicalismo y siendo nuestra extracción social, mayoritariamente, proveniente de esas capas medias, debemos dirigir fundamentalmente nuestro accionar militante a lograr que tales sectores, a través de la visualización correcta del enemigo fundamental, se sumen a la clase trabajadora, para consumir el programa común de la liberación nacional».

Para conseguirlo, los jóvenes radicales convinieron constituir «grupos» que debían estar «integrados por no más de cinco miembros —y no menos de tres—, los cuales no necesariamente debían ser afiliados al partido, quienes se reunirán una vez por semana». La estructura piramidal era similar a la de las organizaciones revolucionarias y establecía que por encima de los grupos estarían los «núcleos, integrados por aquellos militantes que a partir de la comprensión de nuestra línea política y la afiliación al partido y el desarrollo de una militancia activa durante un período de tiempo en los grupos, han asumido disciplinadamente las tareas orgánicas». Por sobre los núcleos estarían «las juntas», que constituirían «el ladrillo sobre el cual debe apoyarse la organización en cada regional».

El documento también fijaba criterios de estilo para los militantes: «Cada compañero que ingrese a nuestra organización debe ser consciente de lo que significa luchar por la independencia de nuestro pueblo. Entendiendo que el compromiso asumido, a medida que se va profundizando, requiere de mayores sacrificios propios y mayores obligaciones para con las mayorías. El trabajo en una organización política como la JR exige compañerismo, solidaridad, sinceridad y amistad de cada uno de sus miembros. El funcionamiento de nuestra organización determina el trabajo colectivo, lo cual lleva a un nivel de convivencia que no admite la existencia de compañeros que perjudiquen a otros, porque de tal forma la convivencia se rompe, las tareas se interrumpen y la organización se resiente».

El encuentro estableció que para mayo se reuniría el congreso de la JR que, a su vez, elegiría una dirección orgánica. Pero antes habría otros compromisos:

—Che, Ruso, llegamos a un acuerdo con Cachito para mandarle a Misiones a Carlitos Cebey como responsable político de los militantes de la

coordinadora, pero Cachito quiere que vos lo llames, quiere que seas el jefe de campaña...

Le dijo Luis Menucci a Sergio Karakachoff.

—¡Uy Dios, Colorado! Me van a matar los mosquitos, me voy a morir insolado... ¿Te imaginás qué puedo hacer yo en la selva misionera?

—No, vas a ver que a fines de marzo, el calor afloja.

Luis a veces se quedaba pagando con el humor de Sergio. Cachito era Ricardo Barrios Arrechea, de Renovación y Cambio, el candidato radical para gobernar Misiones. El gobernador de la provincia se había matado el año anterior en un accidente de aviación, y el 13 de abril habría elecciones para reemplazarlo. Para Alfonsín esas elecciones eran un doble desafío: ante el descrédito del peronismo era una buena oportunidad para testear el humor del electorado y para recomponer su fuerza dentro del radicalismo, con la idea de ganar por fin las internas de 1976. Cebey era miembro de la mesa nacional de la Coordinadora y hombre de confianza del Changui Cáceres. La idea era mandar decenas de cuadros de todas las provincias para que ayudaran a pintar, repartir volantes, organizar actos. Los jóvenes radicales salieron a pedir pasajes a todos los legisladores del partido y a las pocas semanas había una buena cantidad de militantes universitarios haciendo proselitismo en poblaciones rurales, quebrachales y yerbatales. Sergio se pasaba el día con Barrios Arrechea, de acto en acto. Además del mensaje para el electorado, Sergio lo ayudaba a armar algunas frases dirigidas contra Balbín.

—Che, Ruso, ¿así que el Chino ahora me dice el Loquito Barrios Arrechea? Tengo una buena: ¿viste que él dice que los radicales somos la reserva moral de la República? Yo voy a decir que tenemos que dejar de ser reserva y convertirnos en el vino común para estar en la mesa de todos...

—Sí, pero mejor queda para estar en el pico de todos, ¿no?

—¡Muy buena, Ruso! Ésa se la voy a decir en el próximo discurso...

Barrios Arrechea estaba conforme con la marcha de la campaña. Los radicales tenían la clara sensación de que aumentaba su caudal electoral y que, además, los favorecía la división del peronismo. Tercera Posición y el Partido Auténtico llevaban sus propios candidatos y confiaban sacarle un importante caudal de votos al FREJULI. Tras el cierre de campaña del miércoles 9 de abril, Sergio tenía el palpito de que podían hacer una elección histórica. Esa noche fue con Barrios Arrechea y varios más a comer un surubí asado en un restorán a orillas del Paraná.

—Metimos más de 2000 personas, Cacho. Casi lo mismo que los peronistas que llenaron su acto con los empleados públicos que nombraron y

los llevaron en los micros que les mandó López Rega. Nosotros lo llevamos con militancia, con trabajo en la masa, con laburantes, hacheros...

—¡Vamos, todavía! ¡Vino común para todos los radicales! Che, Ruso, ¿y qué te parece? ¿Cómo les irá a los auténticos?

—Para mí la embarraron metiendo bombas lanzapafletos de los Montoneros y con la solicitada que sacaron de apoyo a la fórmula del Partido Auténtico. Se hicieron campaña en contra: la opción del cambio en paz somos nosotros, Cachito. Muchos peronistas nos van a votar a nosotros, estoy seguro. Capaz que damos un batacazo.

—Entonces la idea es que te hagas cargo de la coordinación de este asunto en la región de Cuyo.

—Sí, yo con todo gusto. ¿Pero no era que yo estaba cuestionada, que no tenía la capacidad ideológica necesaria?

—Vamos, Susana, no seas rencorosa.

Tras el pase a la clandestinidad de los Montoneros, en septiembre, la Agrupación Evita había dejado de funcionar y Susana Sanz se había quedado sin una tarea específica. Pero poco después, en octubre, Polo Martínez Agüero y otro cuadro montonero cayeron presos en Mendoza con una pistola 45 cada uno, y la convocaron para que fuera su abogada. No era fácil: Susana estaba semiclandestina y su codefensor, Eduardo Molina, un ex diputado provincial por la JP, también.

—Doctora, le pido que no vengán más a Tribunales. ¿No se pueden buscar otro abogado?

Le decía el juez a cargo: los abogados seguían siendo un blanco preferencial para los comandos de derecha, y ellos eran un caso particular. Vivían en casas de compañeros suyos que los entraban cada noche y los sacaban cada mañana: tenían que pasarse todo el día en la calle, en plazas, en bares. Susana usaba un par de pelucas distintas. En esos días, una amiga suya le dijo que otros conocidos le tomaban un poco el pelo:

—Hoy la vi a Susana que iba con una peluca rubia. No la quise saludar para no desanimarla...

Le contó que decían. Cada vez que Susana iba a visitarlos a la penitenciaría, sus defendidos se quedaban angustiados pensando si conseguirían salir. Hasta que cortaron por lo sano: mandaron una nota a la conducción montonera diciendo que no la aceptaban más como abogada. Otro abogado, Conrado Gómez, se hizo cargo de la causa.

Empezaba 1975, y Susana seguía sin una tarea fija. De vez en cuando iba a San Rafael a ver a sus hijas, pero no volvía a su casa. Por momentos le resultaba muy dura esa vida desarmada, sin casa, sin familia, extrañándolas. En una de esas visitas, su marido le dijo que le había sacado un pasaje para España: que se fuera, y que él y las nenas la seguirían poco después. Susana se negó:

—Pero de ninguna manera. Es como si no hubieras entendido nada. Yo acá tengo muchas cosas por hacer, acá todos tenemos muchas cosas por hacer. Hay un proceso en marcha, una revolución en marcha. ¿Cómo me voy a ir así, abandonando todo, traicionando? No, ni loca.

En esos días tuvo un cruce con Jorge Vázquez, Caballo Loco, el responsable montonero de la zona. Ya había tenido varios: no estaba de acuerdo con la orientación cada vez más militarista de su política y, en una reunión, cuando Vázquez dijo que «nuestro objetivo es la lucha armada», le contestó medio furiosa:

—¿Cómo nuestro objetivo? ¿Pero entonces en qué te diferencias de las Tres A? Nuestro objetivo no es la lucha armada. La lucha armada es una herramienta. Es un disparate que como conducción digas esto. Lo voy a cuestionar.

A los pocos días le llegó su sanción: su responsable consideraba que su larga práctica en los frentes de masas la había «perjudicado ideológicamente», que era muy «liberal» y que «necesitaba una readaptación». La mandaron al servicio de documentación: un trabajo manual que le permitiría reflexionar y hacer su autocrítica. Susana lo aceptó a regañadientes. En eso estaba cuando llegó marzo:

—No, no soy rencorosa, pero primero dicen que no tengo capacidad ideológica y ahora, como quieren volver a hacer laburo de masas dicen, bueno, entonces vamos a buscar a Susana para que lo haga.

—Bueno, no te pongas así. El partido Peronista Auténtico es muy importante para nosotros en esta etapa, y necesitamos llevarlo adelante en serio, con todos los medios posibles.

Le dijo Miguel Zavala Rodríguez, el ex diputado de la JP, que había ido a Mendoza para poner en marcha el proyecto. Tras el pase a la clandestinidad de septiembre del año anterior, las agrupaciones de masas como la JP, la JTP o la JUP eran tratadas como ilegales por las autoridades y los Montoneros se habían quedado sin una representación política legal: el partido Peronista Auténtico sería esa herramienta.

Lo impulsaban la mayoría de los gobernadores cercanos a la Tendencia que ya habían sido depuestos —Bidegain, Obregón Cano, Martínez Baca, Cepernic— y un grupo de viejos militantes peronistas, mayormente sindicalistas, que hacía un año habían formado una Agrupación del Peronismo Auténtico: Sebastián Borro, Avelino Fernández, Andrés Framini, Arnaldo Lizaso, Armando Cabo, Dante Viel. Todos ellos habían quedado fuera del peronismo de Isabel y López Rega, y pensaban que el partido podía ser la manera de recuperar posiciones dentro del movimiento, y de devolverle sus tradiciones de lucha obrera y antiimperialista. Los Montoneros también habían intentado convencer a Héctor Cámpora; el ex presidente les dijo que por el momento no iba a abandonar su partido de toda la vida: los rechazó, pero les dio esperanzas para más adelante.

Primero pensaron llamarlo «partido Descamisado», pero la justicia electoral decidió que el partido Justicialista tenía derechos de propiedad sobre esa palabra. Entonces intentaron con «partido Peronista Auténtico», pero la justicia dictaminó que tampoco tenían derecho a la palabra «peronista», y les quedó partido Auténtico.

—Es importante, Susana, en serio, y va en la dirección de tus críticas. Con el Auténtico, la orga quiere retomar el laburo de masas, volver a tener una presencia más pública en los frentes, y también dar la pelea a nivel electoral. La idea es empezar ya a armar las estructuras, hacer una buena campaña de afiliación, tratar de convertirse en un partido nacional antes de fin de año. Por ahora, vamos a debutar en las elecciones de Misiones, vamos a ver qué pasa. Pero tenemos buenas posibilidades.

El 11 de marzo, el partido Auténtico se presentó en sociedad con una comida en el restorán Nino de Vicente López, el mismo donde Perón se había reunido con los políticos tras su primer retorno a la Argentina. «El triunfo histórico del 11 de marzo de 1973 sellaba también el compromiso de no negociar la sangre derramada ni la pesada deuda que la Nación tiene con los trabajadores. Crear el partido Auténtico es salvar al peronismo al crear un auténtico partido Peronista que se entronque con la historia de sus treinta años de lucha», decía el comunicado inaugural.

Susana estaba otra vez en su salsa. Empezó a ver gente para armar la Junta Provincial y las Juntas Departamentales, recorrió la provincia buscando a sus viejos conocidos, y también gente nueva. Tenían que volver a los barrios a encontrarse con antiguos contactos que la clandestinidad había alejado. Las mujeres que conocía de la Agrupación Evita fueron fundamentales para rearmar la red: la mayoría la recibió con el mismo entusiasmo de antes. Y la

propuesta del Auténtico de volver a los proyectos y las banderas del 73 les permitió enganchar a mucha gente que no había estado directamente con las agrupaciones montoneras: viejos peronistas contrarios a la política del gobierno, que querían reconstruir el movimiento. Pese a las intimidaciones, a los atentados de la derecha, la campaña de afiliación y organización iba viento en popa. Héctor Chaves, el abogado de General Alvear con quien Susana había compartido los primeros tiempos de los Montoneros en el sur de la provincia, pasó a ser el apoderado provincial, y Alberto Martínez Baca estaba en la Junta Nacional. Susana, además, se fue a vivir en el departamento de dos chilenas exiliadas, en el centro de Mendoza: su situación se normalizaba.

El 4 de abril, el partido Justicialista expulsó a todos los dirigentes del Auténtico, que seguían estando afiliados. Ese mismo día, en Mendoza, los Montoneros habían decidido conmemorar el tercer aniversario del Mendozazo con una serie de acciones milicianas: Jorge Vázquez insistía en aumentar el nivel de enfrentamiento militar, y la ocasión parecía apropiada.

Susana fue designada responsable de un operativo en un puente del ferrocarril en la zona de Guaymallén, a pocos kilómetros de la ciudad: tenían que prenderle fuego con nafta, no para destruirlo sino para llamar la atención, y tirar unos volantes. Susana estaba sobre el puente, dirigiendo los movimientos de un grupo de militantes que volcaban sus bidones sobre los durmientes, cuando apareció un guardia ferroviario:

—¿Qué está pasando?

—Quédese tranquilo, no pasa nada.

Le contestó Susana. La escena era extraña: todo alrededor, una docena de militantes trataba de prender fuego a la nafta derramada y ella seguía parada en el medio del puente, como si sólo los mirara. Dos minutos después empezaron a llegar patrulleros, y fue el desbande. Todos corrían por las vías, por la carretera. Los policías agarraron a la mayoría. Susana, en medio del caos, bajó tranquila las escaleras del puente hasta la ruta, y nadie fue a buscarla.

Esa tarde, en los distintos operativos, cayó presa más de la mitad de los milicianos montoneros de Mendoza. Jorge Vázquez fue relevado poco después. Susana tuvo que ponerse a organizar comisiones de familiares de detenidos, y ocuparse del Servicio de Presos, la estructura montonera que se ocupaba de la defensa y apoyo a los que habían caído.

Una semana después, el domingo 13, se votó en toda la provincia de Misiones: el FREJULI sacó 74.326 votos; la UCR, 62.767; el Partido

Auténtico, aliado con Tercera Posición, sacó 15.244 votos. En 1973, Tercera Posición sola había conseguido 29.297.

Los Montoneros estaban decepcionados, pero encontraron justificaciones: Misiones, por su composición social, no representaba al conjunto del país, era una provincia básicamente rural, sin industrias ni desarrollo político, con muchos extranjeros y, además, el ministerio de Bienestar Social se había gastado fortunas en la campaña: aumentó las pensiones y los precios pagados a los productores de té, distribuyeron ropas, alimentos, máquinas de coser, heladeras. Las excusas eran ciertas, pero igual el resultado había sido muy magro. Los radicales, felices, dieron una conferencia de prensa en el comité provincial. Barrios Arrechea tenía un gran cartel de la Junta Coordinadora de la Juventud Radical a sus espaldas, y estaba eufórico:

—El oficialismo, pese a que López Rega repartió 8000 millones de pesos en dádivas para que lo votaran, retrocedió en su caudal electoral, mientras que los radicales hemos crecido un 75 por ciento en relación a las elecciones de marzo del 73. Esto indica que está creciendo un radicalismo renovador, que está compenetrado con el pueblo y que lucha por su auténtica liberación...

—Yo, con esto de tu viaje, de tu borrada, te perdí la confianza política.

—Vos estás más loco que una cabra.

La vuelta fue difícil. Cuando llegó a Buenos Aires, dispuesto a retomar su militancia en la JUP de Derecho, Elvio Vitali se encontró con que algo había cambiado. Pancho Talento y el Tala Ventura seguían presos y, sin ellos, la agrupación le parecía más rígida, menos dispuesta al debate político y más cerrada sobre ciertas reglamentaciones y fidelidades. Además, Elvio tenía la sensación de que la situación general contribuía a ese cambio: el nivel de violencia y represión aumentaba sin parar y las respuestas montoneras, en ciertos casos, los aislaban de la escena política general.

—Bueno, compañero, dada tu voluntad de retomar tu militancia, estamos todos de acuerdo en que te reincorpores. Pero teniendo en cuenta que estuviste mucho tiempo ausente, vas a reincorporarte a un ámbito dos niveles más abajo del que estabas cuando te fuiste. ¿De acuerdo?

Elvio no tenía muchas opciones, y volvió a ser un cuadro medio de la facultad. La desconfianza tenía que ver, entre otras razones, con que poco antes varios militantes de la conducción de Arquitectura se habían ido: los cuadros de la JUP tenían miedo de que se viniera un desbande y Elvio, de alguna manera, aunque ahora volviera, se había desbandado.

—Allá los tipos lo que tienen sobre todo es una organización sindical increíble, muy pesada. Tienen muñeca para negociar, pero si hay que hacer una huelga general la hacen, sin problema. Y a partir de eso manejan una cantidad de resortes políticos...

Elvio seguía muy impresionado con lo que había visto en Italia y lo comentó mucho con un compañero suyo de la agrupación, Julián. En esos días los Montoneros habían lanzado el partido Auténtico, y ellos pensaban que quizás esa iniciativa abriera un espacio de participación política semejante al de los italianos. Pero, al mismo tiempo, su organización seguía haciendo operaciones militares cada vez más resonantes, que le cerraban esos espacios públicos. Elvio, Julián y varios más lo discutían mucho, con ardor, a veces con cabreo.

—No, y por suerte acá en la facultad todavía podemos retrasar unos meses el llamado a elecciones, porque si no me parece que las perderíamos. En Arquitectura y en Ingeniería los compañeros tuvieron que convocar y no tienen ninguna seguridad de ganarlas. Va a haber que hacer algo. Si seguimos así nos vamos a quedar más solos que el llanero solitario.

Poco después les llegó la orden de hacer una serie de actos relámpago «para acorralar al Brujo López Rega». Tenían que cortar calles, tirar molotovs contra bancos y concesionarias de coches, un grupo intentaría quemar un patrullero. Lo hicieron, pero Elvio tenía la sensación de que, más que una agrupación de masas, se estaban convirtiendo en un aparatito aceitado para hacer ese tipo de cosas.

Siete

—Amor, me llevo el auto.

Dijo Emiliano Costa, y Vicki Walsh apenas movió un poco la cabeza. Era temprano y él no quiso despertarla. Se había puesto una polera verde, una camperita de gabardina y unos jeans con botamanga ancha. Volvió a mirarla: dormía tan plácida. Emiliano agarró los documentos, la agenda, algún papel garabateado que llevaba para la reunión de la conducción de la columna Oeste y salió tratando de no hacer ruido con la puerta. Antes de arrancar el coche pensó dos minutos en todas sus obligaciones del día, para ver si se había olvidado algo, pero no: ese jueves 17 de abril no tenía nada de especial. Media hora después llegó al bar de Morón donde tenía que encontrarse con Dardo Cabo. Dardo lo recibió más efusivo que de costumbre:

—Che, Simón, nos venís bárbaro. Vamos a tener que levantar la reunión. Jaime me dijo que hoy tenemos que ir a buscar la encomienda y se nos enfermó el chofer del auto operativo...

Jaime era un jefe montonero que estaba a cargo del cobro del rescate del secuestro de los hermanos Born; la encomienda era sólo una parte del total: siete millones de dólares. Emiliano intentó una protesta tímida:

—Pero Dardo, ésta es una cuestión delicada. ¿Cómo me voy a incorporar así nomás? Yo ni conozco las rutas de...

—No te hagas problema, hermanito, va a ser un paseo.

—Además, estoy con un auto legal.

—No, vamos en un auto operativo. El tuyo dejalo, que yo me ocupo. Hacé una cosa: andate hasta la estación Palomar; ahí va a estar el Canca y después nos volvemos a encontrar en un boliche de la Matanza. Canca lo conoce. Mientras tanto yo voy a hablar con Jaime, a ver cómo están las cosas.

Canca era Juan Carlos Dante Gullo, y Dardo tenía que comunicarse con Jaime a cada rato. El cobro del rescate tenía varios pasos encadenados: en algún momento Jaime iba a llamar a alguien de Bunge y Born para decirle que salieran a buscar un papel detrás del espejo del baño de un bar. Ahí encontrarían las instrucciones para el segundo tramo y ahí otro papelito hasta que, al cabo de un par de horas, se encontrarían con el auto operativo manejado por Emiliano. Jaime había tomado más precauciones: otros

militantes los observarían en cada parada o los seguirían en otros autos para asegurarse de que no llevaran custodias. Y, mientras recibiera el dinero, el grupo de Dardo estaría apoyado por otros dos grupos. Todos bien armados.

Pero ese jueves los Montoneros no eran los únicos que tomaban fuertes prevenciones en la zona Oeste. Había cantidad de policías y mucha gente indignada porque el general Augusto Pinochet iba a reunirse al día siguiente con Isabel Perón en la base aérea de Morón. El lugar del encuentro parecía caprichoso: los organizadores de la cumbre adujeron falta de tiempo del militar chileno para trasladarse hasta la Casa Rosada; es probable que les pareciera más seguro no sacarlo de la guarnición.

Emiliano llegó puntual a la cita con Gullo. Juntos fueron hasta camino de Cintura y Don Bosco y se encontraron con Dardo y Quique, el cuarto integrante de ese grupo. Dardo tenía varias cosas que hacer.

—Simón, dejame el fiat. Acá a la vuelta tenés estacionado el auto operativo, es ese falcon marrón.

—Che, cuidámelo; en la guantera dejé la agenda y varios papeles.

—Bueno, yo me voy con Quique a ver al resto de los compañeros. Esperen en la parrilla de la esquina que en un rato venimos. Vayan pidiendo algo de comer.

Emiliano fue a buscar el falcon y lo dejó en la puerta del restorán, al borde del camino de Cintura, entre otros autos. Las armas estaban bien guardadas: una pistola bajo el asiento del conductor, otra en la guantera, y un fal y otra pistola bajo el asiento delantero izquierdo.

Dardo se llevó el fiat de Emiliano y lo dejó estacionado a unas cuadras. En las inmediaciones también estaban concentrados los otros dos grupos.

—Mozo, ¿puede hacer marchar una parrillada?

Dijo Emiliano, aunque fuera bastante temprano para comer, y poco recomendable antes de ir a una acción. Diez minutos después volvió Dardo, se sentó un rato, se fue de nuevo. Al rato volvió Quique, llegó Dardo, se volvieron a ir juntos. Y así varias veces: Dardo hablaba por teléfono con Jaime, que le decía que todo estaba en marcha, que siguieran esperando. Emiliano pensó que exageraban:

—Che, no podemos pasarnos tanto tiempo acá. Habría que hacer algo. Largar ya o levantarlo.

—No, no podemos levantar sin la orden de Jaime.

Emiliano acató. Hubo varias idas y vueltas más. Por fin, cerca de las tres de la tarde, Dardo recibió una instrucción precisa:

—Ya está, pueden ir a buscar la encomienda, a las cuatro van a estar allá.

Allá era un lugar prefijado, a menos de media hora de la parrilla. Dardo volvió con Quique a darles la buena nueva a Canca y Emiliano.

—Yo voy a avisarles a los otros y en diez minutos nos vemos en el auto. Quique, vení conmigo.

A la hora señalada, Canca llamó al mozo.

—La cuenta, por favor.

Los dos militantes se subieron al falcon. Cuando lo puso en marcha, Emiliano vio, junto a su cabeza, una mano temblorosa que sostenía un revólver 38 amartillado:

—No te movás que te quemo.

Emiliano miró hacia delante: otro tipo lo tenía encañonado con una itaka. Un tercero los apuntaba desde el otro lado. No tenían forma de manotear las armas. Emiliano se preocupó por el que lo encañonaba: parecía demasiado nervioso. Canea intentó el diálogo:

—Tranquilos muchachos, que somos montoneros.

—¡Callate o sos un montonero muerto! ¡Manos en la nuca, el mentón al pecho! ¡No se muevan, carajo!

Emiliano y Canca obedecieron. No tenían más remedio. Emiliano no tuvo miedo. Su sensación era mucho peor; una mezcla de sorpresa, pena, resignación: así que esto era. La catástrofe.

—Estamos cubriendo una volanteada. Por Villa Constitución.

Le dijo, muy bajito, Emiliano a Canca: trataba de inventar una historia liviana y que su compañero contara lo mismo. En cuanto lo dijo pensó que era raro que dos tipos conocidos, de ese nivel, cubrieran una volanteada. A Dardo, desarmado, lo agarraron unos metros más allá. Quique alcanzó a ver todo y se esfumó. Emiliano pensó que todo eso no podía ser cierto; después se acordó del anillo. Los policías les ordenaron que se bajaran del coche y se tiraran al suelo; Emiliano estaba boca abajo, con la cabeza cubierta por su propia campera, cuando oyó tiros y alguna granada: uno de los grupos de apoyo había logrado escapar; al otro lo agarraron. Paco Cernadas, Nono Outkerk y el Flaco Botarini también estaban detenidos. Mucho después sabrían que el dueño de la parrilla sospechó de tanto movimiento y llamó a la policía. Meses más tarde un comando montonero le puso una bomba.

Los separaron, y Emiliano Costa entendió que no controlaba más nada: vendado, esposado por atrás, metido en la caja de una camioneta, dos tipos lo pateaban. Uno le agarró la muñeca y le arrancó el Seiko con cronómetro que le había regalado su padre.

Así empieza, pensó Emiliano: nunca antes se había sentido tan frágil. Pensó que Juan Gullo, Dardo Cabo y él, para los servicios, eran un buen trofeo y que les iban a dar un baile serio. Estaba lúcido y, de alguna manera, resignado. Le sorprendió esa resignación. La camioneta arrancó; los tipos seguían puteándolo y pateándolo. Anduvieron unos minutos: no supo cuántos. Al rato pararon, lo bajaron, lo hicieron caminar; Emiliano trastabillaba, los tipos lo empujaban. Caminó unos metros, y entró en un lugar donde lo tiraron al suelo. Poco después le sacaron un momento la capucha y le hicieron una foto.

—Mirá al suelo, hijo de puta. ¡No levantés la cabeza!

Deslumbrado por el flash, no pudo ver nada. Quizás sea una comisaría, pensó. Ojalá sea una comisaría, pensó.

—Montonerito, puto, ahora vas a ver con quién te metiste, pelotudo. Así que ustedes matan policías, eh... Ahora te vas a arrepentir de todo, la concha de tu madre.

Era la Brigada de San Justo, pero él no lo supo hasta mucho después. Lo dejaron tirado en el suelo un rato largo, con los ojos vendados: lo pateaban, lo verdugueaban. Emiliano pensaba todo el tiempo en la tristeza de no llegar a conocer a su hijo. También pensaba que era una boludez perder así, por un error tonto, tan evitable. Y que ojalá pudiera resistir a la tortura, y que si de verdad estarían por matarlo.

Tengo que armar una historia creíble, pensó. Tengo datos muy pesados: los lugares donde se reúne la conducción de la columna, la cita de la semana que viene con la conducción nacional, los tipos saben que soy uno de los responsables del trabajo sindical de la orga. Me van a reventar, pensó: me van a reventar. Tengo que inventar algo. Si trato de ganarles a lo macho soy un boludo, no tengo chances: tengo que inventar algo. Una estrategia para engañarlos todo lo posible.

Empezó a oír gritos espantosos, y creyó que eran de Gullo. La espera se le hacía insoportable: casi quería que le hicieran algo, que empezaran de una puta vez. Pero también pensó que el tiempo que habían perdido le jugaba a favor: ya habría saltado la noticia de su detención, ya habría gente pidiendo por ellos, ya estarían levantando citas y lugares. Estos tipos no se dan cuenta de que cada minuto que pasa nos sirve, pensó. Qué suerte que no se dan cuenta.

Habían pasado horas cuando abrieron el candado y, sin decirle una palabra, lo llevaron a la rastra hasta una camioneta. Lo subieron y anduvieron un rato. Emiliano pensó que lo iban a matar, se imaginó una zanja, sus últimas

palabras. De pronto, le pareció terrible que lo mataran con los ojos vendados. Quería ver a la muerte llegando, enfrentarla; no sabía por qué, pero en ese momento era lo más importante:

—Si me van a fusilar, que sea de frente.

—Eso lo decidimos nosotros, pelotudo. Todo lo decidimos nosotros, pelotudo.

Se bajaron en algún lugar y entraron en una casa. Allí había tres o cuatro que hacían bromas: parecía que hablaban de otro torturador al que habían sancionado.

—Así que vos sos el próximo, pelotudito.

Lo desnudaron, lo ataron a una cama y antes de preguntarle nada, uno le advirtió:

—Perdiste, pibe, acá te vamos a dar de frente y de atrás...

Emiliano sintió un terrible mordisco en el pecho y gritó. Así que eso era la picana. No podía controlar ni siquiera su respiración: se le desbocaba.

—Boludo, nosotros ya sabemos todo, sabemos que estaban esperando cobrar la guita de los Born, así que no te hagás el boludo. Cuanto antes hables, mejor para todos.

La picana lo seguía mordiendo por todas partes. Emiliano saltaba, se retorció; quería respirar. Si respiraba, todo podría arreglarse. Al rato escuchó su nombre de guerra:

—Dale, Simón, vas a cantar. Acá todos cantan, no te preocupes. No te hagas pegar al pedo. Sabemos que estaban esperando varios palos verdes, pero lo mismo ustedes deben tener guita guardada. Así que nos decís dónde está la guita y punto.

—No, estábamos por una volanteada.

Esa cobertura ya era imposible: los tipos ya se habían enterado de demasiadas cosas.

—Dale, boludo, decinos dónde está la guita y no se va a enterar nadie que fuiste vos. Si hablás te salvás, ¿entendés? Y ni tus compañeros van a saber que fuiste vos... Dale, Simón, yo sobre vos sé todo. Todo, pelotudito.

Lo dejaban respirar un minuto, dos, y volvían a darle picana. A veces le daban con dos al mismo tiempo. En los huevos, en el culo, en las axilas, en los ojos por encima de la venda. Cuando le daban en los ojos, Emiliano gritaba mucho más. Era donde menos le dolía, pero trataba de engañarlos.

—¡Hasta que no nos des los lugares donde tienen los fierros y la guita, de acá no te movés! ¿Entendiste?

—No, no seas turro, yo no tengo nada que ver con esos temas, yo soy de una agrupación gremial...

—¡Hijo de puta! ¿A quién le decís turro? ¡Tomá!

—¡Ayyyyy!

—¿Y los fierros que tenían en el auto? ¿Qué hacían Gullo y vos en el falcon? ¡No te hagas matar al pedo, nene! Guachito, en el auto de Cabo estaba tu agenda con un mapita... ¿Con quiénes te ibas a juntar ahí?

Emiliano supo que la policía había capturado el fiat 128.

—Además ya los agarramos a los otros: los tenemos a Paco, al Nono y al Flaco... ¿Los conocés a éstos, no?

—No, no los conozco...

—Bueno, ¿ahora me vas a decir que no sabés de dónde es el pianito que estaba en tu agenda? ¡Tomá, guachito!

—¡Ayyyy! ¡Basta! ¡Por favor, basta!

El problema ya no era el dolor. Su objetivo era respirar. Las patadas de la picana no lo dejaban respirar. El dolor era como un eco a la distancia: algo espantoso que le seguía pasando a otro.

—Bueno, ahora decime dónde se reúnen. Dale, ¿de dónde es ese mapita? ¿Qué casa tienen ahí? ¡Cantá, hijo de mil putas, canta! ¿Con quién te creés que estás, con un gil de cuarta? ¡Cantá, hijo de mil putas!

El mapita de la agenda de Emiliano mostraba el camino hasta la casa de Vicente Mastrovicenzo, un viejo peronista, carpintero, que la prestaba para las reuniones de la conducción de la columna Oeste. Pero una semana atrás habían decidido no usarla más, por seguridad, y habían levantado todos los materiales que tenían ahí.

—¡Decime qué es eso del tercer semáforo! ¿Qué calle es la del semáforo?

Hacía horas que lo estaban matando. Emiliano pensó que si les entregaba algo, un dato menor, insignificante, iba a poder guardarse toda la información realmente pesada que tenía. Se acordaba todo el tiempo de una charla, meses antes, con Fernando Vaca Narvaja en el local clandestino de la conducción de la Regional 1, un departamento en Paraguay y Larrea.

—Si algún día llegás a caer, esto no lo cantes por nada del mundo.

Y no lo iba a cantar. Pero para eso, para poder guardarse esos datos, tenía que darles algo. Si no le iban a seguir dando y terminaría por decir cualquier cosa. La idea le pareció buena, casi inteligente. Entonces les dijo cómo llegar hasta esa casa.

—¡Ah, muy bien! Así me gusta. ¡Pará, dejá de darle! Eso sí: más vale que no nos quieras joder, porque si no es la casa te juro que te reviento.

¿Entendiste? ¿Ahí está la guita?

—No, ésa es la casa de un tipo que nos la presta para reuniones, pero no sabe quiénes somos, sabe que somos de la JP, es lo único que sabe...

Los torturadores tardaron poco en empezar de nuevo:

—Bueno, ahora decinos dónde guardan los fierros y la guita.

—¡No sé nada más! ¡Le juro que no sé nada más!

—No, pichón, si empezaste a cantar, ahora no te vas a hacer el piola. ¡Dale máquina!

—¡Ahhh! ¡Basta!

—¿Vas a hablar? ¿Vas a hablar, hijo de puta?

Emiliano no perdió la conciencia, pero no supo si lo siguieron torturando durante una hora o seis. Ya había entregado lo que estaba dispuesto a entregar: no iba a decir nada más. Sentía que su resistencia podía tener un límite, pero estaba dispuesto a aguantar. En un momento sintió que le aflojaban las ataduras de las manos y los pies. Estaba desnudo pero encapuchado. Uno le gritó:

—¡Levantate!

Le pareció que nunca se podría mover, que tenía todos los músculos desgarrados. Lo agarraron entre dos, lo llevaron de nuevo a una celda y le tiraron la ropa hecha un bollo. Emiliano se sacó la venda y se asustó al verse las llagas en todo el cuerpo, especialmente en los huevos y en el pecho; no tenía sensibilidad en los labios y las ligaduras le habían dejado un dibujo en carne viva en los tobillos y las muñecas. No entendía cómo podía estar lúcido y, por primera vez, tuvo una sensación de alivio:

—Les gané. Fue horrible, pero se las gané.

Al rato, Emiliano Costa escuchó los gritos de otro: debía ser Dardo Cabo. Recién entonces lo asaltó la idea de que era sólo el comienzo: que quizás los torturarían durante semanas, o los matarían. Se dijo que no quería morir, que era demasiado temprano, que faltaban pocos meses para que naciera su hijo. Pensó que seguramente Vicki ya sabría que estaba preso y habría abandonado el departamento. Era lo que habían establecido: si pasaban doce horas sin noticias, por seguridad, el que estuviera en la casa tenía que irse. Habían hablado sobre la tortura muchas veces: los dos sabían que el deber del militante era no dar información, pero los dos se preguntaban cuáles eran los límites de una persona frente al dolor, a la degradación, al sometimiento. Emiliano se dijo que, de acuerdo a los principios, no tendría que haber dado ninguna información de la organización, pero que no había

dicho nada importante, que había zafado: era una casa que no usaban más, donde no había documentos ni armas que incriminaran al dueño. Se imaginó que seguramente le allanarían la casa y que, como no encontrarían nada, la cosa no pasaría de eso y que seguramente su organización le daría una explicación a ese compañero. Lo estremecieron los gritos de la sala de torturas. Otra vez el miedo. Se dijo que lo iban a seguir torturando sobre su cuerpo destruido, que esos tipos eran perfectos animales, que él tenía que ganarles.

—Voy a aguantar, sea lo que sea, voy a aguantar.

Al rato oyó un tiro. Quiso creer que se le habría escapado a alguno, pero lo más razonable era que los mataran, pensó.

—Estos hijos de puta nos van a matar.

Pero ya no tuvo miedo. Se dijo bueno, hasta acá llegué, y le entró la gran pena de no haber conocido a su hijo. Cuando volvieron a buscarlo ya no le importaba nada. Sintió un gran desprecio por los que lo torturaban y lo único que quería era agua. Estaba deshidratado. Lo picanearon horas. Después lo encapucharon y lo subieron a los empujones a una camioneta; anduvieron un rato y lo bajaron. Cuando lo encerraron se dijo que sería otra comisaría. Contrajo los hombros y arqueó la espalda y pudo pasar las manos esposadas hacia delante. Le habían advertido que no lo hiciera, pero además se sacó la capucha y la miró: de loneta, bien cosida, con un olor humano indefinido. Pensó que existía un submundo del terror, con gente que fabricaba todas esas cosas.

—¡Tráiganme agua! ¡Denme agua!

La voz le salió chirle: la lengua se le pegaba al paladar, tenía los labios reventados. Empezó a patear la puerta, pero los pies le pesaban como dos sandías. Nadie le dio agua y se durmió como pudo. Al día siguiente le abrieron la puerta.

—¿Así que te sacaste la venda? Ahora te va a agarrar el mayor.

Le volvieron a poner la venda. Entre dos lo llevaron hasta una sala: uno lo agarraba del pelo y le clavaba el mentón en el esternón. Sin ver al tipo que tenía a un metro, Emiliano reconoció la voz. Era uno de los que lo habían torturado.

—Bueno, Simón, ahora que sabés cómo es la cosa, vas a declarar, ¿eh? ¿Nos vas a contar todo lo que sabés, montonero hijo de puta?

—Yo soy dirigente sindical, yo no estoy en la organización.

Al fondo, alguien tecleaba en una lexikon.

—¡No te hagas el perejil que a mí me dijiste que eras montonero! ¿Querés volver a la máquina?

—Yo lo único que tengo para declarar es que soy de la JTP y que iba a hacer una acción de apoyo para una volanteada.

—¿Una volanteada, con semejantes fierros? ¿Pero qué te crees que soy, yo, el hijo de la pavota? ¡Hijo de puta, ibas a buscar la guita de los Born! ¡Y con esa guita ibas a comprar más fierros para matar policías! ¿Eh? ¿Querés volver a la máquina, querés? ¿Eh?

—No.

—Entonces vas a hablar...

—No.

—Entonces la vamos a escribir nosotros. ¡Llevenlo!

Emiliano esperó en la celda una nueva sesión de torturas que nunca llegó. Al rato lo llevaron de nuevo a la oficina donde estaba el mayor.

—Acá tenés la declaración. Firmala.

Emiliano agarró la birome y, sin mirar, hizo un garabato. Fue un gran alivio: eso implicaría un reconocimiento, una legalización.

—¡Si llegás a decir que te torturamos, te volvemos a sacar! ¿Entendiste?

—Sí.

—Y si te volvés a poner las esposas para adelante, también. ¡Llevenlo!

Le alcanzaron un bidón con un agua que le pareció infectada, pero la tomó igual. Esa noche no lo dejaron dormir, con ruidos y visitas. Al día siguiente le abrieron la puerta, le sacaron las esposas y un tipo, que se identificó como médico forense, le preguntó amablemente:

—¿Cómo andás, pibe?

—Destruído, me torturaron.

—¿Cómo que te torturaron?

—Fíjese, tengo marcas por todos lados.

Emiliano le fue señalando al médico uno a uno los moretones y llagas de la picana y los golpes, los jirones de carne viva en los tobillos y muñecas de las ataduras al camastro de tortura. El forense, a desgano, anotó todo, y le dijo que iba a mandar el informe al juzgado. El policía que le abrió la puerta cada tanto para darle de comer o llevarlo al baño estaba bastante impresionado con lo que había escuchado de sus camaradas:

—¿Así que ustedes secuestraron a los Born? Mierda, che. Te voy a decir una cosa: yo leí el libro de Hitler, ese *Mi Lucha*. ¿Así se llama, no?

—Sí, *Mi Lucha*.

—Bueno, no lo leí entero, pero ahí cuenta que los judíos son unos hijos de puta, está bien que les saquen la guita a esos judíos de mierda... Pero, decime: ¿por qué andan matando policías? ¿Qué les hicimos nosotros a ustedes?

Al día siguiente, ese policía le contó que estaba en la brigada de San Justo y que Dardo y Canca estaban en otras celdas.

—Quedate tranquilo, pibe, ahora te va a ver el juez; pero seguro que vos zafás... Me dijeron que tu padre es brigadier, ¿es cierto?

—No. Es comodoro, y está retirado.

—Bueno, lo mismo, si te pone un buen abogado, seguro que salís enseguida. Yo no entiendo, ¿con un padre militar y vos andás en la joda? No entiendo...

—Nosotros somos peronistas.

—Sí, pero de la zurda, de los que están en contra de la policía. No, pibe, ustedes quieren cambiar el país, están locos.

Pocos días después, en un operativo con patrulleros, helicópteros y carros de asalto, lo subieron a un camión celular. En cuanto la caravana salió, entre sirenas y ruidos de motor, los presos empezaron a identificarse: Emiliano gritó su propio nombre y se alegró al escuchar los de Juan Carlos Dante Gullo, Ricardo Outkerk, el Flaco Botarini y el de Paco Cernadas. Pero hubo otro nombre:

—¡Mastrovicenzo!

A Emiliano le temblaron las piernas: Mastrovicenzo era el que les prestaba la casa. Pensó que, además de su propia prisión, iba a tener que cargar con la de él. Por las rendijas del camión celular podía ver la calle: chicos que iban a la escuela, un señor que vendía verdura en un carro viejo, curiosos que no sabían lo que miraban. Tenía un vacío horrible en el pecho, se avergonzó, supo que la cárcel de ese compañero le iba a doler más que la propia.

Al rato, el camión se detuvo. El soldado de la garita hizo una venia y levantó la barrera. Emiliano reconoció el lugar y la ceremonia: estaban en la base aérea de Morón, de la que su padre había sido comandante cuando él tenía diez años. Fueron directo a la pista de aterrizaje. Recordó que a un costado estaban las casas de los oficiales y que, a mediados del 57, su padre se había sublevado contra Aramburu, ahí mismo, y que la cosa no había pasado a mayores porque Aramburu le había prometido que iban a respetar el compromiso de llamar a elecciones, y que el vicecomodoro Miguel Costa le había contestado «su palabra vale más que los cañones de mis Glosters».

Emiliano se estremeció: ahora él estaba preso por montonero, lo subían a un Foker y seguramente lo llevarían a alguna cárcel en el sur, Aramburu estaba muerto y su padre no podría hacer nada para sacarlo. El viaje fue breve: los bajaron en la base de Tandil y los llevaron hasta una cárcel que parecía de la edad media. Paredes de piedra, carros de caballos, cucarachas con nombre propio. En cuanto llegaron les cortaron el pelo y los llevaron a las duchas. Muy excitados, los guardias les gritaban, los hacían correr de un lado a otro:

—¡Ahora sí vas a bailar! ¡Desvestite! ¡Rápido!

Emiliano no podía sacarse las medias.

—Tengo una costra pegada a las medias, no me salen...

—¡Vamos, sacátelas! ¡Rápido, o te las arranco con el cuchillo!

Después de un rato de humillaciones les dieron unos uniformes gigantes y les dijeron que primero se iban a pasar unos días en las celdas de aislamiento.

—Acá en Sierra Chica es así. No se preocupen, es la bienvenida para todos. Nada personal. Para que se vayan acostumbrando, nomás.

En otra oficina los pusieron frente a una cámara de fotos viejísima y los retrataron de frente y de perfil con un número a la altura del cuello.

—A partir de ahora, sos el ciento dos. ¿Está? Ése es tu nombre. Grabátelo hasta que salgas en libertad. Ciento dos.

Abril de 1975. La Triple A seguía imponiendo sus reglas. El viernes 25 difundió otra lista de amenazados: esta vez era gente de la cultura. Tomás Eloy Martínez, Osvaldo Granados, Juan Carlos Gené, David Stivel, Sergio Renán, Luisina Brando, Leonor Manso, María Rosa Gallo, Alfredo Alcón, César Civita estaban entre ellos. El 28 hubo huelga de actores; el 29, el ministro del Interior los recibió y les dio garantías, pero muchos ya pensaban en irse del país. El 10 de mayo las Tres A ampliaron la lista: Víctor Laplace, Federico Luppi, Inda Ledesma, Marcelo Simón y Julio Márbiz «fueron encontrados culpables de realizar, a través de sus actividades, una campaña marxista que hiere a nuestra nacionalidad». La Triple A, según denunció la Asociación Argentina de Actores —AAA—, decía en su comunicado que los citados sólo serían perdonados si cumplían con ciertas condiciones: entre ellas, la publicación de una solicitada donde «se definan ideológicamente contra la guerrilla marxista, su aparato de sostén, la violencia, y donde apoyen la estrategia democrática del Estado».

En esos días, una estadística no oficial publicada por el *Buenos Aires Herald* decía que, desde la muerte de Perón, la violencia política había producido unos 503 muertos, de los cuales 53 eran policías, 22 militares, 13

empresarios, 38 eran activistas de derecha y el resto, 377, eran militantes de la izquierda y el peronismo revolucionario.

—Nievas, parece que el jefe aceptó la audiencia que usted le ha pedido.

Hacia principios de abril, Antonia Nievas había pedido una entrevista con el jefe de la Policía de Tucumán. Era una idea de Graciela Imaz, otra presa que había caído con su marido, el Tojo Ojea Quintana:

—En el pedido de audiencia no le aclares nada, ponele nomás por motivos personales que deseo explicarle personalmente. No le pongas más que eso. En una de éstas nos da bola.

A los dos días, un agente les hizo caminar los pasillos y patios que separaban el pabellón donde estaban del despacho del teniente coronel Néstor Castelli. Castelli se paró con un salto: estaba atlético, con traje de combate y el jopo rubio sobre la frente.

—¿Qué las trae por acá?

—Vea señor, el motivo es que queremos ver a nuestros compañeros.

—¿Cómo? ¿Y por qué no los ven?

Antonia le dijo que hacía casi seis meses que Luis estaba en Villa Urquiza y no podía ni mandarle una carta.

—Usted sabe, señor, que la falta de contacto va arruinando todo.

—Ni una palabra más, señoras. Vamos a establecer una visita semanal para todos los matrimonios. ¿Cuántas son?

—Somos nosotras dos... Pero yo estoy en pareja, señor, no estamos casados.

—Ah, caramba; entonces cátese m'hija, aproveche y cátese... Hacemos todo junto, la ceremonia civil y la religiosa, y así ya arregla su situación, ¿no le parece, m'hija? La hacemos acá nomás, en el salón de actos de la policía, y...

Al principio, Antonia no se lo tomó en serio, pero una semana después la fue a ver el capellán policial:

—Hija, deberías llegar al casamiento en la gracia del Señor.

—¿Qué?

—Bueno, quiero decir, que deberías confesarte y comulgar.

—¿Confesar qué, padre? No, no me voy a confesar. Yo quiero ver a mi compañero, no tengo nada que confesar.

Dos días antes de la fecha fijada para la ceremonia, el teniente coronel Castelli fue a verla para disculparse porque tenía otros compromisos y no iba

a estar presente en la boda. El miércoles 23 de abril, a la mañana, Antonia se preparó desde temprano: le dieron permiso para lavarse la cabeza, se pintó un poco la cara, se puso sus pantalones verdes acampanados y la remera verde, también ajustada.

—Estás divina, Negra.

Las otras veinte presas también se vistieron para la ocasión y cuchicheaban sobre la fiesta, la torta, la noche de amor. Un policía se acercó a la reja y pidió hablar con la novia. A Antonia le pareció el típico policía de pueblo. Antes de hablar miró para atrás y sacó una rosa roja mal cortada de la manga:

—Vea, yo les deseo lo mejor. Yo no soy enemigo de ustedes, y la verdad es que no sé qué hago yendo a las colonias a perseguir a los muchachos. Le juro que antes yo nada más mandé presos a los que hacían pelear gallos o que robaban ganado, se lo juro.

Poco antes de las diez llegó otro uniformado con las charreteras cargadas de bronces:

—¿Le parece que está todo bien?

—Sí, pero después de la boda queremos brindar con champán.

—Vea, nosotros previmos unas botellas de sidra y unos canapés, pero la verdad que champán, no.

—Bueno, sidra está bien.

Cuando abrieron el candado la novia salió adelante, escoltada por dos policías de uniforme de fajina y fusiles. Más atrás, en procesión, venían las presas, cada cual acompañada por un policía armado. El salón de actos estaba acondicionado con butacas y una gran mesa sobre una tarima donde las esperaba la jueza de paz. En todo ese tiempo, Antonia nunca había podido hablar con Luis: en esos últimos minutos, la ausencia del novio la llenó de zozobra: yo nunca hablé con él, a lo mejor se rechifló y no quiere casarse, o se quiso fugar en el trayecto, o quizá todo esto es una maniobra para decir después que él no quiso casarse. Pero Luis apareció, con cuatro policías de custodia y otro preso que iba a hacer de padrino. Iba un poco desprolijo. Antonia le miró los pantalones muy cortos y las Pampero azules muy gastadas. Luis tenía la mirada un poco perdida. Lo colocaron al lado de ella. Ahora todos los miraban. Luis le habló por lo bajo.

—Yo no sabía ni mierda. Ni sabía para dónde me llevaban, pensé que me iban a hacer recagar.

Le habían preguntado si quería casarse, pero nunca le dijeron que la fiesta estaba preparada. La jueza leyó las amonestaciones: en la salud y la

enfermedad, en la abundancia o en la pobreza: Antonia empezó a tentarse y estuvo a punto de largar la carcajada. Trató de disimular agachando la cabeza; después miró hacia las butacas y vio que otras se reían de su propio gesto. Cuando el capellán terminó su parte, un oficial de ceremonial les dijo que el ministro de Trabajo, Ricardo Otero, estaba esperando afuera para anunciar un aporte de fondos del gobierno nacional para la policía provincial.

—Así que necesitamos el salón y les solicitamos que se retiren.

Las veinte presas volvieron al pabellón: esta vez con Luis y el preso padrino. Dos mozos con moñito, de los que solían servir a la plana mayor de la policía, aparecieron con bandejas y bebidas. Un oficial del Ejército, segundo de Castelli, entró al pabellón y brindó con ellos. Por fin, un policía gritó recreo y todas las presas y el padrino salieron al patio. Antonia y Luis se quedaron solos en el pabellón: les habían prometido tres horas. Ella estaba incómoda:

—Ay, Luis, te juro que así no me vienen las ganas, no es lo mismo...

—¿Así cómo?

—Y, presos, Luis...

—Dejate de joder, Negra, ésta es una conquista, qué te importa.

El sábado volvieron a verse. Esta vez fue en Villa Urquiza, donde Luis era local. Él le contó que a Fermín Núñez, otro preso, lo habían sacado una semana para torturarlo, y que había vuelto destrozado: que hasta lo habían tirado a una fosa con unos perros, que había varios cadáveres, que como Fermín conocía las colonias le querían sacar información sobre los que ayudaban a los guerrilleros. También le dijo que, pese a que estaba todo el tiempo vendado, Fermín supo que lo tenían en Famaillá.

—¿Tú qué tú eres? ¿Montonero?

—No, de las Fuerzas Armadas Peronistas.

—¿De las FAP?

En cualquier otro lado, el diálogo habría sido banal. Pero esa tarde las bombas seguían cayendo sobre las calles de Beirut, el acento del guerrillero palestino era espantoso y Cacho El Kadri estuvo a punto de morir de alegría: no podía creer que alguien, en ese raro infierno, conociera a las FAP. Yaiel, el palestino, tenía sus ideas:

—Las FAP son peronistas. Los montoneros son fascistas.

—No, no es así.

—Sí, yo les conozco bien, estudié bien. Les conozco: vinieron por entrenamiento aquí en nosotros.

Yaiel era uno de los jefes del Frente Popular por la Liberación de Palestina. Cacho había llegado a Beirut unos meses antes y se instaló en la casa de su tío Munir, justo a tiempo para asistir a los últimos días de su tía Hadriel, que se moría de un cáncer. Y poco después empezaron a explotar las bombas. El 14 de abril de 1975 la ciudad coqueta y próspera se transformó en el campo de la batalla más encarnizada. La situación se había ido enrareciendo durante años, por la participación del Líbano en el conflicto árabe-israelí: Beirut se alineó con Siria y Egipto en la guerra de Yom Kippur, en 1973, y se convirtió en el mayor refugio de los fedayines palestinos. Pero nadie esperaba semejante estallido.

La excusa fue banal: ese 14 de abril, una emboscada tendida por guerrilleros de la Falange a un grupo de palestinos en Beirut causó varios muertos y contraataques inmediatos: al día siguiente toda la ciudad estaba en guerra. La Falange, derechista, reunía a mayoría de cristianos; las organizaciones palestinas eran laicas o musulmanas y se situaban más a la izquierda. Los enfrentamientos eran violentísimos. En mayo el gobierno, impotente, renunció, y la guerra se apoderó de todo.

Esos primeros días, Cacho se quedó encerrado con su tío en su departamento del centro de Beirut. No lo podía creer: acababa de salir de Guatemala para meterse en Guatepeor. Aunque esta guerra no tuviera mucho que ver con él. Las bombas y los combates estallaban a pocas cuadras. Muchas noches, Cacho y su tío se sentaban en el balcón de su octavo piso a mirar los estallidos de los morteros, las luces de las balas trazadoras que caían unos cientos de metros más allá. Muchos vecinos se refugiaban en los sótanos: ellos seguían en su balcón, hipnotizados por esa belleza tan perversa. A veces tenían electricidad; si no, siempre podían escuchar la BBC, que les contaba cómo iba la guerra. Falangistas y palestinos peleaban casa por casa, manzana por manzana y cada día había unas horas de tregua, que los vecinos aprovechaban para salir a la calle a buscar los pocos víveres que se conseguían.

A veces los interrumpía una lluvia de granadas de mortero: salvo en la fecha de pago de la administración pública. Ese día toda guerra cesaba, y miles de libaneses iban a cobrar su sueldo. Ese día podían comprar lo que hubiera: bananas, arroz, huevos.

Cacho sabía que para un extranjero que no conocía a nadie ni hablaba ningún idioma era más que imprudente andar por ahí, pero a los pocos días no pudo contener la impaciencia y la curiosidad, y empezó a salir. Una tarde se atrevió a meterse en el edificio que había ocupado el FPLP para instalar su

comando: estaba a dos cuerdas de su casa, y lo recibió Yaiel, que hablaba castellano: Yaiel, como muchos de sus compañeros, había estudiado en la España de Franco, uno de los pocos países que les daban asilo:

—¿Y qué estás haciendo por aquí, tú?

La charla duró un rato largo. Desde ese día, Cacho tomó la costumbre de pasar un rato por esa oficina, y a veces Yaiel le encargaba algún trabajito:

—Oye, compañero, necesitamos su ayuda para que nos escribas estos pasaportes...

Por ese edificio pasaba todo tipo de gente: izquierdistas alemanes que se iban a entrenar a los campos palestinos del interior del Líbano, guerrilleros japoneses, petisos kamikazes, periodistas colombianos con aires de grandeza. El edificio estaba muy arruinado, con más de un bombazo encima y cientos de fedayines que entraban y salían con sus ametralladoras kalashnikoff en la mano. Ahí fue donde Cacho se enteró de que Saigón por fin había caído en manos de los vietnamitas: una tarde, miles de personas empezaron a disparar sus armas hacia el cielo, festejando el triunfo del Vietcong.

Para tratar de mantenerse ocupado, Cacho decidió que escribiría un libro sobre la cuestión palestina. Se consiguió una máquina de escribir eléctrica, que andaba muy de vez en cuando por los cortes de luz, y utilizó sus contactos en el FPLP para entrevistar a algunos jefes guerrilleros. Había empezado a tomar clases de árabe, pero el idioma seguía siendo una barrera.

Una tarde estaba buscando la oficina de *Prensa Latina* en un edificio ocupado por unas milicias palestinas: Cacho solía ir a la agencia noticiosa cubana para leer alguna información en castellano, pero esa vez se perdió. En un pasillo se cruzó con un tipo con pistola y le preguntó, en su árabe tentativo, dónde estaba esa oficina.

—Vení, vení, es por acá.

Le dijo el otro, en árabe con señas, y lo llevó a una habitación donde había otros cuatro armados hasta los dientes, que le gritaban frases que no podía entender. Cacho vio que tenían banderas del FPLP colgadas de la pared y les dijo que era compañero, pero los tipos no le hacían mucho caso y seguían interrogándolo. Cacho sabía que había muchas divisiones dentro de cada organización, y se preguntaba en manos de quién habría caído: ¿éstos serán los Brito Lima, o los Firmenich?, se decía y, al cabo de una hora, empezó a tener miedo. Al final decidieron que su historia era cierta: lo acompañaron hasta la casa de su tío y le echaron un sermón:

—Bueno, pero no vuelva a dejarlo salir. Esto es muy peligroso para los extranjeros.

A veces, esos distintos grupos de las mismas tendencias se disputaban a tiros un territorio, una posición. Cacho recordaba historias que había leído sobre las matanzas de anarquistas y trotskistas por el PC en la guerra civil española y se preguntaba si así hubiera sido la revolución que él y sus compañeros habían querido hacer en la Argentina. Le parecía que la guerra exacerbaba lo peor de cada cual: más de una vez, en la calle, un chico de 15 con una ametralladora de 40 se sentía muy importante y trataba de imponer su poder a una señora, a un hombre grande. Otras veces, Cacho trataba de opinar sobre la guerra:

—Yaiel, ustedes tendrían que cuidarse más y pensar mejor los movimientos. Salen muy descubiertos. Tendrían que ocupar los edificios más altos para controlar las calles, poner francotiradores bien situados, puestos de observación...

Yaiel lo escuchaba con amabilidad, asentía, pero después sus hombres volvían a atacar todos en fila, corriendo para adelante sin la menor cobertura. Alguna vez se lo explicaron:

—No importa, los que caen en el combate tienen el más dulce de los destinos: se van directamente al paraíso, a disfrutar de la leche y de la miel...

Cacho se sentía demasiado extranjero, y la Argentina estaba cada vez más lejos.

Abril de 1975. El general Duong Van-Minh había asumido la presidencia de Vietnam del Sur el lunes 28, y no duraría mucho: su ejército se estaba derrumbando y sus aliados lo habían abandonado. Por eso el presidente histórico, Nguyen Van Thieu, se había escapado una semana antes.

A las diez y media de la mañana del miércoles 30, mientras Saigón estaba paralizada por la huelga general y las tropas enemigas amenazaban en todas las entradas, el general Minh anunció por radio que se rendía «para evitar más derramamientos de sangre». Unos minutos después, un tanque ruso T 54 hundió el portón de hierro del palacio y enfiló hacia la oficina presidencial. Lo seguían solamente seis soldados: uno llevaba la bandera de Vietnam del Norte, roja con la hoz y el martillo amarillos, y otro la del FLN, azul y roja con una estrella amarilla en el centro. El general se entregó y pidió que lo dejaran salir, junto con toda su familia, hacia Estados Unidos. En ese momento, las tropas rebeldes estaban ocupando todos los barrios de la ciudad: la guerra de Vietnam, tras diez años de combates, estaba terminada.

La balanza había empezado a inclinarse hacia el lado comunista dos años antes, cuando los norteamericanos —presionados por su frente interno y

cumpliendo los acuerdos de París— retiraron sus tropas de Indochina. Los americanos habían perdido 56.000 soldados, un 7 por ciento de los 800.000 enviados: nunca su porcentaje de bajas había sido tan alto. Desde entonces, los intentos de Richard Nixon, primero, y de Gerald Ford para detener la ofensiva del Frente de Liberación Nacional de Vietnam del Sur se estrellaron contra el Senado norteamericano: cada vez que los presidentes republicanos mandaban un proyecto de créditos militares para ayudar al gobierno del general Nguyen Van Thieu, los demócratas lo frenaban. Y su poder empezó a resquebrajarse.

A principios de 1975 el Frente de Liberación Nacional, apoyado y abastecido por Vietnam del Norte, controlaba la mayoría del país y había formado un Gobierno Provisional Revolucionario con representación diplomática en los países del campo socialista y en Europa. En marzo, el comité central del Partido Comunista vietnamita decidió pasar a la ofensiva final y atacar Saigón, la capital. Por la carretera Ho Chi Minh llegaron desde el norte tanques y artillería; en los túneles de Cu Chi, apenas a 50 kilómetros al sur de Saigón, se concentraban cientos de unidades vietcong. Y, en Saigón, los militantes de la resistencia preparaban la huelga general y seguían con sus actos de sabotaje. La última semana de marzo muchas unidades del ejército del Sur se entregaron sin combatir. A mediados de abril, dos pilotos de élite de la aviación sudvietnamita dieron vuelta sus phantom, dispararon sus bombas contra el viejo palacio presidencial construido por los franceses y aterrizaron en una pista del Vietcong. La suerte estaba echada.

En los últimos días de abril, la infantería vietcong había roto las últimas defensas de su enemigo. Jean Larteguy, ex legionario francés, ex miembro de la OAS y autor de las novelas más apreciadas por los militares argentinos, solía decir que esa infantería era la mejor del mundo: era la única que había vencido a dos ejércitos poderosos —el francés y el norteamericano— sin aviación, algo impensable para cualquier otra fuerza militar sin la motivación y el atrevimiento de sus soldados. En Hanoi, la capital del Norte, la caída de Saigón fue seguida paso a paso por el general Vo Nguyen Giap, el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas y estratega de esa guerra.

La toma de Saigón fue caótica: la ciudad había sido, durante diez años, cuartel general de los americanos y sus aliados: muchos de sus habitantes eran culpables de los peores crímenes a los ojos vietcong. La televisión mostraba escenas dantescas de ex funcionarios del gobierno trepados a las alas de aviones norteamericanos que les cerraban las puertas o colgados de las patas de helicópteros que intentaban posarse en la plataforma de un portaaviones

estacionado cerca de Saigón. Las tropas norteamericanas acantonadas en el sudeste asiático tenían órdenes de evacuar sólo a los que presentaran el salvoconducto oficial: sus aliados de la larga guerra estaban librados a su propia suerte y quedaban tendidos en las pistas o hundidos en el fondo del mar de China.

El lunes 28 de abril a media mañana, Isabel Perón bajó las escaleras del avión presidencial en el aeropuerto de Tucumán, acompañada por los ministros López Rega y Sabino. Isabel llevaba un traje sastre oscuro, anteojos negros de marco grueso y un peinado con rodete. Los generales Anaya y Vilas, de uniforme de fajina, la ayudaron a subir al jeep verde descapotado y viajaron juntos los 35 kilómetros que los separaban de Famallá, donde estaba la sede del comando táctico del Operativo Independencia. Al mediodía, la presidente subió al primer piso de la comisaría del pueblo y desde un balconcito, después del discurso de Vilas, ensayó unas palabras que tenía escritas.

—La libertad hay que cuidarla para no lamentar mañana lo que no supimos defender hoy. Con la libertad sucede a veces lo que con la madre: se la valora recién cuando se la pierde.

Había unos pocos pobladores y muchos uniformados. Isabel miró a los vecinos:

—Necesitamos de la colaboración de la población para combatir a la subversión...

Uno, vestido de civil, la interrumpió:

—¡Viva el Ejército!

La Presidente retrucó:

—Yo diría más bien viva la Patria, porque es la patria la que está en peligro. Debemos tomar conciencia de que si triunfa la antipatria habrá sufrimiento y dolor en todo el país. Tal vez muchos no comprendan esto, porque nuestro pueblo no ha sufrido las vicisitudes de la guerra...

Luego, recordó a su extinto marido en una cita desconocida:

—Como dijo Perón: haremos la revolución en paz y no con la sangre, como la quieren otros, incluso algunos que se ponen la piel de cordero y se dicen peronistas. Nosotros somos cristianos y hemos dado muestras de ello: nos duele la muerte de todo ser humano, sea del lado que fuere. Por eso les pido que levanten la mirada al cielo y verán con los ojos del alma la mano extendida de Dios...

La ceremonia terminó al rato y a la noche, la presidenta estaba de vuelta en Buenos Aires. Al día siguiente, en todo el país, se conmemoró, como todos los 29 de abril, el día del Animal.

En ese momento la Compañía de Monte del ERP, muy acosada, preparaba su primera acción militar de envergadura: el ataque al cuartel general enemigo en Famaillá. Planeaban caer por sorpresa, matar a los jefes del operativo Independencia, llevarse el armamento, liberar a todos los detenidos en la escolita e izar, antes de irse, la bandera del ERP. Decidieron hacerlo en la noche del miércoles 28 de mayo, cuando los militares preparaban un desfile para festejar el día del Ejército. Pero ese mismo miércoles, mientras los guerrilleros iban hacia Famaillá, se toparon con unas patrullas militares estacionadas en Manchalá, cerca de su objetivo. El grupo guerrillero estaba comandado por Hugo Irurzún, el capitán Santiago, que decidió librar combate. La lucha duró algunas horas y fue un revés completo para el ERP. El Ejército no tomó prisioneros: los que habían caído vivos fueron fusilados en el acto. Hubo 17 guerrilleros muertos y ningún herido. El 29 de mayo a la mañana, el general Vilas festejó el día del Ejército en el monte tucumano: en el acto, mostró feliz la bandera del ERP que sus efectivos habían capturado unas horas antes.

—Che, Flaco, ¿te acordás dónde nos vimos el viernes?

—Sí, claro.

—Bueno, te veo ahí en diez minutos.

Lucio Garzón Maceda colgó el teléfono, cerró el estudio y miró que nadie lo siguiera. Al rato estaba sentado en el bar de la Cañada, en el barrio Güemes, ansioso por compartir las malas noticias con el Flaco Murúa:

—Mirá, recién pasó por el estudio un muchacho de un sindicato que vino de la gobernación. Me dijo: doctor, con todo respeto, le tengo que contar que lo quieren meter preso.

El sindicalista era del gremio de empleados públicos, que Garzón asesoraba. Le contó que mientras participaba de una reunión en la Casa de Gobierno había llegado el interventor Lacabanne, furioso, con *La Voz del Interior* en la mano, gritando contra Tosco, jurando que lo iba a agarrar. Ese viernes 2 de mayo el diario cordobés tamaño sábana había sacado una solicitada a toda página firmada por Agustín Tosco, que reproducía los fundamentos de su apelación a la Cámara Federal de Córdoba contra el pedido de captura que el juez Zamboni Ledesma le mantenía desde siete meses antes. *La Voz del Interior*, pese a que ya le habían volado la planta,

accedió a publicarla con un único requisito, que la firmaran también sus seis abogados, que no estaban prófugos: Hugo Leonelli, Gilberto Aguilar, Gustavo Roca, Rubén Arroyo, Lucio Garzón Maceda y Arnaldo Murúa.

La solicitada era larga, y se titulaba «Tosco se defiende y ataca»:

«... Este tipo de represión generalizada, oficial y clandestina, indica que en la mayoría de la población existe descontento, desconfianza, protesta contra el estado de cosas vigentes y que, en el intento de acallarlas para evitar su propagación, se recurra a estos métodos condenables.

»Pero la lucha por una vida mejor, una sociedad más justa y más humana, no cesará en la Argentina como no cesará en América Latina y el mundo. La clase obrera y el pueblo comprenden y practican cada vez más una política de unidad. Comprenden que debe primar la unificación de las coincidencias por sobre las diferencias menores. El criterio de unidad, sin discriminaciones, de la clase obrera y los sectores populares, es el camino que hará triunfar los grandes ideales patrióticos, democráticos y revolucionarios.

»La lucha de la clase obrera y el pueblo tiene siglos de historia. Hubo, hay y habrá muchos sacrificios que realizar. Los reaccionarios podrán continuar por un tiempo sosteniendo sistemas perimidos; los altos funcionarios que traicionan los programas votados por el pueblo, podrán engañar cierto tiempo, la represión podrá seguir golpeando; las Tres A podrán seguir amenazando y fusilando. Pero nadie podrá detener la rueda de la historia, porque la historia la hacen los pueblos en el camino de su liberación.

»En esta relación de los hechos que integran el contexto de la represión contra el sindicato de Luz y Fuerza y contra su consejo directivo, no podemos omitir una paradoja: en el caso del sedicioso teniente coronel Navarro, la Justicia Federal declaró su culpabilidad y el Poder Ejecutivo Nacional dispuso su indulto. En el caso del consejo directivo del sindicato de Luz y Fuerza, la misma Justicia Federal dispuso su libertad y el mismo Poder Ejecutivo ordenó su encarcelamiento.

»Se trata nomás de una demostración palmaria y elocuente del desplazamiento gubernamental hacia una política reaccionaria: se acentúa día a día el distanciamiento entre lo que el pueblo votó el 11 de marzo de 1973, con los actos antidemocráticos y derechistas que cumplen los altos funcionarios gubernamentales.

»Todo ello me lleva a concluir que de presentarme ante la Justicia se ordenaría finalmente mi libertad, tal como sucedió con mis compañeros del consejo directivo. Pero también, al igual que cinco de ellos, sería puesto a

disposición del Poder Ejecutivo Nacional, encarcelándoseme por tiempo indeterminado como represalia sindical y política».

Garzón Maceda pidió otro fernet con cocacola:

—Así que Lacabanne, como no lo puede enganchar al Gringo, se la agarró con nosotros. Este muchacho que vino al estudio me repetía que el tipo tenía el diario con nuestros nombres subrayados y repetía que si Zamboni no nos quería meter presos, él iba a hacer que nos pongan a disposición del PEN... ¿Qué carajo podemos hacer, hermano? ¿Sólo podemos saltar de la sartén al fuego?

—Estamos fregados, Tuerto. Si pasamos a la clandestinidad van a decir que son las pruebas de que en algo andamos, y si nos quedamos tranquilos nos van a cazar como a patos. Qué vamos a hacer, sigamos así, vos en tu estudio, yo saltando de casa en casa, yendo de vez en cuando a Tribunales. Así andan todos los compañeros, ya ni se sabe lo que te espera al día siguiente.

Mayo de 1975. «Por carecer la Argentina de elementos técnicamente indispensables para la celebración de un Campeonato Mundial de Fútbol con la participación de veinte seleccionados nacionales, el torneo de 1978 se celebrará con la intervención de dieciséis equipos, tal como se venía efectuando hasta ahora», dijo Teófilo Salinas, el presidente de la Confederación Sudamericana. Era un revés menor: dos días antes, la FIFA había confirmado que el Mundial 78 se haría en la Argentina. Pero João Havelange no quería que ése fuera el primer mundial con veinte participantes —aunque ya anunciaba que en el de España 82 habría veinticuatro equipos.

El detalle no le importó a casi nadie: sí, que el Mundial se haría aquí, pese a las amenazas y dudas de último momento. En esos días, además, el fútbol local tenía suficientes problemas: el domingo 4, Ferro perdía de visitante con Newell's en Rosario y el referí Jorge Álvarez dejó pasar un violento foul de un defensor de Ferro. Eso permitió un contraataque de Ferro que terminó en penal, esta vez cobrado por el árbitro. Se pusieron 2-1. En tiempo de descuento, Ferro empató. El referí dio el gol y se armó una batahola que duró dos horas. La policía santafesina detuvo al árbitro —que había sufrido desprendimiento de retina y quedaba detenido en una clínica— «por fraude deportivo» y a tres jugadores de Ferro «por atentado a la moral y las buenas costumbres».

Al otro día, en juicio oral, un juez condenó a los jugadores, pero en el mismo acto los perdonó y los dejó volver a Buenos Aires. Álvarez seguía

preso. A la noche, los árbitros se reunieron y llamaron a «paro general en el orden nacional». Recién el jueves 8 la justicia santafesina liberó al referí, y sus colegas decidieron seguir con la huelga. El sábado 10, cuando la AFA debía designar a los árbitros para el domingo, no se presentó ni uno. Muchos recordaron que el último paro de referís había tenido motivos similares: había sido el fin de semana del 16 y 17 de junio de 1973 y el entonces secretario de Deportes, teniente coronel Jorge Osinde, se había apresurado a abrir de inmediato un registro de nuevos árbitros para reemplazar a los huelguistas. Pero Osinde fracasó en su intento: Otero, el ministro de Trabajo, salió a decir que la huelga de los referís respondía «a razones humanas muy atendibles, ya que entran en el campo de la dignidad». Por eso, esta vez, el gobierno prefirió no meterse con la huelga de árbitros que, ese domingo 11, dejó sin fútbol a los argentinos. Todavía podían soportarlo.

Pero los problemas eran más complejos: Futbolistas Argentinos Agremiados —por los asalariados— y la Asociación del Fútbol Argentino —por la patronal— se habían reunido esa semana en el ministerio de Trabajo para discutir el convenio colectivo de trabajo. Los futbolistas reclamaban más flexibilidad en los contratos y un aumento del porcentaje que cobraban cuando los transferían. La AFA no aceptó.

«Pretendemos que caigan para siempre las viejas y caducas reglamentaciones de la AFA», declararon los sindicalistas del fútbol. «Se pide, mediante la acción de un movimiento que ha contado con la unánime adhesión del pueblo, que los hombres que dan el espectáculo del fútbol no sean cosas que se vendan, se cambien, se presten y muchas veces, doloroso es decirlo, se regalen. Los futbolistas están detrás de un ideal que es carne y esencia del pueblo y condición mínima de vivencia: no buscan mayor retribución, sólo piden garantías para su trabajo y fiel acatamiento a los contratos que suscriben».

Apenas empezó a manejar el oficio de carpintero, Julio Urien tuvo que dejarlo. Había sido su primer trabajo, y le estaba dando otra perspectiva: tenía la sensación de que en ese taller, compartiendo los chistes y los problemas y la vida áspera de los demás obreros, aprendía muchas cosas. Pero las tareas de su organización le demandaban cada vez más dedicación, y tuvo que dejarlo. La idea de que los militantes montoneros trabajaran como obreros seguía vigente pero, desde el paso a la clandestinidad, las tareas de la secretaría militar se multiplicaban. A principios de mayo Carlos Lebrón lo citó para avisarle que tenía que ir unos días a un campamento de instrucción y que, a la

vuelta, debía ocuparse de unos temas de logística y equipamiento militar de la columna Capital. A esa altura, además del documento falso, Julio siempre llevaba algún arma. Los Montoneros habían empezado a producir, en fábricas clandestinas, subametralladoras, granadas de mano y lanzadores de cohetes similares a las energas que usaba el Ejército. La instrucción militar se había generalizado a todo el país y la conducción montonera evaluaba que la capacidad de fuego de las unidades básicas de combate sobrepasaba la de las patrullas policiales. En ciertas oportunidades, en vez de cumplir con los pasos tradicionales de la guerrilla —estudiar el objetivo, planificar la acción, realizarla—, las unidades montoneras salían de patrulla «con autonomía operativa», de modo que podían desarmar policías o enfrentarse con un patrullero allí donde lo encontraran.

Carlos le decía a Julio que la conducción había hecho una evaluación respecto de la capacidad operativa:

—Si no intervienen las Fuerzas Armadas, en muchas zonas estamos en condiciones de pasarles por encima a las policías. Como el Ejército también tiene esa evaluación, los mandos están discutiendo de qué manera van a intervenir.

Por lo cual los Montoneros se preparaban para la eventualidad de que el Ejército se sumara a la represión. Carlos estaba preocupado:

—Los compañeros me pidieron nuestra opinión sobre la posibilidad de entrar en operaciones contra unidades del Ejército.

—¿De qué tipo?

—No sé, no me dijeron, pero supongo que será el ataque a algún cuartel. Yo les anticipé mi parecer: me parece jodido...

—No, claro, no conviene atacar al Ejército. Eso les va a servir para que el sector nacional pierda argumentos. Eso yo lo viví, porque además, los tipos tienen un problema grande con los colimbas, que no los controlan bien, pero si hay ataques así les van a servir para unificarlos contra el supuesto agresor. A mí también me parece que no es momento. Porque, incluso, si queremos hacer una demostración de fuerzas y recuperar armamento, no tiene sentido meterse con el Ejército, donde todavía tenemos alguna inserción.

La reunión siguió su trámite y Carlos le contó que estaban por imprimir el manual que habían hecho. El *Manual del Oficial Montonero* incluía 32 «clases»: sus temas eran «Introducción política, Resistencia activa al enemigo, Orden cerrado, Armamento —Revólver, Pistola 11.25, Pistola 9 mm Browning, Subametralladora PAM-Halcón, Subametralladora UZI-PA 3, Escopetas-Tromba, Granada SFM-4—, Tiro-Órganos de puntería, Posiciones

de tiro, Portación y extracción, Explosivos, Construcción de caños, Espoleta de tracción ET1, FAL – FN – Mauser, Táctica operativa, Cacheo y reducción, Desplazamiento en vehículos, Defensa de locales, Cubiertas, Disciplina de fuego, Retirada por fuego y movimiento, Operaciones de recuperación de vehículos, Operaciones de hostigamiento, Hostigamiento con LG 22 y G 70, Operaciones de ejecución simple y Elementos útiles para acciones insurreccionales». La Clase 4, por ejemplo, versaba sobre el «Orden Cerrado»:

«CONCEPTO: Es fundamental para mantener la disciplina en el despliegue o repliegue y el control del mando en la acción.

»TEMAS: Finalidad-Voces de Mando-Formación para iniciación del Orden Cerrado-Movimiento Vivo.

»DESARROLLO: FINALIDADES. Es el cumplimiento de órdenes en forma de ejercicios, a los que se responde automáticamente y tiene como función el coordinar movimientos a partir de una orden.

»La práctica del Orden Cerrado en grupos nos hace adquirir disciplina de conjunto. Nos acostumbra a movernos ordenadamente en grupos, a las órdenes de un Jefe, efectuando movimientos que se expresan con voces de mando, las que tenemos incorporadas a partir de una práctica permanente. Esta práctica integra militarmente al grupo y lo cohesiona ya que lo adiestra en el funcionamiento como equipo.

»El nivel alcanzado en la práctica del Orden Cerrado repercute directamente en los distintos niveles donde nos desempeñamos, políticos, organizativos, de funcionamiento. Pero sus beneficios mayores los obtendremos en el accionar militar del equipo, donde la coordinación entre los compañeros y el acatamiento y comprensión de las órdenes del Jefe tienen una importancia vital.

»VOCES DE MANDO

a) Consiste en una orden simple que permite ejecutar movimientos ordenados.

b) El que tiene la voz de mando es el Jefe del Pelotón y debe ser claro, seguro y enérgico. La voz de mando se da en voz alta pero sin gritar.

c) La voz de mando consta de dos partes:

1. Preventiva: Anuncia al que recibe la orden el movimiento a ejecutarse a continuación. En este momento se permanece inmóvil y atento esperando la segunda parte de la voz de mando.

2. Ejecutiva. Indica el momento de efectuar el movimiento.

Ejemplo: para la posición de firmes:

Preventiva: FIR...

Ejecutiva: MES...

»FORMACIÓN PARA INICIACIÓN DEL ORDEN CERRADO

a) Para iniciar el Orden Cerrado se colocan los compañeros en varias filas frente al instructor, perfectamente alineados.

b) Los pelotones se ubican en línea, uno detrás de otro, con los Jefes de Pelotones a la izquierda y el resto a la derecha de su Jefe según su numeración.

c) La distancia entre las filas será de 4 a 6 pasos y entre compañero a compañero de dos pasos.

d) El Jefe de Grupo se coloca al frente mirando al grupo.

»MOVIMIENTOS VIVOS. FINALIDAD

—Se realizarán para iniciar la instrucción.

—También se utilizarán durante el desarrollo de la instrucción, cuando el instructor observe que ésta decae en su ritmo. (...)»

La Clase 23 era un compendio de «táctica operativa: principios operativos; pasos de una planificación de operación; desarrollo de una operación»:

«DESARROLLO. PRINCIPIOS OPERATIVOS

a) Sorpresa

b) Rapidez

c) Disciplina

d) Conocimiento del terreno

e) Flexibilidad

»PASOS DE UNA PLANIFICACIÓN DE OPERACIÓN

a) Observación

b) Planificación preliminar

c) Formación de los grupos operativos

d) Planificación final

e) Ejecución

f) Propagandización

g) Evaluación de los resultados

»Nota: Es necesario tener en cuenta que la operación comienza ya con la elección del objetivo, y termina con la evaluación final de la misma.

»Desarrollo de una operación: Principales elementos a tener en cuenta en una observación:

1. Ubicación exacta del objetivo en planos y diagramas

2. Descripción física del objetivo

3. Vías de acceso y de retirada
4. La zona: características generales
5. Movimientos y características defensivas del objetivo
6. Aparato represivo de la zona: ubicación, efectivos, etc.
7. Eventuales riesgos que pueden detectarse durante la observación
8. Detalles de importancia táctica:
 - a) Visibilidad hacia el objetivo
 - b) Entradas y salidas del objetivo
 - c) Tránsito de la zona

»La observación del objetivo debe ser cuidadosamente planificada, planteando las distintas horas de chequeo para cada compañero y previendo la forma para que no sea detectado el dispositivo en la zona.

»Cada compañero debe presentar luego del chequeo un informe al jefe de pelotón, por escrito, en donde se volcará una descripción de lo observado (bien detallada), fecha y hora del chequeo y nombre del compañero.

»Elemento determinante en una observación es la objetividad, no dejándose llevar por el me parece, quizás, a lo mejor. Es necesario ejercitarse en la observación, el método para ello es recorrer una cuadra y relatar todo lo que se vio en el trayecto.

»PLANIFICACIÓN PRELIMINAR. Una vez terminado el estudio del objetivo y reunidos todos los elementos (zonales, y del objetivo propiamente dicho), debemos analizar la factibilidad de realizarlo. Elementos a tener en cuenta en la preplanificación:

1. Información, chequeo del objetivo y de la zona del mismo.
2. La parte principal, es decir, la aproximación al objetivo, el ataque y la retirada.
3. La movilidad (si vamos a ir en ómnibus, a pie, en coche, etc.).
4. Las rutas normales de llegada, aproximación, y las rutas de emergencia.
5. Armamento o elementos a utilizar para el ataque (molotov, caños, etc.).
6. Responsabilidades individuales y de cada jefe.
7. Posibles alternativas de riesgo y complicación.
8. Plan de emergencia para solucionar estas posibles complicaciones.
9. Señales entre cada compañero y del conjunto con el jefe, que indiquen: avanzar, retirarse, atacar.
10. Evitar ser reconocido fácilmente, modificando las facciones.
11. Seguridad en operativos: prever excusas o coartadas individuales y colectivas, que sean factibles de comprobar y expliquen nuestra presencia en la zona. Realizar un control posterior a la operación para comprobar si todo

anduvo bien. El control lo realiza un compañero que no participa del operativo y lo hace con el jefe de grupo y los jefes de pelotones en un lugar alejado de la zona operativa. Ese compañero tendrá en un sobre cerrado los datos reales de los participantes del operativo y la tabla de compartimentación de cada compañero, y los consultará sólo si hay evidencias de que el compañero ha caído. Ese sobre lo tendrá en un lugar seguro (no en la cita de control). Se deberá controlar la limpieza previa de las casas de los participantes y que en los bolsillos de los compañeros participantes no se encuentren papeles o datos comprometedores. Prever la sanidad mínima a cargo de compañeros que entienden en la materia.

»FORMACIÓN DE GRUPOS OPERATIVOS. Cada objetivo determinará las características del grupo operativo. Podemos diferenciar en general dos tipos de grupos operativos.

1. Grupo de ataque: Cuya función es la acción directa contra el objetivo. Puede ser desde un compañero que ponga un caño, o un grupo que irrumpa a un local arrojando molotov, o el colocar una panfletera.

2. Grupo de protección al asalto: Que puede cumplir funciones de observación (campana), de barricar y migueletear, hasta contener al enemigo alertado con otro tipo de elementos.

»PLANIFICACIÓN FINAL. Se da una reunión del jefe del grupo operativo con su grupo o con los jefes de grupos a fin de establecer la planificación definitiva de la operación en todas sus etapas. Cada participante debe tener en claro, no sólo su papel personal, sino una visión general de todo el operativo, que le permita superar los imprevistos en forma ordenada y con mayor eficacia.

»Ejecución. Puntos a tener en cuenta:

1. El jefe de la operación debe verificar en un control anterior la presencia de todos los compañeros en sus puestos y las novedades últimas que haya sobre el objetivo y sus condiciones.

2. La aproximación, cuya finalidad es acercarse al objetivo, sin alterar la normalidad, definiendo las vías de acceso correspondientes a cada compañero o cada pelotón, el modo de transporte del equipo a usar, las coartadas generales para permanecer en la zona y fijando con absoluta claridad los puntos de control y las señales previas para iniciar el operativo.

3. Asalto: Los aspectos principales de esta parte de la operación son: máximo respeto por la propia función y sus relaciones con las funciones de los demás compañeros. Máximo respeto a las tareas concretas a realizar sobre

el objetivo. Máxima disciplina: no hablar inútilmente y respetar la voz de mando del jefe.

4. La protección incluye, además de contención del enemigo mediante barricadas o ramas de fuego, otras posibles funciones, como la de campana y la de cortar teléfonos o desinflar neumáticos de posibles vehículos enemigos, o miguelear vías de retirada, etc.

5. Retirada y absorción: La rapidez, el orden y el camuflaje son aquí tres principios básicos. Es evidente que habrá que equilibrar estas exigencias entre sí para producir una retirada más segura. Porque la máxima rapidez posible suele ser contradictoria con la necesidad de confundirse con el tránsito de peatones o vehículos. Un compañero corriendo por una calle donde todo el mundo transita normalmente llama más la atención de la gente y del enemigo. En caso de usar vehículo determinar quién es el chofer, qué compañeros viajan en él, y en qué ubicación. Un elemento importante en una retirada es determinar claramente las vías de retirada, que serán distintas para cada grupo, y en lo posible distintas también a las vías de aproximación.

»PROPAGANDIZACIÓN. Toda operación que no sea en sí misma de propaganda (pintadas, panfleteadas, etc.) debe contener en su planificación, como una parte más, su propagandización. No basta con quemar el coche de un carnero, es imprescindible que todos los compañeros vinculados a ese conflicto y los demás traidores lo sepan. El objetivo último de nuestra política son las masas, por lo que las operaciones, que son una parte de nuestra política, deben ser propagandizadas en las masas.

»EVALUACIÓN. Consiste en una reunión de los participantes del operativo en sus mismos grupos de operaciones, con posterioridad al hecho, a fin de evaluar los distintos pasos operativos partiendo de la elección del objetivo hasta su ejecución. La necesidad de la evaluación está dada por:

- a) Ir perfeccionando la táctica operativa.
- b) Ir aumentando la capacidad militar de los participantes.
- c) Socializar sistemáticamente la experiencia militar a un conjunto de las organizaciones y las milicias.
- d) Ver si se cumplió con la planificación, repasando las tareas encomendadas a cada compañero, y al conjunto, y revisar su cumplimiento en la práctica. Si hubo errores, analizar sus causas e implementar sanciones si corresponden».

Julio César Urien se pasó una semana en el interior, entrenando militantes. Volvió a Buenos Aires cansado por el viaje, barbudo, sucio, con

ganas de darse una ducha y encontrarse con Mariana, pero no pudo: el coche que lo traía lo dejó en una cita con Chicho, un miembro de la conducción de la columna Capital. Chicho le dijo que tenían que ir a una casa a revisar unos equipos de comunicaciones y armas de la columna. Julio quería ir a su casa a cambiarse:

—Me quiero dar un baño, ponerme ropa limpia...

—¿No tenés pilchas en el bolso?

—Sí, algo tengo.

—Bueno, te bañás allá, porque tenemos que embutir las cosas; hace unos días que están en una habitación y queremos esconderlas pronto.

Chicho lo llevó en auto; Julio iba mirando al suelo para no reconocer el lugar. La casa era linda y debían estar en un barrio bastante elegante. Julio pensó que era lógico, si la usaban para esconder equipamiento. Adentro había una sola persona. Chicho los presentó:

—Boina, el compañero Pepe.

—Encantado, compañero.

Pepe estaba haciendo un pozo en una de las habitaciones de la casa. Antes de irse, Chicho le mostró a Julio el cuarto donde guardaban los equipos: estaba del otro lado de un jardín, en el fondo. Julio vio que había un par de docenas de armas y algunos transmisores. Chicho tenía que irse: cerró el cuarto con llave y volvieron a la casa principal.

—Che, Boina, por favor no dejes abierto, porque acá vive una compañera con su hijo y tiene miedo que el nene se meta acá y agarre un fierro. Así que fuera del cuartito por favor ni un arma. Incluso es mejor que, el tiempo que estés acá, dejés la tuya ahí, en el cuartito.

—¿Y la compañera dónde está?

—No sé, a lo mejor viene a la tarde, no sé. Pero para evitar cualquier quilombo, por favor, cumplí con lo que te pido.

Chicho se fue. Eran las tres de la tarde y Julio pensó que era todo bastante caprichoso. Pero cumplió con las directivas y se quedó unas horas en el cuartito del fondo revisando los equipos y las armas. Mientras tanto, adentro de la casa, Pepe seguía con su excavación. Se hicieron las cinco, las seis, y la militante que alquilaba la casa, Marta Bazán, no había llegado. A las siete Julio se comió un poco de pan con queso con un vaso de soda. Charló unos minutos con Pepe y le dijo que se iba a dar un baño.

—Bueno, yo voy a seguir un ratito más.

Dijo Pepe. Y Julio agarró la radio portátil para evitar cualquier tentación de cantar en la ducha. Se estaba desvistiendo cuando un flash interrumpió la

canción de los Bee Gees:

—... según se informó en Casa de Gobierno, la presidente Isabel Martínez de Perón aceptó la renuncia de teniente general Leandro Anaya. En su lugar fue designado el general de división Alberto Numa Laplane...

Julio subió el volumen. Era clavado que pasara, pensó, aunque no le parecía una buena noticia: el sector más tradicional y antiperonista del Ejército salía de la escena para dejar que los militares vinculados con Isabel y López Rega se quemaran solos. Justo un martes 13, pensó, y se sacó los calzoncillos para ducharse, mientras el locutor seguía con el cable:

—De esta manera se pone fin a la crisis que se inició el pasado 25 de abril cuando el general Anaya, tras una reunión con la señora presidente, se retiró ofuscado, ensanchando la grieta abierta entre los dos sectores de los mandos del Ejército, los enrolados en lo que ha dado en denominarse «el profesionalismo aséptico» —entre los que se cuenta el jefe saliente— y «el profesionalismo integrado» —encabezado por el nuevo titular del Ejército...

Ya estaba con la cabeza debajo de la ducha cuando le pareció oír un ruido. Pensó que era Pepe que le golpeaba la puerta. Pero los golpes se repitieron y Julio cerró la ducha, agarró la toalla de mano y salió del baño. De golpe, sin más datos, estuvo seguro de que era la policía.

No tenía tiempo ni para calzarse los mocasines y cuando se asomó por la ventana de la cocina, dispuesto a cruzar a toda velocidad el jardín y agarrar algún arma del fondo, escuchó unos disparos al aire. Unos segundos antes Pepe había querido hacer lo mismo pero lo interceptaron entre varios. Y ahora le tocaba a él:

—¡Salí con las manos en alto o tiramos! ¡Rendite, hijo de puta, te tenemos rodeado!

—¡Acá no entra nadie, carajo!

Julio empezó a apagar las luces para simular que tenía cómo resistir: trataba de ganar tiempo para ver qué podía hacer. Pero empezaron a caer tiros desde todos lados, los vidrios estallaban y sólo atinó a tirarse cuerpo a tierra.

—¿Qué carajo hago? Desarmado y en bolas, ¡la puta que lo parió!

Se dijo: no tenía salida.

—¡Último aviso! ¡Salí, flaco!

—¡Bueno, no tiren, que salgo desarmado!

Con una mano sostenía la toalla, que apenas lo cubría. Desde el fondo lo apuntaban dos tipos en cuclillas. El morocho de bigotes y campera gris se incorporó sin dejar de encañonarlo:

—¡Arriba las manos!

La toalla cayó sobre las baldosas húmedas del patio.

—¡Tirate al suelo, hijo de puta!

Mientras revisaron la casa, Julio quedó tendido boca abajo. Al rato le alcanzaron el pantalón y un buzo. Lo esposaron y, antes de meterlo en el patrullero, un oficial le tomó los datos. Pepe ya estaba adentro de otro auto.

—Nombre.

—Armando Castejón.

Era el nombre de su cédula falsa. Al rato estaba en un calabozo individual del edificio de Coordinación Federal en la calle Moreno. Julio puteaba y trataba de prepararse para los interrogatorios. Se acordaba de cuando sus compañeros lo habían torturado en los ejercicios antiguerrilleros del verano de 1972, en Tierra del Fuego, cuando era un oficial recién recibido. Aquella vez había sacado el mejor puntaje. Dos horas después lo sacaron del calabozo y lo llevaron a una habitación donde había varios tipos de civil. No estaba vendado ni esposado.

—Bueno, contá todo lo que sabés...

Julio no contestó.

—Tu nombre y tu grado en la orga, vamos...

—Soy Armando Castejón...

—Tu grado...

Julio no contestó.

Lo agarraron entre dos, uno de cada brazo y un tercero empezó a pegarle en el estómago y el hígado. Julio consiguió juntar los brazos y los tres chocaron entre ellos. Se enfurecieron y empezaron a patearlo. La paliza duró un rato: seguían preguntándole lo mismo y Julio no les dijo más que un nombre falso.

Lo llevaron de nuevo al calabozo. Julio pensó que ahora vendría la picana y se dijo que no le iban a sacar nada de nada... Pero pasaban las horas y nadie venía. A la madrugada, un guardia lo sacó al baño:

—¿Así que sos montonero?

—No...

—Dale, flaco, yo sé que ustedes son montoneros, pero yo soy un cabo primero raso, no tengo nada que ver con los interrogatorios. ¿Sabés por qué se salvaron anoche? Porque están con unos repesados del ERP, unos comunistas.

De vuelta en su celda, Julio pensó que podía ser una maniobra, que todo lo que le dijeran podía ser parte del interrogatorio. Pero era cierto: el lunes 12 había caído un grupo de militantes del PRT-ERP «Fracción Roja» de La Plata y todas las picanas de Coordinación Federal estaban ocupadas con ellos.

Volvieron a sacarlo al mediodía. Las preguntas eran las mismas y Julio no decía nada. Hasta que uno consiguió descolocarlo:

—Castejón, decime cómo se llaman tus hermanos.

—¿Para qué quiere saber los nombres de mis hermanos?

—¿Vos tenés cinco hermanos, no?

—Sí.

—Bueno, pibe, si sos Castejón, decime los nombres.

Ya había pasado casi un día desde su detención. Julio creyó que ya era el momento de revelar su identidad.

—Mi verdadero nombre es Julio César Urien.

—Ah, guachito, ahora vamos a empezar a entendernos.

Uno de los policías se fue de la habitación y, al rato, volvió con órdenes.

—Dice el jefe que lo lleven al escritorio.

El comisario Bestaylor trató de mostrarse amable:

—Siéntese, Urien...

—Gracias.

El comisario tenía sus ideas sobre la política argentina:

—Vea, nosotros con los montoneros no queremos tener ningún problema.

A ustedes los conocemos, pero le digo la verdad, esos de la Fracción Roja ni son seres humanos, son de lo peor, son enemigos de la patria. Usted ni se imagina las cosas que dicen en sus panfletos. Son gente que quiere terminar con todas las instituciones, quieren terminar con la Argentina, reemplazar nuestra bandera...

A los pocos días, Julio estaba preso en Villa Devoto y tenía causa abierta en el juzgado federal del juez Nocetti Fasolino por asociación ilícita, tenencia de documento falso y, según los abogados, por una pistola que la policía había encontrado en el fondo de la casa.

—¿Cómo una pistola?

—Sí, dicen que había una pistola, capaz que se la enchufaron.

Dijo el abogado. Pero, en realidad, eran varias más y Julio supuso que los policías se las habrían guardado como botín de guerra. En Villa Devoto, los presos políticos tenían libros, diarios, comida, televisión y varias horas de salida al recreo. Sus compañeros le ofrecieron que se hiciera cargo de la gimnasia.

—Bueno, no hay problema.

Al día siguiente, en el patio húmedo, se puso al frente.

—A ver, yo les muestro el movimiento y después lo hacemos todos juntos... Vamos. ¡Hop, hop, hop, hop!

Mayo de 1975. Esa noche terminó su función en el teatro Odeón diciendo «gracias, Buenos Aires; aguantame un poco más». Pero lo tuvieron que internar de urgencia un par de horas más tarde, y los médicos del hospital Italiano no pudieron salvarlo: a la medianoche del domingo 18, Aníbal Troilo murió de una embolia cerebral.

Troilo —el Gordo, Pichuco, el Bandoneón de Buenos Aires, el Troesma— estaba por cumplir 61 años y, desde los 23, dirigió la mejor orquesta de tango de la historia, donde cantaron Rivero, Fiorentino, Goyeneche, Marino, Floreal Ruiz. Era, para muchos, «el Gardel del bandoneón» y, además, le había puesto música a poemas de Homero Manzi —*Barrio de tango, Sur, Discepolín, Che bandoneón*— y Cátulo Castillo —*María, La última curda, A Homero*—, entre otros. Troilo sintetizaba, él solo, la segunda gran época del tango: la de los años cuarenta.

Después de 37 años de matrimonio con doña Zita, Troilo había tenido un mal año 1974: una operación de cadera que no lo dejaba tocar y alimentaba los rumores sobre sus excesos de alcohol y cocaína. Pero a fin de año, renovado, había vuelto al teatro Odeón —el mismo donde había tocado hasta 1963— con *Simplemente Pichuco*.

El lunes 19, después de velarlo en el Teatro San Martín, un gran cortejo lo llevó a pulso hasta el cementerio de la Chacarita. Por el camino, miles de personas lloraban y le tiraban flores. Antes de enterrarlo, con las eses estiradas y la voz cascada, lo despidió Cátulo Castillo:

—... murió el gorrión, mas queda la divisa/ de quien estira el fuelle todavía:/ miramos hacia arriba, ¡qué alegría!/ ¡Está cantando Troilo en la cornisa!

La revista *Gente* de esa semana publicó la entrevista que Horacio de Dios le había hecho ese verano en Mar del Plata:

«—... Ahora que ya pasó, se lo puedo decir: se temió que usted estuviera muy mal...

»—Estuve muy mal. Al otro día de mi cumpleaños, el 12 de julio (de 1974), vino Blackie (Paloma Efrom) para hablar de un programa espectacular que finalmente no pude hacer. El 11, cuando cumplí 60, la había pasado con mi familia, sentado en un sillón. Tranquilo. Normalmente. Me estaba portando muy bien. Comía verduras, frutas, sin sal, sin alcohol, sin pan. Había perdido 12 kilos. Y de golpe, al día siguiente, comencé a sentirme raro (...) y me operó (de la cadera) ese genio que es el doctor Petracchi y fue un éxito total.

»—Cuando tuvo que andar con bastones unos días, ¿qué pensó?

»—Me costaba caminar. Estuve tanto tiempo anclado en mi casa a un sillón, meses y meses...

»—¿Cómo se siente ahora, sin hacer nada?

»—Bien. No hago nada de nada. Qué sé yo...; como un burgués.

»—¿Hace algún régimen especial?

»—No. Como de todo. Tomo un buen vino, un par de whiskies, la vida de siempre...

»(...) —¿Suena siempre igual su bandoneón?

»—Depende de uno, depende de la pulsación, del estado de ánimo. Nunca se está igual. Como todas las cosas.

»—¿Se preocupa por la parte técnica o se olvida cuando toca?

»—Se hace mecánicamente. La parte técnica es muy importante, pero para un profesional ya ha quedado atrás.

»—¿Cómo se puede reflejar en usted esta inactividad de un año?

»—Falta de estado, de estado atlético, diría. Voy a tener que estudiar para el debut.

»(...) —¿En vacaciones escucha mucha música?

»—Sí, sobre todo radio.

»—¿Por qué no discos?

»—Por ahí me aburro.

»—¿Y qué escucha en radio?

»—Tango, folklore, alguna música seria. Lo que no aguanto son los ruidos, esa música me enloquece...

»—¿A qué llama ruido?

»—A la música moderna, la que bailan todos los pibes como locos. Para mí la música beat es inaguantable.

»(...) —¿Le molesta que le hablen mucho del pasado?

»—Al contrario, me agrada.

»—¿No se encuentra demasiado atado al pasado?

»—Posiblemente. Mi mujer me dice a veces: “Vos no te das cuenta de que te estás quedando solo. Se te fueron casi todos los tuyos”. Mi familia, mis amigos, los poetas, los músicos, todos los que fueron acompañando mi larga vida. Quedamos apenas unos cuantos de aquéllos.

»—¿Doña Zita es cada vez más importante para usted?

»—Sí. Es mi vida. Toda mi vida. Mi vida fueron mi madre y mi mujer. Y el tango».

—Chicos, dejen el noticiero...

—No, papá, justo ahora que pasan *El Santo*.

Manuel Gaggero se paró y cambió de canal. Los chicos empezaron a berrear y él subió el volumen. El nuevo ministro de Economía, Celestino Rodrigo, había asumido el sábado anterior, en reemplazo de Alfredo Gómez Morales; ese martes 3 de junio las palabras de Rodrigo no eran alentadoras:

—... las medidas que vamos a implementar serán, necesariamente, severas y, durante un corto tiempo, provocarán desconcierto en algunos y reacciones en otros, pero el mal tiempo tiene remedio...

Rodrigo era el hombre de López Rega; Manuel se quedó perplejo cuando escuchó que iba a aumentar la nafta el 175 por ciento, los servicios públicos el 75 por ciento y así sucesivamente.

—¡Uyy, la que se va a armar...!

Enseguida, Manuel perdió interés por las noticias y Simón Templar llenó la pantalla, siempre bien peinado. Rodrigo tenía razón: del desconcierto se pasó a la reacción generalizada y todos respondieron rápido. Manuel siempre pensaba que era el momento para sacar una nueva publicación y esta vez encontró eco. A los pocos días, Eduardo Merbilhaá, el responsable del frente legal del PRT, le dijo que iba a contar con los fondos necesarios pero que el nombre le parecía riesgoso.

—Manuel, todos saben que *Nuevo Hombre* era una revista del partido.

—Le ponemos «segunda época»... Además, el único que va a aparecer soy yo.

El PRT planteaba que el marco de agitación que había seguido a los anuncios del ministro ampliaba el margen de legalidad, así que Manuel puso el plan en marcha. Todo iba a ser muy discreto: la revista sería quincenal, y lo único que necesitaban era una oficina para funcionar un par de noches cada dos semanas. Edgardo Silberkasten dirigía la revista de la Cámara de la Industria del Frío: después de las ocho no quedaba nadie en sus oficinas de Callao y Bartolomé Mitre. Ahí podrían reunirse, corregir y escribir los editoriales. Manuel habló con los de la imprenta donde hacían *El Mundo* y les dijo que Alba Sager, su compañera, se iba a ocupar de llevar los originales. Los de Cogtal sabían que *Nuevo Hombre* podía significar más bombas pero igual aceptaron.

Para hacer una revista picante hacían falta periodistas. Una noche, Manuel Gaggero y Susana Viau citaron a Enrique Raab en un restorancito de la calle Maza. Raab, que seguía trabajando en *La Opinión*, había colaborado con *El Mundo*. Cuando llegó, Raab estudió la carta con detenimiento y se tomó todo el tiempo para que Manuel le contara de qué se trataba. La paella no estaba

nada mal y Manuel insistía en que debían cuidarse, que mejor no aparecieran nombres, que él iba a firmar sus notas pero se mantendría clandestino.

—A mí ya me abrieron una causa por *El Mundo*...

—Pero, Manuel, eso es hacer periodismo: a mí los de *El Caudillo* ya me amenazaron una docena de veces, me reventaron mi casa los de las Tres A. Es el precio que pagamos.

—No, pero esto fue porque en el allanamiento encontraron un par de fusiles que se llevó el ERP del copamiento del 141 de Córdoba, los tenían los de seguridad y a mí me enchufaron en la causa por ser el director.

Raab no estaba del todo de acuerdo con los planteos del PRT, pero tenía una larga historia antifascista. Nacido en Viena durante el ascenso de Hitler, era hijo de un comerciante judío: eran un blanco perfecto, pero él y su familia pudieron escaparse antes de la catástrofe. Haber entrevistado a Sartre, a Russell o a Moravia le producía tanto entusiasmo como escuchar a Manuel proponiéndole que escribiera un artículo político de fondo sin firma pero con buen estilo, con gancho para los lectores.

—Además, podemos meter en tapa un recuadro que se llame «los de arriba y los de abajo», con los que se destaquen en esa quincena.

Raab achicó los ojos. No entendía:

—¿Cómo es eso?

—Suponete, ¿viste que Otero volvió a la cúpula de la UOM después de su gestión en el ministerio de Trabajo? Bueno, lo metemos entre los de arriba, por antiobrero. En cambio, Antonio Scipione, el dirigente ferroviario, volvió al sindicalismo con la creación del Movimiento Nacional de Trabajadores Radicales, que tienen posiciones piolas. Entonces, a Scipione lo metemos entre los de abajo ¿entendés?

—Ah.

Como querían contar todos los conflictos, el otro pilar de *Nuevo Hombre* era el Negro Héctor Demarchi, que hacía gremiales en *El Cronista* y formaba parte de la comisión interna del diario y de la Corriente de gremios combativos que dirigían Tosco y Salamanca.

La reunión terminó tarde y Manuel se fue a su casa con la idea de dormirse enseguida. Estaba durmiendo muy poco, no más de cuatro horas diarias. Por momentos estaba rendido. Cuando llegó, lo sorprendió que Alba lo esperara despierta:

—Manuel, ¿hablaste con Manolo?

—Sí, me dijo que se queda con la abuela el fin de semana...

—No, del bautismo, Manuel. ¿No te contó que se quiere bautizar?

A los once años le había agarrado el fervor religioso, y su madre estaba preocupada. Manuel no pudo evitar la sonrisa. Habían tenido que inscribir a los tres chicos en el San Alfonso porque el cura Juan era simpatizante del PRT, y ahora el mayor se les hacía católico. Manuel se había criado entre curas y había llegado a apedrear a los laicos en su secundario, así que tuvo que aceptarlo:

—Bueno, me parece muy válido que el bautismo sea una decisión suya, una elección, no como la vivimos nosotros a su edad, de una manera completamente impuesta.

—Sí, no hay que conflictuarse, pero a mí me da un poco de culpa, Manuel. Los chicos están viviendo toda esta zozobra, viste, y la religión pasa a ser un refugio. El pobre Manolo...

—No te des manija, Alba, es normal: si va a un colegio religioso quiere hacer lo mismo que los demás, a ningún chico le gusta sentirse diferente.

Manuel le contó a Alba que Santucho había escrito una minuta en la que decía que los militantes del PRT, aunque fueran marxistas, podían vivir sin conflicto su fe religiosa, en caso de que la tuvieran. Al otro día, los dos hablaron con Manolo para apoyarlo en su decisión. Le compraron una medallita de plata y un misal nacarado, el que a él le gustaba. La ceremonia fue en Pompeya, con el cura Quique, un asturiano que contaba historias de Dolores Ibárruri, «La Pasionaria», y hacía mucho más fácil la combinación de religión y revolución.

—Le vuelvo a insistir que acepte mi propuesta y dirija el equipo, yo sé que usted sabe y todo saldrá bien, hombre, sin duda ninguna.

—Yo lo haría, con todo gusto, pero nunca fui director técnico, no estoy capacitado para eso.

—Pero cómo no va a estar, yo sé que sí, no sea modesto. Podría empezar la semana próxima: aquí están los jóvenes, ya los ve, cuando les dije que vendría un argentino se alegraron mucho...

El portugués insistía, y Nicolás Casullo tuvo un breve titubeo. El portugués era dueño de varios supermercados de barrio, acababa de comprarse un equipo de fútbol de la segunda división venezolana para ponerle el nombre de su ciudad natal, Évora, y, tras un encuentro casual, se le había metido en la cabeza que Nicolás era la persona indicada para dirigirlo.

—Cachá, yo sé lo que te digo.

Le dijo Oscar en un momento que el portugués se alejó para atender una llamada. Oscar era un militante argentino que, en Buenos Aires, trabajaba de

taxista. Meses antes, un comando lo había ido a buscar a su casa. Él no estaba, pero su hermano sí. Su hermano no tenía ninguna actividad, pero los parapoliciales no le creyeron, se lo llevaron y nunca más apareció. Oscar se exilió pocos días después, pero cargaba con la culpa infinita de esa muerte. Y trataba de buscarse la vida:

—Yo no entiendo un joraca de fútbol, vi dos partidos en mi vida, si no me tiraba de cabeza. Pero el Portuga garpa, lo conozco. Nos manducamos seis mil bolívares cada uno y a garcar, si estos benegas que ves ahí tienen un sorete en la cabeza que te siguen a cualquier parte, a los argentinos nos veneran, para ellos somos todos Pedernera, Labruna y Loustau.

Era un gran despropósito y Nicolás decidió cortarla. El problema era que todo, desde su llegada a Venezuela, le sonaba levemente pifiado. La ciudad era muy extraña y las promesas de trabajo no se concretaron: a los dos meses, él y Ana se quedaron casi sin fondos y Victoria y Pepe Eliashev, con quienes compartían departamento, se fueron a buscar algo mejor en Estados Unidos: Nicolás y Ana tuvieron que instalarse, durante unas semanas, en la pieza de servicio de unos amigos argentinos.

Hasta que llegaron Norman Briski y su mujer francesa, Marie-Pascale Bertin, que venían sin un peso del Perú: los cuatro fueron a parar a un hotel de gitanos en un barrio de Caracas: allí imaginaron que podrían hacer un documental sobre la Revolución de los Claveles portuguesa y empezaron a prepararlo y a buscar dinero. La televisión local aceptó poner un poco, pero el proyecto no funcionó. Sólo sobrevivían porque, en esos días, Ana consiguió empleo en una agencia de publicidad, para filmar documentales sobre obras públicas. Los otros tres seguían desempleados y en las habitaciones del hotel se sucedían los gritos de niños y los dramas pasionales, con cuchillos y sangre incluidos.

Al cabo de un par de meses, Norman y Marie se fueron a Francia. Nicolás seguía razonablemente perdido y se dedicaba a su libro sobre la resistencia peronista: Caracas le resultaba descorazonadora. Una ciudad inexistente, sin calles, sin veredas, sin bares y con mucha plata del petróleo que siempre le pasaba lejos. Pero corría: en esos días, el presidente Carlos Andrés Pérez tuvo que prohibir la compra de aviones particulares, que se había hecho excesiva. Los supermercados rebosaban de vinos franceses, fiambres alemanes, pastas italianas y latas norteamericanas que ellos no podían comprar. Ana seguía manteniéndolo y soportando sus malos humores: salvo algunas veces, cuando se cansaba y empezaba a hacer su valija. Dos o tres noches, Nicolás tuvo que

pararla en la puerta a fuerza de promesas. La situación mejoró cuando Nicolás consiguió trabajo de guionista en la agencia donde ya estaba Ana.

—Oye, Nicolás, ven que nos tomamos el primer whiskito.

El primero solía caer a eso de las once de la mañana, y después venía la larga serie. Hacia la media tarde, cada día, el dueño empezaba a prometer aumentos, el cámara contaba los cuernos que le ponía su esposa y las secretarias se relajaban en sus sillones giratorios. Parecía que los otros estaban acostumbrados, pero a Nicolás se le hacía muy difícil trabajar tan patinado. Un día decidió que dejaría de tomar; poco después su secretaria, una negra atractiva, le aconsejó que no lo hiciera y le dio a entender que los demás ya empezaban a mirarlo con desconfianza. Así que Nicolás decidió que bebería lo que hiciera falta, pero cada vez que podía derramaba con disimulo el whisky escocés en la pileta del baño o en alguna planta de interiores.

—¡Nicolás, vos por acá! ¡Qué bárbaro, che, qué bueno!

El Beto Borro era un periodista argentino, militante de izquierda, y para Nicolás fue una sorpresa encontrárselo en esa calle de Chacaíto. Entre cervezas y recuerdos empezaron a hablar de la posibilidad de formar un Comité de Solidaridad con la Argentina. Armaron una reunión con algunos conocidos más y, un par de semanas después, el Comité empezaba a funcionar, con Ana Amado, Hernán Katz, Luis Bruschtein, Mario López, Ana Villa y varios más. Allí empezaron a pensar en sacar un boletín, contactarse con los partidos locales, difundir la situación argentina: a Nicolás le impresionaba volver a constatar lo difícil que era explicarles a los venezolanos —como, antes, a los cubanos— las últimas décadas de la política argentina y, sobre todo, el peronismo. Los esquemas progresistas clásicos no servían para entender ese coctel donde la figura de Perón se parecía demasiado, para los venezolanos, a la del dictador Rojas Pinilla, y su liderazgo se veía más cercano al de Mussolini que al de Allende, conduciendo un movimiento donde coexistían los derechistas más feroces con una guerrilla casi guevarista: todo eso, en un país que el resto de América Latina veía ajeno, rico y europeo.

Mayo de 1975. La inflación inquietaba a los argentinos. En cualquier campo: una nota de *La Opinión* del viernes 9 se titulaba «Desde febrero el ritmo de la censura creció en 170%».

El periodista se había tomado el trabajo de hacer la estadística: «Desde el 20 de agosto de 1974 (cuando Paulino Tato se hizo cargo del Ente de Calificaciones), hasta el 28 de febrero último fueron prohibidas o se canceló

el permiso de exhibición a 50 películas, a un promedio aproximado de nueve por mes. Y desde el 28 de febrero hasta ayer, 8 de mayo, ha intensificado su actividad a un promedio de prácticamente 25 películas por mes; esto es, creció en el 170 por ciento.

»El Ente de calificación Cinematográfica prohibió ayer la exhibición comercial de otras siete películas —cuatro de ellas de origen norteamericano— con lo cual asciende a 100 el número de films interdictos por la gestión del actual director del Ente. Según se expresa, “la prohibición se debe a la necesidad de evitar la difusión de películas carentes de valor artístico y atentatorias contra la moral y las buenas costumbres”. Se agrega que esta decisión del Ente “significa por otra parte, un ahorro para el país de un millón de dólares”.

»Los títulos incluidos en la nueva lista, y los motivos de la prohibición respectiva son los siguientes: *Traigan la cabeza de Alfredo García*, norteamericana, por contener escenas que atentan contra las buenas costumbres; *El karatista chino* y *Los karatistas sangrientos*, de origen chino-norteamericano, por apología del delito y atentar contra las buenas costumbres; *Mi cuerpo, mi condena*, francesa, por presentar escenas lascivas y perversiones sexuales; *A patada limpia*, chino-norteamericana, por atentar contra la moral y las buenas costumbres; *Una sobre otra*, franco-italiana, por contener escenas de perversión, y *Los depravados pagan con su vida*, norteamericana, por contener escenas reprobables».

Algunas de las películas que Tato había retirado de circulación eran recientes producciones nacionales, como *Yo maté a Facundo*, *Quebracho*, *La Patagonia rebelde*, *Operación Masacre*. Otra fue *La hora de los hornos*, que había sido estrenada legalmente hacia fines de 1973, cuando Octavio Getino (que la dirigió junto a Fernando Solanas) estaba al frente del Ente de Calificaciones. Entre las extranjeras estaban *Los cuentos de Canterbury* y *Decamerón* de Pasolini, *Estado de Sitio* de Costa-Gavras, *La batalla de Argel* de Gillo Pontecorvo.

El jueves 15, *La Opinión* reprodujo un artículo del teniente general retirado Benjamín Rattenbach publicado en la revista de la Escuela de Defensa Nacional. El general explicaba que «dentro de la defensa nacional hay una rama de la defensa cultural, a la que en realidad nunca se prestó mucha atención en nuestro país. Es que el término defensa nos suena algo extraño, para algunos quizás extravagante y por eso hasta el presente no se le ha dado la importancia debida.

»La cultura es probablemente uno de los conceptos filosófico-sociales más difíciles de precisar, pero se destacan en la materia dos definiciones que son las que más se usan en la práctica: la antropológica y la restringida. La primera interpreta la cultura como todo lo que ha creado el hombre hasta ahora, y la restringida sólo se refiere a las creaciones espirituales del hombre, es decir, comprende la ciencia, el arte de la moral y la religión», había escrito Rattenbach.

Para no aburrir a sus lectores, *La Opinión* sintetizó el resto de las definiciones del general:

«En el arte hay que eliminar todo lo que se refiere a la pornografía. Del mismo modo, todo libro que pervierte la moral y las buenas costumbres, glorificando el crimen, el empleo de las drogas, el desenfreno sexual, etc.

»La acción de la censura es siempre ingrata pero cuando un gobierno está resuelto a preservar a su pueblo de la corrupción que difunde muchas veces un arte desfigurado, entonces no titubeará en sostener a aquélla, en imponer sus dictados.

»El teatro, el cine y la televisión son otros aspectos a vigilar, porque especialmente se manifiesta aquí la influencia extranjera, a la que hay que filtrar cuidadosamente, para evitar los peligros mencionados.

»La pintura y la escultura no ofrecen en este sentido mayores peligros. En la arquitectura se trata de preservar de la destrucción a numerosas obras que recuerdan nuestro pasado, sea colonial o del siglo XIX, oponiendo así justa valla al afán especulativo y comercial que no respeta de ningún modo tales valores.

»El folklore debe ser objeto de especial atención, protegiéndolo del olvido o de la desaparición de nuestra tradición hispana e indoamericana, su música, poesía, leyendas y costumbres.

»En cuanto ahondamos un poco el significado de lo que es cultura y los peligros a que se halla expuesta, vemos enseguida la imprescindible necesidad de organizar su defensa y ejecutarla en forma racional y perseverante».

Ocho

Muchas noches, Eduardo Sigal se despertaba sobresaltado. Era una pesadilla recurrente: Juan Ramón Zaragoza se le acercaba, trataba de decirle algo. Eduardo se despertaba con la frente caliente y no podía creer que Juan estuviera muerto, tan muerto como cuando fue a verlo a la comisaría de Berisso. Juan Zaragoza era el primer muerto político que lo había tocado de cerca: un militante de la Fede de Ciencias Exactas de La Plata secuestrado por un comando que lo tiró, horas después, baleado, en un zanjón en Berisso. Cuando vinieron a buscarlo, Eduardo pensó que los cuadros se medían en las horas difíciles, y fue con el hermano de Juan a reconocer el cadáver. No mostró ningún signo de impresión o de debilidad: al fin y al cabo, como estudiante de Medicina, estaba preparado para ver un cuerpo muerto. Pero nunca se pudo sacar esa imagen de la cabeza. Ni siquiera en los meses siguientes, cuando las Tres A mataron a tantos otros.

Eduardo lo entendió como un mensaje de los parapoliciales: «ustedes también están en esto, también son nuestros blancos; no se crean que sólo los guerrilleros van a caer en esta volteada». La vida de los militantes comunistas había cambiado mucho con el incremento de las acciones parapoliciales y la intervención universitaria.

—Camaradas, la ofensiva fascista de Córdoba es el más claro ejemplo de la punta de lanza del golpe. Han atacado la sede de nuestro partido y esta vez no fueron parapoliciales de civil sino que lo hicieron directamente con el uniforme puesto... Contra provocaciones de esta naturaleza tenemos que responder con madurez y serenidad leninistas, sin caer en el infantilismo, pero al mismo tiempo tendremos que tomar todos los recaudos para garantizar la seguridad de nuestros militantes y dirigentes...

La reunión de Eduardo Sigal con los principales cuadros universitarios de La Plata era en Quilmes, en la casa de un camarada, porque el PC empezaba a tomar cada vez más recaudos: unos días antes, el sábado 14 de junio, un patrullero de la policía de Córdoba había tiroteado el frente de la sede comunista provincial. Aunque los custodios del local no contestaron los tiros, minutos después el lugar estaba lleno de policías que se llevaron preso al centenar de militantes que había en el edificio. Las sedes del PST y de la

UCR habían sufrido, poco antes, un tratamiento similar. Eduardo planteaba que la ofensiva de la derecha era coordinada y se daba en todos los frentes:

—El correlato de los ataques policiales en la universidad es la patraña del congreso que están llevando adelante los grupos fascistas en el teatro Cervantes, que no tienen la más mínima representación. Por eso nosotros tenemos que persistir en actos universitarios unitarios por reivindicaciones sentidas por los estudiantes, como fue el acto en el club Atenas...

En esos días, un encuentro de la CGU, la CNU y otros grupos estudiantiles de la derecha peronista planteaban la necesidad de que el Ejecutivo oficializara la intervención definitiva a todas las universidades y terminara con la autonomía. El Cervantes dependía del ministerio de Educación y el propio Ivanissevich les había sugerido los temas a tratar: el interventor de la Universidad de Lomas y delfín del ministro, Alberto Vilar, presidió el encuentro. El miércoles 18, aniversario de la reforma universitaria de 1918, en el club Atenas de La Plata, Federico Storani, presidente de la FUA-Córdoba, organizó un acto al que adhirieron, entre otros, los reformistas del PC, y que tuvo como orador de fondo a Ricardo Balbín, que dijo que no se hacía presente «para voltear las instituciones sino para exigir al gobierno la inmediata normalización universitaria».

Ante la crisis, el PC trataba de conseguir la unidad más amplia posible: en la Capital se había conformado «el grupo de los Diez», una alianza en la que participaban radicales, intransigentes, revolucionarios cristianos, socialistas de todos los grupos, el peronismo auténtico y, por supuesto, los comunistas. Los Diez sacaron declaraciones alertando sobre el avance de la derecha y los riesgos de la «democracia protegida», como denominaban al manejo de Isabel y López Rega de los asuntos de Estado. Pero los aliados cambiaban de distrito en distrito: en Avellaneda, al mismo tiempo, el PC apoyó una declaración impulsada por la CGT local, las 62 Organizaciones, el PJ y la UCR que decía muy enérgicamente: «Defendemos el proceso institucional presidido por Isabel Martínez de Perón y repudiamos la violencia y la subversión, cualquiera sea su origen ideológico y sus propósitos».

Eduardo sabía que se vivían tiempos difíciles y conversaba con sus camaradas sobre la táctica partidaria:

—Nosotros tenemos que defender a fondo la Constitución, y ante una eventual acefalía o vacío institucional propugnamos un gobierno de amplia coalición democrática. En esto hay un tema fundamental: la lucha interna dentro de las fuerzas armadas. Así como hay un sector legalista, existe el riesgo concreto del pinochetazo impulsado por la CIA. Y para evitar que los

sectores más reaccionarios de los mandos encuentren sustento en sus bases, tenemos que profundizar el trabajo en la oficialidad, hacerlo de frente y con propuestas serias, que conozcan nuestra prensa, que conozcan nuestra postura en defensa de la paz y la democracia.

La dirección del PC trabajaba desde muchos años en esa dirección: no sólo tenían reuniones reservadas con altos oficiales que se interesaban por la estructura y el poderío del Ejército soviético, sino que también mandaba a sus militantes a las puertas de los cuarteles. Ahí, el enviado pedía hablar con el jefe de la unidad o con quien correspondiera, les ofrecía la prensa partidaria y se interesaba por sus necesidades o preocupaciones. Muchos oficiales se negaban a recibirlos: cuando alguno los atendía, los escuchaba, les aceptaba un periódico, ya quedaba catalogado como un «militar democrático», miembro del ala que el PC quería apoyar.

Eduardo mandaba a sus militantes universitarios de La Plata a hablar con oficiales del Regimiento 7 de infantería o el Grupo de artillería 601. Sabía que la misión era complicada y que, en general, el resultado era escaso, pero valía la pena intentarlo. Aunque, si algún oficial se mostraba interesado, siempre estaba la sospecha de que estuviera tratando de infiltrarse.

Junio de 1975. El tema que más preocupó al ministro de Economía Alfredo Gómez Morales durante los primeros meses del año fue el de las convenciones colectivas de trabajo. De acuerdo al Acta de Compromiso Nacional firmada en junio de 1973 por el gobierno, la CGT y la CGE, ya era hora de llamar a paritarias. Y desde el relevo de Gelbard, en octubre anterior, los precios habían subido más de un 40 por ciento. A principios de marzo, el gobierno se propuso recomponer los salarios a través de un aumento de emergencia de 400 pesos. Pero el anuncio se neutralizaba con otra medida simultánea: la devaluación del 50 por ciento del peso frente al dólar. A las dificultades internas se sumaba el vencimiento de obligaciones de la deuda externa por 1300 millones de dólares, sin suficientes recursos del tesoro para afrontarlos y con un deterioro creciente de la balanza comercial debido a las restricciones de los mercados europeos y a la sostenida crisis mundial del comercio.

Las 62 Organizaciones, en vísperas de paritarias, lograron arrancar un aumento general de salarios del 38 por ciento. Y López Rega tenía su candidato para reemplazar a Gómez Morales: Celestino Rodrigo, que hablaba en los medios de su plan de estabilización: liberar los precios internos y el dólar para disminuir el consumo interno y por lo tanto el nivel de

importaciones, y así generar divisas que permitirían pagar las obligaciones externas. Además, Rodrigo planteaba la necesidad de recurrir al Fondo Monetario Internacional. Gómez Morales presentó su renuncia el domingo 31 de mayo. El miércoles 3 de junio asumía Rodrigo y, el día de su juramento, designó a Ricardo Zinn, un economista ultraliberal, asesor de empresas extranjeras, como secretario de Programación y Coordinación. Ese mismo día, Rodrigo aumentó un 175 por ciento los combustibles y un 75 por ciento las tarifas y volvió a devaluar el dólar: el oficial ya había llegado a 27,60, y el paralelo casi lo doblaba: 53 pesos. Las medidas desembocarían en una espiral inflacionaria, y supondrían una gran transferencia de ingresos desde el sector asalariado a los sectores rurales y exportadores.

Según una investigación de la revista *Cuestionario*, la canasta mínima de una familia tipo requería unos 6300 pesos, mientras que el promedio de sueldos industriales en el gran Buenos Aires rondaba los 2700. «Los trabajadores tienen la opción entre recurrir a las horas extras y las changas, lo que prolonga su jornada de labor a 12 o 14 horas o, simplemente, resignarse a una vida de privaciones». En esos días, la revista *Crisis* presentaba un informe completo sobre la situación económica que incluía, entre otras cosas, una serie de testimonios de obreros y obreras, anónimos. *Crisis* también había cambiado: la cultura letrada había perdido espacio frente a un avance de las notas de análisis económico y político, y la crónica social:

«*la bola fue creciendo*»: “En estos momentos el despelote está más clarito. Quiero decir que está clarito que esto ya no tiene arreglo. Primero fue uno y después fue otro; la cosa es que la bola fue creciendo y nos aplastó a todos los que estábamos abajo”.

“*esta suba de locos*”: “El gremio nuestro es bastante fuerte y al menos estamos mejor que otros, pero si esto sigue así todo lo que habíamos avanzado lo vamos a perder. Y no creo que por más aumentos que nos den volvamos a estar, cuanto menos, a como estábamos antes de que viniera esta suba de locos en las cosas y en el transporte”.

“*yo lavo pañales, ¿y ahora?*”: “Yo tengo un trabajo que no es muy importante, o sea: limpio pañales en una lavandería. Hay que hacerlo a mano, y no es una cosa que me guste estar todo el día lavando las suciedades, bueno, pero no tengo un oficio y necesito, así que lo hago, y más o menos me saco unos doscientos veinte mil al mes. Pero ahora, me dice la dueña de la lavandería que a lo mejor voy a tener que buscarme otro trabajo, porque la gente, como hoy ya está todo más caro manda menos pañales a lavar. Y claro, los chicos no van a dejar de hacer caca, ¿no?, pero a lo mejor los empiezan a

lavar las señoras de la casa, y eso a mí me mata, porque entonces voy a tener que buscarme otra cosa, y mientras tanto, ¿de qué voy a vivir?”.

“*del trabajo al afano*”: “Antes era de casa al trabajo y del trabajo a casa, y yo pienso que eso está bien si alguien tiene trabajo y tiene casa, y si cuando llega a la casa después de trabajar tiene para comer, pero ahora la cosa va a ser de casa al trabajo y del trabajo al afano, porque si no a uno se lo morfan los piojos...”.

“*si viviera el viejo*”: “Lo que pasa es que se murió Perón, y los que están arriba no saben qué mongo hacer con el balurdo. Es un decir, no, ¿no podría el Viejo haberse aguantado unos años más...?”.

“*no hay rebusque que valga*”: “Yo creo que estamos peor para rebuscársela, para conseguir algo. En estos momentos ya no hay rebusque que valga. La cosa es más difícil, y nadie sabe si le va a alcanzar el sueldo hasta fin de mes o no. En eso hay mucha desesperación, y por eso también se presta menos atención a la familia de una y a una misma”.

“*ahora nos damos cuenta*”: “Para mí, esto de pasarla mal, de no tener tiempo para otras cosas, y vivir para el trabajo y para comer, pienso que viene ya de hace mucho tiempo. Lo distinto es que ahora nos damos todos cuenta: no hay disfraz que valga”.

“*la bronca que hay*”: “Lo que yo vivo, lo que veo en la fábrica es una bronca muy grande, y también una gran desilusión. Una tensión muy grande con todo, y eso se ve más que nada en el trato con los encargados de sección, con los patrones, en todas las cosas del trabajo. Con la bronca que hay cualquier cosa que a lo mejor en otro momento hubiera pasado como una cosa más, en ese momento la menor cosita hace que todo salte, que todo el mundo explote”.

“*me hace sentir impotente*”: “A mí... no sé, todo esto me hace sentir impotente, una es mujer y se da cuenta que hay una gran mentira, una gran injusticia, y me duele no poder lograr que se arreglen todos estos problemas y estar todos un poco mejor”.

“*laburo como un animal*”: “Mire, no venga con preguntas. Yo me levanto todos los días a las cinco de la marina, y laburo como un animal y ya me tiene este asunto los huevos por el suelo. No sólo tengo que aguantarlo al ‘trompa’, también mi mujer me tiene loco con que no le alcanza lo que le doy. ¡Me puede decir para qué mierda uno vive!”.

“*¿nos rajamos para Australia?*”: “Una nueva es que todos se quieren rajar, bueno, todos no, pero muchos. La gente en el trabajo habla de irse a Australia. En la fábrica nosotros tenemos un muchacho que es uruguayo y el

otro día todos lo jodían. Le decían: ‘Vos, uruguayo, te viniste acá y de acá nos rajamos todos para Australia’. Lo que sucede es que dicen que allá pagan el sueldo en dólares y que te mantienen a los hijos, en esto no sé cómo viene bien la mano, si te pagan porque necesitan varones o mujeres... Ésa es la nueva: que ahora nosotros también de acá nos vayamos a otro lado. Alguna gente se la quiere rebuscar con ese asunto, y eso está mal, porque hay que abandonar el país, y éste es el país de uno y es rico, pero la gente no da más”.

“¿quién soluciona este lío?”: “Yo soy empleada de comercio, y para nosotros la situación es peor aún. Porque nos pasa lo mismo que a todos con la suba de los precios para comer, pero también por nuestro trabajo tenemos que ir más o menos arregladas, y lo que subió la ropa es un disparate. Yo no sé quién va a ser capaz de solucionar este lío en el que metieron al país”.

“antes de que la paciencia se acabe”: “Lo que yo creo es que alguien se la trae escondida. Quieren que la gente deje de ser peronista y se han puesto todos de acuerdo. Los ministros, los comerciantes y los patronos. ¡Pero la gente va a cagar sangre antes de cagarlo a Perón! No señor, nosotros vamos a seguir siendo peronistas, así que lo mejor es que aflojen antes que la paciencia se acabe”.

“dicen que en el 30 fue así”: “Ya voy para los cincuenta, así que no me las conozco todas, pero me las conozco largas; y una cosa así como ésta, ¡ni memoria! Dicen que en la crisis del 30 fue así, pero yo era pendejo. Pero después, nunca más. Y que no me vengan a decir que las cosas están mal porque uno trabaja poco, o que le esquivo al bulto. ¿Sabe qué pasa? Todo el mundo metió y metió la mano en la lata durante muchos años, y la lata tenía fondo”.

“nos unimos más”: “De mí se ríen hasta en mi casa, porque yo digo que aunque todo está mal, y hoy en día peor, hay esperanzas. Porque la gente va sintiendo que al unirse es fuerte y se logran cosas. Y en ese sentido la gente, aunque ya no tiene ni para comer, se siente mejor, porque cuanto más nos empujan nos unimos más, y entre todos alguna salida le vamos a encontrar”.

“yo rezo mucho”: “Yo rezo, yo rezo mucho para que todos podamos tener un trabajo bueno y lo justo para cada uno. Que podamos llegar a nuestras casas y tener lo poco que todo el mundo desea, y especialmente tiempo para estar con los suyos y ocuparse del esposo y de los hijos. Y rezo también mucho para que ese ministro malo que ahora tenemos se vaya pronto, pronto, y que no vuelva nunca más”.

“eso es lo que se hace: tirar”: “Bueno, con este ministro ahora todo está peor, se notan cambios al revés, pero es una tuerca más. Porque digamos,

claro, se está mucho peor por los precios y todo eso, y es lo que a todos nos revienta, pero antes no era muy distinto que yo sepa. Hay algunos momentos de afloje, sí, sobre todo cuando viene el medio aguinaldo, y más todavía cuando vienen las fiestas, que ahí sí aparece más la guita y como aparece desaparece. Entonces, es cierto que la cosa ahora está un poco peor, pero si uno la piensa un poco se da cuenta que es distinto pero es también un poco como siempre, como antes. Y con el sueldo uno va tirando, antes tiraba uno un poco mejor y ahora tiramos un poco peor, pero eso es lo que se hace: tirar. No hay muchas otras posibilidades. También, lo que quieren muchos es cambiar, no todos, pero hay muchos que se la pasan mirando avisos, para cambiar de lugar, al menos en mi fábrica, y el lugar dentro de todo es bueno, pero lo que la gente quiere es poder hacer algo más, y es como una especie de mentira, porque si uno se va de esa fábrica va a ir a otra fábrica, y va a ganar más o menos lo mismo, y al final va a ser otra vez la misma cosa, tirar, tirar... Hasta que uno se muere y no tira más»».

Los testimonios de la clase media adjuntaban iniciales y ocupación de cada uno. Primero venían las mujeres:

«*“el réquiem de la clase media”*”: “Sólo puedo decir lo mismo que dice toda la calle. ‘Esto no se aguanta’. Y creo que la situación se sintetiza en el título utilizado por un diario de la mañana: ‘El réquiem de la clase media’”. (H.B., propietaria de una boutique en las cercanías de Austria y Peña).

“*yo solamente ligo las malas*”: “Directamente, los que somos clase media vamos a pasar a ser proletarios. Lo cual me tiene bastante sin cuidado si eso me apareja al proletariado en las muchas cosas que tiene de buenas, empezando por su conciencia de clase y su solidaridad. Pero lo que pasa es que aquí yo ligo nada más que las cosas malas de la clase media y ninguna de las buenas del proletariado”. (A.P., ama de casa, dos hijos, casada con el gerente de una ropería para hombres).

“*me han dicho que allá no falta nada*”: “Yo no sé por qué aquí, en el Barrio Norte, falta de todo. Aparentemente, el proletariado está mejor abastecido. En la famosa Ciudad Oculta, que queda al final de la General Paz y que no se ve desde la General Paz ni desde el Camino Negro ni desde ningún lado, me han dicho que no falta nada. Pero debe ser porque la gente compra menos. Allí vive la señora que me limpia el negocio y ella me trae, desde la villa esa, un montón de cosas a precio oficial”. (J. G. dueña de una tintorería cerca de Libertador y Tagle).

“*no se pudo repetir la receta*”: “En gran parte, todo esto es el fracaso de una política de Perón que fue fácil poner en práctica cuando había qué

distribuir, indudablemente, esa política mejoró la distribución. Cuando había qué distribuir, el obrero mejoró muchísimo. Por algo los obreros son peronistas. Pero ahora no se pudo repetir la receta”. (E. P., secretaria ejecutiva, soltera, sin cargas de familia).

“*me la paso haciendo colas*”: “Para dar un parecer tendría que estar mejor informada y saber qué pasa en el país, en qué se emplean las divisas, qué va a pasar con la industria y el comercio, si habrá desocupación. Pero ni tiempo de leer los diarios tengo: me la paso haciendo colas. Cola para el azúcar, para el papel higiénico, para la harina, para el aceite, para el café...”. (M. R., ama de casa, casada en segundas nupcias, con cinco hijos).

“*con trenza o rodete*”: “La situación es un horror, cualquier pavada anda por las nubes. Fíjese el jamón, la fruta, la verdura, la manteca. Claro que nosotras sabemos por dónde se corta el hilo. Tendremos que resignarnos y prescindir de ciertas cosas no del todo necesarias. La peluquería, por ejemplo, un lujo que sirve para que no nos sintamos fregonas. Corte de puntas, marcado y peinado, ¡veinticinco mil pesos! Un disparate. Lo que es mi marido va a tener que acostumbrarse a verme con trenza o rodete”. (N. A., empleada de comercio, casada, un hijo)».

Y después los hombres:

«“*se acabó el confort*”: “Entiendo que en este país se acabó el confort. Las fábricas, aunque por ahora estén capeando el temporal, van a tener que parar. Realmente no les será posible importar la enorme cantidad de materiales con que trabajan. Un lavarropas, un tocadiscos, todos los artefactos para el hogar, van a costar cifras astronómicas. Porque todo lo llamado industria nacional no es tal. Es armado y fabricación de una cantidad de cosas, pero toda la electrónica es importada. Para que pueda haber ocupación y para que pueda haber industrias, me pregunto si hay que vender el país. Onganía, en su época, vendió media Argentina; la única solución ahora, ¿será vender la otra mitad?”. (J. K., director-gerente de una fábrica de electrodomésticos).

“*peor están los obreros*”: “La clase media que me rodea, lo digo por mis empleados, está con la soga al cuello. Pero peor están los obreros: como la misma mona. El médico de fábrica acaba su jornada reventado porque se pasa el día tomándole la presión a los obreros. Están todos como locos. Yo puedo mejorarles un poco un sueldo, darles premios, gratificaciones. Pero de todas maneras me resulta imposible resolver sus problemas: tengo que pensar en los míos”. (J. C., propietario de una fábrica metalúrgica).

“*la clase media no existe*”: “Lo que se busca es que haya un 10 a un 12 por ciento de desocupación. O sea que en un futuro no muy lejano mengüe la

demanda de mano de obra. E, incluso, la demanda de salarios. Hasta que la gente se conforme con poder trabajar y con consumir según las posibilidades que le ofrezca el trabajo que obtenga. Ahora más que nunca se hace visible lo que siempre fuimos: colonia. En lo que nos está pasando se le ve la mano al Fondo Monetario Internacional, que trata siempre de buscar una optimización de la mano de obra flotante en forma de permitir la exportación a niveles rentables mundialmente. Y no me vengan a hablar de qué va a pasarle a la clase media: porque la clase media no existe. Lo que existe siempre es una clase dirigente y una clase dirigida. La clase media es un invento de tipo colchón, ya que no tiene en sus manos la plusvalía. O sea que el almacenero y el profesional, si bien ganan algo más que el proletario, ni poseen medios de producción propios ni usufructúan el trabajo de los otros. Les falta el poder de la oligarquía, el poder de capital, no tienen capital. En cambio, la oligarquía, aunque no tenga capital, tiene, en términos de poder, el poder que le delega la metrópoli dominante. Con lo que va a vivir supeditada a los grandes monopolios, a las multinacionales. Quien debe estar delirante de alegría es Krieger Vasena, porque esta política es la suya”. (F. D., médico, soltero y sin cargas de familia)».

En un discurso de esos días, Isabel Perón decía que «las empresas extranjeras multinacionales o no que actúen en la Argentina tendrán toda la protección que le acuerden nuestras leyes para garantizar su completa expansión y crecimiento. El país entero debe congratularse de esta convergencia fructífera con los intereses multinacionales. La empresa multinacional es una realidad mundial y las empresas extranjeras en la Argentina son una realidad en nuestra economía. Ellos ocupan técnicos y obreros argentinos, creando dirección y mano de obra altamente calificada». Poco antes, Peter Drucker, ideólogo de las multinacionales, había escrito que «la empresa multinacional es la única institución no-nacionalista de un mundo estremecido por el delirio nacionalista. Coloca las decisiones económicas más allá del alcance efectivo del proceso político y de quienes toman sus decisiones: los gobiernos nacionales. Esto puede ser exactamente lo que necesitábamos para amordazar al monstruo nacionalista».

Desde otro punto de vista, el economista Stephen Hymer reseñaba los «efectos de las empresas multinacionales en el mundo:

»1. Enajenación del poder de decisión, lo que se traduce en dependencia política, económica, tecnológica y cultural.

»2. Imposibilidad de una planificación racional que beneficie a toda la población. “Progreso” sólo para un tercio de ésta, en el mejor de los casos, y

marginación y pauperización del resto. Desarrollo desigual.

»3. Activación del consumo superfluo y descapitalizador en detrimento de una producción que cubra las necesidades básicas —culturales y económicas— de la población.

»4. Desnacionalización de las economías de los países dependientes mediante la desviación de su ahorro nacional. Destrucción de la pequeña y mediana empresa nacional».

Finalmente, Daniel De Santis había tenido que dejar Propulsora Siderúrgica en abril de 1975: si no eran las Tres A, iba a ser el Ejército o quizás la policía, pero estaba claro que era un blanco demasiado fácil. Benito Urteaga, del buró del PRT, le dijo que abandonara la fábrica, que ya se había expuesto demasiado. Daniel habló primero con el resto de la comisión interna y les pidió que llamaran a una asamblea para comunicárselo al resto de los obreros. Sin vueltas, dijo que era militante del PRT y combatiente del ERP y que lo esperaba un nuevo frente de lucha. Lo aplaudieron, varios gritaban De Santis carajo. En la calle lo esperaba uno en un auto; cuando cerró la puerta casi no lo podía creer: chau Propulsora. De todos modos había dejado una célula funcionando, formada por delegados representativos y, sobre todo, el Pampa Delaturi, que finalmente se había pasado del PC al PRT. El pase de un cuadro formado del PC con inserción obrera le parecía una confirmación de que el PRT se estaba convirtiendo en una opción muy seria.

A principios de junio el tema de las paritarias estaba caliente. La presión se venía levantando desde diez días antes. Primero llegaron los aumentos de combustibles y tarifas eléctricas y después la reacción en cadena: trepó el dólar y el Banco Central liberó las tasas de interés para frenarlo, entonces los empresarios dijeron que con el crédito a ese precio no se podía producir y los economistas se alarmaron con que inflación y recesión juntas era el peor de los mundos posibles. La crisis estaba lanzada: la inflación se desbocaba y todos empezaron a hablar del «Rodrigazo». El martes 10, el ministro Rodrigo citó a la CGT y a la CGE para comunicarles que, en ese clima, iban a suspenderse las negociaciones paritarias y, en cambio, habría un aumento generalizado de salarios del 45 por ciento. Los sindicalistas no lo aceptaron y forzaron a los empresarios a seguir discutiendo al margen del gobierno. Se reunieron miércoles y jueves, pero no llegaron a ningún acuerdo.

En Propulsora todo estaba más bien calmo, pero ese día había una asamblea y Daniel tenía ganas de aparecerse por la fábrica; antes fue a una reunión de delegados y activistas en la sede de los no docentes de la

Universidad de La Plata. Quería ver cómo lo recibían: a muchos de sus compañeros de trabajo les molestaba que los militantes reconocidos dejaran su puesto de trabajo. Sólo los más comprometidos lo veían como una necesidad de las circunstancias, por la represión o porque pasaban a un escalón mayor de compromiso.

Ese sábado 15 de junio la Argentina estaba llena de rumores. Daniel hizo referencia a algunos:

—Vean, compañeros, ya hay versiones firmes de que van a poner tope en las paritarias. El gobierno las largó para amedrentarnos, no hay que entrar en el juego. Si la burocracia traidora de nuestro gremio no logra un buen acuerdo, las bases se van a desbordar, así que nosotros tenemos que mantener la consigna de aumento del cien por ciento...

Daniel, como muchos clasistas y combativos, confiaba que la agitación iba a desembocar en un gran movimiento:

—Ayer en la zona norte hicieron asambleas por fábrica y llamaron a paro y movilización para el lunes... Acá tenemos que ir haciendo lo mismo.

La reunión terminó con entusiasmo y una adhesión a la coordinadora de Gremios y Comisiones Internas Combativas de Zona Sur. El martes 17, cuando los obreros de la Ford de Pacheco, de la General Motors de San Martín y de los Astilleros Astarsa de Tigre inundaron la Panamericana, en los vestuarios de Propulsora muchos ánimos empezaron a contagiarse y la comisión interna declaró estado de alerta y movilización.

Ese viernes los Montoneros liberaron a Jorge Born, el hermano que les quedaba. Unos días antes, Paco Urondo y Luis Guagnini habían alquilado una casa en Libertad 244, en Martínez, que se ofrecía como salón de fiestas, cerca de la pinturería que escondía las celdas donde habían estado los Born. Esa tarde, tres militantes llevaron a Jorge Born en un coche desde la pinturería hasta la casa de la calle Libertad. Y, poco después llegaron los periodistas, que otros montoneros traían tabicados desde el centro en tres o cuatro coches. Entonces Firmenich les anunció el motivo del encuentro, y Jorge Born contestó un par de preguntas:

—Sí, me han tratado bien, no he sido torturado física ni psicológicamente. He leído mucho, aunque por desgracia muchos de los libros eran marxistas. No llegué a hacerme comunista, pero si me hubiesen mantenido más tiempo, quizás hubiera llegado a transformarme en montonero.

Después, Born dijo que, con su secuestro y cautiverio, los Montoneros habían demostrado la eficacia de su organización:

—Es tan buena como la de Bunge & Born.

Dijo, sonriendo. Entre los términos del acuerdo por el cual Montoneros liberaba al último de los Born, constaba que Bunge & Born debía publicar en una serie de diarios extranjeros, una solicitada montonera:

«En septiembre de 1974 Montoneros decide ejecutar un juicio revolucionario a la empresa Bunge y Born, S.A. Se hace un estudio de los antecedentes relativos al accionar de dicha empresa, desde su origen a la fecha, en el país y en el exterior, y se resuelve hacer responder a Bunge y Born por los siguientes cargos:

»1— Explotación a la clase trabajadora. Durante años esta empresa se expande merced a la explotación que ejerce sobre los trabajadores, pagando bajos salarios y apelando a la represión policial cuando se produjeron movilizaciones exigiendo justicia en la distribución de la renta.

»2— Prácticas monopólicas. Además de explotar a sus trabajadores, la empresa ha utilizado, en numerosas oportunidades y con procedimientos diversos, maniobras de estrangulamiento a fin de liquidar la pequeña y mediana empresa nacional.

»3— Agresión a los intereses nacionales. Además de lo señalado anteriormente, la empresa Bunge y Born incurre permanentemente en atentar contra determinados intereses nacionales. Centralmente, la descapitalización que produce al utilizar las ganancias obtenidas en el país para su expansión en el exterior; Bunge y Born ha dejado de ser una empresa nacional para convertirse en un monopolio multinacional merced a la evasión de divisas, pensando en los intereses empresariales y atentando contra el interés nacional. Además su participación avalando el golpe reaccionario y proimperialista que en 1955 derrocó al gobierno peronista, y ligándose permanentemente a los gobiernos ilegítimos que le sucedieron, colocan a la empresa como enemigo del pueblo argentino en el terreno político. Este hecho se manifiesta claramente al surgir el gobierno peronista el 11 de marzo de 1973, en la práctica del desabastecimiento a fin de crear el caos y facilitar la desvirtuación del triunfo popular.

»Con el fin de desarrollar el juicio, Montoneros realiza una operación militar procediendo a detener a Jorge y Juan Born, ambos dueños y directivos de la empresa. Luego de extensos interrogatorios y del análisis de la magnitud de la responsabilidad de la empresa en los cargos formulados, Montoneros impone a Bunge y Born las siguientes penas:

»—Prisión de un año a Jorge y Juan Born, que luego es conmutada a nueve meses al cumplir la empresa con el resto de las obligaciones.

»—Pago de 60.000.000 de dólares en concepto de fianza por la liberación de Jorge y Juan Born y multa por el delito de evasión de divisas, suma que es entregada a Montoneros como representante de los intereses nacionales y a cuyo servicio será puesta.

»—Entregar además en barrios, fábricas, escuelas hospitales, mercaderías por valor de 1.000.000 de dólares, sancionando así la práctica de desabastecimiento en que incurrió la empresa contra el pueblo.

»—Dar solución inmediata a los conflictos sindicales que se desarrollaron durante el período de prisión de ambos directivos, aceptando las exigencias de los trabajadores.

»—Como pago por la afrenta al pueblo argentino que constituyó la participación de la empresa en el golpe de 1955, colocar en todas las fábricas que posee en el país sendos bustos del general Perón y Eva, concediendo a los trabajadores autorización para suspender las actividades y realizar actos de homenajes al descubrirlos.

»—Colocar el texto de la presente solicitada en las pizarras de esas fábricas, dejándolas en exhibición por el término de 15 días».

Después, Firmenich empezó a contestar preguntas de los periodistas. Uno de ellos le preguntó si los Montoneros estaban dispuestos a un armisticio en caso de que Isabel Perón renunciara y convocara a elecciones:

—Depende. La pacificación del país se logra muy fácilmente. Se logra subsanando las causas sociales, económicas y políticas que la generan. Eso significa desplazando del poder a los sectores pro imperialistas y luego quitarles el poder económico a esos sectores dentro del país. Nosotros como es público a partir del 25 de mayo, entendiendo que había un proceso de liberación nacional en marcha, cambiamos el método principal de acción, que dejó de ser en ese entonces la lucha armada, por el de la movilización de masas. Evidentemente, si cambian las condiciones del país y vuelven situaciones más o menos similares a aquéllas se producirá un fenómeno similar. La violencia no es un fenómeno que pueda ser analizado sólo como violencia, ésta es una de las tantas mentiras que venden los dueños del sistema. La violencia está institucionalizada. Balbín lo único que pide es el monopolio estatal de la violencia, no que se acabe la violencia. Es decir que existe una violencia institucionalizada, cuando existen en el país la cantidad de cuerpos represivos que hay, donde la Policía Federal solamente tiene unos 40.000 hombres. Son prácticamente cuerpos de mercenarios. Los policías provinciales tienen miles y miles de hombres, la Gendarmería Nacional y todos los cuerpos profesionales...

Después, Firmenich dijo que «en la Argentina ya no caben posibilidades de duración».

—Fíjense ustedes que en los últimos tres años hemos tenido cinco presidentes: Lanusse, Cámpora, Lastiri, Perón e Isabel. Isabel no ha cumplido un año de gobierno y ya está en una situación caótica, incontrolable, seguramente algo le sucederá. Cualquier gobierno que pretenda gobernar aquí contra los intereses populares tiene muy corta vida. Existe una larga experiencia en la masa peronista. Son 30 años de historia, son 20 años de lucha contra todo tipo de engaños. Existe ahora una organización revolucionaria que está al frente de todas esas luchas, que está al frente políticamente, que está al frente organizativamente, que está al frente militarmente. El sistema tiene un grado de putrefacción tal que nosotros no le damos mucho tiempo de vida.

—¿Pero no vendrá ahora a construirse una suerte de acuerdo al estilo colombiano con los radicales?

—¿Y qué van a lograr? Balbín está de acuerdo hoy en día, el vandomismo apoya a Isabel. Las Fuerzas Armadas no quieren asumir el rol de conducción política porque no saben qué decir. Están todos de acuerdo: ¿y? Y están los miles de obreros en la calle. Y está nuestra organización accionando militarmente. ¿Y? No pasa nada. Y hay cientos de muertos. Han salido en los diarios las estadísticas: yo no sé quién es el que se toma el trabajo de irlos contando de a uno. Suponemos que deben ser más o menos ciertas. Y sin embargo la gente sale igual a la calle. O sea que esto demuestra la potencialidad revolucionaria de las masas peronistas, y esta potencialidad revolucionaria y esta situación caótica desde el punto de vista político, militar y económico que tiene el sistema es lo que a nosotros nos hace decir que tiene poca duración.

—¿Eso significa que Montoneros en un período más o menos inmediato puede acceder al poder en nuestro país?

—Nosotros creemos que un Frente de Liberación Nacional en un período más o menos inmediato puede acceder al poder. No Montoneros solo.

El viernes 20 todo parecía encauzarse: metalúrgicos y textiles firmaron los primeros convenios con aumentos superiores al cien por ciento. En los días siguientes firmaron otros gremios: mecánicos, lucifuercistas, telefónicos, petroleros. Pero el gobierno intervino: el plan de ajuste de Rodrigo no se podía permitir esos aumentos de salarios. Era un desafío demasiado abierto al poder sindical. La UOM y las 62 llamaron a la Plaza de

Mayo para el miércoles 25, con la consigna «Gracias Isabel»: trataban de marcar diferencias entre la presidenta y su entorno. En declaraciones a la prensa, Lorenzo Miguel reeditó la teoría del cerco:

—Quieren hacer equivocar a la señora presidenta, pero los obreros no lo vamos a permitir.

Ese miércoles, la movilización metalúrgica no fue importante y el gobierno no cedió: Isabel siguió firme en su postura de no homologar las paritarias. El viernes 27 convocó directamente la CGT: la Plaza estaba casi llena, pero Isabel no salió al balcón. Los manifestantes puteaban con entusiasmo a Rodrigo y López Rega. Era la primera vez en mucho tiempo que los sindicalistas ortodoxos movilizaban tanta gente: sabían que la presión de sus bases no les dejaba más remedio. Finalmente, el sábado 28 a la mañana, se conoció la decisión del gobierno: por decreto, anulaba los convenios firmados por los gremios y las empresas la semana anterior en presencia de delegados del ministerio de Trabajo, tal como lo establecía la ley. El ministro de Trabajo, el metalúrgico Otero, presentó su renuncia. Daniel se estaba afeitando cuando lo escuchó. Casi no lo podía creer. Tiró la brocha, se secó la cara y habló solo:

—¡Esta boluda de Chabela va a obligar a los burócratas a hacerse combativos!

Daniel se puso un pulóver sobre los hombros y se fue hasta el teléfono público de la esquina, pero la horquilla estaba partida. El cajero le prestó el del bar: Daniel marcó el número de la casilla de la comisión interna de Propulsora. No quería hablar fuerte ni dar su nombre, porque andaba con documento falso.

—Hola, ¿Rifle? Dame con el Pampa...

El Rifle Passini era un simpatizante del PRT. Le contó que el Pampa Delaturi estaba en la asamblea y que estaban por promover un quite de colaboración.

—No, con quite de colaboración no llegamos a ningún lado, decile al Pampa que hay que sacar a la gente a la calle. Después vuelvo a llamar.

Al rato, estaba con el Pampa al teléfono.

—Todavía no se decidió nada, arreglamos un cuarto intermedio hasta el lunes...

—Bueno, Pampa, yo me mando a la fábrica...

La CGT llamó de nuevo a la Plaza de Mayo para el lunes 2 de julio a la tarde. Daniel llegó a la una a la puerta de Propulsora con la idea de participar de la asamblea, pero ya se estaba disolviendo. Todo había sido muy rápido: la

única moción fue ir al acto y la aceptaron enseguida, por aclamación. Los obreros de Propulsora estaban saliendo hacia los astilleros Río Santiago, con la idea de conseguir unos colectivos y encolumnarse todos juntos. Cuando vieron a Daniel varios lo subieron en hombros y empezaron a gritar, en broma pero no tanto:

—¡De Santis, corazón...!

Daniel se acordó de cuando había ganado el intercolegial de básquet. Al rato llegaron al astillero, pero ahí la asamblea había decidido no adherir a la marcha llamada por Casildo Herreras. Daniel se enteró que Flamini, un dirigente del PC que se las ingeniaba para navegar a izquierda y derecha, había frenado la cosa con el argumento de evitar el desgaste.

—Los stalinistas a veces son peor que la burocracia.

Los de Propulsora decidieron ir igual. Como la tarde se iba y había un buen trecho hasta el centro, pararon los primeros colectivos que pasaron, les pidieron a los pasajeros que se bajaran y, en seis ómnibus de línea y unos pocos coches de algunos obreros, se fueron hasta el Correo Central. Había mucha policía, que amenazaba pero no intervenía. Encolumnados, avanzaron por Leandro Alem: primero pasaron junto a la Plaza de Mayo, después llegaron a la sede de la CGT, en Azopardo. Casildo Herreras aparecía cada tanto con el cuello de la campera levantado y la voz ronca:

—¡Éste es un triunfo de los trabajadores, compañeros!
¡Desconcentrémonos en paz!

Daniel le confesó al Pampa Delaturi que era la primera vez que iba al edificio de Azopardo. El Pampa le dijo que él había ido en el 62, cuando el plan de lucha de los ferroviarios. El ambiente les resultaba raro: había policía pero no reprimían, había gente de las 62 Organizaciones que gritaban sin mucha convicción ni yanquis ni marxistas.

—¡Hasta nosotros vinimos al pie, Pampa!

—No, hermanito. Es que esto explota: un gobierno peronista se puede dar muchos lujos, te puede tocar el culo, pueden matar, pero no le puede sacar el pan de la boca a la gente... Vas a ver que retroceden.

—No estoy seguro, Pampa.

—Si no retroceden tienen los días contados.

Para volver, Daniel se subió a un decarlo junto con otros tres; detrás venían los demás, en colectivos. La Federal los paró en el puesto del puente Pueyrredón. Había un carro de asalto de refuerzo y empezaron a pedir documentos.

—No los traje...

Dijo Daniel, y el oficial le dijo que iba a quedar demorado.

—¡Venimos de la marcha de la CGT!

Agregó otro como si los policías no lo supieran. Hubo un par de gritos. Los obreros empezaron a bajarse de los colectivos: cuando más de un centenar de muchachos de Propulsora se agolparon entre el carro de asalto y la puerta de latón de la cabina policial, el oficial se convenció de que venían de una protesta pacífica y decidió no dilatar la pulseada.

Cuando volvió a subir al decarlo, Daniel pudo respirar. Para él, la jornada no terminaba ahí: Fermín —que había quedado como responsable político de la regional Sur— lo había llamado para una reunión esa noche en Berazategui. Urteaga llegó un poco tarde, muy entusiasmado. Les contó que el buró político del PRT había tenido que reunirse sin Santucho, que estaba en el monte tucumano, pero que igual habían fijado una postura:

—Ustedes saben que los montos plantearon elecciones en 90 días, los del PC reflataron la misma de siempre, lo del gobierno de amplia coalición democrática... Nosotros hemos adoptado una postura provisoria, hasta que llegue Robi, pero lo que vemos es que tanto los montos como los menches han entrado en el juego democrático burgués y esto nos deja sin dos aliados importantes que asumieron una actitud vacilante frente a este auge de la lucha popular.

Daniel escuchaba a Urteaga con un poco de miedo: Urteaga explicó que la crisis era profunda y que la respuesta era desarrollar la guerra revolucionaria. De Santis prefirió no hablar pero le parecía que eso no era política, que ése era el objetivo final, que así se perdían no sólo a Montoneros y al PC como aliados, sino a todos los demás. Se decía que no era un miedo personal, sino un sentimiento que lo había asaltado otras veces: miedo a la falta de reflejos del PRT, miedo a la soledad política. No quiso preguntar mucho; de hecho, el resto tampoco. En general esos temas se hablaban después de la reunión. Fermín y Daniel se quedaron tomando un café, analizando qué iban a decir ante la convocatoria de la Coordinadora de Gremios, Comisiones Internas y Delegados en Lucha de La Plata a las diez de la mañana del día siguiente en la plaza Belgrano de Ensenada. Habría oradores, y después pensaban marchar y confluír en la CGT La Plata.

—Bueno, Fermín, ¿qué línea bajamos?

—¡Qué sé yo!

—Pero yo voy a hablar en nombre del partido, y ni siquiera nuestros compañeros saben que no tenemos línea...

—No es que no tengamos línea, no tenemos una consigna frente a la coyuntura, que es distinto... Bueno, si preguntan mucho, si te aprietan, bajá la postura de elecciones, la de los monto, que no está tan mal, ¿no?

Durmieron ahí mismo y al otro día, sin siquiera cambiarse la camisa, Daniel se levantó el cuello de la campera y fue a la plaza Belgrano. Se sentía políticamente desnudo. En la plaza había dos o tres mil obreros de Astilleros Río Santiago. Un delegado del PC le advirtió:

—Che, De Santis, los de Propulsora se quedaron atascados en el puente de Bosinga, los paró la cana...

Daniel pidió apoyo:

—Entonces tendríamos que marchar con una columna de compañeros hasta el puente para que los dejen pasar...

Flamini, de la dirección regional del PC, escuchaba desde un costado y decidió opinar:

—Claro, vos pedís que vayan al choque con la cana, total vos ya dejaste la fabrica, ¿no? Así las consecuencias las pagan otros...

—Mirá, Flamini, a mí no me provoqués...

—¿Qué me decís? ¡Vos sos un traidor! ¡Vos abandonaste a los compañeros en medio de la lucha!

Daniel se le acercó al oído:

—Callate, hijo de puta, o vas a aparecer flotando en el Río de la Plata.

—¡Me está amenazando! ¡Me amenazan!

Varios militantes los rodearon y Daniel se dio cuenta de que había metido la pata. Pero los demás, en nombre de la unidad, les dijeron qué sé calmaran, que no era momento para cuestiones internas. Al rato llegaron los de Propulsora y Daniel se fue con ellos. Se quedaron al lado del monumento que hacía de tribuna, esperando a los oradores. Uno sería Flamini; el otro era el Mono, uno de los nuevos de la comisión interna de Propulsora, de la JTP. El Mono andaba siempre con Arturo Garín, el Gaucho, que se había convertido en el referente de Montoneros dentro de Propulsora. En unos meses habían tenido que recambiar todos los dirigentes: ya se habían ido el Turco Cherry, el Pato Rave y él mismo. El único que quedaba era el Pampa Delaturi, ahora del lado del PRT.

Flamini usaba tono pausado, palabras prudentes, y dijo que se habían cumplido los objetivos, que después de esa demostración tenían que desconcentrar en orden, que no había que gastar todas las fuerzas. El PC quería desmovilizar a la Coordinadora de gremios combativos porque no la manejaba. El Mono representaba a los sectores que alentaban a la acción:

—Acá no hay mucho que hablar, no es hora de discursos, y como dijo el general Perón: con los dirigentes a la cabeza o con la cabeza de los dirigentes, así que si Flamini no quiere ponerse al frente los compañeros de Astilleros sabrán qué tienen que hacer... Nosotros nos vamos a La Plata para plantarnos frente a la burocracia traidora de los Diéguez y los Calabró y sacar a este gobierno corrupto y vendepatria...

De un lado aplausos, del otro rechiflas, pero el Mono logró lo que se proponía: las dos terceras partes de los trabajadores de Astilleros aprobaron su moción y se encolumnaron por el camino Rivadavia hacia La Plata. Cerca de un millar se volvió con Flamini para Río Santiago. Apenas eran las doce y el solcito calentaba poco. Cuando llegaron a la calle 122, donde se unen Ensenada y La Plata, Daniel le pidió al Gaucho Garín que lo dejara subírsele a hombros.

—Esto es impresionante, Gaucho, nunca vi tanta gente junta...

La cola todavía estaba en la plaza. La policía aparecía por las calles laterales, en patrulleros, pero no reprimía. Por los caminos Centenario y General Belgrano llegaban otras columnas: de Siap, de Ofa, de Indeco, de Swift, de Petroquímica Mosconi, de Cochoflex, de Kaiser Aluminio, de los talleres aledaños, empleados judiciales, de sanidad, municipales. Cada cual con sus banderas. Todos cantaban lo mismo:

—¡Catorce dos cincuenta/ o paro nacional! ¡Catorce dos cincuenta/ o paro nacional!

La 14.250 era la ley que establecía las reuniones paritarias: representantes obreros y patronales debían concertar libremente, por rama de producción o gremio, los aumentos de salarios, y el Estado tenía la obligación de darle vigencia a esos acuerdos. De vez en cuando, los cantitos variaban:

—López Ré, López Ré, López Reega:/ ¡la puta que te parió!

—¡Aplaudan, aplaudan,/ no dejen de aplaudir,/ que el Brujo hijo de puta/ se tiene que morir!

A la una y media de la tarde, unos 10.000 obreros se manifestaban frente a la sede de la UOCRA, en avenida 44 entre 3 y 4, donde funcionaba la CGT regional. La gente llegaba hasta plaza Italia. En la esquina de la calle 3 había policías con cascos, tanquetas y caballos. El edificio de la UOCRA parecía rodeado: sólo su altísima reja lo mantenía a salvo de la bronca de los manifestantes de la Coordinadora, que habían desbordado a la escasa columna de los leales a la CGT.

A las tres, Rubén Diéguez, de la UOM, salió al balcón del tercer piso para atribuirse la paternidad de los triunfos paritarios. Los de Propulsora habían

quedado a la izquierda del edificio y lo chiflaron. El Gaucho Garín saltaba y perdía la voz:

—¡Este hijo de puta fue el que hizo el fraude en las elecciones de Propulsora y nos quiso borrar del mapa a los de la Blanca!

Daniel, conocido por su voz potente, empezó a trepar por la estructura metálica, llegó hasta la altura del segundo piso y pidió silencio. Los de adentro lo dejaron:

—... si estamos todos de acuerdo en la vigencia de la ley 14.250, entonces les pedimos que salgan de atrás de estas rejas para que podamos formar una comisión única de lucha, para que nos pongamos de acuerdo en un plan nacional de lucha. ¿O le tienen miedo a la unidad...?

Desde el balconcito, un miembro del secretariado de la CGT agarró el micrófono:

—¡Vamos a estudiar esa propuesta! ¡Ahora vamos a discutir cómo logramos la unidad de los trabajadores!

Mientras se suponía que estudiaban la propuesta, los manifestantes combatían el frío con algunas consignas:

—¡Isabel, Isabel,/ cuánto gana un obrero,/ cuánto gana un coronel!

—¡Rodrigo, compadre,/ la concha de tu madre!

—¡Cuidado compañeros, empezaron a tirar! ¡¡Cuidado!!

Desde la calle 3 salieron los primeros gases y empezaron a sonar las sirenas. Daniel bajó rápidamente y se volvió con los de Propulsora. Del otro lado, desde la calle 5, aparecieron más pelotones. Se oyeron las aspas de los helicópteros. No sabían si tirarles las piedras a Diéguez o a los policías que había mandado el gobernador Calabró. El Gaucho Garín rajaba a los gritos:

—Daniel, son la misma mierda. ¡Manejan el gobierno, se afanan los sindicatos! ¡Hay que matarlos a todos!

—¡Cuidado, Gaucho, te van a bajar! ¡Cuidado!

Tras la primera estampida, las columnas se convirtieron en pequeños contingentes. Cientos de grupos se enfrentaron con la policía, dieron vuelta coches, quemaron gomas. Muchos tenían armas. Había comandos de ERP y Montoneros; había muchos que, sin ser guerrilleros, habían llevado el 22. Desde un edificio en construcción al lado de la UOCRA, varios tiradores hostigaban a la policía. La lucha en la calle duró hasta las seis de la tarde. Cuando cayó el sol había cientos de detenidos; la mayoría de los manifestantes se volvió hacia sus barriadas. Daniel, que estaba clandestino, sabía que si lo agarraban no iba a ser por una noche, así que se perdió antes de que se consumieran los últimos fuegos y se tomó el tren para Wilde. En

cuanto llegó a su casa prendió la radio: un comunicado de la CGT regional condenaba la represión y llamaba a paro de 48 horas a partir de las 12 del día siguiente, viernes 4, a la espera de que el Comité Central Confederal instrumentara medidas a nivel nacional. En Buenos Aires José Báez, secretario del gremio del Seguro y miembro del Confederal de la CGT, decía que «el diálogo está siempre abierto, porque nosotros no podríamos romper el diálogo con nuestro gobierno». Pero otros jefes sindicales salían a decir que la culpa de todo era de José López Rega, y que la única forma de solucionar el conflicto sería su renuncia.

Silvia le recalentó una carne a la cacerola; Daniel le decía que había sido un triunfo aunque los burócratas fueran unos canallas, que estaba afónico pero que no era nada frente al momento que se vivía.

—Si cae Rodrigo se puede quebrar el plan de la gran burguesía monopolista, y la Argentina puede entrar en una situación revolucionaria.

—Victoria, el lunes tenés que presentarte en esta dirección. Vas a empezar a laburar en una empresa que estamos armando. Ahí lo vas a ver al Toño, él te va a explicar bien de qué se trata.

Hacía unos meses que Graciela Daleo había pasado al área de logística: era el sector de los Montoneros que se dedicaba a proveer al resto de la organización todos los recursos que necesitaban para funcionar: dinero, casas, armas, documentos, embutes. Para eso los Montoneros habían comprado empresas que les servían de infraestructura y cobertura, y tenían casas, imprentas, talleres y una fábrica clandestina de armas en Villa Dominico. Algunas de esas empresas también les servían como inversión; habían conseguido 60 millones de dólares con el secuestro de los Born y un área montonera estaba dedicada a administrar esa plata: usarla para sus necesidades organizativas y hacerla producir.

Desde que Graciela empezó en el área de logística, su militancia en el barrio se complicó: cada vez había más caídas de militantes, y su responsable decidió sacarla de allí. Aunque seguía siendo una militante rasa, Graciela tenía que estar en contacto con gente y datos importantes para su organización y no les convenía correr el riesgo de que, por ejemplo, la metieran presa repartiendo unos volantes en el barrio y que su detención condujera hacia estructuras o cuadros más importantes.

A veces Graciela se lamentaba de que esa nueva forma de militancia le hacía perder contacto con «la base», con la realidad política de todos los días: quedar un poco encerrada en el aparato. Sabía que estaba ahí porque su

organización había decidido que ése era el lugar donde ella sería más útil, pero le preocupaba que eso le retaceara la posibilidad de un mejor desarrollo político. Al principio estaba en un ámbito de «colaboradores»: como no tenían una práctica política normal, los colaboradores de las áreas de servicios no podían ser promovidos. Por eso Graciela se emocionó tanto el día en que Antonio Nelson Latorre, el Pelado Diego, vino a hablar con ella:

—Mirá, Victoria, lo estuvimos discutiendo con el Pepe, y estamos de acuerdo en que, aunque en tu sector no hay promociones, vos, con tu historia y tu dedicación y tu nivel de compromiso ya has hecho los méritos suficientes para pasar a aspirante.

Graciela estaba orgullosa, feliz: aspirante era el primer nivel de militancia que pertenecía directamente a la organización Montoneros. Ya no sería una colaboradora externa. Esa tarde, cuando se lo comentó a un par de compañeros suyos, la respuesta de uno de ellos la dejó entre la risa y la puteada:

—Bueno, otro nombre para una unidad básica.

Que solían bautizarse con los nombres de los montoneros caídos. Al otro día, su prima Nora se casaba con un joven oficial de la Marina, Carlos Carella: por más que odiara todo ese mundo, Graciela quería a su prima y decidió ir. Y esa noche estuvo en el Círculo Naval, bailando con un largo solero naranja mientras se reía para sus adentros pensando lo que dirían todos ésos si supieran que allí, entre ellos, había una montonera.

Su incorporación como aspirante le dio más ánimos para seguir con su militancia en el servicio de logística. A veces lo pensaba como un sacrificio por la causa; otras, se sentía cómoda con esa actividad donde no tenía que salir por los barrios ni hacer operaciones militares, pero también le daba culpa sentirse cómoda por eso. Además, no era que no corriese riesgos: a menudo tenía que transportar, con mucho peligro, documentos, armas o dinero.

Después de unos meses ya se había acostumbrado al área de logística. Pero el nuevo destino que le estaban dando parecía levemente distinto. Ese lunes, Graciela se puso su mejor ropa de secretaria ejecutiva y marchó hacia su nuevo empleo. Antes de entrar tenía que encontrarse con Toño, Pablo González Langarica, en El Foro de Corrientes y Uruguay. Era temprano y muchos oficinistas tomaban el café con leche a las corridas.

—Bueno, como te digo. Se trata de una empresa de importación y exportación, que nos va a servir de cobertura para una serie de cosas. Yo soy el responsable de todo esto, pero el gerente de la empresa es Héctor. Ahora más tarde te lo voy a presentar. Hay dos empleados más, pero vos y Héctor

son los únicos que saben que la empresa es de la orga. Los demás son empleados comunes, como si estuvieran en cualquier otro lado. Bueno, vos sabés cómo es eso.

Pablo González Langarica era un militante de muchos años, responsable de logística especial, y por eso se ocupaba también de la nueva empresa.

—De acuerdo. ¿Y yo que tengo que hacer, en principio?

—En principio, nada. Ya vas a ir viendo. No, de movida vos laburá tranquila, hacés todo lo que te pida Héctor, papeleo, boludeces. Después, según vayan saliendo las cosas...

—¿Y mantengo el ámbito que tenía en logística?

—Sí, por ahora, para la discusión política y esas cosas, sí. Pero los temas internos de la empresa no los hablás con nadie que no sea yo. Con nadie. Acordate que esto es logística especial, es un área que tiene que estar supercompartimentada, Victoria.

La empresa era una sociedad anónima recién comprada que funcionaba en una oficina de tres ambientes en Corrientes y Talcuahuano. Héctor era un colaborador de los Montoneros, un tipo con experiencia comercial de unos 55 años, que a Graciela le hacía pensar en el eslabón perdido: lo llamaba el Atlante. Y además había dos vendedores cuarentones: dos tipos picaros que querían hacer negocios —o simular que los hacían, total, mientras tanto, cobraban un sueldito. Graciela entraba todos los días a las nueve y se pasaba nueve horas atendiendo el teléfono, aprendiendo los trámites aduaneros, ripeando cartas y pedidos de cotización y, a veces, sin que nadie la viera, algún documento montonero.

La firma era una clásica empresa de intermediarios. Los dos vendedores se dedicaban a buscar negocios: se enteraban por boletines especializados que una fábrica italiana de jugos necesitaba naranjas, por ejemplo, y trataban de encontrar un productor de cítricos argentinos para comprárselos y vendérselos a los italianos. El asunto no funcionaba demasiado: en el año que duró, la empresa sólo pudo vender un cargamento de miel al Paraguay y hacer negocios con las distintas cotizaciones del dólar. Pero no les importaba demasiado: estaba pensada como una estructura que les permitiera blanquear y circular dinero y traer insumos que necesitaban: sobre todo, armas, explosivos y materiales para la fábrica de armamentos de Villa Dominico.

—No, hay compañeros en la orga que dicen que solamente tenemos que tener los fierros que seamos capaces de conseguir por la vía directa. Los fierros que les expropiemos a los canas, al ejército enemigo, ese tipo de cuestiones. O incluso los que podamos fabricar.

Le decía Pablo en una de las escasas reuniones que tenían. Graciela lo escuchaba y, en principio, no le parecía mal que mantuvieran cierta pureza en ese terreno. Pablo seguía:

—Esos compañeros dicen que si compramos los fierros ya sería como una especie de aparatismo. Las van de puros, pero es una pureza medio ingenua, ¿no? Eso es pensar en chiquito y si queremos tomar el poder hay que aprender a pensar en grande, con todo lo que eso implica.

Graciela nunca había imaginado lo complicado que podía ser una compra de armas. Ella suponía que lo difícil sería entrarlas, pero no; también comprarlas requería una ingeniería complicada: coberturas legales, empresas fantasma adonde girar el dinero, varias etapas intermedias que ayudaran a perder el rastro de los cargamentos. También era complejo traerlas: era fácil contrabandear veinte pistolas por cualquier frontera, pero un cargamento más importante necesitaba raros periplos. Se suponía que las armas salían de Bélgica o de España y de ahí podían ir a Suiza, Italia, Libia y, finalmente, a Guinea Ecuatorial, por ejemplo, donde se transformarían, para los papeles, en una carga de papas polacas. Y, después, un desembarco en una playa solitaria, un aterrizaje en una pista clandestina o un barco con doble fondo que las trajera bajo containers llenos de esas papas. Pablo y el Atlante hacían planes y preparaciones para tales periplos pero, en principio, los resultados no aparecían. En esos días, Pablo le contó que Rodolfo Galimberti había conseguido un cargamento de armas donado por un país árabe y que tenían que montar la estructura necesaria para traerlo. Para eso estaban intentando comprar un barco en el exterior, armarle el doble fondo y conseguir marineros más o menos confusos que lo llevaran desde el Mediterráneo hasta el Río de la Plata. No era simple.

—No te preocupes, esto se está armando. Ya tenemos las milicias, tenemos la guita, tenemos la estructura, tenemos la política...

Le resultaba atractivo pensar lo poderosa que era su organización. Pero, al mismo tiempo, a veces se cuestionaba que una organización revolucionaria tuviera que moverse según la lógica del mundo capitalista y que, por ejemplo, planeara comprarles armas a unos traficantes que, así como se las vendían a ellos, también proveían al ejército guatemalteco o a un grupo de mercenarios que invadiría un país socialista africano. Quizás era necesario, pensaba Graciela; quizás fuera un problema. Y a menudo se quedaba sin poder resolverlo: como no podía hablar de eso con nadie, no tenía un ámbito donde discutirlo. Aunque tampoco estaba segura de que, si lo hubiese tenido, se habría atrevido a plantearlo.

A veces la falta de un espacio político la hacía sentir insegura, un poco separada del resto de sus compañeros. Se seguía reuniendo con su ámbito de logística, pero no era suficiente: su militancia era extraña y habría querido poder discutirla un poco más. En esos días, cuando toda la organización decidió evaluar a sus militantes, casi ninguna de las pautas comunes se podía aplicar a Graciela y sus compañeros del área logística: ni la «capacidad de transmisión del proyecto», ni la «capacidad militar», ni la «iniciativa propia». Y para colmo, cuando se reunieron para evaluarse, uno de sus compañeros agregó que su soltería era otra pauta negativa.

—Victoria, tenés que salir esta noche para Córdoba. Mañana a las 14 vas a tener la cita, en la avenida Vélez Sarsfield, enfrente del monumento que ya sabés.

Le dijo su responsable y le entregó un attaché enorme con un doble fondo muy bien hecho: el problema era que, adentro, sólo había tres o cuatro papeles que no justificaban su tamaño. Se suponía que Graciela viajaba a llevarle esos papeles a un abogado cordobés que los tenía que firmar; en realidad, el doble fondo contenía la asignación mensual de la Conducción Nacional montonera, que en esos días funcionaba en la ciudad de Córdoba. Esa noche, en el tren, durmió mal: tenía miedo de que, si se distraía, pudieran robarle el attaché. A la mañana, cuando llegó, fue a registrarse al hotel Palace: en la calle notó un clima extraño y se preguntó qué estaría pasando. El conserje del hotel le preguntó qué quería y le dijo que no tenían lugar. Graciela se preocupó: algo en su aspecto debía resultar sospechoso. La aceptaron, poco después, en el Nogaró; cuando dejó la valija bajo llave y salió de nuevo a la calle para ir a su cita, se dio cuenta de que todos los negocios estaban cerrando y, en varias esquinas de la ciudad, empezaban a concentrarse grupos de manifestantes. Las calles estaban llenas de policía; en cuanto se tranquilizó un poco, Graciela recordó que ese día era 1.º de julio, primer aniversario de la muerte de Perón, y soltó una carcajada casi amarga: era curioso que nadie, ni ella, ni su responsable ni los que les pasaron la cita hubieran tenido en cuenta la efemérides. Quizás no era para tanto, se dijo, pero por unos minutos se preguntó si esto de la logística no los estaría desenchufando demasiado de la política de todos los días.

—¡Ahora que nos vengan a decir que somos unos fierreros! Con todos los laburantes que estamos movilizándolo...

Dijo Mercedes Depino, y Sergio Berlín le sonrió. Unos 10.000 obreros de la zona Norte marchaban contra el gobierno de Isabel y López Rega por la

Panamericana hacia la General Paz. Venían de General Motors, Bendix, Ford, Wobron, Terrabusi, Matarazzo, Fate, Fanacoa, Paty, Squibb, y también de Astarsa: sólo los navales habían movilizado más de mil personas, y Luis Venencio estaba entusiasmado. Hacía días que los sindicalistas combativos de la zona se venían reuniendo para ver qué podrían hacer frente al Rodrigazo; una semana antes ya se habían movilizado y muchas fábricas estaban paradas, pero esta marcha era la mayor que había habido en Norte.

—¡Esto sí que es política de masas, hermano, y no palabras! Siempre hablando de los movimientos de masas... Bueno, acá estamos.

Decía Luis, y su compañero el Tano Mastinú asentía:

—Sí, acá no hay verso. Acá somos todos laburantes, de posta.

La columna avanzó hasta el acceso Norte, con bombos y consignas. Iban acompañados por docenas de colectivos: la UTA había declarado un paro activo para que sus afiliados pudieran transportar manifestantes. Mercedes iba feliz.

—¡Putá, tanto tiempo que no estábamos en la calle, así, como en los buenos tiempos!

—Sí, acá puede haber un vuelco fundamental, el principio de una verdadera etapa de masas...

—No, y lo mejor es que esto demuestra que el terrorismo de la Triple A, la política de intimidación de estos fachos hijos de puta, no funcionó, que así no nos paran. Si quieren pararnos van a tener que hacer otra cosa...

En la General Paz había docenas de patrulleros que les cortaban el paso. Los policías iban con cascos y escudos, armados hasta el alma y respaldados por varias tanquetas. La Gorda Amalia, la responsable montonera de zona Norte, agarró un megáfono y habló a los manifestantes. Mientras, otros militantes fueron a ver si podrían pasar por Cabildo o por Libertador. Los montoneros conducían la movilización, aunque los trabajadores movilizadas eran de todas las tendencias combativas.

—¡Compañeros, por fin la movilización popular está sacándole la careta a este gobierno antipopular, represor y vendido! ¡Estas jornadas demuestran, una vez más, que el pueblo en marcha es invencible, compañeros!

Los militantes volvieron para decir que no había paso por ninguna parte: todo estaba repleto de policías. Por la radio escucharon que los puentes de Avellaneda, Barracas y la Noria también estaban bloqueados: las columnas del Sur estaban en su misma situación, y también los que venían de La Matanza, Morón y San Martín. En Córdoba, la CGT en la Resistencia había llamado a paro general por tiempo indeterminado y amenazó con «declarar la

guerra» si el gobierno no firmaba los convenios. En Rosario, manifestantes de distintos gremios se encolumnaron hacia la sede de la CGT y la tomaron. En Santa Fe y en La Plata hubo más choques entre manifestantes y policías. Dentro de la Capital también había manifestaciones y enfrentamientos con la policía. Los empleados públicos fueron abandonando sus lugares de trabajo y, a las cinco de la tarde, los del ministerio de Economía dejaron el edificio de la calle Hipólito Yrigoyen: Celestino Rodrigo se había quedado sin su propio personal.

Hacía una semana que el trabajo en la mayoría de las fábricas estaba virtualmente parado. Esa tarde los diputados interpelaban al ministro Rodrigo, y el Comité Confederal de la CGT, reunido en la calle Azopardo, discutía qué medidas se debían tomar. Los ataques contra López Rega eran cada vez más fuertes, y Lorenzo Miguel endureció el discurso:

—La crisis económica que padece el país no es responsabilidad de la clase trabajadora, porque nunca conoció un plan, ni se le asignó un papel protagónico en él. Ni siquiera ahora, cuando se nos exigen nuevos sacrificios.

A esa hora, la presidenta conversaba con el almirante Massera, el vicario monseñor Bonamín, el general Numa Laplane y el nuevo jefe de Estado Mayor Conjunto, el general Jorge Videla, en la cena anual de camaradería de las Fuerzas Armadas. A los postres, Isabel Perón hizo un breve discurso:

—No me cabe duda de que las Fuerzas Armadas, cada vez más cabalmente conscientes de su responsabilidad institucional, respaldan con vigor insobornable la transformación que el país exige, y este respaldo asume perfiles heroicos en la lucha contra grupos subversivos.

Leyó, entre otras cosas, y nadie la aplaudió. Unos minutos después, en su sede, el secretario general de la CGT, Casildo Herreras, leyó a los periodistas el comunicado que convocaba a un paro general por 48 horas desde el lunes 7 de julio para exigir la homologación de los convenios paritarios. Los sindicalistas mantenían su «respaldo a la presidente de la Nación», pero eso no disimulaba que era la primera vez, en sus treinta años de historia, que el movimiento obrero peronista le hacía un paro general a un gobierno peronista. La medida parecía dura; en realidad era casi una aceptación de las circunstancias: el paro ya estaba en vigencia desde hacía varios días en casi todas las fábricas de Córdoba, Santa Fe y Buenos Aires. Un economista calculó que se estaban perdiendo 63 millones de dólares diarios: en los 13 días parados —incluyendo los dos decretados por la CGT—, el país perdería unos 800 millones, más que el total de las reservas del Banco Central o, prorrateando la pérdida, un sueldo mínimo por cada familia argentina.

El fin de semana fue tenso. El domingo, *La Opinión* publicó en su primera página una «Denuncia militar sobre la Triple A» que, con la firma de Heriberto Kahn, empezaba diciendo que «el Comando General del Ejército elevó al Poder Ejecutivo una denuncia concreta sobre actividades de la organización terrorista de ultraderecha que se identifica como Triple A, en la cual se hace referencia al ministro de Bienestar Social, José López Rega». El documento, obviamente, había sido filtrado por el propio Ejército, y parecía declarar que las Fuerzas Armadas también querían la destitución del favorito. La nota contaba que el documento ya llevaba tres meses en manos del Poder Ejecutivo y que implicaba también a la revista *El Caudillo* y a su director, Felipe Romeo: decía que su local de Figueroa Alcorta 3297 «encubría las operaciones de la organización terrorista». Según Kahn, la cúpula militar estaba inquieta por la «carencia de representatividad de sectores del gobierno, su control sobre los medios de difusión, las actividades de sectas que actúan en medios oficiales, la utilización de fondos oficiales en campañas proselitistas, la pérdida de confianza en las fuerzas de seguridad y la sensación generalizada de inseguridad en la población, el aumento del desabastecimiento y el mercado negro, la excesiva centralización del poder, y la falta de solución de problemas económicos y sociales que se reconocen como alimento del terrorismo, cuyo recrudecimiento provoca desazón en los ámbitos castrenses».

El lunes, la huelga era total; su acatamiento y la debilidad del Ejecutivo llevaron al Senado a elegir a Ítalo Luder como su presidente provisional, contra la voluntad de Isabel: era una alternativa de gobierno. Ese mismo día la comisión de Asuntos Constitucionales, presidida por el radical Fernando de la Rúa, firmó el despacho de la nueva Ley de Acefalía. Esa noche todos hablaban de la renuncia inminente del gabinete. Muchos presagiaban la caída de Isabel, que estaba reunida en Olivos con la Junta de Comandantes en Jefe. Orestes Ghioldi, dirigente del partido Comunista, decía que «la reconstrucción nacional y el avance hacia la liberación nacional no pueden ser obra de un solo partido o fuerza social, por fuerte que sea; la situación exige un gabinete cívico-militar de amplia coalición democrática».

El martes 8, mientras se cumplía el segundo día de paro, el nuevo ministro de Trabajo, Cecilio Condit, comunicó a la cúpula de la CGT que el gobierno iba a homologar los convenios paritarios, anulando el decreto que los había anulado. Pero que esto iba a concretarse recién el 30 de julio, cuando venciera el plazo para que todos los gremios terminaran sus negociaciones. Una delegación sindical fue al ministerio de Trabajo a discutir con Condit.

Casildo Herreras consultó con Lorenzo Miguel, y la CGT y las 62 Organizaciones levantaron el paro al mediodía del martes. Era sólo un gesto, porque ese día nadie iría a trabajar y el miércoles era 9 de julio, pero marcó un principio de reconciliación entre la CGT e Isabel Martínez.

Levantada la huelga general, siguieron conflictos parciales en muchas fábricas de Buenos Aires y Córdoba. El viernes, Isabel, bajo presión de todos los sectores, tuvo que hacer una última concesión: la renuncia de su mentor y favorito, el ministro José López Rega: «Insisto en la reiteración de mi renuncia a los cargos oficiales, rogándole que la acepte como un aporte patriótico tendiente a lograr la unificación de los espíritus perturbados», decía la carta del ex policía. Junto con él renunciaron el ministro del Interior, Alberto Rocamora, de Justicia, Antonio Benítez, y de Defensa, Adolfo Savino. Pero los cambios parecían superficiales: Celestino Rodrigo mantenía su cartera y Bienestar Social quedó a cargo de su ex subsecretario Carlos Villone, un seguidor de López Rega, que seguía controlando buena parte del gabinete y no había dejado sus habitaciones en la quinta de Olivos.

No era suficiente. Las presiones y las huelgas siguieron y el país parecía al borde del caos. Algunas comisiones internas combativas, como las de Ford y General Motors, ya habían lanzado nuevos paros exigiendo aumentos del cien por ciento de emergencia y homologación inmediata de los convenios firmados, denunciando las intrigas de la cúpula cegetista. El idilio entre combativos y ortodoxos había durado muy poco. Los políticos especulaban con la posibilidad de la renuncia de Isabel; otros hablaban de un golpe. El viernes 18, por primera vez, una nave americana y una soviética se unieron en el espacio: los astronautas de la Apollo y la Soyuz realizaban una proeza más política que técnica. En Buenos Aires, a la mañana temprano, cayeron unos copos que parecían de nieve y no había gas para las estufas; a la tarde, Celestino Rodrigo entregó su renuncia y se anunció que Isabel Martínez pediría una larga licencia «fuera del país para recuperar su salud, afectada por el exceso de actividad».

Esa noche la Argentina le ganó a Uruguay en el Centenario por 3 a 2, con muy buenas actuaciones de Houseman y Alonso; el sábado 19, a las ocho de la noche, el que muchos habían considerado, los dos últimos años, como el hombre más poderoso de la Argentina, se subía en el aeroparque al avión T-02 de la Presidencia y salía hacia Río de Janeiro. El secretario general de la UOCRA despidió a López Rega diciendo que «su partida ayuda a la unión de los argentinos: nunca un solo hombre hizo tanto daño».

Los Montoneros, en un artículo publicado en su nueva revista semiclandestina, *Evita Montonera*, decían que «derrotada, la Martínez designa un nuevo gabinete donde la banda lopezreguista pierde sus posiciones de primera línea. El Brujo se va del país. El lopezreguismo es derrotado pero continúa la política de la dependencia. Se produce un desplazamiento de sectores por la fuerza de la movilización popular, a la que se suma la presión del vanguardismo y la partidocracia liberal, especialmente sus alas justicialistas (Luder, Benítez, Corvalán Nanclares) y radical (Balbín), y las Fuerzas Armadas, que ahora participan directamente, aunque no públicamente todavía, en las decisiones del gobierno.

»En la nueva concordancia liberal, que aparece como el proyecto alternativo del imperialismo, y que todavía no pudo concretar un plan político, económico y represivo coherente, no entran las organizaciones populares representativas de la liberación. Sólo están allí los defensores de la dependencia».

Julio de 1975. Poco después de la caída de José López Rega, *La Opinión* de Buenos Aires y *Excelsior* de México publicaron una nota de Tomás Eloy Martínez «un periodista argentino que abandonó su país debido a una amenaza de muerte que le lanzó la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A)», decía la edición mexicana, donde la nota se tituló «López Rega: historia de un brujo postergado»:

«En el verano de 1966 José López Rega era apenas una cara anónima en el despoblado jardín que rodeaba a Juan Domingo Perón.

»Los corresponsales de la prensa extranjera, para quienes los movimientos del líder argentino seguían siendo una consigna cotidiana de trabajo, no asociaban todavía su nombre al feligrés de las ciencias ocultas que vivía en Madrid desde un año atrás, buscando la aprobación del general para su doctrina vagamente espiritualista.

»Sólo Tony Navarro, de la *Associated Press*, disponía de algunas informaciones precisas: sabía que Perón empleaba a un tal “don José” para ciertas diligencias domésticas, y que éste sobrevivía editando una revista de tiraje limitado, sostenida con los avisos de algunos compasivos militantes peronistas.

»Navarro creía recordar que los escritos de don José interpretaban el destino del hombre como un diálogo entre el poder de los perfumes y el poder de los colores, y que proponía, a quienes quisieran alcanzar la comprensión

cabal del universo, someterse al magisterio simultáneo de Antulio, Abel, Elías, Moisés, Krishna, Buda, Jesús y Mahoma.

»En el Club de Corresponsales nadie tomaba en serio los relatos de Tony Navarro, creyendo que eran otro desplante de su imaginación fogosa.

»Un mediodía, a fines de junio, Tony llegó al club con un volumen de 800 páginas y leyó en voz alta algunos fragmentos al azar. Los delirios de aquel libro, cuyo título era *Astrología Esotérica*, superaban largamente las versiones de Tony. Ésa fue la primera vez que oí el nombre de José López Rega».

* * *

Dos años más tarde los corresponsales en Madrid habían reconstruido su biografía completa, con tanta precisión en los detalles que aún es para mí un misterio la forma como esos datos fueron alterados y traicionados por cierta prensa habitualmente minuciosa de Francia y Estados Unidos. De acuerdo con aquella versión original, es falso que López Rega haya frecuentado a Perón o a Isabel en el exilio de Caracas y de Panamá; es falso también que haya sido el principal agente de custodia de Perón o de Evita, como se deduce de su condición de simple soldado raso en la policía federal.

En la biografía de los corresponsales madrileños, López Rega aparecía en cambio como circunstancial integrante del equipo de vigilancia presidencial, hacia 1950, y luego como suboficial disciplinado y ambicioso, a quien la lentitud de sus ascensos en el escalafón policial indujo a pedir su retiro en 1962.

Su militancia peronista parece arrancar de aquel año, cuando se vinculó con algunos miembros de la Logia Anael, e instaló una pequeña imprenta cerca del puente ferroviario de la calle Salguero, en una de las vías de acceso a la costanera norte de Buenos Aires.

López Rega solía acudir en calidad de oyente devoto a las reuniones de la logia, dirigidas por el juez Julio César Urien. Uno de sus contertulios, Rubén Sosa, refirió en el diario *Excelsior* de México que López Rega fue el impresor de los dos primeros folletos de Anael. *La Razón del Tercer Mundo* y *El Tercer Mundo en Acción*. Según parece, es de su cosecha personal el capítulo que describe a la humanidad del futuro como un triángulo dominado por tres continentes: Asia, África y América, a la vez que defiende el valor cabalístico de las tres iniciales (AAA) en toda estructura de poder.

Según la versión de los corresponsales, López Rega había corrido el riesgo de editar en su imprenta algunos panfletos del peronismo clandestino,

ganándose así la confianza del mayor Bernardo Alberte, uno de los delegados de Perón en 1965, cuando el general envió a su esposa para apoyar la candidatura de Ernesto Corvalán Nanclares como gobernador de Mendoza.

López Rega, el cabo primero retirado de la policía, pidió a Alberte que le permitiera servir como custodio de Isabel. Se conjetura que fue entonces cuando la convenció de su desinterés patriótico y obtuvo el consentimiento para colaborar con ella como secretario o asistente, en el exilio en Madrid.

Los métodos de que se valió para que su influencia creciera no constaban en aquella biografía de los corresponsales.

* * *

«Años más tarde se deslizarían decenas de hipótesis, entre las cuales hay algunas verosímiles.

»a) Perón carecía de amanuenses de confianza y tuvo que ir delegando en el laborioso López Rega la clasificación, archivo y cuidado de los cada vez más numerosos documentos que debía manejar. Así, el secretario que al principio se ocupaba sólo de vigilar las compras domésticas en el supermercado acabó por convertirse en un auxiliar imprescindible, en una especie de memoria portátil para un líder abrumado de trabajo y de fatigas.

»b) Perón necesitaba de alguien que contuviese a las visitas y mantuviera alejados a los aliados indeseables. Como todo jefe político, no podía exponerse al desgaste de un altercado con alguien que podría resultar útil al día siguiente.

»Al actuar como compuerta, López Rega descubrió que podía usar esas funciones en su propio beneficio. En julio de 1971 sus atribuciones se habían extendido tanto que prácticamente todos los mensajes, llamadas telefónicas y peticiones de audiencia destinados a Juan Perón eran pasados por su tamiz personal.

»Para sustraer ciertas cartas a su voraz curiosidad, algunos peronistas recurrían al ardid de confiarlas a visitantes que se las entregaban al general en el momento en que se despedían de él; pero aún entonces era rara la ocasión en que López Rega no se apoderaba del sobre, con el pretexto de que “el general tiene demasiadas cosas que atender y no conviene abusar de su salud”.

»c) La tercera de las hipótesis sobre la influencia de López Rega se la oí a él mismo en junio de 1972, cuando mantuvimos un diálogo fugaz junto a la entrada de la quinta 17 de Octubre. Por entonces, el cabo primero retirado

había adoptado la costumbre de tutear a todos los visitantes, aun a los más encumbrados, y de inmiscuirse hasta en las conversaciones reservadas de Perón con los jefes políticos o sindicales. A menudo oí preguntar en voz baja por qué el general mostraba tanta tolerancia con este doméstico audaz, quien ni siquiera disfrutaba de los beneficios de la inteligencia.

»Una de las respuestas posibles puede hallarse, acaso, en las frases que López Rega me dijo aquel día de junio: “Yo soy el pararrayos que detiene todos los males enviados contra la salud del general”.

»En las antiguas religiones animistas la vida de un hombre solía estar ligada a la de un árbol o un animal, a la caída de una piedra o al paso de un cometa.

»No es extravagante, pues, que un devoto de Antulio y de Krishna se imaginara a sí mismo como una vestal de la salud ajena, y que haya logrado convencer a terceros sobre el valor sagrado de su misión.

»Las presunciones de los corresponsales de Madrid iban más lejos en 1972. Uno de ellos —cuyo nombre no diré— estaba dispuesto a probar que López Rega había elaborado un plan minucioso para convertir a la Argentina en un campo de cultivo mágico, encaramándose —en la primera fase— sobre el vasto peso político y el carisma de Perón, para conseguir luego que el poder le fuera transferido.

»Su objetivo último iba más lejos, sin embargo: creyéndose iluminado a la vez por Buda, Jesús y Mahoma (como es fácil deducir de los prólogos de sus libros esotéricos), López Rega aspiraba a fundar una religión para el Tercer Mundo, de la que él sería a la vez pontífice y profeta.

»No soy el único (ni mucho menos) ante quien se definió en Madrid como un hacedor de milagros, capaz de resucitar a los muertos y leer los pensamientos ajenos. Tampoco soy el único que empezó a tomarlo en serio cuando ya era demasiado tarde y disponía de una cuota de poder que podía serle arrebatada sólo entre ruinas y desgarramientos.

»Nunca podrá saberse cuán cerca estuvo de conseguir lo que quería. En su extraño plan de dominación universal (que parece, dicho así, una extravagancia copiada de Julio Verne y que, sin embargo, ahora está costando duelo y pobreza a 25 millones de argentinos), el punto débil de José López Rega fue su codicia de bienes materiales.

»Si no hubiese adolecido de esa flaqueza, si hubiera empleado para enriquecerse la misma paciencia y cautela con que acabó ganándose la confianza de Perón y de su esposa, su influjo y su poder seguirían indemnes. Pero corrió a demasiada velocidad y se quedó enseguida sin aliento.

* * *

»Cuando lo conocí, en marzo de 1970, los corresponsales extranjeros estaban reuniendo información sobre una empresa embotelladora de agua que López Rega parecía haber montado en la ciudad de Uruguayana, Brasil, junto a la frontera argentina. En la oblea que adornaba las botellas se prometía a los bebedores una larga juventud y un paulatino enriquecimiento intelectual.

»Lo grave, según la versión, era que López Rega había impuesto al agua el nombre de Perón y sugería en la oblea que el propio general recomendaba sus virtudes. Pregunté a López Rega sobre la veracidad de aquella historia. Debo decir que la negó y que atribuyó su invención, literalmente, al odio que le profesaban “algunos brujos enemigos”.

»La impresión que me causó cuando lo vi por primera vez fue de todos modos inferior al personaje delirante y cachafaz que habían prometido las fábulas madrileñas. En vez del Rasputín megalómano y entrometido que anunciaban sus detractores, descubrí más bien a una especie de sosegado almacenero de suburbio, macizo como un toro, que carecía de escrúpulos en la relación social y de todo sentimiento del ridículo.

»Solía trabajar todas las mañanas en una modesta oficina de la Gran Vía, organizando indefinidos comercios de importación y exportación.

»En el primero de los dos cuartos de su empresa, dentro de un armario cerrado, descansaban los volúmenes de sus obras completas: cuatro libros terminados y los manuscritos de otros seis en trance de elaboración.

»Lo oí decir a menudo que, aparte de servir al general, lo único que le proporcionaba felicidad era el acto de escribir, y tengo la certeza de que en este último punto era sincero.

»Cierta mañana, en septiembre de 1970, me leyó un pequeño texto en el que aludía al sonido fundamental del globo terráqueo. Ponía cierta fruición en la lectura y advertí que estaba orgulloso de su trabajo, como todo literato aficionado. Creía que los seres humanos estaban manejados por ciertas claves musicales que decidían su destino.

»Así, imaginó que a Perón le correspondía el acorde musical la, si, mi 2, la, del mismo modo que su destino obedecía a los perfumes zodiacales de la rosa y el clavel salmón, a cinco partes de color celeste y cinco partes de gris, a las alteraciones de la vejiga, los uréteres, el sistema vasomotor y la piel. Estas conjeturas fueron publicadas sin rubor en la *Astrología Esotérica* y nunca me atreví a preguntarle a Perón qué pensaba de ellas.

»Por las tardes, López Rega trabajaba invariablemente en los archivos y la correspondencia del general. Algunos de sus adversarios asegurarían, años más tarde, que aprovechó el conocimiento de esos textos para amedrentar a ciertos peronistas que habían dejado en ellos rastro de deslealtad o de torpeza.

»Lo cierto es que el dominio de esa enorme masa informativa sumada a su infalible memoria de policía bien adiestrado, fue una de las llaves de su poder político.

»En la primavera madrileña de 1971, el trabajo se volvió tan abrumador que López Rega pidió a Perón consentimiento para abandonar la oficina de la Gran Vía y establecer su domicilio en la quinta 17 de Octubre. Desde por lo menos dos años atrás venía participando en todas las conversaciones del general, pero a veces era posible eludir su vigilancia.

»A partir de su mudanza, ya nada le pasó por alto, y en las raras ocasiones en que viajó a Alemania Occidental por razones de negocios, nunca bien explicados, se hizo suplantar por la única persona en quien confiaba: su yerno Raúl Lastiri.

»Conservo entre mis apuntes de correspondencia la transcripción de algunos diálogos grabados con José López Rega. Uno de ellos es una larga reflexión mística que dice, en su fragmento menos confuso:

»“Usted, si quiere ser un conductor, puede ponerse a leer el libro del general sobre conducción y adquirir los conocimientos necesarios, pero sólo con esos conocimientos no llega a ninguna parte. Hay que iluminarse, fundirse con la personalidad del general. Porque si no lo hace a lo mejor se planta frente a la gente y resulta un timorato. Para predicar, hay que convencerse primero de que lo que se predica es la verdad. Si un sacerdote tiene que predicar que Cristo es el hijo de Dios y no está convencido, no podrá llegar nunca al corazón de las personas por galanas e hipócritas que sean sus palabras.

»”Pero si el sacerdote es un analfabeto y viene a usted y lo acaricia porque usted tiene un dolor, usted sentirá a Dios en ese hombre. Yo a veces voy y le digo a la gente que el sol es verde. Y primero me repito muchas veces, es verde, verde, verde. Me convengo tanto que puedo convencer a los demás. Así, el único que queda sabiendo que el Sol no es verde soy yo”.

* * *

»En otra ocasión a fines de 1970, Perón me invitó a que le hablara sin reservas, a que le formulara todas las preguntas que había retenido dentro de

mí y que por respeto o prudencia no me hubiera atrevido a exponer en voz alta. López Rega estaba delante, pero en aquellos tiempos los periodistas y los políticos que visitaban a Perón solían pasarlo por alto, como si fuera uno de esos vidrios opacos que incomodan la visión del interlocutor en los refectorios de los conventos.

»Recuerdo que tomé impulso y le pregunté de qué manera se conciliaban una doctrina humanista y cristiana como la que Perón predicaba con las presuntas torturas policíacas que habían sobresaltado sus dos gobiernos. Insinué en la pregunta, creo, que esa clase de excesos se habían multiplicado en algunos de los regímenes que lo sucedieron, y dije que daba por descontada su condena.

»Nunca pude oír la respuesta de Perón. López Rega me salió al paso y me proporcionó esta explicación, que he vuelto a oír en el cassette donde está grabada, para no dudar de su veracidad. “¿Cómo quiere que esa clase de cosas le lleguen al estadista? —dijo con voz atiplada y siempre desenvuelta—. Supóngase que el jardinero rompe una manguera aquí en la quinta. Me entero yo, porque me lo cuenta la chica de la limpieza. Pero yo no le puedo llevar ese problema al general. Entonces, piense que cuando en la propia casa ocurre un desastre pequeño, el dueño no se entera. Demasiado grande es la Argentina para ocuparse de las cosas pequeñas”.

»Argumenté que quien veía pequeñez en la tortura podría acabar perdiendo todo respeto al ser humano y sirviéndose de él como de un objeto deleznable.

»El cabo primero retirado me ofreció esta réplica: “Si uno anda mirando esas cosas, nunca va a tener tiempo para trabajar. En nuestro país, la gente está enferma de pequeñas historias. Por eso nunca hace las grandes”.

»Aquellos diálogos de 1970 abundan en referencias de López Rega a un espíritu supremo, cuyos fundamentos teológicos nunca pude desentrañar, o están interrumpidos por digresiones sobre la predestinación, la transmigración de las almas y la fuerza de sus propios poderes mediúmnicos.

»Siempre confió en la eficacia de su magia, y aún ahora hay que convenir que no le faltaban razones, porque son raros en la historia los casos de un personaje casi iletrado, sin talento aparente para la política y con una ideología a la que por lo menos hay que calificar de extravagante, que fue capaz de llegar tan lejos en un país donde los escépticos son mayoría.

»Lo que derrotó a López Rega es acaso, aparte de su codicia, el exceso de fe en sus poderes individuales.

»Antes de regresar a la Argentina, Perón había predicado que el país estaba en ruinas, y que sólo una política de reconciliación y unidad nacional podrá salvarlo.

»A la inversa, López Rega recayó en el aislamiento de poder y en la necesidad de que el país se pusiera al servicio de sus convicciones. Fue el propio general Perón quien, en cierto modo, lo derrocó de manera póstuma, porque las fuerzas armadas, los partidos políticos y los sindicatos, los empresarios y, sobre todo el pueblo desesperado se unieron y conciliaron para decirle basta.

»Pero sólo cuando se haga el nuevo inventario de las ruinas, podrá saberse si esa voz de lo alto no se pronunció demasiado tarde».

Elvio Vitali trabajaba de inspector de seguros: todas las mañanas, bien temprano, tenía que ir al puerto a esperar la descarga de los barcos por si había mercaderías en malas condiciones que tuviera que informar. Sus estudios no habían avanzado mucho desde el triunfo de Cámpora: dos materias aprobadas, el mínimo necesario para seguir siendo un estudiante. Y se había mudado al departamento de Adriana, en Belgrano. Elvio tenía 22 años, estaba bastante establecido y seguía militando en la JUP de Derecho: a esa altura ya había recuperado el nivel que tenía el año anterior, antes de irse a Italia. Pero no terminaba de estar conforme con el rumbo que estaban tomando las cosas.

—No, el compañero tiene que entender que el consumo de una droga así no es compatible con la moral revolucionaria. Eso para empezar.

Más de veinte militantes de la agrupación se habían reunido para el «juicio» al Tuco, un pibe nuevo que, según uno de ellos había denunciado, solía fumar marihuana. Elvio estaba a disgusto: le parecía que, desde la caída de Miguel Talento y el Tala Ventura, la discusión política había caído mucho. Los nuevos responsables se dedicaban demasiado a la organización y administración internas —«tareístas», les decían— y, en esa línea, le prestaban excesiva atención a la vida privada de cada uno. Le parecía que no estaban a la altura de Miguel y el Tala, ni de lejos. A veces se encontraba discutiendo con tipos que, pensaba, tenían muy poco nivel y no estaban preparados para una discusión política seria. Los viejos militantes de la facultad de Derecho siempre se habían jactado de poder hacerlo: de leer dos o tres diarios, tener cierta formación teórica, ser capaces de pensar política en serio —no como muchos militantes de otras facultades, decían, que eran más bien petardistas sin una visión general de las cosas—. Y estos nuevos le

parecían tipos más capaces de relevar el lugar para una operación que de hacer un buen análisis o de hablar frente a una asamblea de mil fulanos y darla vuelta. Ésos eran los que él admiraba. En esos días, Miguel y el Tala acababan de salir de la cárcel: como estaban a disposición del Poder Ejecutivo, les dieron la opción y pudieron irse al Perú.

—Bueno, al fin y al cabo no tenemos que dar por el pito más de lo que el pito vale. Es sólo un faso de marihuana, che, no vamos a hacer un escándalo por eso.

Dijo Elvio, y varios lo miraron raro.

—No, Tano, hay que pensar la cuestión con más detenimiento. Primero: un compañero que pretende transformar el mundo no puede escapar de él drogándose. Nosotros queremos el cambio social, pero sabemos que ese cambio social no puede venir sin que cada uno de nosotros emprenda en sí mismo la construcción de un hombre nuevo. Y el hombre nuevo no puede evadirse de la realidad, tiene que enfrentarla con todos los medios que tiene.

—Claro, y para eso hay que ser fuerte, plantarse. La droga es una necesidad de los débiles, de los que no tienen esa fuerza ideológica. Además, hay una cuestión práctica: el fumo te hace perder el control de tus actos, y un militante no puede darse ese lujo. Mirá si te agarran fumado y te hacen cantar hasta a tu abuela, digamos, por ejemplo...

—¿Y vos cómo sabés, Chino, que te hace perder el control?

—Porque yo también alguna vez me fumé un faso, boludo. No soy un puritano, no es que me asuste. Lo que pasa es que entiendo la necesidad ideológica.

La idea del juicio era más que nada pedagógica. Tras votación, el Tuco recibió una sanción leve: quedaría desvinculado de su ámbito durante un mes y tendría que escribir su autocrítica y un documento explicando los inconvenientes de la marihuana y sus contradicciones con una verdadera ideología revolucionaria. Elvio estaba levemente avergonzado.

En esos días, cada vez les resultaba más difícil hacer política universitaria. Elvio seguía siendo el secretario del centro de estudiantes pero ya no iba mucho por la facultad: era un riesgo fuerte y sólo lo corría cuando algo serio lo justificaba. Los miembros de la agrupación se seguían reuniendo —pero en casas, ya no en lugares públicos— para planificar actividades: volantes, pintadas, actos relámpago, pero su contacto con los estudiantes se estaba volviendo escaso. Y, más que producir política para el frente, esperaban que les bajarán consignas de la conducción.

Elvio tenía mucho más tiempo que antes: se quedaba horas encerrado en su casa, charlando con Adriana, mirando la tele, leyendo la revista *Crisis* o algún libro de Mario Benedetti o de Antonio Gramsci o del general vietnamita Giap. Y, algunas noches, salían a pasear, aunque la ciudad se les estaba volviendo hostil, violenta. Pero todavía hacían esas largas vueltas por Corrientes que empezaban con una cena en Pipo o Bachín, seguían con un cine y terminaban con un café en el Ramos o la Academia. La Municipalidad había hecho instalar, alrededor del Obelisco, un gran anillo de lata que giraba: muchos se reían de que el gran falo porteño hubiera encontrado por fin dónde encajarse, y otros se preocupaban sobre todo por la leyenda escrita sobre la chapa: «El silencio es salud».

En esos días, Elvio había tenido una satisfacción menor: incluso los más acérrimos defensores del look «campera verde» habían tenido que abandonarlo. Elvio siempre se había opuesto a esos disfraces guerrilleros, y les tomaba el pelo a sus amigos que los usaban. A veces, incluso, les recordaba una frase de Carlos Olmedo sobre la ventaja de mimetizarse con los demás: «Detrás de mí, que soy éste, que parezco un pequeño burgués, soy todo esto». A mediados de 1975, la situación ya no estaba como para ir por la calle mostrando afinidades izquierdistas, y las camperas verdes desaparecieron por completo.

Dardo Cabo, Juan Gullo, Emiliano Costa y sus cuatro compañeros fueron los primeros presos políticos de la cárcel de Sierra Chica, pero enseguida empezaron a llegar otros: parte de la conducción de los Tupamaros uruguayos, militantes del ERP, sindicalistas de Villa Constitución. En cuanto restablecieron algún canal de comunicación, la conducción de Montoneros le pidió a cada uno que hiciera un informe escrito acerca de por qué se había producido la caída y qué había dicho cada cual durante los interrogatorios. Los textos circulaban por «caramelitos»: los escribían en un papel muy fino, los envolvían como un caramelo y se los daban a sus visitas. O, si los estaban vigilando mucho, se los pasaban en un beso.

Emiliano planteó que la caída se había producido porque era una irresponsabilidad quedarse tres horas esperando en aquella parrilla, que eso era contrario a las normas operativas más elementales y que la responsabilidad de esa decisión era de Jaime. Sobre el interrogatorio dijo que lo habían torturado muy duro, que había salvaguardado valiosa información sobre la organización, pero que había cometido un error, por debilidad, al entregar la casa de Mastrovicenzo.

En esos días, los presos pudieron conversar por primera vez sobre lo que les había pasado. Estaban muy calientes.

—Che, ¡qué cagada! Todos en gayola por esperar como boludos. ¿Qué podía hacer yo? ¿Cómo no levantan la operación? Yo no sé si es culpa de Jaime o de quién, pero los que la vamos a pagar vamos a ser nosotros.

Decía Dardo Cabo. Emiliano trató de charlar con él y con Gullo sobre la culpa que le daba la caída de Mastrovicenzo, y le pareció que lo apoyaban:

—Mirá, no es algo que haya que pasar por alto, pero no hay que agrandararlo; son contingencias de la lucha. No te voy a decir que no me parece un error, pero lo importante es que vos lo asumís...

—Además, macho, ahora tenemos que prepararnos para una cana muy dura: ésta no va a ser con visita íntima como tuve cuando fue lo de Malvinas. Ahora va a ser bien pesada.

Un par de semanas después llegó un caramelito con la decisión de la conducción montonera: preventivamente, hasta que terminaran de hacer una evaluación exhaustiva, Emiliano era separado de su organización. La explicación era que se trataba del militante con mayor nivel, junto con Dardo Cabo y que, entonces, la disciplina con él debía ser más severa, ejemplificadora. La decisión lo golpeó, pero era algo transitorio y no afectaba su relación con sus compañeros. Ya vendría la decisión definitiva, pensaba Emiliano, y la conducción va a entender que hice lo que tenía que hacer, dadas las circunstancias.

El pabellón se iba llenando de presos políticos y empezaron a organizarse. Dardo Cabo propuso que el delegado de los peronistas ante las autoridades del penal fuera Emiliano: era un aval de sus compañeros y, de alguna manera, un rechazo a la decisión de la conducción. Emiliano se sintió más tranquilo, respaldado. Hasta que llegó la resolución del tribunal de Montoneros: Emiliano había sido «despromovido» y pasaba de ser un cuadro dirigente a la categoría de militante raso. Y, por el momento, sería separado del resto de sus compañeros: seguía teniendo todas las obligaciones del montonero pero no podía siquiera integrar un ámbito. Fue un golpe terrible. Aunque había sentido un cierto desgaste en los últimos meses, sobre todo desde el pase a la clandestinidad, aunque no sentía la misma confianza que antes, la organización Montoneros era todo para él: su vida, sus esperanzas, sus compañeros, Vicki, el hijo que estaba en su panza.

Emiliano estaba destruido. La decisión del tribunal decía que había tenido una falla ideológica grave, una claudicación imperdonable en un militante de su nivel y su experiencia. Y él, aunque le dolía tanto, empezó a estar de

acuerdo: se había equivocado, su estrategia había sido un error, no había estado a la altura de lo que se esperaba de él, no había sido el héroe que siempre pensó que sería. Muchas noches, insomne, pensaba que hubiera sido mejor morir en esa mesa de torturas.

Extrañaba mucho a su mujer, Vicki Walsh, y al hijo que iban a tener en un par de meses. Ella no podía ir a visitarlo: era una militante semiclandestina y habría sido una locura. Sólo podía escribirle cartas, firmadas con el nombre de una prima. Y le decía que ella tenía fe, confianza en que él iba a volver a ser como antes, que iba a recuperar su nivel y les iba a mostrar a todos que seguía siendo el más duro, el más valiente. Y que en la cárcel tenía que ser el mejor de todos para demostrarles que se había recuperado. Emiliano leía esas cartas y su desasosiego aumentaba: él también quería serlo, demostrarlo pero, por el momento, habría necesitado que ella sólo le dijese que lo amaba sin más condiciones, fuera como fuera.

Se pasaba los días encerrado en su celda: caminaba de un lado al otro, sin parar durante horas, contando los pasos para tratar de no pensar, y pensaba en lo que haría. Por momentos aceptaba el desafío de volver a ser el militante intachable: sentía que la vida lo ponía a prueba y estaba dispuesto a ganarla. Otras se deprimía y se decía que la conducción había sido injusta y lo indignaba pensar que Jaime, el mismo que los había dejado tres horas esperando hasta que los llevaron presos, había presidido el tribunal que lo sancionó.

Estaba, sobre todo, muy solo. Algunas mañanas, cuando peor se sentía, evitaba salir al recreo: era una doble tortura estar ahí, con sus compañeros, y tratar de imaginar todo el tiempo qué pensarían de él: si lo compadecerían, lo despreciarían, si estarían de su lado. Otras veces se decía que, para volver a ser el de antes, tenía que pelear con todas sus fuerzas, como delegado, por sus compañeros. Reclamar que les dieran más comida, que les ampliaran las visitas, que no los maltrataran. Quizás fue por eso que, esa tarde, la discusión con el oficial de turno subió de tono. Emiliano había pedido audiencia junto al otro delegado del pabellón porque el loco había empeorado mucho, porque no desinfectaban y las chinches los estaban matando y porque el trato a los familiares cuando iban de visita era cada vez más vejatorio. El oficial estaba amenazante.

—Si los presos de ese pabellón vuelven a rechazar la comida como medida de presión, yo los mando a ustedes dos al calabozo. ¿Está claro?

A Emiliano se le subió la bronca a la cabeza:

—Mire, nosotros somos presos políticos, no vamos a abandonar nuestros reclamos por una amenaza. Si ustedes no solucionan las cosas, nosotros vamos a seguir tomando medidas.

—Bueno, y ustedes van a ir a luchar al calabozo. ¡Y ahí no se jode!

—Muy bien, usted sabrá qué tiene que hacer; nosotros también.

A la vuelta de la audiencia, en el primer recreo, Emiliano informó a los presos peronistas de qué se trataba y decidieron, junto con los otros, rechazar la comida de esa noche como protesta ante las amenazas. Encerrado en su celda, Emiliano caminaba y caminaba. Sabía la que se le venía. Al rato, abrieron la puerta. Eran cuatro grandotes:

—¿Ciento dos?

—Sí.

—¡Al pabellón de aislamiento!

Los golpes le dolieron poco. Probablemente porque sentía que ya era otro: que la acción en la que cayó había sido un despropósito, que había perdido la libertad, que no debía haber dado ningún dato en la tortura, que no estaba conforme con la política de su organización. En realidad, los golpes lo enfrentaban a un nuevo desafío: sus compañeros le habían dado una misión y él la cumpliría. Les demostraría que, aunque estuviera despromovido por una decisión que no compartía, no renunciaba a la lucha. A la vuelta de la semana de castigo se abrazó con todos y todos le dieron su aliento, lo reconocieron como militante. Se decía que, aunque ya no estuviera tan convencido como antes, tenía que poner todo su empeño. Además, porque pronto iba a nacer su hijo: con Vicki siempre habían dicho que lo querían por eso, por esos tiempos difíciles que se venían, como una forma más de seguir dando la pelea y mostrar su confianza en el futuro. En esos días se le ocurrió que podría ser una nena; la idea le gustó. Si era una hija, y la lucha triunfaba, disfrutaría de su ternura: la llevaría a la calesita, le compraría muñecas. Entonces decidió mandarle una carta a Vicki: si es mujer, le dijo, que se llame Victoria, como vos, pero también María. Victoria María, por VM: Victoria Montonera.

El 1.º de agosto de 1975, Emiliano recibió un telegrama: «¡Felicidades! Nació nuestra hija Victoria María Costa Walsh. Pesó tres kilos cien. Te amo. Vicki». Emiliano prendió el primus, puso la pava y, mientras el agua se calentaba, pensó que ahora tenía una razón nueva para seguir viviendo.

Julio de 1975. En su edición del viernes 25, la revista *Gente* publicaba un editorial titulado: «Para ganar esta guerra»:

«Los argentinos llevamos auestas un gran dolor hecho de sorpresa y desencanto. Como un cuerpo joven y robusto que repentinamente comenzara a tener conciencia de la enfermedad, sentimos el estupor de algo que no debiera ocurrirnos a nosotros.

»Durante décadas nos hemos asomado al mundo desde nuestras fronteras incontaminadas y asistido, como meros espectadores, a las grandes catástrofes mundiales. No sabíamos por qué, pero estábamos seguros que los argentinos teníamos un destino distinto.

»Casi sin competir, porque DIOS así lo quiso, éramos ganadores.

»Ahora la guerra está entre nosotros, en la sirena de los patrulleros, en el vértigo de las autobombas, en el coraje sereno de la Brigada de Explosivos, en nuestro Ejército en Tucumán. Sentimos que nuestra forma de vivir, alegre, suficiente, despreocupada, lúcida e inteligente ha sido violada por la violencia.

»No nos ha llegado paulatinamente a través de un contagio sutil, incubado durante años, sino que ha irrumpido abruptamente como una catástrofe inesperada.

»En la raíz de este dolor de hoy está también lo inexplicable. Más que el daño moral y físico nos duele nuestro orgullo maltrecho. De allí que no queramos asumir la realidad. De allí que nos neguemos a aceptar que este aquelarre de sangre, bombas, secuestros, asesinatos, terrorismo urbano, terrorismo rural, etc., esté ocurriendo aquí, en la Argentina de nosotros. Como una obcecada matrona venida a menos seguimos pasando el plumero por el lugar donde estaba el cuadro que tuvimos que vender.

»Recapacitemos: no hay enfermedad que se cure si no se comienza por aceptar que se está realmente enfermo.

»PRIMERO QUE NADA DEBEMOS ASUMIR NUESTRA REALIDAD. ESTAMOS EN GUERRA, Y NADIE NOS SALVARÁ SINO NOSOTROS MISMOS. DIOS YA HIZO BASTANTE POR LOS ARGENTINOS. EL PELIGRO MAYOR NO RESIDE EN EL ATAQUE DEL ENEMIGO SINO EN NUESTRA PRETENSIÓN DE IGNORARLO Y DE REDUCIR O PARCIALIZAR SU OBJETIVO.

»El blanco de esta guerra no es el gobierno, ni una clase social, ni los militares, ni la universidad, ni los empresarios, ni los dirigentes obreros, ni las empresas extranjeras, sino EL PAÍS EN SU CONJUNTO.

»Por ello ésta es una GUERRA IDEOLÓGICA, PORQUE A TODOS NOS QUIEREN IMPONER OTRO DESTINO.

»Lo que está en juego es el PODER, es decir EL MANDO POLÍTICO de la comunidad, y con ello nuestro albedrío para decidir nuestro futuro.

»Cuando este devastador incentivo ingresa en cualquier contienda, la lucha es a muerte y definitiva.

»No hay concesión que pueda lograr la paz, o un armisticio, o una tregua.

»No lo quieren ellos, y en consecuencia es torpe descansar en esta esperanza. (...)

»Si lo hacemos rápido, si nos volvemos hacia nuestros arsenales PATRIÓTICOS, MORALES E INTELIGENTES sin pérdida de tiempo y cargamos nuestras armas y corremos a nuestros puestos con PRONTITUD Y EN SILENCIO, como decían las viejas ordenanzas, podremos revertir el color de los días que se aproximan y hacerlos celestes y blancos para nosotros y negros e infaustos para nuestros enemigos, que son los enemigos de la Patria».

José López Rega estaba abandonando la Argentina cuando Roberto Santucho bajó del monte para reunir al buró político. En esos días, en la sierra, rodeado por el Ejército, Santucho apenas escuchaba la radio, casi no recibía diarios y le resultaba imposible pilotear la coyuntura. Tras su intervención, el PRT hizo un cambio completo: pidió la renuncia de Isabel y el llamado a una Asamblea Constituyente. En pocos días todas las regionales tenían un volante explicando la postura. Daniel De Santis estaba satisfecho. Le dijo a Fermín que le parecía una jugada atrevida y que la había discutido con militantes de otras agrupaciones de Propulsora.

—La línea está bien, pero llegó casi un mes después de las movilizaciones...

—Sí, qué se le va a hacer. ¿Y los montos qué dijeron?

—Me chicanearon, que el planteo se parece al de Balbín, esas cosas. Uno puso el tonito soberbio ese y me dijo: pero por fin están aprendiendo a hacer política...

Fermín tenía una sorpresa para darle:

—Me pidió Mariano que te informe que sos uno de los invitados al Comité Central ampliado. Se va a analizar la línea para esta etapa y la dirección invitó como a veinte compañeros de direcciones intermedias con buena inserción en la clase.

Mariano era Benito Urteaga. Daniel se quedó serio: no quería mostrar su emoción. Para él, ir a una reunión del Comité Central era un hito, una confirmación. Hacía poco que había concluido una etapa importante: su experiencia de dirigente sindical clasista lo había enriquecido pero, además, había dejado en Propulsora una célula de cuatro militantes, con el Pampa Delaturi como responsable del frente, que vendían regularmente unos

cuarenta periódicos en la fábrica. Ahora Daniel estaba rentado por su partido: la asignación del PRT era la mitad de lo que ganaba como metalúrgico. Además, ahora, tenía responsabilidad sobre otros frentes fabriles.

La reunión se hizo en agosto y se llamó Vietnam Liberado, por la caída de Saigón del 30 de abril de ese año. Según sus estatutos, el PRT tenía que llamar a un precongreso para preparar su Sexto Congreso, de acuerdo a la idea de centralismo democrático de los partidos leninistas: se suponía que el precongreso era el espacio para discutir a fondo, cuestionar, armar tendencias. Pero el Buró político dijo que ante la represión, y por razones de seguridad, en vez de hacer todo el proceso de elección de delegados, la dirección del PRT suspendía sin fecha el Sexto Congreso y convocaba a unos 25 militantes de todo el país. Los que, según la dirección, debían ser emulados por el resto: unos por su inserción política, otros por sus acciones militares.

Fermín pasó a buscar a Daniel por un bar de Quilmes en un Citroën y lo paseó un rato hasta llegar a una quinta del Gran Buenos Aires. Unos sesenta militantes habían ido entrando de a poco, a lo largo de varias horas. Daniel nunca había estado en una reunión partidaria con tanta gente. Por un lado le daba gran placer estar con todos esos compañeros; por otro, lo preocupaba el hecho de que, con tanta gente, había más posibilidades de que alguien la hubiera cantado. Y si les caía el ejército y los mataban a todos, el PRT quedaría destruido. Pero mejor no pensar en eso, se decía; lo estimulaba la presencia de obreros jóvenes de Ford, De Cario, Rigolleau, de la Fiat de Córdoba. También había dirigentes del MIR chileno, del MNR-Tupamaros, del ELN boliviano. Todo empezó con cantos: La Internacional, la marcha del ERP y el Himno argentino.

Después vino el informe de la dirección, explicando la nueva línea: la necesidad de llamar a una Asamblea Constituyente y la posibilidad de presionar al gobierno de Isabel para arrancar libertades democráticas fueron aprobadas sin mucho debate. Santucho explicó que estaban dando algunos pasos para ofrecer una tregua militar al gobierno: el primero había sido ofrecer la libertad del mayor Julio Larrabure. El segundo, más importante, era comprometerse a suspender las acciones guerrilleras. A cambio, el PRT pedía la libertad de los presos políticos y el desarme de los grupos parapoliciales. En esos días algunos analistas políticos decían que el mayor retirado Vicente Damasco había ganado mucha influencia sobre Isabel y que era proclive a un diálogo con los grupos revolucionarios. Pocos sabían que, en realidad, éste era el segundo intento de Santucho de lograr una tregua: el primero había sido

en junio de 1974, a través de José Gelbard, con quien mantenía, en secreto, una buena relación: la tentativa se había frustrado por la muerte de Perón.

Santucho aclaró que, sin embargo, el comunicado del 2 de agosto proponiendo un alto el fuego no había encontrado ningún eco en el gobierno. Dijo que había que insistir en esa postura, porque para ellos sería importante un período de legalidad; entre otras cosas porque la Compañía de Monte del ERP estaba muy acosada, que resistirían pero estaban pasando un momento difícil. También habló del golpe que significaba la caída de los talleres de fabricación de armas: el 1.º de abril, la policía había llegado a una casa en Caseros y apresado a un grupo de tupamaros que estaba fabricando las primeras 500 ametralladoras JCR1. El nombre refería a la Junta de Coordinación Revolucionaria, que el ERP integraba con los Tupamaros, el MIR y el ELN. A los pocos días cayeron otras casas con más militantes de esas tres organizaciones. No estaba claro cómo se había filtrado el dato: eran casas que sólo conocían algunos jefes y unos pocos militantes del área de logística, que llevaban y traían material en camiones con doble fondo. En compensación, el ERP tenía las armas que la compañía Combate de San Lorenzo se había llevado del Comando de Arsenales 121 de Rosario el domingo 13 de abril, el mismo día de las elecciones de Misiones.

Tras un par de horas de informes y debates hicieron un cuarto intermedio. Cuando retomaron, Luis Segovia, un dirigente metalúrgico de Villa Constitución que presidía la sesión, habló sin inhibiciones:

—Compañeros, recién, cuando estaba en el baño, estaba reflexionando, ¿no?, y pensaba qué suerte tenemos de tener al comandante Santucho, que reúne grandes virtudes. Porque yo creo que el comandante tiene la inteligencia de Lenin, la humildad de Ho Chi Minh y la garra del Che. Quería decir nada más eso, compañeros...

Daniel miró a Santucho para ver qué contestaba: ante semejante panegírico tenía que decir algo, porque si no, quedaba como un soberbio. Santucho se levantó y se rascó la cabeza, como para mostrar que estaba pensando.

—Agradezco estos elogios que no creo merecer pero que de todas maneras revelan la cohesión del partido ante su dirección.

Por momentos se armaban discusiones enredadas por temas que a Daniel le parecían menores: por ejemplo, los asistentes no se ponían de acuerdo sobre el nombre de las condecoraciones para los combatientes que se destacaban por su valor. Unos propusieron Vietnam Liberado, otros Ejército

de los Andes. La mayoría se volcaba por algo con sabor nacional, pero el Gringo Mena dio un golpe de timón:

—Ejército de los Andes es el pasado, tiene el valor de la historia, pero Vietnam Liberado es el futuro, es la prueba más contundente de que, aunque el camino sea largo, la revolución llega a conseguir sus objetivos...

No podían aplaudir, por seguridad, pero la aceptación se vio en la cara de los militantes. Segovia miró al que más había defendido la idea sanmartiniana:

—Hermano, se dio vuelta la tortilla. Gana por paliza Vietnam Liberado.

Después Santucho hizo una propuesta que le importaba particularmente: dividir el país en dos regiones estratégicas. El Sur tendría su epicentro en Buenos Aires, Córdoba y Rosario: ahí la lucha debía ser política, gremial y de guerrilla urbana. Además de la construcción de bases políticas, la región urbana serviría como base logística para abastecer el monte. El Norte contaba con la base de la guerrilla rural tucumana, donde se había instalado una comandancia muy calificada, decía. Santucho transmitía entusiasmo sobre las posibilidades de crear otras unidades: hablaba de una media luna de la cordillera por la cual se podían encadenar unidades en todas las provincias norteñas, especialmente en Salta y, a mediano plazo, conectarse con los países limítrofes.

El argumento de la dirección del PRT era que las fuerzas armadas no iban a poder reprimir simultáneamente las insurrecciones urbanas y las guerrillas rurales. Una vez que pudieran declarar una zona liberada lanzarían una campaña internacional para sumar aliados y, sobre todo, para que la comunidad internacional aceptara la existencia de una guerra civil y se respetaran las normas de la guerra. Santucho insistía con la necesidad de reglas:

—El ejército enemigo se vería obligado a aceptar los acuerdos de Ginebra o someterse a sanciones internacionales. Eso traería una grave contradicción a la oficialidad que sólo se ha formado en la doctrina de la tortura y el aniquilamiento.

Después, en los corrillos, algunos cuadros dijeron que, si hacían las cosas bien, en cinco o seis años se podía tomar el poder y que ya había un grupo preparando el establecimiento de un segundo frente rural en El Cadillal, en la zona norte de Tucumán, donde había montañas para esconderse, cerca de los talleres ferroviarios de Tafí Viejo.

Al final trataron la elección de autoridades. La dirección propuso elevar el número de miembros del Comité Central de 16 a 28 titulares y de 6 a 11

suplentes. Cuando empezaron a nombrar a los suplentes, Daniel se inquietó. El tercero fue el jefe de la Juventud Guevarista, el cuarto era Hugo Irurzún, el capitán Santiago, un cuadro de la guerrilla rural. El Negro Cardo, un militante de De Carlo, pidió la palabra y propuso a Daniel:

—El compañero, además de construir el partido, fue un dirigente obrero, se ganó la confianza de los trabajadores; y eso hay que tenerlo en cuenta, compañeros, porque no es lo mismo cuando uno tiene que dar respuesta a las bases...

Eduardo Merbilhaá, que estaba en el buró político y conocía bien a Daniel, sumó su apoyo. Daniel se emocionó: lo habían elegido para estar en la dirección nacional, aunque fuera como quinto suplente. A los 26 años pasaba a formar parte de la dirección de la organización más importante de la izquierda revolucionaria en la Argentina: estaba realmente orgulloso.

Al final de la reunión hubo entrega de condecoraciones al estilo de los partidos comunistas tradicionales. Era la primera vez que el PRT hacía eso; hasta entonces todo había sido más informal. Daniel obtuvo una mención en tercer grado por su participación en la lucha de Propulsora. A Luis Segovia se la dieron en primer grado, por su participación en la lucha de Villa Constitución.

Daniel se dijo que su sensación era una debilidad ideológica: le pareció que se merecía la mención de primer grado porque él no había hecho menos que Lucho. Había sido un dirigente de masas, pero además había organizado la célula partidaria, con sus simpatizantes y lectores de periódicos. Y también pensó que los de la dirección habían volcado mucho trabajo partidario en Villa Constitución, que incluso Santucho iba cada tanto a charlar con sus activistas y militantes metalúrgicos, y que en cambio en Propulsora habían tenido que hacer todo a pulmón. Daniel tenía la sensación de que, salvo los meses en que tuvo como responsable al Piqui Puyol, siempre había tenido que manejarse casi solo.

Agosto de 1975. Celestino Rodrigo fue ministro solamente 48 días, pero el «Rodrigazo» quedó en la historia: sus aumentos de precios y su devaluación del dólar dejó una ola de quebrantos sin precedentes, pero también dejó, sin querer, grandes beneficiarios: por ejemplo, los que habían tomado créditos en pesos para vivienda, que de ahí en más pagaron cuotas irrisorias.

Lo reemplazó Pedro Bonanni, pero duró un mes. El martes 12 de agosto, en Bruselas, donde era embajador argentino ante la Comunidad Económica

Europea, Antonio Cafiero aceptó la cartera. Lo traían las 62 Organizaciones, como a Carlos Ruckauf, que el día anterior se hacía cargo del ministerio de Trabajo. Tras los episodios de julio, los sindicalistas habían ganado mucho poder en el gobierno de Isabel.

No bien llegó de Europa, Cafiero usó la cadena nacional y pidió calma: «Tiene que haber una concertación. Se le puede dar cualquier nombre, pero lo que necesita el país es un consenso expresado orgánicamente. (...) En la Argentina se acabaron los shocks, se acabaron los palos a izquierda y derecha, se acabaron los elefantes en el bazar. En la Argentina se ha entrado en la era de la sensatez, de la cordura». De inmediato, el gobierno y la CGT firmaron una tregua social: los sindicalistas se comprometían a no amparar ninguna huelga y el gobierno no iba a despedir empleados públicos ni justificar despidos en las empresas privadas. Pero hubo conflictos laborales y las minidevaluaciones no lograron frenar la escalada del dólar paralelo. Cafiero no pudo poner en marcha ningún plan sensato o cuerdo: la inflación seguía y las negociaciones con el Fondo Monetario Internacional para paliar la crisis de balanza de pagos fracasaron.

La Sociedad Rural, las Confederaciones Rurales Argentinas, las cámaras de Comercio y de la Construcción y diversas cámaras industriales formaron la Asamblea Permanente de Entidades Gremiales Empresarias (APEGE), que se opuso a cualquier concertación económica y calificó de «sovietizante» la propuesta del ministro de crear un organismo de concertación para regular aumentos salariales que acompañaran la estampida de precios. La APEGE dijo que esa iniciativa «amenazaba lisa y llanamente la propiedad privada, en beneficio de los sectores sindicales». Por eso, el nucleamiento empresario anunció que iban a empezar a tomar medidas: no mandar ganado al mercado de Liniers, cortar las rutas con sus tractores, no sacar granos de los silos y, sobre todo, abonar el terreno para que, de una vez por todas, llegara un gobierno fuerte.

Nueve

—Bueno, está claro que lo más importante es ver cómo hacemos para no regalarle ni un centímetro a la intervención.

Agustín Tosco escuchaba las novedades que le contaban sus compañeros. La conducción gremial de Luz y Fuerza en la Resistencia estaba reunida en su casa secreta en la sierra, camino a Río Ceballos. Todos sabían que cada vez era más difícil dirigir un gremio desde la clandestinidad. Algunos opinaban que tenían que hacerle el vacío al Intruso Molina, el interventor del sindicato, y desconocer cualquier llamado que hiciera. Otros decían que no podían dejar de participar en las paritarias. Corría el mes de agosto y la Empresa Provincial de Energía de Córdoba había convocado a la intervención para negociar categorías salariales y condiciones de trabajo. Como Tosco tenía pedido de captura, varios de sus compañeros seguían presos y el resto de los dirigentes estaban muy controlados, parecía que podrían hacer algo. Hasta entonces, en casi un año como interventor, Molina no había logrado sacar adelante una sola iniciativa.

Algunos decían que había que seguir boicoteándolo. Norberto Burni era partidario de ir al juego de Molina.

—Claro, yo también quiero ignorar al Intruso, pero a la gente le interesa el convenio. Yo digo que si le regalamos el espacio a la intervención perdemos un espacio nosotros.

Tosco, en esos casos, escuchaba. Sabía que después tendría que intervenir para decidir. Pero además, estaba con pocas ganas de hablar, por ese dolor agudo en la cabeza que lo molestaba tanto últimamente. Se decía que debía ser el agotamiento, que no tenía que dejarse vencer.

—Bueno, compañeros, lo que vamos a hacer es esto: vamos a llamar a asambleas en todos los lugares de trabajo y les explicamos que vamos a participar de la asamblea convocada por la intervención, pero eso sí: la discusión la damos previamente, en cada lugar, y que todos los compañeros vayan recién cuando tengan armados todos los reclamos para la paritaria.

Tosco hizo un silencio, movió el cuello, se agarró la cabeza y tomó otra aspirina.

—Bueno, las mociones las van a llevar el Felipe y el Tomás, y los compañeros para que salgan electos en la asamblea los proponemos nosotros, ¿tá?

Felipe Alberti y Tomás Di Toffino eran dos dirigentes con veinte años de trabajo en la EPEC. La charla siguió un rato más y cuando se iban, Tosco tuvo un mareo. Perdió el equilibrio y lo agarraron entre dos, lo sentaron. Se incorporó enseguida. Les contó que tenía muchos dolores de cabeza, pero que algo se le pasaba con las aspirinas.

En esos días, para su seguridad, Tosco contaba con el apoyo del PC y del PRT. Las dos organizaciones se celaban: el Gringo solía pasar una semana en manos de una y otra en manos de la otra. A tal punto que, cuando tuvo sus primeros síntomas de enfermedad, el PC puso un médico a su disposición y el PRT otro.

La casa donde se escondía pertenecía al PC. Manuel Gaggero tenía que verlo urgente para acercarle una propuesta de la dirección del PRT, y le hicieron una cita con uno de los custodios, que lo llevó cuidadosamente tabicado. Manuel llegó a la noche y se quedó a dormir. A la mañana, Tosco se quejaba de las puntadas en la frente pero seguía escuchando a Manuel, que le contaba la posición de su partido.

—Mirá, Gringo, la idea del partido es darle un empuje a la propuesta del Frente Patriótico, tratar de juntar a todos los aliados bajo la consigna de la Asamblea Constituyente y, si es posible, llegar a conseguir una tregua.

Manuel pretendía que el mismo Tosco fuera una especie de embajador de la propuesta ante los demás partidos políticos. Si aceptaba, arreglaría que el traslado a Buenos Aires corriera por cuenta de ellos, no del PC. Tosco aceptó:

—Vos sabés que para una propuesta unitaria yo siempre voy a estar.

Mientras charlaban llegó la hora del asado; los de la custodia ya habían puesto la carne en la parrilla. Al rato llegaron otros invitados. Uno era Jorge Canelles, un dirigente histórico del PC cordobés, que conocía a Tosco desde el Cordobazo. Como Canelles era, en verdad, dueño de casa, a Tosco le pareció una guarangada presentarle a Manuel como militante del PRT, de modo que hizo una pirueta:

—Che, les presento al compañero, un periodista de Buenos Aires.

El asado estaba bien y una vez que pasaron las achuras, Canelles se descargó contra el intento del ERP de copar la Brigada de Investigaciones de Córdoba: pocos días antes, el miércoles 20, a las once de la mañana, varios comandos del ERP lanzaron un ataque coordinado contra la Jefatura de Policía, la Guardia de Infantería y la Brigada de Investigaciones. Intentaban

entrar a la Brigada y matar a los policías que se ocupaban de interrogar, torturar y matar a los detenidos. El ERP no consiguió entrar al edificio porque la guardia policial detectó movimientos extraños y pudo resistir el ataque inicial y llamar al Tercer Cuerpo de Ejército para que mandara tropas en su ayuda. El tiroteo duró media hora: hubo cinco policías y cuatro guerrilleros muertos.

—Fue una provocación, Gringo, es darle la excusa a los fachos para seguir recortando las libertades democráticas.

Tosco miró a Manuel como para que no engranara y trató de poner paños tibios.

—Sí, habría que ver qué pasó.

—¿Cómo, qué pasó? Estas cosas son las maniobras típicas de la CIA: siempre utilizan a grupos ultras, y los perjudicados finalmente somos los verdaderos luchadores.

—Bueno, una cosa es reprobar una táctica y otra es que esos compañeros estén manejados por la CIA... Pará, Flaco. Además el clima que se vive en la provincia es irrespirable, acaban de matar a toda la familia Pujadas, impunemente. Supongo que estos hijos de puta están llevando a mucha gente a actuar con espíritu de venganza.

El jueves 14 varios comandos de civil habían secuestrado en Córdoba a la familia de Mariano Pujadas. Faltaban unos pocos días para el aniversario de los fusilamientos de Trelew, donde había muerto Pujadas. Los ocho comandos llegaron en dos autos a la granja avícola de los Pujadas, a cinco kilómetros de la ciudad, camino a Jesús María. Entraron a los gritos y rompieron todo, pero tuvieron la precaución de dejar en un cuarto a los dos menores que había en la casa: un varón de 11 y una nena de un año. Después cargaron a los otros cinco miembros de la familia Pujadas y los llevaron a un descampado vecino. Ahí los acribillaron y lanzaron granadas sobre los cuerpos. José María Pujadas (54) y Josefa Badell de Pujadas (55) —padres de Mariano—, José María (28) y María José (18), hermanos de Mariano, murieron en el acto. La esposa de José María (h) —Mirtha Bustos de Pujadas (26)— quedó malherida. Los vecinos llamaron a la guardia médica y una ambulancia la llevó con vida al hospital.

Poco después se supo que los autores pertenecían al Comando Libertadores de América, un grupo paramilitar integrado por civiles y oficiales del Tercer Cuerpo de Ejército. La protesta por los fusilamientos incluyó paros en varias fábricas importantes de Córdoba.

—No, Gringo, una provocación como la de la Brigada de Investigaciones no tiene justificación alguna. Éstos empezaron con desviaciones ultras y ahora le hacen el juego a la CIA.

Manuel Gaggero terminó de comer el asado sin decir una palabra sobre el tema, con su mejor cara de periodista de Buenos Aires. En esos días, el gobierno nacional relevó al interventor brigadier Lacabanne y nombró a un miembro de su gabinete, Raúl Bercovich Rodríguez. Entre uno y otro actuó como interino el general Luciano Benjamín Menéndez. Poco después, el nuevo interventor recibió la orden de dejar la represión en manos del Tercer Cuerpo de Ejército, como ya lo hacían en Tucumán gracias al decreto firmado por Isabel Perón en febrero.

—No sé, hermano, ahora me voy a tomar unos días de descanso y después ya vamos a ver qué pasa, supongo que me voy a recuperar. Pero por ahora estoy hecho mierda, estoy que no quiero más lola...

Martín Mastinú, el Tano, hablaba bajito y Luis Venencio tenía que hacer un esfuerzo para entender lo que le decía. Luis estaba desolado: el Tano siempre había sido el tipo con más polenta, el más entusiasta de todos, pero en esos días, desde su secuestro, parecía como si se hubiera quedado sin impulso.

Se lo habían llevado cinco días antes, una mañana de frío, en una calle tranquila de Carupá. El Tano iba con la Fabiana, el responsable montonero de la agrupación de Astarsa, y otro compañero, Chaplin, en el fiat de la Fabiana, cuando los cruzó el clásico falcon con cuatro tipos adentro.

—No me vas a creer, Jaime, pero cuando los tipos se bajaron con los fierros pensé que nos boleteaban ahí nomás y me dio miedo. Nunca había tenido miedo así: no quería que me mataran, hermano, era más fuerte que yo.

Los militantes no llevaban armas y los redujeron fácil. Llegó otro falcon y los tipos metieron a sus tres secuestrados en los dos coches, les vendaron los ojos y, mientras los llevaban, les dijeron varias veces que los iban a reventar, que si sabían rezar rezaran. Al cabo de un rato los hicieron bajar en un lugar que los militantes no vieron y los metieron en un par de habitaciones que parecían calabozos: esa noche los picanearon fuerte.

—No te puedo explicar lo que es eso, hermano, no se puede explicar. Yo quería que se acabara de cualquier manera, que me mataran, cualquier cosa pero que no me siguieran dando máquina.

En cuanto los militantes de la agrupación de Astarsa se enteraron del secuestro organizaron asambleas y una conferencia de prensa para pedir la

aparición de sus compañeros: el Tano era el delegado más conocido del astillero y habría ganado las elecciones de no haber sido por la intervención. Y la Fabiana era un militante montonero de muchos años. Al final los soltaron, después de torturarlos y verduguearlos durante tres días.

—¿Te parece que fue por la presión, Tano, que los largaron?

—No, a mí me parece que a estos tipos a esta altura la presión que podamos hacer nosotros les importa tres carajos. Me parece que nos largaron porque nos querían largar. Y si nos querían matar nos mataban sin ningún problema. Como dijo el jefe de ellos cuando nos largó: por esta vez se van, pero no se crean que se salvaron. Y después dijo que les avisemos a todos que nos tienen en la mira, que cuando quieren disparan, dijo. Capaz que nos largaron para que les digamos eso, para julepearnos a todos.

Luis se quedó un minuto callado, sin saber qué decir. Ya no sólo temía por el Tano sino también por sí mismo: le parecía que no estaban preparados para aguantar los tiempos que se venían, y que tampoco tenía mucha confianza en que su organización lo estuviera. Últimamente le parecía que lo único que quería era sacar gente del astillero para cubrir huecos y necesidades, pero les daba muy poca bola en lo específico de sus trabajos. El Tano también se había quedado pensativo.

—¿Sabés qué me parece? La mano se viene mucho más jodida de lo que creíamos. Tendríamos que empezar a prepararnos, ver cómo hacemos para que no nos agarren totalmente en pelotas, Jaime.

Se propusieron armar un pequeño grupo de obreros del astillero que estuvieran de acuerdo con la agrupación pero no tuvieran una militancia pública, conocida, para que pudieran seguir haciendo algo desde adentro si las condiciones se ponían tan duras que ellos ya no pudiesen hacerlo. El Tano se fue a pasar unos días a una islita que tenía un cuñado suyo al fondo del Delta, perdido: la organización le había recomendado que se tomara unos días de descanso, y en la fábrica no le pusieron ningún problema. Pero cuando volvió, dos semanas más tarde, parecía otro: no tenía ningún entusiasmo, charlaba poco, no hacía bromas, no participaba en ninguna actividad y sólo iba a alguna reunión de vez en cuando, como por cumplir. La Fabiana, el responsable de la agrupación, tuvo un par de charlas con él pero no hubo caso. Poco tiempo después, el Tano dejó de militar con ellos. Fue una pérdida fuerte.

Agosto de 1975. «El país enamorado de la muerte», titulaba, en Londres, su crónica sobre la Argentina de esos días el *Sunday Telegraph*. El subtítulo

decía que «con una inflación que pasó la barrera del sonido y una orgía de asesinatos de la derecha y la izquierda, la Argentina se encamina hacia el punto de desintegración». Y *La Opinión*, que lo comentaba, decía que «en los últimos diez días fueron asesinados en la Argentina, por motivos políticos, o murieron en combates con la guerrilla 26 personas. La inflación ha llegado en el último año al 200 por ciento. Artículos como el del periodista inglés Dobson están apareciendo diariamente en miles de publicaciones en todo el mundo. Quizás no por no poder verlo en perspectiva, los argentinos no tienen todavía una idea clara del horror en que viven, una imagen que sólo aparece nítida en el exterior».

El 21 de agosto, la policía cordobesa anunció que Marcos Osatinsky, uno de los fundadores de las FAR y miembro de la conducción nacional montonera, había «muerto cuando un grupo terrorista atacó el vehículo donde estaba siendo trasladado». Osatinsky había sido detenido dos semanas antes, y la versión policial no resultaba muy creíble. Después los Montoneros supieron que sus captores, tras torturarlo, lo habían arrastrado por una carretera, atado al paragolpes de un coche, hasta destrozarlo: su cuerpo fue dinamitado. Al día siguiente, el «Pelotón Montonero de Combate Arturo Lewinger» —del nombre de un oficial montonero muerto tres meses antes cuando pretendía rescatar a un compañero suyo detenido en una comisaría de Mar del Plata— voló la fragata misilística *Santísima Trinidad*, que estaba siendo alistada en los astilleros Río Santiago de la Armada. En su comunicado, los Montoneros dijeron que «la fragata era parte de un fabuloso negociado de 350 millones de dólares entre la Marina gorila y el imperialismo británico usurpador de nuestra soberanía en las islas Malvinas». Dos días después apareció en un baldío de Rosario el cuerpo del mayor Julio Larrabure, que llevaba más de un año secuestrado por el ERP. El 19, sus captores habían mandado un comunicado a los medios diciendo que Larrabure se había suicidado en su celda aprovechando un cambio de guardia para colgarse con un hilo sisal.

En esos días, un informe del *Buenos Aires Herald* calculaba que desde el 1.º de julio de 1974 la violencia política había causado 705 víctimas: 248 «bajas de la izquierda», 131 muertos en tiroteos —principalmente militantes—, 41 muertos de la derecha, 75 de la policía, 34 del Ejército, 19 hombres de negocios, 35 personas de orientación política desconocida y 122 cadáveres sin identificar. Y decía que corrían rumores, sin confirmar, que la campaña de hostigamiento montonera había provocado que ciertas comisarías y puestos policiales del gran Buenos Aires fueran abandonados ante la imposibilidad de defenderlos.

Mientras, los altos mandos del Ejército estaban en estado deliberativo: pedían la renuncia de su comandante en jefe, Alberto Numa Laplane, por haber aceptado que el coronel Vicente Damasco fuera ministro del Interior sin pedir su pase a retiro. La tensión se resolvió el viernes 27 con el nombramiento de un nuevo comandante en jefe: el general Jorge Rafael Videla. «Dos sensaciones predominaban anoche en las Fuerzas Armadas: el alivio por la superación de la peligrosa crisis militar y la certeza de que había quedado abierto el camino para una inmediata recuperación de la cohesión del Ejército y la unidad entre las Fuerzas. Pero, junto a estas sensaciones, cundía la preocupación por el incesante incremento de las actividades subversivas», escribía Heriberto Kahn en *La Opinión*. Que decía, más adelante, que los cursos de acción que guiarían la gestión del general Videla serían: «Austeridad y profesionalismo. Férrea cohesión interna de la Fuerza, instrumentando rápidamente las decisiones necesarias para poner fin al estado deliberativo que caracterizó los últimos meses. Compromiso con el proceso institucional, elaborando un accionar sujeto a la Constitución y a las leyes. Firme compromiso con la seguridad nacional, especialmente en lo que se relaciona con la lucha contra la subversión».

Esa misma tarde, los Montoneros hicieron una «milicianada» para conmemorar —con cinco días de retraso— el aniversario de los fusilamientos de Trelew y el renunciamiento de Eva Perón: en todas las ciudades del país hubo atentados con bombas y actos relámpago con cocteles molotov. En Buenos Aires, algunos de sus blancos fueron el bar La Biela y la confitería Colony en la Recoleta, el edificio del diario *La Nación* en Florida y dos docenas de bancos y agencias de autos en distintos barrios. En el gran Buenos Aires y el interior hubo operativos similares. Y, en el aeropuerto de Tucumán, una bomba montonera alcanzó a un Hércules C-130 de la Fuerza Aérea que llevaba 114 gendarmes que venían de pasarse dos meses en operaciones antiguerrilleras en el Aconquija. No hubo cifras oficiales, pero se supo que murieron unos treinta.

El lunes 8 de septiembre el gobierno sacó un decreto que ilegalizaba a los Montoneros: «Prohíbese el proselitismo, adoctrinamiento, difusión, requerimiento de ayuda para su sostenimiento y cualquier otra actividad que efectúe para lograr sus fines el grupo subversivo autodenominado “Montoneros”, ya sea que actúe bajo esa denominación o cualquier otra que la sustituya», decía el artículo primero. La medida era casi formal: de hecho, todas las actividades montoneras venían siendo reprimidas desde hacía más de un año. Servía, si acaso, para incrementar con el cargo de «asociación

ilícita» las penas a los detenidos. Lo cual no cambiaba gran cosa. Aunque era muy difícil hacer un cálculo preciso, se suponía que, en ese momento, la organización Montoneros tenía de 5000 a 10.000 combatientes y milicianos. Sus simpatizantes eran muchos más.

En esos días, la conducción montonera lanzó la idea de formar un ejército: «Montoneros ya tiene una experiencia que le permite conducir acciones militares y paramilitares con la participación de sus cuadros y de miles de activistas del movimiento. Nos proponemos ahora dar un nuevo salto: la construcción del ejército popular, el Ejército Montonero, que supere todas las experiencias anteriores del peronismo.

»Para esto es necesario dar varios pasos:

»1) Construir una estructura especializada de combate y continuar desarrollando las milicias que en sus acciones permitan combinar las operaciones militares con las paramilitares. Avanzar en la construcción de un ejército regular requiere especializar las tareas militares. Los soldados de este ejército deben irse capacitando en el manejo de armamento pesado, y deben recibir una instrucción que les permita encarar operaciones de envergadura y complejidad superior, dando continuidad a ese accionar. Pero los soldados del ejército montonero son militantes: su práctica militar es prioritaria pero no exclusiva. Estos soldados desarrollan al mismo tiempo que se capacitan y operan militarmente, tareas políticas en las agrupaciones.

»2) Las milicias están integradas por activistas y militantes que no pertenecen a una estructura militar estable. Su accionar paramilitar corresponde a las necesidades inmediatas de los frentes, o participan junto con otras estructuras —militares o milicianas— en operaciones masivas conducidas por Montoneros.

»3) Para este nuevo nivel de enfrentamiento con el enemigo es necesario ampliar las estructuras de apoyo al combate en el seno del pueblo, es decir, la logística. Esta logística tiene una sola forma de construirse, y es profundizando la organización popular.

»El desarrollo de estructuras permanentes de combate, la creación y desarrollo de las milicias, la combinación del accionar militar y paramilitar en operaciones masivas, la incorporación de nuevas armas producidas o recuperadas, el desarrollo de la logística con la participación del conjunto del Movimiento, el desarrollo de la retaguardia organizada políticamente, la realización de campañas militares, son los pasos que hemos dado y el camino a recorrer en la construcción de nuestro ejército popular: el Ejército

Montonero, que será el instrumento para la liberación nacional y la construcción de una patria justa, libre y soberana: la patria socialista».

En septiembre de 1975 el frente legal del PRT había quedado muy reducido: ya habían disuelto el Frente Antiimperialista por el Socialismo y el Movimiento Sindical de Base, sus apuestas más fuertes, debido al estado de sitio y a la acción de la Triple A. Una de las pocas actividades que mantenían los militantes del frente legal eran sus contactos con los partidos políticos tradicionales. Manuel Gaggero era el encargado de abrir el juego y Eduardo Merbilhaá, el secretario del buró político, le bajaba la línea. Manuel se entendía bien con Merbilhaá, aunque no dejaba de sorprenderle que ese muchacho inteligente, casi abogado, que venía de una familia acomodada, con una rama de estancieros de la pampa húmeda, se comiera las eses o usara expresiones tan provincianas:

—Mirá, hermanito, para que se den cuenta que nuestra posiciones firme tienen que saber que estamos dispuestos a un armisticio. Además, tenés que decirles que el partido tiene la precisa de cuándo van a dar el golpe, eso los va a enganchar...

Manuel sabía que políticos experimentados como Alende, Sueldo o Alfonsín tenían, a puertas cerradas, el elogio fácil y el compromiso imposible. Sabía también que tenían una gran curiosidad por la información y que eso era un buen gancho, sobre todo cuando el fantasma del golpe de Estado empezaba a rondar por todas partes. Los Montoneros y el PC planteaban la posibilidad de anticipar las elecciones, pero el PRT iba más allá, con su propuesta de una Asamblea Constituyente. Merbilhaá le decía a Gaggero que les transmitiera a los líderes políticos que Santucho quería reunirse con ellos:

—Manuel, tienen que saber que estamos dispuestos a una tregua. Si hay acuerdo, suspendemos las acciones. Los políticos saben que nosotros tenemos principios: cuando subió Cámpora dijimos que no había tregua al ejército opresor, todos nos criticaron y nosotros llevamos adelante nuestra línea. Ahora decimos tregua y, si quieren tregua, la cumplimos. Desde que Isabel está recluida se cayeron las esperanzas de que Luder en el gobierno cambie algo, y los milicos siguen avanzando como una locomotora, así que hay que hacer. Ahora va a venir el Gringo Tosco de Córdoba y vamos a coordinar para que te acompañe a las reuniones.

El 13 de septiembre María Estela Martínez de Perón se había retirado a descansar a una colonia de la Fuerza Aérea en Ascochinga, Córdoba, para «recuperar su salud». La acompañaban las mujeres de los comandantes en

jefe de las tres armas. Ítalo Argentino Luder, el presidente del Senado, había quedado provisoriamente a cargo de la presidencia de la Nación: «No hay que equivocarse, yo vengo a cumplir un interinato», dijo Luder para desmentir los rumores.

Manuel Gaggero se volvió a encontrar con Tosco el 20 de septiembre en el chalé del hijo de Oscar Alende, en Banfield. Lo acompañaban el Tano Di Toffino y dos muchachos de Luz y Fuerza que lo custodiaban por donde anduviera. Manuel lo vio desmejorado, pero así los veía a todos y lo atribuyó a la clandestinidad y los problemas de la etapa. Oscar Alende llegó más tarde, cuando el asado ya estaba casi a punto, y aprovechó para reprocharle una vez más a Tosco que no se hubiera sumado a la APR en marzo de 1973:

—Agustín, usted tendría que haber aceptado. Si íbamos juntos, habríamos creado una opción.

—A lo mejor no falta la oportunidad, don Oscar, vamos a ver cómo salimos de ésta.

Cuando llegaron los cafés, Tosco le planteó la idea de una mesa de negociaciones con el gobierno, tregua incluida.

—Vea, don Oscar, cualquier acuerdo que se haga para salir de la crisis no puede tener como pato de la boda a los revolucionarios.

—Usted sabe, Agustín, que para mí estos muchachos son patriotas y no voy a poner el acento en las diferencias.

Alende se rió y le recordó a Manuel que en 1972 las FAR le habían robado el instrumental de su clínica de Banfield.

—Bueno, si lo necesitaban para sus hospitales de campaña, yo los entiendo; pero el otro día yo le dije a Zavala Rodríguez que esa leyenda que pusieron en la pared era una afrenta...

—¿Qué leyenda, don Oscar?

—¿Qué leyenda? «Alende: así se combate a los monopolios». ¡Fijese, Agustín! Pero bueno, yo creo que ahora los muchachos están más maduros; sí, están más maduros.

Miguel Zavala Rodríguez, el ex diputado de la JP, también se había reunido con Alende para transmitirle la propuesta de los Montoneros: adelanto de las elecciones y constitución de un frente electoral entre el Partido Auténtico y los intransigentes.

Antes de despedirse, Alende le confirmó a Gaggero que estaba dispuesto a reunirse con Santucho cuando él quisiera y que estaba de acuerdo con la Asamblea Constituyente y el alto el fuego. En los días siguientes, Manuel se reunió con dirigentes del partido Revolucionario Cristiano de Horacio Sueldo,

y del partido Comunista: Tosco lo acompañó en ambos casos. En cambio convinieron que Tosco fuera solo a visitar a Raúl Alfonsín en su departamento: suponían que a Alfonsín le caería mal que el dirigente sindical estuviera acompañado por un cuadro del PRT. Pero, en su encuentro, Tosco le mencionó la posibilidad de que conversara con Santucho, y Alfonsín no puso inconvenientes. De inmediato, Manuel se puso en contacto con Raúl Borrás y acordaron los detalles del encuentro. Un par de días antes, el provicario castrense, monseñor Victorio Bonamín, que, en una misa por el mayor Larrabure, había dicho que «cuando hay derramamiento de sangre, hay redención. Dios está redimiendo, mediante el Ejército Argentino, a la Nación Argentina. Hay muchos pecados, muchos crímenes, mucha cobardía, mucha traición, mucha desvergüenza. Mucho, y en todos los niveles, en los más superiores, hasta el punto de avergonzarme. Todo eso hay que pagarlo, compañero, todo eso hay que expiarlo delante de Dios», había dicho el obispo, que después siguió:

—¡Y qué bueno que sean los militares los primeros en alzarse! Que se pueda decir de ellos que una falange de gente honesta, pura, ha llegado a purificarse en el Jordán de la sangre para poder ponerse al frente de todo el país, hacia grandes destinos futuros. Les toca sufrir por lo que los demás gozan. Les toca velar con las armas en la mano los festines de los corruptos...

Fue un pequeño escándalo: los diputados lo convocaron para que aclarara sus palabras, y Luder salió a decir que «cualquier aventura que signifique la quiebra de la institucionalidad abrirá la brecha al caos social y a la subversión apátrida». El vicario castrense, monseñor Tortolo, presidente de la Conferencia Episcopal Argentina, dijo que respaldaba los dichos de su segundo. En esos días, además, habían estallado un par de escándalos por uso indebido de fondos oficiales, los trenes andaban mal y perdían plata y todo el mundo hablaba de corrupción e ineficiencia. Manuel y Merbilhaá lo comentaban mientras iban a la cita con los radicales. Después cambiaron de tema:

—Mirá, el aparato radical lo controlará Balbín, pero acordate que en Misiones los de Renovación y Cambio hicieron una excelente elección. Yo creo que el próximo candidato radical es Alfonsín... Además, para él la propuesta de tregua es buena: el tipo se presenta como prenda de paz, como factor de unión; bah, como un nuevo Perón, que es lo que les gustaría ser a todos estos...

En una esquina de Flores los esperaban Alfonsín, Borrás y Mario Amaya, de riguroso saco y corbata. Gaggero y Merbilhaá dejaron su auto estacionado

porque habían convenido que irían en el de Borrás. Alfonsín conocía a Manuel pero esperaba que le presentaran al otro. Amaya tomó la iniciativa y presentó a Merbilhaá por el nombre de guerra, que era el que único que conocía:

—Raúl, este muchacho es Alberto...

—Encantado, Alfonsín.

Alfonsín se quedó sin saber que ese tal Alberto era Merbilhaá y que por el lado de su madre era Cortelezzi, de pura cepa radical.

Gaggero no podía dejar que Borrás manejara hasta la casa operativa donde los esperaba Mario Roberto Santucho. Pensó que ahí venía el primer disgusto y lo miró a Alfonsín como pidiendo disculpas.

—Va a tener que manejar Alberto, doctor.

—Como usted disponga, Manuel.

En el auto, la charla se hizo amena. Borrás era de Pergamino y muy amigo de Enrique Pujals, el padre de Luis, ex candidato a gobernador provincial por la Democracia Cristiana. Alguna vez Borrás había intermediado para que Susana, la hermana de Manuel, le dejara el nieto a don Enrique.

—¿Y, Manuel, le mandó el nene? ¡Qué brava que es tu hermana!

—Tiene miedo que se lo saquen, ella está muy buscada y el viejo, a lo mejor por temor, no se lo devuelve.

—Hay que ponerse en lugar de él, ya perdió al hijo... Claro, vos me dirás que ella perdió al marido. Ay, Dios, qué tremendo, cuándo terminará todo esto, cuándo, digo yo...

Al rato, Merbilhaá les pidió que no miraran por las ventanillas y dio algunas vueltas. Era una casa baja, muy sencilla: adentro, Santucho y Urteaga los esperaban junto a unos sillones de cuerina, con el mate apoyado en una mesa ratona. Alfonsín estiró la mano con mucho oficio:

—Yo creo que no nos habíamos visto antes, pero hay varios Santuchos radicales...

Santucho retrucó enseguida:

—Mi abuela Teodora fue seguidora de Alem desde el primer disparo de la revolución del Parque, doctor, y mi padre también fue radical.

Borrás saludó familiarmente a Urteaga, cuyo padre había sido puntero en San Nicolás. El mismo había estado en las escalinatas de la Casa Rosada cuando Pistarini derrocó a Illia en el 66. Borrás se lo explicó a su jefe:

—El amigo también supo ser correligionario hace unos años...

Manuel se fue a otra habitación para que los dirigentes hablaran sin testigos. La reunión duró más de una hora. Después, él y Merbilhaá llevaron

de vuelta en el auto a los radicales. Cuando se quedaron solos, Merbilhaá le contó algunos detalles de la charla:

—Los radichetas escucharon muy interesados. El Negro les hizo un informe completo de la situación del gobierno en base a los datos de inteligencia. Les habló del golpe que se viene. A Alfonsín lo impresionó una información de una reunión en la que estuvo la esposa de Videla, después de aquella vez que la Chabela habló con una capa y un sombrero... La mujer de Videla estaba indignada porque decía que se quería disfrazar de militar, pero que eso se iba a terminar pronto, que su marido iba a ser presidente y que se iba a terminar esa payasada. Además, Robi le dijo que si el campo popular no se unía y lo frenaba, el golpe se iba a hacer a mediados de marzo, cuando terminan las licencias de toda la oficialidad.

Gaggero no sabía que la información venía de Rafael Perrota, el director de *El Cronista* que, en una noche de cocktail y sonrisas, se había quedado petrificado cuando Alicia Hartridge de Videla desató sus celos contra Isabel y reveló la fecha del golpe que la iba a convertir en la primera dama de la Argentina.

Días después de la reunión de Alfonsín con Santucho, Manuel le hizo una visita de cortesía:

—Bueno, doctor Alfonsín, dígame: ¿qué impresión le dejó el encuentro?

—Vea, yo he quedado muy bien impresionado por la claridad y el enfoque del análisis; por otra parte me parece un acto de generosidad de parte de ustedes el hecho de interrumpir la lucha armada en aras de un entendimiento y de denominadores comunes. De manera que si ustedes y el resto de los grupos armados suspenden el accionar podríamos intentar las coincidencias básicas para salir de esta situación.

El PRT quiso escuchar la otra campana radical, la de Balbín. Manuel fue a conversar con Antonio Tróccoli, que lo citó en el estudio de un abogado amigo. Todo fue muy breve. Tróccoli miró el reloj un par de veces mientras Manuel trataba de explicarle su posición.

—Me parece una locura, Gaggero. El radicalismo no tiene nada que conversar con un grupo violento que pone bombas y mata policías, por favor... Además, le digo, es ridículo. ¿Usted se cree que este gobierno débil y manejado como está va a conversar con una fracción guerrillera?

—Ojalá que volvamos a verlo.

—Putá, che, no seas lechuza...

—No me digas que vos no lo pensás. Esta operación es un delirio. Y a él se lo veía preocupado. Mirá que Tomás nunca se preocupa por una opereta, pero esta vez...

Se abrazaron, y se les escapó alguna lágrima. Acababan de despedirse de Carlos Goldenberg y temían lo que pudiera pasarle. Se suponía que Sergio Berlín y Mercedes Depino no tenían que saber nada sobre la acción que se estaba preparando, pero Carlos les había contado algo porque estaba muy angustiado por lo que se venía. El ataque al Regimiento 29 de Ingeniería de Monte, en Formosa, les parecía un despropósito. Se trataba de tomar uno de los cuarteles más grandes del país, en una zona poco poblada que los atacantes no conocían y donde no tendrían refugios para replegarse. Entre otras críticas, recordaban que el ERP ya había intentado algo parecido en Catamarca, y le había ido bastante mal. La conducción de la columna Norte no estaba de acuerdo con la operación, pero había tenido que aceptarla y mandar a sus mejores cuadros militares. Hasta entonces, los Montoneros no habían definido como enemigo principal al Ejército: en general solían mantener la idea, más peronista, de que el movimiento de liberación tenía que incluir a sectores de las Fuerzas Armadas. Pero esa caracterización estaba cambiando: empezaba una nueva etapa, que se concretaría a fin de año cuando su conducción planteara la creación del «Ejército Montonero». Los militantes tendrían que especializarse: habría cuadros que se ocuparían del accionar político y cuadros militares, que formarían parte de ese ejército. En Formosa, Carlos sería el jefe de uno de los pelotones de combate.

—Bueno, Flaco, me tengo que ir al hospital.

—Quedate, Negrita, no vas a ir con ese dolor que tenés...

—No, tengo que ir. Últimamente ya falté demasiadas veces.

Le dolían mucho los riñones: era su punto débil. Cuando se ponía muy nerviosa, cuando una situación la superaba, toda la calma que tenía que mostrar en su funcionamiento diario se le escapaba bajo forma de brutos cólicos renales. Decidió que igual iría al Italiano. No podía seguir faltando. Le importaba conservar ese trabajo: era un lugar público, legal, un lugar donde no tenía que andar escondiéndose. Hacía mucho que Sergio y Carlos estaban clandestinos, con documentos falsos y todos los cuidados del caso, pero Mercedes no, y quería seguir así todo el tiempo posible.

Decidió ir en colectivo, y leer un rato ese libro que la tenía fascinada, *La última mujer y el próximo combate*, una novela cubana de militantes cuya heroína se llamaba Mercedes. Llegó tarde, pero no era muy grave.

—Merce, ¿cómo estás?

—Mal, tío... Me duelen mucho los riñones.

En el hospital seguía funcionando el grupo conducido por los médicos Daniel Calleja y Gustavo Grigera. Mercedes no aparecía públicamente pero se reunía con ellos y les pasaba materiales e informaciones. Daniel y Gustavo participaban en la comisión interna, sus propuestas habían conseguido bastante apoyo entre médicos y enfermeras, y los burócratas del sindicato de Sanidad se estaban poniendo nerviosos.

El tío de Mercedes, Mauricio Goldenberg, le recetó un supositorio de Buscapina. Como no mejoraba, la sugirió que se hiciera un baño de inmersión. En una de las habitaciones del hospital estaba internada la madre de una amiga suya, y le pidió permiso para usar su bañera. Una hora de agua tibia la alivió bastante. Era viernes, y se prometió que se pasaría el fin de semana tirada en la cama. O quizás podrían ir a la quinta de los padres de Sergio, o a la de los suyos.

El domingo 5 Andrés Framini, en nombre del partido Auténtico, dijo que «Isabel Martínez no puede ni debe reasumir la presidencia de la República, pues para que un gobernante pueda ejercer con legitimidad el poder público es preciso que respete el proceso que le dio origen»; ese día Héctor Cámpora, que había vuelto al país diez días antes, visitó la cripta con los restos de Perón en la quinta de Olivos y dijo que quería «trabajar por la unidad del peronismo». A la hora de la siesta, Sergio y Mercedes estaban tratando de digerir el asado cuando empezaron a escuchar por la radio las noticias del ataque al Regimiento 29. Dos semanas después, el *Evita Montonera* N.º 5 publicaría el «parte de guerra» de la operación, bajo el título «Formosa: el Ejército gorila oculta su derrota».

«CARACTERÍSTICAS GENERALES. La operación de copamiento del Regimiento 29 de Infantería de Monte tiene una característica central para Montoneros. Es la primera vez que tenemos como objetivo realizar la ocupación de una importante instalación militar para recuperar armamentos.

»La zona elegida —Formosa— nos presenta un serio problema geopolítico a resolver: está totalmente alejada de los centros donde se asienta nuestro trabajo político principal. Por lo tanto en Formosa no existe retaguardia suficiente para esta gran acción militar.

»Debimos así planificar y preparar una larga aproximación y retirada de una fuerza muy grande de combate, tanto en hombres como equipo. La operación no es compleja por el gusto de hacerla espectacular sino porque no hay otra manera de realizarla.

»Sintetizando podemos destacar tres fases del operativo:

a) La aproximación: transportar a Formosa —a 1000 kilómetros de Rosario— a 39 compañeros y su equipo de combate.

b) El ataque al objetivo principal, el 29 de Infantería de Monte, una vez concentrada la columna y armado el equipo de combate.

c) La retirada de nuestras fuerzas, más su equipo y el equipo que se pudiera recuperar, a 700 kilómetros del objetivo.

»El ataque al cuartel para cumplir con sus objetivos debía hacerse una vez garantizada la retirada, y ésta sólo era posible por vía aérea. Teníamos que resolver los siguientes problemas:

a) copamiento del avión;

b) copamiento del aeropuerto;

c) reabastecimiento de combustible del avión;

d) lugar para el aterrizaje del avión y dispersión y absorción de compañeros y equipos.

»A esto hay que agregarle una limitación suplementaria. El asalto al cuartel (objetivo principal) sólo podía realizarse en domingo y en las primeras horas de la tarde. Otro día de la semana y a otra hora el objetivo era intomable, mucho más difícil de copar. Se trata de un cuartel que por su capacidad de combate es el segundo del país, después del Regimiento de Monte de Tartagal.

»RELATO GENERAL DE LA OPERACIÓN. El asalto (cuartel, aeropuerto, avión) estaba integrado por 39 compañeros divididos en nueve pelotones. Su armamento era: 11 fusiles FAL, 18 pistolas ametralladoras Halcón, 5 fusiles FN, 1 fusil ametralladora Madsen, 2 escopetas, 5 minas y 51 granadas, además de armas cortas para todos. Estos nueve pelotones estaban divididos en dos grupos, 7 pelotones para el asalto al cuartel y contención y 2 pelotones para aeropuerto y avión. Un tercer grupo reforzado debía tomar el campo de Susana (Santa Fe) y organizar la dispersión y absorción de personal y equipo. Los dos grupos de asalto contaban con nueve móviles (vehículos entre automóviles y pickups) y el grupo encargado de la dispersión y absorción, 10 vehículos más. En total 19 vehículos. El total de compañeros que participan de la operación, al que debe agregarse un pelotón de apoyo en Capital Federal, son 60.

»A esto se suman dos móviles aéreos, el A o móvil principal (Boeing), y el B o móvil secundario (Cessna de cuatro plazas). Las bases operativas fueron Base 0: Capital Federal; Base 1: Rosario; Base 2: Santa Fe; Base 3: Resistencia; Base 4: Formosa.

»El pelotón 1, Comando, cuenta con 4 compañeros, entre ellos al jefe de la operación; y dos vehículos, el comando con equipo de comunicaciones y una pickup F 350 para trasladar el equipo expropiado del cuartel. El pelotón 2, 3 compañeros, tiene como tarea reducir la garita de guardia y la ametralladora pesada instalada dentro del cuartel. Los pelotones 3 y 4, con 10 compañeros en total, en un vehículo, deben tomar la guardia (33 soldados). El pelotón 5, con 3 compañeros y un vehículo, deben tomar la compañía de retén (33 soldados). El pelotón 6, 3 compañeros y un vehículo, tienen como objetivo el Casino de suboficiales. El pelotón 7, cuatro compañeros y un vehículo, debía actuar como reserva y contención secundaria, pero después debió tomar dos compañías donde había un soldado de guardia con FAL en cada una. El pelotón 8, cuatro compañeros y un vehículo, actúa como contención principal y coopera en la toma del aeropuerto. El pelotón de Comando tiene además como tarea tomar la compañía de servicio y llevarse 200 fusiles que allí había.

»CONCENTRACIÓN PREVIA. Hubo que reunir a los 39 compañeros de los dos grupos de asalto en las bases operativas, los días previos a la operación y coordinar sus salidas así como las del equipo; de este modo todos los compañeros y sus equipos debían encontrarse en Formosa en la mañana del domingo 5 de octubre.

»El día anterior se repasa toda la operación, pero surgen algunos problemas que obligan a reajustar el plan original. En primer lugar el emplazamiento del nido de ametralladoras, con una ametralladora pesada (MAG), que debía ser reducida. Éste era un hecho nuevo. El otro hecho nuevo es la existencia de un soldado de guardia con FAL en cada una de las compañías que teóricamente no tenían personal el domingo. El pelotón 7 (reserva) debió entonces ser utilizado en el copamiento de esas dos compañías.

»APROXIMACIÓN. A las 14 horas del domingo, ya decidido el lugar de la concentración, se establece comunicación telefónica con la Capital Federal y con Santa Fe. A las 15.15 sale el Boeing “Ciudad de Trelew” de Capital Federal. A esa hora la columna de 36 compañeros, uniformados y armados, ya está formada junto a nueve vehículos, en el camino secundario elegido para la concentración. Pero este camino secundario tiene gran afluencia de gente y debemos reducir de 10 a 15 vehículos con alrededor de 50 personas que se convierten en testigos del espectáculo de formación de una columna montonera.

»La columna comienza a avanzar por la ruta 11 hacia sus objetivos. Pasando por el aeropuerto. En el plan original la reducción del aeropuerto significaba neutralizar a tres gendarmes, ese domingo se agrega un patrullero de la policía que estaba esperando la llegada del interventor Taparelli. Se quedan en el aeropuerto los pelotones 8 y 9 con tres vehículos. Los siete pelotones restantes en seis vehículos, continúan su avance hacia el cuartel.

»En ese momento el móvil de Comando se ubica en el quinto lugar de la columna, cerrando la misma el F 350.

»El avance es hacia la retaguardia del cuartel, pasando por un barrio donde viven policías y suboficiales, viéndose la necesidad de actuar rápido porque ya el Boeing está sobrevolando Formosa y eso significa que ya saltó la operación.

»EL ASALTO AL 29. El primer móvil llega a la puerta de atrás del cuartel, estaciona y coloca un puentecito para cruzar un zanjón, mientras dos compañeros reducen al soldado de guardia. Inmediatamente ingresa el móvil con los pelotones 3 y 4 que tiene como tarea tomar la guardia donde hay 30 soldados. Los sigue el vehículo con el pelotón 2 que tiene como tarea copar la ametralladora pesada MAG, colocada en la esquina Este de la plaza de armas. Después el pelotón 6 y dos compañeros del 7 que tienen que tomar el Casino de suboficiales y una compañía y el pelotón 5 con otros dos compañeros del 7 que van a tomar el retén (33 soldados) y la compañía restante. Finalmente entra el pelotón comando que avanza hacia la compañía de servicios y la F 350.

»Cuando ingresa el móvil Comando —en quinto lugar— aproximadamente 20 segundos después del primero, ya se escuchan los primeros disparos.

»A partir de este momento comienza una verdadera batalla: los soldados —armados o desarmados en algunos casos— desobedecieron la orden de rendición, en todos lados presentaron fuerte resistencia y en algunos lugares esa resistencia fue suicida.

»Aventuramos la hipótesis de que esta resistencia suicida de los soldados tiene que ver en parte con el bajísimo nivel de conciencia de la población de la zona y básicamente al terror mítico, inculcado por los superiores, a los “extremistas, drogadictos enfurecidos que asesinan sin compasión”.

»En el ataque al cuartel una regla general fue que los soldados cuando podían escapaban de los lugares atacados por nuestras fuerzas, pero ninguno suelta el fusil y una vez a distancia buscaban parapetarse para iniciar el fuego.

»Esto es lo que se vio desde la compañía de servicios (pelotón comando), donde hay una visión general. Por ejemplo desde allí se ve que aproximadamente la mitad, 15 soldados de la compañía de retén escapan, pero con sus fusiles. De la guardia escapa la mayoría —allí había 33 soldados— que se parapetan y hacen fuego contra nuestros compañeros provocándonos el mayor número de las bajas sufridas. En cambio a los soldados que huyen del retén se los pierde de vista y no se sabe si vuelven a combatir.

»Los que escapan de la guardia van hacia el barrio de oficiales y suboficiales, se echan cuerpo a tierra —posiblemente con alguna jefatura— y desde allí nos tirotean. Este tiroteo comienza a los dos o tres minutos de haber iniciado el asalto.

»A partir de ese momento el fuego es impresionante. Para tener una idea aproximada de lo que fue su intensidad hay que computar entre ambos bandos, alrededor de 60 personas haciendo fuego simultáneamente con FAL, pistolas ametralladoras, la ametralladora pesada MAG, granadas y armas cortas.

»¿QUÉ PASÓ EN LA GUARDIA? Consideramos que hubo demasiada introducción verbal durante la intimación a rendición, permitiendo la defensa y fuga de efectivos de la guardia.

»Hubo una resistencia fuerte que frenó el avance del pelotón permitiendo a la mayoría fugar por el fondo, donde se parapetan y comienzan a atacar. A los tres minutos de iniciado el ataque a la guardia, 8 compañeros se preparan para volver. Dos compañeros habían caído en el primer enfrentamiento con la guardia.

»En la planificación original el pelotón 3 debía realizar una resistencia inmediata contra el Casino y el barrio para permitir la retirada del pelotón 4, que debía ir a la compañía de servicios y cargar las armas (alrededor de 200 fusiles).

»En la práctica los 8 compañeros se aprestan a retirarse hacia la compañía de servicios sin establecer cubierta por el fuego. Había que correr 40 metros sin protección física. Sólo dos compañeros llegan, los otros 6 caen en el camino.

»Por la forma en que caen estos seis compañeros pensamos que el fuego viene de los soldados que escaparon del edificio de la guardia. Había una ametralladora MAG emplazada en el ángulo opuesto de la plaza de armas, pero esta ametralladora ya no tira en el momento de esa retirada.

»Los tres compañeros del pelotón 2, que tenían como misión reducir a la MAG no volvieron. Sabemos que llegaron hasta el objetivo y que la MAG no

tiró. Pero como ninguno vuelve no sabemos bien que pasó ni cómo caen. Suponemos que desde las oficinas de la Mayoría se hizo fuego sobre ellos.

»Éstos son los once compañeros que caen en la operación, no hubo ninguna otra baja en nuestras fuerzas.

»LA TOMA DEL CASINO DE SUBOFICIALES. Este objetivo estaba a cargo del pelotón N.º 6 integrado por tres hombres: el Jefe y los compañeros 2 y 3.

»Un imprevisto hizo que este pelotón quedara mal ubicado para la reducción y copamiento del Casino de Suboficiales. La planificación preveía que nuestra posición debía ser en la parte posterior del Casino, desde allí rodearlo y entrar por la puerta principal, procediendo cada combatiente a la reducción de una o más dependencias del objetivo.

»Cuando llegaron empero se encuentran con la imposibilidad de rodear el Casino debiendo acercarse por el frente.

»En la puerta de la cocina al exterior estaba apostado un soldado con FAL que en vez de acatar la orden de rendición se parapeta tras unos troncos y se apresta a abrir fuego. El Jefe del pelotón ordena cubrirse, al tiempo que abre fuego con su ametralladora Halcón y arroja una granada para obligar al soldado a abandonar su posición.

»El soldado efectivamente abandona la posición y se guarece dentro del Casino.

»La orden de cubrirse contra el fuego no había sido escuchada por el compañero N.º 2 quien ingresa corriendo al casino por su puerta principal. El soldado que había entrado por la puerta de la cocina lo recibe con el fuego de su FAL hiriéndolo en el abdomen. La suerte hizo que el disparo atravesara la empuñadura del cargador de la Halcón remachando él mismo el arma pero salvando al compañero de una muerte segura.

»Frente a esta situación el Jefe del pelotón y el compañero N.º 3 ingresan al Casino a la carrera disparando sus ametralladoras.

»Adentro del Casino un suboficial y dos soldados, armados con FAL, organizan la resistencia. Su reducción demandó alrededor de 15 minutos de combate en los cuales nuestras fuerzas emplearon tres cargadores de metralleta y cuatro granadas.

»En esos 15 minutos la resistencia fue cediendo progresivamente. Primero salió un soldado que quedó tendido, seguramente muerto, en la salida del Casino. El suboficial recibió esquirlas de granadas en las piernas que lo dejaron fuera de combate obligándolo a rendirse. El último soldado finalmente se rindió cuando se le trabó el FAL y hubo que recuperarlo en reducción cuerpo a cuerpo, ordenándole que se retirara.

»Una vez tomado el Casino se abrió fuego hacia el exterior logrando que el enemigo ubicado en el oblicuo izquierdo se retirara hacia afuera del cuartel, y mientras que con la retaguardia se mantuvo diálogo de fuego durante un rato cesando posteriormente. A partir de ese momento el pelotón 6 se mantuvo cubriendo la retaguardia, que era la función asignada en la planificación.

»LA TOMA DE LA COMPAÑÍA DE RETÉN. El pelotón 5, integrado por tres compañeros con uniformes de oficial y soldados del ejército, ingresa en la compañía de retén. No bien se acercan los dos primeros —el tercero se queda afuera como contención— empiezan los disparos.

»Los soldados desobedecen la orden de rendición y tiran desde donde se encuentran. En primer lugar se les arroja una granada lo que permite a los compañeros hacerse fuertes en el hall de entrada. A partir de allí se tira con las Halcón y mientras un compañero se queda en la puerta el otro ingresa cuerpo a tierra entre las camas tirando. Los soldados retroceden también tirando, hacia el fondo. En ese momento los compañeros arrojan una segunda granada y el compañero que había avanzado entre las camas, con la Halcón ya descargada la reemplaza por un FAL que encuentra allí.

»Los soldados se parapetan en el baño y duchas y este compañero los mantiene a raya a tiros. Esto permite a los otros dos preparar la retirada hacia el punto de concentración. En el momento de la retirada el compañero que hacía punta en el ataque se retira con tres fusiles FAL que carga en la camioneta y los tres se dirigen al punto de concentración para la retirada.

»Suponemos que es en el retén donde tienen el mayor número de bajas los soldados. Nuestras fuerzas —tres compañeros— se retiran sin bajas.

»Pese a las dificultades encontradas en la toma del retén podemos afirmar que ese objetivo se cumple totalmente porque nuestros tres compañeros dejan fuera de combate a más de 30 efectivos (muertos, heridos y encerrados en el baño).

»En el ataque al retén especialmente se ve la eficacia de las granadas en el combate a corta distancia y en lugares cerrados. La utilización de las granadas desequilibra a nuestro favor un combate de tres contra más de treinta.

»TOMA DE LA COMPAÑÍA DE SERVICIOS. Esta toma la realiza el pelotón de Comando sin dificultades graves, desarmando al soldado de guardia. Allí se abre a patadas la sala de armas y se recuperan algo más de 50 fusiles FAL y un fusil ametralladora FAP que inmediatamente ponemos en acción.

»BALANCE DEL ATAQUE AL CUARTEL Y RETIRADA. En el ataque al cuartel perdemos los pelotones 2, 3 y 4 completos, salvo dos compañeros que

pudieron retirarse de la guardia. Este hecho modifica sustancialmente la operación porque desaparece la defensa contra el barrio de oficiales y suboficiales, al haber muerto los encargados de hacerla.

»A los treinta soldados aproximadamente, armados con FAL, que empiezan el tiroteo, 10 minutos después de iniciado el ataque se suman oficiales y suboficiales de los barrios y por lo menos 5 soldados más que estaban allí de guardia. El tiroteo es impresionante y se pierde la noción exacta de desde dónde hacen fuego, su cantidad y tipo de armas que se utilizan. A esto se agrega que nos quedamos sin defensas hacia el lado donde proviene el contraataque principal, al mismo tiempo que se consolidan sus posiciones para avanzar sobre nosotros. Debemos agregar aquí que, en ese momento, cinco de los seis vehículos utilizados en el ataque ya habían sido dejados fuera de uso por el fuego enemigo.

»A esta altura del enfrentamiento nos quedaba como vehículo sólo la F 350. Inutilizado el vehículo Comando nos habíamos quedado sin comunicaciones con la contención y el aeropuerto. Se prepara entonces la retirada.

»Se cargan armas y compañeros en la 350 y emprendemos la retirada. Allí surge un problema. El pelotón 6 que está en el Casino de suboficiales y un compañero del pelotón 5 no reciben la orden o no la escuchan.

»Los tres compañeros del pelotón 6 y el compañero del 5 quedan aislados y se retiran por su cuenta. La razón principal de esta situación es que el responsable de ese sector resulta herido en el momento de organizar la retirada.

»En la F 350 van 11 compañeros (26 entraron al cuartel, 11 murieron y 4 se retiraron por su cuenta), con todo el equipo expropiado. Esta retirada se hace sin dificultades. Bordeamos primero el barrio de oficiales desde donde nos hacen fuego con armas cortas, sin consecuencias. A esa altura los tiros de pistola no nos preocupaban. Además, habíamos roto el parabrisas de la 350 y colocado el FAP en el capot en posición de tiro, para abrirnos paso de cualquier forma.

»En el viaje nos encontramos con alrededor de 8 policías que estaban montando un puesto en el camino pero pudimos pasar sin realizar ningún movimiento agresivo.

»En el camino de circunvalación, donde está instalada la contención principal, ésta se suma a la caravana y nos dirigimos al aeropuerto.

»LA CONTENCIÓN PRINCIPAL. Su primera tarea fue de apoyo al grupo de asalto del aeropuerto cuando la caravana principal todavía avanza hacia el R

29. En el aeropuerto se tirotean con un gendarme al que dejan fuera de combate, posiblemente muerto.

»Después la contención se dirige a su puesto, a 500 metros del cruce de rutas. Viene primero un patrullero de la policía al que se para a tiros hiriendo al chofer y dejando al móvil y su personal fuera de combate. Entonces la contención se dirige al cruce de ruta, se instala una barrera, copan automóviles que pasan por allí.

»En eso llega una caravana de tres o cuatro vehículos policiales —entre ellos un carro de asalto—. A 200 metros se les hace fuego. Los policías responden el fuego pero no avanzan. Nuestros compañeros dejan pasar automóviles que llegan al cruce con mensajes a los policías, recomendándoles que no avancen porque serán aniquilados. La policía obedece la recomendación y se quedan donde están, posiblemente esperando los refuerzos de gendarmería que llegan cuando ya nuestra columna está de regreso en el aeropuerto.

»Se mantienen tiroteos esporádicos durante todo el tiempo, hasta que llega la 350. Se levanta la contención y se suma a la caravana rumbo al aeropuerto.

»LA TOMA DE “EL PUCÚ”. Alrededor de las 16.30 nos encontrábamos al final de la caravana de vehículos sobre la ruta que conduce al aeropuerto de “El Pucú”. Para la toma de este objetivo éramos 9 compañeros distribuidos dos en un Ford falcon, dos en un Fiat 128 y 5 en una pickup.

»A unos dos kilómetros del aeropuerto vemos sobrevolar al Boeing y apresuramos la marcha pero, al llegar a la playa de estacionamiento, nos encontramos con un patrullero con 4 policías y el coche de la gobernación.

»Este imprevisto altera totalmente nuestra planificación.

»Los dos compañeros del ford falcon descienden y se dirigen hacia el patrullero intimándoles la rendición, la que no es acatada por el personal policial el que de inmediato desenfunda sus armas. Inmediatamente el jefe del pelotón ordena abrir fuego quedando heridos casi todos los policías. Dos de ellos intentan irse por atrás de los coches para dejarnos entre dos fuegos, pero quedan uno muerto y otro gravemente herido en el intento.

»Los otros dos policías que se encontraban más lejos, uno fue reducido y el otro herido, pero logró escapar hacia adentro del edificio del aeropuerto.

»Este combate dura alrededor de 10 minutos y luego continuamos con nuestro plan original.

»Dos compañeros suben a la torre de control limpiando los cuatro pisos y reduciendo al operador sin problemas. El resto de los compañeros reduce a los pasajeros y al personal del aeropuerto mientras el resto busca al policía y a

dos gendarmes. Con uno de éstos se produce un intercambio de disparos y logra esconderse en el edificio y el otro es reducido al encontrarse con un compañero en el pasillo.

»Superados estos inconvenientes procedimos a instalar un fusil ametralladora en la torre de control y se retiran los compañeros de la pickup, para controlar la ruta de acceso al aeropuerto, quedando dos de nosotros controlando a los pasajeros y a la entrada del aeropuerto y otros dos en la torre.

»En este momento se acerca el avión a la plataforma y con dos civiles del aeropuerto se coloca la escalerilla y se hace descender al pasaje al que se mantiene reducido junto con el resto de los civiles que se encontraban en el aeropuerto.

»Procedemos entonces a volar el patrullero con una granada y acercamos el camión de combustible al avión para reabastecerlo.

»Completada la recarga de combustible se lleva el avión a la cabecera de la pista y nos mantenemos en nuestros puestos aguardando la llegada de nuestros compañeros que se habían dirigido a tomar el Regimiento.

»LA LLEGADA AL AEROPUERTO. La 350 y el pelotón de contención llegan al aeropuerto, suben hombres y equipos al Boeing. Otros dos compañeros suben al Cessna. Cuando los aviones están por salir llegan los cuatro compañeros que habían salido por su cuenta del R 29 y dos se suben al Cessna y los otros al *Ciudad de Trelew*.

»EL VIAJE EN AVIÓN. En el Boeing los compañeros se cambian de ropa, acomoda cada uno su equipo, se guardan las armas en bolsos y se ordenan las armas del cuartel. A partir de allí el resto es recuperar fuerzas y atender a los dos heridos. Debemos agregar que el equipo de sanidad estaba en el avión.

»Cuando el avión llega a Susana, la pista no estaba señalizada. Éste no era un problema grave porque conocíamos perfectamente el terreno donde debíamos bajar. Lo grave era que la ausencia de señales significaba que no estaba el grupo reforzado encargado de la dispersión y absorción de hombres y equipo. Se sobrevuela la zona alrededor de 20 minutos, alertando a todos los habitantes de la zona. El Boeing dio seis vueltas alrededor de la pista a 500 metros de altura. Cuando llegan los compañeros del grupo reforzado y los vehículos procedemos a aterrizar. Aquí hay un cambio de opiniones con el piloto sobre si lo correcto era aterrizar de panza o con el tren de aterrizaje, decidiéndose esto último, que era la opinión del piloto.

»Toda la retirada, dispersión y absorción a partir de aquí se hace sin ningún problema. Excepto un pequeño enfrentamiento a la salida del campo

de Susana con 4 policías. A los primeros tiros dos salen corriendo a pie y los otros dos escapan con el auto.

»Es importante señalar aquí la importancia del grupo reforzado encargado de esta última fase de la operación. Sin su acción perfecta todo podría haber terminado en un fracaso. Es gracias a ellos que 28 compañeros y todo el equipo pueden dispersarse y absorberse sin ninguna pérdida.

»EL ESPÍRITU DE COMBATE DE NUESTROS COMPAÑEROS. Todos los compañeros mientras se desarrolló el enfrentamiento, mantuvieron un excelente espíritu de combate. Hay que tener en cuenta la cantidad de tiros que se cruzaron en el cuartel, el hecho de haber alrededor de 50 muertos en total (ambos bandos), sin contar los heridos. Esto da una idea del nivel y ferocidad del enfrentamiento. Nadie se fue de su puesto durante el combate, todos debieron resolver problemas imprevistos y en general lo hicieron bastante bien».

Todas las fuerzas políticas condenaron el ataque con entusiasmo. Y *El Caudillo*, la revista de la ultraderecha peronista, decía que «mientras los políticos tratan de encaramarse a un puesto más alto, los comerciantes compran y venden dólares, los industriales ven la manera mejor de sacar de circulación cualquier mercadería para cobrarla luego más cara, los militares argentinos abonan con su sangre esta tierra para hacerla más fecunda, para reafirmar que el ejército agresor no podrá pasar, sea como sea». *Nuestra Palabra*, el órgano oficial del partido Comunista, escribió que «desde el punto de vista político es un desastre, no menor. Unifica a la ultraderecha con la derecha y el centro. Desde el punto de vista humano y teniendo en cuenta que no se ha cumplido un objetivo revolucionario, la “acción” se reduce a una lamentable masacre. Estamos, pues, ante otra infausta aventura del extremismo pequeño-burgués».

Y el Ejército, en trascendidos que reproducían todos los diarios, alertaba sobre el hecho de que «una operación de semejante calibre requirió la participación de por lo menos 500 hombres organizados en un verdadero Estado Mayor, divididos en áreas profesionales de comunicaciones, sanidad, logística, operaciones, personal, inteligencia y grupos de apoyo aéreo».

La Opinión reseñaba que durante el fin de semana había habido, además, «un atentado dinamitero contra la sede del Servicio de Informaciones del Ejército en Buenos Aires; en Córdoba se registró un robo de materiales sanitarios y el asesinato de un dirigente gremial; en Viedma quedó totalmente destruida la emisora local de radio como consecuencia de una poderosa bomba; en San Vicente apareció un cadáver, hasta el momento no

identificado, acribillado a balazos; en Tucumán continúa desarrollándose el operativo antiguerrillero del Ejército, cuyo comando general anunció ayer la muerte de otros cuatro elementos subversivos; en Avellaneda apareció el cuerpo de una estudiante de la Universidad Tecnológica Nacional en estado de gravedad, que había sido secuestrada». Y editorializaba en un recuadro de su primera página, bajo el título «Una sola pregunta»:

«En los últimos doce meses cada argentino —honesto— se ha visto sensiblemente empobrecido. La economía es un caos, y cada argentino —honesto— siente que le han mentido en muchas oportunidades. Está abrumado —cada argentino honesto— porque no percibe que el Gobierno presente soluciones para las angustias que lo agobian. Pero, de todos modos, cada argentino —honesto— comprueba que el principal peligro que lo acecha es la delincuencia subversiva.

»Porque por peligroso que sea el desgobierno económico, político y social, quizá pueda ser resuelto, por las vías específicas, en esos mismos sectores. Pero el incremento visible de la delincuencia subversiva significa la guerra civil. Ya ha pasado la época en que los argentinos podían jugar con la idea de que “aquí no puede pasar”. Aquí, en esta República, puede pasar cualquier cosa.

»Por todo ello, cada argentino —honesto— se formula, en estos días, una pregunta:

»¿Puede el gobierno organizar al país para la lucha contra la subversión y dejar de lado sus rencillas internas?

»Porque algo debiera quedar claro: el pueblo, construido por cada argentino —honesto— quiere luchar contra la delincuencia subversiva para preservar su Nación, su futuro, sus hijos, de la destrucción y la muerte».

El lunes 6 de octubre el gobierno de Ítalo Argentino Luder decidió, por decreto 2770, la creación del Consejo de Seguridad Interna, que dependería del presidente y estaría integrado por los ocho ministros del gabinete y los tres comandantes en jefe. El mismo decreto creaba el Consejo de Defensa Nacional, formado por el ministro del ramo y los tres comandantes con la asesoría del Estado Mayor Conjunto, para «conducir la lucha contra todos los aspectos y acciones de la subversión». Dos días después, el decreto 2772 decía que «las Fuerzas Armadas, bajo el comando superior del presidente de la Nación, que será ejercido a través del Consejo de Defensa, procederán a ejecutar las operaciones militares y de seguridad que sean necesarias a los efectos de aniquilar el accionar de los elementos subversivos en todo el territorio del país».

También se establecía que las secretarías de Prensa y Difusión de la Presidencia, de Informaciones del Estado, la Policía Federal y el Servicio Penitenciario quedaban «funcionalmente afectados al Consejo de Defensa a los fines de la lucha contra la subversión», y que los gobiernos de las provincias colocarían bajo su mando «al personal y los medios policiales y penitenciarios provinciales que les sean requeridos para su empleo inmediato en la lucha contra la subversión». El decreto 2772 estaba firmado por Ítalo Luder, Antonio Cafiero, Carlos Ruckauf, Ángel Robledo, Tomás Vottero, Manuel Arauz Castex y Carlos Emery. Videla, Massera y Fautario terminaban de quedarse con el control de la represión y zonas aledañas, y Estela Martínez anunciaba su vuelta a la presidencia para diez días después, el 17 de octubre, con un acto en la plaza de Mayo.

—¡Carlitos, qué suerte que no te pasó nada!

Cuando escuchó que en Formosa había tantos muertos, Sergio Berlín pensó enseguida que su amigo del alma estaba entre ellos. Pero al día siguiente él y Mercedes se enteraron de que estaba bien, y lo vieron dos días después.

—No, si para matarme a mí hace falta mucho más que un cuartel lleno tirando como en Stalingrado...

—O sea que...

—Sí, lo terrible fueron los soldaditos. Ahí sí que nos agarraron por sorpresa. No se imaginan cómo tiraban, los muy pelotudos. Ahora resulta que se creyeron el verso que les hicieron y se van a jugar la vida para defender a sus generales, a sus patronos, a todos los peores hijos de puta que siempre los cagaron. Eso sí que fue un desastre.

—No, pero ahí hay un error grave de evaluación. Pero no un error militar: esto es peor, es un error político. Se evalúa que los soldados no van a resistir y nos cagan a tiros. Es grave, che, es grave. Va a haber que pensarlo mucho.

Pocos días después, en su reunión de la conducción de la UES, el responsable de la Capital, Benjamín Dricas, al que llamaban el Pato Fellini, les dijo que a partir de ese momento él pasaría a la conducción nacional, y que Alberto Schprejer, el Beto, se haría cargo de ese ámbito.

—¿Qué pasó, trasladaron al Barba?

—No, Lila, el Barba cayó en Tucumán. Todavía no sabemos nada...

El responsable nacional de la UES, Claudio Slemenson, el Barbeta, había sido secuestrado en Tucumán. Poco antes le habían pasado una cita en San Miguel: algunos compañeros le recomendaron que no fuera porque la

situación allá estaba muy difícil y él había salido en muchas fotos y era demasiado reconocible, pero Claudio les contestó que tenía esa cita y no podía dejar de ir. Tardaron meses en saber que los militares que agarraron a Claudio Slemenson se lo llevaron a un cuartel y lo asaron lentamente en una gran parrilla, para que hablara, y que Claudio se murió quemado sin cantar ni una cita.

Octubre de 1975. El mayor recital de un grupo de rock nacional que se había visto hasta entonces reunió, unos días antes, en el Luna Park, a casi 30.000 personas: Sui Generis, el grupo que en un par de años se había convertido en el más popular del país, se separaba. Las versiones eran variadas: que las presiones del productor, que el desgaste de tantas grabaciones y recitales, que Charly García había evolucionado y dejado atrás a su compañero, Nito Mestre. En cualquier caso, la separación era un hecho, y el recital *Adiós Sui Generis* estaba previsto para una sola noche, pero las 11.000 entradas se agotaron en un rato: los organizadores agregaron otras 3000, que también volaron. Recién entonces se arriesgaron a proponer una función más: el Luna Park volvió a llenarse. En *La Opinión*, Roberto García escribió una crónica del concierto:

«¿Qué figura en Buenos Aires puede convocar a treinta mil personas? (Y que además paguen seis mil pesos viejos por cada localidad). Fue lo que ocurrió en el Luna Park, la noche del viernes, al ofrecer el conjunto de rock Sui Generis un recital en dos funciones para despedirse de su público. El primer acto empezó a las 20 y 30. Las entradas estaban agotadas desde quince días antes, pero hubo gente que se instaló en los alrededores desde las siete de la mañana. Con el filo de la tarde creció la multitud (había colas por Leandro Alem y por Madero). Los rutinarios de la zona, ignorantes del festival, nada entendían; mucho menos los noctámbulos tangueros que, a las tres de la mañana del sábado, vieron desfilar a ese río de muchachos por una fría avenida Corrientes, cada vez más triste, cada vez más decadente. ¿Quiénes son?, preguntó un porteño veterano. ¿Gardel?, se contestó bromeando.

»La fiesta estaba en la gente, en la ropa: allí se mezclaba la extravagancia y el pelo largo con el atildamiento y la pulcritud de aquellos que recién habían dejado la oficina. Los vendedores de café y gaseosas —también había de whisky— liquidaron sus stocks; otros mercaderes empezaron ofreciendo posters de Sui Generis a tres mil pesos viejos y los agotarían en cinco mil. Había clima de histeria en los controles. No menos nerviosa estaba la guardia de corps del conjunto (y uno se acordaba de un festival de los Rolling Stones

que culminó con un crimen y varios heridos). Los asistentes de la primera función no quisieron abandonar el estadio; casi se llegó al desalojo. Hasta la policía pareció algo intranquila.

»Todo se filmó con cuatro cámaras dirigidas por Bebe Kamín y supervisadas por Leopoldo Torre Nilsson. La recaudación también tuvo su interés: 180 millones de pesos viejos.

»Sui Generis es un conjunto de cuatro miembros en el que dos predominan. Uno, Charly García, compositor de todos los temas, toca simultáneamente dos órganos electrónicos, a veces la guitarra, el piano se lo reserva para el jazz. Se viste con frac y galera de lamé blanco, lleva una orquídea en el pecho y zapatillas de básquet. El otro, la melancólica voz que caracteriza a Sui Generis, se llama Nito Mestre, tiene apariencia andrógina, se especializa en la guitarra y la flauta. Se pueden haber parecido a Simon & Garfunkel, pero más parece importar lo que logran con la gente, ese público fiel que oscila entre los 14 y los 20 años, del que son genuinos representantes. “Porque eso es lo que no se puede negar —puntualizó un porteño escéptico—, sobre todo en este país de tan extraña democracia en el que seguramente ningún partido político hoy pueda juntar diez mil personas en el Parque Lezica”».

Beirut estaba cada vez más devastada y los bombardeos se hacían aterradores. Cacho El Kadri y su tío Munir ya no los miraban desde el balcón de su departamento: ahora se refugiaban en el sótano del edificio junto a dos docenas de hombres, mujeres y chicos temblorosos, que trataban de oír las trayectorias de las bombas para suponer que no les caerían sobre la cabeza.

Una mañana, las bombas volaron fuera de horario y mataron a cuarenta personas que estaban haciendo cola para comprar el pan: la mayoría eran chicos. Fue muy cerca de su casa, y Cacho vio las filas de zapatillas que ponían en el suelo para que las madres de los muertos las reconocieran, porque los cuerpos habían saltado en mil pedazos. Una mujer que había perdido a su hijo lloraba a los gritos; Cacho y su tío trataban de consolarla sin saber qué decirle. Más allá, cuatro o cinco muchachos juntaban huesos y carne con sus palas de hierro y los iban poniendo en unas bolsas de plástico. Cacho estuvo a punto de marearse y pensó que el mundo se había vuelto loco:

—Tío, vámonos de acá, esto ya no tiene remedio. Todo esto es una locura.

—Bueno, pero...

—Pero tío, si no aprovechamos ahora, que todavía se puede... Después va a ser demasiado tarde.

—¿Estás decidido? Bueno, nos vamos. Pero después volvemos.

—No tío, yo no vuelvo nunca más.

Hacia el mediodía, Cacho y Munir cargaron dos o tres valijas en el viejo chrysler. Era el decimotercer alto el fuego: todas las partes juraban que sería el último, el definitivo, pero todos sabían que cualquier incidente traería de vuelta la violencia. Cacho y Munir habían averiguado que las fracciones en combate solían dejar libre algún camino para facilitar la partida de los que se querían ir: el problema era encontrarlo. Preguntaron y preguntaron hasta que alguien que les pareció fiable les indicó el camino: la ruta estaba agujereada por las bombas pero no se veía ni un militar alrededor. La caravana de coches avanzaba lenta. Tardaron como seis horas en llegar hasta Damasco, la capital de Siria: en tiempo de paz, el viaje habría durado tres.

Damasco era otro mundo: una ciudad muy árabe y tranquila donde Cacho y Munir fueron recibidos por unos parientes. En Damasco había muchos sirios nacidos en Argentina, hijos de padres inmigrantes que habían vuelto al país de origen. Después de varios meses, Cacho volvió a comer pizza, a tomar mate. Estaba cómodo, pero no tenía intenciones de quedarse mucho tiempo. Muy de vez en cuando recibía carta de Liliana, de sus padres o de José, que le decían que la situación argentina empeoraba día a día. Pero Cacho estaba harto de distancias:

—Tío, yo me quiero volver a mi país.

—Su papá me dijo que usted no puede volver a la Argentina, que lo van a matar.

—Pero tío, si no me mataron en Beirut ya no me matan más.

—No, usted no puede volver. Le digo que no.

—Bueno tío, voy a ir primero a Madrid. Ahí tengo unos amigos, veo qué pasa, si me puedo volver...

El vuelo más barato de Damasco a Madrid pasaba por Budapest, con una escala de dos días. Cacho llegó a Barajas con 20 dólares y la alegría de volver a un país donde entendía las palabras y los códigos. Se alojó en la casa de Pepe Lamarca, un fotógrafo al que había conocido en Devoto, preso por el secuestro de Aramburu, y empezó a buscar trabajo. Primero se encontró con Héctor Villalón, el que había armado aquella confusa historia de guerrilla peronista en 1963; Villalón seguía igual a sí mismo, hablaba hasta por los codos, le contó que pronto iba a ir a ver a su amigo Massera para llevarle una caja de puros que le había mandado su amigo Fidel Castro y buscar juntos la forma de apoyar a Isabelita, y al final le prometió buscarle algo. Después, otro

compañero suyo lo llevó a ver a Jorge Antonio en su despacho lujosísimo de la avenida Castellana; en la pared había un cuadro de Goya:

—Bueno, compañero, usted me dirá en qué puedo serle útil.

—Estoy buscando algún trabajo...

—Voy a ver si puedo conseguir algo. Pero mientras tanto, ¿no quiere unos pesos?

—No, gracias, solamente necesito un trabajo.

—Muy bien, déjeme su teléfono. Algo vamos a encontrar.

Y nunca más supo de ellos. Tuvo que recurrir a su familia, repartida por todo el planeta: un primo lejano lo invitó a cenar a su casa. Hablaron de la agonía del Generalísimo, que duraba «más que la meada de la vaca». Franco yacía conectado a 24 tubos en una clínica de Madrid, y daba lugar a esperanzas y chistes:

—Dicen que está Franco allí, medio muerto, y empieza a oír un rumor de gente que grita bajo su ventana, y pregunta qué hacen todos esos allí.

—Nada, mi general, vienen a despedirse de usted.

—¿Por qué? ¿Adónde se están yendo?

Una de las hijas de su pariente, María del Mar, era una chica de veintipico, muy antifranquista, que quería ayudar a toda costa al primo exiliado político:

—Yo te voy a conseguir curro. ¿Tú qué sabes hacer?

—Qué sé yo. ¡Qué pregunta! Toda mi vida estuve preso o militando... Mirá, lo único que sé hacer es algún trabajo manual.

—No, aquí trabajos manuales no hay. ¿Eres estudiante?

—En Buenos Aires estudiaba derecho.

—No, pero derecho... Yo trabajo de encuestadora.

—Yo soy experto en encuestas.

Dijo Cacho y se rió en silencio. Era una cita de Carlos Olmedo pero esa noche, en esa casa, nadie se daría cuenta. Tendría que acostumbrarse a hablar sin sobreentendidos: era uno de los pequeños problemas del exilio.

—Ah, pero ni una palabra más, te voy a presentar a mi jefa, que mi jefa... Vamos mañana mismo.

—Bueno, fenómeno.

Al día siguiente, María del Mar lo llevó a una oficina muy bien puesta y lo presentó a una mujer regordeta, simpática, que había vivido unos años en Uruguay.

—Mucho gusto. Ella ya me ha hablado de ti. ¿Cuál es tu experiencia en marketing y evaluaciones cualitativas y cuantitativas de...?

Cacho no entendía bien de qué estaban hablando, pero no se iba a amilantar por tan poca cosa:

—Bueno, en la Argentina he hecho mucho de eso.

—¿Y en qué agencia has trabajado?

—En McCann Ericsson.

Dijo, por decir algo.

—¡Coño! ¡Has trabajado ahí! ¿Qué hacías? ¿Trabajo de campo o...?

—No, de campo, de campo.

Al otro día, Cacho salió para Bilbao. En esos días, el país vasco estaba en plena agitación y los atentados de ETA eran frecuentes, así que ningún madrileño quería ir. Cacho estaba dispuesto a todo, y le encargaron una encuesta entre parejas recién casadas sobre créditos para matrimonios jóvenes. Había un banco que quería saber por qué, si ofrecían un crédito tan bueno, nadie lo pedía.

A Humberto Pedregoza lo habían apodado «el Comandante» mucho antes de que el ERP tuviera grados militares, cuando era obrero de la construcción. Pedregoza era un flaco de pies y manos callosas, que de chico se metía en el monte para cazar mulitas y algún chanco salvaje. Fue de los que se incorporaron al PRT en 1967, cuando cerraron los ingenios, decidido a participar en la lucha armada. Y ahora había subido a la Compañía de Monte, en la ladera este del Aconquija, porque Santucho le había pedido que lo acompañara como asistente.

La unidad guerrillera tenía cuatro asentamientos: dos pelotones de veinte a treinta combatientes, a cargo de Roberto Coppo y Lionel Mac Donald; un pelotón de operaciones especiales, liderado por el Caña Murúa, con otros veinte; y el grupo de la comandancia, no más de diez personas. A principios de octubre de 1975 la Compañía estaba comandada por Mario Roberto Santucho y tenía un estado mayor en el que estaban su hermano Asdrúbal, Jorge Molina, Manuel Negrín y Alejandro All. Pedregoza, su compañera Justina y Leandro Fote estaban afectados a la comandancia, en las tareas diarias y, sobre todo, para el trabajo político con los cañeros, los campesinos y las bajadas a la ciudad: cosas que no podía hacer nadie que no fuera tucumano. Hasta entonces, la Compañía no había logrado incorporar plenamente a pobladores de las colonias o los pueblos del sur. Aunque había seis o siete que vivían en los campamentos y muchos otros recibían entrenamiento militar, los pobladores se cansaban pronto de la vida de la montaña y se volvían al llano. Iban con el compromiso político de colaborar

con la guerrilla, pero creaban problemas de seguridad: la zozobra de saber que gente ajena a la estructura del ERP, y muy expuesta a la acción del Ejército, tenía demasiada información.

El Operativo Independencia llevaba nueve meses y el grupo guerrillero se había habituado a la intemperie, a las lluvias, a cruzar lechos de ríos, a los bombardeos y observaciones aéreas, a los combates esporádicos. La comandancia se comunicaba con los pelotones a través de emisarios. Para conectarse con el exterior tenían una radio con la que mandaban o recibían mensajes cifrados a Córdoba o Buenos Aires, que estaban menos controladas que Tucumán.

En esos días habían llegado al monte dos delegaciones novedosas. Por un lado, el ERP había mandado nueve mujeres militantes, a ver cómo se adaptaban a la vida en la sierra: hasta entonces, sólo había habido hombres. Y, por otro, cuatro militantes montoneros se les habían sumado, para ganar experiencia sobre la guerrilla en la selva. El grupo estaba encabezado por dos dirigentes, Roberto Perdía y Ricardo Haidar: eso demostraba la importancia que le daban los Montoneros a su «Plan H», como llamaban a su proyecto secreto de instalar un foco rural. En esos días, los cuatro montoneros estaban contentos porque su ataque al cuartel de Formosa demostraba la capacidad operativa de su organización. Aunque en los campamentos del ERP los montoneros no decían dónde iban a establecer sus unidades rurales, todos creían que sería en el Nordeste, donde tenían buenas bases políticas en las Ligas Agrarias.

Hasta octubre de 1975, las tropas a cargo del general Acdel Vilas tenían distintas misiones, básicamente de inteligencia: la captación de pobladores para obtener datos, la tortura a los militantes o dirigentes comunitarios, rastreos, observaciones aéreas, controles de rutas. El propósito del Ejército era cortar las líneas de abastecimiento de la guerrilla y su trabajo político en los pueblos y colonias linderas con el Aconquija, al sur de la provincia. Los militares patrullaban pero no se internaban demasiado en el monte. Por su parte, los guerrilleros se quedaban en las laderas de la sierra: sus campamentos eran móviles y preparaban emboscadas en accesos claves o bajaban por las noches a buscar comida, charlar con la gente del lugar, hacer propaganda o algún sabotaje. Desde el combate de Manchalá, cuatro meses antes, cuando el ERP intentó, sin éxito, atacar el comando del general Vilas, los enfrentamientos militares entre ambas fuerzas dentro de la montaña eran esporádicos y con bajas reducidas. Pero octubre había empezado fuerte, y las patrullas de observación y los datos de inteligencia del ERP indicaban que el

Ejército se internaba cada vez más en los cerros, y que quería atacar los campamentos.

La comandancia guerrillera decidió anticiparse con una respuesta ofensiva: la emboscada a un convoy militar en un camino lateral de Sauce Huascho, al oeste de Famaillá. Su objetivo era desgastar la moral de combate de su enemigo, hacerlo sentir inseguro en ese terreno y, además, tomar sus armas y municiones, que les estaban haciendo falta. El sábado 4 y el domingo 5 de octubre los pelotones del ERP marcharon durante la noche y el lunes 6 a la tarde estaban instalados en Sauce Huascho. Cuando un grupo del Ejército entró por una picada, cerca del camino, quedó emboscado y se produjo un combate breve pero furioso: los dos bandos tuvieron bajas. Los militares se escaparon y abandonaron armas que la guerrilla capturó antes de retirarse.

Cuando tuvo noticias del ataque, el general Luciano Benjamín Menéndez, jefe del III Cuerpo de Ejército, viajó de Córdoba a Famaillá. Enseguida empezaron la persecución y los partes de guerra: los militares informaron siete bajas propias —un oficial, un suboficial y cinco soldados— y dijeron que el enfrentamiento había sido un duro revés para el ERP, sin dar precisiones. La guerrilla volvió a sus bases, reconociendo una sola baja fatal: la de Jorge Molina, el capitán Pablo. Pero no habían cumplido con su objetivo.

El jueves 9 de octubre hacía un calor de mil demonios. El campamento de la comandancia estaba en el monte, cerca de la llanura. Desde ahí se podía ver un pueblo chico, Los Sosa, y un poco lejos uno más grande, Santa Lucía, donde estaba el ingenio azucarero. Después del mediodía, Asdrúbal Santucho bajó a ver a un campesino acomodado que colaboraba con ellos. Lo acompañó Manolo Negrín: Asdrúbal dejaba el monte por un tiempo, así que él tenía que retomar ese contacto. En realidad, ese campesino era un dolor de cabeza: le tenían desconfianza desde que, unos meses antes, el Ejército lo había tenido prisionero un par de semanas. Como lo soltaron, sospechaban que hubiera colaborado. Pero además, había una pelea familiar: su cuñado —un campesino pobre— les insistía a los del ERP que el campesino rico no era trigo limpio. El campesino resultaba sospechoso: poco antes, unos guerrilleros se lo habían topado en la ladera, y él les dijo que se le habían escapado unas mulas. Pero todos sabían que no era momento de andar buscando animales perdidos en el monte tucumano.

A eso de las cuatro de la tarde se oyeron los tiros. Eran muchas ráfagas, así que no dudaron que eran del Ejército; el tiro guerrillero era muy medido, para ahorrar munición. Pedregosa, que estaba en el campamento sentado

junto a su comandante, maldijo en silencio al campesino y le sorprendió que Santucho confundiera la dirección de los disparos.

—Parece que los tiros vienen como de Santa Lucía, ¿no?

—No, Robi, se me hace que vienen de allá, de Los Sosa. Pueden ser de la finca donde fueron Manolo y Asdrúbal...

Al día siguiente, el campesino pobre les contó que un grupo del Ejército estaba oculto en la casa del campesino rico y que había matado a los dos guerrilleros. Quedaron consternados. Pedregoza decía que ya daba igual, que estaban muertos, pero que, por seguridad, tenía que haber entrado primero Asdrúbal solo y recién después Negrín, cuando le hiciera las señas: así al menos se habría salvado uno.

Pese al revés, decidieron no mudar el campamento de la comandancia: era un lugar reparado y cualquier patrulla militar que quisiera entrar desde la llanura sería vista por los del campamento del Caña Murúa, los de operaciones especiales, que estaban del otro lado de un río, a menos de un kilómetro. Habían convenido que, en ese caso, los puestos de guardia harían fuego y entonces los de la comandancia levantarían campamento de inmediato. Había otra vía de acceso al campamento de Santucho, pero la consideraban imposible: era una picada que bajaba de la punta del cerro, y las tropas militares tenían que llegar desde el llano.

El viernes 10 de octubre los comunicados del Ejército decían que la guerrilla había tenido 17 bajas mortales en la retirada de Sauce Huascho. El sábado 11 informaban acerca de 10 guerrilleros muertos en Acherál y de la caída de Negrín y Asdrúbal. Como parte de la guerra psicológica, Menéndez aseguraba que la guerrilla estaba desbandada. Pero la comandancia del ERP seguía tranquila. El sábado, a eso de las seis de la tarde, cada cual estaba en lo suyo: All dormitaba en una bolsa de dormir, bajo una lona, porque llevaba varios días con fiebre; el resto leía, tomaba mate. Pedregoza estaba en alpargatas, sin camisa, sentado junto a Santucho, con su fal al lado, colgado de una rama. El Flaco Carrizo había llegado hacía dos días y charlaba con otro militante. Justina estaba parada, a pocos metros: tuvo la rara sensación de que alguien la estaba mirando desde la espesura. Sin duda, los habían descubierto. Lo raro era que no le hubieran disparado, pensó, y se le ocurrió que los estaban rodeando, esperando la orden para acribillarlos. Gritó, aterrada:

—¡Al suelo! ¡Son los milicos!

Pedregoza se zambulló, como el resto, y sintió que las ráfagas podaban las ramas sobre su cabeza. En cuestión de segundos, la espesura del monte fue la

mejor cortina. Sin siquiera llevarse las armas, cuerpo a tierra, agazapados, los seis huyeron. En menos de una hora, de a uno o de a dos, fueron llegando hasta el campamento del Caña Murúa. Los militares habían aparecido desde la cima: seguramente habían hecho una travesía larga y, sin proponérselo, habían burlado la observación prevista por el ERP. Los guerrilleros habían perdido armas, equipos, documentos y, sobre todo, tranquilidad.

Esa noche tomaron varias decisiones: la primera fue cambiar la ubicación de los campamentos. Después evaluaron que no era momento para que las mujeres siguieran en el monte y, además, que era conveniente que los montoneros no corrieran los riesgos de la situación. Durante dos noches, Pedregoza encabezó la travesía por el costado de los caminos, durmiendo en los cañaverales, con las nueve mujeres, los cuatro montoneros y una escuadra que hacía de custodia. Cuando llegaron a los alrededores de la ciudad de Tucumán se subdividieron y cada cual tomó su propio rumbo. Pedregoza tenía que bajar a Buenos Aires, hacer un par de cosas en la ciudad y, lo más rápido posible, volver al monte, pero esta vez más al norte, a la zona del dique El Cadillal. Santucho confiaba en que, si abrían un segundo frente rural, iba a complicarle las cosas al Operativo Independencia: los militares tendrían que dividir sus fuerzas. Pedregoza tenía mucho respeto por la dirección del PRT, pero no estaba muy convencido.

El lunes 20 de octubre el comandante en jefe del Ejército, general Jorge Rafael Videla, viajó al Uruguay para participar en la Conferencia de Ejércitos Americanos. Al día siguiente, el general Viola, jefe del Estado Mayor del Ejército, se reunió con las comisiones de Defensa de Diputados y Senadores. Viola informó a los legisladores que, desde febrero, en Tucumán habían muerto 20 hombres del Ejército y «unos 150 guerrilleros». El miércoles, la Comisión de Acuerdos del Senado dio el visto bueno para el ascenso de Videla a general de división. El jueves, en Montevideo, después de su discurso oficial, Videla recibió a varios periodistas extranjeros. El general, muy distendido, habló del futuro de la Argentina:

—Si es preciso, en la Argentina deberán morir todas las personas necesarias para lograr la seguridad del país. El esfuerzo actual de las Fuerzas Armadas lo seguiremos haciendo a costa de cualquier sacrificio, en un todo de acuerdo con el gobierno de mi país.

El 26 de octubre el Ejército dio un comunicado oficial que decía que los muertos —desde febrero de ese año— del lado de la guerrilla en el sur de Tucumán sumaban 104, de los cuales 37 se habían producido en el mes de octubre. El informe no hablaba de heridos ni de prisioneros, porque el

Ejército no tomaba prisioneros y remataba a los heridos, salvo a los que torturaba antes para conseguir información. El informe no aclaraba que casi un 70 por ciento de esas bajas correspondía a pobladores: algunos de ellos colaboraban con el ERP, y otros ni siquiera.

Octubre de 1975. En un artículo titulado «Juicio revolucionario a un delator», el número 8 de *Evita Montonera* informaba que «el 6 de septiembre pasado fue ejecutado en Córdoba el delator Fernando Haymal (Valdés) en cumplimiento de la sentencia dictada el 26 de agosto por el Tribunal Revolucionario. Lo que sigue es una síntesis del juicio revolucionario que se le realizó:

»A Fernando Haymal se lo acusa de traidor y delator por los siguientes cargos:

»A. Haber delatado la casa donde vivía un compañero de la Organización.

»B. Haber delatado un local de funcionamiento donde se había construido un depósito en cuya construcción el acusado había participado.

»C. Haber causado con su delación torturas y vejámenes a más de 10 compañeros.

»D. Haber causado con su delación la muerte del compañero Marcos Osatinsky.

»E. Haber causado con su delación la caída de diversos medios materiales de la organización como dinero, armas, municiones, explosivos, casas, coches, elementos de propaganda, etc.

»F. Haber causado con su delación el pase a la ilegalidad de varios compañeros.

»G. Haber causado con su delación un triunfo político-militar del enemigo.

»Se consideran como elementos agravantes de la situación:

»1. Ser consciente de la importancia de los datos que entregaba al enemigo ya que le constaba que la casa que entregaba era un lugar de vivienda de un compañero, donde además se solían hacer reuniones, y conocía perfectamente cuál era el ámbito organizativo que funcionaba en el local que entregó, qué era lo que había en el mismo y cuáles y cuántos eran los compañeros que concurrían permanentemente a ese lugar.

»2. Haber tenido una reunión de su ámbito, poco tiempo antes de su caída, donde se plantea especialmente las cosas que podían conocer los compañeros que formaban parte del mismo, y cuál debía ser su comportamiento en caso de caer en manos del enemigo.

»El Tribunal Revolucionario considera como ciertos y probados los siete cargos que se le hacen al acusado, lo que se deriva de los hechos objetivos ocurridos, del testimonio de los compañeros detenidos a partir de esos hechos y del testimonio escrito por el propio acusado.

»Respecto a los atenuantes que plantea el acusado no son válidos por las siguientes razones:

»El principal método que el enemigo tiene hasta ahora para investigar a la Organización es la aplicación de torturas a los compañeros que logra detener. Por esa razón cualquier compañero que es detenido es torturado. Los compañeros que han caído en manos del enemigo desde el principio hasta ahora han sido torturados. De ese conjunto, cuyo número oscila entre 800 y 1000, el 95 por ciento pasó con éxito la tortura sin entregar ningún dato de importancia al enemigo. Hay un 4 por ciento que entregó algunos datos y un 1 por ciento o menos que declaró todos los datos que conocía.

»Esta estadística demuestra por sí sola que la tortura es perfectamente soportable y que no es un problema de resistencia física sino de seguridad ideológica, ya que ha habido compañeros y compañeras de escasa fortaleza física que han superado totalmente esta situación.

»Respecto de lo planteado por el acusado en cuanto a que pasó más de 96 horas sin que la organización supiera nada de él, y aún suponiendo que eso pudiera ser cierto, ese hecho no lo releva de la obligación de no brindarle datos al enemigo ya que la norma de la Organización para el caso de torturas es que los compañeros no deben hablar en ningún caso, dado que cualquiera sea el tiempo transcurrido siempre se le brinda datos al enemigo que perjudican a la Organización y al propio compañero.

»Este Tribunal considera como probados los cargos que se le hacen al acusado, pero además de estas afirmaciones quedan otros elementos por señalar.

»Debemos ser conscientes que lo que se juega en este tipo de hechos es la continuidad y sobrevivencia de la Organización misma; ya que el funcionamiento clandestino no garantiza que los compañeros no conozcan casas, caras, nombres y ámbitos de la misma.

»Por ello la indestructibilidad de la Organización no radica en sus normas de funcionamiento y clandestinidad; y ni siquiera en las propuestas políticas, organizativas y militares que lleva a la práctica, sino principalmente en la consistencia y profundidad ideológica con que sus cuadros desarrollen esa práctica.

»Por estas razones, más las ya apuntadas anteriormente, este Tribunal considera que habiendo incurrido el acusado Fernando Haymal en los delitos de Traición y Delación debe ser condenado a ser pasado por las armas en el lugar y momento en que se lo encuentre».

Poco antes, los Montoneros habían publicado un documento que explicaba a sus militantes qué hacer ante la tortura que, a esa altura, era inevitable tras cualquier detención:

«Muchas de las razones por las que nos golpean o derrotan se deben a que no comprendemos cabalmente la etapa de resistencia en la que nos encontramos, manteniendo comportamientos de la anterior etapa de legalidad.

»Ahora cualquier compañero debe incorporar concientemente la posibilidad de caer en cana y ser interrogado mediante torturas. Porque más allá de los enfrentamientos entre ellos, nuestro enemigo coincide en un objetivo: destruirnos.

»La caída de un compañero lleva siempre consigo el riesgo de que el enemigo pueda arrancar datos más o menos importantes; además, su situación puede complicarse en la medida en que no sepa cómo manejarse en esa situación. Por lo tanto, no podemos dejar librado a la improvisación de cada uno la forma de enfrentar y superar el momento, máxime cuando contamos con una experiencia histórica para ayudarnos.

»Esa misma experiencia indica que en la mayoría de los casos los compañeros torturados no han cantado. Por eso, tampoco podemos dejar de enjuiciar y castigar a los compañeros que entregan información al enemigo, cualquiera sea la circunstancia en que lo hacen. Salvarnos individualmente ayudando al enemigo a destruirnos es una actitud que merece el repudio de nuestros compañeros y del pueblo.

»COMBATIRLOS SIEMPRE. La cana y los milicos son nuestros enemigos siempre. Por eso, cuando un compañero es detenido la guerra no ha terminado para él, sino que comienza un nuevo combate con ese enemigo. Con este espíritu hay que enfrentarlos. Es, además, la única posibilidad de salir victoriosos en una situación totalmente desfavorable: estamos solos y en sus manos. Ellos lo saben y especulan con esto para desmoralizarnos y quebrarnos, recurriendo a distintos métodos que incluyen la agresión física y la agresión. (...)

»LOS TORTURADORES Y LA TORTURA. Es que allí se produce el choque de dos odios irreconciliables: el pueblo peronista frente a la práctica deshumanizada del imperialismo, este gobierno de traidores y los sectores que detentan el poder. Ellos son profesionales al servicio de la explotación y

nosotros la voz de los explotados; por eso, cada compañero que triunfa ante la tortura contribuye en la tarea de debilitar al enemigo. Nuestra victoria es el silencio: evitar que caigan datos que ayuden a la destrucción de las fuerzas populares. Por otro lado, no hay salvación individual: el compañero que canta no alivia su situación y se destruye como persona, porque ha traicionado a los suyos. En esto cabe recordar una frase que le gustaba repetir al general Perón: “Miedo sentimos todos; lo importante es tener más vergüenza que miedo”.

»La tortura duele pero no es el dolor lo insoportable, sino la situación y condiciones en las que nos encontramos. La única arma es mantener nuestra solidez y dignidad.

»En una oportunidad se juntaron en una celda un compañero que esperaba para ir a la parrilla y otro que volvía de ser torturado. Cuando los torturadores lo dejaron solo dejó de quejarse y dijo: “Estoy bien, no te calentés; es como un calambre fuerte, nada más”.

»La tortura es un síntoma claro de este sistema y el torturador un hombre que está perdido para la sociedad y tiene que desaparecer. No hay otra alternativa que eliminarlos. El contacto con ellos es repugnante, genera rabia, decisión de pelear y miedo a la vez, porque uno sabe que está en sus manos. Frente a esa calaña repulsiva, hay que pelear y los años de lucha y experiencia demuestran que se los puede vencer.

»ENGAÑARLOS SIEMPRE. Al tomar contacto con la cana y estar ante la posibilidad de una detención, siempre hay que tratar de engañarlos. Lo primero es no resultar sospechoso y para ello hay que tener siempre una explicación coherente, corta, sin titubeos, y si es posible que pueda ser confirmada por otras personas. Es fundamental elaborar un “verso” para cada circunstancia y en todo momento para justificar la permanencia en determinado lugar. Lo mismo cuando dos o más compañeros están juntos; la primera tarea es convenir un “verso” para evitar contradicciones ante la represión.

»Es muy importante tener un domicilio limpio para darle a la cana y la gente que viva en el mismo lo sepa. Tampoco hay que llevar encima papeles innecesarios. Todo compañero debe arbitrar los medios para que si es detenido se enteren sus compañeros. Ante tentativa o conocimiento de detención, siempre hay que tratar de escapar. Lo mismo, al confirmarse la detención, la principal tarea en la cárcel es trabajar en un plan de fuga. (...)

»LA INCOMUNICACIÓN. El paso siguiente al ser detenido es quedar incomunicado; durante esos días no es posible ver ni abogados ni familiares. Es el momento en que nos encontramos en la situación más desfavorable y el

que aprovechará la cana para obtener datos y pistas, recurriendo a la tortura. En esta situación, hay algunas normas que es importante tener en cuenta:

- a) olvidar todo lo que se sabe y convertirse en un sorprendido que ignora el motivo de la detención;
- b) dar sensación de ser torpe o instrumento de otro a quien no se conoce;
- c) únicamente aceptar que se es peronista;
- d) no creer nada de lo que diga la cana aunque parezca verosímil;
- e) en caso necesario cargarle la responsabilidad a un tercero inexistente y poniéndole nombre y describiéndolo minuciosamente;
- f) no reconocer nada ni a nadie;
- g) no responder a ninguna provocación;
- h) no cargarle responsabilidades a ningún compañero;
- i) recordar que “al que más sabe más le dan”; esto lo demuestra la experiencia;
- j) no usar términos del lenguaje militante;
- k) hacerse repetir las preguntas para ganar tiempo, simular que no se entienden, que no se conocen los términos que se utilizan;
- l) contestar lentamente para ir fijando las respuestas y no contradecirse;
- ll) tratar de enterarse de cuáles son los datos que posee el enemigo y hacia dónde quieren llegar las preguntas;
- m) recordar que cualquier mínima cantada puede ser usada para prolongar la tortura de otros compañeros.

»Lógicamente, cada compañero deberá adecuar estas normas a su caso personal y las particularidades del momento de la detención. No es lo mismo ser detenido casualmente que con las manos en la masa. No obstante, aún en este último caso, el primer deber del compañero es negar la acusación; esto tiene un alto valor revolucionario: impedir el conocimiento policial, proteger a sus compañeros, posibilitar recuperar la libertad, y a la vez evidenciar en forma práctica el sentido de la moral revolucionaria de no transigir con el sistema.

»La cana conoce tanto estos consejos como los que demos más adelante. Pero no importa demasiado; se trata de que el desconocimiento o la duda que ellos tengan los usemos a nuestro favor. A menos que se lo digamos, ellos no saben frente a quién están.

»De todo esto se infiere que no cantar no consiste en quedarse mudos y resistir estoicamente, porque eso es perjudicial; por el contrario, se trata de tener una historia creíble y repetirla sin contradicciones. (...)

»LA TORTURA COMO MÉTODO. Normalmente, estos criminales desarrollan todo un plan preconcebido para quebrar a los compañeros; la siguiente es una síntesis de los procedimientos más frecuentes:

»TORTURAS QUE TIENDEN A LOGRAR SUBORDINACIÓN E INTIMIDACIÓN: trato muy enérgico dando órdenes acompañadas de empujones y golpes; amenazas de más torturas y muerte, llegando a montar simulacros de fusilamiento; sádica descripción de torturas y muertes de compañeros; amenazas contra la vida de seres queridos; torturas de los mismos en presencia del detenido o hacerle creer que se los tortura en una pieza aparte.

»BUSCAN QUE EL TORTURADO SE SIENTA INERME, ABANDONADO Y VEA TODO PERDIDO: tratan de que entienda que ya no se interesan por él; comunican que los compañeros detenidos conjuntamente han declarado en contra suya; hacen aparecer los pequeños datos que poseen como declarados por los compañeros; comunican que tienen detenidos a otros.

»BUSCAN LA QUEBRADURA MORAL DEL COMPAÑERO: tratan desde un principio de obtener alguna confesión, un dato fácil que incluso pueden conocer; a partir de allí hacen notar que ya traicionaron, apelando a todos los medios para que el compañero se sienta culpable, profundizando su incertidumbre. Tratan de corromper; en los momentos de inseguridad, ofrecen la posibilidad de una buena vida en otro país haciéndolo desaparecer para quedar bien con los compañeros.

»BÚSQUEDA DEL AGOTAMIENTO Y LA INCERTIDUMBRE: aparecen a torturar irregularmente y amenazan con volver enseguida creando un estado de espera angustioso, hacen escuchar torturas y confesiones como de compañeros en otras piezas (usan grabaciones propias); charlas entre ellos, muy hábilmente hechas, en las que dan datos para que se crean.

»COMPORTAMIENTO DEL COMPAÑERO. Además de lo dicho al principio de este artículo, se pueden dar normas generales para neutralizar e incluso frenar el trabajo de los torturadores.

»En general la tortura cesa cuando consideran que el detenido no da más. Por eso conviene mostrarse como que ya se ha llegado al límite, exagerando siempre las manifestaciones de dolor, con habilidad. Está el ejemplo de un compañero que trataba de contenerse cuando le aplicaban la picana donde más le dolía y gritaba mucho cuando le daban en las zonas más soportables; logró engañarlos y redujo sustancialmente la cuota de dolor.

»Es útil mantener firmeza y seguridad en el tono, pero sin ser violentos ni responder con más energía cuando nos hacen acusaciones falsas. Las posturas

heroicas no sólo son inútiles en esa situación, sino también negativas porque dejan sin efecto la imagen de inocencia que debemos representar.

»Hay que evitar concentrarse en el dolor o en lo mal que uno lo está pasando; menos aún lamentarse de las equivocaciones que nos llevaron a caer. Allí sólo hay que pensar en defendernos correctamente. (...)

»Al enemigo hay que mentirle y engañarlo; ése es el modo de luchar contra ellos».

Daniel De Santis escuchaba al Pampa Delaturi, que hablaba con gran seguridad, y lo asaltaba un pensamiento que él creía mezquino: «cuando éste estaba en el PC se disciplinaba al aparato, ahora que está en el PRT discute todo porque somos un partido joven». Pero también lo preocupaba el hecho de que el Pampa lo estaba convenciendo. De Santis había llevado la postura oficial de su partido a una reunión con los responsables de los frentes fabriles de la zona sur: por primera vez el PRT se disponía a festejar el 17 de octubre en la Plaza de Mayo. El Pampa se oponía:

—Pero, hermano, ¿cómo vamos a llamar nosotros a la Plaza? Escuchame, yo no fui nunca, ni cuando llamaba Perón... ¿Voy a ir ahora, que llama la Chabela? ¿Les voy a ir a decir a los compañeros de Propulsora que ahora el Pampa es peronista, che? ¡Se me cagan de risa!

De Santis intentó una defensa:

—Con ese criterio no tendríamos que haber llamado el 30 de junio, cuando convocó la burocracia sindical.

—¿Por qué?

—Porque la burocracia y el gobierno son la misma cosa, Pampa, ¿me estás jodiendo?

—Era un llamado gremial, por la vigencia de las paritarias. Ahí no importa quién convoca. Pero éste es un llamado político, po-lí-ti-co, del gobierno...

Sin mucha convicción, De Santis desparramó argumentos: que había que buscar la unidad contra el golpe, que sin Perón no había riesgo de ir a la cola. El Pampa estaba inflexible:

—Con esa línea estoy de acuerdo para que Propulsora se movilice el 16 o el 18 de octubre, pero para mí ir el 17 bajo el llamado de Isabel es un descuelgue total.

Todos estuvieron de acuerdo con el Pampa: incluso De Santis, que al día siguiente, por primera vez, llevó una postura contraria a la oficial a la reunión de dirección regional. Fermín, el responsable político, le dijo que iba a tener

que transmitir a la dirección su indisciplina política y De Santis se fue del encuentro pensando que lo iban a sancionar. Estaba preocupado. Pero la cosa no pasó a mayores, porque a los pocos días, cuando volvió a reunirse la dirección regional, Fermín hizo el balance. El 17, Isabel había juntado unas 30.000 personas en la Plaza de Mayo, que la escucharon hablar contra «la subversión y la inmoralidad».

—Bueno, como todos saben, la convocatoria de Isabel fue intrascendente. Pero la burocracia estaba mansita: unos compañeros llevaron unos carteles del PRT y los tipos se quedaron piolas.

—No, yo el fin de semana no puedo porque es el único momento que tengo para estar un rato con mi compañera y mi hijo.

—Sí, yo también.

—¿Y vos, Victoria?

Graciela Daleo no tenía esa necesidad, y le tocó. Le parecía un chiste: en general, las mujeres militantes tenían problemas para sus tareas porque sus compañeros solían tener un nivel más alto y, entonces, si había dos tareas al mismo tiempo, eran ellas las que tenían que sacrificarse y quedarse con los hijos u ocuparse de la casa. Así se armaba el círculo vicioso: eso les impedía, a su vez, militar más en serio y, por lo tanto, seguían en un nivel más bajo que sus compañeros. No hacía más de una semana que Graciela había tenido, en un ámbito de colaboradores que atendía, una discusión larguísima entre dos de los militantes, marido y mujer, porque ella reclamaba que él también se hiciera cargo de cambiarle los pañales y alimentar a su bebé.

—No, no es por feminismo, ésas son boludeces que inventan en los países centrales para distraer a la gente de la lucha de clases, para ponerlos a pensar en cuestiones secundarias. Pero tampoco es lógico que yo tenga que hacerme cargo de todo.

Decía Elsa, y Roberto le contestaba que entonces qué era, que si era una especie de reivindicación individualista que interfería en su práctica política, o qué. Ella contraatacaba:

—Lo que es increíble es que un tipo como vos, con un compromiso revolucionario, me haga estos planteos. Y tampoco puedo entender que la organización no se ocupe un poco más de estos problemas...

—Bueno, la organización se ocupa en la medida de lo posible. Pero eso no quiere decir que los vayamos a resolver así, de un plumazo. Yo estoy de acuerdo en que los compañeros deberían tratar de cambiar también en esas cosas, pero esto no se modifica automáticamente porque entremos a militar.

Nosotros no somos marcianos que llegaron acá en platos voladores: somos gente como todos los demás. No es que nosotros militamos porque somos mejores que los demás: somos militantes porque nos damos cuenta de dónde están las cosas jodidas, y con la militancia tratamos de modificarlas, ¿no?

Decía Graciela, y Elsa estaba de acuerdo pero insistía en que tenían que solucionar el problema y Roberto volvía a contestarle y la discusión se eternizaba.

—Che, pero no podemos pasarnos horas discutiendo estas boludeces. Esto es un ámbito militante, no es un lugar para hacer terapia de pareja.

Dijo otro militante, y Graciela no estaba de acuerdo:

—No, también es importante discutir estas cosas. Se supone que esto es un ámbito integral, donde importa discutir política y organizar las tareas, pero también importa que nos vayamos formando como revolucionarios, como personas.

Ese viernes Graciela, como no tenía una familia que cuidar, tendría que pasarse todo el fin de semana cuidando a tres militantes que tenían que cumplir una sanción: dos días de arresto. Se lo acababa de decir su responsable que, precisamente, era uno de los sancionados.

—¿Y por qué fue la sanción?

—Eso no es algo que tengamos que discutir acá, Victoria.

Los tres sancionados y su carcelera se instalaron a pasar el fin de semana en la oficina de la empresa de importaciones y exportaciones donde trabajaba Graciela. Cada uno de ellos estaba encerrado en una oficina distinta, solo, sin libros ni diarios: tenían que dedicar esas 48 horas a elaborar un texto de autocrítica. Y Graciela tenía que prepararles la comida, pasar a verlos cada dos horas, llevarlos al baño cuando se lo pedían y apagarles la luz a las ocho de la noche. Durante todo el fin de semana, Graciela se sintió muy incómoda con su nueva función: casi ridícula, un poco absurda. Pero la cumplió. Y, poco después, le tocó estar del otro lado.

El 25 de octubre cayeron presos varios militantes que conocían su nombre y dirección: al día siguiente, Graciela recibió la información y la orden obvia de dejar la casa de sus padres.

—Mamá, me voy a tener que ir de casa por unos días...

—¿Por qué, nena, qué pasa?

—No, nada, cayó un compañero mío de la unidad básica que conocía mi dirección.

—Bueno, andá y decíselo a tu padre.

Su padre empezó a putear. Graciela trató de no escucharlo y metió un poco de ropa en un bolso; después sacó, del fondo de un armario, un paquete con mucha plata y dos pistolas que le habían dado para que guardara. Sus padres no los vieron. Esa noche, Graciela se instaló en el departamento de una pareja de militantes que la alojarían por unas semanas. Su responsable le prohibió que volviera a la casa de sus padres, su domicilio legal: por seguridad. Pocos días después se encontró con su madre en Las Violetas. La señora estaba muy enojada:

—Graciela, dice tu padre que no vuelvas más. Mientras sigas con todo esto, no vuelvas, dice.

Fue un golpe duro. Pero igual poco tiempo después, para el cumpleaños de su madre decidió que tenía que ir a verla. La visita fue corta: amable pero tensa. Y, en su siguiente reunión, Graciela se lo comentó a su responsable:

—Pero cómo se te ocurre, Victoria. Vos sabías que bajo ningún concepto tenías que ir ahí.

La sanción fue leve y utilitaria: tendría que pintar un cuarto del departamento donde estaba parando en esos días, un lugar grande y prestado que tenían que devolver pronto en buenas condiciones. Graciela se pasó todo ese día haciendo desastres con el rodillo, mientras pensaba en la autocrítica que tendría que hacerse en su reunión siguiente.

En esos días había aparecido el «Código de Justicia Penal Revolucionaria», que todos llamaban el reglamento montonero. Empezaba diciendo que sería aplicable a partir del 1.º de enero de 1976 a todos los oficiales y aspirantes de la organización y, en algunos casos, a los soldados, milicianos y militantes de las agrupaciones. El Código definía «los delitos» de traición —«quien colabore o sirva conscientemente al enemigo»—, deserción —quienes abandonaban la organización sin comunicarlo, o sin autorización, o durante una operación—, confesión —quienes «en el curso de los interrogatorios que le efectúe el enemigo... suministren datos que perjudiquen exclusivamente al declarante»—, delación —«la entrega consciente al enemigo de datos o elementos que puedan perjudicar objetivamente a la organización... aun cuando hayan sido objeto de apremios»—, insubordinación —quienes «no acaten o se rebelen contra las órdenes o resoluciones expresas»—, conspiración —quienes «realicen una actividad concreta orientada a lograr una división o fraccionamiento de la organización»—, acumulación de poder —«la actividad concreta realizada con la finalidad de acumular poder para un individuo o un grupo», cuando no se realice de acuerdo con «los procedimientos orgánicos»—, defraudación —

quienes «se apropien en su beneficio de bienes de la organización»—, malversación —quienes «cambien el destino de los fondos recibidos sin previa consulta»—, abuso de autoridad —«quienes imponen su mando en beneficio propio o para fines ajenos a la organización, o quienes faltan el respeto a sus subordinados, o quienes dictan órdenes basadas en la arbitrariedad»—, negligencia en el mando —«quienes no utilizan la autoridad que les corresponde para corregir todo tipo de errores, desviaciones o delitos de los subordinados»—, evasión —«quienes evadan someterse a un juicio revolucionario o no cumplan sus penas»—, deslealtad —«quienes tengan relaciones sexuales al margen de la pareja constituida; son responsables los dos términos de esa relación, aun cuando uno solo de ellos tenga pareja constituida»—, reiteración de faltas leves, encubrimiento, instigación y complicidad.

Después venían «las penas»: degradación, expulsión, confinamiento, destierro, prisión. El fusilamiento, la pena máxima, estaba contemplado para los casos de traición, deserción, delación, insubordinación, conspiración, defraudación, abuso de autoridad, evasión, encubrimiento, instigación y complicidad. Pero esta pena, decía el Código, sólo podía ser aplicada por el Consejo Nacional de la organización.

Diez

—Doctor, necesito que me haga un favor. Preciso que le haga un diagnóstico a un paciente con síntomas de enfermedad cerebral.

—Cómo no, doctor, tráigalo a la clínica.

—No, doctor, tendría que ir a ver al paciente a su casa. Yo paso a buscarlo a usted.

—Cómo no, doctor.

Ángel Monti era un neurólogo muy acreditado, y parecía una buena persona. Su colega había sido claro, y Monti esperó con su maletín hasta que pasaron a buscarlo en un fiat 1600. El que manejaba no era médico, y los llevó con algunas vueltas hasta un lugar impreciso. Monti se dio cuenta de que pasaba algo raro pero prefirió no preguntar: le habían pedido que se ocupara de un enfermo, y eso era lo que iba a hacer. Mientras, el clínico le seguía informando:

—Vea, el paciente hace más de un mes que sufre terribles dolores de cabeza, mareos y cambios bruscos de presión. En los últimos días, su estado es crítico.

—Bueno, vamos a verlo, doctor.

Era la primera vez que a Monti lo llevaban a ver a un paciente en la clandestinidad. Lo que le importaba era estudiar el caso, intentar algo. Finalmente llegaron a una casita sencilla.

—Pase, por favor.

Le dijo una mujer de suéter y pantalón. Pese a su abatimiento, con una mejilla apoyada en la almohada y los ojos entrecerrados, Agustín Tosco conservaba una expresión firme. Monti lo reconoció enseguida y sintió una emoción que no quiso mostrar. Lo había visto en fotos, en entrevistas por televisión. Y pensaba que era un hombre noble, un luchador. Le puso la palma de la mano sobre la frente ancha y afiebrada. Tosco quiso balbucear algo y Monti lo acarició. Después de unas pocas preguntas a su colega y de unos exámenes primarios, Monti se sacó los anteojos y prefirió que siguieran hablando en el living:

—Doctor, no hay mucho que hacer. En mi opinión se trata de un tumor cerebral y creo que ya está en estado de precoma. Habría que internarlo

urgente y, aun así, parece irreversible.

Se hizo un silencio profundo. Monti guardó sus pocos instrumentos en el maletín y trató de disimular su suspiro. Siempre era duro comunicar algo así. La mujer del suéter era Susana Funes: había sido la compañera de Tosco durante años; después se habían distanciado y, con su enfermedad, habían vuelto a encontrarse.

Cuando Alberti, Murúa, Di Toffino, los más íntimos, supieron que no había mucho que hacer, se movieron rápido: el PC ofreció trasladarlo a una clínica a Rosario y, ahí, en la clandestinidad, Agustín Tosco pasó sus últimos días. Murió el 5 de noviembre de 1975, a los 45 años. Hacía veinte años que había ganado su primera elección como secretario general de Luz y Fuerza de Córdoba.

Esa noche, Norberto Burni, el Flaco Murúa, el Chiquito Díaz, y Cachito Álvarez jugaban al billar en el Club Eléctrico de las afueras de Córdoba. Casi no hablaban, sólo se escuchaba el rumor de la música de fondo y el golpe seco del marfil cuando chocaban las bolas. Pasadas las diez llegó otro militante con la noticia:

—Compañeros, se murió el Gringo.

Burni se sintió muy estúpido con el taco de billar en la mano. Antes de que cualquiera hiciera un gesto de duelo, el emisario advirtió:

—Por ahora no hay que decir nada, a nadie. Di Toffino y Alberti dijeron que si la cana se entera se van a querer afanar hasta los huesos del Gringo.

Esa misma noche Alberti salió hacia Coronel Moldes, el pueblo natal de Tosco, al sur de la provincia, para darle la noticia a su padre y llevarlo a Córdoba. Otros fueron a buscar a su ex esposa y a sus dos hijos. Al día siguiente llegó de Rosario el cajón con el cuerpo, y sus compañeros decidieron hacer pública su muerte. Arnaldo Murúa fue a la jefatura de Policía para informar que iban a velarlo en Redes Cordobesas, un club de básquet ligado a la historia de Luz y Fuerza. Lo atendió un comisario que había sido estrecho colaborador de García Rey:

—¿Y nosotros cómo sabemos que de veras es Tosco, doctor? ¿Adónde está el certificado de defunción?

—Acá lo tiene, está firmado por un médico de Rosario. Vea, lo que queremos es que nos dejen hacer el velatorio en paz.

—Ah, mire, doctor, esto tiene que ir a la Justicia. Los forenses tendrán que determinar de quién es el cuerpo que usted dice que es de Tosco. ¿Y si a usted lo engañaron, doctor?

—Comisario, lo que queremos es que nos dejen despedir al compañero en paz.

—Bueno, ustedes se hacen responsables de lo que pase. Usted sabe que Tosco era un prófugo, así que tengan mucho cuidado.

El viernes 7 de noviembre, aniversario de la revolución soviética, el club se convirtió en capilla ardiente. La gente empezó a llegar a la madrugada. Las plantas de la EPEC funcionaron con la guardia: de todos los talleres salían los obreros para despedir a su secretario general. Jubilados y activos se turnaban para sostener un gran cartel que decía Luz y Fuerza en la Resistencia. A las dos de la tarde las fábricas de la ciudad hicieron paro y llegaron delegaciones de todos los sindicatos. Arturo Illia pasó muchos minutos junto al cajón, en silencio. A las cinco, cuando estaba por salir el cortejo, la Guardia de Infantería había cercado todos los accesos, pedía documentos, palpaba de armas a cualquiera que se acercara. Los autos negros partieron a paso de hombre.

—Vamos a llevarlo a pulso, compañeros.

Antes de salir, un obrero muy joven, del taller electromecánico, el mismo donde Tosco había empezado a trabajar cuando tenía 18 años, lo saludó:

—Gringo, héroe y mártir de la lucha popular: ¡Hasta la victoria siempre!

—¡Hasta la victoria siempre!

Gritaron todos antes de salir. A lo largo de los seis kilómetros que los separaban del cementerio de San Jerónimo, los vecinos se paraban con flores en la mano para despedirlo. Unas diez mil personas marchaban tras el cuerpo. Durante todo el trayecto un helicóptero policial sobrevoló el cajón a unos treinta metros de altura. El rugido del motor y el zumbido de las aspas advertían que todavía faltaba más. Cuando llegaron al cementerio la policía les informó que sólo dejarían entrar a los familiares y a un pequeño cortejo. No le hicieron caso y entraron todos, pero el clima se volvió muy pesado. Felipe Alberti se paró en un banquito al lado del panteón de Unión Eléctrica y empezó a hablar con un megáfono. Un grupo de policías, mientras tanto, se abalanzó sobre el cajón.

—¡No! ¡Se quieren llevar al Gringo!

Algunos quisieron defender el féretro. Otros se dieron cuenta de que, en ese momento, empezaban los tiros. Cada cual se escondía donde podía. Unos se protegieron detrás de los árboles, otros entre los muros de las bóvedas. Estaba oscureciendo. Muchos de los que salían eran atrapados y subidos a los carros de asalto. Esa noche hubo doscientos presos. Al día siguiente, un grupo

fue a terminar la ceremonia y dejaron en el panteón una placa de bronce: Agustín José Tosco — 22 de mayo de 1930 — 5 de noviembre de 1975.

Poco después el Intruso Molina, interventor del sindicato, emitió una circular para convocar a una asamblea. El salón de actos de Luz y Fuerza se colmó. La intervención presidía la reunión. El Intruso tenía el libreto preparado:

—Tal como establece el estatuto del sindicato, los afiliados deberán elegir a través del voto a sus representantes para discutir las paritarias con las autoridades de la Empresa Provincial de Energía de Córdoba y los representantes del ministerio de Trabajo.

Cuando el interventor terminó de hablar, Di Toffino y Alberti se pararon para pedir un minuto de silencio por Tosco. Cientos de obreros se pusieron de pie y aplaudieron un rato largo:

—¡Se siente,/ se siente,/ el Gringo está presente!

Cuando todos se sentaron, Di Toffino y Alberti hicieron lo mismo que habían hecho en ese salón de actos los últimos veinte años de su vida: explicaron por qué tenían que mejorar el convenio de trabajo. Después de una intervención muy breve, Alberti sacó un papelito con la nómina de los delegados paritarios:

—Compañeros, como siempre hemos hecho los compañeros de la Azul y Blanca, proponemos una lista unitaria, representativa, así que les proponemos que sea votada por aclamación, porque aunque los interventores sigan teniendo el edificio sindical, nosotros tenemos el ejemplo del Gringo Tosco que nos sirve de guía...

—¡Bravo, Alberti!

—¡Viva Luz y Fuerza en la Resistencia!

—¡Viva!

La asamblea aceptó la lista de la Azul y Blanca. Las reuniones paritarias se llevaron adelante y antes de fin de año se renovó el convenio de los trabajadores de Luz y Fuerza de Córdoba. En cuanto a las condiciones de trabajo que establecía, el convenio era muy favorable a los trabajadores —y todavía sigue vigente—.

—Ante lo inevitable del avance represivo, la dirección provincial tiene la responsabilidad de centralizar todo el material que tenga que quedar a resguardo. Los camaradas de mayor confianza tienen que supervisar personalmente que se guarde todo en los tambores y que todos los miembros

del partido destruyan agendas, direcciones, escondan sus bibliotecas, sus carnets...

La instrucción provenía de un viejo dirigente del Comité Central, miembro de la secretaría de organización del PC: terminaba el año y cada frente tenía que esconder en grandes tambores de aceite todo lo que lo incriminara o pudiera dar datos a la represión y que, al mismo tiempo, necesitara conservar. Después enterrarían los tambores en jardines: los documentos, envueltos en plástico, podían quedar allí durante años, hasta que volvieran las condiciones para usarlos. A Eduardo Sigal no lo sorprendió la directiva: en los últimos meses las orientaciones se centraban en preservar a los militantes y bajar el ritmo de actividades a lo indispensable.

—¿Las armas también?

—Sí, camarada, solamente tienen que conservar sus armas personales los camaradas que puedan ser objeto de atentados parapoliciales. El resto del armamento tienen que esconderlo.

Metieron en los tambores cantidades de armas largas: la dirección consideraba que tras el golpe no les servirían. Hacía meses que las estructuras del partido habían empezado a pasar en clave y esconder las fichas de afiliados, listados de militantes o colaboradores y otras informaciones importantes. Y ciertos militantes dejaban de tener cualquier actividad y hacían ver que habían renunciado al partido: su única actividad consistiría en mantener una casa segura para reuniones o para esconder a algún cuadro.

Por momentos, Eduardo tenía la sensación de que en esa insistencia en la autopreservación había cierta pasividad, más expectación que protagonismo. Y otro tema lo tenía un poco confundido: en cada declaración de un militar de alto rango, los cuadros del PC buscaban su posible filiación pinochetista o democratista, dura o blanda. El cuadro del Comité Central trataba de no caer en análisis superficiales:

—Si bien las Fuerzas Armadas tienen un carácter de dominación de clase, en esta coyuntura es sumamente importante buscar una salida al desgobierno y al descontrol parapolicial. Cuando hablamos de un gobierno cívico-militar de amplia coalición democrática es porque estamos pensando en una salida a la crisis, en un gobierno provisional, capaz de encarrilar esta situación de agobio y encarrilar al país a través de una salida constitucional. En ese proceso, los militares con tradición sanmartiniana tienen un rol importante que jugar...

El tema era delicado: Eduardo sabía que no podía preguntar con qué generales tenía contacto la dirección partidaria, pero daba por hecho que tenía

una idea clara de quiénes eran los aliados y quiénes los enemigos en las planas mayores castrenses.

Esa noche, Eduardo y Mabel charlaron sobre ese golpe que parecía tan cercano, y decidieron quedarse en el departamento de Villa Elisa: seguramente no estaba quemado, y el vecindario lo tenía por la casa de un oficinista de hábitos y horarios normales. En el último año, Eduardo casi no había pisado la ciudad de La Plata, y había hecho todas sus reuniones en lugares tranquilos, alejados. Sus condiciones de seguridad eran bastante buenas. Y entre la renta que le seguía pasando el partido y el sueldo de docente de Mabel les alcanzaría para seguir manteniéndose, justos pero sin penurias.

—Mirá, Mabel, por más que las condiciones internas sean tan adversas y tengamos que vivir este período de incertidumbre, yo tengo una gran fe en el avance histórico del socialismo y el comunismo, en los logros del campo socialista y en el rol de vanguardia de la Unión Soviética. Ya vas a ver cómo todo esto se compone, y sin duda vamos a salir fortalecidos, una vez más, de toda esta coyuntura.

Noviembre de 1975. El lunes 3, Pier Paolo Pasolini, uno de los directores de cine e intelectuales más interesantes de la cultura italiana contemporánea, murió asesinado en la playa de Ostia por un adolescente marginal que dijo que el director, de 53 años, le había hecho propuestas sexuales. Una semana después su última película, *Saló o las 120 jornadas de Sodoma* —un relato que mezclaba los últimos días del fascismo italiano con una obra del marqués de Sade, una de las películas más inquietantes que se hayan filmado— fue prohibida por el gobierno italiano. En esos días, el suplemento cultural de *La Opinión* publicaba fragmentos de una polémica entre Pasolini y Alberto Moravia sobre ciertos cambios de la sociedad italiana. Pasolini arremetía sobre todo contra la televisión y la escuela. En algún punto, su preocupación prefiguraba las causas de su propia muerte:

«¿Qué es lo que ha transformado a los proletarios y subproletarios italianos en pequeños burgueses cada vez más devorados por la ansiedad económica? ¿Qué ha transformado a esta masa de jóvenes en masa de semicriminales? Lo he dicho diez veces y lo repito: una segunda revolución industrial, que es la primera de Italia, el consumismo que ha destruido cínicamente un mundo “real” transformándolo en una irrealidad total donde ya no hay opción entre el bien y el mal. De allí la ambigüedad que caracteriza a los criminales, la ferocidad que resulta de la ausencia absoluta de todo

conflicto interior tradicional. Ellos no han tenido la opción entre el bien y el mal: ahora han elegido la falta de toda forma de piedad. En Italia nos quejamos de la ineficacia de la policía contra el crimen. Yo más bien me quejaría de la ausencia de una conciencia informada y de la sobrevivencia de una retórica progresista que nada tiene que ver con esta realidad. Hoy hace falta ser progresista de otra forma: hay que inventar una nueva manera de ser libres, sobre todo juzgando a aquellos que han elegido el fin de la piedad. Hay que admitir, de una vez por todas, la quiebra de la tolerancia. Que fue, sin que haga falta decirlo, falsa tolerancia, la responsable más notable de la degeneración masiva y juvenil.

»En suma: hay que juzgar sobre las consecuencias más que sobre el apriorismo (el apriorismo progresista era válido hasta hace unos diez años).

»¿Cuáles son mis modestas proposiciones para eliminar la criminalidad? Son dos proposiciones a lo Swift, como su definición humorística no se preocupa en ocultar:

»1) abolir inmediatamente la escuela secundaria obligatoria.

»2) abolir inmediatamente la televisión.

»En lo que concierne a los profesores y a los empleados de televisión, se los puede comer, como asimismo habría sugerido Swift, pero el Estado también los puede mantener para que no hagan nada.

»La escuela obligatoria es una escuela de iniciación en la vida pequeñoburguesa. Allí se enseñan cosas inútiles, estúpidas, falsas, moralistas; aun en el mejor caso (o sea cuando se invita, de manera hipócrita, a aplicar allí la falsa democracia de la autogestión, de la descentralización, etc.), todo es mentira.

»Por lo demás, una noción sólo es dinámica si integra su propia expansión y profundización. Aprender un poco de historia sólo tiene interés si se proyecta hacia el futuro la posibilidad de una cultura histórica real. Si no, las nociones se pudren: no teniendo futuro, nacen muertas y no sirven más que para originar esclavos pequeñoburgueses en lugar de un proletariado o un subproletariado libres. Es decir: pertenecientes a otra cultura que los deja vírgenes y capaces de comprender eventualmente nuevas cosas reales. En tanto que es evidente que el que ha seguido la escuela secundaria obligatoria quedará prisionero de su minúsculo círculo de conocimiento y se escandalizará de cada novedad. Un buen certificado de estudios primarios debería bastar hoy en Italia para un obrero y su hijo. Darle la ilusión de una promoción que es realmente una degradación, es criminal. Porque, en primer lugar, lo vuelve presuntuoso (a causa de las dos miserables cosas que ha

aprendido) y, en segundo lugar (y simultáneamente), angustiado y frustrado porque esas dos cositas que aprendió no le demuestran más que la conciencia de su propia ignorancia.

»Llegar al fin del ciclo secundario sería, para mí como para todo el mundo, lo óptimo, según supongo. Pero, desde que en Italia la escuela obligatoria actual se parece a lo que acabo de decir (y estoy literalmente angustiado con la idea de lo que va a resultar de agregarle un capítulo de “educación sexual”) es mejor aboliría esperando tiempos mejores: es decir, otro desarrollo. He ahí el nudo de la cuestión.

»En cuanto concierne a la televisión, es inútil repetir lo anterior. Lo que he dicho respecto a la escuela secundaria se multiplica al infinito. No se trata de enseñar sino de “ejemplificar”. Es decir: los modelos no son hablados sino representados. Y si los modelos son lo que son, ¿cómo pretender que la juventud que está más expuesta e indefensa no sea criminaloide o criminal? Es la televisión la que ha concluido, prácticamente, y no siendo más que un medio, con la época de la piedad y empezado con la del placer. Época en la que los jóvenes se encuentran simultáneamente presuntuosos y frustrados ante la estupidez y la imposibilidad de realizar los modelos que la escuela y la televisión les proponen. Desde entonces empiezan a manifestar una agresividad que llega a la delincuencia o una pasividad que los lleva a la insatisfacción (que no es pecado menor). Toda apertura a la izquierda, se trate de la escuela o de la televisión, no ha servido para nada: escuela y televisión son autoritarias porque proceden del Estado. Si los progresistas se interesan verdaderamente en la condición antropológica de un pueblo, que se unan valientemente para pedir la inmediata cesación de las lecciones escolares y las emisiones de televisión. No sería nada pero sería mucho: los suburbios proletarios desembarazados de sus abominables escuelitas, sus tardes y sus noches liberadas de la televisión, podrían quizá ser ayudados en la búsqueda de un auténtico modelo de vida».

—¿Estás limpia, Negrita?

—¿Qué?

Mercedes Depino y Sergio Berlín charlaban tranquilos en el barcito de la estación de servicio de la 202 y ruta 8 cuando vieron entrar una docena de soldados con sus armas en la mano.

—Que si estás limpia.

—Sí, no, tengo un libro de Paco Urondo y el *Manual del Miliciano*.

—Uyy, perdimos.

Dijo Sergio y uno de los soldados ya los estaba apuntando con un fal inmenso y los hacía pararse mientras otro los palpaba de armas. Hacía unos días que el Ejército había empezado a operar en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, San Luis, Córdoba, Río Negro y Formosa, en cumplimiento del decreto 2772. El día anterior, en el edificio Libertad, el almirante Massera celebró el 96 aniversario de la Infantería de Marina con un discurso que empezó diciendo que «las Fuerzas Armadas asegurarán la paz interior»:

—La Armada en general y la Infantería de Marina en particular encaran hoy un nuevo tipo de operaciones, para lo cual ha sido menester adecuar los objetivos de instrucción de las unidades. Me refiero a las operaciones contra los elementos subversivos, los que en forma artera y solapada trabajan para minar la moral de nuestros hombres, para quebrar nuestra unidad, para cambiar nuestro sistema de vida democrático y nuestros principios de fe cristiana. Contra estas amenazas debemos preparar nuestro personal, doctrinaria y técnicamente, para defender los valores espirituales y materiales permanentes de la Nación.

Los soldados terminaron de palpar a Sergio y Mercedes. No tenían nada.

—¿Qué están haciendo acá?

—Nada, vamos a la quinta de mis padres, en Castelar.

Un tercero metía la mano en el bolso peruano de Mercedes, y sacaba *Los Pasos Previos* de Francisco Urondo.

—¿Esto qué es?

—Nada. ¿No ve? Es una novela.

—Ah, bueno.

Dijo el soldado, y lo guardó. Mercedes pensó que ahora volvería a buscar y sacaría el *Manual del Miliciano Montonero*, pero el soldado se fue, despacio, hacia otra mesa. Mercedes y Sergio se sentaron, se agarraron las manos y se miraron en silencio. En esos días tenían la sensación de que el peligro era constante: de que no podían descuidarse ni un minuto, porque la amenaza estaba en todas partes. Cuando los soldados terminaron de salir, a Mercedes le empezaron a temblar las piernas. Siempre era así: podía mantener la calma en el momento álgido pero después le venía la conciencia retrospectiva del peligro que había pasado, y el ataque. Trató de controlar la taquicardia.

—Che, ¿qué habrá pasado?

—No sé, amor. Seguramente los compañeros perros anduvieron haciendo algún bochinche.

Le dijo Sergio, y la besó en los labios. Se querían y disfrutaban mucho de estar juntos, pero poco antes habían tenido que hacerse una autocrítica porque no quisieron casarse según el ritual que los Montoneros proponían a sus militantes: les parecía un poco absurdo. Mercedes le devolvió el beso:

—Menos mal que son tan brutos, amor, no tienen ni puta idea de quién es Paco...

Pocos días después, Mercedes acababa de llegar al hospital cuando su tío le dijo que tenía que hablarle:

—Merce, hay problemas. Ayer me llamó Logiudice para decirme que había recibido un par de denuncias sobre vos, y me pidió que renunciaras sin hacer ningún bombo...

—¿Un par de denuncias?

Logiudice era el director del hospital y la primera denuncia, le dijo su tío, Mauricio Goldenberg, era casi un chiste: una enfermera la acusaba de haber usado la habitación de una enferma para retozar en la bañera con un médico interno. Goldenberg sabía a qué se refería aquel baño de inmersión, cuando el cólico, y la descartó con una carcajada. Pero la segunda era más preocupante: la habían denunciado como subversiva y agitadora montonera y esa acusación, en esos días, suponía una amenaza muy concreta. Además, Goldenberg era el padre de un par de guerrilleros conocidos, y su propia situación no era muy sólida. Y Mercedes era su sobrina. Mercedes, con todo el dolor del alma, decidió renunciar. Hacía más de tres años que trabajaba allí, se llevaba bien con casi todos y, sobre todo, era otro espacio que se le cerraba.

Mercedes dejó de trabajar unos días después, y sus ex compañeros del hospital quisieron hacerle un cumpleaños-despedida: acababa de cumplir 23 años. Arreglaron para la semana siguiente. Entre tanto, un mediodía que fue a visitar a sus padres, el portero, que la conocía desde chica, le dijo que se cuidara, que habían venido dos tipos de civil a preguntar por ella. Mercedes tenía la sensación de que empezaba una etapa nueva de su vida, y no parecía muy alentadora.

—No me digas que tampoco viste *Amarcord*.

—Sí, ésa sí.

—¿No les pareció genial la escena del coche, donde los pibes gritan nombres y se masturban?

—Increíble. Tan felliniana. Y además está la genialidad de transformar el acto más solipsista, la masturbación, en un acto gregario, de comunión con los amigos. Hacer de lo individual un gesto social. La pandilla que se masturba unida permanece unida, viene a decir, por ejemplo, ¿no?

La fiesta fue en una casa de Belgrano R. Había buenas bebidas y un clima alegre que no se mezclaba con lo que estaba pasando allá afuera. Por primera vez en mucho tiempo, Mercedes no hablaba de política ni estaba entre militantes, y le gustó el respiro. Todos le habían llevado algún regalo, pero el anillo que le regaló Jaime consiguió sorprenderla. Jaime era un residente que había entrado ese año, muy inquieto, interesado por todo, con ojitos burlones y una voz profunda que le gustaba mucho. Varias veces, en el servicio, habían tenido largas charlas, y esa noche hablaron y hablaron. Ya era muy tarde cuando él la dejó a un par de cuadras de su departamento.

Esa mañana Mercedes tenía una cita a las seis y media, muy cerca de ahí, con varios militantes de la UES, para ir a hacer una pintada. Cuando se bajó del coche de Jaime, dos o tres de ellos la vieron y pensaron que llegaba a la cita. Mercedes tuvo que decirles que la esperaran, que primero tenía que hacer otra cosa, y se fue, sin que la vieran, a su casa a avisar que estaba bien.

En esos días, la Gorda Amalia, la jefa de la columna Norte, y Román, su compañero, habían tenido un problema en su casa y estaban durmiendo en el departamento de la avenida Maipú. Cuando Mercedes llegó se encontró con Sergio, Amalia y Román que, ante su ausencia, estaban preparándose para escapar. No sabían qué le había pasado, y las reglas de seguridad más elementales indicaban que si un militante no volvía a su casa dentro de ciertos horarios, todos los que estaban ahí corrían peligro. Ellos, por la confianza que le tenían, habían esperado mucho más que lo razonable.

Mercedes vio los bolsos listos y las caras que la miraban y se dispuso a escuchar las puteadas. Por un momento, se preguntó por qué había hecho algo tan guarango, por qué ese patadón al tablero. Sergio le gritaba que qué le había pasado y Mercedes no contestaba nada. Pensó que la iban a sancionar, despromover, que la iban a echar de la organización: que había podrido todo. La Gorda Amalia la miró, miró a Sergio y le dijo a su compañero que mejor no se metieran:

—Román, esto me parece que es un kilombo de pareja, vámonos a la cama, y que se arreglen.

Mercedes, en ese momento, la amó. Amalia tenía fama de ser muy rígida, muy «trosca», pero esa respuesta le pareció la confirmación de que era una buena persona. Mercedes suspiró, aliviada, y empezó a escuchar los gritos de Sergio. Estuvieron peleándose durante horas. Sabía que él tenía razón, pero no tenía muchas ganas de dársela. Sabía que lo que había hecho estaba mal, que era indefendible, pero también sabía que por algo lo había hecho.

—¿Y quedó muy hecho mierda?

—Bueno, un gran buraco. No, el problema es que nos quedamos sin local para esta tarde.

Dijo Antonio Latorre, el Pelado Diego, responsable por los Montoneros del funcionamiento del partido Auténtico. Eran las diez de la mañana del domingo 16 de noviembre, y poco antes habían recibido la noticia de que el Comando Libertadores de América, la versión cordobesa de la Triple A, había puesto una bomba en el Centro de Almaceneros donde, esa misma tarde, tenía que empezar el primer Congreso Nacional «Perón-Evita» del partido.

En esos meses, el Auténtico había crecido, y sus dirigentes decían que tenían 100.000 afiliados en sus padrones. En muchas zonas del país, militantes de las distintas agrupaciones que se habían quedado sin grandes posibilidades de trabajo político tras el pase a la clandestinidad de los Montoneros se dedicaron a organizar el partido. En el Tigre, por ejemplo, Luis Venencio fue responsable de ese trabajo: la militancia en el astillero Astarsa le ocupaba menos tiempo —ya no se ocupaba de la Higiene y Seguridad, porque la patronal había retomado esas funciones— y le gustó poder dedicarse más a recorrer los barrios, hablar con otro tipo de gente: mujeres, viejos, peronistas de toda la vida. No tenían lugares propios para reunirse, porque las unidades básicas de la JP estaban cerradas, pero solían encontrarse en casas de adherentes: sobre todo, para organizar las campañas de afiliación, las volanteadas, el reparto de los ejemplares de la revista *El Auténtico*, algún acto barrial. Y el respaldo montonero les servía: Luis tenía la sensación de que los protegía, hacía que los comandos de derecha no se metieran demasiado con ellos. O, a veces todo lo contrario.

En octubre, Luis y sus compañeros presentaron a la justicia electoral unas 2000 fichas de afiliados. Algunos pensaban que era un desatino: era como darles listas completas de opositores a los servicios de inteligencia. De hecho, en Cuyo, el nuevo responsable montonero, Raúl Rossini, al que llamaban Pedro o Nariz con Pelo, decidió que no se presentaran:

—Pero, ¿y entonces para qué hacemos un partido legal, si no vamos a movernos dentro de la legalidad?

Le plantearon varios: entre ellos, el Flaco Morgante, un viejo peronista que integraba la Junta Provincial.

—No, una cosa es tratar de moverse dentro de los límites de la legalidad, que se hacen cada vez más chicos, y otra muy distinta regalarle toda esta información al enemigo.

Susana estaba de acuerdo; en general, solía estar de acuerdo con Raúl: le parecía tanto más político e inteligente que los anteriores. La discusión era una consecuencia de la ambigüedad: para muchos, era evidente que el Auténtico era un invento montonero, pero muchos otros peronistas, aunque sabían que había alguna relación, no pensaban que fuera lo mismo. En cualquier caso, el Auténtico trataba de mantenerse legal y público: sacaba declaraciones pidiendo que se adelantaran las elecciones y criticando la política del gobierno, y su revista era la única que podía seguir circulando: en ella aparecieron las primeras listas de las víctimas de la Triple A, unas trescientas.

Susana, como delegada en Cuyo, tenía que ir todos los meses a Buenos Aires, a las reuniones con los responsables montoneros de las demás regionales. Ahí se encontraba con Lizaso, Jaime Dri y algunos más; por la conducción montonera iban Antonio Latorre y Roberto Perdía. Allí discutían las distintas acciones y políticas del partido y, muchas veces, sus delicadas relaciones con «los viejos»: los ex gobernadores y los bronces sindicalistas. Eran difíciles: los viejos no estaban acostumbrados a recibir órdenes de «los muchachos», y los muchachos estaban muy habituados a hacer su política sin demasiada oposición. Pero todos sabían que se necesitaban mutuamente y, más allá de algunos roces, trataban de contemporizar.

—Bueno, compañeros, el Congreso se hace. Conseguimos otro local, el de la Asociación Checoslovaca de Socorros Mutuos.

—¿Lo qué?

Esa tarde, en los corrillos previos, doscientos militantes de todo el país comentaban las últimas novedades y, cada tanto, miraban nerviosos por encima del hombro: los Libertadores de América habían prometido que atacarían. El local estaba custodiado por una docena de militantes discretos, bien emplazados, bien armados.

—Ayer Balbín dijo que los que hablan de golpe están locos, y que no es cierto que cada pueblo tiene el gobierno que se merece. Si el Chino volvió a sacar la guitarra, por algo será.

—Sí, pero siguen los rumores de que la yegua se las toma. Parece que el Senado le pidió la renuncia, o que se tome una licencia de 22 años.

—Bueno, ahora ya dijeron que las elecciones van a ser en el último trimestre del año que viene. O sea que las adelantan un poco...

—¿Para qué? Si de todas formas los milicos no nos van a dejar presentarnos... Es al cuete.

—¿Cómo que es al cuete? Si fuera al cuete no estaríamos haciendo todo esto.

La sesión empezó a las seis de la tarde. El partido estaba encabezado por un Consejo con cuatro ramas, que reproducían la organización clásica del Movimiento Justicialista. Cuatro consejeros políticos —Framini, Cepernic, Zavala Rodríguez y Bidegain—, cuatro sindicales —Gonzalo Chávez, Roberto Tapia, Heriberto Torres y Mario Aguirre—, cuatro femeninas —Diana Alac, Delia Castelazzi, René Chávez y Susana Sanz de Llorente— y tres juveniles —Rodolfo Galimberti, Ramón Puch e Ismael Salame—. El cuarto, Claudio Slemenson, había caído en manos del Ejército un mes antes. El resto estaba sentado en el estrado.

—... los trabajadores han iniciado una nueva resistencia y están organizándose para recuperar el movimiento peronista. Por eso, en muy pocos meses, el partido Auténtico se ha transformado en una herramienta que...

Decía, en su informe inaugural, Oscar Bidegain. Antonio Lombardich, ex ministro cordobés, presidía la sesión. Después habló Andrés Framini para pedir la renuncia de Isabel.

—... yo siento un profundo afecto por la señora Isabel Perón, pero estoy seguro que voy a quererla mucho más si renuncia y se va.

Cuando Framini terminó se paró Mario Aguirre, que había sido dirigente de la JTP de Rosario, y empezó a leer una adhesión de la organización Montoneros. Susana vio cómo Bidegain se ponía blanco, y miró a los demás «viejos»: el comunicado montonero estaba cayendo como otra bomba. Susana pensó que, de alguna manera, tenían razón: el Auténtico se estaba desarrollando, iba ganando espacios, y la mayoría de sus dirigentes vivían en sus domicilios legales, se movían públicamente y se bancaban las amenazas constantes. Una cercanía demasiado visible con los Montoneros sólo podía servir para hundirlos.

—¿Sabés qué vamos a hacer para la próxima vez que haya un congreso? Te venís vos sola y traés los retratos nuestros y los ponés. Y si querés te grabamos los aplausos.

Le dijo, esa noche, el Flaco Morgante. Susana estaba desolada: realmente no sabía qué contestarle. En su siguiente reunión, tuvo una larga discusión con su responsable, Raúl.

—Sí, en serio. Es necesario cuidar a esta gente, preservarla. Los viejos no son subordinados nuestros, eso tenemos que tenerlo claro. Pedro, ésta es una oportunidad que no podemos desaprovechar: el Auténtico puede ayudarnos a recuperar la inserción en el peronismo... Si no, nos vamos a quedar

totalmente aislados, como nos vino pasando desde la pelea con el Viejo y el pase a la clandestinidad. Hay que ser más cuidadosos, no hacer tanta bandera con la relación entre la orga y el Auténtico.

—Totalmente de acuerdo, Susana. Totalmente.

Noviembre de 1975. «Las casas Militar y Civil de Madrid informan a las 5.25 que, según comunican los médicos de turno, su excelencia el Generalísimo acaba de fallecer por paro cardíaco, como final del curso de un shock tóxico por peritonitis».

La agonía de Francisco Franco había sido larguísima: 39 días durante los cuales muchos supusieron que el dictador ya era cadáver, y que su entorno lo guardaba para terminar de arreglar su sucesión, o para hacer coincidir la fecha de su muerte con la del fundador de la Falange, José Antonio Primo de Rivera, 39 años antes.

Ese día, en España, se descorcharon más botellas de champán que nunca antes. Muchos de sus enemigos lamentaban que hubiera muerto en la cama y a los 83 años, con su poder intacto, pero aún así celebraban que el hombre que había regido el país durante 36 años no estuviera más. Y otros millones lo lloraban: durante el franquismo, España había pasado a ser una sociedad medianamente industrializada, que empezaba a disfrutar de ciertos lujos de la modernidad sin abandonar su catolicismo ultramontano y la represión más estricta.

Esa noche el jefe de gobierno, Carlos Arias Navarro, lleno de lágrimas, leía ante las cámaras el último mensaje del dictador, que decía que «ha llegado la hora de rendir la vida ante el Altísimo y comparecer ante su inapelable juicio». «Pido perdón a todos, como de todo corazón perdono a cuantos se declararon mis enemigos, sin que yo los tuviera como tales», decía después, y advertía que «los enemigos de España y de la civilización cristiana están alerta». También pidió a sus compatriotas que rodearan «al futuro rey de España, don Juan Carlos de Borbón, del mismo afecto y lealtad que a mí me habéis brindado y le prestéis, en todo momento, el mismo apoyo de colaboración que de vosotros he tenido».

Dos días más tarde, en el Palacio de las Cortes de Madrid, el señor Juan Carlos se hacía «primero de España» y junto a su esposa, la flamante reina Sofía, salían en todas las pantallas restaurando la monarquía borbónica. A diez cuadras, en el Palacio de Oriente, multitudes desfilaban todavía ante el cuerpo embalsamado del Generalísimo. Al otro día, gran cortejo lo acompañó hasta la basílica del Valle de los Caídos, donde se erguía una cruz gigantesca

que Franco había hecho levantar usando como mano de obra a los prisioneros de la guerra civil: miles de ellos murieron durante los trabajos forzados.

España empezaba una nueva era, pero el establishment se resistía a aceptarlo. Torcuato Fernández Miranda, uno de sus alumnos dilectos, fue nombrado presidente de las Cortes pocos días después, y fue confirmado como presidente del Gobierno. Aparentemente, nada cambiaba: los partidos políticos y los sindicatos seguían prohibidos, la prensa respondía al régimen y en las universidades, además de alumnos y profesores, seguía habiendo guardias de tricornio que acechaban a los enemigos de la patria.

—¿Qué dice?!

—Que se murió, que falleció anoche. Silvia Rudni, sí, me pidieron que le avisara.

La voz en el teléfono le era desconocida, y la noticia lo dejó sin palabras: Silvia, su amiga de tantas andanzas, se había muerto en México así, como del rayo. Nicolás Casullo no lo podía creer. En su última carta, Silvia le decía que estaba con terribles dolores de cabeza y que «debía ser la altura, o quizás la somatización por el exilio y todo eso»: nadie supo diagnosticarle el tumor que la estaba matando. Silvia tenía 29 años: a esa edad, nadie se muere de un dolor de cabeza. Al cabo de varias llamadas consiguió hablar con Jorge Bernetti: el compañero de Silvia estaba destrozado, y Nicolás le dijo que iba a verlo lo antes posible.

Cuando llegó a México ya la habían enterrado. Nicolás y Jorge se pasaron los primeros tres o cuatro días charlando sin parar: el peligro más aterrador era el silencio. Pero también esa manera de estar perdidos en el mundo y de que, encima, la muerte los esperara también en esos lugares sin nombre: de pronto, todo parecía una confusión macabra, un gran error.

Jorge trabajaba en la sección editorial del diario *El Universal*, uno de los más importantes del país. En su oficina, Nicolás conoció a su jefe, Luis Javier Solanas, que le ofreció trabajo. Era una posibilidad: en esa semana de duelo y caminatas, México le había parecido un lugar mucho más atractivo que Caracas. En cuanto volvió, se lo dijo a Ana Amado. Ella estaba convencida de antemano:

—Nos vamos ya, no lo pienses más. Allá vamos a estar mejor.

—¿Pero qué te hace pensar eso, Ana?

—Hace tres días soñé que estábamos en otra ciudad. No, no era Buenos Aires: era otra ciudad, con calles y rincones hermosos, estábamos en la mesa de un bar pero en la vereda, con muchos amigos que no conocía.

Era un argumento contundente. La única razón para no ir era la pereza ante un nuevo cambio: total, decía Nicolás, por seis o siete meses más, hasta que se termine el gobierno de Isabel, quizás no valga la pena empezar de nuevo. A fin del 76 vendrían las elecciones, ganarían los radicales y todo se calmaría, al menos por un tiempo.

—Sí, después enseguida vamos a tener que levantar todo otra vez para volver a la Argentina...

—Está bien, son cinco o seis meses, pero mejor pasarlos en México, ¿no?

—Che, esta mina es rarísima. Fuimos a hacer el coche ese que había que levantar. Nada, una boludez, ni siquiera era con gente adentro, era escuchar un auto y ni sabía cómo se abría...

—¿Qué? ¿La mina es oficial y no sabe cómo se levanta un auto en la calle?

José estaba sorprendido, y Mercedes también: hacía unos días que había llegado a su ámbito una compañera nueva, Raquel, la Negrita, y, cuando le dieron como primera tarea salir a robar un auto que necesitaban para una operación, José, que la acompañaba, tuvo que hacer casi todo porque ella no tenía ni idea. Era extraño que una oficial montonera no supiera hacerlo. José era Mario Galli, el guardiamarina que se había sublevado con Julio Urien en la Escuela de Mecánica en noviembre de 1972: ahora formaba parte del ámbito de inteligencia de la columna Norte. Al otro día se lo comentaron a su jefe, Rodolfo Galimberti, y quedaron en averiguar qué pasaba: tardaron menos de una semana en descubrir que la Negrita Raquel era María Elpidia Martínez Agüero, la esposa de Mario Firmenich:

—Estos guachos de la conducción la deben haber mandado como espía, para que les pase información sobre lo que estamos haciendo, lo que discutimos...

Desde el ataque al cuartel de Formosa, la columna Norte estaba criticando cada vez más las decisiones de la conducción montonera. No estaban de acuerdo con la militarización cada vez mayor de la organización y con la centralización del dinero: insistían en que había que usarlo para preservar a los militantes de los barrios que habían quedado muy expuestos, y pensaban que la conducción no lo hacía porque eso implicaba descentralizar, ceder poder.

El enfrentamiento se agudizaba. En esos días la conducción nacional decidió mandar a la Gorda Amalia, la jefa de la columna, a hacerse cargo de La Plata. Con ella fue también su compañero, Román: era uno de los pocos

casos en que la mujer tenía mayor nivel que el hombre, y él la seguía en sus diversos destinos. Los que quedaron no terminaron de entender el sentido del movimiento hasta que llegó el nuevo responsable: era Carlón Pereyra Rossi, un cuadro muy oficialista y ortodoxo que venía de la columna Oeste, que tenía fama de ser la más fiel a la conducción. Era, en realidad, una especie de interventor que venía a poner la casa en orden.

Su primera directiva fue que todos, salvo los que estaban muy clandestinos, salieran a «buscar laburo en la producción». Mercedes no tenía la menor intención de proletarizarse: acababa de irse del hospital Italiano por problemas de seguridad, y le parecía que no sería prudente. Además, no terminaba de estar de acuerdo con esta idea de que para ser un militante revolucionario había que trabajar en una fábrica, sobre todo en un momento en que la represión estaba haciendo estragos.

Durante unos días se hizo la tonta, hasta que Carlón le mandó decir a través de Sergio Berlín que en una fábrica textil en San Martín estaban tomando gente, que se presentara. Mercedes se encabritó:

—No, Flaco, yo no voy. Escuchame, me acaban de botonear en el hospital por estar con la JTP, y ahora me voy a ir anotar de operaria en una fábrica por ahí. Imaginate: yo, con dirección en Arenales y Canning, hija de un marino... Es como decirles muchachos acá vengo a que me agarren de las pestañas. Ese tipo no entiende una mierda...

—Ya sé, amor, ya sabemos... Pero no te lo tomes así, no seas boluda. Decile que fuiste, que llenaste la planilla y que no te tomaron, y así se queda todo el mundo tranquilo.

—No, Flaco, ni en pedo. Si dan órdenes delirantes, que se banquen la discusión, ¿no?

Poco después, Mercedes tuvo una cita con Carlón en la lechería de Maipú y San Martín. Él la había llamado para conversar cuestiones de la UES, pero Mercedes no pudo con su genio:

—En serio, no tiene ningún sentido que yo me proletarice ahora, en estas condiciones. Habría que discutirlo políticamente, pero...

—Las órdenes de la conducción son muy claras, Lila. Todos los militantes tienen que insertarse en la producción, y no veo por qué vos tener que ser la excepción a la regla. Deberías tomar el ejemplo de la compañera Raquel, que acaba de integrarse a la columna y ya se consiguió un trabajo. Ahora están tomando gente en la SIAM; andá mañana mismo a presentarte, y espero que consigas ese laburo. Es una orden.

En la mesa de al lado, una parejita joven se dio vuelta. La discusión entre los dos montoneros había subido de tono:

—¿Sabés qué? Yo voy a entrar a laburar en la SIAM cuando vos empieces a laburar de basurero.

En la siguiente reunión de la columna, Carlón le informó al jefe de Mercedes, Galimberti, que la compañera Lila se había negado a cumplir una orden en términos insultantes, individualistas y pequeñoburgueses que mostraban su falta de comprensión del proyecto, y que había que despromoverla. Y que, además, tenía que presentar su autocrítica. La reunión era en el departamento de la avenida Maipú. Más tarde, cuando llegó Mercedes, Galimberti la quería matar:

—Pero, flaquita, ¿no te das cuenta que si los enfrentamos así les estamos dando todos los argumentos para que nos revienten? Hay que dar una pelea más política...

Mercedes se negaba a escribir su autocrítica. Al día siguiente, Carlos, Sergio, Mercedes y Laura Mugica estaban tomando algo en la misma lechería. Laura Mugica, Soledad, era la responsable de la JP de San Martín y también había sido sancionada porque Carlón la había visto, días antes, charlando y fumando en el cordón de una vereda del barrio con su compañero, el Cholo, y el Inglés Carlos Ocampo, otro militante de la zona. El Cholo era custodio de la conducción nacional de los Montoneros, y Carlón consideró que mostrarse así era correr un riesgo innecesario: una actitud «liberal y pequeñoburguesa». Laura tampoco quería escribir su autocrítica.

—Vamos, che, no rompan las pelotas. No les demos más excusas para cagarnos. Hagan la puta autocrítica, que mientras vamos a seguir acumulando para dar la discusión como corresponde...

Carlos Goldenberg estaba en plena época semáforo descompuesto, con todos los tics. El 25 de noviembre había tenido una hija con su compañera, Mini Viñas, y estaba feliz y desconcertado. A Mercedes y a Sergio les había parecido una locura. Carlos insistía en que él sabía que tal vez las condiciones no fueran las mejores, pero que quizás nunca se presentaran otras:

—Si nos llega a pasar algo, así por lo menos sabemos que vamos a dejar a alguien detrás nuestro...

Cuando nació Inesita, Carlos se pasó unos días serio y preocupado. Una tarde les comentó que no sabía cómo compatibilizar su nueva responsabilidad como padre con sus deberes de militante:

—Tengo claro que si por tener una hija dejara de hacer lo que tengo que hacer, todo sería un contrasentido, porque todo esto también lo estamos

haciendo para ellos, ¿no?, para los que vengan después. Pero ahora hay veces en que me agarra una tristeza horrible cuando pienso que quizás no llegue a verla crecer...

Carlos y Mini no podían seguir en su casa de Moreno: ahí no tenían con quién dejar a la beba y todo era mucho más complicado, así que se fueron a vivir a Núñez, a la casa de la abuela de Mercedes, que estaba desocupada. Esa tarde, en la lechería, la historia de la autocrítica de Mercedes y Laura parecía un problema menor, que había que solucionar enseguida:

—En serio, che, no sean boludas...

Al final, las dos copiaron con su letra las frases que les dictaban Carlos y Sergio. Y entregaron sus autocríticas, pero estaban más que cabreadas.

Diciembre de 1975. El miércoles 5 de noviembre el INDEC publicó los índices de inflación: 12,6 por ciento en octubre, 137,6 por ciento en los últimos cinco meses, 292 por ciento en lo que iba del año. Ese día apareció también el decreto sobre salarios: un aumento general de 1500 pesos y el salario básico fijado en 4800. El dólar estaba desdoblado: el comercial (para operaciones de comercio exterior) valía 39,40; el financiero especial, 71,90; el dólar turista y el del mercado negro costaban 78. Medido en dólar libre, el salario mínimo apenas pasaba los 60. Un mes después, el miércoles 3 de diciembre, el ministro Antonio Cafiero anunció que la inflación de noviembre había sido del 8 por ciento. El dólar en el mercado paralelo valía 82: el salario mínimo no llegaba siquiera a los 60 dólares del mes anterior. *El Cronista* medía el poder adquisitivo de una hora de trabajo —de un salario mínimo—: en 1974, ese dinero permitía comprar 9 kilos de harina o 2 kilos de yerba o 4 kilos de papas o 2 latas de aceite; en diciembre de 1975, una hora de trabajo alcanzaba para comprar 5 kilos de harina o 1 kilo de yerba o 1,8 kilos de papas o 1,3 litros de aceite. Menos de la mitad.

«Este gobierno, con todos sus inconvenientes, es uno de los que más se han preocupado por el país real», decía, en la revista *Confirmado*, Carlos Saúl Menem. «Sólo pueden negar esta realidad los que viven encerrados en la Capital y no recorren el país ni tienen noticias de él». El periodista subrayaba que Menem «nunca abandonó el diálogo con los sectores juveniles, que no olvidan que en su provincia no hubo asesinatos políticos ni represión —ni tampoco hubo hechos guerrilleros—» y después le preguntaba si creía que eran «serios los rumores de golpe de Estado que circulan últimamente».

—Un golpe militar sería suicida, ahora o antes de un proceso electoral. Un par de generales no son las Fuerzas Armadas, y éstas saben perfectamente que

un golpe sería fatal para la Nación. Y que, por otra parte, el pueblo no va a permitir que se dé.

Le contestó el gobernador Menem.

—Jaime, vos no podés seguir yendo todos los días a tu casa, es una locura. Te van a hacer cagar, hermano, no va.

—¿No estarás exagerando, che?

—No, es muy en serio. Si te quedás en tu casa no vas a durar una mierda. No es una sugerencia, te lo digo orgánicamente: tenés que mudarte lo antes posible a la casita de Maschwitz. No te preocupes, Jaime, para vos no es complicado. Pensá en los compañeros que tienen una familia, hijos. Ésos sí que tienen kilombo.

Para Luis Venencio fue duro dejar la casa de su hermana y su cuñado, en San Fernando, donde había pasado los últimos tres años. No sólo porque estaba acostumbrado y le gustaba, sino también porque al mudarse a una casa de su organización sentía que su vida dependía cada vez más de ella, que ya casi no le quedaban espacios solamente suyos. O uno solo: su novia, Graciela.

Todo el resto estaba subordinado a las directivas de una organización que le parecía desorientada, sin políticas claras, sin respuestas para esa coyuntura. No tenía nada de ganas de mudarse pero la Fabiana, el responsable de la agrupación de Astarsa, había sido tajante, y seguramente era cierto que su seguridad lo requería: dos días después, Luis Venencio estaba instalado en su nueva casa.

La casa estaba en un barrio obrero de Ingeniero Maschwitz y los Montoneros la habían comprado poco antes. Tenía un living y tres habitaciones chiquitas, un jardincito adelante, un fondo medio pelado con parrilla. Cuando Luis llegó a instalarse, la Fabiana, Hugo Rivas, su mujer y sus dos hijas ya vivían allí. Le dejaron una de las habitaciones, con una camita y una silla de madera; durante semanas siguió teniendo su ropa en lo de su hermana, hasta que terminó por aceptar que, al menos por un tiempo, ésa sería su casa, y se la trajo.

La situación estaba difícil y se cuidaban todo lo posible. Solían ir al astillero junto con otros dos militantes de la agrupación que vivían en la otra cuadra, en el coche de uno de ellos: trataban de variar el trayecto cada vez, e iban armados y mirando para todas partes. Y en la fábrica también tenían que cuidarse. Hasta entonces, la patronal había sido amable, contemporizadora: cuando el Tano Mastinú, por ejemplo, volvió de su secuestro muy golpeado y sin ganas de nada, le siguieron pagando el sueldo durante varios meses

aunque casi ni aparecía por el astillero. Pero las cosas se iban poniendo duras: el CdeO tenía cada vez más fuerza en Astarsa, la intervención del sindicato les ponía todas las trabas posibles y algunos gerentes empezaron a tener actitudes más que ambiguas.

Una de esas noches cayeron tres o cuatro tipos armados en la casa de un militante de la agrupación que estaba durmiendo, por seguridad, en otro lado. No lo encontraron. A la mañana siguiente, el militante tuvo que ir a ver al abogado del astillero, que lo recibió muy simpático:

—¿Así que tuvo visitas anoche?

Eran las seis y media de la mañana y la patota había ido a las once y media de la noche anterior.

—¿Y usted cómo carajo se enteró?

El martes 16 de diciembre, Luis tuvo una reunión en un bar a pocas cuadras del astillero con otros tres militantes. Cuando terminaron, dos de ellos, Echeverría y Huesito, se fueron a la casa de Huesito, en Rincón de Milberg. Ahí los estaban esperando varios tipos armados. Los secuestraron, junto con la esposa de Huesito, en dos coches, se los llevaron a un descampado cerca de San Andrés de Giles, los fusilaron y les prendieron fuego. Ya era de noche y recién al día siguiente alguien encontró los tres cuerpos, casi irreconocibles, destrozados.

—Hermano, ésta fue de pedo. Si en vez de ir Echeverría con el Huesito iba yo, yo era el que no la contaba...

Luis estaba pálido, muy impresionado. El velorio era en el sindicato, en Tigre, y había muchos cientos de personas en la calle. Luis andaba entre ellos, charlaba con alguno, siempre en voz baja, fúnebre, y se preguntaba si no sería la última vez que tantos se juntaban en la calle, en un acto público. Si la mano seguía así, era probable. Por momentos le daban ganas de largar todo a la mierda y tomárselas: siempre podía proponerle a Graciela que se fueran solos, tranquilos, a vivir a algún otro lado, a Córdoba, a Bariloche, vaya a saber. Pero miraba a toda esa gente reunida ahí y se decía que no podía ser tan canalla, que muchos de ellos estaban ahí por él, que militaban porque él les había dado manija y que no podía irse así: que no podía hacerles eso.

—Jaimito, vos que tenés buena parla... Me parece que hoy te toca, ¿eh?

Le dijo la Fabiana, su responsable. Él no podía hablar, porque su cara no era tan conocida y era mejor mantenerla así:

—Pero vos, Jaime, ya sos bien junado, así que preparate algo para decir.

La agrupación de Astarsa se había quedado sin sus dos figuras más públicas: el Chango Sosa se había ido a España unos meses antes, hartado de sus

peleas con su organización, y el Tano Martín Mastinú nunca se había recuperado del shock de su secuestro. Esa tarde estaba por ahí pero se lo veía mal, demacrado, muy callado, contestando los abrazos de sus compañeros con una sonrisa triste.

—¡Compañeros, la derecha, la antipatria, los enemigos de siempre creen que nos van a ganar por miedo! Se creen que si nos atacan, que si nos matan nosotros vamos a salir rajando como conejos.

A Luis le costaba cada palabra: estaba hecho polvo y se le iba la voz. Hizo un esfuerzo por seguir hablando:

—Pero se equivocan, compañeros. Por cada uno de los nuestros que caiga, más compañeros van a aparecer para tomar sus banderas...

Nadie coreaba consignas: había un silencio espeso, triste, cargado de presentimientos. Cuando el acto terminó, varios cientos de obreros caminaron por las calles de Tigre hasta la delegación del Ministerio de Trabajo, y ahí se dispersaron. Faltaban pocos días para las fiestas de fin de año. La agrupación las celebró con un asadito y muchas discusiones.

—No, lo que está claro es que va a haber que ir dejando la fábrica. Así no se puede seguir. Si seguimos nos hacen cagar a todos.

—Sí, la cuestión de la seguridad está bien, está clara. Pero si dejamos el astillero, que es nuestro lugar natural, donde tenemos laburo, donde tenemos política, ¿qué carajo vamos a hacer? ¿En qué nos vamos a transformar, en un grupito de clandestinos sin contacto con la gente?

—Jaime, esta discusión ya lleva mucho tiempo, y vos sabés lo que yo pienso. Pero es evidente que en la coyuntura que tenemos no se puede hacer otra cosa. Si nos quedamos en los frentes es como si anduviéramos por ahí con un blanco pegado en la nuca, hermano, nos revientan. Lo que vos decís también es cierto, va a haber que ver cómo lo vamos solucionando, pero por ahora la primera prioridad es preservar a los militantes, la estructura, ¿entendés?

Tras mucho debate, la Fabiana los convenció de que ya era tiempo de retirarse de la fábrica. Unos treinta militantes de la agrupación dejaron de trabajar en la fábrica y de vivir en sus casas. Era un problema organizativo grave: no había casas para todos ni plata para comprarlas, y muchos de esos militantes no tenían adónde ir. De pronto aparecía algún dato:

—Che, en la villa de Boulogne hay un cumpa que mandó decir que tiene lugar para guardar a dos. Hay que ir a una cita en la avenida Márquez...

Pero muchas veces no aparecía nada, y los militantes andaban yirando, buscando cada noche un lugar para dormir. Era duro, peligroso, y Luis sufría

pensando que él había metido a muchos de ellos en ese baile. Además, era responsable de varios de ellos: era el que tenía que decirles que no tenía soluciones:

—Hermano, me dijeron en la orga que te están buscando un lugar para guardarte. Aguantá unos días más, dicen que algo te van a encontrar.

—Está bien, Jaime, yo entiendo, yo aguanto, pero deciles que necesito aunque sea unos mangos para bancar a los pibes, algo.

Luis se desesperaba y, a veces, conseguía algo. Muchas no. Luis se tomó sus quince días de vacaciones a principios de enero y nunca volvió a Astarsa. La organización le pasaría un dinero mensual, lo indispensable para vivir, pero le dolía dejar el lugar donde había pasado tantas situaciones fuertes de su vida. Y tenía sentimientos ambiguos: por un lado le parecía un grave error político, la forma de cortar los vínculos con su gente; por otro, lo aliviaba no tener que seguir pasando por ese calvario cotidiano. Tendrían que seguir trabajando desde afuera, como pudieran. Y, de todas formas, dejaban adentro a cuatro o cinco militantes «tapados», que habían mantenido en secreto su pertenencia a la agrupación en previsión de que llegara este momento. Mientras tanto organizaban pintadas, volanteadas, se reunían, intentaban mantenerse activos y en contacto.

A fines de febrero, Luis recibió su telegrama de despido de Astarsa, por inasistencias reiteradas.

La sanción fue dura: Mercedes Depino fue «despromovida» — degradada—, ya no era oficial montonera y, por lo tanto, dejó de ser responsable de la UES de zona Norte. Su reemplazante fue Violeta, la compañera de Sergio Puiggrós, Federico, el hijo del ex rector de la UBA. Mercedes quedó como «aspirante», el grado más bajo de su organización, y la mandaron a la estructura militar. Formalmente ya no militaba con Sergio y Carlos, y su jefe ya no era Galimberti: ahora estaba bajo las órdenes de un militante que también venía de la zona Oeste, Yuyo, un tipo muy militarista que pensaba que lo único importante era el entrenamiento y la disciplina para formar el Ejército Montonero. A Mercedes nada podía haberle gustado menos.

En esos días, Mercedes usaba ropa amplia para esconder el revólver que solía llevar a la cintura. La ciudad estaba llena de policías y soldados: el día anterior, jueves 18 de diciembre, el brigadier Orlando Capellini se había autodeclarado «comandante de la Fuerza Aérea en Operaciones» tras sublevarse con parte de sus camaradas de armas en Aeroparque y la base de

Morón. A la noche, el brigadier ya había obtenido la renuncia de su comandante en jefe, Héctor Fautario, y su reemplazo por Orlando Agosti, pero el movimiento seguía: pedía la destitución de Isabel Martínez y la asunción del general Jorge Rafael Videla, «para instaurar un nuevo orden de refundación, con sentido nacional y cristiano».

Videla volvió apresuradamente de Caracas, donde estaba en visita oficial. El Ejército y la Marina no apoyaban el golpe, pero tampoco salían a reprimirlo. Esa mañana, aviones de combate habían sobrevolado la Plaza de Mayo y el centro de Buenos Aires. El Ejecutivo no tenía medios para contraatacar militarmente: ninguna fuerza estaba dispuesta a hacerlo. Los radicales sugerían que la crisis se saldara con otro pedido de licencia de Isabel Martínez, y el gobierno se negaba. Mientras, los sublevados seguían acuartelados en Morón y decían que «nuestra conciencia no soporta más la humillación y la vergüenza de velar las armas para el festín de los corruptos, la burla pública y la degradación de las instituciones. Hace años que venimos mendigando patriotismo». Su proclama se titulaba «Queremos verle el rostro a la Patria» y estaba fechada «en el mes de la Inmaculada Concepción de María».

La situación se mantenía tensa: los aviadores no se rendían pero nadie creía que su revuelta fuera a triunfar sin el apoyo de las otras fuerzas, que parecían decididas a esperar una mejor oportunidad y hacían declaraciones de apoyo a las instituciones. Esa tarde, Mercedes tenía una camisola roja, como de pintora, unos jeans ajustados y muy acampanados, y se había encontrado con Laura Mugica para ir a una cita con Galimberti en la confitería Jockey Club de San Isidro: otro de esos lugares elegantes que solían usar, so pretexto de que ahí sería más difícil que los buscaran. Primero habían pasado por una cita con un militante que les había dado una buena cantidad de plata a cada una para comprar pan dulce y sidra para repartir en los barrios donde tenían trabajo. Después tomaron un colectivo para ir al Jockey. Iban paradas, charlando, de lo más tranquilas:

—No, el más pintón es Juan sin Tierra, ése sí que es un despelote.

—Me parece que Tomás lo pasa por arriba, Flaca, le da cuatro vueltas.

Cuando se bajaron, Mercedes se metió la mano en el bolso y se dio cuenta de que le habían robado el dinero. En medio del enfrentamiento con la conducción, las explicaciones iban a ser incómodas.

—No te preocupes, Lila, yo te doy una parte de lo que tengo y después vemos cómo hacemos para conseguir más.

Le dijo Laura, y buscó el dinero en su bolso. Tampoco estaba. Cuando llegaron a la cita, Galimberti les tomó el pelo diez minutos seguidos:

—Ay, Dios, siempre las mismas despistadas. Seguro que se la pasaron hablando boludeces y las garcaron. Mirá qué grande, un punga que se hizo a dos montoneras. Habría que buscarlo para incorporarlo, ¿no?

Mercedes y Laura trataron de defenderse diciéndole que eso les pasaba porque no eran sólo compañeras, que también tenían una relación bien humana, que tenían cosas para charlar, no como otros, pero cualquier explicación sonaba pava. Estaba llegando la Navidad. Ese fin de año iba a ser, para muchos, el último, y sería espantoso.

Daniel De Santis estaba inquieto. En esos días tenía que organizar la reunión de la mesa sindical nacional, pero cuando les pedía casas a sus compañeros todos le ponían algún pero: le decían, con mucho misterio, que las tenían ocupadas. Cuando fue a encontrarse con Benito Urteaga le dio vergüenza no haber conseguido un lugar para la reunión:

—Mirá, Mariano, dame unos días más, en todo caso la postergamos.

—No, no te hagas problema, quizás debemos suspender la reunión por unas semanas. No te calentés. Che, te va a buscar el capitán Santiago en estos días. Anda con una tarea que te va a pedir que le des una mano.

Santiago también le mandó pedir una casa con capacidad suficiente para concentrar una escuadra, que comprendía entre ocho y doce combatientes. Esta vez no falló: consiguió una con garaje, tres habitaciones y buen fondo para escapar. Daniel se dijo que, si estaba el capitán Santiago, debía ser algo grande: era el jefe de operaciones del ERP, que había bajado especialmente del monte tucumano. Cuando se encontraron, Daniel lo vio nervioso: el levantamiento de Capellini todavía no había terminado y, en Tucumán, el general Antonio Bussi había reemplazado a Acdel Vilas al mando del Operativo Independencia.

—La eliminación física de los últimos delincuentes subversivos que aún deambulan derrotados por estos cerros y montes tucumanos no será, ni mucho menos, la solución de los graves problemas que afectan a la Argentina de nuestros días. Aún resta detectar y destruir a los grandes responsables de la subversión desatada, a aquellos que, desde la luz o desde las sombras, valiéndose de las jerarquías, cargos o funciones logrados, atentan día y noche contra las estructuras del Estado, y a aquellos otros que, con su hacer o no hacer, encubren, cuando no protegen, a estos delincuentes que hoy combatimos.

Dijo Bussi en su asunción y, ese mismo día, un «alto oficial» explicó a *La Opinión* la diferencia entre guerrilla rural y guerrilla urbana: «El punto de arranque de la primera se remonta a 1966, cuando Onganía cerró once ingenios, alrededor de 200.000 tucumanos se marcharon y cundió la desocupación. Allí se generó una causa real de la guerrilla. En cambio, la urbana corresponde a una cuestión ideológica importada, de carácter marxista, para imponer la patria socialista».

En Córdoba el comandante del Tercer Cuerpo, Luciano Menéndez, había reunido a la prensa para explicar que «el accionar de la subversión en América Latina está dirigido por la IV Internacional desde París», y dio detalles. Un periodista le preguntó por la pena de muerte: en esos días, se discutía si el nuevo proyecto de ley de Defensa Nacional debería implantarla. Menéndez le explicó que ya estaba vigente: el Código de Justicia Militar de la ley 14020, dictada por el Congreso en 1951, disponía que los mandos militares podían aplicarla en estado de guerra o de conmoción interior y, por lo tanto, dijo el general, los comandantes de las zonas militares en estado de emergencia tenían derecho a hacerlo:

—La pena de muerte se encuentra implantada en la Argentina. Yo digo que debe aplicarse. Y este comandante de Cuerpo va a aplicar la pena de muerte si no es derogada. Claro que esto supone aplicarla con responsabilidad.

Daniel y Santiago discutían sobre todas esas noticias, y el levantamiento de los aviadores:

—Estuve con Mariano, me dijo que ésta es la prueba de que se lanzan al golpe, es el Tacnazo...

—¿El qué?

—El Tacnazo, de Tacna, que fue el lugar donde se levantaron los milicos chilenos antes del golpe de Pinochet, ¿te acordás?

—Mirá, será lo que sea, pero hay que pararlos... Lo que pasa es que esto puede complicar todos nuestros planes, los movimientos de tropas, los refuerzos de las guardias...

En los últimos días todo lo que escuchaba le confirmaba la sensación de que se estaba preparando algo pesado. Daniel estaba molesto porque le parecía que no manejar la información le daba menos jerarquía y que, en esos climas conspirativos, los del frente sindical, como él, solían ser espectadores. Entonces, le hizo un pedido al capitán Santiago:

—Che, yo no quiero que me cuentes nada, pero me gustaría participar.

—Sí bueno, yo le voy a decir a Mariano. La verdad es que viene bien, porque desde la caída de Pedro, todo está complicado.

Juan Ledesma, el comandante Pedro, era el segundo de Santucho en la jerarquía militar del ERP. Había dirigido con éxito dos tomas de cuarteles: la del batallón de Villa María, Córdoba, en agosto de 1974, y la del batallón de Arsenales de Rosario en abril de 1975. Y, mientras planeaba la acción de guerrilla urbana más ambiciosa en la historia del país, había caído en manos de la policía. Lo reemplazó Benito Urteaga. Eso ya era una complicación. Y ahora, encima, el levantamiento de los aviadores.

El sábado 20, el mando del ERP decidió que, pese a la situación inestable, igual seguiría adelante con su operación. Al menos, para estar listos si la evolución de los hechos les era favorable. Habían dispuesto concentrar a unos 250 combatientes, y toda su estructura estaba pendiente de la acción, aunque la mayoría no supiera de qué se trataba.

Ese domingo, Daniel fue a concentrar a los diez miembros de la escuadra en la casa que había conseguido. El capitán Santiago le presentó al jefe del equipo:

—El sargento Javier.

Daniel lo saludó con el respeto que le merecía uno del frente militar, pero quería que el otro también se diera cuenta de que él, como dirigente sindical y miembro del Comité Central, no era un combatiente más. Esa noche, Santiago se quedó a comer unas empanadas y le confió algunos datos más:

—Vos vas a estar en la escuadra del sargento Javier. Ustedes tienen que cortar dos posibles accesos de refuerzos militares: primero el camino de Cintura a la altura de Lomas. Y una vez que tapan ese camino, agarran para la Riccheri y ahí cortan el primer puente que se cruzan. ¿Entendés?

Santiago le dijo que varios de la escuadra no conocían la zona, pero que había dos buenos choferes:

—Por cualquier cosa, hermanito, como vos sos de la zona te ocupás de guiarlos. Una vez que termina la acción ellos vuelven cada uno a su zona. Vos no te calentás por eso.

Además, le contó que, hasta la caída del comandante Pedro, la acción estaba pensada con infinidad de actos relámpagos a cargo de equipos no militares, para complicar la respuesta policial y militar, pero que ahora el esquema se había reducido y que, de todas formas, todo dependía de cómo terminara el levantamiento de Capellini que, a esa altura, seguía aislado pero fuerte en su base de Morón. Su movimiento ya no parecía capaz de extenderse, pero tampoco se rendía, y las unidades militares estaban alerta.

—Calculamos que ustedes a lo sumo se van a topar con algún patrullero. Hasta que se moviliza una unidad del Ejército pasa demasiado tiempo y ustedes a esa altura ya se habrán retirado y los compañeros que van al objetivo principal, también.

Antes de irse, con los primeros rayos del sol, Santiago le dejó a Daniel la cita para recibir dos autos operativos y las armas: un fal, una metralleta, revólveres, equipos de transmisión y un explosivo accionado eléctricamente que llamaban vietnamita. Era una carcasa con forma de embudo, cargada con pólvora y recortes de hierro que se orientaba a un objetivo móvil. Tenía el efecto de bazucazo.

—Andá el lunes a las ocho de la mañana a avenida Mitre, dos cuadras después de la plaza de Lomas de Zamora para el lado de capital. Llevá la mano izquierda vendada. Ahí te van a reconocer. Chau, hermano. Suerte.

El lunes 22 de diciembre Daniel fue a la cita: a las ocho y cuarto, el falcon crema se cruzó de izquierda a derecha sin reparar en el resto de los autos. El chirrido de las gomas y las ventanillas bajas lo intimidaron, pero Daniel estaba plantado como un sauce en la esquina y se dijo que si eran policías no tenía forma de zafar. El chofer tenía un pelo duro y corto que le robaba la frente. El copiloto le pegó un grito:

—¡Subí, metele!

Una vez arriba, el chofer se disculpó:

—Qué hacés, hermano, soy el Oso. Pensé que no llegaba, lo tuve que pasar a buscar a él y me habían dicho que la cita era en Quilmes. Cuando me dijo que era en Lomas agarré por avenida Pasco, prendí las luces y me empecé a abrir camino.

Para dar más dramatismo, el chofer daba vuelta medio cuerpo y lo miraba a la cara mientras avanzaba por Mitre.

—Saqué la 45 y me mandé a toda máquina. Si no, no llegaba.

A Daniel se le cruzaron dos pensamientos encontrados: «qué audaces que son los del frente militar» y «este tipo no parece un compañero». Antes de despedirse, el Oso le indicó dónde iba a encontrar los autos:

—Un 404 azul y un renault 12 rojo, los dos con las llaves abajo de la alfombra del chofer, los fierros en el baúl. ¿Está?

—Sí.

—¿Adónde te llevo?

—Está bien, dejame acá, yo sigo solo.

Cuando llegó de vuelta a la casa operativa, sus compañeros le contaron que el brigadier Orlando Capellini acababa de rendirse. Videla había salido

diciendo que «la esperanza del Ejército es que el pueblo argentino, mediante consultas electorales, resuelva sus problemas». Era un guiño al anuncio de Isabel, que había convocado a elecciones presidenciales anticipadas para el 17 de octubre de 1976. El sargento Javier le dio una palmada en el hombro:

—Así que ahora no nos para nadie, compañero.

Diciembre de 1975. Fue el domingo 28, en Rosario, contra Central, con un calor de perros. Llegaba el minuto 90 y Reinaldi la clavó en la red. Rivera era campeón y el gallinero bramaba. No lo podían creer: hacía 18 años que no ganaban nada y, en esos años, habían conseguido el mote de «gallinas», acostumbrados a caerse al final de cada campeonato. Pero ahora habían quebrado la racha: los dirigía Ángel Labruna y contaban con la calidad de Alonso, la pierna dura del Mostaza Merlo, la veteranía de Roberto Perfumo y el Pinino Mas, la fuerza de Luque y la regularidad de J. J. López.

Ese fin de año el otro que se coronaba era Guillermo Vilas: había ganado, por segundo año consecutivo, el Olimpia de Oro. Los de plata: en fútbol, Héctor Scotta, delantero de San Lorenzo y goleador del año; en box, Carlos Monzón; en rugby, Martín Sansot, fullback de Los Pumas; en atletismo, Tito Steiner, la mejor marca del pentatlón local y figura panamericana; en ajedrez, Raúl Sanguinetti; en ciclismo, Octavio Dazzán; en básquet, Carlos Rafaelli; en automovilismo, Miguel Ángel Guerra. Esa noche, en el Luna Park, hubo cena y abundante bebida. En la mesa principal estaban el secretario de Deportes, teniente coronel Adolfo Phillipeux, el presidente del Círculo de Periodistas Deportivos, Pedro Valdés y algunos más: entre ellos el gobernador de La Rioja, Carlos Menem. Pero la mesa más concurrida fue la de Carlos Monzón, que a los 33 años llevaba doce defensas consecutivas del título de los medianos y tenía a su lado a la rubísima y escotada Susana Giménez.

A partir del mediodía, los nueve militantes de la escuadra del sargento Javier, concentrados y esperando la acción, sólo tomaron mate: nada sólido, por si los herían. El capitán Santiago pasó a ver cómo estaba todo, y Daniel De Santis le contó que el tipo de la cita le había resultado extraño:

—Es un liberalismo total. ¿Cómo me va a decir que sacó la 45 por la avenida?

Santiago parecía abrumado. Miró el piso, movió la cabeza y se le fruncieron las cejas. Daniel no sabía si era bronca por lo que había hecho el tipo, o que su comentario le había parecido impropio.

A las cinco menos cinco, Daniel miró el reloj. A las cinco salió de la casa convencido de que, en sólo diez minutos, se encontraría con su contacto, que le diría adelante, todo en orden, y que entonces tendría que volver a buscar a los demás y salir a cortar un camino, a exponerse al combate. Tenía miedo, y se dijo que no era de valientes no tenerlo, sino saberlo dominar. Pero llegó a la cita y el contacto le cambió el esquema:

—Se suspende, hermanito, volvete a la casa.

Sólo agregó que volviera al mismo lugar a la misma hora del día siguiente: seguramente la demora se debía al putsch aeronáutico. Daniel se sintió más liviano. Pensó que quizás le había ganado un día a la muerte, o dos. Aunque también estaba impaciente: una operación tan preparada sería, seguramente, algo importante, que haría avanzar el proceso y acercar la posibilidad de una sociedad socialista en la Argentina. Los militantes pasaron 24 horas tensas, hablando poco, nerviosos. La mayoría no se conocía entre sí y, por seguridad, tampoco podían contarse nada. Al otro día, cuando Daniel volvió a la cita, el contacto le dijo adelante, cumplan con las órdenes. El ERP se ponía en marcha y de una vez por todas sabría de qué se trataba. Fue hasta la casa y le transmitió la consigna a Javier:

—Compañero, empezó la acción.

El sargento Javier tomó el mando. Los nueve sincronizaron los relojes, recordaron las citas de control y de posta sanitaria, confirmaron que no llevaban ningún papel de más. Dieron unos saltitos en el lugar para chequear que no se les cayeran los cargadores o alguna moneda. Algunos se ataron de nuevo los cordones o tomaron agua. De Santis tuvo muchas ganas de hacer un último pis y después los fue sacando de a tres, tabicados. Minutos más tarde se reencontraron en la esquina de los autos. El peugeot y el renault estaban en su lugar: no había nada sospechoso. Javier se subió al 404; Daniel al otro.

—Sígannos. Las armas largas las vamos a sacar del baúl recién antes de llegar al primer objetivo.

En un rato estaban sobre el camino de Cintura; cuando cruzaron el río Matanza, Daniel vio que el peugeot se tiraba a la banquina. Estacionaron detrás. Eran las siete y cuarto. Todos se bajaron y dos militantes fueron a buscar las armas largas. El que abrió el primer baúl se puso pálido:

—Compañero sargento, acá no está el fal, ni la metra ni la vietnamita...

—Fíjense en el otro.

—Sólo revólveres, pistolas y tres escopetas.

—¡La puta madre que lo parió!

Hubo quince segundos de desconcierto, y el sargento Javier decidió que seguirían con la acción. Repartieron lo que había, pero no alcanzaba. Javier intentó usar el equipo de transmisión y sólo se oían interferencias. Les pareció que no llegaba a destino porque estaban muy lejos. Pero Javier había cambiado la expresión. Todo iba a contramano. Miró a Daniel:

—Compañero, usted se queda sin arma, si recuperamos una es suya.

Eran las desventajas de no pertenecer al aparato militar. Daniel se quedó en la banquina, junto a los coches. Tres militantes fueron hasta la estación de servicio que estaba a dos cuadras y volvieron con un camión tanque. Lo cruzaron y en la calle empezaron los bocinazos, los insultos del primer automovilista.

—¡Che, boludos, saquen el camión del medio!

—Somos del ERP. ¡Esto es un levantamiento contra el gobierno vendepatria de Isabel!

—¡Pará, loco, dejame pasar!

El camión ocupaba tres de los cuatro carriles, Daniel vio a un tipo en un Chevrolet 39 azul eléctrico impecable, con la mujer, los pibes y hasta la pajarera: le pareció una típica familia de Chivilcoy. Podría haber sido su familia, veinte años antes. O la que él podría haber formado, si su vida hubiese sido otra. El tipo le clavó una mirada de terror:

—¡Por favor, señor, déjeme pasar!

—Dele, por acá. ¡Rápido!

Mientras tanto, otro de la escuadra abrió la tapa del camión tanque y empezó a brotar combustible. Daniel se alarmó: temía que, si era nafta, todo volara por el aire:

—¿Qué es? ¡Pará!

—¡Qué sé yo qué es!

Otro se acercó:

—No, es fuel oil...

El fuego empezó con una llamita y humo negro. Eran las ocho menos veinte. Los nueve guerrilleros se quedaron a un costado, con las armas en la mano, mientras algunos curiosos se acercaban y otros corrían despavoridos. El sargento Javier trató de poner orden y gritó:

—¡Retirada!

Y se subió al peugeot, con otros cuatro. Daniel y el resto se metieron en el renault, y arrancaron detrás del otro coche, que tomó hacia el sur, al revés de lo que habían convenido. Daniel manejaba: al llegar al primer semáforo, se puso a la par de Javier:

—Compañero, ¿y el otro puente?

—No, sí, está bien, vamos a la Riccheri.

El sargento Javier arrancó detrás de Daniel, que de hecho había tomado el mando. Retomaron camino de Cintura: iban derecho hacia la barricada que habían hecho veinte minutos antes. Pero antes de llegar vieron un jeep del Ejército que venía de frente: o sea que había pasado por la barricada, salvo que se hubiera metido en el campo. Estaba a unos doscientos metros adelante. Daniel pensó que con dos escopetas les podían hacer frente:

—Compañeros, ¡saquen las armas!

Cuando el jeep estuvo a cien metros, Daniel vio que más atrás venían varios carriers, cargados de soldados.

—¡Bajen las armas, rápido!

Daniel pensó que, ante las complicaciones, le tocaba hacerse cargo. Uno de los militantes, de pelo rubio, lampiño, que parecía hijo de polacos, preguntó:

—¿Che, acá quién es el jefe?

—Yo.

Seguramente las tropas venían del Regimiento 3 de La Tablada. Por la distancia, Daniel calculó que habrían salido media hora antes, y se preguntó cómo habían hecho los militares para movilizarse tan rápido. Pasaron al lado de los carriers como si se hubieran metido en el infierno. El peugeot del sargento Javier se perdió de vista. Él y sus compañeros se bajaron del auto un poco más adelante.

—Ahora vamos a desconcentrar.

Dejaron las escopetas y los revólveres en un descampado. Daniel no quiso abandonar el transmisor. Los otros cuatro se fueron de a dos; él se fue solo con el aparato en un bolso y empezó a caminar por un barrio de casitas bajas que bordeaban el río Matanza, cerca de Ingeniero Budge. Vio pasar patrulleros. Al cabo de un rato, casi al azar, tocó un timbre:

—Señor, soy un combatiente del ERP. ¿Podría dejarle este bolso con un equipo de comunicaciones? Mañana mismo vamos a pasar por él.

El hombre tenía más de cincuenta, la barba crecida, tonada paraguaya; justo detrás de la puerta, unas luces intermitentes festejaban la navidad en un pino chiquito.

—Déjelo nomás, yo se lo voy a guardar, señor.

—Por favor, cuídelo. Yo mañana mismo vengo a buscarlo.

Daniel llegó a su casa y se pegó a la radio: el locutor repetía que se combatía en Monte Chingolo, que todo el Ejército estaba movilizado, pero

que no había ninguna información oficial.

Esa tarde Susana Gaggero llegó con cara de preocupación y apuro:

—Manuel, van a tener que irse.

La quinta donde estaba viviendo con su familia no era una de esas típicas casas operativas de barrio obrero sino un chalet bien puesto en Canning, cerca de Ezeiza, con parra, viejos paraísos, un quincho discreto y una glorietta que alguna vez sirvió para tomar el té con masas. Manuel Gaggero se había mudado ahí con Alba Sager y sus tres chicos porque demasiada gente conocía su departamento de Colegiales. Y, a esa altura, Manuel no sabía dónde estaba esa gente: presos o muertos. Y ahora, su hermana Susana le decía que se fueran esa misma tarde:

—Manuel, es por seguridad, porque se larga una acción.

Manuel puteó, pero ya estaba acostumbrado. Susana se fue y Manuel cargó el Citroën con lo indispensable. Ropa para los chicos, el portafolios y los remedios para la úlcera que empezaba a ponerse insistente. Sabía que, en caso de emergencia, podía ir a la casa de un compañero suyo que vivía en la avenida Díaz Vélez, cerca de El Cid Campeador. No era tan tarde: apenas estaba anocheciendo, y trató de eludir la ruta 3, por si había pinzas. En el viaje se cruzó con un par de camiones del Ejército y oyó los helicópteros que iban y venían. Manuel estaba ansioso: para colmo, se le había roto la antena de la radio. Cuando tocó el timbre en el departamento de la avenida Díaz Vélez, su compañero lo recibió con cara de espanto.

—¿Qué hacés acá, Manuel?

—Me dijeron que me vaya. No sé nada.

—Yo tampoco, parece que hubo un levantamiento, o una acción. Está pasando algo muy grande.

El ataque al Batallón Depósito de Arsenales 601 Domingo Viejobueno, en Monte Chingolo, involucró a las tres compañías que tenía el ERP en Buenos Aires: Juan de Olivera —de Sur del Gran Buenos Aires—, José Luis Castrogiovani —de la Capital— y Riberas del Paraná —de la zona Norte—, reforzadas por militantes que llegaron desde todo el país. Su objetivo político era tratar de contrarrestar el golpe de Estado que se preparaba, mostrando que estaban capacitados para realizar operaciones que salían del canon de la guerrilla tradicional. Para eso, la dirección del PRT no había dudado en exponer a sus mejores cuadros militares y a buena parte de los militantes de sus frentes político y sindical.

Su objetivo militar era llevarse más de diez toneladas de armas y municiones. El grupo principal debía tomar el cuartel y retirarse con las armas; las otras unidades tenían que neutralizar puestos policiales y, sobre todo, las rutas y accesos que deberían tomar los refuerzos de los regimientos 7.º de La Plata, 3.º de La Tablada y 1.º de Palermo. Así, los guerrilleros tendrían tiempo para esconderse: los partidos de Quilmes, Avellaneda y Lanús serían, hasta la mañana siguiente, una especie de territorio liberado. Habían preparado una buena cantidad de refugios: tenían incluso grandes pozos para ocultar las armas. Al mismo tiempo, una unidad coparía una estación de radio para transmitir una proclama de la comandancia del ERP instando a los argentinos a sumarse a sus filas y enfrentar el golpe que estaban planificando las Fuerzas Armadas.

La acción estaba prevista para el atardecer del lunes 22: todas las unidades guerrilleras se concentraron esa mañana en las casas desde donde saldrían. Los setenta combatientes del grupo de ataque debían encontrarse en un punto fijado a quince minutos del cuartel: desde ahí saldrían en una caravana encabezada por un camión seguido por dos pickups y cuatro autos. El camión tiraría abajo la puerta donde estaba el puesto 1 de guardia. Enseguida, los guerrilleros se desplegarían en pequeños grupos y podrían reducir la resistencia de las compañías de seguridad y de servicios. Gracias a su poder de fuego y la sorpresa, los guerrilleros ocuparían los tres puntos neurálgicos: la guardia central, el casino de oficiales y los depósitos de armas.

Otros dos grupos se ocuparían de los accesos al cuartel, cortando el camino General Belgrano en dos puntos, a doscientos metros cada uno de la entrada principal. Así impedirían la entrada de refuerzos y cubrirían la salida de los seis o siete camiones cargados de armas y los coches donde se retirarían los setenta atacantes. Al mismo tiempo, varios comandos cortarían los caminos entre la Capital y el sur del Gran Buenos Aires: sobre todo el puente de La Noria y el Nicolás Avellaneda. Otros comandos se ocuparían de los accesos desde el sur: era básico que cortaran el camino Centenario, para impedir que llegaran refuerzos desde La Plata. Y otros harían operativos de distracción, como ametrallar frentes de comisarías o levantar barricadas en esquinas importantes.

Las escuadras o pelotones estaban a cargo de sargentos o tenientes del ERP, equipados con walkie-talkies para recibir las órdenes del comandante de la acción. Benito Urteaga se quedaría en una casa con el equipo central de comunicaciones. Santucho estaría en otra casa, cerca del objetivo pero sin

ninguna responsabilidad operativa. Urteaga conocía su número de teléfono y podría, eventualmente, consultarlo sobre la marcha de la acción.

El lunes 22 a la tarde, los guerrilleros estaban listos para actuar. Antes de largar el operativo, Urteaga mandó un emisario a ver a un soldado del ERP que estaba haciendo la conscripción en el cuartel. El soldado advirtió al emisario de Urteaga que las guardias estaban reforzadas por «alerta roja». Urteaga consultó por teléfono con Santucho: decidieron suspender la acción, pero dejaron acuartelados a los 250 guerrilleros. Esa noche la comandancia del ERP recogió otros informes y supo que el «alerta roja» se había dado en muchas unidades militares: lo atribuyeron a los coletazos de la asonada de los aviadores o la preparación general para el golpe. Entonces decidieron hacer la operación el día siguiente.

El martes hizo más calor. Los diarios decían que se habían apagado los remezones del levantamiento del brigadier Capellini y que ningún observador avezado dudaba de que el brigadier Agosti, el nuevo jefe de la Aeronáutica, tenía el respaldo de sus pares del Ejército y la Armada. Las 62 Organizaciones volvían a la carga para que Calabró fuera destituido de la gobernación de Buenos Aires. La interna de los metalúrgicos estaba caliente: Lorenzo Miguel respaldaba a Isabel, Victorio Calabró se sumaba a la oposición golpista.

En el cuartel del Batallón Domingo Viejobueno la alerta roja se había levantado. La guardia y los francos de los soldados eran normales. Urteaga recibió la información y decidió lanzar el operativo. A las siete de la tarde, dos parejas entraron a un hotel alojamiento de Quilmes, redujeron con sus pistolas al conserje y cortaron la línea telefónica. En pocos minutos llegaron al hotel los setenta militantes del ERP que debían copar el cuartel. Salieron media hora más tarde, en los vehículos previstos, con las armas listas. El jefe del grupo de ataque, el capitán Abigail Atademo, quiso comunicarle a Urteaga que iba a proceder.

—Hola, hola, Mariano, Mariano. Cambio.

Del otro lado no se oía nada.

—Hola, hola, Mariano. Aquí el grupo uno. Contesten por favor, cambio.

El walkie-talkie no contestó, pero Atademo decidió seguir adelante... En cada auto, los guerrilleros iban entonando la marcha del ERP.

—Por las sendas argentinas,/ va marchando el errepé,/ incorporando a sus filas,/ al pueblo que tiene fe.

A las ocho menos cuarto, el camión mercedes benz de cocacola topó el portón de entrada, que saltó en pedazos. De adentro le dispararon fuego a

discreción. El camión zigzagueó y se incrustó contra una garita. El chofer estaba muerto sobre el volante. El camino quedó abierto y el resto de los coches entró como pudo. Algunos guerrilleros se bajaban, otros metieron acelerador y se mandaron al fondo.

Para no espantar a los atacantes, los mandos militares no habían reforzado la guardia común pero habían escondido, en todos los rincones del cuartel, efectivos del Ejército, la Gendarmería y las policías Federal y Provincial. Los tiros zumbaban desde todos lados. Pese a que muchas armas no funcionaban bien, los guerrilleros ya estaban adentro del cuartel. Recién entonces descubrieron que los estaban esperando.

El Batallón Depósito de Arsenales 601 Domingo Viejobueno se cerró como una trampa sobre los guerrilleros del ERP que intentaron tomarlo. Todos los puntos estratégicos del cuartel estaban ocupados por grupos comando del Ejército, atrincherados con ametralladoras pesadas, que les dispararon desde muchos puntos a la vez. La sorpresa funcionó al revés. Muchos atacantes cayeron en esos primeros minutos. Otros consiguieron abrirse paso y se dirigieron hacia sus objetivos. Uno de ellos lo contaba, poco después, en el *Estrella Roja*:

«Cuando estuvimos a cincuenta metros del portón —estábamos en el sexto vehículo— escuchamos las primeras ráfagas. Bajo intenso fuego enemigo, entramos decididamente al cuartel y tomamos por el camino preestablecido. En los otros grupos, apenas entramos, ya había varios compañeros muertos y heridos. Nos tiraban con ametralladoras pesadas y fal de todos lados. Era evidente que nos estaban esperando. Llegamos hasta la compañía de Servicios. Nosotros teníamos como objetivo el casino de suboficiales pero no pudimos seguir adelante pues había dos carriers que nos recibieron con una lluvia de balas. Además desde la torre de observación que dominaba todo el cuartel nos tiraban con ametralladoras pesadas. Bajamos de los autos y disparamos contra las ventanas de la compañía de servicios donde había varios milicos apostados. Como yo estaba al mando del grupo di la orden de subir a los vehículos otra vez y tratar de pasar por otro lado. No lo logramos por el intenso fuego enemigo. Volvimos al mismo lugar y nos parapetamos. A esa altura ya teníamos cuatro heridos. A pesar de ello todos siguieron combatiendo. Disparé a las ventanas y bajé a dos milicos, los demás escaparon. El grupo que debía tomar la compañía de servicios había quedado sin mando pues habían herido gravemente al jefe y matado a otro compañero, entonces me hice cargo de ese grupo. Me metí en una zanja y disparé a la

torre de observación. Después fuimos hasta una puerta trasera del edificio y con otro compañero la abrimos a balazos. Era la caldera. Metimos allí a los heridos. Di la orden de avanzar al grupo que tenía que tomar el casino de suboficiales. Todos lo hacen, aún los heridos. Allí matan a Teresa. Una vez que los heridos estaban a resguardo fuimos al costado del edificio. Allí vi a cuatro o cinco colimbas desarmados salir de la guardia central, que estaba a treinta metros y se escaparon a un carrier que se los llevó. Otro milico salió corriendo para el otro lado, disparando su fal contra nosotros. La teniente Mariana me gritó “¡Flaco, tirale!”. Cuando terminó de decirlo, el milico ya estaba muerto. Vi al compañero Tony caer acribillado y gritar ¡viva la revolución!...

»... Comenzaron a pasar los helicópteros artillados disparando con Mag y trazadoras. Desde la torre empezaron a tirar con balas explosivas. Les tiramos con fal y máuser. En ese momento explotan granadas de gas asfixiante en una de las piezas de la guardia central... Al rato llegaron los tanques, nos cañonearon desde la plaza de armas... Quedamos J y yo. Pasa un helicóptero tirándonos, le disparé con el máuser... Crucé hasta la compañía de servicios y entré a la caldera, allí había más o menos doce compañeros, casi todos heridos. Luego cruzó J. La compañera Mariana murió valerosamente al cubrir la retirada de J. En la caldera esperamos la noche y comenzamos a arrastrarnos hacia el alambrado. Sentí una mezcla de tristeza y bronca al ver que teníamos que dejar a algunos compañeros que estaban heridos y no podían moverse, pero eso se transformó en orgullo al escuchar que desde la caldera los heridos cantaban la marcha de nuestro ERP...».

La mitad de los atacantes consiguió escapar. Alrededor de treinta murieron dentro del cuartel, en combate o fusilados. Otros quince militantes murieron en los grupos de retención que actuaron en los alrededores. Algunos saltaron en pedazos cuando trataban de tirar sus granadas: muchas armas habían funcionado sospechosamente mal. No hubo información sobre ningún detenido: el Ejército tomó algunos prisioneros sólo para torturarlos y sacarles información, y después los mató.

La represión a los comandos del ERP que atacaron el batallón de Arsenales 601 Comandante Domingo Viejobueno se extendió a las villas miseria que lindaban con tres de los cuatro lados del cuartel. El barrio Iapi (todavía quedaban unos galpones que veinte años atrás habían servido como depósitos del Instituto Argentino de Promoción del Intercambio —IAPI—), frente al cuartel, camino General Belgrano mediante, ocupaba 200 manzanas

y albergaba a unas 5000 personas. Santa María, a un costado, sobre la calle Lynch, no tenía más de 1000 pobladores y 30 manzanas. El barrio 25 de Mayo daba a las espaldas del cuartel y era el más poblado: cerca de 10.000 habitantes en 70 manzanas. El ERP no tenía casas operativas en esas villas ni trabajo político entre sus habitantes. Había, en cambio, cierta presencia de Montoneros, a partir de unidades básicas abiertas tiempo antes por militantes del Movimiento Villero Peronista y la Juventud Peronista. Pero los locales de esas agrupaciones habían sido levantados por los ataques y amenazas de grupos de los intendentes de Avellaneda, Herminio Iglesias, de Lanús, Manuel Quindimil, y de Quilmes, José Ribella: las villas estaban en la intersección entre esos tres distritos.

Los cincuenta guerrilleros que pudieron retirarse del cuartel antes de que amaneciera el miércoles 24 de diciembre atravesaron las villas miseria. Muchos recurrieron a los pobladores para orientarse o esconderse por un rato o para que los guiaran hasta cruzar el arroyo Las Piedras, detrás del barrio Iapi; en algún caso llegaron a refugiarse en las casillas de los villeros para hacer primeras curaciones de heridos. Los militares no se atrevieron a entrar en las villas antes del amanecer, pero usaron otro método para perseguir a su enemigo en retirada: las ametralladoras de los cazabombarderos de la Armada y de los helicópteros del Ejército dispararon sobre las viviendas y zonas descampadas de las tres villas desde que empezaron los enfrentamientos hasta las cinco de la mañana, cuando entraron las primeras tanquetas y soldados de infantería. Los militares avisaban por altoparlantes que nadie saliera ni se asomara hasta nueva orden. Mientras, las patrullas del Ejército allanaban casa por casa y detenían indiscriminadamente: cientos de pobladores fueron llevados al cuartel para interrogarlos sobre posibles militantes del ERP escondidos en sus casas y pasaron Nochebuena y Navidad atados y encapuchados. Otros habían quedado tendidos en las villas, atravesados por las balas que cayeron del cielo.

Aída Bruschtein Bonaparte, Nora, era la responsable del grupo de contención ubicado en el camino General Belgrano. Ella y otros cinco combatientes del ERP tenían que frenar los eventuales refuerzos del Regimiento 3 de La Tablada. Como todos, las tropas de La Tablada estaban esperando el ataque y llegaron encabezados por blindados y tirando ráfagas de ametralladora. El comando a cargo de Nora intentó demorar la marcha de la columna con algunas ráfagas de fal, pero les resultó imposible. Cuando la vanguardia de la columna estaba a media cuadra, Nora dio la orden de

retirada. Había retrocedido cien metros cuando se dio cuenta de que tres de sus compañeros no se habían replegado. Nora se decidió en un segundo:

—Ustedes vayan, yo voy a buscar a los que faltan.

Volvió por el costado del camino a la improvisada trinchera, pero el Ejército ya había avanzado y no pudo encontrar a sus tres compañeros. Nora se quedó escondida cuerpo a tierra y pasó toda la noche entre los pastizales. A la mañana se cambió el jean y la camisa por un vestido floreado que le había prestado su madre y llevaba en el bolso. Con toda la naturalidad que pudo se paró y empezó a caminar por lo que todavía se parecía más a un campo de batalla que a un barrio humilde. Nora tenía sólo una chance: ella, su compañero y su bebé de dos meses vivían en esa villa desde un tiempo antes. Pero era demasiado alta, su cara demasiado blanca. Una patrulla militar la detuvo y se la llevó, junto con otros detenidos, al Batallón de Arsenales. Eran las diez de la mañana del 24 de diciembre de 1975.

Su madre, Laura Bonaparte, fue a buscarla unas horas más tarde. Años después, lo contó en una revista:

«Me fui a Monte Chingolo acompañada por un periodista extranjero. Lo primero que vimos fue toda una manzana de la villa volada. Dado mi parecido físico con mi hija, la gente de la villa me reconoció. Algunos se acercaron a ayudarme y otros tuvieron miedo de hablar. Me contaron que Noni había salido a recorrer Monte Chingolo después del bombardeo para ver si había heridos y si podía ayudar. Se sabía que había muchos y querían hacer una lista para ayudarlos. Grave imprudencia, pero ella era muy generosa y los militantes lo arriesgaban todo. (...) Por suerte Noni no vivía en las partes de la villa que fueron bombardeadas, por lo tanto su compañero y su bebé se salvaron. (...)

»En ese momento no sabía adónde se la habían llevado. Sólo que era un jeep militar con uniformados manejando. En mi urgencia por salvarla llegué al senador (radical, Humberto) Perette que, aunque no es amigo personal, conoció a mi padre. Fui a rogarle que averiguara para poder rescatarla con vida. Delante de mí, en un acto que le agradezco muchísimo, llamó a la Policía Federal y a la de la provincia, donde le informaron que no estaba el nombre de mi hija. Decidió entonces llamar a la comandancia de Monte Chingolo. El militar que la atendió se negó a darle información. Perette insistió: “Le estoy pidiendo por una sobrina”. Le contestaron: “Así fuese mi propia hija, no está permitido dar información”.

»Tardé varios días en saber algo sobre mi hija. Mientras tanto, hice tres hábeas corpus, dos en la Capital y uno en provincia. Iba hasta La Plata todos

los días para ver si había noticias. Sé que me seguía gente de Inteligencia, pero no me importaba. Estaba convencida de una idea delirante: si lograba aclarar el asesinato de mi hija iba a parar la represión. Sentí que denunciar el militarismo en la Argentina era salvar a mi país. En los primeros días de enero el juez pretendió entregarme un frasco —el número 24— con una mano de mi hija. Yo me indigné. Le contesté que quería levantar un acta de enjuiciamiento a los militares en la persona de Albano Harguindeguy por asesinato.

»Entonces exigí la devolución del cuerpo y dejé asentado el juicio por asesinato. Ante mi insistencia en reclamar el cuerpo de mi hija quisieron convencerme de que no lo hiciera. Dijeron que corría peligro, pero yo seguí insistiendo. Presioné en todos lados, me reuní con otras madres. Viví entre el dolor, la desesperanza y la perplejidad. Investigando por mi cuenta tuve una entrevista de cuatro horas con un comisario de Avellaneda. Un muchacho joven. Tuvimos una conversación muy larga. Yo le aclaré que afuera había periodistas esperándome y que si no volvía ellos iban a hacer la denuncia al periodismo extranjero. Al final conseguí que me dijera dónde estaba enterrada mi hija. Era el cementerio de Avellaneda, pero cinco cuadras antes no me podía acercar por el olor... Fue más fuerte que yo, no me pude acercar. Los periodistas dijeron cosas espantosas y yo me negaba a creer.

»Se hablaba de fosas comunes, cuerpos mutilados que habían sido recogidos con palas mecánicas. Tendría que haberme dado cuenta por la mano, aunque los militares decían que solamente les habían cortado las manos para identificarlos. Los periodistas dijeron que ni en Vietnam se vieron cosas semejantes...».

Algunos vecinos del barrio Corina pudieron ver lo que pasó en el cementerio de Avellaneda, pegado a los monoblocks, que todavía no tenía ningún muro divisorio: la noche del martes 23, efectivos militares lo rodearon y por varios días controlaron todos los accesos. Desde las ventanas de sus departamentos, los vecinos podían ver cómo llegaban camiones del Ejército que traían cadáveres. También trajeron, en varias tandas, a una docena de jóvenes y los fusilaron ahí mismo. Eran días de mucho calor; como la morgue del cementerio no tenía capacidad suficiente, los militares se valieron de un trámite sumario: cortaron las manos de los muertos, las guardaron en formol y tiraron los cuerpos en una gran fosa común. Cuando los efectivos del Ejército descubrían algún curioso asomándose por la ventana, le disparaban. Los

agujeros de las balas estuvieron en las paredes de los monoblocks durante años.

Nunca se hizo un registro preciso de la cantidad de gente que murió en Monte Chingolo: *El Combatiente* del 14 de enero de 1976 dio los nombres de 22 militantes del ERP muertos —reconocidos por el Ejército— y de otros 23 miembros del ERP desaparecidos. El gobierno y el Ejército dieron una nómina de 6 muertos propios (un oficial, un suboficial y dos conscriptos del Ejército, y dos policías) y doce heridos. Sólo hay constancia de cuatro muertos entre los habitantes de las tres villas miseria, con certificados de defunción extendidos por los hospitales vecinos. Sin embargo en esos días se habló de decenas de pobladores muertos. La edición del 31 de diciembre de 1975 del diario *La Prensa* decía que «una fuente policial confirmó que la cantidad de víctimas de la represión policial ascendió a 165, y que 65 cadáveres fueron enterrados en una fosa común del cementerio de Avellaneda». Si el dato de la «fuente policial» (los médicos forenses de la policía bonaerense) era correcto, la cantidad de víctimas ajenas al copamiento habría superado el centenar. Pero nunca nadie lo investigó realmente.

Manuel Gaggero llegó al local donde funcionaba el frente legal del PRT: una supuesta oficina comercial en el segundo piso de una galería en avenida La Plata y Rivadavia. Abajo, miles de personas compraban juguetes y corrían detrás de las ofertas. Manuel pensó que esta vez sus hijos no iban a tener arbolito. Estaba totalmente zombi y la cafetera eléctrica era lentísima. Al rato llegó su hermana. Susana tenía en la cara todo el cansancio del mundo:

—Manuel, hay que sacar a un compañero que quedó herido y lo guardaron por Don Bosco. Está metido debajo de un puente del ferrocarril, pero se va a desangrar, andá a buscarlo a Alende para que lo curen en su clínica...

—¿A Oscar Alende?

—Sí, si es un aliado puede hacer algo, el compañero se va a morir.

—Pero se va a pudrir la relación política, yo no le puedo caer y pedirle que atiendan a un compañero, así nomás...

—¡¿Y entonces para qué mierda sirven los aliados si no le pueden salvar la vida a un compañero?!

Susana se fue y la cafetera siguió su marcha lenta. Manuel se puso a leer los diarios. La algarabía que llegaba desde la planta baja se le hacía

insoportable. En la radio, un locutor de voz engolada hablaba de dos comunicados del general Videla:

—A través del primero, el Ejército felicita a la policía bonaerense por su cooperación en el aniquilamiento del enemigo subversivo...

Miguel quedó helado, sintió su propia muerte en la boca del estómago.

—... el segundo comunicado es un telegrama remitido al gobernador bonaerense, Victorio Calabró, que dice textualmente «Señor gobernador: sean mis primeras palabras, luego del resonante triunfo de las fuerzas del orden obtenido ayer en el Batallón de Arsenales 601, para manifestarle la profunda y eficiente acción desarrollada por la policía de la provincia y por la presteza y diligencia de todos los organismos provinciales que intervinieron en el hecho. Esta acción mancomunada es la que brindará a la acción la fuerza para reencontrarse con su destino de grandeza»...

Después, un comentarista explicaba que «fuentes castrenses» habían dicho que «las dos organizaciones declaradas ilegales habían participado en el ataque», como parte de un plan conjunto en tres etapas:

—Primero, la entrega de la primera a la segunda de datos de inteligencia sobre Formosa; segundo, la ayuda en Tucumán creando conflictos en el sector urbano para dar oxígeno a formaciones cercadas en el monte por el Ejército; tercero, la responsabilidad organizativa conjunta y actuación masiva de ambos en Monte Chingolo...

Manuel escuchaba azorado: le parecía que todo eso era un despropósito, pero suponía que a los militares les convenía meter a todos los guerrilleros en la bolsa de un mismo fracaso. Después, el comentarista leyó una sarta de condenas enfáticas de todas las fuerzas políticas. Después de esto, va a ser difícil ir a hablar con alguien, pensó Manuel. Poco más tarde, los Montoneros desmentirían su participación en el ataque y, en un texto que nadie publicó, dirían que fue «una grave derrota para el campo popular. No sólo en el terreno militar, porque no fue logrado el objetivo, el elevado número de bajas —el mayor que ha sufrido el campo popular en un solo combate—, la pérdida de armamento, equipos, etc. Pero también es una derrota, consecuentemente, en el plano político. Y esto no lo señala el ERP. Fundamentalmente, no por el “afianzamiento moral” del enemigo sino porque se resiente la confianza de las masas y de los aliados de la clase trabajadora en la capacidad de derrotar militarmente a las FF.AA. del imperialismo por parte de una organización popular».

Ese mediodía, Daniel De Santis sacó fuerzas de flaquezas para ir a buscar el bolso con el equipo de comunicaciones. Estaba destrozado. Se preguntaba

qué efectos tendría el fracaso de Monte Chingolo sobre su organización: todavía no podía evaluarlo, pero sabía que sería importante. Y, antes que nada, sufría por la cantidad de compañeros suyos que habían muerto o, quizás, en ese momento estarían siendo torturados, fusilados, cómo saberlo.

Ya en el colectivo pensó que quizás se estaba arriesgando al cuete, por un aparato, que en ese momento cada militante valía demasiado como para perderlo por una tontería. Se dijo que quizás tendría que haber tomado contacto con otros militantes, para organizar mejor la recuperación del transmisor, pero ese día sería muy difícil enganchar a nadie. Y que no era una tontería: él le había pedido al hombre que se lo cuidara, y no podía dejarlo en banda. Pensó que en otras circunstancias hasta le habría llevado la prensa del partido. Caminó despacio por la calle de tierra, mirando para los costados: todo parecía normal. Las ventanas de la casa del paraguayo estaban abiertas. Desde la entrada lo vio tomando mate en la pieza. Así que golpeó las manos y el hombre salió a recibirlo. Lo hizo pasar y le entregó el bolso, sin decirle palabra, con una sonrisa triste que parecía un aliento y un pésame al mismo tiempo. Daniel salió con el bolso. Se decía que, en medio de un golpe tan duro, esas muestras de apoyo le daban confianza. De golpe se le cruzó la imagen del Oso, el tipo que lo había llevado chirriando las gomas por avenida Mitre, apenas tres días atrás. El fulano le seguía pareciendo raro.

El general Jorge Rafael Videla apoyó a Victorio Calabró en la gobernación de Buenos Aires para meter una cuña en la poderosa interna sindical metalúrgica que tenía del otro lado a Lorenzo Miguel. Pero, además, la cooperación del gobernador en la represión al ataque del ERP fue real. Mucho más que lo que entonces se sabía: no se trataba sólo de la participación de la policía provincial en el operativo.

Calabró, que dos días antes esperaba la intervención federal impulsada por Lorenzo Miguel, recibía más apoyos. Ricardo Balbín se declaró en contra de la medida. El gobernador de La Rioja, Carlos Menem, uno de los mayores detractores de Calabró le mandó un telegrama: «Pueblo y gobierno de La Rioja participan plenamente en el afán de pacificación de nuestro país. Elevo votos para Vuestra Excelencia y pueblo de esa provincia, para que todos, mancomunados en un solo ideal de patriotismo y amor cristiano, ingresemos en la Navidad y Año Nuevo de 1976 fortalecidos en la esencia del amor y la justicia, para retomar con mayores bríos el plan trazado por nuestra doctrina peronista».

Esa Nochebuena el general Videla habló desde la Escuelita de Famaillá donde funcionaba el comando táctico y centro de torturas del Ejército en el monte tucumano. El general estaba vestido con uniforme de combate y casco:

—Frente a estas tinieblas, la hora del despertar del pueblo argentino ha llegado. La paz no sólo se ruega, la felicidad no sólo se espera, sino que se ganan. El Ejército Argentino, con el justo derecho que le concede la cuota de sangre generosamente derramada por sus hijos héroes y mártires, reclama con angustia pero también con firmeza una inmediata toma de conciencia para definir posiciones. La inmoralidad y la corrupción deben ser adecuadamente sancionadas. La especulación política, económica e ideológica deben dejar de ser medios utilizados por grupos de aventureros para lograr sus fines. El orden y la seguridad de los argentinos deben vencer al desorden y la inseguridad. Así y sólo así la República recobrará su fe y el espíritu nacional que hasta no hace mucho la habían caracterizado. Civilidad y Fuerzas Armadas debemos por fin unir los corazones y los brazos potentes alzando nuestra súplica al Señor, para que a través de su Hijo, pero también a través de nuestros esfuerzos mancomunados, logremos prontamente hacer realidad el sueño de una Nación pujante...

Cuando terminó el discurso, todos los canales siguieron con un spot que mostraba soldados caminando por una zona boscosa. La canción de fondo era elocuente:

—Hoy la patria me llama, pequeña,/ para hacerte una tierra mejor,/ sin piratas de rojas banderas,/ ni hombres que odian por no tener Dios./ Tengo espada por vos y por todos,/ voy al monte de mi Tucumán,/ canto y lucho alegrías muy tiernas,/ aunque estalle de rabia el fusil.

El aviso se repetía a cada rato.

Once

—¿Qué puedo hacer?

—Mirá, éstos son los compañeros que no pasaron por los controles...

Benito Urteaga estaba lívido. Le dio a Daniel De Santis un montón de papелitos doblados en cuatro, mal cortados, escritos a las apuradas. Por fuera decían Pepe, Tona, Mario, teniente Sergio, sargento Esteban; adentro estaban sus nombres y apellidos, sus números de documento y algún teléfono o dirección para avisar en caso de problemas. Los encargados de los controles habían esperado las tres citas de rigor: el que no aparecía hasta el mediodía de ese jueves de Navidad debía estar preso o muerto.

En una casa operativa de Avellaneda, Daniel pasaba en limpio los datos en unas hojas blancas. No quería aflojar: trataba de no pensar en lo que estaba haciendo, prefería no sentir nada. Cuando llegó a cuarenta y cinco contó de nuevo. No se había equivocado. Al rato le pasaron la lista a los del frente legal. A ellos les tocaba el ritual espantoso: llamar a la familia y decir a quien los atendiera «hola señora, habla un compañero de su hijo, él no volvió a la cita, cayó en Monte Chingolo, no sabemos si está vivo, los abogados van a presentar hábeas corpus, vamos a mantenerlos al tanto...». O ir a verlos, si no tenían teléfono.

—¡Sí, lo agarraron, les digo que lo agarraron! Yo estaba ahí, en la playa, ¡lo vi, lo vi cuando se lo llevaban!

—¿Pero y él no hizo nada, no se resistió, no hizo nada? No puede ser, Miguel, es imposible.

Eran las nueve de la noche del domingo 28 de diciembre. Graciela Daleo estaba a punto de comer en la casa de una pareja de militantes donde estaba parando en esos días, cuando llegó un compañero suyo demudado por la noticia:

—No, les aseguro. Yo lo vi, yo estaba ahí. Él habló con los tipos, no sé qué le habrán dicho.

El recién llegado les contó que, dos horas antes, Roberto Quieto estaba en una playa de San Isidro con su mujer y sus hijas cuando cayó la patota. Su

esposa, Alicia Testai, no militaba y el matrimonio tenía muchos conflictos y se veía poco, porque él estaba clandestino desde hacía mucho tiempo.

—¿Pero y ni siquiera trató de correr al agua, hacer algo, ahogarse? No lo puedo creer. Puede ser que no quisiera tirotarse por la mujer, los pibes. Pero se podría haber tirado al agua, ¿no?

—Sí, vaya a saber. Habrá que ver. La cosa es que se lo llevaron. En todo caso, hay que hacer algo lo antes posible.

Los domingos no funcionaban los teléfonos de control: era mucho más difícil pasar la información, y los cuatro sabían que tenían que transmitirla lo antes posible para que se declarara el estado de emergencia. En diez minutos, los cuatro habían salido a buscar a los militantes que podían ubicar, para avisarles.

—No, Agustín, es grave en serio.

Graciela conocía a Alberto Lago, el Petiso Agustín, del área de logística y, ahora, en el living de su casa, trataba de explicarle que no había sido un capricho sacarlo de la cama a las doce de la noche. Más allá, en la habitación, su hija de nueve meses lloraba sobresaltada por el timbre y su compañera, Susana, trataba de calmarla. Graciela era muy amiga de los dos y madrina de la chiquita.

—Cayó el Negro Quieto, Agustín. Hay que avisar a todos los que se pueda.

—¡La puta, tengo que viajar enseguida!

Graciela sabía que Alberto se pasaba la mayor parte de la semana en Córdoba, donde lo habían destinado, y que volvía a Buenos Aires los fines de semana, a ver a su familia. No sabía que Alberto estaba a cargo de la supuesta oficina contable que servía para las reuniones de la Conducción Nacional montonera, que funcionaba en Córdoba por cuestiones de seguridad. Pero sí que él sabría a quién avisarle allá, lo antes posible.

Alberto salió para Córdoba en el primer avión de la mañana. Durante todo el lunes, Graciela se dedicó a llamar a una serie de radios, desde distintos teléfonos públicos, para avisar que «el jefe montonero Roberto Quieto había sido secuestrado y que su vida estaba en peligro». Y, también, a su teléfono de control:

—No, dígame a Tonutti que el doctor Black dice que le tiene que llevar la televisión lo antes posible.

Tonutti era el nombre del militante que recibiría el mensaje; doctor Black, la clave para el Negro Quieto, y la palabra «televisión» en medio de cualquier mensaje significaba que había un problema grave. Usaban unos servicios

telefónicos, generalmente atendidos por discapacitados que no podían hacer otro trabajo y que no tenían ni idea de quiénes eran sus clientes: solían decirles que se trataba de una empresa de ventas de algo. En este caso eran pantalones.

—Flaca, me acaban de decir que cayó el Negro Quieto.

—¿Qué?

—Que cayó el Negro Quieto.

Sergio Berlín y Mercedes Depino se miraron como quien no puede creer lo que está pasando. Roberto Quieto había sido el líder histórico de las FAR y desde la fusión con los Montoneros solía aparecer como el segundo de Firmenich aunque, en realidad, había pasado a ser el número tres unos meses antes: el segundo era Roberto Perdía, y los otros miembros de la conducción nacional eran Carlos Hobert y Raúl Yager. En ese momento, Quieto era el responsable del aparato militar y era, sobre todo, uno de los jefes montoneros con más historia y popularidad: era el único que tenía más de treinta años y era muy querido y respetado por los militantes, que contaban historias casi míticas sobre su pericia militar. Su pistola ametralladora, se decía, era un regalo de Fidel Castro.

Era el mediodía del lunes 29 de diciembre: Sergio había salido un par de horas antes para llamar a su teléfono de control y le dieron una cita urgente. Ahí, Carlón le contó que al Negro lo habían detenido unos policías de civil, la tarde anterior, en una playa de Olivos. La organización se había puesto en emergencia: por un lado tenían que levantar una cantidad de lugares que Quieto conocía; por otro, dieron órdenes para empezar una campaña por su aparición.

—¿Cómo que el Negro Quieto?, ¡la reputa madre que lo parió! ¿Qué pasó, cómo fue?

Preguntó Mercedes, desconcertada, y Sergio le contó la historia de la playa de Olivos.

—¿Pero cómo en la playa? ¿No había instrucciones de no ir a ver a las familias en las fiestas, para no arriesgarse...?

—Sí, claro, había. Y encima están diciendo que no se resistió, que se entregó sin intentar nada.

—Bueno, si el Negro lo hizo por algo debe ser. En principio, seguramente no quiso arriesgar a la mujer y a las pibas. Y alguna otra razón debía tener... Es el Negro Quieto, no un perejil cualquiera.

Siguieron dándole vueltas al asunto un rato largo: no lo podían creer. Hacía un calor de perros y no tenían ganas de nada. Entre ellos, además, seguía supurando la herida abierta aquella noche de noviembre, cuando Mercedes no volvió a dormir.

Dos días después, el 31, fueron a un recreo sobre el río Luján con varios compañeros: lo habían decidido una semana antes, y pensaron que sería mejor mantener la cita, para no dejarse ganar por el desánimo. Pero estaban todos muy abatidos. La Gorda Amalia y Román habían venido desde La Plata; Carlos y Mini trajeron a Inesita, que tenía poco más de un mes, y Sergio Puiggrós estaba con su bebe de dos meses, Sebastián, y una gran depresión: su mujer, Violeta, la que había reemplazado a Mercedes como responsable de la UES de zona Norte, había caído presa unos días antes en su casa de Núñez. Todo se derrumbaba. Comieron un asado, trataron de alegrarse con unas botellas de sidra, pero no había caso: parecía, de verdad, el principio del fin.

—Victoria, estoy preocupada. Desde que Agustín se fue no supe más nada de él. Estoy muy preocupada, flaca, no sé qué le puede estar pasando.

Graciela Daleo trató de consolarla, pero no sabía cómo. Su comadre, Susana, tenía en la cara las marcas de mucho llanto y hablaba bajito, como si tuviera miedo de escuchar sus propias palabras. Ella no militaba, pero igual se había acomodado a esa vida, y la mayoría de sus amigos eran militantes. Ya era jueves 1.º de enero de 1976: estaban en la casa de unos militantes comiendo un asado, pero el clima era denso, preocupado. El sábado, Graciela tuvo una cita en la confitería Ideal.

—El Negro está cantando.

Graciela nunca había pensado en esa posibilidad. Era un golpe demasiado duro: no pudo decir ni una palabra.

—No sabemos qué pasa, no se entiende, pero están cayendo muchos lugares importantes que él conocía, alguna gente...

Uno de ellos era Alberto, su compadre. Graciela se volvió a su casa como un zombi: estaba realmente shockeada. Se tiró en su cama panza arriba y se quedó sin hablar, casi sin pensar, durante horas. No podía entenderlo. Él no podía hacerles eso. Roberto Quieto era un jefe, uno de los referentes montoneros, y no podía hacer algo así. Por el momento, más que dolida o furiosa, Graciela estaba estupefacta.

La ciudad estaba llena de pintadas que pedían por Roberto Quieto: «Que aparezca Quieto, secuestrado por las fuerzas armadas gorilas» y «Quieto preso por el ejército gorila». El sábado 3 de enero de 1976 un centenar de

milicianos montoneros quemaron coches, armaron barricadas, tiraron molotovs contra bancos y concesionarias y volantes exigiendo su liberación. Sus familiares y los abogados de la organización se encargaron de pedir apoyo internacional para el desaparecido, y hubo telegramas de Alain Touraine, el partido Socialista italiano, Paco Ibáñez, Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir y François Mitterrand. El gobierno seguía sin reconocer la detención de Quieto, y empezaron a llegar noticias inquietantes: ya el 30 de diciembre habían caído tres casas montoneras muy secretas, con gran cantidad de material e información y, en los días sucesivos, hubo docenas de secuestros de militantes y pérdidas de materiales en todo el país. Sólo en Córdoba cayeron, en las dos semanas siguientes, 25 personas. Muchos se preguntaban en voz baja si sería cierto lo que empezaba a parecer evidente: que Quieto había cantado.

—¿Y no puede ser que le hayan dado una droga para hablar, que haya hablado bajo el efecto de la droga y no haya podido controlarse? A mí me dijeron que eso con el LSD podría pasar...

—Mirá, no es imposible. Yo tengo entendido que se han hecho estudios, pruebas, sobre todo los yanquis, con LSD y también con pentotal. Pero da la impresión de que no llegaron a resultados del todo satisfactorios.

Graciela se había obsesionado con el tema de las drogas que los milicos podrían darles para hacerlos cantar. Le parecía la hipótesis más probable sobre lo que le había pasado a Quieto: la tranquilizaba pensar que el jefe hubiera cantado más allá de su propia voluntad, y la preocupaba la posibilidad de que a ella le pasara lo mismo. Por eso buscó a un compañero suyo psiquiatra que podría explicarle un poco mejor las cosas:

—Parece que te pueden hacer hablar un poco, pero con ciertos límites. Imaginate, si funcionara al cien por cien no tendrían necesidad de torturar, nada. Te darían una inyección y listo.

—¿Vos te creés que solamente torturan para conseguir la información? Ésa es una de las razones, nada más. Pero sobre todo es para destruirte, para tratar de quebrarte.

—Sí, tenés razón. Pero igual también necesitan la información. Lo de las drogas funciona, unas veces mejor que otras, pero hay maneras de bloquearlo.

—¿Cómo?

—Bueno, una manera parece que es fijar tu pensamiento en algo muy repetitivo, una frase, una imagen, una canción. Parece que eso ayuda mucho a soportar la tortura...

La tortura, seguramente, debía ser algo que estaba mucho más allá de cualquier previsión, de cualquier imaginación posible. Pero seguramente, pensaba Graciela, además de las convicciones, tenía que haber otras armas para soportarla: la repetición o lo que fuese.

También charló la cuestión con Toño, su responsable. En esos días, en muchos ámbitos montoneros, los militantes discutieron el artículo del *Evita Montonera* sobre el caso de Fernando Haymal y las estadísticas: «... que demuestran por sí solas que la tortura es perfectamente soportable y que no es un problema de resistencia física sino de seguridad ideológica, ya que ha habido compañeros y compañeras de escasa fortaleza física que han superado totalmente esta situación. (...) La norma de la Organización para el caso de torturas es que los compañeros no deben hablar en ningún caso...».

Enero de 1976. «Al principio todo es benigno, bonachón como un documental turístico, y un tanto cursi. Es esto lo que lo torna más terrible. Adolescentes rubios silban, fuman y flirtean en la playa entibiada por la noche. Surgida de toda la superficie de la pantalla, una angustia sorda bloquea las tripas. La vida supone la muerte, los inocentes van a pagar su tributo». *Tiburón*, la película de Steven Spielberg, estaba batiendo records de recaudación en todo el mundo, y Jean-François Held, del *Nouvel Observateur*, la comentaba:

«Una muchacha desnuda nada en el mar. De pronto, se la ve desde abajo y a lo lejos, desde la tenebrosa profundidad. La cámara sube lentamente hacia ella, que no sabe, que se agranda en el horizonte del espectador. La pantalla panorámica se transforma en un ojo sin párpado, incapaz de cerrarse: el ojo de cualquier espectador, identificado, forzosamente, con la Muerte que se acerca y mira. La muchacha grita: atrapada, castigada. Y los dientes del mar se cierran sobre Amity, una playa norteamericana como las demás, arenas de un balneario en las horas del verano.

»Amity no acepta fácilmente la presencia de la muerte y no se rinde sin más. La vida quiere seguir, con sus costumbres, sus intereses sórdidos y sus negociaciones ciegas, hasta la garganta del infierno. ¡Interrumpir la temporada por un pez aguafiestas! Serán precisos tiempo y otras muertes para que la cosa tenga un nombre, para que hasta los fabricantes de sopa y sus cómplices vendidos admitan que el Mal se ha presentado en Amity. El gran tiburón blanco. Las mandíbulas del *Carcharodon carcharias*, la máquina de matar con sus múltiples hileras de dientes. ¿Un enorme melodrama? ¿Una pesada fábrica de pesadillas en serie? Al contrario. Esta película de absoluto

terror toca, con virtuosismo diabólico, todas las teclas de los más profundos temblores humanos, y no olvida ninguna de las conexiones sutiles propias de un resurgimiento del Gran Miedo. (...)

»Símbolo del fascismo, de la crisis, de la guerra total, del hombre-lobo-del-hombre y, desde luego, del submarino atómico emboscado entre dos aguas con misiles fríamente programados, el gran tiburón mítico revela, como en el Día del Juicio, a los cobardes, los locos, los canallas, los ladrones y todos los imbéciles gregarios de la mayoría silenciosa. De la misma forma atrae a tres campeones que van a enfrentarlo. Combate político contra los hombres y combate mítico contra la Bestia. Y no hay reglas. A veces el tiburón se aleja a toda velocidad, tan intimidado como para dejar tras de sí una estela de estiércol. O, por el contrario, ataca. He ahí a la bestia que sube buscando su presa: imagínate por un momento que eres tú...».

Jean-François Held, curiosamente, no sabía nada de la Argentina, y sólo había visto una película.

Eduardo Merbilhaá le repetía a Manuel Gaggero que había que mantener la calma. Pero le confesó que de todas formas se sentía hecho un trapo.

—Yo no me la esperaba, vos sabés que hasta fui a la cancha el domingo anterior. Hacía siglos que no iba a ver a Estudiantes... Hasta había quedado en ir el 24 a La Plata, a pasarla con la familia. ¡Qué nos íbamos a imaginar esto! ¡Qué tremendo! Pero tenemos que mantener la tranquilidad, hermano, a toda costa.

Merbilhaá había ido a la cancha de Vélez a ver la final entre Estudiantes y River. A la salida se había cruzado con amigos platenses, radicales, peronistas: todos sabían de su militancia en el ERP. Todos maldecían por el triunfo de River uno a cero. Algunos lo saludaban con tono conspirativo, otros con complicidad. Ahora le decía a Manuel que, desde el desastre de Monte Chingolo se había cruzado con alguna gente, y que todos lo esquivaban:

—Ahora no nos quieren ni ver.

—Sí, yo también tengo la misma impresión.

Le dijo Manuel, que se había reunido en esos días con allegados a Alende y a Borrás que se habían mostrado absolutamente fríos:

—Y yo tampoco sé muy bien qué decirles. Todos te dicen que lo de Monte Chingolo fue una cagada. Algunos te apoyan con la cuestión legal, de abogados, pero hasta tienen miedo de reunirse con nosotros. Y ahora me

tengo que ir a ver a los del PC, que me la hicieron bien difícil: me dieron la cita en el local del Comité Central, en la calle Entre Ríos. Yo les insistí que ahí los servicios se hacen un picnic. Me la dieron para mañana a las nueve de la noche.

—Mirá, Manuel, es momento para estar templado, tenemos que pasar este mal trago. Así que andá y hablá con ellos, tratá de escucharlos.

Al día siguiente, Manuel Gaggero tocó timbre y pasó todos los controles del bunker del PC. Fernando Nadra lo esperaba con un gesto contrariado:

—Vea, Gaggero, los comunistas nunca amparamos la provocación ni el aventurerismo militar. Además, el hecho de que los jóvenes que fueron al cuartel estuvieran drogados nos parece de un infantilismo completo. Nosotros condenamos públicamente esto que ha hecho el ERP.

Manuel tenía oficio y directivas: no discutir, tratar de explicar si le daban la posibilidad. Pero ese día era inútil. Al cabo de media hora le abrieron la puerta y bajó la escalera de mármol. Cuando llegó a la puerta de calle, el encargado de seguridad accionó el timbre que la abría: Manuel pisó la vereda, miró para los dos lados y sintió que las rodillas le temblaban. Pensó que quizás los del PC podían entregarlo. Se dijo que no, que no debía pensar eso, que una cosa era decir que Videla era el ala moderada del Ejército y otra era delatar militantes. Y pensó que quizás tenía miedo de tanta soledad.

Susana Sanz ya se había salvado de varias: tiroteos, allanamientos y una bomba en su casa de San Rafael, el secuestro de una mujer casi homónima, todo tipo de amenazas y, por fin, la irrupción de la policía en una reunión donde cayeron dos de los presentes y ella pudo escaparse por una ventana trasera. Poco después del Congreso del partido Auténtico en Córdoba, estaba haciendo tiempo en el estudio de Fuat Tom, un abogado laboralista de origen socialista, en el centro de Mendoza: leía en su biblioteca, una habitación del segundo piso, un poco apartada, cuando llegó el sobrino de Fuat, que trabajaba con él:

—Sssh, no te muevas. Voy a apagar todas las luces, acaba de caer la cana. Se lo llevan al tío. Quedate piola ahí y espera un rato antes de salir.

Cuando pudo salir corrió al primer teléfono público para avisar a otros abogados, y ahí descubrió que había sido una redada muy bien coordinada: la policía se había llevado a media docena. Esa noche, Susana llamó a su casa de San Rafael, y su marido le dijo que a ella también la habían ido a buscar.

Lo que más la preocupaba eran sus hijas. Las veía salteado y, sobre todo, temía que les pudiera pasar algo. A veces se preguntaba si eso no tendría que

llevarla a dejar la militancia y se decía que no, que era su deber, su vida y que, además, si lo hacía también lo hacía por ellas: para que ellas pudieran vivir en un mundo mejor. Algún fin de semana, Mariana y Bernarda iban a verla a Mendoza, en micro: entonces, Susana las esperaba en la terminal de Godoy Cruz, porque la del centro era demasiado peligrosa.

Esa Navidad, Alberto, Mariana y Bernarda Llorente habían ido a visitarla a Mendoza.

—Ya lo discutimos mil veces, pero te repito que a mí me gustaría si ustedes pudieran venir a vivir a Mendoza. Así yo estaría más cerca de las nenas, podría verlas todo el tiempo...

Su marido se negaba: en San Rafael tenía su trabajo, su familia y la relativa protección que le daba ser un vecino respetado. Aunque le doliera, Susana entendía que era lo más razonable. En esos días, ella y sus compañeros estaban tratando de ver qué hacían con la ilegalización del Auténtico: el 26 de diciembre, aprovechando la conmoción causada por el ataque al cuartel de Monte Chingolo, el gobierno decidió proscribirlo. Al día siguiente todos los diarios incluían una solicitada a página completa firmada por Oscar Bidegain, Miguel Zavala Rodríguez, Norberto Habegger, Armando Cabo, Andrés Framini, Jorge Cepernic, Pablo Fernández Long y Jorge Lizaso, la conducción del partido:

«... La actitud del Poder Ejecutivo trae de inmediato a la memoria popular el recuerdo de las múltiples proscripciones que ha sufrido el Movimiento Peronista a lo largo de su historia. Y resulta lógico que este gobierno, que ha hecho la apología de las multinacionales reedite la metodología de otros que marginaron a las mayorías populares. Es más, una total coherencia liga ambas actitudes: para defender a los monopolios es imprescindible reprimir al pueblo y proscribir sus auténticas expresiones. (...) ¿Puede considerarse ético que el señor ministro del Interior, Ángel Robledo, suscriba esta medida cuando él es, junto a la señora presidente, principal conductor de otro partido político, el Justicialista? ¿Puede el señor ministro, que ejerce al mismo tiempo la vicepresidencia primera del Partido Justicialista proscribir a una agrupación política que surgió como escisión de aquel partido? ¿No significa esto actuar como juez y parte?».

El 2 de enero, Susana se llevó a Mariana, su hija mayor, a Buenos Aires: tenía que ir a un par de reuniones y suponía que podían pasear, pasar algunos ratos juntas. El martes 6 a la tarde, vieron en el kiosco que *Crónica* hablaba de varias bombas en San Rafael. Susana lo compró temblando: adentro decía que las bombas, «de gran poder explosivo», habían estallado en las casas del

«ex gobernador Alberto Martínez Baca, del abogado de izquierda Isuani y de la militante de la organización terrorista declarada ilegal en segundo término, Susana Sanz de Llorente». El diario decía que no había habido víctimas. Susana y Mariana corrieron a buscar un teléfono para llamar a larga distancia: finalmente pudieron comunicarse con Dauverne, el vecino y amigo de Susana, que les dijo que la bomba había sido terrible, que podía haber matado a Alberto y Bernarda, que por suerte dormían lejos del garaje, donde estalló, y que la chica había quedado con un problema en un oído, que la estaban atendiendo.

Susana se desesperó: no soportaba que sus hijas siguieran corriendo esos peligros. Pensó que quizás lo mejor fuera irse a Buenos Aires y llevárselas con ella, ponerlas en un colegio, ver. A la mañana siguiente metió a Mariana en un avión para San Rafael: ella volvería un par de días después. Mientras, iba a tratar de resolver algo.

Pasadas las primeras urgencias, salvados algunos heridos, evacuadas casas, recompuestos los contactos, contadas las bajas, la dirección del PRT se dio a una tarea básica: descubrir al soplón. La lista de los que conocían la acción no era muy larga. Además del buró político del PRT y el estado mayor del ERP había cinco o seis. Juan Mangini, el capitán Pepe, jefe de la inteligencia del ERP, fue el encargado de dirigir una pesquisa que duró muy poco: todos los que conocían el operativo eran militantes de mucha confianza, salvo dos.

El informe de inteligencia fue redactado apenas dos días después del desastre de Monte Chingolo, y era terminante: Coco y el Oso, los dos del área de logística, eran los sospechosos. La dirección del PRT decidió detenerlos y someterlos a un interrogatorio. El 28 de diciembre, día de los Santos Inocentes, una escuadra del ERP empezó a buscarlos. Los encontraron pocos días más tarde en una casa donde estaban los dos tomando un refresco y reparando un ventilador viejo. Apenas los saludaron, el jefe de la escuadra sacó su pistola:

—A partir de este momento, están a disposición de la justicia revolucionaria.

Les aclaró que tenía instrucciones de matarlos si hacían cualquier intento de desobedecer. Los llevaron a una casa operativa y los encerraron en dos habitaciones separadas, esposados. La jefa de contrainteligencia del ERP, la Negra Silvia Gatto, había muerto en el puente de La Noria: el interrogatorio corrió por cuenta de Juan Mangini, jefe de inteligencia.

Ese primer día los dos se mantuvieron en sus trece, reivindicando su condición de militantes. La noche fue larga. En la mañana del segundo día, Mangini salió a conectarse con sus jefes para informarles que todavía no había conseguido nada. Los detenidos quedaron bajo el mando del sargento Manuel, jefe de la guardia de esa casa. Manuel, que había sido cadete de la Escuela de Aviación Militar, conservaba cierto estilo militar y creyó que sabía cómo conseguir información. Entró a la habitación donde estaba el Oso, sentado en una silla, con la mano izquierda esposada a un gancho en la pared. Manuel lo miró de arriba: llevaba un cable que tenía algo metálico en la punta. El Oso transpiraba.

—Ahora vas a hablar, hijo de puta. Vos sos el hijo de puta que mandó al muere a decenas de compañeros. Ya vas a ver cómo vas a hablar. Yo vuelvo en un rato y si no hablás te voy a dar picana y me vas a contar todo, traidor hijo de mil putas.

Manuel se fue de la habitación. Después repitió la operación con el Coco. Al rato volvió con más amenazas. Más tarde, cuando llegó el capitán Pepe, Manuel le contó que el Oso estaba muy cagado, que tenía pánico. Con cierto placer en la cara, le contó lo que había hecho:

—Le mostré el cable del micrófono y le dije que le iba a dar picana. A este hay que hacerlo cantar de cualquier modo.

—La orden del buró político es que el interrogatorio sea con presión moral y psicológica pero sin tortura física. Además, vos sos el encargado de la guardia y no sos quién para amenazarlo.

Pepe estaba furioso. Volvió a interrogar a los dos durante toda la noche. Hacia la madrugada se concentró en el Oso: parecía estar más nervioso que Coco. Además había muchos datos que lo indicaban como un posible traidor:

—Vos sos el único de las FAP-17 de Octubre que quedó vivo. Todos tus compañeros cayeron, salvo vos. Y cuando vos estabas en logística cayeron tres jefes de logística. Demasiada coincidencia, ¿no?

Era bastante, pero podía ser una coincidencia. Lo que más lo incriminaba era el fallo de los equipos:

—Oso, vos fuiste el que entregó las armas para esta acción y no andaban. Vos te encargaste de los equipos de comunicación y estaban inutilizados.

El Oso Juan Ranier tenía poco más de treinta años, el pelo tipo cepillo y una panza que le colgaba sobre el bluyín.

—Casi todas las armas estaban reventadas, ¿escuchaste? Las armas que vos entregaste, ¿me entendés?

Ya lo había oído muchas veces en esos dos días, pero recién entonces el Oso pareció entender. Se puso lívido y empezó a temblar. Si las armas estaban inutilizadas, eso significaba que la inteligencia militar había decidido sacrificarlo.

Juan Ramés Ranier ya se había vendido antes de que su grupo, las FAP-17 de Octubre, se incorporaran al PRT en octubre de 1974. Las FAP-17 eran un grupo chico pero experimentado y después de la muerte de Perón consideraron agotada su experiencia peronista y se unieron a la izquierda marxista. Un tiempo antes, el Oso Ranier había empezado a trabajar para la policía bonaerense, que muy pronto lo transfirió al Servicio de Inteligencia del Ejército. Juan Ranier tenía buenos contactos en la derecha sindical peronista: algunos supusieron que fue la gente de Calabro la que lo conectó con la policía.

Nunca supieron sus razones. Estaba claro que necesitaba la plata que le daban: tenía que mantener a su madre y su afición de siempre: las carreras de caballos. Pero eso no alcanzaba para explicarlo. Después, en el interrogatorio, Ranier diría que se había desencantado de la política revolucionaria, pero eso tampoco alcanzaba.

En los catorce meses que pasó en el ERP, Ranier entregó a más de cincuenta militantes: entre ellos, todos sus antiguos compañeros de las FAP-17 salvo uno, «con el que se había encariñado», dijo. Y consiguió que nadie sospechara de él: Ranier sabía de mecánica, podía arreglar cualquier máquina, armar bombas o construir escondites, y estaba siempre dispuesto a sacar de un apuro a quien lo necesitara.

Cuando el ERP empezó a preparar su ataque al Batallón Domingo Viejobueno, Ranier, sin saber cuál era el objetivo, informó que se preparaba una operación importante: se lo indicaba el movimiento de camiones y traslado de armas que le tocó hacer en esos días. Su contacto militar lo presionó para que pasara más información. Ranier entregó una casa de Wilde donde estaba Juan Ledesma, el comandante Pedro, el segundo de la estructura militar del ERP. Santucho tenía tanta confianza en el comandante Pedro que aseguró que no daría ninguna información al enemigo, y mantuvo buena parte de los planes que él conocía. Los datos posteriores parecieron confirmar la intuición de Santucho.

Pero tres días antes del operativo, las pistas que dio Ranier llevaron al Ejército a detener a Jorge Arreche, el capitán Emilio, jefe de la compañía Juan de Olivera de la regional Sur del ERP. Cuando lo detuvieron, el capitán

Emilio llevaba un plano donde estaban marcados los nueve puentes de acceso de Capital a provincia que su gente tendría que cortar, y no pudo deshacerse de él. Ésa fue la pista más firme. El coronel del Ejército que se ocupaba de Ranier se lo mostró. Atando cabos, pensaron que el objetivo podía ser un cuartel: por las coordenadas del mapa, Ranier arriesgó que podía tratarse del Batallón 601 Domingo Viejobueno, en Monte Chingolo. El coronel le dijo que iba a pasar el informe a la jefatura pero que le parecía que el ERP no tenía capacidad operativa para semejante ataque.

A las pocas horas, el infiltrado recibió la orden que lo llevaría, sin saberlo, al sacrificio. En esos días tenía que transportar buena parte de las armas que el ERP usaría en su acción: le ordenaron que se las arreglara para hacer un alto, en medio de cada traslado, para que efectivos del Ejército «revisaran el material». Ranier les dejaba las armas y pasaba a buscarlas al cabo de un rato: no sabía que sus empleadores aprovechaban ese tiempo para limar los percutores de algunos fusiles y metralletas, quitar el sistema de retardo de las espoletas de las granadas de mano o incluso quedarse con buena parte de las armas que iban en los baúles de los autos operativos. Además de eso hicieron algo fundamental: descompusieron el sistema de comunicaciones. Una vez pasada la acción, la jefatura del ERP detectaría la maniobra y seguramente tendría pistas para llegar hasta el infiltrado. Pero el servicio de inteligencia del Ejército consideró que les convenía sacrificar ese peón.

—Decime, hijo de puta: ¿quién es tu contacto con el enemigo? ¿Con qué servicio estás?

—No, sólo fueron unas charlas. Nada más que eso.

Cuando Juan Ranier reconoció su complicidad con los militares, Juan Mangini decidió trasladarlo a un lugar donde pudieran interrogarlo con cierta calma: necesitaban saber qué había hecho. A la noche siguiente lo llevaron en un coche a lo de un militante sindical en Mataderos: era una casa chica con un cuarto, living, baño y cocina, donde se instalaron una docena de militantes del ERP llenos de armas, para proteger el lugar, y el equipo de inteligencia que lo estaba interrogando en la cocina.

—Unas charlas... Hijo de puta, vos entregaste y mandaste al muere a los compañeros. ¡Hijo de mil putas!

A Juan Mangini le costó un esfuerzo enorme no tirarse encima de su prisionero y romperle la cabeza a patadas. Estaba frente al responsable de la muerte de casi un centenar de militantes y le resultaba tan difícil contenerse, pero se dijo que tenía que hacerlo, que no podía dejarse llevar, que ésa era la

diferencia entre ellos y los militares. Poco después, Ranier se quebró completamente. Confuso, lloroso, balbuceaba que los revolucionarios lo habían decepcionado, que él no sabía lo que iban a hacer los milicos, que a él también lo habían mandado al muerte. Mangini oscilaba entre el odio y el asco.

Los interrogatorios duraron cuatro días más: el PRT necesitaba saber hasta qué punto estaban infiltrados y dónde estaban las causas de la debilidad que había permitido a los militares infiltrarlos así. Ranier parecía resignado y contestaba casi todo: de todas formas, ya nada que dijera podría empeorar su situación. Cuando los interrogatorios se interrumpían, tres militantes lo llevaban de vuelta a la única habitación de la casita, lo encadenaban a la cama y le hacían guardia permanente. Allí, Ranier escribió y firmó una confesión:

«Yo, Rafael de Jesús Ranier, con vivienda ubicada en Salvador Soreda 4903, Villa Dominico, declaro ante la Justicia Popular representada por el PRT y el ERP, ser miembro del SIE (Servicio de Inteligencia del Ejército) infiltrado en el ERP con el objeto de destruir su organización.

»Ser responsable de la muerte o desaparición de más o menos 100 compañeros miembros del ERP, muchos de ellos militantes del PRT.

»Ser responsable de la ubicación por el SIE de gran cantidad de infraestructura y logística perteneciente al PRT y el ERP.

»Que por esa actividad criminal orientada contra los intereses de la clase obrera y el pueblo ganaba un sueldo de 1.200.000 pesos, recibiendo bonificaciones especiales de acuerdo a la importancia de la información suministrada al SIE, premios especiales compuestos de montos mayores de dinero. Por ejemplo, por la información que delató la acción del ERP sobre el batallón 601 de arsenales Viejobueno, recibí del SIE la suma de 30 millones de pesos.

»Que desarrollaba mi actividad criminal apoyándome en una red de colaboradores compuesta por mi mujer Eva López y dos hijos de ella, Eduardo Kuniz y Ángel Kuniz.

»Asimismo, hago constar que escribo esta declaración por propia voluntad y que no he recibido desde el momento de mi detención ni en ninguno de los interrogatorios, malos tratos ni torturas.

»Por el contrario, el trato ha sido firme pero correcto».

El salario de Ranier equivalía a unos 150 dólares, algo más de dos salarios mínimos. El premio por la información sobre el copamiento de Monte Chingolo eran casi 4000 dólares.

En la tarde del martes 13 de enero, seis miembros del PRT se reunieron en el living de la casita, constituidos en «tribunal revolucionario» y sentenciaron a Ranier a la pena de muerte por traición a la revolución y delación al enemigo. Según sus cálculos, les había causado un centenar de bajas. Al caer la noche, le preguntaron cómo prefería morir: entre las opciones posibles, Ranier eligió la inyección letal. Se la aplicaron al cabo de una hora. Esa madrugada, cuatro militantes lo sacaron envuelto en mantas, lo guardaron en el baúl de un coche y lo llevaron hasta un descampado, donde lo dejaron con un cartel que decía «Soy Juan Ranier, traidor a la revolución y entregador de mis compañeros».

Pocos días después, el boletín interno del PRT estuvo dedicado enteramente a Monte Chingolo. Un texto de Santucho explicaba que la guerrilla debía dar un trato digno a los prisioneros, que no podía degradarse a torturar porque eso los igualaba a sus enemigos. Además, había muchas autocríticas: por liberalismo, por exceso de confianza, por no contar con una contrainteligencia eficaz. Y había un balance de la acción de Monte Chingolo: «Analizando estos hechos con profunda preocupación y sentimiento autocrítico, el buró político arribó a las siguientes conclusiones:

»a) Fue un gravísimo error haber lanzado la acción en conocimiento de indicios ciertos de que el enemigo podía estar alertado. Ese error —que nos costó tanto— y cuya responsabilidad recae principalmente en el mando de la operación, con extensión a la comandancia del ERP, reconoce fundamentalmente dos causas: primero, subestimación del enemigo; segundo, déficit en la técnica militar.

»b) La subestimación del enemigo es una exageración del espíritu combativo en algunos casos, y simple fanfarronería en otros, muy extendidos en nuestra organización y extremadamente nocivo, que conspira contra la eficacia de nuestro accionar. El buró político considera una gran necesidad inmediata luchar contra este déficit y lograr el predominio absoluto de la seriedad, objetividad, puntillosidad en la apreciación del enemigo y en la preparación de las acciones y tareas.

»c) En cuanto a la técnica militar, hemos llegado a un grado de desarrollo y a un estado de guerra que exige mayor calificación de la que tenemos. Más consciente que nunca de este déficit, el buró político pondrá en juego todos sus recursos para solucionarlo y apela en este sentido a todo el partido y el ejército.

»En cuanto a si fue correcto haber encarado —es decir, votado su preparación— esta acción, el buró político considera que sí, que expresa un

enfoque ambicioso, audaz y determinado del accionar revolucionario que es patrimonio de nuestro partido, y un factor característico y esencial en toda fuerza verdaderamente revolucionaria. Todos los procesos revolucionarios conocidos han atravesado este tipo de dificultades, y la persistencia, la voluntad de hierro para enfrentarlos y superarlos, han sido elementos característicos de las corrientes revolucionarias triunfantes.

»Como dice Mao, “errar, persistir y volver a errar, volver a persistir hasta la victoria”, es el sino de toda revolución. Para ilustrar esta afirmación tomaremos sintéticamente algunos ejemplos de distinta magnitud: en la guerra de nuestra primera independencia, tres ejércitos patrios fueron derrotados y casi aniquilados en Paraguay y Bolivia. San Martín se sobrepuso a la derrota de Cancha Rayada y a inconvenientes sin fin para ejecutar su plan estratégico. Bolívar fue cuatro veces derrotado en Venezuela, aniquiladas sus fuerzas, obligado a irse del país, y las cuatro veces retornó, y reinició la lucha, hasta imponerse.

»La revolución cubana sufrió golpes durísimos: como más de 80 muertes en el Moncada, varios centenares en la toma del cuartel de la Marina de Cienfuegos y el aniquilamiento de la casi totalidad de las fuerzas expedicionarias del Granma. En China sólo los levantamientos de Cantón y Shangai costaron decenas de miles de muertos al partido Comunista, y en la Larga Marcha perdieron sesenta mil de los noventa mil que la iniciaron.

»Con estos elementos, podemos arribar a un balance objetivo de las acciones del día 23 y señalar:

»—Que políticamente fueron una nueva y más relevante demostración nacional e internacional de que nuestro pueblo se arma y combate valerosamente por su liberación nacional y social.

»—Que el ERP se extiende nacionalmente y aumenta rápidamente sus posibilidades operativas.

»—Que los combatientes del ERP son elevado ejemplo de heroísmo y determinación revolucionaria.

»—Que en el terreno militar fue una sensible derrota, con pérdidas importantes de compañeros y armamento, pero al mismo tiempo una gran experiencia que desnudó fallas da base para correcciones y avances fundamentales.

»Compañeros: en estos momentos duros, en que sufrimos las pérdidas de tantos compañeros tan valiosos, somos también herederos de su ejemplar heroísmo y responsables ante nuestro pueblo y nuestra patria de la

continuidad del accionar revolucionario ante el criminal enemigo que asesinó a compañeros prisioneros y heridos, teniendo una deuda más que saldar.

»No tienen cabida entre nosotros ni la pusilanimidad, la vacilación, el desaliento, ni tampoco la ceguera y justificación ante los errores.

»Unidos férreamente en nuestro partido y nuestro ejército guerrillero, con voluntad revolucionaria de acero y el aporte activo de todos, cubriremos nuestras bajas, repararemos nuestras pérdidas y demostraremos una vez más al país que el PRT y el ERP no se amilanan, que sabemos asumir con honor la responsabilidad revolucionaria que nos toca y persistir en la lucha hasta la victoria».

Enero de 1976. Horangel presentaba, como cada año, su esperado horóscopo para 1976. Donde decía que «he descubierto, a lo largo de mis pronósticos, que la Argentina es un país sumamente débil en lo que a la influencia de los astros se refiere. Generalmente no ha podido superar la influencia de éstos, y su destino parece que se puede determinar mirando nada más que su carta natal y la del ciclo que vivimos. Los hombres no han podido, casi nunca, torcer los designios y las influencias de los planetas», decía, en la revista *Gente*. Y pronosticaba que «Júpiter y Marte actuarán al mismo tiempo como un elemento justiciero implacable y contundente en una acción ejercida por las autoridades máximas». Júpiter representaba el poder, y Marte la guerra. Horangel seguía: «Esto también hace presumir que una persistente actividad entre elementos antagónicos pugnarán por dominar la situación e imponer por la fuerza un solo criterio. Seguramente los hechos se irán encadenando como consecuencia de sucesos anteriores producidos por Saturno (planeta de los obstáculos y retracciones) y Urano (planeta de los acontecimientos abruptos). Marte, al comenzar el nuevo Año Astral, se hallará entrando en Cáncer, que es el signo de la Argentina, dispuesto a cruzar sobre el Sol de su Carta Natal, haciendo sentir todo su vigor a mediados de mayo».

Los pronósticos eran duros e incluían terremotos, enfermedades contagiosas, guerras internacionales. Horangel tranquilizaba a su público con la promesa de «drogas milagrosas para combatir las más graves enfermedades» y de que «al fin, llegará la paz. Pero aún queda bastante lucha por delante. Hasta que, en el otoño de 1978, Júpiter cruzará triunfante el medio cielo de la Argentina, donde ahora está Urano, y seguramente se logrará hacer realidad un destino mejor para el país desde ese mismo momento».

Mendoza estaba en pleno zafarrancho: un grupo montonero había ametrallado la puerta de una comisaría y matado a un suboficial de guardia, que tenía cuatro hijos. La televisión local mostraba imágenes de los pobres chicos y, al otro día, la policía detuvo a una docena de militantes conocidos del partido Auténtico. Pocos días después, el dueño de un auto robado reconoció su coche en pleno centro. Cuando la policía lo agarró descubrieron que era el que había servido para el ametrallamiento. Su conductor era un militante montonero que no había obedecido la consigna de mantenerlo guardado y no usarlo por un largo tiempo. Ahí empezaron las caídas en cadena.

Susana Sanz estaba en Buenos Aires en una reunión y trató de encontrar un colegio para sus hijas. Le parecía que ya no podían seguir en San Rafael, tan expuestas: eran como rehenes en manos de la represión. El día que tenía que llegar de vuelta a Mendoza, Manuel, un compañero suyo, fue a buscarla a la estación de tren para avisarle que no fuera a su casa, que ya había caído. Pero Susana no llegó. Manuel pensó que, quizás, las caídas en cadena se debieran a que la habían agarrado y había cantado, y decidió no volver a buscarla. Pero otros dos militantes fueron los tres días siguientes: al tercero la vieron llegar y le contaron lo que había pasado. Susana no tenía adónde ir.

Esa tarde se encontró con Raúl Rossini, Pedro o Nariz con Pelo, el responsable de la zona, que le dijo que la situación era muy delicada, que habían caído muchos militantes, que estaban casi desarticulados. La conducción estaba en banda, sin casa, sin vehículos. Se juntaron en una plaza, brevemente. Cuando Susana se iba apareció un falcon de la policía; los tipos empezaron a mirarla y aminoraron la marcha. Raúl, que se estaba yendo para el otro lado en su gilera 125, lo vio, dio media vuelta y pasó a buscarla: los policías no se atrevieron a hacer nada.

Susana se volvió por unos días a Buenos Aires con sus hijas: fue una semana de descanso, casi de tranquilidad. Hasta que Raúl la llamó desde Mendoza; Susana mandó a las chicas a San Rafael y fue a encontrarse con él. En la ciudad seguían los allanamientos, las detenciones.

—Te necesito acá. Tenemos que rearmar la cosa acá, en Mendoza. Vos conocés a todo el mundo, sos la persona indicada...

—Y a mí me conoce todo el mundo, me tienen muy junada, me buscan. No, me parece un disparate: yo acá soy un semáforo y en cuanto me localicen a mí, los quemo a todos. No, no va a servir.

Raúl insistía, y Susana también:

—Creo que yo ya me tengo que ir para Buenos Aires, me tengo que ir a otro lugar. ¿Cómo me voy a mover, acá? ¿Cómo voy a hacer para salir a la calle, vestida de india, con la plumita? Es quemar a todo el mundo. Y peor ahora, si se viene el golpe.

Pocos días después, Susana estaba tratando de instalarse en Buenos Aires. Primero fue a parar a la casa de Marcelino, un amigo suyo de San Rafael. Y enseguida se conectó en una cita nacional, fija, que había para los cuadros que llegaban del interior. Allí se conectó con sus compañeros, y arregló para alquilar un departamento amueblado de dos ambientes en la calle Paraguay. Era un edificio de bulines y la cobertura de Susana ante el portero y los vecinos sería que era una especie de amante de Norberto Habegger, un jefe montonero: así justificarían sus visitas, cierto movimiento.

—¡Daniel, cayó el Pampa Delaturi...!

—¿Qué? ¿Dónde está?

—¡Lo mataron, Daniel! ¡Lo mataron! ¡Y también mataron a Carlitos Scafide! ¡Y les volaron los cuerpos!

—¡Pero la reputa madre...!

Daniel De Santis llegó a la reunión y el Rifle Passini, uno de los militantes de la célula del PRT de Propulsora, lo sacudió con la novedad: Salvador Delaturi era del PRT y Carlos Scafide un independiente de izquierda.

Era una tarde de mediados de enero. Daniel se sentó en la cocina de la casa de Passini, del barrio Cambaceres, y se agarró la frente con las dos manos. Passini le dijo que los habían sacado de sus casas esa madrugada y que, un par de horas después, habían dinamitado los cuerpos en un descampado. Al rato salió un comunicado del Comando Libertadores de América diciendo que iban a «liquidar la guerrilla industrial antipatria». En el Comando había civiles del CNU que habían actuado en la Triple A y oficiales del Batallón de Infantería de Marina 3 y del Regimiento 7 del Ejército. Salvador Delaturi tenía 32 años y era militante gremial desde los 20: primero del PC, y desde hacía menos de un año del PRT. Carlos Scafide tenía 30: su padre había muerto en un incendio cuando trabajaba en YPF, su hermano se había electrocutado trabajando en los Astilleros Río Santiago.

Daniel le dijo a Passini que, por seguridad, no podía ir a la planta de Propulsora, pero que hicieran una colecta para las viudas.

—Además, sería bueno que las ayudemos con los trámites del velatorio.

Al día siguiente, en la planta, todos se habían puesto un crespón negro en el uniforme de trabajo y muchos obreros se habían dibujado una estrellita y

una M en el casco. Los vestuarios estaban todos pintados. Hasta los sindicalistas ortodoxos de la lista Azul se acercaban a los militantes del PRT para solidarizarse. Decidieron hacer asambleas de homenaje en cada turno. Esa tarde velaron los cuerpos de los dos asesinados. Como se había agolpado una multitud, la policía llegó y dispersó a golpes a los que no estaban dentro de la funeraria.

Daniel estaba desolado. Pocos días antes había sido el desastre de Monte Chingolo, y ahora el Pampa, el tipo con el que había aprendido lucha sindical y que después de diez años de militancia en el PC se había pasado al PRT. También le pesaba la forma en que había cambiado su militancia: de su actividad en el sindicato y la lucha obrera, con la gente, había pasado a un funcionamiento más interno, de aparato. Por esos días, además, Daniel tuvo que hacerse cargo del frente de Propaganda de la regional Sur, porque su responsable había caído. La dirección del partido había lanzado una campaña de venta de periódicos. El PRT tenía dos imprentas subterráneas —una en Buenos Aires y otra en Córdoba— recubiertas de corcho para aislar los ruidos de las máquinas offset a cuatro colores, con corriente trifásica, depósito para papel, habitaciones para los tipeadores, camas y baños.

Daniel fue a la reunión nacional de propaganda. Liliana Delfino, la compañera de Santucho, era la responsable y fue la encargada de informar las metas de la campaña:

—Compañeros, el buró político nos ha propuesto que logremos nuevos lectores de *El Combatiente*. Nosotros tenemos que concientizar a los compañeros de todas las células para que consigan que un vecino o un compañero de trabajo nuevo compre nuestra prensa.

La responsable de propaganda dijo que estaban vendiendo alrededor de 10.000 periódicos semanales y que, si ponían empeño, era factible duplicar ese número. Entonces llegó el turno de que cada regional se propusiera una meta a cumplir durante el mes de marzo, cuando se lanzaría la campaña. Cada responsable regional daba sus cifras:

—Córdoba vende 1300 y va a pasar a vender 3000.

—Capital, 1000 y se propone duplicar.

—En regional Norte queremos pasar de 800 a 1600.

Cuando llegó el turno de regional Sur del Gran Buenos Aires, Daniel puso cara de piedra:

—Sur vende 1000 combas, re-a-les, y para este mes la estimación es de 800...

La responsable nacional lo interrumpió:

—¿Cómo es eso, compañero?

—Muy simple, yo voy a la casa de una célula que dice que vende 50 combas y me encuentro 20 en un cajón, otra que dice que vende 30 y entrega la plata de 20. Entonces, como responsable de propaganda, asumí un criterio: que el plan de ventas no sea voluntarista...

—Mirá, el Comité Central estableció que cada militante del partido debe vender tres periódicos, así que si hay células que guardan el material del partido, o no pueden vender la cantidad establecida, hay que sancionarlos o quitarles la categoría, que sean simpas en vez de militantes.

—Yo estoy de acuerdo con el criterio, compañera, pero algunas veces tenemos que evitar aplicar los criterios dogmáticamente, ¿no?

A principios de enero, la Conducción Nacional montonera decidió someter a Roberto Quieto a un «juicio revolucionario». El informe apareció unas semanas más tarde en el número 12, febrero-marzo, del *Evita Montonera*:

«En los primeros días del año, la Conducción Nacional solicita al Consejo Nacional la iniciación de juicio revolucionario a Roberto Quieto, “por incumplimiento del deber revolucionario en su caída en manos del enemigo”. Pocas semanas después, ante la evidencia de que Quieto estaba proporcionando información al enemigo, solicita que sea juzgado también por el delito de delación.

»Junto con este pedido, la conducción aportó las evidencias reunidas hasta ese momento, y en calidad de pruebas, por el Servicio de Informaciones Montoneros.

»En febrero, se constituye el Tribunal Revolucionario, que, como primeras medidas, resuelve suspender a Quieto en el uso del grado de Oficial Superior y juzgarlo en ausencia. Luego produce la sentencia que reproducimos a continuación.

»RESUMEN DE LOS HECHOS. El 28 de diciembre de 1975, a las 19.30 horas es detenido R. Quieto en la playa “La Grande” en San Isidro (provincia de Buenos Aires). Se encontraba desarmado, sin custodia, y en compañía de numerosos familiares. Al verse rodeado y apuntado por las armas, Quieto exige identificarse a los miembros del grupo represivo y ofrece identificarse él mismo (con sus documentos falsos). El diálogo se prolonga por varios minutos durante los cuales Quieto no hace ningún intento de resistencia, se mantiene calmo y calma a uno de sus familiares que intenta generar un escándalo ante la presencia de bastante público. Finalmente uno de los

miembros del grupo represivo exhibe una credencial de la Policía Federal, acercan uno de los autos e introducen a Quieto en el mismo. Éste sólo ofrece una resistencia pasiva que consiste en forcejear aferrado a un árbol hasta que es golpeado con las culatas y empujado al interior del vehículo.

»A partir de este momento Quieto desaparece, como casi todos los militantes populares en una etapa represiva. En la noche del día siguiente son ocupados por tropa enemiga dos importantes locales de la Organización, uno de ellos con equipo de guerra. A partir de allí son ocupados otros locales provocando las consiguientes desapariciones, secuestros, detenciones de compañeros y la pérdida de infraestructura.

»Ante el conjunto de evidencias —que la sentencia del Tribunal detalla— la Conducción Nacional resuelve detener la campaña de denuncia y reivindicación de la figura de Quieto, volcando ese esfuerzo a la campaña general de denuncia de las atrocidades represivas, especialmente en Córdoba.

»CONSIDERACIONES SOBRE LOS HECHOS. En nuestra guerra revolucionaria, todo militante se mueve en constante situación operativa, porque comparte el territorio con el enemigo. De este modo se derivan dos principios: evitar los enfrentamientos sorpresivos y estar en condiciones de tener éxito si se dieran (ya sea confundiendo con la población o usando armas). A partir de que el Ejército comienza a aplicar su táctica de secuestro, interrogatorio y asesinato de militantes populares, el solo hecho de ser apresado significa un daño para la organización. Aunque el detenido resista la tortura, la organización debe abandonar la infraestructura que conozca el compañero y protegerse los compañeros que puedan ser afectados.

»A partir de allí comienza a tener vigencia un criterio que es la única medida revolucionaria posible frente a esa situación: no entregarse vivo, resistir hasta escapar o morir en el intento.

»Roberto Quieto viola los tres criterios. Primero, aumenta enormemente las posibilidades del enemigo de encontrarlo al concurrir reiteradamente a la misma playa pública, en compañía de numerosos familiares que llevan su apellido legal y no practican el antiseguimiento. Esta negligencia grave y reiterada, desconocida por la Organización, hubiera justificado por sí sola la formación de un juicio revolucionario.

»En segundo lugar carece totalmente de condiciones que le permitan, eventualmente, sortear un enfrentamiento. No hay el menor esfuerzo por mimetizarse con la población, y la presencia de los familiares invalida el uso de los documentos falsos. Tampoco iba armado, a pesar del riesgo en que

estaba, y cuando ninguna disposición lo eximía de llevar armas en esas circunstancias.

»En cuanto al tercer criterio, el no portar armas no lo invalida, y existen pruebas suficientes de que Quieto podría haber intentado, al menos, la huida.

»En lo que hace a la delación probada, no constituye un atenuante la presunción de la tortura. Hablar, aun bajo la tortura, es una manifestación de grave egoísmo y desprecio por los intereses del pueblo. En este caso con los agravantes del nivel que tenía, la rapidez con que delató y la importancia de la información dada al enemigo.

»Esta serie de conductas liberales e individualistas, plantea el Tribunal Revolucionario, encuentran antecedentes en la práctica de R. Quieto, especialmente en malas resoluciones de problemas de su vida familiar, su primera detención y su no asunción a fondo de todas las implicancias de la clandestinidad.

»Plantea el Tribunal Revolucionario que “a nuestro juicio, en esos antecedentes se revelan algunos rasgos individualistas y liberales que, llevados a su máxima expresión, explican no sólo los mecanismos que condujeron a R. Quieto a su detención sino también los que determinaron su claudicación ante el enemigo. En primer lugar, el extremo liberalismo de un jefe que no asume los costos personales de la guerra revolucionaria y que luego, no integra debidamente su vida familiar con la situación de clandestinidad que deriva de la lucha. Esto es absolutamente contradictorio con nuestra propuesta política para el pueblo, a quien le decimos que hay que asumir el terrible costo de oponer a la violencia de los explotadores la violencia de los explotados, pues no hay otro camino para la Liberación Nacional y Social. Esta debilidad de un jefe que se piensa a sí mismo como la excepción conduce, en su expresión máxima, a la delación”.

»SENTENCIA. Después de otras consideraciones, el Tribunal emite una sentencia que sería ratificada días más tarde por el Consejo Nacional de nuestra organización.

»“Por todo lo dicho este Tribunal Revolucionario ha encontrado a Roberto Quieto culpable de los delitos de DESERCIÓN EN OPERACIÓN Y DELACIÓN, con los agravantes expuestos en los considerandos, y propone las penas de DEGRADACIÓN Y MUERTE a ser aplicadas en el modo y oportunidad a determinar”.

»Esta sentencia no ha podido ser cumplida por la organización ya que desde el 28-12 no se tuvieron más noticias de Roberto Quieto».

Algunos párrafos del informe reproducían un documento interno montonero que la conducción había hecho circular entre sus militantes. En la columna Norte, muchos de ellos estaban indignados y, esa tarde, reunidos en el departamento de Sergio y Mercedes, lo discutían con cierta aspereza.

—Primero, hay que tener en cuenta que un compañero con los antecedentes y la trayectoria del Negro no puede así de repente convertirse en un tipo «extremadamente liberal», como dicen ellos. ¿Qué pasa, nos olvidamos de que estamos hablando de uno de los fundadores de las FAR, de uno de los jefes históricos de la guerrilla en la Argentina?

—No, y además, si Quieto tuvo, como ellos dicen, actitudes individualistas y liberales, no hay que olvidarse de que él estuvo funcionando todos estos años como miembro de esa misma Conducción. Entonces, de mínima, los compañeros de la Conducción tendrían que haberse dado cuenta y haber tratado el problema. Y, de máxima, uno podría preguntarse si no es precisamente la práctica burocratizada de la Conducción la que puede tener esos efectos sobre sus integrantes, ¿no?

Decía Carlos Goldenberg y su responsable, Rodolfo Galimberti, estaba de acuerdo:

—No, eso seguro. Pero encima esto que dicen de que esa práctica burocrática podría corregirse con algún trabajo manual... ¿Qué van a hacer, se van a poner todos a coser cartucheras? Estamos todos locos.

—Está bien, compañeros, está bien. En todo esto tienen razón, pero a mí lo que me parece más grave es esto de que la Conducción parece que no quisiera darse cuenta de nada. Esto no es nuevo: frente a cada caída, a cada problema, la respuesta más fácil es decir que los compañeros son liberales, que tienen prácticas individualistas, que no respetan los códigos de funcionamiento. Todo se explica por falencias individuales. No quieren entender que los problemas no son individuales sino que cambió la estrategia del enemigo. Parecen sordos...

—No hay peor sordo que el que no quiere oír, Tomás.

—Bueno, eso. Yo creo que lo primero que tenemos que poner en el documento es esto que ya les dijimos un par de veces, que hay una nueva metodología represiva que funcionaba a partir del secuestro y tortura para conseguir la delación y que eso, sumado al terror de la Triple A, no se puede ignorar. Que tenemos que hacer algo, pero no solamente decirles a los compañeros que hay que aguantar. Todos queremos aguantar, pero no sabemos cómo son las cosas. La cuestión acá sería tomar decisiones políticas

de conjunto de qué hacer con la nueva etapa, no pedirles a los compañeros que se la banquen...

La discusión seguía; se estaba haciendo muy tarde, y los militantes de la conducción de Norte decidieron que volverían a verse la semana siguiente para terminar el documento que querían elevar. Cuando todos se fueron, Sergio y Mercedes se prepararon unos fideos. No tenían ganas de comer, pero había que hacer algo. Se sentaron a la mesa, Mercedes sirvió un par de vasos de vino y masticaron unos minutos en silencio.

—Flaco, estoy embarazada.

—¿Cómo?

—Embarazada. Estoy embarazada.

—¿Pero estás segura?

—El análisis dio positivo. Sí, estoy segura.

Sergio se tomó un trago de vino. Era un tinto cualquiera y le raspó la garganta.

—Y no me dijiste nada...

—Bueno, te había dicho que tenía un atraso.

—¿Y qué hacemos?

—Nada, qué vamos a hacer.

Ya habían hablado de la posibilidad de tener un hijo un par de veces y, sobre todo, tres meses antes, cuando nació la nena de Carlos y Mini. Y estaban de acuerdo en que la situación no daba como para criar un chico: que sería una locura. Así que no tenían nada que discutir y se quedaron callados un momento, para no decir lo que estaban por decir:

—Bueno, en cuanto podamos lo hacemos.

—Hay que buscar un tipo serio, que nos dé garantías.

—Sí, averiguamos.

Los fideos quedaron sobre la mesa. Mercedes y Sergio se fueron a dormir tristes, deprimidos. Al día siguiente tenían que despertarse temprano.

—Yuyo, no puedo más. Tengo que descansar un rato.

—Seguí, Lila, no seas liberal. Terminá esa serie de flexiones y después parás.

Mercedes seguía en el ámbito de la estructura militar, con Yuyo como responsable, y se pasó ese verano haciendo gimnasia y entrenamiento: «orden cerrado». El segundo mes de embarazo la debilitaba y la mareaba: Yuyo lo sabía pero le hacía mantener el mismo ritmo que los demás, y había días en que Mercedes tenía la sensación de que se estaban volviendo todos locos. Ese

ámbito militar, cuyos militantes no tenían tareas políticas propias, le parecía una aberración.

Hacían pequeñas acciones: entre ellas, tuvieron que llevar unas armas desde Vicente López hasta San Miguel. El transporte en sí era menos importante que el entrenamiento que suponía: tenían que conseguir un auto, trazar una ruta, recorrerla, armar el operativo. Mercedes manejaba muy bien y había sido, más de una vez, chofer operativo: Yuyo, al principio, se había resistido a darle ese lugar, porque no solía estar ocupado por mujeres, pero esa tarde recorrían, ella y él, armados y en un auto robado, el camino por el que tendrían que transportar las armas pocos días después.

Iban muy rápido por unas calles de tierra. Mercedes pensaba en la calentura que tendrían los vecinos que se chupaban toda esa polvareda y que menos mal no sabían que eran montoneros, cuando se les cruzó un perro. Mercedes trató de frenar pero no pudo.

—¡Ay, lo atropellé!

Gritó, y quiso parar. Mercedes estaba muy sensible por el embarazo y, de pronto, no pudo soportar la idea de haber pisado al chucho:

—Putita, pobre perrito, lo maté...

—No, no te preocupes, solamente le agarraste la patita. Quedó rengo pero nada más...

Le dijo Yuyo y Mercedes siguió, aliviada: quería creerlo y lo creyó. Días después, Yuyo le contaría que lo había pasado por encima. Una semana más tarde, Mercedes y Sergio iban en su peugeot 404 hacia la clínica. Era muy temprano y ya hacía calor. Durante un rato se quedaron callados, y las lágrimas les caían despacito. En un momento, Sergio apagó la radio y buscó la mano de su compañera en el asiento de al lado:

—Amor, ¿y si lo tenemos?

—No podemos, Sergio, no podemos, ya lo hablamos, sería una locura.

—Sí, Petisa, volvamos. La locura es ésta, no podemos hacer esto. Volvámonos, vamos a tenerlo...

Mercedes suspiró y empezó a llorar más fuerte. El aborto no tuvo complicaciones pero, dos semanas después, Sergio y Mercedes se separaron. Habían estado juntos casi tres años.

Febrero de 1976. En el mismo número del *Evita Montonera* que daba cuenta del «juicio revolucionario» a Quieto, otro artículo decía que «la derrota sufrida por el pueblo con la detención y la traición del doctor Roberto Quieto no debe engañarnos. Estas actitudes no son, en nuestra guerra

revolucionaria, más que excepciones individuales. (...) En los últimos días de enero, gracias a una delación, la policía detectó una casa operativa de Montoneros. Llegaron al lugar con gran despliegue de armas y efectivos. En ese momento sólo se encontraba en la casa la aspirante Ester de Maggio — Malena—, quien tenía a su hijita jugando en casa de unos vecinos.

»La compañera, sin vacilar, abrió fuego entablado combate a lo largo de varios minutos. En la acción logró herir a varios policías e inutilizar un patrullero con una granada. La desigualdad de fuerzas determinó que Malena, herida, no pudiera seguir resistiendo. La compañera fue rematada cuando aún tenía en su mano una granada que no llegó a activar. Su nombre, su ejemplo, lo llevaremos como bandera a la victoria».

Decía la revista, y reproducía una carta de su marido, Horacio Maggio:

«Querida Pipi:

»Así, de esta forma encabezaba siempre las cartas que te mandaba en la cárcel; ahora te escribo ésta, es la primera, pero es después de tu muerte... Una muerte que dice mucho, mejor dicho, que dice todo. ¿Qué fue tu muerte, sino la vida misma? ¿Qué fue tu resistencia, sino la convicción de una lucha?

»Allí estabas, seguramente lavando algo, o quizá cocinando algo sin sal o algo sin azúcar o acomodando la pieza de la “Pulgui”, como la llamabas vos, y por supuesto con tu mate amargo a cuestas. Pero seguro que simultáneamente, en tu mente estabas repasando la “ruta” que venías de hacer, repasando los detalles de una opereta próxima o quizás planificando la próxima reunión, y simultáneamente pensabas en el colegio al que iría la Pulgui...

»Sí, estoy seguro que pensabas en todo eso al mismo tiempo... Pero de pronto algo llamó tu atención, un timbre, la puerta, ruidos de “toros”. Esta vez es cierto, no como otras veces que eran falsas alarmas...

»Allí estaban ellos, no había ninguna duda, eran muchos y vos estabas sola; seguramente la “Pulgui” jugaba al lado. Nuevamente en tu mente mil cosas, pero una prioritaria: Resistir...

»La granada y el árbol maldito que la detiene, la PA3 y tu ráfaga; ahí ya pierdo tus pasos. Todos te deben haber tirado. Todos te han tirado, creyendo que te mataban. ¡Pobres ilusos!

»Vos sabías la importancia de resistir, de eso hablamos mucho, y más en este momento donde había tanta confusión, tantas cosas feas; vos demostraste, o mejor dicho re-dimostraste, confirmaste, actualizaste que el que cree, el que está convencido, no se entrega. Despejaste un camino que está lleno de malezas y piedras, ¡y de qué manera! Las circunstancias no te

podían ser más adversas, estabas sola, fue por la mañana, la muerte estaba uniformada y eran muchísimos, pero no lo dudaste, estabas segura de lo que tenías que hacer. Quienes creen hacen eso; quienes no, bueno vos sabés, hacen cualquier cosa...

»Lo que quisiera preguntarte —aunque pueda imaginármelo— es qué fue lo que sentiste, una cosa es estar dispuesta a que te maten, y otra cosa es decir ¡que me maten ya! ¡Aquí y ahora! No quiere decir que sean distintos, pero entre la disposición y la decisión hay un trecho en el que sabemos que muchos se han quedado en la mitad del camino. ¿Qué se siente cuando entre decir voy a morir por el pueblo y la muerte misma, median nada más que segundos?

»Terminar esta carta me es doloroso, pues estoy casi dialogando con vos. Sólo quisiera tocar un último tema que seguro te acompañó hasta el final: la Pauli. Ella ya está con nosotros. Como tantas veces lo hemos charlado, no te quepa la menor duda que estará conmigo. Hasta la victoria siempre».

—Che, el seminario se hace la semana que viene, pero nos pidieron que no mandemos mujeres.

—¿Qué pasa? ¿Vamos a un encuentro de militantes o a un congreso de sodomitas?

—No, boludo, se hace en una casa de retiro de los curas y ahí no podemos caer con mujeres. Lo que pasa es que como están las cosas no tenemos muchos lugares seguros para reunir cien compañeros, por eso el paraguas de la Iglesia nos viene bien.

—Sí, Colorado, pero después andá vos a decirle a las pibas que no somos machistas...

Luis Menucci trató de no sentirse ridículo al explicarles a los coordinadores de los grupos de la Juventud Radical de La Plata que el seminario de verano de la Junta Coordinadora no era apto para mujeres pero que eso no era una discriminación. El Changui Cáceres había conseguido la casa de retiros espirituales del Sagrado Corazón en Maciel, un pueblo apacible de Santa Fe. El encuentro estaba citado para el último fin de semana de enero y el tema excluyente era qué iban a hacer frente al golpe.

Luis llegó a Maciel el jueves 29 a la mañana: fue de los primeros. Todos llegaban solos o de a dos: muchos conseguían parecer seminaristas. Los amenazaban a menudo, pero los militantes de la Coordinadora preferían mantener ese disimulo a tomar medidas de autodefensa y arriesgarse a enfrentamientos armados. El alojamiento era austero: cuatro cuadras con

muchas camas, un comedor grande, salones de oración, cancha de fútbol y tanque australiano. Ese mismo jueves, a la hora de cenar, ya estaban todos: entre otros, Carlos Becerra, Fredi y Conrado Storani (hijo), Marcelo y Adolfo Stubrin, Aníbal Reynaldo, Hugo Lanci, Coti Nosiglia, Leopoldo Moreau, Pepe Pinto, Facundo Suárez Lastra, Jesús Rodríguez. Carlos Cebey, que estaba a cargo de la organización, dio las indicaciones:

—Bueno, vamos a trabajar viernes y sábado, así que como no tenemos mucho tiempo les vamos a pedir a todos que seamos estrictos con los horarios: diana a las siete y media, ocho y media el desayuno y de nueve a doce nos reunimos, después del almuerzo volvemos a reunirnos hasta las ocho y media...

Al otro día, después de los informes de rigor de las distintas provincias, hablaron de la coyuntura. Changui Cáceres dijo lo que todos suponían:

—El golpe es seguro: por lo que sabemos tanto de adentro como de afuera del partido, es inevitable. Lo que no se puede precisar es si va a ser un golpe para cubrir el vacío del gobierno de Isabel y llamar a elecciones en el 77 o va a ser un golpe fascista más duro...

Luis Menucci veía caras tensas. Se decía que el calor lo hacía transpirar, pero también podía ser el miedo. El paisaje resultaba demasiado bucólico como para hablar de movimientos de tanques y golpes de Estado. Sabía que ellos, pasara lo que pasara, iban a quedar de la vereda de enfrente, pero que una parte importante del radicalismo, con Balbín a la cabeza, ya estaba tratando de sacar partido de lo que consideraban inevitable. El Changui seguía hablando lento, sereno:

—Nosotros no tenemos que abandonar la actividad militante en las universidades, en los sindicatos: tenemos que mantenernos atentos a lo que pase y actuar según se presenten las circunstancias. Nuestros militantes no deben abandonar el país ni asilarse en embajadas. En la medida de lo posible, que cada cual se guarde en casas seguras, por lo menos hasta que las cosas se aclaren. Estas precauciones son para todos los militantes de la Coordinadora y también para compañeros como Amaya, Solari Yrigoyen, Karakachoff y otros que están tan expuestos como nosotros a que les pase algo...

Cáceres les informó que habían establecido contactos sólidos con las juventudes de la socialdemocracia de Alemania Federal, Francia y Suecia para contar con respaldo internacional una vez que los militares desalojaran al gobierno de Isabel. Entre otras cosas, los dirigentes coordinadores decidieron suspender por un tiempo el periódico: Luis Menucci se despedía de *Militancia Radical*, al menos hasta que cambiaran los vientos. Pensaba que lo más

importante que le quedaba era la mística de lucha de sus compañeros, pero que el país era un polvorín y, muchas veces, ellos estaban entre dos fuegos, a la expectativa de lo que hacían otros. El domingo a la mañana, cuando llamaron a misa, Luis decidió ir: no era una cuestión religiosa, la ceremonia lo tenía sin cuidado, pero creía que quedarse a la misa era una señal de reciprocidad, de agradecimiento hacia esos curas que los habían ayudado.

El domingo siguiente Sergio y Luis se encontraron. *El Día* transcribía una declaración del comité nacional de la UCR que llevaba por título «grave emergencia nacional». Luis la leyó en voz alta:

—El país vive una grave emergencia nacional: ésta es la síntesis de nuestra evaluación de la realidad. Advertimos hoy, ante la evidente ineptitud del Poder Ejecutivo para gobernar, que angustia al pueblo, desconoce sus aspiraciones de liberación, rompe los cauces morales y enferma la inseguridad de la República, que esta realidad es aprovechada para la reaparición de minorías que en la suma de los intereses creados, intentan nuevamente utilizar a las Fuerzas Armadas para el rompimiento del orden institucional, cuya lealtad es indispensable...

—El comité nacional siempre cuidando la retaguardia, no sea cosa que los generales se molesten...

Lo interrumpió Sergio; Luis retomó la lectura:

—Porque tenemos al pueblo unido en el mantenimiento de nuestro estilo democrático de vida es que esperamos alcanzar, entre todos, la solución digna que supere esta grave emergencia nacional. No perdamos el tiempo porque está en juego el destino del país. Urge cerrar el claro que deja la falencia del Poder Ejecutivo, aplicando los mecanismos legales y constitucionales pertinentes. Por ello, la Unión Cívica Radical hace un llamado a todos los sectores del país, al exclusivo servicio de los altos objetivos nacionales, en procura de coincidencias básicas, con toda urgencia, para crear una alternativa ante la grave situación que afecta al país, con el propósito de apuntalar el sistema republicano, representativo y federal, asegurar la vigencia plena de los derechos humanos, civiles y sociales, el afianzamiento de la moral pública, la defensa y consolidación del patrimonio nacional y la jerarquización exterior de nuestra Patria.

—Mirá, Colorado, decir eso y no decir nada es lo mismo, ¿te das cuenta? En vez de decir nos oponemos al golpe y punto, dan más vueltas que una calesita para tomar distancia pero no quedar afuera. La realidad es que los militares tienen el aval del Pentágono y van a meter mano dura: rentabilidad para los monopolios, domesticar los sindicatos a palo limpio, que acá no se

mueva nadie; lo que quieren para todo el continente. Ésa es la verdad, pero Balbín es un zorro y trabaja para él, para pasar a la historia: apuesta a que el peronismo no tenga nunca más un caudillo y que, de una vez por todas, su estrella brille más que la de cualquiera. Están en ésa, Colorado, en la personal, en la chiquita...

Doce

Humberto Pedregoza sabía que el verano era el peor momento para empezar las marchas en el monte tucumano. Eran veinte personas: 18 hombres y 2 mujeres. Algunos traían la experiencia de la columna del ERP que se movía por el sur de la provincia; otros ya habían estado unos días recorriendo el nuevo frente de guerrilla rural. Habían elegido El Cadillal porque la geografía era adecuada para esconderse, acampar, marchar, montar emboscadas, y porque había muchos pueblitos con obreros y campesinos que les podían servir de base política.

Empezaba febrero y los nuevos sufrían la sed y el calor del día y los mosquitos de la noche. Era la etapa de reconocimiento, de acostumbramiento. Pedregoza tenía experiencia y les repetía que, a medida que pasaba el tiempo, el cuerpo se adecuaba:

—Eso sí, tenemos que movernos con mucha precaución.

El grupo estaba comandado por Héctor Penayo, el teniente Marcos, y Eduardo Palas, el teniente Manolo; Pedregoza y Leandro Fote eran cuadros con experiencia en el lugar, que conocían la manera de ser de la gente. Se habían instalado en Burruyacú, cerca de la ruta 9. Los del ERP no sabían que la zona se había puesto caliente: también los Montoneros estaban tratando de instalar una columna en la zona. El viernes 13 de febrero, la columna se enfrentó con una patrulla del Ejército: en el combate murió el montonero Juan Carlos Alsogaray, el Hippie, hijo del teniente general Alsogaray y sobrino del ingeniero. La región se llenó de militares, de agentes de inteligencia disfrazados de paisanos, de paisanos que trabajaban para los militares.

En la mañana del jueves 19 la columna del ERP no conseguía encontrar agua. Los jefes mandaron a una pareja de guerrilleros con un bidón a una parada de camioneros. Salieron a la ruta, vestidos de jeans y zapatillas, simulando ser estudiantes que viajaban a dedo. El resto del grupo los esperaba en el campamento. Pero pasaron horas y la pareja no volvía. Algunos decían que se habían perdido, que demorarían un rato más. Otros estaban más preocupados. Fote y Pedregoza estaban enfrascados en una tarea: abrían una picada de acceso al campamento, a unos doscientos metros de la base. Pedregoza no soltaba el fal. Fote se lo reprochó:

—Así trabajás más lento, hermano.

—No, a mí ya me pasó una vez, cuando cayó el campamento de la comandancia: tenía el fierro colgado de una rama y cuando nos sorprendieron ni tiempo tuve de agarrarlo.

Entonces oyeron ráfagas de ametralladora. Pensaron que les estaban tirando y rodaron para un costado y se prepararon para responder el fuego. Pedregoza se dio cuenta que no le picaba ninguna bala cerca, y pensó que el tiroteo era en el campamento. Cuando sintió que explotaban granadas, pensó que los habían rodeado:

—¿Qué hacemos, Leandro?

—Nada, hermano, tenemos que retirarnos de aquí. Seguro que ha sido por los changos que fueron a buscar agua. A mí se me hacía que era peligroso.

Se deslizaron por el monte y, a poco de caminar, se toparon con la ruta. Leandro sugirió cruzarla, aún con el riesgo que significaba. Una vez del otro lado, se quedaron observando los movimientos, por si alguien los había visto. Un camión tanque pasó tirando un aceite muy denso y oscuro sobre el asfalto. Como dos metros del ancho del camino quedaron cubiertos de aceite. Atrás venía un jeep.

—Mirá de la que nos salvamos, si llegábamos a pisar el aceite, nos hacían acá.

Las huellas los hubieran delatado y los militares los hubieran seguido como a conejos. Caminaron dos noches; el primer día se quedaron despiertos escondidos en el monte. Al segundo día durmieron en un cañaveral marchito que había quedado sin cosechar. Chuparon la caña medio reseca: el almíbar no les sacaba la sed. La tercera noche llegaron a San José, el pueblo del ingenio San José, cerrado hacía casi diez años. Ahí, Fote había sido dirigente gremial. La mayoría de las familias había emigrado. Pedregoza miró el panorama desolado:

—Che, hermano, rajemos de acá. Ya no queda nadie ni para darnos un mendrugo de pan.

Cinco de los guerrilleros sorprendidos en el campamento también pudieron escaparse, pero no supieron precisar cómo murieron los demás: si en combate o fusilados. Los dos guerrilleros que fueron a buscar agua fueron detenidos, torturados y fusilados. El Ejército seguía con su política de no dejar prisioneros vivos. Los dos tenientes del ERP que lideraban la columna de El Cadillal murieron en el ataque: ese ataque marcó el final del segundo frente rural. A esa altura, los que quedaban en el primer frente, en la zona del Aconquija, estaban completamente a la defensiva.

Febrero de 1976. Según las cifras oficiales, la desocupación, en esos días, rondaba el 7 por ciento, pero preocupaba a muchos. La revista *Crisis*, en su número 33, publicó un informe hecho de testimonios:

«“¡total, por lo que uno vale!”.

»—¿Por qué está sin trabajo?

»—Porque me despidieron. Dijeron que no había trabajo. Ya van para dos meses, y todavía no conseguí nada, apenas alguna que otra changuita.

»—¿Lo indemnizaron?

»—Me ofrecieron pagar. Pero no era lo justo, querían que aceptara una miseria, o sea, primero me echaron como si fuera una bestia, sin importarles nada, que tengo mujer y tres hijos, y después quisieron tragarme, darme unos pesos miserables aprovechando que estoy necesitado por culpa de ellos mismos. Pero yo no acepté, y un amigo me recomendó a un abogado, así que estoy en juicio, pero tampoco sé cuándo voy a cobrar, me dicen que puede ser para dentro de cuatro o cinco meses... no sé, pero igual se las voy a seguir, lo más que puedo.

»—¿Cómo se siente?

»—¿Y cómo me voy a sentir...? Como la mona, jodido, bien jodido. Parece como si tuviera algo roto, extraño la fábrica, los compañeros... me había encariñado con ese lugar, con el trabajo... eso era mi vida. Yo estaba en el gremio textil. Y ahora me doy cuenta que estoy desprotegido, uno está desnudo y los otros vestidos. Uno no tiene nada, solamente sabe trabajar, y de pronto al dueño de la fábrica o al capataz se le ocurre dejarnos en la calle, y es como si a uno lo matan pero a nadie le importa. ¡Total, por lo que uno vale!

»—¿Es difícil conseguir otro trabajo estable?

»—Sí, muy difícil. Casi imposible. Primero porque está lleno de desocupados, cosa de la que recién uno se da cuenta cuando se pone a buscar empleo. Yo también antes creía que no trabajaba el que no quería, pero ahora me doy cuenta en carne propia que eso no es así. Y uno patea y patea todo el día y no aparece nada. Y llego a casa y mi mujer me mira y no me dice nada, uno es un hombre y no es cosa de ponerse a llorar. Hay que aguantarse y seguir buscando, algo va a pasar. Pero el asunto también se complica porque a uno lo echaron, y eso es un mal antecedente, porque nadie lo quiere tomar, tienen miedo de que uno sea muy rebelde o ladrón, o vago, vaya a saber... Lo cierto es que a uno lo miran mal y toman a otro. Y así va la cosa, para mí cada vez peor, porque todo está muy caro, el que trabaja apenas puede vivir, y yo estoy sin trabajo, y tengo familia, y no puedo aflojar, y tampoco me quiero

morir, claro está, ni hacerme chorro. Entonces yo le pregunto: ¿me puede decir qué hago?

» «*no hay nada peor que estar sin trabajo*».

»—¿Qué sensación le causa estar sin trabajo?

»—Me hace sentir muy mal. Yo busco trabajo para poder estudiar, para mí es un medio hacia otra cosa. Y el hecho de no conseguirlo es algo que duele, porque sólo nos deja dos posibilidades: o dejar de estudiar o aceptar la ayuda de la familia en el caso en que se pueda, lo que hoy por hoy es cada vez más difícil. Y depender de la familia tampoco es bueno: pareciera que uno no termina de crecer o que es inútil para enfrentar la vida. Pero tampoco quiero mentir diciendo que el trabajo me gusta, es simplemente algo que necesito. De eso me di bien cuenta cuando, durante un mes, antes de quedar despedida, trabajé en una oficina. O sea, al principio parecía un “chiche nuevo”, pero pasada la primera semana eso de levantarme a las seis y media de la mañana y volver recién a las nueve de la noche me gustaba bien poco. Aun así no hay nada peor que estar sin trabajo.

»—¿Para una persona joven es difícil emplearse?

»—Para alguien de clase media, que sale de la secundaria, sí. Claro, una pretende un trabajo de oficina, o algo así, y los puestos son pocos y la gente que va es muchísima, y además pienso que no se está debidamente preparada para el trabajo. No sólo porque de la escuela se sale sabiendo muy poco, o nada, sino también porque la realidad es mucho más dura y difícil de lo que alguna vez soñamos o nos imaginábamos.

» «*¿y qué hace con todo un día un trabajador que no trabaja?*».

»—¿Cuándo lo despidieron?

»—Hace ya medio año. Hasta ahora nos fuimos arreglando con la indemnización, después... me da miedo pensarlo.

»—¿No consigue otro trabajo?

»—¿Le parece que es una cosa fácil? ¿No lee los diarios? Todos los días echan gente, o la suspenden, y cierran las fábricas. Y cuando aparece un aviso corremos todos, como moscas. Y yo en esta carrera la voy siempre de perdedor, desde el apronte.

»—¿Por qué?

»—¿Quién no se da cuenta? Porque ya no soy un muchacho. No soy un viejo pero tampoco un muchacho. Y como tienen muchos para elegir el puesto se lo dan a otro: yo lo veo todo muy claro.

»—¿Y qué piensa hacer?

»—Eso es lo que no sé. Eso es lo que no me deja dormir. ¿Sabe una cosa? Yo siempre fui peronista y soñaba con que iba a volver el General y todo estaría mejor. Y aquí me tiene, en la calle. Bueno, Perón se murió, y las cosas no son las mismas. Pero igual yo voy a seguir siendo peronista, a esta altura de mi vida no puedo cambiar, ni tampoco quiero. Eso sí, hay muchas noches que cuando estoy acostándome, después de darle un beso a la patrona lo pienso: ojalá me quede muerto, sin darme cuenta, sin que me duela... Es que después viene el día. ¿Y qué hace con todo un día un trabajador que no trabaja?

»“*después ya se verá*”.

»—¿Cuál es su situación?

»—Mi situación es que tengo 23 años, estoy embarazada y no consigo trabajo...

»—¿Antes trabajaba?

»—Desde chica que trabajo, empecé en una fábrica de calzado, cuando tenía 13 años, me llevó mi mamá que también trabajaba allí. Ella se murió en un accidente. Después estuve en Alpargatas y últimamente en una tejeduría. De allí me despidieron.

»—¿Por qué?

»—Es una historia como todo lo mío, sin mayor suerte, y sin mayor importancia. Hace dos años, en la fábrica, conocí a un muchacho, salimos, hicimos planes de ir a vivir juntos y también de casarnos, cuando se pudiera. Pero las cosas en la fábrica empezaron a ir mal, parecía que los dueños buscaban cerrarla, y nos suspendían continuamente. Juan es muy bueno, pero también es terco, y empezó a decir que no lo iban a suspender más, que estaba podrido de todas esas maniobras. Y otros compañeros empezaron a seguirlo. A mí todo me daba mucho miedo. La cuestión es que al final la fábrica cambió de dueño, y echaron a varios y a mí también, porque sabían que yo lo quiero a Juan.

»Y ahora ninguno de los dos tenemos trabajo. Vivimos en una piecita que nos prestaron en la casa de la familia de él y todo nos anda mal. Él quedó marcado y en su oficio no consigue nada, así que anda haciendo changas, de todo un poco, se da mucha maña. Y a mí no me toman porque estoy embarazada, a ningún patrón le conviene, yo me doy cuenta. Para ganarme unos pesitos estoy haciendo ropa de muñecas, pero es muy poco. Dentro de cinco meses, si Dios quiere, va a nacer el chico. Yo no pido mucho, ya estoy acostumbrada a no pedir mucho. Sólo deseo que el chico sea sanito, y que Juan por lo menos consiga un trabajo fijo. Después ya se verá».

La desocupación era parte de una situación económica compleja. Según el INDEC, los precios habían subido un 14,6 por ciento en enero, un mes que solía ser de baja inflación. Eso significaba que, en los últimos 12 meses, los precios al consumidor habían crecido un 359 por ciento. Ese lunes, un dólar en el mercado libre se cotizaba a 210 pesos. Ese mismo día la APEGE hacía una marcha contra el abuso impositivo, las altas tasas de interés y, sobre todo, contra el gobierno. El martes 3 de febrero Antonio Cafiero presentó su renuncia al ministerio de Economía y pocos días después fue nombrado embajador ante el Vaticano. Isabel designó a Emilio Mondelli, un economista liberal que se constituía en el séptimo ministro desde el 25 de mayo de 1973. Mondelli, como todos, anunció un plan: aumentos de tarifas, reducción del gasto público y privatización de empresas públicas. Mondelli criticó las gestiones precedentes: que la ley de inversiones extranjeras había cerrado las puertas al capital extranjero, que la ley de contratos de trabajo impedía la rentabilidad empresaria y que urgía arreglar con el FMI. Los mercados no se mostraron sensibles a las palabras del nuevo ministro: el martes 10 de febrero un dólar en el mercado libre valía 290 pesos, 32 por ciento más que una semana antes. Ese mismo día, la APEGE convocaba a un nuevo paro empresario para el lunes 16, con un solo reclamo: que se vayan. Ese día, Isabel Perón habló por la cadena nacional para decir que se quedaría en el gobierno «porque así lo impone una responsabilidad histórica ineludible: el deber de evitar la dispersión de las fuerzas populares que, de no ser así, buscarían la defensa de sus conquistas y esperanzas en la izquierda marxista».

El plan de Mondelli era el que los militares golpistas exigían. La propia Isabel se lo dijo días después al intendente de Avellaneda, Herminio Iglesias: «No se preocupe. Aquí no hay golpe que valga. A los militares los vamos a dejar sin verso. Con el plan económico de Mondelli no van a tener nada que decir. Es el mismo que quieren aplicar ellos. Como van a ser medidas muy impopulares, les conviene que el deterioro lo tengamos nosotros. Mientas tanto pasará el tiempo y llegaremos a las elecciones». El problema era que ese plan, cualquiera fuese el ministro que intentara aplicarlo, iba a provocar más respuestas obreras y necesitaba, por lo tanto, una buena dosis de represión para acallarlas. Y los militares y los empresarios suponían que el gobierno de Isabel Perón no tenía la fuerza suficiente para hacerlo. Entre otras cosas, porque a mediados de año habría elecciones, y los políticos peronistas no querían perder su base electoral. Pero no sólo por eso.

—¡Alba, abrí las ventanas! ¡Abrí, así se hace corriente!

El aire estaba pegajoso. Entre el calor y el olor a aceite quemado la cocina era un infierno, pero a Manuel Gaggero se le había ocurrido hacer milanesas, así al día siguiente tenían sándwiches para la reunión de responsables nacionales del frente legal del PRT. Los Gaggero habían vuelto a la quinta alquilada, y era perfecta para una reunión grande: se podía hacer un asado, darse un remojón en la pileta y todo quedaba muy disimulado. Pero esa vez querían hacer una reunión corta, sin interrupciones. Después de Monte Chingolo, el staff de *Nuevo Hombre* mostraba fisuras: Enrique Raab y el Negro Demarchi habían dicho que así no seguían más. Y Manuel quería que Eduardo Merbilhaá, el responsable nacional del frente legal, se diera cuenta de que iban a perder a dos aliados de peso, dos buenos periodistas, dos tipos queridos en el ambiente.

—Ahora, sí, al menos se puede respirar.

Alba abanicaba con diarios el aire y despotricaba porque el extractor no andaba.

—¡Revisalo, Manuel, no anda! ¡Ufa, y ahora golpean la puerta! ¡Dios mío!

Eran los tres golpes seguidos y otro espaciado que habían arreglado como contraseña. Susana Gaggero entró muy agitada:

—Manuel, hay que levantar todo. Metele.

Manuel miró las milanesas crocantes. Esto ya había sucedido dos meses antes, cuando su hermana les hizo dejar la quinta el día de Monte Chingolo.

—¿Y ahora qué va a pasar, Susana?

—Dale, Manuel, apurate. Provisoriamente, andá a lo de mamá. Rajando, parece que cantaron la quinta. Quedate en la puerta que cargamos a los chicos y pasamos a buscarte.

El zafarrancho se armó en segundos: Manuel se paró en la entrada para ver si había movimientos raros; mientras tanto Susana y Alba metían lo que podían en el citroën. Sus tres chicos corrían de un lado para otro, alborotados. Manuel pensó que cargar seis personas en el auto a la noche era contrariar los criterios más elementales de seguridad, pero su hermana había sido tan perentoria que no vio otra salida. Pasaban los minutos y no veía nada raro. Pero, al cabo de un rato, se cansó de esperar que saliera el auto. Estas mujeres siempre tardaban demasiado. Cuando entró, para apurar el trámite, no encontró a nadie. Su sorpresa fue tremenda: Manuel pensó ocho cosas al mismo tiempo y decidió que lo primero que tenía que hacer era salir de allí lo antes posible. Se fue a la parada del 402, que tardó una eternidad.

Cuando subió estaba tan cansado como mufado: se dormitaba y se le confundían las ideas. Se decía que sólo un revolucionario podía aceptar una vida tan imprevisible, quedarse con hambre, andar a la deriva, no saber qué había pasado con sus hijos, su mujer y su hermana. Cambió de colectivo. Casi a la medianoche llegó a Pacífico y caminó unas pocas cuadras hasta lo de su madre. Vio el Citroën en la esquina y respiró profundo. Hizo los dos pisos por escalera sin hacer ruido. Una vez adentro, su hermana y su mujer lo increparon:

—¿Dónde te metiste, Manuel?!

—Dimos una vuelta a la manzana y, como no te vimos, pensamos que había caído la cana. ¡Ay, qué suerte!

—¿Pero yo estaba clavado en la puerta! ¿Por dónde salieron?

—No, salimos por el portón de atrás.

Manuel no sabía si putear o festejar. Susana le contó que habían pasado la reunión para la semana siguiente, y que la quinta se levantaba por si acaso:

—Cayó un compañero que estuvo ahí, y como ya cayó una casa que él conocía, me dijeron que la levantemos.

—Uy, qué embole. La quinta está a nombre de Rolo.

Rolo era un simpatizante del frente legal que había alquilado la quinta a través de una inmobiliaria. Al otro día, Manuel fue a verlo con las malas nuevas. Rolo se puso pálido:

—Entonces, ¿voy a tener que pasar a la clandestinidad?

—Y, si la cantaron, sí. Por ahora es preventivo, dejá el trabajo y vení conmigo, que vamos a tratar de conseguirte un lugar.

Dos días después, Manuel acompañó a Rolo hasta un teléfono público y le dijo que llamara a la inmobiliaria:

—No sé, Rolo, deciles que tenés unos amigos que quieren alquilar algo por la zona, a ver si te largan algo, pero no te vayas de boca, hacete el sota.

Rolo no podía disimular el temblor de las manos al tratar de poner la moneda en la ranura. La voz le salió suave. Lo atendió una mujer:

—Sí, qué tal, yo soy el que les alquiló la quinta cerca de Moreno...

Furiosa, la señora le dijo que la dueña la había llamado desesperada, que la policía había levantado hasta los inodoros y que iba a perder el dinero del depósito.

—Además, señor, la policía nos dijo que ustedes son subversivos. ¿Cómo íbamos a saber que les alquilábamos la quinta a los subversivos?

—No señora, no sé de qué me habla.

Manuel lo llevó a tomar un café.

—Tranquilízate, Rolo, vamos a tratar de conseguirte documentos, una casa. Vamos a tratar de resolverlo.

—Pero, Manuel, ¿quién fue el hijo de puta que cantó la quinta?

—Y qué sé yo, Rolo. ¿Qué querés que te diga? La cosa no está fácil.

La organización Montoneros había dispuesto que sus militantes se tomaran 15 días de vacaciones: se suponía que ese año sería duro y que ese descanso le vendría bien a todo el mundo. Mercedes Depino se fue con un grupo de compañeros del hospital Italiano a Valeria del Mar. Jaime, el residente de psiquiatría, era uno de ellos. Todavía estaba dolida por el aborto y la separación, pero esos días de mar y flaca le vinieron muy bien. Mientras tanto, Sergio Berlín se había ido a Monte Hermoso con un grupo de militantes entre los que estaba Cali, una chica con quien Galimberti quería hacerle gancho. Nadie sabía, entonces, que era la hermana de su compañera, Julieta Bullrich.

A su vuelta, Mercedes solía dormir en el departamento de Jaime, en Esmeralda y Juncal. Su vida se complicaba cada vez más. Ahora tenía que ir todos los días desde el centro hasta la zona Norte, para cumplir las citas de la estructura militar que le ponía Yuyo, su jefe. De tanto en tanto, sus riñones le conseguían una tregua: varias veces llamó al teléfono de control diciendo que no iría porque estaba enferma.

Además, estaba confundida. Estaba bien con Jaime, que le ofrecía ese mundo calmo y delicado que había dejado durante tanto tiempo, pero también extrañaba a Sergio y se murió de celos cuando se enteró, por ejemplo, de sus vacaciones con Cali.

—Merce, lo que tenés que hacer es dejar todo esto. Esto es pura muerte, en serio. Tenés que hacer una elección por la vida...

Jaime había decidido que se iría a París a completar su formación, y se pasó días y días tratando de convencerla de que se fuera con él.

—Vayámonos juntos, Merce, empecemos algo nuevo, distinto. Dejemos toda esta locura...

—Jaime, ya te lo dije muchas veces: yo de acá no me voy. Éste es mi lugar. Acá tengo a mis amigos, a mis compañeros, y no los voy a abandonar. A mí nadie me obliga a quedarme, como nadie me obliga a militar, pero ésas son mis elecciones en la vida. Para mí, elegir la vida es quedarme acá y seguir peleando por lo que creo. Ésa es mi elección y si no podés respetarla, entonces no me respetás a mí, ¿entendés?

Al cabo de unas semanas de discusión, la situación se volvió insostenible. Jaime empezó a preparar su viaje, y Mercedes se volvió a la casa de su hermana en San Isidro. Era su zona y, además, le dio una buena excusa cuando Carlón, el jefe de la columna, le volvió a insistir para que se proletarizara:

—Ya está, ya estoy laburando. Estoy viviendo en la casa de unos colaboradores nuestros y trabajo de planchadora y les hago los trabajos de la casa...

En esos días su responsable le contó que un conscripto del casino de oficiales del Regimiento 1 de Patricios había estado a punto de matar con una sopa envenenada al general Acdel Vilas, el ex jefe del operativo Independencia.

—Un compañero, el soldado, tuvo que pasar a la clandestinidad. Parece que Vilas se descompuso, pero no crepó.

—Putá, qué mala leche.

—¿Y sabés que contó el compañero? Que Vilas, antes de tomarse la sopa, se andaba haciendo el vivo. Decía que él sabía de guerra revolucionaria, no como ese Bussi, que lo único que sabe hacer es parar autos y allanar pueblos. Y dijo que su consigna es «muertos y enterrados». Así no joden más, dijo. Mirá, ahora va a saber que no puede estar seguro ni en su propio cuartel, el muy hijo de puta.

Ese verano, Sergio dejó el departamento de la avenida Maipú. Lo vendió y se compró otro en la calle Roca, también en Vicente López, más cerca del Bajo: era un edificio moderno, elegante, con pileta en la terraza y un ascensor de vidrio con vista al río. La mayoría de los departamentos eran bulines de tipos de plata. Para un tipo solo con movimientos extraños era una cobertura perfecta. Una de esas tardes Sergio y Mercedes se cruzaron en una cita, y él la invitó a conocer su casa nueva. Esa noche les pareció que quizás podían intentar algo otra vez. Quizás no una pareja tan establecida como antes, pero bueno, ver qué pasaba.

Marzo de 1976. En esos días, *La Opinión* se asombraba ante la amplitud que tomaba un nuevo fenómeno: los jardines de infantes.

«En ninguna ciudad de América Latina existen —en proporción— tantos jardines de infantes, guarderías y colonias de vacaciones infantiles como en Buenos Aires y sus alrededores. Este rubro ocupa a casi 1400 maestras “jardineras” y origina, a la vez, una serie de actividades confluentes, como los

ómnibus escolares, la instalación de piscinas desmontables, elementos de juego y recreación, vestimenta y útiles escolares.

»Hace diez años, la instalación de un jardín de infantes privado era infrecuente en los barrios porteños. Pero ahora, parece haberse convertido en un quehacer de moda.

»La organización de un establecimiento preescolar requiere la integración de una sociedad entre dos o más maestras especializadas, que en general alquilan una propiedad con amplio fondo y decoran sus habitaciones con motivos adecuados. Los alumnos procederán de las decenas de matrimonios vecinos que deben concurrir a sus empleos, y para los cuales el cuidado de sus hijos pequeños constituye un problema capital.

»Mientras dura el año escolar, los pequeños reciben una enseñanza estructurada de acuerdo con los métodos pedagógicos más actuales. Es de notar que las jóvenes maestras disponen de sólidos conocimientos y han sido adiestradas en la aplicación de metodologías modernísimas, de modo que el viejo axioma de “enseñar jugando” se cumple rigurosamente.

»También se requiere la colaboración de algún psicólogo, que periódicamente entra en contacto con los niños y descubre facetas desconocidas de cada personalidad, pero también revela la existencia de problemas de orden familiar, si los hay. Esta información permite encauzar al infante a manifestarse con plenitud y desinhibirlo, si trae de su hogar algún trauma oculto. En muchos jardines de infantes las propias maestras preparan el almuerzo, con el concurso de los niños. Se trata de una colaboración espontánea, que en el caso especial de las niñas tiene benéficos resultados posteriores.

»Resulta fundamental que el niño aprenda a pertenecer a una comunidad que ya posee principios de organización y normas de convivencia. Todo se comparte: los juguetes, las golosinas y los juegos. Los mayorcitos tienen la obligación de proteger y ayudar a los más pequeños. Los varones aprenden a ser gentiles y comprensivos con las niñas. Las maestras saben también que deben prestar especial atención a los casos de niños huérfanos o hijos de padres separados. En este caso, se trata de canalizar su vida afectiva por cauces normales y hacerles comprender que no deben sentirse solitarios o aislados.

»Durante las vacaciones, los jardines se transforman en centros de recreación. Los niños aprenden a nadar, a manejar una bicicleta y participar de juegos colectivos.

»En cambio, durante el año escolar, además de las nociones de lectura, escritura, dibujo y matemáticas, se les enseña música e idiomas.

»Con esta preparación, no es extraño que, cuando el niño ingresa en la primaria, pueda asimilar las lecciones sin ningún esfuerzo. En opinión de muchos maestros del ciclo primario, los chicos que ahora ocupan los bancos del primero infantil parecen “superdotados”. Éste es un mérito a la preparación previa que reciben en los jardines, un tipo de establecimientos que se han vuelto familiares en todo Buenos Aires. La precocidad también tiene su razón de ser».

Faltaban pocos días para que venciera el plazo de tres meses que había dado el comandante en jefe del Ejército, general Jorge Rafael Videla, al gobierno de Isabel, tras su discurso navideño desde Tucumán. El lunes 15, un coche preparado con veinte kilos de trotil y un detonador teledirigido explotó en la puerta del edificio Libertador, el comando general del Ejército, justo cuando entraba una comitiva de altos oficiales. Los Montoneros dijeron que el general Videla estaba entre ellos y que «se había salvado por un pelito». Cuatro coroneles y otros doce oficiales quedaron heridos, y un camionero que pasaba murió. Pocos dudaban de que el golpe estaba por llegar: a menos que la sociedad civil encontrara formas de detenerlo, pero eran muy pocos los que parecían interesados en intentarlo. El martes 16, Ricardo Balbín dijo que no tenía soluciones:

—... Algunos suponen que yo he venido a dar soluciones, y no las tengo. Pero las hay. Es ésta: la unión de los argentinos para el esfuerzo común de todos los argentinos. La mujer que rezonga, que camina cuerdas y cuerdas para encontrar algo de lo que necesita su hogar, está en protesta. El que quiere un remedio y no lo tiene, también reclama con dolor y con urgencia y prefiere el cataclismo. A esta gente yo le digo con sencillez: señora, la falencia de lo que usted no tiene se debe a la desunión de los argentinos.

Hablaba por la cadena nacional, que el gobierno cedía a los líderes políticos de la oposición en un intento porque lo ayudaran a parar el golpe tan anunciado:

—Ahí está la guerrilla —¿por qué vino y quién la trajo?— poniendo el país en peligro y encendiendo una mecha en el continente americano. Nadie se preocupa de eso. Pero la destrucción por la violencia de la Argentina, la guerrilla intensificada en el país, pasa las fronteras. Y puede llegar el día en que, sin querer o queriendo, una generación joven con la que sueño, una generación joven con la que trabajo, encuentre convulsionado su país,

amenazada su República. Por eso traigo nada más que una invitación. Conozco todos los rumores. Sé de todas las inquietudes. Se conjugan los movimientos de las Fuerzas Armadas argentinas, esas importantes fuerzas argentinas. Las que soportaron todo. Las que enterraban a sus muertos y hablaban de las instituciones del país. Estas Fuerzas Armadas que no vi nunca, que están ahí defendiendo y sufriendo, ayer nomás, el atentado brutal, sumado a los otros atentados...

El radical miró a su audiencia con sus ojos chiquitos, achinados, como quien prologa algo importante:

—Por eso, desde aquí, invoco al conjunto nacional, para que en horas, no más, exhibamos a la República un programa, una decisión, un norte. Pero que se deponga la soberbia. Cuando se trata de estas cosas, lo digo desde arriba para abajo, no hay que andar con látigos, hay que andar con sentidos morales de la vida. Éste es mi llamado. No ha resuelto nada. No ha aliviado ninguna angustia. No ha dado remedio al que no lo tiene. No soy muy amante de los poetas, pero he seguido a un poeta de mi tierra: todos los incurables tienen cura cinco minutos antes de su muerte. Argentinos de todos los rincones, civiles de todos los lugares, militares de todo el país, brigadieres y marinos: ¿para qué llegar a los últimos cinco minutos? ¿Por qué no estamos conjugando la ilusión de aquel poeta? Se acerca el angustiado, el enfermo, el desprotegido, todos los incurables que tienen cura cinco minutos antes de la muerte. Desearía que los argentinos, hoy, no empezáramos a hacer la cuenta de los últimos cinco minutos.

Ricardo Balbín bajó la vista, agarró el vaso de agua y calmó su sed. Un locutor de voz metálica dijo que se terminaba el espacio concedido por la cadena oficial y que las radioemisoras continuaban con su programación habitual.

El sábado 20 a la noche, Horacio González estaba con dos compañeros suyos en la vereda del Trust Joyero Relojero repartiendo volantes que llamaban a evitar el golpe. Los volantes retomaban la famosa expresión del obispo Bonamín —«el festín de los corruptos», y la convertía en una advertencia contra «el festín de los golpistas». Los firmaba un grupo de unidades básicas de la Capital que hacía tiempo que funcionaban con muchas dificultades: independientes, se habían quedado en el medio del tiroteo y no tenían dónde refugiarse. De hecho, en los últimos meses habían intervenido muy poco pero, ante la amenaza, se dijeron que, aunque no sirviera para mucho, igual querían salir. Cuando se les acabaron los volantes, Horacio fue hasta el bar La Paz, en Corrientes y Montevideo. Hacía calor: el bar estaba

lleno, con las ventanas muy abiertas. Horacio encontró un par de mesas de amigos suyos de la facultad estatal, militantes y ex militantes. Horacio ya no trabajaba más en la UBA desde la intervención de Ottalagano; hacía un par de semanas que lo habían contratado para dar clases en la carrera de Sociología del Salvador.

—Parece que no hay quién los pare, ¿no?

—No parece. La verdad, los únicos que quieren pararlos son los funcionarios del gobierno, algunos, y algunos sindicalistas. La Iglesia los apoya, los empresarios los apoyan, muchos políticos los apoyan, Estados Unidos los apoya. Y a la gente ya a esta altura pareciera que le importa todo un carajo, que lo único que quieren es que haya un poco de orden, menos inflación, menos violencia, más seguridad.

—No se dan cuenta de que lo viene puede ser terrible...

—Bueno, habrá que ver. Siempre es un desastre que vuelvan los milicos, pero en una de éstas consiguen calmar un poco las cosas.

—¿Calmar las cosas, los milicos?

—Digo, que si va a haber represión por lo menos que sea más ordenada, institucional. Que detengan gente, la juzguen, la metan en cana, pero que se acabó la locura ésta de las Tres A. Así no podemos seguir...

Horacio se preocupaba mucho por esa violencia: varios amigos suyos habían caído víctimas de ella. Pero no tomaba demasiadas precauciones: trataba de pensar que no le iba a tocar y, aunque sabía que no era imposible, tenía la sensación de que cualquier cuidado sería como una manera de darse importancia, de sobrevalorar su propio papel en la cosa. Después de todo, hacía más de un año que su militancia era muy escasa, inorgánica.

—Che, ¿no tienen un faso?

—No, éste es el último.

—¿Lo compartimos?

Hacía un mes que era muy difícil conseguir cigarrillos en Buenos Aires, porque los fabricantes estaban esperando un aumento y se guardaban sus existencias. Uno de los parroquianos dijo que se iba porque lo habían invitado a escuchar a Piazzolla, que tocaba en un bolichito de la vuelta. Otros pensaron en irse al cine, pero la cartelera no estaba muy tentadora —*Perfume de mujer*, si acaso, con Gasman y Agostina Belli, y poco más— y además el cine había aumentado dos días antes y estaba a 12.000, unos 30 centavos de dólar. Los distribuidores se quejaban de que con eso no pagaban sus costos, y el público no iba porque estaba muy caro.

Horacio se quedó a tomar otro café y esperar los diarios de la mañana. *Crónica* hablaba de paros obreros por mejoras salariales en Fiat Materfer, en la DGI, en los astilleros del Estado, en YPF, en Ferrocarriles y en muchas fábricas más chicas, y seguramente habría más: la inflación prevista para el mes era del 30 por ciento. Los bancarios de Córdoba llevaban tres días de paro en protesta por el secuestro de dos delegados. *La Nación* decía que la semana anterior había habido 37 muertos por la violencia política: uno cada cinco horas. Y *La Opinión* publicaba en su tapa un breve editorial, levemente elíptico pero muy claro para cualquier lector del momento: «El Ejército celebró ayer el 164 aniversario de la creación del Regimiento de Granaderos a Caballo, que lleva el nombre de su fundador, el general José de San Martín. Y quizá el hecho evocado sea, en la vasta foja de servicios rendidos por San Martín a su país, el más significativo para deducir y sintetizar el mensaje que este prócer legó a sus conciudadanos. Es un mensaje que cabe en pocas palabras: cuando debe hacerse la guerra, nada reemplaza a la guerra.

»San Martín vino a su país en 1812 porque había una guerra que librar, la de la Independencia, y no perdió un minuto, no dudó un instante, en lanzarse a la ofensiva, formando el Regimiento de Granaderos a Caballo. Sólo cuando la libertad argentina quedó consolidada, y junto con ella la del resto de la América hispana, San Martín envainó su espada. Había evitado la política durante esos diez años, porque estimó que la política debía limitarse a administrar los asuntos del Estado, supeditándolos a la guerra. Sólo ganando esa guerra se aseguraba a los argentinos lo que la política no había podido ni estaba en condiciones de darles: libertad y seguridad.

»De todos los caudalosos e infinitos significados del legendario héroe, la celebración de ayer rescata ese gesto: llegó al país para la guerra, y se lanzó a la guerra sin prejuicios ni timideces».

Horacio respiró hondo.

El 23 de marzo una circular del Banco Central anunciaba el lanzamiento de billetes de 5000 y 10.000 pesos nuevos, equivalentes a medio millón y un millón de pesos nacionales. El día anterior, la Bolsa ya había abandonado la euforia de la semana anterior: la incertidumbre provocó una caída general de títulos y acciones. Los especuladores se refugiaron en el mercado negro del dólar, que había subido a 450 pesos. De enero a marzo el dólar paralelo había aumentado el 150 por ciento y, en el último año, el 1135 por ciento. Era el mejor refugio financiero: casi tres veces más que los precios

mayoristas en el mismo período, que habían crecido el 474,3 por ciento — 28,5 por ciento para el mes de febrero—.

Ante la inminencia del golpe, las empresas retenían mercadería y la gente hacía colas o se peleaba con los almaceneros y comerciantes. En la Capital, la dirección municipal de abastecimientos trató de salir al cruce instalando puestos callejeros que vendieran leche, azúcar, aceite, kerosene. Los puestos vendían la docena de huevos a 40 pesos —10 centavos de dólar—, la mitad que en los almacenes. A mediados de marzo, Cargill y otros grandes productores no entregaban a los minoristas: la Municipalidad mandó inspectores a los frigoríficos para decomisar los huevos acaparados. Entonces la Asociación de productores y comercializadores de aves y huevos se puso en gastos con una solicitada para defenderse de las acusaciones del gobierno de Isabel y explicar que ellos no especulaban con los huevos. La titularon «¡Se terminó!» y el primer párrafo decía que: «nuestra paciencia fue colmada por las reiteradas demostraciones de incapacidad o mala fe de los funcionarios que han conducido la política económica relacionada con la producción y comercialización del huevo, que es la única causa de la actual escasez de este producto». La solicitada terminaba con una frase que, ese 23 de marzo, no podía leerse de modo ambiguo: «A partir de este momento, se declara en estado de alerta la producción y comercialización de huevos de todo el país».

Esa tarde el título de *La Razón*, a ocho columnas, era claro: «Es inminente el final. Todo está dicho». Y, encabezando su primera página, un pequeño texto: «Siete días de diciembre, treinta y uno de enero, veintinueve de febrero y veintitrés días de marzo suman los tres meses que han transcurrido desde que el teniente general Jorge Rafael Videla pronunciara, desde el frente de operaciones en Tucumán, junto a las fuerzas bajo su mando, en Nochebuena, su trascendente alocución. Al cumplirse hoy los noventa días de esa dramática apelación, que algunos parecieran no haberla tenido demasiado en consideración en su debida dimensión y profundidad, hay que recordar, ante las circunstancias críticas del presente, algunas de las expresiones del teniente general Videla, que dijo: “El Ejército argentino, con el justo derecho que le concede la cuota de sangre derramada por sus hijos, héroes y mártires, reclama con angustia pero también con firmeza, una inmediata toma de conciencia para definir posiciones. La inmoralidad y la corrupción deben ser adecuadamente sancionadas. La especulación política, económica e ideológica deben dejar de ser medios utilizados por grupos de aventureros para llegar a sus fines”. El país se pregunta, a tres meses de

aquellas severas palabras, ¿qué debería decir el general Videla si hablara hoy? Una fuente responsable responde: —Ahora nada, todo está dicho».

—Amor, tanto tiempo. Tanto tiempo.

—No sabés cuánto te extrañé.

—¿Cómo no voy a saber, si yo...?

A 10.000 kilómetros de Buenos Aires, en el aeropuerto de Madrid, Cacho El Kadri abrazaba a su novia, Liliana Andreone: hacía quince meses que no se veían. En realidad, habían pasado más tiempo separados que juntos. Y, después de algunas vacilaciones y muchas dificultades, ahora podían juntarse de nuevo. Liliana le contó apresuradamente las noticias alarmantes que traía de Buenos Aires; Cacho había leído lo poco que salía en los diarios españoles y también estaba preocupado pero, en ese momento, los dos tenían otras urgencias. Estaban nerviosos: no sabían cómo sería estar juntos después de tanto tiempo. Una hora después llegaron al departamento que le había prestado un cura vasco tercermundista, Antonio Echaves, y decidieron que, por ese día, el mundo podía quedar afuera.

En Buenos Aires, en la Casa Rosada y el Congreso se sucedían reuniones para buscar alguna solución a lo inevitable. Esa mañana, en un juzgado de San Isidro, Blanca y Erminia Duarte habían presentado una demanda de juicio sumarísimo contra María Estela Martínez de Perón para recuperar el cadáver de su hermana Eva, que yacía en la quinta de Olivos, porque «queda desplazada cualquier pretensión que, sobre el cuerpo, pudiera invocar la señora Martínez de Perón, quien carece de toda relación de parentesco y/o afecto con ella...». Mientras, el secretario general de la CGT, Casildo Herreras, aparecía en Montevideo diciendo a los periodistas su frase más celebrada: «Me borré». Lo acompañaban, entre otros, José Rodríguez, de SMATA, y Ramón Elorza, de los gastronómicos.

En Córdoba, la policía mató en su finca de Santa Rosa de Calamuchita a Alberto Capuano Blasco, de 52 años, padre de Carlos Capuano Martínez, que había sido secretario de Turismo del gobierno de Obregón Cano. Diez días antes, otro comando había secuestrado y matado al padre de Fernando Vaca Narvaja, Hugo, ex ministro del Interior de Frondizi. También en Córdoba, la policía allanó el sindicato de Obras Sanitarias y detuvo a varios gremialistas; en Tribunales, la policía detuvo al abogado Luis Prol cuando se presentó a hacer un trámite. Los diarios locales no pudieron contarlos porque hacía dos días que no salían, por un conflicto sindical.

En los edificios universitarios del bosque de La Plata hubo tiroteos confusos: según los diarios «alrededor de 10 subversivos fueron abatidos»,

pero no salían nombres. Las clases y los trenes estaban suspendidos. En Bahía Blanca y Buenos Aires también hubo operativos policiales, secuestros y muertes. Desde el principio de marzo había habido 56 muertos por razones políticas; desde el 1.º de enero, 152. El diario *La Prensa* decía que «el terrorismo ha causado 1358 víctimas desde el 25 de mayo de 1973: 66 militares, 135 miembros de las policías provinciales, 34 de la Policía Federal, 677 civiles y 445 subversivos» —aunque estas dos últimas categorías no terminaban de quedar claras.

El intendente metropolitano, general José Embrioni, había renunciado y, en su lugar, fue designado un abogado de 42 años que, hasta ese día, era subsecretario del Interior: Jorge Rodríguez. El nuevo intendente asumió esa noche y duró 23 minutos en su cargo. La Fraternidad anunció otro paro de trenes para el día siguiente y las cámaras empresarias productoras de carne bloquearon por segundo día consecutivo el embarque de partidas al exterior. La UOCRA anunciaba huelgas en las obras públicas, por falta de pagos. En Mendoza, una manifestación de mujeres con cacerolas protestó «por la carestía de la vida y por la seguridad de nuestros hijos». En Tucumán, los cañeros pararon para velar al secretario general de la FOTIA, Atilio Santillán, baleado el día anterior en la sede porteña de ese sindicato por tres hombres que dijeron que eran policías. En realidad era un comando del ERP: el PRT justificó su muerte diciendo que Santillán era un colaborador de los servicios del Ejército y que había delatado a militantes de la Compañía de Monte.

Un aviso publicado en todos los diarios y firmado por la Liga por el Comportamiento Humano mostraba el dibujo de un soldado con fondo de cielo estrellado. Su título decía «No estás solo...» y, debajo, el texto explicaba que «... tu pueblo te respalda. Sí, no es sencilla la lucha. Pero saber de qué lado está la verdad la hace más fácil. Tu guerra es limpia. Porque no traicionaste. Porque no juraste en vano. Ni vendiste a tu patria. Ni pensaste en huir. Porque empuñas la verdad con tu mano, no estás solo».

Esa tarde, en un bar de Córdoba y Uruburu, Manuel Gaggero esperaba una cita y escuchaba, casi sin querer, conversaciones de las mesas de al lado.

—A mí me llamó una prima que vive por Quilmes y me dijo que vio pasar tanques, un montón...

—¿De dónde?

—Me parece que son los de Magdalena.

Decían dos señoras. Manuel trató de pensar qué sería de todos ellos después del golpe.

—Pero, Julito, el cambio de gobierno es para sacar a los peronistas, vamos a volver a salir con las banderas a la calle. Las cosas van a mejorar, vas a ver. Te lo digo yo, que ya pasé los 70 y viví la dictadura de Perón y ahora la corrupción de la loca ésta. Ya vas a ver cómo todo va a mejorar, m'hijo.

Le decía, en otra mesa, un viejo a un muchacho que debía ser su nieto.

—Hay que cuidarse mucho, muchachos. En serio les digo, éstos no van a tener ningún problema en reventar al que sea.

Dijo Hugo Rivas, el responsable de la agrupación JTP del astillero Astarsa, y una docena de compañeros suyos asintieron en silencio. Estaban reunidos en el sindicato naval de Tigre, pensando qué harían cuando llegase el golpe que todos esperaban.

—No, sobre todo que si viene el golpe a nadie se le ocurra ir a fábrica, porque el que va no vuelve.

—¿Te parece?

Preguntó uno de los hermanos Vivanco, unos uruguayos que estaban en la agrupación desde el principio.

—¿Cómo si me parece? ¿Y para qué se creen que van a dar el golpe, éstos?

—Pero si no vamos, los tipos van a tener la mejor excusa para rajarnos.

—Y qué va a hacer. Tendrán la excusa. Peor es si te agarran los milicos, ¿no?

—Es peor, tá. ¿Pero cómo vamos a hacer para ganarnos el mango, hermano, si no podemos ir a laburar?

—Eso ya vamos a ver, compañero, algo vamos a conseguir.

Poco después, Hugo dio por terminada la reunión: se estaba haciendo de noche y no les convenía andar por la calle después de la caída del sol. Además, él y Luis Venencio tenían un tirón hasta la casita de Ingeniero Maschwitz donde estaban viviendo.

—Bueno, no hay que perder el contacto. Tenemos que seguir enganchados, no dejen de ir a las citas... En esta situación es muy importante no perderse, compañeros.

Se saludaron con abrazos: no lo querían decir, pero no estaban seguros de volver a verse.

—... se está batiendo el record mundial de la inflación, el presupuesto nacional tendrá un 95 por ciento de déficit, el salario real se encuentra en los niveles más bajos de los últimos años, no hay inversiones y, además, la protesta popular cubre todos los sectores. El país y los sectores populares

viven desesperados, aplastados por el miedo a perder su vida, su libertad, su ocupación y la seguridad de su familia. Viven llenos de incertidumbre y empobrecidos. La violencia se enseñorea en el país, la intermediación parasitaria, la especulación, el contrabando, la necesidad de tener doble empleo, la acentuación de los privilegios...

Decía, por la cadena nacional de radiodifusión, Oscar Alende. Su partido, el Intransigente, formaba parte, junto con peronistas, radicales, socialistas populares, revolucionarios cristianos y comunistas de una Comisión Bicameral que se había constituido el día anterior para buscar alguna forma de evitar el golpe.

—¿Che, saben algo de las reuniones de la Bicameral?

Eduardo Sigal lo miraba en una casa de Parque Patricios, donde estaba reunido con otros militantes de la Federación Juvenil Comunista.

—No, todavía no. Por el partido fueron Nadra e Íscar, supongo que mañana o pasado me llegará la información. Si es que mañana o pasado todavía puede llegar alguna información.

Desde la televisión, Alende insistía:

—Vivimos el fin de un ciclo y el comienzo de otro nuevo que engancha lo que debió ser y no fue y lo que vamos a ser. Se trata de una época en que habrá que decidir si los argentinos vamos a ser vencidos y dominados quizás por muchos años o si la Nación se va a levantar sobre sí misma sobre la base de sus posibilidades inmensas y de la enorme calidad de su pueblo...

El discurso sonaba como una mezcla de llamamiento desesperado y aceptación casi resignada de lo inevitable.

—Quisiera que las Fuerzas Armadas se integren en una gran política que resguarde los valores nacionales y populares en la lucha por la emancipación nacional y social...

—Me parece que esto no tiene salida.

Lo sabían, pero escuchar al viejo político confirmando implícitamente que el golpe estaba en marcha los sobresaltó.

—Bueno, menos mal que nos van a agarrar bien preparados, con todo listo, y que los milicos más duros no tienen suficiente fuerza como para lanzar un baño de sangre como el de Chile. Pero si llegan a imponerse los pinochetistas, ahí sí que...

—Sí, andá a saber cómo puede seguir todo esto. De cualquier manera hay que tener mucho cuidado, cumplir a rajatabla todas las normas de seguridad, más que nunca, camaradas. Antes de salir, que todo el mundo revise sus bolsillos y sus portafolios a ver si lleva algo comprometedor.

Más tarde, en el vagón del tren que lo llevaba a su casa, Eduardo se sorprendió del silencio espeso: ni una charla, ni una portátil prendida. Y las miradas bajas.

—Esta noche es el golpe, muchachos.

Dijo, sin saber muy bien con quién estaba hablando, el tío del Ruso, un coronel retirado. Elvio Vitali y otros tres militantes de la JUP estaban reunidos en la casa del Ruso: para disimular, tenían unos libros sobre la mesa. Era casi un chiste: esa noche simulaban estudiar la parte de Quiebras del Código Penal.

—¿Cómo, esta noche?

—Sí, ahora, dentro de un rato nomás. Ya debe estar en marcha. Dentro de un par de horas sale el primer bando.

Elvio y sus compañeros querían que el militar se fuera de una buena vez, pero se quedaba, les daba charla; estaban excitados, querían comentar la noticia. Cuando se fue, Elvio y Julián fueron a preparar un café a la cocina.

—¿Te parece que va muy en serio?

—Mirá, joda no va a ser.

—No, boludo, ya sé. Pero hay compañeros que piensan que va a servir para aclarar las cosas, para definir mejor los bandos, que va a ser más fácil pelear contra los milicos que contra un gobierno que todavía se dice peronista...

—No estoy seguro. Lo que sí me parece es que esto nos va a cambiar la vida.

No sabían cuánto.

Continuará

Índice Onomástico

A

Abal Medina, Fernando
Abalo, Carlos
Abras, Emilio
Acosta, Aníbal
Actis, oficial
Acuña
Agosti, Orlando R.
Aguilar, Gilberto
Aguirre, Mario
Alac, Diana
Alberte, Bernardo
Alberti, Felipe
Albornoz (Tuerto)
Alcón, Alfredo
Alende, Oscar
Alfonsín, Raúl
All, Alejandro
Alonso, Carlos
Alonso, Norberto (Beto)
Alsogaray, Juan Carlos (Hippie)
Altavista, Juan Carlos
Alterio, Héctor
Álvarez (Cachito)
Álvarez, Jorge
Amado, Ana
Amaya, Mario (Negro)
Anaya, Leandro
Ander Egg, Ezequiel
Andreoli (Coco)

Andreone, Liliana
Antonio, Jorge
Añón, Juan Carlos
Apold, Raúl
Aragón
Aramburu, Juan Carlos
Aramburu, Pedro Eugenio
Aranda, Chiche
Arauz Castex, Manuel
Arias Navarro, Carlos
Arias, Ricardo
Arreche, Jorge (Capitán Emilio)
Arrostito, Norma (Gaby)
Arroyo, Rubén
Asís, Jorge
Atademo, Abigail
Atencio, Taurino
Avellaneda, Andrés
Avilés, Delia
Azcone (Yaya)
Aznárez, Carlos

B

Bach, Richard
Badía, Juan Alberto
Báez, Joan
Báez, José
Bagaya, Elizabeth
Baglietto, Carlitos
Balbín, Ricardo
Barrios Arrechea, Ricardo (Cachito)
Bayón, Rubén Herrera
Bazán (Negro)
Bazán, Marta
Beauvoir, Simone de
Becerra, Carlos
Beckerman, Eduardo (Roña)

Benavídez (Taco)
Benedetti, Mario
Benítez, Antonio
Bercovich Rodríguez, Raúl
Berlín, Hilda
Berlín, León
Berlín, Sergio (Dante)
Berlinguer, Enrico
Berlitz, Charles
Bernachea
Bernetti, Jorge
Bernstein, Carl
Bertin, Marie-Pascale
Bestaylor, comisario
Bettanín, Leonardo
Bianchi, Marta
Bidegain, Oscar
Biral, Thelma
Blaisten, Isidoro
Blatty, William
Blotta, Oskar
Bonamín, Victorio
Bonanni, Pedro
Bonaparte, Laura
Bonasso, Miguel
Borbón, Juan Carlos de
Borges, Jorge Luis
Born, Jorge
Born, Juan
Borrás, Raúl
Borro, Sebastián
Botarini (Flaco)
Brando, Luisina
Brandoni, Luis
Brezhnev, Leonid
Briski, Norman
Broner, Julio
Brunello, Duilio

Bruschtein Bonaparte, Aída (Nora)
Bruschtein, Luis
Brzic, Luis
Bufano, Miguel
Bullrich, Julieta
Burni, Norberto
Bussi, Antonio

C

Caballero, Wilmar
Cabo, Armando
Cabo, Dardo
Cáceres, Luis (Changui)
Cafiero, Antonio
Cafrune, Jorge
Calabro, Victorio
Caletti, Sergio
Calleja, Daniel
Camero, Juan José
Cámpora, Héctor
Campos, Juan
Campos, Manuel
Canela
Canelles, Jorge
Capella, Jorge
Capellini, Orlando J.
Capuano Blasco, Alberto
Capuano Martínez, Carlos
Carella, Carlos
Caride, Carlos
Carpentier, Alejo
Carrizo, Antonio
Carrizo, José Manuel (Flaco, Manco)
Castagnino, Juan Carlos
Castelazzi, Delia
Castelli, Néstor
Castillo, Cátulo

Castro, Fidel
Casullo, Ricardo
Casullo, Nicolás
Cebey, Carlos
Cepernic, Jorge
Cernadas, Paco
Cerruti Costa, Luis
Chaves, Héctor
Chávez, Gonzalo
Chávez, Horacio Ireneo (el Viejo)
Chávez, Rolando
Chávez, René
Chejolán, Alberto
Cherry (Turco)
Civita, César
Coco
Cognigni, Alberto
Cogorno, coronel
Comínguez, Juan Carlos
Comotto, Aldo
Conditi, Cecilio
Conti, Haroldo
Conti, Jorge
Cooke, John William
Coppo, Roberto
Cortázar, Julio
Corvalán Nanclares, Ernesto
Cosentino, Iván
Cossa, Roberto
Costa, Emiliano (Fernando)
Costa, Miguel
Costa-Gavras [Constantin Gavras]
Crist [Cristobal Reinoso]
Cullen, Lucía (Marcela)
Curti
Curuchet, Alfredo (Cuqui)

D

Dada, Idi Amín
Daleo, Graciela (Victoria)
Damasco, Vicente
Dazzán, Octavio
De Dios, Horacio
De la Rúa, Fernando
De Santis, Daniel
Debenedetti, Osvaldo (Tordo)
Delaturi, Salvador (Pampa)
Deleroni, Tito
Deleuze, Gilles
Demarchi, Héctor (Negro)
Demare, Lucas
Depino, Mercedes (Lila)
Di Ghiam, María Inés
Di Toffino, Tomás
Díaz (Chiquito)
Diéguez, Rubén
Dolina, Alejandro
Duong Van-Minh
Dri, Jaime
Dricas, Benjamín (Pato Fellini)
Drucker, Peter
Duarte de Perón, María Eva (Evita)
Duarte, Blanca
Duarte, Erminda

E

Echaves, Antonio
Echeverría
Efrom, Paloma (Blackie)
Eguren, Alicia
Eisenhower, Dwight
El Kadri, Envar (Cacho)
El Kadri, Munir
Eliashev, José (Pepe)

Eliashev, Victoria de
Elizalde, Alberto
Elorza, Ramón
Embrioni, José
Emery, Carlos
Ernihold, Eduardo
Esteban (Petiso)

F

Fabiana (la)
Fautario, Héctor
Favio, Leonardo
Fermín
Fernández Long, Pablo
Fernández Miranda, Torcuato
Fernández, Antonio del Carmen (Negrito)
Fernández, Avelino
Fernández, Coco
Fernández, Marta
Ferreyra, Alejandro (Lucas)
Ferreyra, Lilia
Fidanza, Amílcar
Fioravanti [Joaquín Carballo Serrantes]
Fiorentino, Héctor
Firmenich, Mario Eduardo (Pepe)
Fisher, Jorge
Flaco Fideo
Flaco Jorge
Flamini
Fontana, Cacho
Fontanarrosa
Ford, Gerald
Forsyth, Frederick
Fote, Leandro
Framini, Andrés
Franco, Francisco
Freire, Paulo

Fronдizi, Arturo
Fronдizi, Silvio
Fuat, Tom
Fullbright, William

G

Gaggero, Alba Sager de
Gaggero, Manuel
Gaggero, Susana
Galeano, Eduardo
Galimberti, Rodolfo (Loco)
Gallardo, Sara
Galli, Mario (José)
Gallo, María Rosa
Galván, Beto
Gambande, Juan Carlos
Gandhi, Indira
Gandhi, Mahatma
Garcetti
García Márquez, Gabriel
García Rey, Héctor Luis
García, Charly
García, Héctor Ricardo
García, Roberto
Gardón, José
Garín, Arturo (Gaucho)
Garzón Maceda, Lucio (Tuerto)
Gatto, Silvia (Negra)
Gelbard, José Ber
Gené, Juan Carlos
Gertel (Petete)
Getino, Octavio
Ghioldi, Orestes
Giap, Vo Nguyen
Giménez, Susana
Gimeno, Jaime
Giscard d'Estaing, Valéry

Goldenberg, Carlos
Goldenberg, Mauricio
Gómez (Murmullo)
Gómez Morales, Alfredo
Gómez, Conrado
Gómez, Mauro (Negro)
Gómez, Ramón (Chaqueño)
González Langarica, Pablo (Toño)
González Rivero, Roberto
González, Horacio
Gorda Amalia
Goyeneche, Roberto
Gramsci, Antonio
Granados, Osvaldo
Grassi, Jorge
Gravibker, Mario
Graziano, Margarita
Gregorich, Luis
Grigera, Gustavo
Grondona, Mariano
Guagnini, Luis
Guarany, Horacio
Guattari, Félix
Guerra, Miguel Ángel
Guevara, Ernesto (Che)
Gullo, Juan Carlos Dante (Canca)
Guzmán, María Cristina

H

Habegger, Norberto
Haidar, Ricardo
Halimi, Gisele
Harguindeguy, Albano
Harnecker, Marta
Havelange, João
Haymal, Fernando (Valdés)
Held, Jean François

Hernández, Mario
Hernández, Miguel
Herrerias, Casildo
Hirsh, oficial
Hitler, Adolfo
Ho Chi Minh
Hobert, Carlos (Pingulis)
Holt, Pat
Horangel
Houseman, René (Huesito)
Hymer, Stephen

I

Ibáñez, Paco
Ibárruri, Dolores (La Pasionaria)
Iglesias, Herminio
Illia, Arturo
Imaz, Graciela
Irurzún, Hugo (Capitán Santiago)
Irvin, Sam
Íscaro, Rubens
Isella, César
Ivanissevich, Oscar

J

Jackson, Andrew
Jara, Víctor
Javier, sargento
Juan sin Tierra (Cordobés)
Juan, padre
Juárez, Enrique (Quique)

K

Kahn, Heriberto

Kamín, Bebe
Karakachoff, Sergio (Ruso)
Katz, Hernán
Kennedy, John
Kennedy, Robert (Bob)
Kestelboim, Mario
King, Martin Luther
Kissinger, Henry
Kraiselburd, David
Kraiselburd, Raúl
Kreilis, Silvia
Krieger Vasena, Adalberto
Kuhn, Rodolfo
Kuniz, Ángel
Kuniz, Eduardo
Kurlat, Marcelo (el Monra)

L

Labruna, Ángel
Lacabanne, Raúl
Lago, Alberto (Petiso Agustín)
Lagos, Julio
Laguzzi, Raúl
Lamarca, Pepe
Lanci, Hugo
Lanusse, Alejandro Agustín
Laplace, Víctor
Larrabure, Julio
Larteguy, Jean
Lastiri, Raúl
Latorre, Antonio Nelson (Pelado Diego)
Lavié, Raúl
Lebrón, Carlos
Ledesma, Inda
Ledesma, Juan (Comandante Pedro)
Leonelli, Hugo
Lesgart, Adriana

Levit, Lía
Lincoln, Abraham
Lincovsky, Cipe
Lizaso, Arnaldo
Lizaso, Jorge
Lizaso, Miguel
Llambí, Benito
Llorente, Alberto
Lobotti, Miguel
Lombardich, Antonio
López Rega, José (Brujo)
López, Atilio
López, Diego
López, Eva
López, Juan José
López, Mario
López, Néstor
Lopresti
Lozano, Jorge
Luder, Ítalo A.
Luppi, Federico
Luque, Leopoldo Jacinto

M

Mac Donald, Lionel
Macor, Luis
Mactas, Mario
Maggio, Ester de (Malena)
Maggio, Horacio
Maisabe
Mancini, Rodolfo
Mangini, Juan (Capitán Pepe)
Manolo, don
Manso, Leonor
Manzi, Homero
Mao Tse Tung
Maradona, Diego

Márbiz, Julio
Margaride, Luis
Marighela, Carlos
Marino, Alberto
Marino, Rafael
Martín, Felipe
Martínez Agüero, María Elpidia (Negrita Raquel)
Martínez Agüero, Polo
Martínez Baca, Alberto
Martínez de Hoz, José A.
Martínez de Perón, María Estela (Isabel)
Martínez, José Luis
Martínez, Tomás Eloy
Marulanda Vélez, Manuel (Tirofijo)
Mas, Oscar (Pinino)
Mascardi, ingeniero
Massera, Emilio Eduardo
Masseti, Jorge Ricardo
Mastinú, Martín (Tano)
Mastrovicenzo, Vicente
Matera, Raúl
Medina Castro, Luis
Medina, Enrique
Mena, Domingo (Gringo)
Mendoza, Carlos
Menem, Carlos Saúl
Menéndez, Luciano Benjamín
Menucci, Luis (Colorado)
Merbilhaá, Eduardo
Mercader, Martha
Merellano, Miguel Ángel
Merello, Tita
Merino, Pacoto
Mestre, Nito
Miguel, Lorenzo
Miralles, Ricardo
Mitterrand, François
Moffat, Alfredo

Molina, Eduardo
Molina, interventor (El Intruso)
Molina, Jorge (Capitán Pablo)
Mondelli, Emilio
Monti, Ángel
Monzón, Carlos
Mor Roig, Arturo
Moravia, Alberto
Moreau, Leopoldo
Morgante (Flaco)
Mott, Hugo
Moyano, Daniel
Mugica, Laura (Soledad)
Mujica Láinez, Manuel
Mundine, Tony
Muñoz, José María
Murúa (Caña)
Murúa, Arnaldo (Flaco)
Murúa, Lautaro
Mussolini, Benito

N

Nadra, Fernando
Napoleón (humorista)
Navarro, Domingo
Navarro, Fernando
Navarro, Tony
Negrete, Ramón Mercedes
Negrín, Manuel
Nell, José Luis
Nepomuceno, Eric
Neruda, Pablo
Nguyen Van Thieu
Nievas, Antonia y Luis
Nixon, Richard
Nocetti Fasolino, juez
Nosiglia, Enrique (Coti)

Numa Laplane, Alberto
Núñez, Fermín

O

Obregón Cano, Ricardo
Ocampo, Carlos (Inglés)
O'Farrell, Justino
Ojea Quintana (Tojo)
Olivera, Héctor
Olmedo, Carlos
Onganía, Juan Carlos
Ongaro, Raimundo
Orellana, Miguel (Cabito)
Ormaechea, prefecto
Ortega Peña, Rodolfo
Osatinsky, Marcos (Pelado)
Osinde, Jorge
Oski
Otero, Ricardo
Ottalagano, Alberto
Outkerk, Ricardo (Nono)
Oves, Carlos

P

Paiva, Miguel
Palacios, Julio
Palas, Eduardo (Teniente Manolo)
Panizza (Flaco)
Pasolini, Pier Paolo
Passini (Rifle)
Pedernera, Adolfo
Pedregosa, Humberto (Comandante)
Penayo, Héctor (Teniente Marcos)
Pepe, Osvaldo
Perdía, Roberto (Pelado Carlos)
Pereira, Víctor

Perette, Humberto
Pereyra Rossi (Carlón)
Pereyra, Jorge
Pérez, Carlos Andrés
Pérez, Guillermo
Pérez, Rafael
Perfumo, Roberto
Perón, Juan Domingo
Perrota, Rafael
Petkoff, Teodoro
Phillipeux, Adolfo
Picchio, Ana María
Piccinini, Alberto
Pierini, Emilio (Ñato)
Pinochet, Augusto
Pinto (Pepe)
Pissarello, Ángel
Pistarini, Juan
Ponce de León, Juan Carlos
Pontecorvo, Gillo
Prats, Carlos
Prémoli, Luis
Prenat, Nelson
Primo de Rivera, José Antonio
Prol, Luis
Puch, Ramón
Puiggrós, Sergio (Federico)
Puiggrós, Violeta de
Pujadas, José María (h)
Pujadas, José María
Pujadas, Josefa Badell de
Pujadas, María José
Pujadas, Mariano
Pujadas, Mirtha Bustos de
Pujals, Enrique
Puyol (Piqui)

Q

Quieto, Roberto (Negro)
Quilapayún
Quindimil, Manuel
Quino
Quique, cura
Quito Burgos

R

Raab, Enrique
Rafaelli, Carlos
Ramus, Gustavo
Ranier, Juan Ramés (Oso)
Rattenbach, Benjamín
Rave, Luis (Pato)
Ray Millares, Manuel
Regner, Andrés
Renán, Sergio
Reynaldo, Aníbal
Ribella, José
Righi, Esteban
Rivas, Hugo
Rivero, Edmundo
Roa Bastos, Augusto
Robledo, Ángel
Roca, Gustavo
Roca, Luis
Rocamora, Alberto
Rocca, Agostino
Rodrigo, Celestino
Rodríguez, Jesús
Rodríguez, Jorge
Rodríguez, José (Gordo)
Román
Romeo, Felipe
Romero, Luis
Rosas, Juan Manuel de

Ross, Marilina
Rossini, Raúl (Pedro o Nariz con pelo)
Rozitchner, León
Ruckauf, Carlos
Rudni, Silvia
Ruiz Guiñazú, Magdalena
Ruiz, Floreal
Russell, Bertrand

S

Sabato, Ernesto
Sábato, Jorge
Saborido, Jacinto
Saffores, Augusto
Sagan, Françoise
Salamanca, René
Salinas, Teófilo
Sánchez Abelenda, cura
Sánchez, Mario
Sánchez, Roberto (Gordo)
Sandler, Héctor
Sanguinetti, Raúl
Sansot, Martín
Santillán, Atilio
Santoro, Miguel Ángel
Santos, Rafael
Santucho, Asdrúbal
Santucho, Mario Roberto (Robi)
Santucho, Teodora
Sanz, Susana
Sarmiento, capitán
Sartre, Jean-Paul
Savino, Adolfo
Scafide, Carlos
Schmucler, Héctor (Toto)
Schprejer, Alberto (Beto)
Scipione, Antonio

Scotta, Héctor
Segovia, Luis (Lucho)
Seineldín, Mohamed A.
Serrat, Joan Manuel
Sigal, Eduardo
Silberkasten, Edgardo
Simón, Marcelo
Slemenson, Claudio (el Barbeta)
Sofía, Antonio
Solanas, Fernando (Pino)
Solanas, Luis Javier
Solari Yrigoyen, Hipólito
Solyenitzin, Alexander
Somigliana, Carlos
Soriano, José (Pepe)
Soriano, Osvaldo
Sosa, Chango
Sosa, Mercedes
Sosa, Rubén
Speratti (Chancho)
Spielberg, Steven
Starita, Carlos
Steiner, Tito
Stilman, Mario
Stivel, David
Storani, Conrado
Storani, Federico (Fredí)
Stroessner, Alfredo
Stubrin, Adolfo
Stubrin, Marcelo
Suárez (Muerto)
Suárez Lastra, Facundo
Suárez, Arístides
Suárez, Rubén (Aníbal)
Sueldo, Horacio
Sui Generis

T

Tabaré
Taiana, Jorge
Talento, Miguel
Tamagnini, Hugo
Taparelli, interventor
Tapia, Roberto
Tato, Miguel Paulino
Tejada Gómez, Armando
Testai, Alicia
Thatcher, Margaret
The Rolling Stones
Tinayre, Daniel
Torre Nilsson, Leopoldo
Torres, Heriberto
Torrijos, Omar
Tortolo, Adolfo
Tosco, Agustín (Gringo)
Touraine, Alain
Tróccoli, Antonio
Troilo, Aníbal
Troilo, Zita de
Troxler, Julio
Tumini, Humberto

U

Ulanovsky, Carlos
Urien, Facundo (Chimpa)
Urien, Julio César (Boina)
Urien, Julio César (juez)
Urondo, Francisco (Paco)
Urteaga, Benito (Mariano)

V

Vaca Narvaja, Fernando
Vaca Narvaja, Hugo

Valdés, Pedro
Valladares, capitán
Valle, Juan José
Valverde, Raúl
Van der Kooy, Eduardo
Van Lierde, Pablo (Gringo)
Varas, Juan José
Vázquez, Jorge (Caballo loco)
Venencio, Luis (Jaime, Jaimito)
Ventura, Juan Pablo (Tala)
Viau, Susana
Videla, Alicia Hartridge de
Videla, Jorge Rafael
Viejo Carrete
Viel, Dante
Viglietti, Daniel
Vilar, Ester
Vilar, Norberto
Vilas, Acdel
Vilas, Guillermo
Villagra, Elena
Villalón, Héctor
Villar Alberto
Villar, Julio
Villone, Carlos
Viñas, Adelaida (Gorda Mini)
Viola, Antonio
Viola, Roberto
Viribay, Adelaido
Vitali, Elvio (Tano)
Vivanco, hermanos
Vottero, Tomás

W

Walger, Silvina
Walker, Jarito
Walsh, Rodolfo

Walsh, Victoria (Vicki)
Wanish
Woodward, Bob
Woolf, Virginia
Wullicher, Ricardo

Y

Yager, Raúl

Z

Zabala, Andrés
Zaffaroni, Eugenio
Zamboni Ledesma, Adolfo
Zaragoza, Juan Ramón
Zavala Rodríguez, Miguel
Zinn, Ricardo
Zubarry, Olga
Zucker, Marcos